
Una Fea Ensoñadora
Eva Benavidez
Serie "Hermandad de las Feas"

UNA FEA ENSOÑADORA

Eva Benavidez

Título: Una fea ensoñadora
©Eva Benavidez, 2020
©Diseño de portada: Dayah Araujo
Primera Edición
Argentina, 2020
Todos los derechos reservados.
Es propiedad del escritor. No puede ser reproducido en su totalidad, ni parcial o trasmitido por ningún medio electrónico, mecánico, de grabación, fotocopia, microfilmación o en cualquier forma sin el consentimiento del autor.

Contenido

SINOPSIS

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO FINAL
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

DEDICATORIA

A la pequeña luz que llegó en el momento menos esperado, y quizás el más oscuro para la humanidad, y que con solo existir ha iluminado mi vida y corazón.
Aún no te conocemos bella Noha, pero ya te amamos. Tu pronta llegada nos recuerda que no hay sueños imposibles, así como esta historia nos alienta a nunca dejar de soñar.

SINOPSIS

Lord Maxwell Grayson es un hombre acostumbrado a una existencia como par del reino monótona y rígida. Es dueño de sus decisiones, emociones y voluntad. Aspira a poco más que llevar una vida solitaria y tranquila, y a su tiempo, como conde de Luxe, casarse con alguna joven sumisa y callada para así asegurar su legado en las siguientes generaciones.

Hasta que se cruza en su camino una mujer que representa todo lo opuesto a sus aspiraciones, gustos y elecciones, y también la encarnación de sus más íntimas fantasías prohibidas.

Lady Mary Anne Russell nació en una cuna de oro. Desde pequeña solo obtuvo riquezas y privilegios, además del cariño de un padre devoto. Tiene encanto, simpatía y bondad, aunque tal vez no cuente con la virtud más sobrevalorada: la belleza.

Pero su cuento de princesa se torna gris cuando, al hacer su debut en la cruel sociedad londinense, es tachada de demasiado fea y relegada al puesto de florero.

Tres temporadas después, se ha resignado a ser una solterona que terminará casada con algún lord anciano, y vivirá infeliz sin ver su sueño de amor realizado, pues en su corazón solo hay lugar para un caballero que para nada la corresponde.

Sin embargo, el destino siempre tiene sus propios planes, y ambos se encontrarán frente a una fuerte encrucijada.

Resignarse o luchar.
Perder todo lo más valioso o ganar lo único precioso.
Huir del deseo o ceder ante la pasión.
Elegir entre el deber o el querer.
Una decisión tomada con la razón... o una elección dirigida por el corazón.

PRÓLOGO

«Deseo, seducción.
Entrega, pasión.
Felicidad, agonía.
Amor, melancolía».

Diciembre de 1815,
Bristol, Inglaterra.
Libreta de lady M.R

Era una noche oscura, fría y, cómo no, otra vez solitaria.

Sentado junto al fuego encendido de la chimenea, Maxwell Grayson bebía el quinto vaso de coñac mientras miraba las llamas crepitar.

La semana de celebración navideña tocaba su fin y él lo agradecía, pues sentía una agobiante necesidad de alejarse de allí y volver a la seguridad de sus dominios. Por supuesto, ese deseo no se originaba en la calidad de la atención de sus anfitriones, los condes de Lancaster, sino en la contrariedad que le provocaba cierta parte de los invitados que, al igual que él, habían sido convidados a las fiestas de Navidad en la mansión de campo de su amigo Marcus Bennet.

Con parsimonia, estiró las piernas y apoyó la cabeza en el respaldo del sillón tapizado color borgoña. Suspirando, cerró los ojos, dejando que el cansancio que venía acumulando poco a poco se disipara.

Su mente y cuerpo estaban agotados debido a las noches de mal dormir y los días de tensión que venía tolerando, y no tardó en caer en un sueño profundo.

Esa vez ella no apareció frente a él repentinamente. Tampoco le habló, sino que tal y como la primera vez que la había visto, guardó silencio. No obstante, supo que de nuevo invadía sus sueños, pues sentía su dulce aroma impregnando el aire.

Era tal y como lo recordaba: suave e inocente. Misterioso y sensual.

Sabía de quién se trataba, pues era la única capaz de agudizar cada uno de sus sentidos.

Era su ninfa particular, su diosa, la personificación de sus deseos más íntimos.

No se atrevía a mirarla. Temía que, si lo hacía, ella se desvaneciera como otras veces. Y esa noche la necesitaba, se sentía perdido y vacío.

Cuando ella posó la mano en su mejilla, su vello se erizó, el pulso en sus venas se disparó y su estómago se contrajo, expectante.

Podía sentir las yemas de sus finos dedos y el titubeo que se apoderó de su mano temblorosa antes de que su caricia descendiese y rozara sus labios entreabiertos, su barbilla, su mandíbula... y terminase su desquiciante exploración en su pecho agitado.

El fuego que se apoderó de su cuerpo estuvo a punto de sofocarle, y por primera vez quebró aquella regla tácita que siempre le impedía adueñarse de esa aparición tan demoníaca como angelical.

Sus palmas se aferraron a las curvas de su voluptuosa figura, y en un latido la tuvo sentada en su regazo.

Sus rostros no tardaron en pegarse como imanes, sus alientos se mezclaron y sus corazones acelerados armonizaron su cadencia.

Tomar su boca por primera vez fue como beber del manantial más cristalino después de vagar en un desierto por cien años.

Despojarla de su ropa fue como descubrir el misterio del universo de una sola vez.

Recostarla en la alfombra fue como extender el mantel más exquisito.

Acariciar cada recoveco de su cuerpo fue como pintar la obra más valiosa.

Sumergirse en lo profundo de su interior fue como tocar la tierra del sol después de naufragar mil lunas en alta mar.

Con cada roce sintió el fuego quemándolos, y juntos se consumieron como las brasas de la chimenea.

Con cada arremetida se sintió más cerca del cielo.

Sus cuerpos compusieron la misma melodía, la más dulce balada de todos los tiempos. Y cuando se hallaba flotando en aquel limbo entre la muerte placentera y la existencia ordinaria, sintió que la sirena que le había encantado se alejaba de su lado.

Con pesar, por fin entreabrió los párpados y la halló frente a él, mirándolo con una conmovedora mezcla de expresiones. Dos pozos oscuros que albergaban la imposible fusión de inocencia, pureza, feminidad y sensualidad.

Vestía el mismo camisón blanco que dejaba a la vista una silueta que sin dudas era el fruto del Edén, ese por el que Adán y Eva condenaron a toda la humanidad.

No obstante, le impactó constatar que su cara no estaba oculta por la máscara con la que la había conocido, sino que la mujer que se había entregado a él sin reservas tenía el rostro de sus fantasías prohibidas; esos rasgos que a menudo se encontraba rememorando y que inevitablemente buscaba entre las multitudes.

Al ver su gesto conmocionado, sus pies comenzar a retroceder. Quiso rogarle como un condenado a muerte que se quedara, suplicarle como un mendigo que nunca se fuese. Mas no lo

hizo; solo cerró sus ojos, sintiendo nuevamente la soledad carcomer su alma.

Sabía que no era real, que jamás podría ser suya la dueña de su voluntad, la ama de su deseo.

Ella era luz y él oscuridad.

Ella era risa, y él... pesar.

Ella era amor y él frialdad.

Solo era una visión, la manifestación de sus sueños imposibles jugando una mala pasada a su mente. Los anhelos pecaminosos burlándose de su necesidad desesperada.

Lentamente ella se desvaneció en las sombras, y él obligó a la voz de su interior a callar su dolor y angustia, preguntándose hasta qué punto era merecedor de ese infierno. ¿Cuánto daño había hecho, que ahora se le negaba lo único por lo que estaría dispuesto a darlo todo? Su fortuna, su nombre, su misma vida.

La mañana le encontró en el mismo lugar en el que se había entregado al licor y los pensamientos catastróficos.

Pero en lugar de estar en el sillón, parecía haber dormido en el suelo.

Con los miembros entumecidos, se incorporó y dejó vagar la vista por la estancia iluminada.

Entonces notó que estaba desnudo. La bata de terciopelo negro estaba a unos pasos, aunque extrañamente le protegía del frío una gruesa manta.

Desorientado y aún mareado, intentó rememorar los hechos que le habían llevado a terminar en aquella situación.

Fue cuando le sobrevino una desconcertante sensación.

Allí notó la suave esencia femenina, aún flotando en el ambiente.

Barrió con la vista lo que lo rodeaba y se paralizó.

Junto a él, yacía enmarcado por la luz matinal un largo mechón de pelo: la prueba que le hacía pensar que tal vez no estuviese del todo desquiciado. Y solo alguien podía darle una respuesta a su acuciante incógnita.

La mujer que había prometido desterrar de su mente y corazón.

Por la que estaba perdido y condenado.

De la que temía que viviría perpetuamente enamorado.

CAPÍTULO 1

«La primera vez que le vi,
lo miré..., y no hubo duda en mí.
Fueron sus ojos los responsables
de mi condena.
Desde entonces soy una prisionera,
un corazón encarcelado,
un alma esperanzada.
Perpetua admiradora.
Eterna enamorada.
Por siempre suya, y jamás indultada».

Texto extraído de la libreta de lady M.R.

Londres, Inglaterra
Abril de 1813

—¿Como me veo, nana? —preguntó la joven, nerviosa. Examinaba su reflejo en el espejo concienzudamente. No era así como había imaginado que le quedaría el modelo que había escogido y diseñado junto a la modista que su padre aceptó contratar—. Creo que me veo más voluminosa de lo habitual. —Suspiró, abatida.

La mujer madura, muy delgada y de sonrisa afable, detuvo el movimiento de acomodar los bucles oscuros en el alto recogido que le estaba haciendo para mirarla con reprobación.

—Te ves preciosa, niña. Como siempre. El color del vestido favorece el tono pálido de tu piel, y resalta la tonalidad caoba de tu cabello. —Ella bufó y se ganó una palmada suave de su nana, a la cual no le gustaba que hiciese sonidos ni gestos impropios de una dama, pero que en secreto se divertía con sus peculiares actitudes.

—Dices eso porque me ves con ojos de afecto, nana —se lamentó, mirándose nuevamente. Torció el gesto, y cuando la otra acabó el recogido, examinó el trabajo.

Parecía muy elegante, se consoló. Al menos algo había quedado como planeó.

Después de tomar su chal y colocarlo —pues la primavera recién iniciaba y aún refrescaba

por las noches— y recoger su pequeño ridículo, abandonó el cuarto para ir en busca de su padre, sin desear echar un último vistazo.

Él estaba esperándola al pie de las escaleras. Iba vestido con opulencia, y llevaba su melena plateada peinada hacia atrás prolijamente, haciendo juego con su traje gris.

Los ojos claros de su padre brillaron al verla. Ella sonrió, enternecida, y aferró fuerte la mano del hombre mayor cuando pisó el último escalón.

—Hija, estás hermosa. —La halagó con emoción—. Hoy más que nunca eres el vivo retrato de Rebecca. Ella... estaría tan orgullosa.

Las palabras sentidas de su progenitor la conmovieron. Luchando contra las lágrimas, se puso de puntillas y depositó un beso en su mejilla con un leve rastro de vello.

—Gracias, padre —le dijo, y le sonrió emocionada. Feliz pero triste al mismo tiempo.

—Toma, había reservado esto para esta ocasión. —Carraspeó Samuel, sorprendiéndola al sacar de su bolsillo interior un estuche alargado. Cuando lo abrió, quedó a la vista una fina gargantilla de esmeraldas incrustadas en oro, y unos pendientes a juego—. Eran de Rebecca, y siempre decía que el día que hicieses tu puesta en largo te los obsequiaría. Ella los usó para la suya, pertenecían a tu abuela —explicó con tono taciturno él, ayudándola a colocarse las joyas —. Listo, milady. Ahora sí seré el caballero mejor acompañado del baile.

Ella se carcajeó y, aceptando el brazo que su padre le ofrecía, se encaminaron al carruaje.

Una vez más, echaba de menos a su madre y volvía a imaginar cómo hubiese sido aquel momento si Rebecca no hubiese sucumbido a aquella fatídica fiebre. La había perdido cuando más la necesitaba, hacía ya ocho años, pero nunca dejaba de extrañarla y traerla a su memoria.

El día de su presentación en sociedad había llegado. Y le habría encantado que ella estuviese allí.

Había esperado tanto que aquel día llegase, que apenas creía que estuviesen haciendo la fila para ingresar a Almack's, el edificio ubicado en King's Street, St. James; el mismo que contaba con dos pisos y una fachada amplia había sido construido en estilo palladiano con altos ventanales. Estaba decorado con cortinas simples, grandes espejos, pinturas, paneles blancos y amueblado con muebles de Robert Adam.

A diferencia de otros salones, el lugar tenía un estilo más bien austero y sin pretensiones, aunque no dejaba de ser elegante. En los pisos de arriba existían salones de juego para las personas que no gozaran el bailar.

Había una multitud entrando cuando ellos llegaron, y eso se debía a que el club contaba con una sola actividad: las noches de baile de los miércoles.

La entrada solo estaba permitida a las personas que compraran el vale anual. No tener el vale podía significar que no había sido admitido en el club y, por lo tanto, perder todas las posibilidades de entrar a la élite, lo que significaría perder también su categoría en la aristocracia

londinense además de reducir considerablemente la oportunidad de lograr un matrimonio ventajoso, puesto que además de acudir para ver y ser vistos y tejer relaciones con personas de su mismo nivel social, las solteras y sus tutores concurrían buscando buenos partidos, ya que muchos caballeros acudían a Almack's para encontrar señoritas casaderas de buena posición.

Junto a las puertas estaban las renombradas patronas del club. Las mujeres no dejaban de examinar a cada invitado con ojo crítico, seguro intentando hallar alguna falta a sus estrictas normas en algún asistente.

Ella tembló cuando debió saludar con su reverencia formal a las refinadas y altaneras damas. Su padre hizo lo propio, y luego tiró de ella disimuladamente, pues se había quedado ensimismada observando el tocado extravagante de lady Esterhazy. La rubia mujer era esposa del embajador austríaco, y nada menos que una auténtica princesa. Ella nunca había visto una.

A su lado estaban las demás patrocinadoras: la vizcondesa de Castlereah, la condesa de Jersey, lady Cowper, lady Sefton, la señora Drummond Burrel y la condesa de Lieven, esposa del embajador ruso.

Las mujeres no parecieron aprobar su atuendo. Ahora que se percataba, era de un blanco diferente al que lucían las demás jovencitas, porque después de que ella se alejara notó que la señalaban y meneaban sus cabezas. Solo esperaba que no decidieran anular su pase. Eso sería terrible, y una condena social.

Durante la temporada, las patronas se reunían los lunes por la noche para deliberar acerca de quién podría ser destituido por algún mal comportamiento o para pensar a quién querrían incluir en la lista de miembros.

Tener dinero no era lo esencial para entrar a Almack's, ya que el club excluía por completo a los nuevos ricos. La posesión de un título ayudaba, pero lo esencial eran las buenas maneras, buen comportamiento y buena reputación, además de ser estrictas con las normas que los asistentes debían acatar a rajatabla.

En las salas de comida se hacían grandes esfuerzos por mantener en estado sobrio a las personas, por lo cual solo se servían bebidas como té y limonada. Y para evitar cualquier impropiedad, las danzas se limitaban a cuadrillas, valses, polcas y demás. La introducción de las cuadrillas quedaba muy relacionada con lady Jersey, y la introducción del vals, definitivamente a lady de Lieven.

Un cuarto de hora era lo que llevaba en el salón cuando notó que su presencia estaba despertando miradas burlonas y comentarios susurrados. Su padre había visto a un conocido y la había dejado junto a la sala de comida, pidiéndole que no se moviera de allí, hasta que regresara.

Tragando con dificultad el trozo de pan cortado en rebanadas finas con mantequilla fresca, bajó la cabeza intentando ocultar su bochorno.

Se sentía avergonzada. Otra vez había dejado que el nerviosismo y la ansiedad la llevasen a

comer con glotonería.

Compungida, soltó la cuarta rebanada de pan a medio comer y se limpió el desastre que debía ser su boca repleta de mantequilla.

Una hora después, todavía no le habían solicitado bailar ninguna pieza. Su padre se había vuelto a alejar, y ella, parada en un lateral, trataba de disimular su desasosiego. Nadie se acercaba ni ella sabía cómo incluirse en algún grupo de jóvenes, pues no la habían presentado en ninguno.

Abatida, se dirigió a un rincón y se refugió en una zona cubierta por un círculo de plantas y dos esculturas, quedando fuera de la vista. Se sintió aliviada por poder quitar la sonrisa forzada que tenía grabada en el rostro.

Desde allí no tardó en comenzar a oír las conversaciones cercanas.

—¿Quién es? —indagaba una voz aguda.

—¿A quien te refieres, Regina? —retrucó otra persona con tono nasal.

—A la pequeña, la morena. Nunca la había visto —aclaró la primera.

—Ah, me parece que mi tía mencionó que era la hija de un duque bastante mayor. Hoy es su debut —respondió con secretismo. Y ella supo que era la sobrina de Anne Stewart, vizcondesa de Castlereagh, presidenta del club.

—Entonces me da más pena aún —terció la tal Regina, con evidente sorna y desprecio—. Ya habéis visto cómo está vestida, nunca había visto un atuendo más horripilante.

—Parece un enorme copo de nieve —se mofó una tercera muchacha.

—Está excesivamente entrada en carnes, y el vestido parecía a punto de reventar cuando no paraba de comer. —Se carcajeó la sobrina de la vizcondesa.

—Además, la pobre es muy poco agraciada. ¿Habéis visto su barbilla? ¡Parece que la partera la tomara por ahí cuando nació! —exclamó Regina, y las carcajadas resonaron.

Ella, que hacía rato tenía las manos apretadas contra los labios, no pudo evitar emitir un sollozo. Lágrimas de humillación desbordaron sus mejillas.

—No les haga caso, señorita. Critican a todo el que se les cruza por delante —habló de repente alguien a su espalda. Ella se sobresaltó y giró para encontrarse con una figura apoyada contra la pared.

El alto, delgado, estilizado, y ensoñadoramente apuesto caballero parecía llevar un rato allí y, por lo tanto, había sido testigo de toda la humillante conversación.

Más avergonzada, bajó la vista, apartando los ojos de aquellos centelleantes orbes verdes.

Pretendía buscar alguna excusa plausible para huir hacia otro escondite, pero un pedazo de seda color blanco apareció en su campo visual.

Apenada, dudó, pero finalmente aceptó el pañuelo que el desconocido le ofrecía con amabilidad.

—Ellas no valen esas lágrimas —susurró él. Asintió, temblorosa, y procedió a secar el líquido salado de sus mejillas. Sorbió su nariz goteante ruidosamente. La voz del caballero se oyó divertida cuando añadió—: Ni mucho menos perder su tiempo pensando en gente banal que pretende ser honorable y no lo es.

—Tiene usted razón. —Suspiró ella, doblando el pañuelo. Se fijó en que tenía unas iniciales bordadas: «M.G»—. Solo... No imaginaba que mi primer día en sociedad sería así. Pero no me haga caso, ni preste atención a mi penoso estado. Mi padre siempre dice que soy inconvenientemente sensible y de lágrima fácil. En un rato estaré como nueva. —terminó, encogiendo un hombro.

— Su padre debe ser un hombre sabio. Aun así, recuerde mis palabras. Ya aprenderá que en nuestro círculo siempre se topará con especímenes como estos. Por desgracia, abundan en esta selva —respondió él, con un tono tan asqueado que provocó que ella emitiese una risa burbujeante.

—Gracias por el aviso, y... —Asintió y se atrevió a levantar la cabeza para hallar al desconocido muy cerca de ella. Las palabras se atoraron en su garganta cuando sus miradas se encontraron a tan corta distancia.

Sus ojos eran hipnóticos, de una belleza salvaje y subyugadora. Parecían dos pozos profundos, tan oscuros como luminosos. Algo en su interior tembló al verse reflejada en sus pupilas. Sus latidos se aceleraron, y contuvo el aire. Él dejó vagar la vista por su cara, y luego de su escrutinio, recorrió su torso, deteniéndose unos segundos en el recatado pero apretado escote de su vestido de seda claro.

El hombre carraspeó, y ella se sonrojó y abrió la boca para tratar de completar lo que...

Ya había olvidado lo que estaba diciendo.

—Es hermoso —soltó, y de inmediato se horrorizó. El caballero la miró con extrañeza y una oscura ceja arqueada—. Su pañuelo... el... la tela... es de un género muy bonito... —tartamudeó, ruborizada—. Tome, gracias por el gesto.

El caballero miró la tela completamente mojada y arrugada que ella le ofrecía con nerviosismo, y tras hacer una mueca indescifrable, dijo:

—Quédeselo, por favor.

—Oh... —musitó ella. Asintió y lo guardó en su ridículo—. Gracias de nuevo, señor...

—Luxe, conde de Luxe —completó él retrocediendo varios pasos.

—Un placer conocerle, milord —atinó a decir, impresionada. Se esforzó por no quedarse admirando su lustroso cabello oscuro y sus rasgos perfectos.

—Lo mismo digo, señorita... —le correspondió el conde, mirando sobre su cabeza.

Ella se giró y vio a su padre acercándose y buscándola con la mirada.

—Mary Anne Russell, milord —se presentó. Y le sonrió con gratitud.

Él no correspondió su gesto, pero sus ojos brillaron unos segundos cuando ella se inclinó en una reverencia bastante torpe. Estuvo a punto de tirar una de las plantas al enderezarse.

—Hasta pronto, lord Luxe... —dijo de sopetón cuando su padre casi llegaba a su altura. Sin pensar, se acercó y depositó un beso en la mejilla del conde—. Nunca olvidaré su ayuda.

Él se quedó paralizado, boquiabierto y anonadado, y Mary tuvo que contener la risa, pues por su reacción parecía que en lugar de un casto beso le hubiese bailado desnuda.

Luxe se llevó la mano a la mejilla, frunció el ceño y abrió la boca, pero no salió ningún sonido de esta.

Tras hacerle un gesto de despedida, Mary se giró y salió del escondite.

Su padre ya estaba preguntando por ella a unas personas que estaban a unos pasos, así que llamó su atención y le vio acercarse con gesto de alivio.

—Niña, pero ¿dónde te habías metido? —la reprendió, y tras tomarla de un brazo, la guio hacia la salida sin dejar de decir palabras que ella no oyó. Estaba flotando en una nube mágica—. Hija, ¿me estás escuchando? —insistió el duque, sacudiendo despacio su brazo. Mary lo enfocó —. Te estoy diciendo que lamento que tu esperada noche de presentación no haya sido lo que soñaste.

Mary Anne solo asintió y dejó que su padre la apretara contra su costado, como solía hacer de vez en cuando.

Cuando emprendieron el viaje de regreso, ella se recostó en el mullido asiento y, concentrando la vista en las calles iluminadas ocasionalmente por los faroles, suspiró, ocultando una sonrisa exultante.

Por fortuna, aquella noche no había sido como soñó... Había sido mucho mejor.

Había conocido, sin pretenderlo ni imaginarlo, a un caballero misterioso, apuesto y caballeroso. Bastante serio y contenido, pero perfecto en su opinión.

Estaba confirmado. Se había enamorado.

CAPÍTULO 2

«Usted es un mago. Uno tan poderoso
que me ha destinado a ser suya enteramente.
Sus ojos me atraparon con un hechizo de seducción.
Sus labios me sellaron con un sortilegio de amor.
Su magia me envuelve, su magia me cautiva.
Mi corazón está preso, y solo entre sus brazos he de pertenecer.
Desde el alba hasta el anochecer, yo le anhelo.
Pasan lunas, mueren atardeceres, y yo aún le amo».

Texto extraído de la libreta de lady M.R

Como dama en edad casadera, la experiencia de lady Mary Anne Russell era mucho más formidable de lo que siendo una futura debutante habría llegado a imaginar. Era solicitada por las anfitrionas más elegantes y recibía invitación para los bailes más exclusivos. Tenía un círculo de amistades envidiado, y nunca le faltaba compañía. Era considerada una joven bella y tenía una gran corte masculina suspirando por ella. Además, había rechazado innumerables propuestas de matrimonio, hechas por los partidos más ponderados.

En conclusión, su estancia en la nobleza era un completo y rotundo éxito.

Sonaba tan bonito que Mary se lo repetía cada tarde mientras se preparaba para asistir a otro compromiso social.

Lástima que fuese una falacia tan grande como el tamaño de su busto. O sea: descomunal.

La realidad era que ella era un absoluto fracaso social. Las anfitrionas solo la invitaban porque era hija de un duque, y uno muy rico e influyente. No tenía ninguna amistad fuera de sus amadas y fieles tres amigas, lady Clara y lady Abigail Thompson y Brianna Colleman.

Mary había sido catalogada por sus pares como *demasiado fea.* Nada que ver con las beldades rubias, altas y delgadas que uno podía encontrar en las veladas: típicas bellezas inglesas de cabello marfil y ojos color cielo.

Teniendo en cuenta todo aquello, nadie se sorprendería si supiese que no había recibido hasta el momento ninguna propuesta de casamiento.

Ni una sola. Y de más estaba decir que era una florero condecorada y, si continuaba así, una

solterona en toda regla, puesto que casi comenzaba su tercera temporada social y ella seguía soltera y relegada a un rincón baile tras baile.

A pesar de ser esta su realidad, y de que cualquier otra dama estando en sus zapatos se habría dejado llevar por la desdicha, Mary continuaba esperanzada. Confiaba en que una noche cualquiera su vida daría un giro mágico y, por qué no, sus sueños se harían realidad.

Mary tenía grandes sueños. Anhelos secretos en los que se veía siendo una esposa y madre devota. Ese tipo de fantasías en las que la madre y los niños corrían por un enorme prado soleado, riendo exultantes, perseguidos por un apuesto y afable esposo y padre.

Solo había un problema. El protagonista de sus sueños tenía un rostro, un cuerpo, un nombre, un aroma... y no, no correspondía su afecto. Ni siquiera se giraba a mirarla, y siempre que de casualidad se encontraban bajo el mismo techo, parecía esforzarse en rehuirla.

Dentro de lo triste y decepcionante que era ser una dama rechazada por sus pares y considerada demasiado fea para una joven soñadora y romántica hasta los tuétanos como ella, ocurrían pequeños momentos de felicidad; instantes en los que podía ser feliz y regodearse en sus fantasías de ensueño.

Y esos eran todos y cada uno de los momentos en que coincidía con su caballero predilecto: Maxwell Grayson, conde de Luxe. Aquellas ocasiones tan idílicas en las que una dama rechazada y relegada a un rincón de florero podía recrearse en la visión del hombre que había cautivado su corazón en solo un encuentro, hacía ya dos años.

Por desgracia, estos no eran usuales, pues el conde solía declinar la mayoría de las invitaciones sociales y se limitaba a hacer acto de presencia en las veladas estrictamente ineludibles. Ella aprovechaba cada oportunidad y se pasaba todo el evento admirando las formas masculinas y hermosas del rostro del conde, su atractiva y atlética figura vestida siempre con sobriedad y fineza; el movimiento elegante de sus manos y sus escasas expresiones faciales.

Luxe era tan serio, tan contenido y estirado, que hasta amedrentaba y transmitía una imagen altiva y fría. Pero había algo que delataba su verdadera naturaleza, y eso era su mirada, sus ojos tan hipnóticos y avasalladores; aquellos pozos verdes brillantes que jamás dejaban de encandilar y hechizar a quien se atraviese a mirarlo directamente. Sus ojos eran puro fuego, y Mary ardía cada vez que de casualidad sus miradas se cruzaban. No importaba que el conde pasara por alto su presencia y siguiese concentrado en la conversación o lo que estuviese haciendo. Solo con ese segundo de contacto, ella regresaba de las cenizas de su dolorosa soledad y saciaba su hambre de amor momentáneamente.

Y así vivía desde desde que en su debut en sociedad perdiera el corazón para siempre: con la ilusión a flor de piel y la esperanza moribunda.

Aquella tarde de otoño Mary estaba más emocionada que en muchos meses, pues aquel día conocería una parte muy importante de su futuro marido, según ella: su hogar.

Cuando había llegado la invitación, no pudo dar crédito a lo que leía. Había gritado, reído y llorado de emoción a partes iguales. En ocasiones creía que los más de dos años transcurridos comenzaban a hacer mella en su cordura, y que tal vez terminase además de solterona y fea, loca. Muy loca. Pero en ese momento nada podía opacar su alegría ni mermar su entusiasmo. Aunque sí le había dado un poco de pena su pobre doncella, a la que había enloquecido haciéndole vaciar todos sus baúles, pues deseaba hallar su mejor vestido para lucir lo mejor posible.

Ese tendría que ser el día, el giro del destino, el toque de la varita, el beso encantado.

El día en que el conde de Luxe por fin se prendara de ella, que cayera cautivado ante ella. O, no había que ser tan exigente: se conformaría con que fuese la tarde en que Maxwell Grayson recordase que existía y le dirigiese la palabra. Por lo menos un «con permiso» cuando ella se quedase frente a él, embobada, interponiéndose en su camino.

Con eso se daba por satisfecha.

Su falta de amor propio era un poco patética, pero ella también lo era. Estaba resignada.

La mansión del conde estaba ubicada a las afueras de la ciudad y era ideal para disfrutar de un tentempié al aire libre. La edificación de piedra caliza y enormes tejados era opulenta y maravillosa. Más de cuatro casas de ciudad entraban en ella, y destilaba riqueza por cada grieta.

Mary descendió del carruaje siguiendo a su carabina, la señora Green, tratando de disimular su interés.

Saludaron a la condesa viuda, lady Loretta Grayson, quien había enviado las invitaciones y parecía recuperada de la última recaída que la había tenido en reposo varios meses. Fueron guiadas hasta la zona externa en donde se habían desplegado mesas y sillas bajo la sombra de los árboles. Los invitados, estaban alrededor del prado, conversaban y paseaban.

Sin disimulo, Mary buscó con la vista al conde, pero no había rastro del hombre castaño. Al menos estaba presente su querida amiga Brianna, y se dirigió a su encuentro en cuanto pudo librarse de la vigilancia de su carabina.

—Buenas tardes —saludó, tomando asiento en la manta en la que la pelirroja se hallaba.

—Mary, por fin llegas. Creí que estarías aquí antes que nadie, aguardando ansiosa junto a la puerta —bromeó su amiga, con la risa bailando en sus pupilas verdes.

—Era lo que había planeado, pero la señora Green no quiso oír hablar de ello. Dijo que una dama que se precie como tal sabe cuándo hacerse esperar y cuándo retirarse a tiempo. —Se encogió de hombros.

—Pues tiene un punto de razón. —Cabeceó Brianna—. Además, no te perdiste nada. Solo pasó lo de siempre: cada invitado se aproximó a sus conocidos y yo quede aquí, siendo ignorada por todos. Lo usual.

—¿Y el conde? —preguntó sin poder contenerse, dejando vagar su vista una vez más por el lugar. En las mesas había dispuesta comida y bebida, pero ella no pensaba acercarse, porque

cuando se sentía nerviosa o ansiosa, comía de una manera descontrolada—. Creía que estaría recibiendo junto a su madre a los recién llegados.

—No lo he visto —respondió Brianna, tratando de cubrir su rostro lo más que pudo con su parasol, pues la piel de su cara ya estaba plagada de pecas y, como de costumbre, se hacían más pronunciadas y oscuras cuando se exponía al sol.

—Oh... —se desilusionó Mary, bajando los hombros. Con sus amigas no necesitaba disimular su interés, pues sus tres amigas conocían de sobra su afecto por Lord Luxe—. Puede ser que después de todo no llegue a verlo ni en la distancia.

—Ánimo, allí están las muchachas —terció Brianna. Ambas sonrieron, saludando con sus manos a las hermanas Thompson, que se acercaban hacia el roble bajo el que se hallaban sentadas.

Clara era la mayor, una joven que transitaba su última temporada y que prácticamente considerada solterona deseaba labrarse un futuro como escritora. Su aspecto era considerado poco agraciado, pues su frente era muy ancha y su barbilla estrecha, su nariz prominente y sus labios gruesos. Era en extremo delgada y de altura promedio, pero no tenía formas femeninas, y su cabello era muy lacio y opaco. Sus ojos tenían un gris bonito, pero eran pequeños y no destacaban en su cara corriente. A Clara la habían apodado «Lady Ratón», y era objeto de crueles burlas a menudo.

Abigail era menor por dos años. Su apariencia un auténtico estropicio. Se vestía con horrorosos modelos, fuera de cualquier moda o estilo. Vestidos marrones o grises que parecían ser dos o tres veces más grandes que su cuerpo. Usaba unas gruesas gafas y ocultaba su cabello —que por sus cejas debía ser rubio— con espantosas cofias. Sus ojos eran de un azul más que hermoso, era estilizada y de cuerpo grácil, pero nadie lo notaba por quedarse viendo el conjunto que componía y por el que la llamaban «Lady Esperpento».

Brianna era una joven extremadamente tímida y nerviosa. Transitaba su tercera temporada, al igual que Abby. Su padre era un barón inglés, y su madre, irlandesa. Hija menor y la única mujer de cuatro hermanos, su carácter era dulce y afable, y hacía gala de un gran sentido del humor cuando entraba en confianza. Desgraciadamente, su aspecto físico era todo lo opuesto a lo que se consideraba bello o aceptable en el canon de belleza aristocrático; demasiado alta —rebasaba por mucho a la mayoría de los caballeros— y de cadera y hombros anchos. Sus ojos eran verdes y bonitos, pero pasaban desapercibidos por su escandaloso y rizado cabello color cobrizo intenso y su rostro cubierto de pecas.

Por último, estaba Mary, la más joven de su grupo. Hija única de un poderoso duque, había crecido siendo mimada por su padre. Su personalidad era en exceso extrovertida y despreocupada. Era incapaz de estar callada, y su sinceridad era considerada estrafalaria. Era de pequeña estatura y complexión voluminosa, ojos café y bucles de color oscuro. Los rasgos de su

cara a menudo causaban hilaridad allá donde fuera. Las personas se burlaban de su barbilla puntiaguda y sobresaliente y de sus dientes un poco chuecos. Para sumar, se veía fatal con todos y cada uno de los vestidos hechos con el estilo en boga, que ocasionaba que sus abundantes pechos parecieran dos enormes tortillas aplastadas, y los corsés se los elevaban tanto que, si agachaba la cabeza, podría enterrar la pera allí y quedar atorada permanentemente. Por no hablar de que su vientre, muslos y trasero tenían demasiada carne acumulada, y los atuendos confeccionados con el corte debajo del busto, en lugar de la cadera, le daban un aspecto amorfo y más rollizo del habitual.

Por esas razones, las cuatro habían sido relegadas al puesto de florero, y pasaron a conformar el grupo *D.F*. Por supuesto, este desgraciado grupo estaba compuesto por decenas de damas que, como ellas, habían sido catalogadas como «demasiado feas», pero solo entre ellas cuatro había nacido una gran amistad, y de esta, su poderosa Hermandad de las Feas. Se apoyaban, animaban, consolaban y protegían incondicionalmente.

Como siempre que estaban juntas, las risas no tardaron en llegar, y las confidencias no se hicieron esperar.

Clara señaló un extremo en donde unos bonitos botes estaban amarrados a la orilla y disponibles para los invitados que quisieran dar una vuelta por el lago que rodeaba la propiedad, y sugirió abordar uno. Después de afanarse con los remos, las cuatro detuvieron el bote tras un conjunto de maleza que les permitía algo de privacidad a la vez que les proporcionaba sombra.

Al parecer, el padre de las hermanas, el marqués de Garden, estaba empeñado en comprometer a Clara con el hijo del marqués de Somert, un libertino renombrado de pérfida reputación que recientemente se había convertido en el conde de Lancaster, algo que tenía a su amiga espantada y nerviosa. A Mary le parecía algo romántico, y no terminaba de creer que Clara no sintiese ni un poco de atracción por «el caballero negro», como lo llamaban, pues era conocido su atractivo y encanto.

Estaban muy compenetradas en su conversación, cuando las interrumpieron unas carcajadas masculinas seguidas de unos agudos chillidos femeninos. Desconcertadas, las cuatro se asomaron por encima de los arbustos, y lo que vieron las dejó atónitas.

Sentados en la orilla muy cerca de ellas, había cuatro parejas. Los caballeros y las damas, divididos de dos en dos, estaban flirteando y coqueteando descaradamente. Ellas se abanicaban y sonreían batiendo sus pestañas, sentadas prácticamente encima de ellos, que le susurraban al oído con íntimas miradas. De seguro creían que estaban solos, pues estaban en una parte alejada de la mansión, separada de ojos curiosos por un pequeño bosque.

Un segundo vistazo les sirvió para confirmar la identidad de los caballeros, ya que las mujeres no llevaban sombrilla que obstaculizara su inspección.

Mary reconoció de inmediato la cabellera oscura de lord Luxe, y su estómago se estrujó al

notar cómo el conde observaba a la mujer que tenía muy cerca.

Además, estaban el dúo de hermanos Bennet, y el escocés duque de Fisherton.

—Oh, Dios —gimió Clara, angustiada.

—Oh, por Cristo... —soltó angustiada Mary Anne.

¿Por qué tenía que ver al hombre en esas circunstancias? Acaba de romper la imagen idílica que tenía del conde, y constatar que era un mujeriego como todos los de su clase y género.

—¡Rayos! —le siguió ofuscada Abby.

Estaban en una encrucijada. Si se quedaban, corrían riesgo de ser descubiertas y parecer unas entrometidas chismosas, y si intentaban volver con el resto de los invitados, serían igualmente vistas y la humillación sería la misma.

Agazapadas en su escondite, se miraron espantadas.

—¿Qué hacemos? —preguntó Mary con precipitación. Quería marcharse. El día ya no le parecía maravilloso, sino todo lo contrario.

—Moriré si nos ven —adujo Brianna.

—¡Y mirad quiénes son! —exclamó Clara, indignada, por extraño que pareciese.

—Digo que esperemos a que esos mujeriegos se vayan, y volvemos —propuso Abby, encogiendo un hombro.

Ella se mordió un labio y trató de encumbrar alguna salida al vergonzoso brete. Pero ya que nada venía su mente, comenzó a decir que lo mejor sería seguir el plan de Abby, cuando su mirada advirtió un movimiento ondulante cerca de la cabeza de Clara.

—Esa es la única opción que... ¡Ahhhh! —se interrumpió Mary, gritando aterrorizada.

—¿¡Qué...!? ¿¡Qué pasa!? —exclamó a su vez Clara, asustada.

—¡No te muevas, Clara! ¡Detrás de ti hay una serpiente! —chilló con horror su hermana.

—¿¡Qué!? —gritó Clara, llena de miedo. Se paró con frenesí.

El movimiento brusco provocó que el bote se sacudiese con violencia y, soltando unos desgarradores aullidos, las cuatro volaron por el aire para aterrizar en las frías aguas del lago.

CAPÍTULO 3

«El día que tanto había soñado llegó.
No fue como lo imaginaba... fue mejor.
Te sentí vibrando en mi pecho.
Tu calor me envolvió.
Tus manos en mi cuerpo fueron llamas
en la hoguera de mi ensoñación.
Tan cerca y tan lejos, pero igual de devastador.
Fuiste provocación, incitación,
tentación y decadencia.
Yo caí rendida, igual que ayer, igual que hoy.
Perpetuamente tuya».

Texto extraído de la libreta de lady MR

Maxwell se encontraba de un humor de perros aquel día.

¿Los motivos? Su madre, que había pasado recientemente largos meses en reposo por una extraña enfermedad que le causaba mareos, dolores de cabeza frecuentes y pérdida de la memoria cada vez más prolongada. Con cada recaída, olvidaba un poco más de su pasado: cosas tan sencillas como la edad de sus hijos, las cicatrices que se habían hecho en alguna caída, los lugares que había visitado, el nombre de sus familiares... o que su marido llevaba muerto más de cinco años. Eran recuerdos inexistentes para la afectada cabeza de la condesa.

Por eso él trataba de armarse de paciencia y ser tres veces más tolerante con ella de lo que jamás sería con nadie. Pero esa vez su madre había cruzado la raya, y su intromisión era inadmisible.

Loretta quería que él se casara. Consideraba que a sus treinta y tres años estaba más que demorado en sus obligaciones para con su legado, y que ya era hora de que escogiese una esposa adecuada y digna de su posición.

El problema era que él no pensaba lo mismo, y además no tenía ningún interés de complicarse

la existencia tan formidable y pacífica que llevaba contrayendo matrimonio. No ahora, y no hasta que tuviese unos veinte años más y verdadero apuro.

No obstante, su madre había desechado su rotunda negativa a incursionar en el mercado matrimonial y organizado sin su autorización ni conocimiento una fiesta a la que, para variar, había invitado a prácticamente todas las damas solteras y en edad casadera de la ciudad. Si no salía de aquel tentempié con un anillo sería porque sin duda la nueva horda de debutantes venía con menos entrenamiento militar que sus predecesoras.

Solo de pensarlo, le daba un escalofrío.

Era una persona en exceso observadora, y hacía rato había comprobado que, entre los de su clase, solo existían matrimonios infelices y vacíos, y que tener una esposa no servía para más que dolores de cabeza y de bolsillo. Él no quería nada de aquello, solo seguir con su vida ordenada y sin sobresaltos ni mujeres problemáticas.

Por fortuna, hasta el momento había logrado escapar del lugar en donde se estaba llevando a cabo el evento, pues en cuanto vio aparecer a sus amigos acompañados de formidables féminas, los invitó a sacarle provecho a la tarde como de verdad valía la pena; retozando en una parte no abierta a los invitados con aquellas bellezas, que contaban con mucho más que exquisitas vistas, edad y maridos bajo tierra.

Definitivamente su ánimo comenzaba a mejora. La tarde prometía y él necesitaba distraerse.

—¿Qué opina milady de ir a un lugar más privado? —murmuró Maxwell al oído de la preciosa rubia que tenía en su regazo, al tiempo que pasaba sus manos por los muslos cubiertos por un coqueto vestido de seda esmeralda.

Ella ronroneó. Acercaba sus labios para responderle sin dejar de enviar un ardiente mensaje con sus ojos claros cuando un conjunto de chillidos y atronadores gritos femeninos le frenó.

—¿Qué diantres pasa? —le interrumpió, quitando a la mujer de encima. Se puso de pie con precipitación cuando vio una profusión de extremidades vestidas de diferentes colores pasteles saltar por el aire y luego perderse de vista. Lo hicieron tras el conjunto de malezas que bordeaban la orilla del lago, un poco más adelante de su posición junto a los árboles del bosque.

—¿Qué fue eso? —alcanzó a preguntar Colin Bennet, conde Vander, con la mirada celeste perpleja mirando a su hermano Marcus, conde de Lancaster, y al duque de Fisherton, Alexander McFire, que estaban también ya de pie, y acercándose a Maxwell.

Pero al instante, los gritos regresaron y esta vez eran claramente llamados de auxilio. Sin percatarse, los cuatro comenzaron a correr hacia el origen del desastre, sin prestar atención a los comentarios quejumbrosos de sus acompañantes.

Marcus y Alexander fueron más veloces, y al arribar él a la orilla con Vander pegado a sus talones, vio a Marcus pasar a los brazos del escocés una mujer pelirroja, temblorosa y empapada.

Un pequeño bote dado vuelta se hallaba flotando, y a este se aferraba una joven... o niña, no

alcanzaba a deducirlo. No dudó en quitarse la chaqueta y el chaleco y meterse hasta la cintura en el famoso lago.

El agua estaba helada. Reprimiendo el escalofrío, nadó hasta donde Marcus intentaba alcanzar a la pequeña accidentada.

—¡Milord, por favor! Nuestra amiga no sabe nadar, y su hermana se ha sumergido para buscarla —oyó que exclamaba ella con desesperación. Por la voz parecía ser una joven ya madura.

—Tranquila, las sacaremos —aseguró Lancaster, extendiendo su mano hacia ella.

Maxwell llegó junto a ellos, y entonces pudo mirar a la muchacha.

Incomprensiblemente, su corazón se saltó más de un latido.

La conocía, pero no recordaba de dónde ni cuándo. Tampoco su nombre. Pero había algo en ella que se le hacía muy familiar... y no, no eran las dos voluptuosas formas de sus senos flotando en el agua.

La mujer, totalmente pálida y empapada, aceptó la mano de Marcus y este tiró de ella hasta depositarla en los brazos de Maxwell, que la recibió con el cuerpo rígido y expresión pétrea, pues era obvio que por la manera que se aferró a él, ella no sabía nadar y estaba atemorizada.

Sentía todo su cuerpo apretado contra el suyo, y ya no percibía para nada la baja temperatura del agua. Todo lo contrario.

Por eso evitó mirarla a la cara, incómodo ante la posibilidad que ella sintiera, mientras la trasladaba a la orilla, el efecto que provocaba tener esos senos tan cerca. Y a esos sí que los estaba mirando muy bien.

Por lo más sagrado... ¡Eran sencillamente perfectos!

No, nada de sencillos. Eran sublimes. Pocas veces había visto él una fémina con semejante busto. No había corsé que lograse contenerlos, y ciertamente era un pecado intentar encerrar esa obra de arte...

Y mejor apartaba la vista y pensaba en otra cosa, o sus pantalones reventarían quisiese él o no, y ella quedaría preñada involuntariamente. ¿Eso también se contaba como vejación? Seguro que sí.

¿En qué demonios estaba pensando?

Era solo la larga racha de abstinencia sexual que venía cargando, sí. Ya estaba necesitado de yacer con cualquier mujer.

La muchacha era pequeña, pero no por eso peso pluma, así que Maxwell pisó tierra con bastante esfuerzo y poco aliento.

De inmediato, la depositó en el suelo y se alejó varios pasos.

Ella estaba completamente mojada, tenía el vestido color rosa pastel tan pegado y arrugado, sobre todo en su abundante escote, que ahora se traslucía por completo y su peinado estaba

desecho, con los bucles ébano tapando la cara.

Estrujó su ropa en un vano intento de secarla. Viendo que era inútil, subió los brazos y se apartó el cabello enredado hasta poder mirarlo a él directamente.

Maxwell, todavía tenso, vio como sus ojos se abrían estupefactos al verlo frente a ella.

—Oh... —Fue lo único que salió de su boca abierta de par en par.

Él apretó la mandíbula, haciendo un supremo esfuerzo para no desviar la vista hacia las formas de su cuerpo, pero no lo logró y terminó recorriendo aquellos montes desbordantes con avidez. El aire se le cortó y sintió que la saliva se le acumulaba. La ropa mojada dejaba al descubierto con perfección las aureolas de sus senos plenos, su abdomen redondeado y con algo de carne extra en varias partes. La forma de su pequeña cintura y sus redondeadas caderas era exquisita, al igual que la «v» entre sus muslos pura belleza. Sus piernas eran cortas, pero sinuosas y provocativas.

Todo ella era provocación, incitación, tentación y decadencia.

Definitivamente estaba perdiendo la cabeza, la cordura y la contención.

—Gracias por... por salvarme mi... milord —tartamudeó ella, y él devolvió los ojos a su rostro.

Ella también lo estaba escrutando con fijeza y un extraño brillo en sus pupilas agrandadas. No era bonita ni exótica, era simple y con rasgos ordinarios. Ojos cafés, nariz pequeña y barbilla sobresaliente. Y parecía muy incómoda, estaba sonrojada hasta el cuello y no dejaba de moverse. Se abrazaba a sí misma, se acomodaba el cabello, se volvía a cubrir con los antebrazos, sacudía su vestido... Era un torbellino parlante.

—Yo... estoy agradecida, no crea que no. Si estoy seria es porque aún no salgo de mi conmoción, no esperaba este infortunio, todo mi plan... —Hizo una pausa y carraspeó con las mejillas más coloradas si cabía, añadiendo—: Digo... *mi día* se arruinó. Qué estará pensando usted de mí, que soy una torpe, si ni atiné a reaccionar para salir del lago nadando y así poder pedir ayuda, tantas clases durante tres veranos, y no las pude poner en práctica —decía con atropello.

Maxwell arqueó una ceja y con sequedad le cortó diciendo:

—¿Sabe usted nadar?

Ella pareció desconcertada, luego lentamente esbozó una sonrisa y, pestañeando, afirmó:

—Oh, sí milord. Desde los once años. Mi padre me enseñó.

Él la miró, incrédulo y confundido, y con su ceño fruncido inquirió:

—Entonces ¿por qué me hizo sacarla del lago de esa forma? ¡Casi me ahoga usted a mí! Lo hubiese dicho y la ayudaba a salir por sus medios.

La dama amplió su sonrisa hasta que dos hoyuelos encantadores se marcaron en sus mejillas. Sus pestañas aletearon. Con un aire de picardía, se acercó y de puntillas le susurró en el oído:

—Podría haberlo hecho, pero entonces no hubiese sido usted tan romántico y galante conmigo. El papel de gallardo héroe le queda perfecto, milord...

Maxwell soltó el aire que estaba reteniendo, emitiendo un bufido, pero antes de que pudiese decirle lo que pensaba de su descaro, ella vio a sus amigas acercándose tan mojadas como ella misma, y se alejó de su lado, no sin antes dedicarle un travieso guiño.

Él gruñó y la siguió a distancia prudente. Quiso sentirse molesto, pero no pudo. La morena era pequeña, aunque sus vistas traseras no tenían nada que envidiar al paisaje más espectacular de Inglaterra.

***

La mascarada anual que organizaban los duques de Malloren era uno de los eventos más esperados de cada temporada, y por ello multitudinario. Para Mary era la segunda ocasión en la que le tocaba asistir, y no dejaba de sorprenderse por la opulencia y magnificencia que despedía el enorme salón de techo abovedado, decenas de arañas y altas columnas.

Sin embargo, en esa oportunidad estaba muy animada, pues por fin había cruzado palabras y miradas directas con el hombre al que pertenecía su corazón. Había sido perfecto a pesar de que ella hubiese presentado un aspecto deplorable. Había sentido los brazos del conde rodeándola, el sonido de su voz, y él la había mirado a ella... ¡Solo a ella!

Después de emprender el regreso a casa, no pudo cesar de rememorar cada momento vivido en el lago; sus expresiones, la textura de sus ropas y las formas de su espalda; la suave piel de su mejilla cuando se atrevió a besarlo, su aroma, sus ojos...

Lord Luxe era tan hermoso... Un caballero perfecto, ¡y también un héroe!

Tan valiente y gallardo...

Desde donde se hallaba había logrado avistarlo. Conversaba con el duque de Fisherton. Vestía de negro y llevaba un pañuelo verde que hacía juego con su antifaz. Su gesto era serio, como de costumbre, y tenía los ojos puestos en las damas que entraban. Y, cómo no, eran las Hamilton, bellas y primorosas. Mary se quejó en voz alta y eso desencadenó una conversación con sus amigas en la que compartieron críticas divertidas.

Su padre le había permitido encargar un vestido nuevo a la modista que había contratado, y aunque estaba segura que no era el vestido más bonito de la fiesta, al menos estaba estrenando. Hubiese querido usar una confección distinta, con el corte de la cintura más bajo, y otro género de tela. El color no era feo, pero tampoco la favorecía del todo.

Pero no podía cumplir sus deseos, ya que su padre le había confiado a la mujer que la amadrinaba desde su presentación en sociedad, la señora Green, todos los detalles referentes a su incursión social. Y la anciana matrona no era precisamente una seguidora de la moda, solo había

que ver los horripilantes tocados que usaba.

De todas maneras, nada afectaría su buen ánimo.

Estaba feliz, emocionada y expectante por lo que pasaría a continuación, pues tenía el presentimiento de que, a partir de ese día, había terminado su historia de eterna desolación por tener que limitarse a admirar de lejos al conde de Luxe. Luciría aquel vestido de seda celeste y ajustado en el pecho como si se tratase de la reina. No importaba que otras damas la mirasen con burla y desprecio: después de dos años en aquellas salas, ya no la afectaban sus críticas y comentarios despectivos.

Mientras conversaba con sus amigas, sentadas en el rincón destinado a las floreros como ellas, Mary sonreía, hacía bromas a las demás y miraba con la barbilla en alto al grupo de debutantes pálidas, delgadas y hermosas que pretendían humillarlas dedicándoles murmullos y gestos de desprecio.

Solo eran unas tontuelas con la cabeza llena de pájaros. Se creían perfectas y no lo eran. Sus almas estaban podridas, y sus cerebros vacíos.

¡Ja! Su dulce amiga Clara les había ganado, pues ya había recibido la propuesta de casamiento de uno de los solteros más codiciados, lord Lancaster. Y no solo eso: «el caballero negro», como le llamaban, ¡la había besado!

Aunque Clara había rechazado al conde e incluso lo había lanzado desde la ventana de su alcoba cuando el pretendiente se coló borracho. Algo comprensible para Mary, considerándolo desde el punto de vista de su tierna amiga, pero no desde el suyo, puesto que si los milagros existiesen y algún día lord Luxe pidiera su mano, Mary no dudaría en aceptar ser su esposa.

¡Cómo negarse, si llevaba esperando ese momento tanto tiempo!

Estaba visto que Dios repartía pan a quien no tenía dientes...

—Buenas noches, lindas damas —interrumpió una voz masculina. Y ellas cuatro saltaron en sus sillas sobresaltadas, y elevaron sus ojos para mirar al hombre que les había saludado, osando aventurarse a aquel rincón en el que jamás ningún caballero pisaba.

Era lord Vander, Colin Bennet, quien les sonreía abiertamente. A pesar de que llevaba un antifaz, este era muy pequeño como para ocultar sus apuestos rasgos.

No estaba solo. A su lado estaban el duque de Fisherton, Alexander McFire, que también les sonreía, y el conde de Luxe, con su expresión agria de siempre.

Las jóvenes estaban anonadadas por su inaudita presencia y solo se quedaron mirándolos con las bocas abiertas y los ojos saltando de sus órbitas tras sus máscaras.

Mary estaba aturdida. Tenía frente así al conde, y su corazón se había puesto a galopar como un caballo desbocado.

Sabía que ya estaba ruborizada. Quería disimular y no quedarse mirando al hombre fijamente, pero no podía. Él no la estaba mirando, solo les dedicó un asentimiento con su cabeza y, tras

echarle a ella un breve vistazo, desvió la vista hacia un punto por encima de ellas.

«¿Tan interesantes son las columnas?», quiso preguntarle Mary, pero mejor guardó silencio.

—Eh... espero estén pasando una magnífica velada —siguió con tono vacilante el conde de Vander, pegando con el codo al escocés parado a su derecha.

—Buenas noches, señoritas —las saludó el gigante rubio. Ellas asintieron en respuesta al unísono, como muñequitas—. Quisiera solicitarle esta pieza, señorita —continuó con su fuerte acento, deteniendo sus ojos celestes sobre Brianna, que se ruborizó hasta el escote.

La joven pelirroja se quedó paralizada como una estatua y no tuvo reacción cuando el duque extendió su mano enguantada hacia ella. Abby bufó y se puso de pie, algo que sacó a las demás de su estupor, y la imitaron.

Mary Anne empujó a Brianna, y ella, con evidente timidez, aceptó la mano del escocés y se alejaron hacia la pista.

Lord Vander carraspeó y miró a Mary Anne, y ella se sonrojo más aún. No era que fuese el caballero por el que suspiraba, pero no había recibido una invitación de baile en mucho tiempo y el conde era muy apuesto; no le diría que no. Pero antes de que el rubio pudiese abrir la boca, lord Luxe dio un paso hacia delante y habló:

—¿Me haría el honor, milady? —dijo con su voz de barítono, fijando su vista verde en ella.

Mary desencajó la mandíbula, tratando de confirmar si de verdad se había dirigido a ella. Tal vez no era así, él nunca le había solicitado ser su compañero en una pieza.

—¿Yo? —soltó atónita Mary Anne, mirando para todos lados. Quizás le hablaba a Clara o a Abigail.

Las parejas ya estaban tomando posición para lo que sería un vals y los músicos tocaban los primeros acordes.

—Sí, querida. Usted —respondió Lord Luxe. Su boca se había reducido a una línea fina que le hacía parecer incómodo.

Mary se quedó prendada de sus ojos verdes. Pocas veces había podido admirarlos de cerca. Eran preciosos, un poco azulados bajo la luz de las velas, y de pestañas tupidas. Y la estaban estudiando fijamente, haciendo un detallado escrutinio de los rasgos de su cara.

Ella sabía que no era bella, pero no se avergonzaba de sí misma, Se negaba a hacerlo. Si lograba conquistar a lord Luxe, lo haría con sus virtudes y defectos, y no por un cuerpo bonito o cara perfecta. Estaba segura.

Él no dejó traslucir sus pensamientos. Como de costumbre, permaneció esperando su respuesta impasible.

Clara pellizcó con disimulo su brazo izquierdo y ella se giró hacia su amiga con molestia y ojos de loca. ¡Eso había dolido! Se lo cobraría... Pero después.

Esbozó una dulce sonrisa, y aceptó el brazo del conde.

Iniciaron el camino hacia la pista con paso lento. Mary trató de parecer serena mientras por dentro experimentaba una revolución de emociones.

¡Iba a bailar un vals con su conde!

Esa era su oportunidad para encandilarlo, no podía desaprovecharla.

Debía tirar todas sus cartas, y apostarlo todo para lograr conquistar el corazón de su caballero.

¡Demasiados feas de todo el mundo, cruzad los dedos!

CAPÍTULO 4

«La noche que bailamos
me sentí como una hebra en el viento.
Fui feliz en sus brazos.
Fui dichosa a su lado.
La música nunca fue más hermosa.
Los colores jamás fueron tan brillantes.
Mi corazón nunca latió tan deprisa.
Sus ojos jamás me parecieron más luminosos.
Creí que el mundo se detendría
tan solo para ver a dos almas juntarse.
Creí que el amor haría su jugada maestra.
Mas no pensé que la trampa del destino
se cerraría entonces.
Quedé atrapada, y usted conmigo.
No quise sentirme afortunada, pero lo amaba,
mas usted como una embarcación averiada
iba a la deriva, y solo se alejaba».

Texto extraído de la libreta de lady M.R

Luxe guio a la pequeña morena entre los bailarines que ya ocupaban su posición en la pista, maldiciendo para sus adentros.

No sabía qué demonio se había apoderado de su lengua para haber interrumpido al estúpido de Vander e impedirle solicitar una pieza a la dama. Ni siquiera sabía su nombre ni dónde la había visto antes, pero estaba seguro de que ya se conocían.

Solo sabía que cuando la tuvo enfrente no pudo dejar de mirar sus curvas seductoras y sus grandes ojos marrones fijos en él. Algo tiraba de él hacia esa mirada ensoñadora, y por más que trató de concentrar sus ojos en cualquier parte que no fuese la mujer, fracasó.

Un instinto hasta entonces desconocido en él lo empujó a reclamar el lugar de compañero de la joven, y allí estaba, en medio de la pista, con el cuerpo rígido como una estaca, una mano en la cintura de la dama y otra rodeando su pequeña palma izquierda.

La melodía del vals dio inicio, y él, envarado, comenzó a guiarles.

Ella era una pésima bailarina... o estaba excesivamente nerviosa. Con impaciencia, bajó la vista hacia ella, que era muy pequeña. Su coronilla apenas le llegaba a la altura de los hombros, y constató que la mujer estaba muy ruborizada y respiraba agitada. Su mano tembló en la de él cuando ejecutaron un giro algo brusco y ella se tambaleó y terminó estrellada contra su pecho.

Su fragancia inundó sus fosas nasales. Era un aroma dulce y diferente.

Él se paralizó porque sintió a la perfección la forma madura de sus senos rozando su propio pecho. Y no fue capaz de evitar gruñir y soltar un juramento en voz baja, concentrando su vista sobre la cabeza de ella.

—Lo sien... lo siento, milord —se disculpó ella tartamudeando, y se alejó con rapidez.

Siguieron bailando mientras él maldecía a todos los compositores que recordaba por tener la maldita idea de hacer las piezas interminables. ¿En qué estaban pensando exponiendo a los danzantes a tolerar bailes de casi veinte minutos?

La muchacha lo pisó por tercera vez y en el mismo pie, tan fuerte que ya comenzaba a dolerle.

Al parecer tenía dos pies izquierdos.

—Oh... Santo Dios, otra vez lo pisé. Le pido disculpas, milord. —dijo ella, avergonzada. Su voz era suave y bastante aguda.

Parecía una niña si cerraba los ojos, pero no era ninguna niña, claro estaba. Si lo fuera no tendría esa delantera descomunal que por más que mantenían la distancia que se indicaba no podían evitar rozarse. No intencionalmente.

Eran deli... Condenación... ¿En qué estaba pensando? Por Dios... estaba descontrolado.

—Sucede que no he bailado en mucho tiempo. De hecho, solo he bailado en dos oportunidades, y en ninguna de esas ocasiones fue un vals —siguió la mujer hablando aceleradamente con voz temblorosa—. No es que me esté quejando, para nada, por favor, nunca lo haría. Todo lo contrario, me siento halagada por estar compartiendo esta pieza con usted, no es algo que nos suceda todas las veladas a las demasiado fe... digo... eh... a las damas solteras... que no están debutando. Aunque para serle sincera, me he quedado sorprendida por su invitación, ya que como debe imaginar, no la esperaba. Ya no, aunque hubo un tiempo que sí la esperaba. Lo veía llegar a los salones y creía que a lo mejor usted me solicitaría un baile. Pero usted nunca baila, ay, disculpe, le volví a pisar. Yo creía que usted no sabía tal vez bailar, pero... oh... No crea que pensaba que usted era incompetente, solo creía que a lo mejor no había aprendido ese arte por desinterés. No es que le esté diciendo perezoso, nada más lejos de la realidad. Es que creía que como usted no bailaba, tal vez no le interesaba ninguna dama... oh... No crea que estoy insinuando que usted, es decir... que a usted no le gustan... o sea... nadie podría pensar eso, está claro que a usted le interesan las féminas. Y no solo por su apariencia, que es muy masculina,

sino porque siempre le veo admirar a las mujeres...

» Oh...no me malinterprete, no es que esté diciendo que es usted un pervertido mirón, solo que le he visto ser como todos los hombres, y mirar a las mujeres hermosas... oh... Pero eso no quiere decir que yo esté pendiente de sus movimientos, no, no, no. Eso solo lo haría una persona obsesionada, o loca. Yo no estoy loca, soy normal, todo lo normal que puede ser una persona, ni siquiera hablo sola, bueno a veces sí... Ay..., otra vez lo he pisado, disculpe...

La música se detuvo, la morena levantó al fin los ojos hacia él y se quedó mirándolo con expresión de bochorno, las mejillas enrojecidas y el labio inferior temblando. Luxe, que estaba aturdido y mareado por su incontenible verborrea, solo pudo observarla con el ceño fruncido y soltarla despacio.

Ella tragó saliva, murmuró:

—Parece que no se enamoró. —Y, acto seguido, dio media vuelta y abandonó con prisas la pista.

***

Mary evitó correr entre las damas y caballeros que salían de la pista de baile, sintiendo una gran decepción e igual mortificación.

Lo había arruinado. Era un desastre con pies. Con dos pies izquierdos.

Quería maldecir, pero no lo hizo. Eso provocaría un escándalo, y no quería llamar la atención de nadie. No necesitaba testigos de su infortunio.

Cuando llegó al área donde habían estado sentadas las muchachas y ella, la encontró desierta. Ninguna de las tres estaba, así que desconsolada y con ganas de llorar, Mary enfiló hacia las puertas, desesperada por salir al exterior y tomar un poco de aire otoñal. Lo necesitaba para tratar de mitigar el rubor de sus mejillas y aplacar sus ánimos alterados.

Una vez estuvo en la amplia terraza de los duques, evitó cruzarse con las parejas que paseaban y enfiló hacia uno de los balcones laterales de la enorme mansión, en el que, por la escasa iluminación, pensó que podría hallar un poco de intimidad.

No había nadie. Y ella suspiró, aliviada, dejando por fin caer los hombres en una horrible y cómoda joroba.

También soltó todo el aire que había estado conteniendo fraccionado en respiraciones cortas, para darle a su abdomen una apariencia más plana. La barriga saltó dentro de su vestido hacia adelante, agradecida. Y las pobres costuras de su corsé se quejaron.

Abatida, se dirigió a un pequeño banco de piedra en forma circular que estaba casi oculto por las largas enredaderas que cubrían las paredes de la fachada exterior de la casa.

Estaba decepcionada. Tantos años esperando el momento en el que por fin el conde de Luxe se fijara en ella para arruinarlo en menos de lo que duraba un vals.

Había hecho el completo ridículo, pisándole en numerosas ocasiones, moviéndose con torpeza. Amedrentada por el demoledor silencio del hombre, había prorrumpido en un acceso de palabras atropelladas.

No tenía idea de lo que le había dicho, como le solía suceder cuando se sentía muy nerviosa, y más cuando tenía frente a sí a una persona en exceso silenciosa. Algo dentro de ella se disparaba y empezaba soltar saliva sin parar.

El conde debía pensar que era una descerebrada, y no lo culparía.

A juzgar por la expresión pétrea que vio en su cara cuando tomó el valor suficiente para mirarlo, su postura envarada y los múltiples gruñidos, suspiros de fastidio y nula conversación, podía deducir que el castaño no se había quedado precisamente cautivado con ella.

Dudaba de que volviera a acercarse, y menos que se repitiese la oportunidad de estar tan cerca del conde.

Definitivamente lo había arruinado, y tendría que olvidarse de la posibilidad de que el caballero se prendara de su persona.

Pero ¡era tan injusto!

Mary estaba segura de que lord Luxe y ella estaban hechos el uno para el otro.

Una vez más suspiró y decidió que debía regresar al salón antes de que la señora Green se percatara de su ausencia y le tirara de las orejas.

Además, quería saber cómo les había ido a sus amigas con sus caballeros.

Esperaba que ellas hubiesen corrido mejor suerte. Desganada, se enderezó, y estaba por apartar una de las ramas para salir cuando se paralizó ante el sonido de voces masculinas acercándose en su dirección.

Ay, no. Vaya suerte la suya. Ahora quedaría allí atrapada, rogando para que ninguno de los caballeros se percatarse de su presencia o podría quedar arruinada su reputación.

—Cuando dé con Lancaster lo voy a estrangular. Pasé un momento tortuoso por su maldita culpa —se quejó uno de ellos—. ¿Dónde diablos se han metido ahora esos mellizos endemoniados?

Ella cerró los ojos, apretándose contra pared. Levantó las rodillas contra el pecho para evitar que sus piernas quedaran a la vista.

Era Lord Luxe.

Maxwell negó al oír las potentes carcajadas de su amigo, el duque de Fisherton, y se recortó en la balaustrada de piedra de la terraza en la que se encontraban, desistiendo en su afán de avistar en el amplio jardín a los hermanos Bennet.

—Qué mala suerte la tuya, entonces. Yo lo he pasado muy bien teniendo entre mis brazos a esa pelirroja. Es puro fuego. He logrado que me diga su nombre al fin, y me encanta. Antes de que termine esta temporada, ella será mía como sea —contestó con sorna el rubio. Se puso de

lado con los brazos cruzados y lo miró con fijeza—. Puedes engañar a Vander. Hasta un niño lo haría... Y a Lancaster, ya que no ve más allá del trasero de la Thompson mayor, pero a mí no me engañas, Lord-palo-metido-en-el...

—¿De qué estás hablando ahora? —le cortó con un gruñido impaciente él, sabiendo, en el fondo, lo que el escocés (que aparentaba ser poco perspicaz, pero lo cierto es que lo era, y mucho) estaba intentando decir.

—No te hagas. La morena te trae loco. No me digas que no tuviste que darte un baño de agua helada cuando llegaste a tu casa el otro día después de ver todas esas curvas expuestas, porque no te creeré. Yo me tuve que dar tres o cuatro —se burló el duque, riendo por las muecas de consternación que él esbozaba.

Maxwell apartó la vista y tiró de su pañuelo, avergonzado por haberse ruborizado levemente. Elevó la mirada al cielo oscuro y nublado, soltando un suspiro.

—No tuve que darme ningún baño, pero no te mentiré —dijo después de una pausa, metiéndose las manos en los bolsillos. Esbozando una semi sonrisa sin percatarse, siguió—: Mis sueños estuvieron plagados de imágenes que curiosamente se parecían a dicha dama de bucles oscuros. —Su amigo asintió con ambas cejas elevadas, y él, sintiendo que podía confesar lo que fuera, pues de todos modos ya lo habían descubierto (y sabía que el duque era increíblemente leal) añadió—: Ella... se me hace familiar, pero no logro recordar de dónde. Además de en mi casa el otro día, no le he cruzado antes en ningún evento... o eso creo.

—Y te atrae —conjeturó Fisherton, dándole una palmada amigable en la espalda que por poco lo mandó fuera del balcón.

Él fue incapaz de admitirlo. No se atrevía a poner en palabras lo que la joven provocaba en él.

No estaba seguro de que fuese atracción. Básicamente se sentía incómodo cuando la tenía enfrente, y terriblemente acalorado. Solo era capaz de pensar en las curvas que en ella resultaban excesivas y a la vez perfectas, y reprimir las ansias por salir huyendo en dirección contraria. Ella le agobiaba, principalmente: era demasiado cándida, alegre, dulce, parlanchina y desinhibida para alguien como él.

A Maxwell le gustaba el silencio, estar centrado y en calma, y ella rompía con todo. Era avasallante y arrolladora. Le confundía, y no le gustaba sentir nada de aquello. Cerca de ella, su sistema se alteraba y comenzaba a comportarse de manera desconocida y degradante.

Ella le despertaba un instinto animal que en un caballero como él era inconcebible.

—Es una dama en edad casadera, soltera y poco agraciada, no tengo nada que hacer con ella —espetó, forzando su voz para que sonase lo suficientemente convincente. Quizás así hasta se convencía sí mismo—. Tú deberías imitarme y andar con cuidado con la dama pelirroja, o terminarás provocando un escándalo. No sé en Escocia, pero aquí, quien juega con fuego, acaba chamuscado.

—Pues ya estoy ardiendo, qué más me da —respondió sonriente el rubio, encogiendo un hombro, y fue a agregar algo más cuando se oyó muy cerca un extraño sonido.

Ambos se paralizaron. Había sido un estornudo, y como comprobó Maxwell, girándose enverado, provenía del rincón de la terraza donde había un largo banco de piedra.

***

Mary Anne, atrincherada tras las plantas, había oído la conversación con los ojos abiertos como platos y las mejillas al rojo vivo.

Lord Luxe había admitido que había soñado con ella. ¡Con ella!

Aquello le daba esperanzas, porque, aunque estaba segura de que él no estaba cautivado por ella, al menos no le resultaba repulsiva. Y a pesar de que el hombre no recordaba su primer encuentro, algo que resultaba decepcionante, quería saltar y gritar de alegría.

Oyó cómo el duque le decía que ella le atraía al conde y aguardó con la respiración contenida su respuesta.

La desilusión la impactó de lleno. La consideraba poco agraciada, y cómo culparle, si así la veían todos sus pares: no por nada la habían catalogado como Demasiado fea y terminado siendo integrante de la hermandad... Pero no había que rendirse. Mary estaba segura de que lord Luxe y ella estaban destinados a estar juntos, y el amor verdadero era capaz de traspasar las barreras de la efímera primera impresión... o primeras, mejor dicho. No se rendiría. Ella podía cautivar con sus cualidades, lograría que el conde se prendara de ella. Castillos más grandes habían caído.

La nariz le picó debido a la cercanía de una flor que colgaba próxima a su cara. La apartó con cuidado, pero no lo suficiente, pues estaba rodeada de ellas además de que la enredadera cubría la pared desde el techo hasta el suelo. Antes de poder contenerse, un estornudo escapó de su boca.

Horrorizada, se cubrió los labios con las dos manos y se encogió con los ojos cerrados, rogando por que los caballeros no lo hubiesen escuchado.

Ambos hombres habían interrumpido su conversación, a la que ella no había seguido prestando atención, y Mary esperó con los nervios de punta.

Sería humillante ser descubierta allí, vergonzoso y...

Diablos...

Se oyeron unos murmullos, y luego pasos acercándose.

Su plegaria había caído en saco roto.

Oh, Dios mío... qué calamidad. Ni siquiera podía tirarse de un puente. No había ninguno cerca...

«¡Piensa en algo, Mary! ¡Deprisa!».

***

Maxwell le hizo una seña al escocés. Llevó su dedo a sus labios cerrados después de murmurar que había alguien agazapado detrás del banco de piedra. Le hizo un ademán para que lo siguiese.

Con paso seguro, los dos se acercaron dispuestos a exponer al chismoso, que, en lugar de hacer notar su presencia, se había mantenido en la sombra, participando de una conversación privada.

Aquello era poco honorable, y él se lo dejaría claro.

Con decisión, tomó las ramas y las corrió sintiendo a su amigo detenerse a su espalda. Su cuerpo se quedó rígido y pasmado ante lo que estaba frente a sus ojos.

No tuvo más reacción que abrir los ojos desmesuradamente y recorrer aquella figura de pies a cabeza con el aire contenido.

—¿Está inconsciente? —murmuró con extrañeza Fisherton, haciéndole recordar que no estaba solo ni teniendo repentinas ensoñaciones.

Dudó un segundo, y primando la preocupación, se agachó para colarse en aquel recoveco. Estudió a la mujer que yacía recostada sobre el banco boca arriba, inmóvil como una estatua.

Por los clavos de Cristo. ¿Qué hacía aquella mujercita allí? ¿Es que había escuchado todas las insensateces que habían hablado su amigo y él?

No parecía indispuesta, no estaba siquiera pálida, sino que sus mejillas estaban sonrojadas y, además, se oía su respiración pausada. Su pecho subía y bajaba rítmicamente con cada inhalación.

La boca se le hizo agua y se puso en pie precipitadamente, chocando con el escocés, que gruñó y retrocedió un paso quedando fuera del refugio de plantas y flores.

Estaba conmocionado, sin saber cómo proceder. Eso era un desastre, si alguien aparecía en aquel instante, la reputación de la dama quedaría irreparablemente arruinada. Lo más prudente sería marcharse sin más, pero se negaba a dejarla allí, a merced de cualquier peligro. Además de que dudaba que se hubiese puesto a echar una siesta allí, seguro se había desmayado. Tendría que pedir ayuda, pero si lo hacía provocaría un escándalo.

El duque o él se verían obligados a casarse con la mujer, y él no quería casarse con ella ni con nadie en ese momento, no hasta unos cuantos años. La imagen del rubio y la morena de pie frente a un altar se coló en su cerebro y frunció el ceño. No sabía el motivo, pero tampoco le agradaba imaginar al duque desposando a la dama. Además, era ridículo. Su amigo la mataría tratando de consumar el matrimonio, ella era demasiado pequeña para ese gigante. No harían una buena pareja.

«Sus pechos no son nada pequeños».

«¡La mujer está desmayada por Dios! No es momento para tener pensamientos libidinosos».

«Díselo a tu pequeño amigo».

—¿Voy en busca de ayuda? —oyó que preguntaba Fisherton.

—¡No! —exclamó exaltado Maxwell, y corrió la cortina para mirar al rubio, que parecía bastante divertido con la inaudita situación—. ¿Estás loco? Tendríamos que desposarla en dos días. ¿Tú te casarás con ella, acaso?

Fisherton se rio con ganas, como si hubiese contado el mejor de los chistes.

Ofuscado, Maxwell le lanzó una mirada hosca mientras pensaba deprisa cómo salir de aquella comprometida situación.

—Como si tú fueses a permitir que alguien toque a la paloma... —murmuró entre risas el duque.

—Mira, Fisherton... —comenzó él, molesto, pero el sonido de pasos y voces le interrumpió.

Sus rasgos se deformaron por la desesperación y miró horrorizado al escocés, que se giró hacia la entrada de la terraza.

—¡Viene alguien! —susurró Maxwell, frenético. El duque asintió, nada alarmado.

—Tranquilo, yo me ocuparé de quien sea que se acerca, tú quédate aquí y procura no delatar tu presencia ni la de la muchacha. —Dicho eso, se alejó.

Maxwell retrocedió con rapidez, dejando caer la enredadera para mantenerse oculto a la vista, y se volvió hacia la mujer que no se había movido.

Incómodo, se acercó y se puso en cuclillas hasta quedar cerca de su pequeño rostro. Comprobó el pulso en su garganta con uno de sus dedos, y le tranquilizó comprobar que era normal, aunque algo rápido.

Suspirando, observó su cara detenidamente.

Sus rasgos eran ordinarios y poco agraciados si la miraba bajo la lupa de la belleza convencional, la que los poetas pregonaban y abundaba en los escenarios y pinturas. Pero había algo diferente en ella, una dulzura y encanto que no podía negar. Resultaba intrigante.

Ahora estaba seguro de que ya había visto a la mujer antes del episodio en el lago. Recordaba aquella barbilla sobresaliente, las pestañas tupidas enmarcando unos ojos grandes y algo saltones de un color café particular, una hilera de dientes un poco torcidos que combinaban con unos labios bastante atractivos, ni muy delgados ni muy carnosos. Y definitivamente recordaba aquellos senos de proporción descomunal, aquel escote desbordado no se veía a menudo en tiernas debutantes, que en su mayoría eran de formas planas y delgadas, pues apenas maduraban ya las lanzaban al mercado matrimonial, siendo más niñas que mujeres. Pero esa dama era lo opuesto. Tenía un cuerpo voluptuoso y más cercano a una cortesana de esas que uno avistaba del brazo de algún lord adinerado en el teatro que a una tierna joven respetable y soltera.

Claro estaba que no era una debutante, debía tener más de veinte años. Lancaster había dicho que la dama que pretendía y sus amigas eran floreros, casi solteronas, por lo que debía haber hecho su puesta en largo hacía más de dos años.

¡Un momento! ¡Ya sabía quién era!

La joven se removió y él se envaró y se alejó un poco, preparado para hacerle guardar silencio si ella se decidía a gritar o hacer algún ruido que los expusiera.

Estaba cayendo en cuenta de que estaban en la casi penumbra, aislados de cualquier mirada y a solas, rodeados de aquella vegetación que daba la sensación de estar dentro de un refugio.

La situación se estaba tornando más que peligrosa.

Cuando ella hizo aletear sus pestañas y, con lentitud, abrió los ojos y sus miradas se encontraron, él sintió una extraña sensación golpeando su pecho.

Ella no estaba sorprendida de verle, ni asustada, tampoco preocupada. Era como si ambos hubiesen coincidido a solas en un espacio tan reducido antes, lo que era imposible... o eso creía.

La deseaba allí. Fue lo que su mente concluyó, por más irracional que eso fuese, y su cuerpo reaccionó en respuesta. Su boca se secó, y otra vez se sintió acalorado e incómodo.

Ella tomó aliento con esfuerzo, y sus senos se elevaron hasta lo indecible, hinchándose y desbordando el escote de su vestido claro.

Él fue incapaz de apartar la mirada, y con los ojos brillantes, recordó por fin dónde había visto tamaño paisaje antes y pasado noches incómodas rememorando.

¡*Pero si eran ellas: Mary y Anne!*

CAPÍTULO 5

«Una tarde de sol fue cuando sucedió.
Estaba frente a mí el dueño de mis suspiros.
Lo trajo el viento, lo capturó un deseo.
Mi corazón bailó en mi pecho.
No quise parpadear por temor a despertar de mi ensueño.
Permanecí con el alma en vilo, presa de su verde mirada.
Quise que el transcurrir del tiempo decidiese regalarnos aquel instante.
Quise eternizar el placer de tenerle frente a frente.
Quise gritar cuánto le he anhelado, cuánto le he soñado.
Mas enmudecí, comprendiendo, que amar es libertad.
Para amar se necesita ser libre,
se necesita dejar volar.
Para amar se necesita tener fe
en que el amor finalmente triunfará».

Texto extraído de la libreta de lady M. R

Maxwell cruzó el umbral del despacho de su abogado ubicado en Regent Street —donde había ido para solicitar una suma de dinero— calándose el sombrero color malva en la cabeza.

Apenas pisó la acera, se encontró con un carruaje estacionado en la calle y a tres hombres apoyados en él conversando y riendo.

Quiso maldecir, pero la presencia de las damas que pasaban a su lado examinando los escaparates de la calle se lo impidió. Reprimiendo las palabras malsonantes, se acercó a los nobles.

—Buenos días —saludó, y ellos se volvieron a mirarlo. Los mellizos Bennet tenían en sus caras una clara mueca de sorna, lo que le llevó a deducir que Fisherton había abierto su bocaza y contado el ridículo que había hecho en el baile la pasada noche—. ¿Qué estáis haciendo aquí? Si venís pretendiendo que participe en alguno de vuestros absurdos planes, habéis perdido el tiempo —atajó elevando las manos. Los hermanos compusieron muecas de circunstancia, y el duque solo amplió su sonrisa. Este ni siquiera llevaba su sombrero puesto, sino que lo sostenía en una

de las manos.

Era un caso perdido.

El silencio se extendió por unos segundos, y Maxwell casi podía oír a sus mentes elucubrar a toda marcha. Negó, y suspirando, añadió:

—De todos modos, ¿cómo supisteis que estaría aquí?

—Porque aquí es donde vienes todos los primeros lunes de cada mes. Eres más que predecible, viejo amigo —contestó Lancaster, cruzándose de brazos. Su sombrero gris captó un rayo de luz cuando agregó—: Prometo que será la última vez que te involucre. Te doy mi palabra de soldado. —Su mano enguantada se apoyó sobre el corazón, y sus ojos le miraron solemnes.

Colin emitió una risita, y el duque se limitó a esperar su respuesta.

—Ni siquiera fuiste a la guerra —bufó Maxwell—. Solo yo fui, tú argumentaste tener una enfermedad incurable de la cual te curaste mágicamente. —Marcus se sonrojó y fulmino a Colin, que prorrumpió en carcajadas—. Y tú, Vander, desapareciste varios meses convenientemente.

—¡Ya te lo dije! —protestó el rubio cuando fue blanco de las risas del escocés—. ¡Estaba en un retiro espiritual! Necesitaba encontrar el sentido de mi vida y entender por qué las féminas me perseguían constantemente. ¡Me sentía reducido a un mero objeto de placer!

—Sí, claro, y te fuiste a meditar a Venecia... —arguyó Marcus con sarcasmo.

—¿Y eso qué? Como dijo el gran poeta: «Venecia fue antaño encantadora, lugar placentero de toda espiritualidad, el deleite del mundo, la máscara de Italia» —recitó Vander, imitando las maneras de Lord Byron.

—No era así, sino «lugar placentero de toda festividad». —le corrigió él, poniendo los ojos en blanco.

—Tamaño portento tenéis vosotros los ingleses —comentó Alexander, divertido—. En mi tierra ningún hombre mayor de quince años que se aprecie evitaría una batalla. Preferimos morir peleando que vivir como esclavos. Sois unos flojos y unos lloricas.

—Y por eso nosotros dominamos el mundo y vosotros lo miráis desde el infierno—se burló Colin, provocando que el escocés gruñese y se enderezara con el ceño fruncido.

Vander se escondió detrás de Marcus, provocando la risa de todos.

—Anda, Luxe, acompáñanos. Solo será un rato paseando por el parque. Os necesito como apoyo moral, no te supondrá ningún esfuerzo —rogó Lancaster, y él, gruñendo, terminó por ceder.

Malditos mellizos, siempre acababa metido en aprietos por su culpa.

***

Hyde Park bullía de actividad aquella tarde. Parejas casadas y solteras acompañadas de sus

carabinas, damitas en edad casadera luciendo sus vestidos y caballeros en busca de esposa saludando con su sombrero a cada paso.

En el extremo más alejado del parque se encontraban las integrantes de la Hermandad acompañadas de sus doncellas, que después de extender una gran manta bajo un frondoso árbol se habían sentado a merendar.

Mary observó a su alrededor aspirando el aire menos contaminado que en las congestionadas calles, y se quedó mirando a las personas que paseaban un poco apartadas de donde ellas se encontraban.

Las Thompson estaban más taciturnas de lo habitual, y a pesar de haber aceptado la invitación que ella les había hecho, no habían emitido muchas palabras.

Ella quería saber qué suerte habían corrido la noche anterior, pues después de huir de la terraza se había encontrado en el salón con Brianna, pero las hermanas no volvieron a aparecer lo que duró la velada.

Algo escondían.

—¡Ya no tolero la intriga! ¿Me vais a decir qué sucedió anoche en la mascarada? Os buscamos por una hora sin hallar rastro de vosotras. ¡Desaparecisteis! Al igual que los hermanos Bennet —dijo Mary Anne, incapaz de contener su curiosidad por más tiempo.

Evitó el gesto de reprobación que esbozó Brianna.

—Primero contadme. ¿Cómo os fue con vuestras parejas de baile? —respondió Clara, apartando la vista y centrándose en su bocadillo.

Con la sola referencia, el rostro de Brianna se encendió y ella soltó el aire con pesadez.

No quería rememorar los hechos de la mascarada, había pasado el bochorno de su vida.

Después de verse descubierta fisgoneando en la conversación de los caballeros, fue presa de los nervios y no se le ocurrió otra salida que simular un desmayo. Era la segunda vez que hacía algo parecido, una vez había fingido perder el conocimiento cuando tropezó y cayó boca abajo en pleno Bow Street. Por lo que, rogando esa vez también surtiera efecto, se echó a toda prisa cuan larga era en el banco de piedra.

No tardó en notar que la enredadera se movía, y una presencia cerca.

Por dentro rogaba que se tratara del escocés. Le tenía algo de resquemor debido a su apariencia salvaje, pero sería el mal menor y preferible a estar pasando aquella vergüenza delante del conde.

Otra vez sus oraciones fueron desoídas. Era lord Luxe, estaba segura: reconocía su esencia a sándalo y madera, y la manera de respirar y moverse.

Le costó un esfuerzo supremo permanecer inmóvil y no mover los párpados nerviosamente. La creían desmayada, al menos. Seguramente se irían: tal y como estaba diciendo el conde al duque, no podían quedarse. Volverían al salón y ella les seguiría después de unos minutos.

El estómago se le cayó a los pies cuando, con la respiración contenida, sintió a Luxe acercarse hasta sentir el roce de su respiración en su cara.

El duque se había marchado después de oír voces acercándose.

Estaban solos y... ¡Por Dios, él tocó su cuello, sintió su tacto a través de los guantes!

Su pulso se disparó y su pecho se contrajo. No pudo evitarlo, tuvo que abrir los párpados y mirar al hombre que tenía a corta distancia.

Él la estaba mirando con extrema fijeza. Desde tan escasa separación, sus ojos resultaban más azulados y brillantes. Él desplazó la vista por los rasgos de su cara, su cuello, y demoró más de la cuenta en la piel de sus senos, que en aquella posición quedaban bastante expuestos.

Sus pupilas eran dos pozos oscuros cuando él encontró su mirada, y ella pudo percibir algo extraño.

La estaba mirando con una mueca peculiar, con una luz diferente. La estaba mirando de verdad, como si fuese la primera vez que lo hacía y al mismo tiempo como si se reencontrara con algo largamente buscado.

El calor la invadió y sus mejillas se colorearon intensamente.

El conde bajó los ojos y los posó en sus labios que tenía ligeramente entreabiertos, y parecieron quedar allí prisioneros.

Ella respiró con dificultad y se tensó de pies a cabeza, deseando que el hombre cerrara el mínimo espacio que les separaba y pegara sus bocas.

Su corazón latió desbocado cuando el conde murmuró algo ininteligible y se inclinó sobre ella.

Dejó caer los párpados y suspiró, anhelante, sobre la boca que casi rozaba sus labios.

Su caballero por fin iba a besarla.

—Lord Luxe no me dirigió la palabra lo que duró el vals. Solo se limitó a guiarme en los pasos de baile en completo mutismo, mirando hacia el frente... algo que me puso muy nerviosa. Comencé a decir incoherencias y hasta le pisé en repetidas ocasiones. Creo que jamás me volverá a pedir un baile —se quejó Mary Anne, cabizbaja.

No tenía sentido contarles el resto, solo sentirían pena por ella. Sospechaba que, si recibía una palabra de consuelo, en lugar de sentirse reconfortada terminaría por dejarse arrastrar por la tristeza.

Después de todo, nada digno de contar había sucedido. No recibió su beso de amor verdadero.

El conde dudó en el último segundo, y justo entonces el duque reapareció diciendo que había logrado espantar a los intrusos, que resultaron ser las entrañables ancianas Bennet.

Avergonzada, Mary se limitó a balbucear un agradecimiento y abandonó la terraza, sintiéndose humillada y demasiado abochornada para volver a mirar al conde.

—¿Y qué sucedió con el duque, Brianna? —interrogó Abby con aire aburrido.

La aludida se puso como un tomate y comenzó a retorcer una servilleta entre sus dedos.

—Bailamos y conversamos bastante. Lord McFire se portó muy amable y correcto —relató la pelirroja, desviando la vista.

Mary salió de su ensoñación y vio risueña a su amiga.

Recordaba lo que había oído decir al duque de Fisherton. El rubio estaba más que encandilado con la dulce Brianna, y algo le decía que sería un buen candidato para ella.

Se moría de ganas por contarle lo que el escocés había dicho, pero eso significaba explicar cómo había averiguado aquella información, y no deseaba ahondar en el tema.

—Os vi riendo mientras bailabais —comentó con gesto travieso.

—No la alientes, Mary, ese salvaje es un conocido calavera —intervino Abby con fastidio.

—No... Yo lo sé. Solo reíamos de banalidades. No se preocupen, no olvido quién soy ni quién es el duque de Fisherton —argumentó Brianna.

—Bueno, ahora es vuestro turno. —Las señaló, mirando expectante a las hermanas.

—Lo que pasó en ese baile fue un vil plan orquestado por el detestable Colin Bennet, estoy segura —adujo Abby, molesta.

—¿A qué te refieres? —preguntó Brianna, confundida.

—A que ese hombre y los otros dos ayudaron al pretendiente de Clara. Su estrategia era quitarnos del camino para tener la oportunidad de aislar a mi hermana y comprometerla —relató Abby con enfado.

Clara suspiró, abatida, al tiempo que Brianna y ella contenían el aliento horrorizadas.

—Por suerte no me dejé engatusar por ese gusano libertino... —siguió la mayor, revelando el resto de la historia.

—¿Y crees que el conde habrá aceptado tu negativa, Clara? —inquirió ella.

—No lo sé, pero no tiene más opción. No pienso casarme con un hombre tramposo y desleal. Además, a mí no me importa agradar a un hombre como él, y a vosotras tampoco debería importaros —adujo Clara, encogiendo un hombro. Todas asistieron conformes y resueltas.

—Tu padre estará muy decepcionado. ¡Ah!, ya desearía yo que un caballero así estuviera tras de mí —comentó con tono enamorado Mary Anne.

Ya quisiera ella que lord Luxe la pretendiese e hiciera una propuesta de matrimonio.

Abby puso los ojos en blanco.

—¿Y eso para qué? Es mejor...

—¿Clara? Creo que tendrás la oportunidad de saber si tu caballero se ha resignado o no —intervino Brianna de repente.

Mary frunció el ceño ante ese comentario, pero no tardó en caer en cuenta de lo que hablaba.

El bollo de pan que se había tragado se atoró en su garganta y tosió, sofocada.

Por el camino se acercaban hacia ellas, con paso decidido, un grupo de caballeros encabezado

por el conde de Lancaster.

—¡Oh, por Cristo, vienen hacia aquí! —exclamó, agitada, cuando comprobó que lord Luxe cerraba la marcha.

—¿Qué quieren esos zopencos ahora? —despotricó Abby.

—¿Qué haremos? —murmuró Brianna, nerviosa.

—Actuad normal, y... ¡No me dejéis sola! —les encomendó Clara entre dientes, justo cuando el cuarteto llegaba hasta ellas.

Mary Anne tembló y luego pensó que sería mejor no reflejar en su comportamiento la contrariedad que sentía de ver tan pronto al conde, así que soltó una carcajada estridente pareciendo divertida, haciendo que el resto se sobresaltara. Abby la miró como si se hubiese vuelto loca, y las otras dos también rieron para aparentar que estaban relajadas.

—¿No os parece que hace un clima predilecto, queridas? —comentó Mary con tono pomposo y estirado, tal y como recordaba se expresaba la señorita Lyon, su profesora de modales y elegancia.

Las demás abrieron los ojos ante su cambio de actitud, pero antes de poder contestar, una voz de barítono se les adelantó.

—Coincido, bella dama, hace un clima perfecto —dijo el conde de Vander, deteniéndose frente al grupo.

—Buenas tardes, señoritas —siguió el mellizo mayor, quitándose el sombrero. Lo imitaron el trío de hombres que se había ubicado tras su espalda.

Ellas, que se hallaban sentadas en semicírculo, fingieron sorprenderse y contestaron inclinando sus cabezas, adornadas con capelinas y sombreros. Cada ojo del lugar estaba clavado en lo que allí sucedía, ya que era inaudito que cuatro de los más codiciados solteros de Londres estuviesen hablando con cuatro floreros demasiado feas.

Mary no pudo evitar desplazar la vista del rubio conde hacia el castaño que les estudiaba con su usual gesto contenido.

Su respiración se cortó al encontrarse sus miradas. Lord Luxe ya no parecía estar viendo un jarrón extraño y de mal ver como las primeras veces que habían coincidido. Todo lo contrario. Sus orbes verdes, que examinaban su figura embutida en un vestido rosado, refulgían con una desconcertante fiereza.

Mary quería con todas sus fuerzas disimular la fascinación que provocaba en ella el conde de Luxe, pero dudaba que lo estuviese logrando, porque no podía hacer más que mirarlo embelesada, ajena a todo lo que sucedía a su alrededor.

Abigail y el conde de Vander habían iniciado una discusión después de que Clara hubiese sido llevada tras unos arbustos casi a la fuerza por el hermano menor de este.

—¡¡Aaahh!! —gritó Clara, asustada, cuando Lancaster la elevó de un solo tirón y la colocó

sobre su hombro.

—¡¿Qué está haciendo?! ¡¡Bájeme, ahora!! —exigió en voz baja su amiga. Ya que, si bien el árbol les ocultaba de la vista, en cuestión de minutos podría estallar un escándalo.

El conde negó, le respondió en un susurro y, afianzado su agarre bajo las rodillas y espalda de Clara, comenzó a alejarse hacia un grupo de altos arbustos.

—¡Suelte a mi hermana, canalla! —gritó Abby enfurecida, poniéndose en pie.

—Usted no se meta, aquí no hay ningún rastrillo disponible —le frenó lord Vander, pisando el ruedo de su vestido. Así le impidió avanzar al tiempo que reía.

—¡Nada malo te sucederá! ¡Es tan romántico! —chilló encantada Mary Anne, saltando en su sitio. Esto provocó que su abundante delantera rebotase y que lord Luxe, quien parecía rígido, clavara su vista verde en el escote, con un evidente color rojo en la cara, y luego mirase hacia otro lado.

—¿Desea pasear como su amiga, milady? —ofreció Fisherton con una mueca juguetona a Brianna, que tuvo un acceso de tos violento como respuesta.

Toda la situación era escandalosa, hilarante y maravillosa. Al menos para ella. Brianna parecía estar muy incómoda ignorando los comentarios nada correctos del duque de Fisherton.

Por parte de Luxe, él solo estaba tan rígido como siempre, con los ojos puestos en las ramas del árbol.

Quien pudiese ser tronco...

«Piensa, Mary. Debes aprovechar esta oportunidad para llamar la atención de tu caballero».

¿Qué podía hacer? Dado que el resto del grupo estaba muy entretenido...

Una idea se cruzó por su mente. Entusiasmada, se enderezó.

Carraspeó repetidas veces, haciéndose oír por encima de la discusión de lord Vander y Abby.

—¡Oh...! —exclamó, fingiendo estar indispuesta. Pero no funcionó, el conde seguía mirando en dirección contraria. Así que levantó un poco más la voz y dijo—: Está haciendo un calor muy intenso, me estoy mareando —agregó, abanicándose con fuerza.

Brianna oyó parte de lo que había dicho y susurró:

—¿Calor? Pero si estamos en pleno otoño. De hecho, la bris... auch —se interrumpió cuando ella le dio un codazo disimulado.

—Necesito airearme un poco —dijo en voz alta Mary, más a Brianna que a Abby, que no había dejado de lanzarse pullas con el rubio conde.

Se inclinó para alcanzar su abanico, enrojeciendo al oír el comentario burlón del escocés, que dijo:

—Vamos, Luxe, dale aire a la señorita.

El conde no se dio por aludido, aunque sus orejas estaban rojas, lo que denotaba que sí estaba oyendo.

Ella suspiró y se entretuvo observando con lentitud la anatomía esbelta y fuerte del castaño.

Sus botas hessianas brillaban, las calzas se ceñían a sus muslos como un guante y su levita hacía parecer su pecho y sus hombros muy firmes. El pañuelo que llevaba elegantemente anudado no le permitía ver la piel de su cuello, pero sí su masculina mandíbula y sus labios delgados y perversamente delineados.

Ella anhelaba verle sonreír. Estaba segura que sería una visión sin igual.

Con avidez, siguió subiendo la vista por la alargada nariz del conde, y entonces lo encontró mirándola fijamente.

Su cara se ruborizó más aún, y no supo cómo reaccionar bajo su acalorado escrutinio.

Si ignorándola la ponía nerviosa, con sus ojos sobre ella podía devastarla. Esos ojos no eran reales, debían estar embrujados, porque cada vez que se miraba en ellos se sentía hipnotizada y completamente hechizada.

Inquieta, se removió en su lugar cuando la mirada verde del conde se deslizó por su figura. Su mandíbula se contrajo, y cuando volvió a posar sus orbes sobre los de ella, solo pudo tragar saliva.

Debía sentirse insultada, pues el escrutinio al que él la estaba sometiendo era impúdico, incorrecto y hasta inmoral... Pero solo fue capaz de esbozar una sonrisa lenta, y cuando Luxe frunció su ceño apretando el bastón con fuerza, ella le respondió haciéndole un travieso guiño con su párpado derecho.

Luxe se envaró y apartó rápido la vista.

En ese momento reapareció Clara con un gesto muy contrariado en su delgado rostro, y sin mediar palabra, tomó la canasta. Ellas se pusieron en pie para ayudarla, y tras dedicarles una reverencia rápida a los caballeros, las tres la siguieron.

Cuando se alejaron lo suficiente, y tras depositar en manos de las doncellas lo que cargaban, ella se puso junto a Clara, que tenía el rostro sonrojado y los labios apretados.

—¿Y bien? ¿Qué quería el conde? —le preguntó con ansiedad.

Su amiga bufó y se detuvo para mirarla, acto que imitaron las demás.

—No me digas que se atrevió a seducirte en pleno parque —terció Abby con gesto horrorizado.

—¡No! —se apresuró a negar Clara—. Él... solo... solo... —siguió tartamudeando.

—¿Insiste en contraer nupcias contigo? —inquirió Mary, impaciente.

Clara gruñó, y elevando los brazos un poco, exclamó:

—¡Nada de eso! Lancaster ya no está interesado en casarse conmigo.

Las tres la miraron con sorpresa y bastante confusión, ya que más que aliviada, la dama parecía enfadada.

—Pero... ¿no era eso lo que querías? Que él olvidara lo de escogerte a ti como esposa —

espetó Brianna con tiento.

—No te confíes, Ara. Resulta sospechoso que luego de... —comenzó Abby, que todavía estaba visiblemente irritada, pero su hermana mayor la interrumpió.

—¡Por supuesto que es lo único que deseaba! —declaró Clara, y se dio vuelta para retomar la marcha—. ¿No veis que estoy feliz? ¡Por fin ese libertino me dejará en paz!

Ellas no respondieron, pues era evidente que no estaba precisamente feliz con lo sucedido.

Mary siguió a sus amigas, pensativa.

Al final el tranquilo día de picnic que había planeado resultó lo opuesto. Era inconcebible e insólita la manera en que de un día para el otro su pequeño grupo se había visto alterado. No lo habían podido prevenir, y así estaban las antes imperturbables, despreocupadas e indiferentes floreros: Clara compungida, Abby furiosa, Brianna nerviosa, y ella...

¿Ella? Emocionada, pues estaba segura de que al menos el conde estaba más que enterado de su existencia.

¡Su plan para conquistar a lord Luxe iba viento en popa!

CAPÍTULO 6

«Has de saberte enamorado.
Cuando no puedes escoger al ser amado.
Cuando tus días son solitarios sino puedes verle.
Cuando la vida te parece triste al saberle lejos.
Cuando mirarle es semejante a contemplar el paraíso.
Cuando sentirle se asemeja a tocar el cielo con los dedos.
Cuando se es incapaz de odiar, impotente ante el deseo,
y entregado al anhelo.
Cuando podrías darlo todo por estar a su lado.
Cuando quisieras no quererlo tanto,
Cuando olvidarlo, sería olvidarte a ti mismo.
Cuando amarle es como respirar,
es como soñar despierto».

Texto extraído de la libreta de lady M.R

Solo un par de días después de aquel episodio en Hyde Park, Clara Thompson y el conde de Lancaster fueron sorprendidos infraganti en la fiesta de lady Harrison: un gran escándalo que fue amortiguado con el posterior anuncio del futuro enlace de los jóvenes. El rumor de que llevaban días ya comprometidos se esparció como la pólvora.

Por supuesto que el círculo íntimo de ambos sabía que eso no era precisamente la verdad, pero era lo que las masas creerían.

A Mary, todo aquel asunto le parecía muy romántico, aunque Clara no parecía nada contenta cuando Brianna y ella llegaron a su casa y la encontraron ya preparada para bajar a la fiesta de compromiso improvisada que el marqués y la madrastra de las Thompson habían preparado.

Estaba confirmado. Su querida amiga Clara se casaría. Ironías de la vida, pues la dama que no quería para nada cambiar de estatus y tenía programado llevar una vida de solterona dedicándose a la escritura —profesión dudosa que ninguna mujer podía llevar abiertamente— había obtenido un esposo apuesto, rico, y bueno. Y ella, que lo único que quería era conseguir un buen hombre

con el que pasar el resto de su vida, no había recibido ni una petición de baile.

Mientras consolaban a una alicaída Clara, Mary se preguntó qué habría hecho ella si lord Lancaster le hubiese pedido su mano. Lo cierto es que era un partido inmejorable, pero para ser sincera consigo misma, debía reconocer que quizás lo hubiese rechazado, porque ella no quería un caballero excepcional como esposo, ni siquiera al partido más rico —como era el caso de Vander— o al más apuesto, como el duque de Fisherton; ella quería al conde de Luxe. Tan simple como eso, tan imposible como saber el origen de la humanidad.

Algo dentro de ella le decía que no sería capaz de aceptar a nadie más, y que su amor por el conde era como el amor que su amiga tenía por su sueño de ser escritora. Si no lograba que Luxe se fijara en ella, difícilmente podría llevar una vida al lado de otro hombre. Lord Luxe era su sueño, su sueño de amor.

Como era de esperar, en el salón en donde se había desplegado el banquete y la música ya esperaban más de tres docenas de familiares y amigos cercanos a la pareja, entre los cuales se encontraba el conde.

De inmediato, Mary se puso nerviosa y sintió sus mejillas ligeramente ruborizadas cuando dirigió su mirada hacia el castaño que conversaba con Vander y el duque.

El rubio escocés estaba mirando hacia ellas, más bien a Brianna, con una intensidad nada disimulada que resultaba bastante grosera y podría meter en problema a la pelirroja de alguien percatarse, pues comenzarían rumores acerca de ellos, pero a la vez era muy bonito ver el brillo en los ojos del duque cuando veía aparecer a su amiga, así que Mary no dijo lo que estaba pensando.

Ya quisiera ella que lord Luxe la mirase de similar manera, pero no sucedía. El hombre no había echado ni un vistazo en su dirección.

Al parecer, la hora que había empleado en encontrar el atuendo perfecto —que terminó siendo un vestido de seda color rosado, de escote palabra de honor— había sido en vano. Mary lamentaba no poder usar colores más oscuros para que su piel no resultara tan pálida e insulsa y que sus vestidos tuviesen el corte debajo del busto, haciéndolo parecer aplastado y excesivamente voluminoso, pero no podía hacer nada. Eran la moda en boga y su status de casadera los que estaban en su contra.

Sería una larga velada, pensaba, suspirando, en el momento en el que el conde de Lancaster entraba llevando a Clara y toda la atención se centraba en ellos.

Dos horas después, Mary ya estaba desesperada por salir de la mansión de los marqueses de Garden, pues estaba resultando ser una verdadera decepción. Había pensado que siendo familia no tendría que padecer miradas burlescas o comentarios malintencionados, como le sucedía a menudo en los bailes, pero se había equivocado.

Las señoritas Tanner, primas de sus amigas, y la hermana de la madrastra de las muchachas,

Meredith Gibson, se habían encargado de hacerle recordar su lugar de «Demasiado feas» a Abby, a Brianna y a ella.

Las cuatro rubias de rostro perfecto, ojos de cielo y silueta grácil no habían cesado de coquetear descaradamente con los únicos tres hombres solteros disponibles, asegurándose de captar su atención por completo con su flirteo, escotes y pestañeos nada sutiles. Valerie, Vanessa y Vivian se llamaban las insufribles hermanas, que unidas con Meredith les habían hecho sentir desplazadas y lanzado pullas hirientes cada vez que podían.

Solo una de las primas de Clara y Abby resultó ser agradable: Tamara Thompson, una joven sencilla y de sonrisa amigable que les había dicho que ignorasen a sus groseras primas, pues eran crueles siempre y, si les prestaban atención solo disfrutarían más. Lo peor que podían hacerles a aquellas criaturas egocéntricas era, según Tamara, ignorarlas.

Eso hicieron Brianna y ella. No así Abby, que les devolvía sus gestos altivos y comentarios malintencionados, con otros más mordaces cada vez que podía.

Mary estaba molesta porque lord Luxe no se había dignado a mirarla ni una sola vez, y solo parecía tener ojos para la mayor de las Tanner y peor de las tres, lady Valerie.

Conversaba con ella y, aunque no sonreía, sí parecía encandilado con lo que tenía enfrente. En ese momento sentía que lo detestaba, y deseaba poder atravesarle la frente con uno de los tenedores, por lo que, para intentar mermar sus ansias de venganza, se centró en engullir su comida y el postre como si le fuese la vida en ello.

Más de una vez se había preguntado por qué seguía insistiendo; qué la empujaba a seguir queriendo a un hombre que no la correspondía y que, además, ni siquiera le prestaba atención.

¿Tan poco amor propio se tenía? No lo creía así, pues ella sentía que si bien no era ni sería nunca una belleza sin parangón o una dama que hiciera girar las cabezas a su paso, consideraba que sus virtudes interiores eran más que suficientes para convertirla en una persona valiosa, especial, y única. No por ser mejor que nadie, sino porque era ella, y cada ser era irrepetible.

Por lo tanto, sentía que era injusto someter sus sentimientos a ese dolor que le provocaba la indiferencia constante del conde, pues llevaba ya dos años albergando aquel sentir en su corazón, pero no podía evitarlo. Simplemente sentía demasiadas cosas por el caballero, y por más que se decía que lo mejor sería quitarlo de su mente y borrarlo de su corazón, era imposible.

Su corazón la traicionaba una y otra vez, e insistía en querer a un imposible. Un poderoso impulso que la empujaba a no rendirse, a no resignarse y a seguir luchando por obtener el afecto del conde de Luxe era lo que aún primaba en su día a día.

Después de cenar tocaba aguardar al brindis final, durante el cual se haría el anuncio formal del compromiso entre las dos familias. Decidieron entretenerse con el resto de jóvenes realizando un juego, sugerencia de lord Vander, en el que se desafiaba a otro a demostrar alguna habilidad musical o pagar una prenda en el caso de negarse. El juego se desarrolló empezando con canto y

música. Primero cantaron las hermanas Tanner, y luego Clara cantó junto a Abby quien tocó el piano de maravilla.

Mary pensó que sería una buena oportunidad para llamar la atención de su caballero. Así que, tomando valor, se puso en pie y enfrentó al grupo acomodado en sillones en un rincón del enorme salón frente a la chimenea, desde donde podían ser vigilados si se quería por los invitados mayores que estaban en la otra punta.

—Me toca —dijo—. Desafío a lord Luxe y al duque de Fisherton —declaró, sonriendo a la pelirroja que negaba hacia ella, con mirada desesperada.

Los aludidos se miraron entre sí y negaron a la vez.

Maxwell estaba de muy mal talante, pues era inhumano tener que estar encerrado entre esas paredes con seis mujeres en edad casadera cuando él solía huir de esas situaciones. Las cuatro rubias no eran sosegadas, ni mucho menos se reprimían a la hora de demostrar su interés hacia él y sus amigos. Sobre todo, la mayor de las señoritas Tanner, de la cual no recordaba su nombre, pero que no había dejado de acosarle.

Al principio le había seguido el juego, pues de lo contrario caería en la tentación de dirigir sus ojos hacia lady Mary Anne, quien, cómo no, lucía un vestido que no hacía más que destacar su figura voluptuosa y su escote de perdición.

Estaba agobiado, tenso y solo quería escapar de aquel salón.

—¿Cuál es la prenda si rechazamos el desafío? —preguntó con un gruñido Maxwell cuando no tuvo más remedio que mirar a la morena. Sin poder evitarlo, sus ojos recorrieron su cuerpo de arriba hacia abajo, apreciando lo que veía de manera instintiva.

—Ehh... —vaciló ella, sonrojándose un poco cuando él la miró directamente. Ese gesto tan inocente resultó para Maxwell el doble de provocativo que todo el coqueteo incesante que había estado recibiendo durante toda la velada por parte de la joven Tanner. Se removió inquieto en su asiento, reprimiendo los malos pensamientos que invadían su mente—. Deberán... volver a sus hogares descalzos y a pie —dijo de un tirón lady Mary Anne Russell.

Los hombres abrieron los ojos como platos ante tan descabellada idea, y Mary quiso retirar sus palabras, pero no lo hizo: el desafío ya había sido lanzado.

Lord Luxe hizo una mueca de irritación, que se acrecentó cuando los hermanos Bennet se rieron a su costa.

—¡Eso es inaudito e inaceptable! Le exijo que cambie de prenda —ordenó ofuscado el conde, con gesto envenenado.

—Lo siento, eso no está en las reglas. O aceptas el desafío o cumples la prenda —intervino con hilaridad Vander, ganándose una mirada asesina del castaño.

—Bueno... Yo acepto. Eso sí, solo me sé canciones de mi tierra.

» Tú puedes acompañarme con la flauta, mencionaste una vez que sabías tocarla —dijo

sonriente el duque de Fisherton. Palmeó la espalda de Luxe, que parecía que estaba por ser llevado a la horca.

Una vez ubicados en el centro, los dos susurraron poniéndose de acuerdo en el tema a interpretar. El conde parecía estar a punto de sufrir un ataque y movía la cabeza negativamente ante algo que el rubio le decía.

Por fin, el duque alzó las manos, exasperado, y se giró hacia la audiencia aclarando su garganta. Su voz resonó gruesa y ronca, y su acento escocés resaltó. Mientras, Luxe tomaba su instrumento a regañadientes y soplaba el ritmo de una rápida balada.

...Esta noche quiero beber.
Esta noche quiero buen vino.
Esta noche quiero beber
para intentar olvidar.
Esta noche quiero mirar tus pies danzando en la hoguera.
Esta noche quiero admirar tu cabello flotando en tu espalda.
Esta noche quiero escuchar tu risa bailando en el viento.
Esta noche quiero tus labios.
Esta noche quiero tus amores.
Esta noche quiero llamarte mía.
Pero esta noche, solo tengo mi pena, mientras él, tiene a
la musa de esta oda.

Maxwell sopló la última nota y, consternado, observó a su público: había quedado petrificado. Para su contrariedad, sintió que enrojecía. Muy por el contrario de Alexander, que sacaba pecho orgulloso de su número impúdico.

Las damas se quedaron patidifusas ante tal escandalosa canción, sobre todo la señorita Brianna Colleman, que tenía la cara pecosa del color de su cabello y parecía estar por desmayarse bajo el intenso escrutinio del duque.

Maxwell no pudo evitar mirar a lady Mary. Sintió que su corazón se aceleraba cuando vio la sonrisa traviesa en el rostro de la joven y sus miradas conectaron.

Tuvo que tragar saliva al impactar en su mente una imagen de la dama tendida en la hierba, vestida solo con su piel y su cabello oscuro rozando la hierba. Él se acercaría y la tomaría en sus brazos, llenándose de ella y haciéndola suya con el resplandor del fuego de la hoguera bailando en sus cuerpos desnudos.

La dama se sonrojó visiblemente y apartó la vista de la suya, como si hubiese podido adivinar sus inmorales pensamientos. Él, avergonzado de sí mismo, se dio vuelta y fingió limpiar el

instrumento.

Colin aplaudió al dúo, riendo a mandíbula batiente, y Marcus le secundo apiadándose del gesto angustiado del muy correcto Maxwell. En ese momento se acercaron los marqueses y todos se callaron, como si estuviesen cometiendo algún acto ilícito.

—Queridos, ha llegado la hora de formalizar el compromiso —anunció lord Garden, enfocando la vista gris en su hija mayor.

Luxe dejó salir el aire con alivio. Unos minutos más y podría salir de aquella casa, y quizás ir al Place Club en busca de diversión y una mujer. Debía saciar sus apetitos carnales de algún modo, porque de lo contrario terminaría por ceder a la tentación cada vez más peligrosa en la que se había convertido lady Mary Anne Russell.

Mary Anne recibió la interrupción del duque de Garden con alivio. Prácticamente corrió hacia la zona en donde ya estaban dispuestas las copas y presenció el anuncio oficial del compromiso de Clara con el conde de Lancaster.

Ambos se estaban mirando y susurrando como si no estuviesen media docenas de personas observándolos, y las mejillas de Clara sonrojadas eran el acompañamiento perfecto para la sonrisa pícara del conde.

Un suspiro escapó de sus labios.

Qué romántico...

Se sentía feliz por la futura boda de su amiga, pues viendo a la pareja interactuar quedaba claro que existía algo bonito y dulce entre ellos. Clara no parecía darse cuenta de que en realidad toda la reticencia previa que sentía hacia el matrimonio solo era producto del obvio nerviosismo que cualquier dama sentiría cuando se proponía iniciar una nueva vida junto a un caballero que, además de tenerla en gran estima y mirarla como si ella fuese la última estrella en el firmamento, le planteaba algo que hasta entonces no había considerado.

Solo era eso, y después de que se casaran, seguro que sería una unión dichosa.

Por su parte no estaba de tan buen talante, y aún sentía en el cuerpo el efecto provocado por la extraña situación que experimentó cuando lord Luxe y el duque de Fisherton hicieron su número musical.

Sabía que el caballero estaba en un rincón del salón conversando con los dos rubios, pero ella no había vuelto a mirar en su dirección. Temía que el rubor en su cara la delatara, así que se limitó a fingir que escuchaba lo que fuese que estaba diciendo su carabina, que afortunadamente se había acercado a ella y comenzado las despedidas de rigor.

Por primera vez se sintió aliviada de que la mujer fuese tan cascarrabias y estricta, ya que a pesar de que la dama no fuese para nada una anciana, cuando el clima era húmedo y se aproximaba una tormenta como en aquella noche, sus huesos se lo hacían saber, y por ello tuviesen esa excusa para retirarse de la velada.

Una vez estuvieron fuera, respiró hondo y aceptó la ayuda del mozo para abordar el carruaje detrás de la señora Green.

Cuando se pusieron en marcha, pudo al fin respirar con tranquilidad.

Su carabina, que no era una conversadora entusiasta, no tardó en dormirse y llenar el cubículo con sus ronquidos.

Ella apoyó la espalda en el asiento acolchado y cerró los ojos, suspirando.

De inmediato, en su mente apareció con demasiada nitidez la imagen de un rostro delgado, anguloso y masculino, unos labios cincelados y delgados, y dos orbes profundos y tan brillante como oscuros.

Volvía a tener al conde de Luxe frente a ella, ejecutando aquella melodía exótica con increíble soltura, pero sus ojos verdes, su mirada, estaba sobre ella.

Era ridículo, lo sabía, pero en ese momento sintió como si cada palabra hubiese estado dirigida hacia ella. Todo a su alrededor se había disipado lentamente, como si estuviese siendo elevada y sostenida solo por el poder de su vista puesta en ella. Como si cada palabra estuviese dirigida hacia ella, y en lugar de estar en aquel salón, estuviese bailando alrededor de esa hoguera, siendo objeto del deseo y la codicia de aquellas pupilas oscurecidas que parecían no poder despegarse de las suyas.

Sus ojos ardían, y ella deseaba quemarse con una incontenible ansia.

Se estremeció, tembló, tragó saliva y, presa del nerviosismo, desvió la vista, tratando de recuperar el ritmo normal de su respiración y mermar el pulso acelerado en sus venas.

No entendía lo que había acontecido en ese instante, estaba confundida, pero sospechaba que el conde le había dejado ver por unos segundos detrás de su habitual máscara social. Y lo que había podido percibir la había dejado sin aliento y trastocada.

Ella pensaba que su persona le era totalmente indiferente a lord Luxe, que era un hombre frío y distante, parco y rígido, pero ya no. Había podido comprobar que era todo lo contrario, que él era como un fuego contenido que solo necesitaba de una chispa para estallar y arrasar con todo. Que era como aquella lluvia que amenazaba el horizonte, y que con solo una brisa podía desatar una furiosa tormenta.

Dentro de Luxe vivía un ser salvaje que luchaba por romper sus cadenas, y una vez libre podía llevarse por delante lo que quisiera, tomarlo y despedazarlo en sus garras.

Solo faltaba definir si la presa que él anhelaba era ella, y si así fuera, cuán preparada estaría para enfrentar a la bestia.

Sofocada, se inclinó más para espiar el exterior del carruaje, y comprobó que estaban a unas diez cuadras de su hogar. Estaba echándose hacia atrás cuando el coche frenó con brusquedad y se sacudió con bastante fuerza hasta quedar detenido.

Ella gritó y se sostuvo de las paredes del coche. La señora Green farfulló. Se movió hasta

volver a quedar bien sentada sobre el asiento, y continuó su siesta sin más.

Por unos segundos Mary no reaccionó, pero cuando oyó las maldiciones que el cochero emitía, decidió asomarse fuera.

El señor Reynold, el cochero de la familia desde que ella tenía uso de razón, estaba en la acera, inclinado sobre la parte trasera del carruaje, negando con su cabeza y emitiendo palabras malsonantes, las cuales silenció en cuanto vio que ella lo miraba con los ojos abiertos de par en par.

—Milady, lo siento... esto... —farfulló el rechoncho hombre, quitándose el sombrero y arrugándolo en su pecho. Ella le sonrió para tranquilizarlo, y lo miró interrogante—. La rueda se partió y no podré continuar viaje, milady.

—Oh... —dijo ella, preocupada. Miró alrededor. No estaba muy lejos de su casa, pero sería inconcebible que hicieran el trayecto a pie en medio de la noche. Pensó con rapidez y se volvió hacia el sirviente, que tenía una mueca de consternación—. Reynold, vaya a por asistencia a la casa, yo aguardaré aquí con la señora Green.

—Milady, no creo que se conveniente, es peligroso... No muy lejos está la periferia y ya ha oscurecido. Su excelencia me... —Se negó el hombre, pero ella alzó una mano, silenciándolo.

—No se preocupe, me quedaré dentro y pasaré el cerrojo interior. Prometo que no abriré ni saldré hasta que vuelva con el otro coche. De todos modos, si se queda aquí, tendré que estar expuesta hasta que logre enviar un mensajero a la mansión. Por favor, no pierda tiempo, y vaya pronto —le apremió, y como vio la intención del criado de discutir nuevamente, cerró la ventanilla del coche y corrió las cortinas con prisa. Después cerró con ímpetu la traba interior para hacerle oír al hombre que acataba todas las medidas de seguridad.

Esperó unos segundos y espió con disimulo por un extremo de las cortinas, justo para ver cómo Reynold se alejaba a paso rápido con evidente contrariedad.

El coche estaba completamente a oscuras para dar la impresión de estar desocupado, y Mary empezó a sentir que la vencía el cansancio.

Probablemente se durmió oyendo los sonidos del exterior, pero no duró mucho en ese estado pues de repente algo la hizo volver a la conciencia.

Parpadeó un poco sobresaltada. El sonido que la había despertado se repitió, esta vez más cerca, justo al otro lado de la puerta que daba a la calle.

Alguien estaba intentando abrir, y no era alguno de sus criados, o hubiesen tocado, y de todos modos Reynold no podía haber vuelto tan rápido. Asustada, miró a la señora Green, que seguía durmiendo a pierna suelta. Consideró despertarla, pero luego desechó la idea ya que la dama podría sufrir alguna descompensación al saberlas en aquel brete, y solo empeoraría la situación.

La puerta se sacudió de nuevo, y esa vez se oyeron también voces masculinas.

—Te digo que hay gente dentro, estaba puesta la traba, seguro es una anciana ricachona que

ha despachado al cochero —decía un hombre con evidente acento de clase baja.

—Estamos de suerte. Mira solo este coche, es puro lujo. Hazte a un lado; romperé el cristal y me encargaré de sacar a la vieja de los pelos si es necesario. Seguro que trae bastante dinero encima.

Mary empalideció y se cubrió la boca con ambas manos para evitar dejar ir el grito de pánico que pugnaba en su garganta.

Un trueno resonó y ella saltó en el asiento, y cuando miró de nuevo y vio a un hombre delgado y con aspecto desaliñado y ropa andrajosa tomando impulso con un gran hierro en su mano derecha, se echó hacia atrás y palpó con desesperación por todas partes, tratando de hallar algo con lo que pudiese defenderse de los malhechores.

Encontró el bastón de su carabina, y lo aferró con ambas manos en el momento en que el bandido golpeaba el cristal y este estallaba haciéndose añicos, provocando un estruendo que esta vez sí despertó a la anciana.

—¿¡Qué... qué pasa?! —musitó la mujer, desorientada.

—Ay, Dios mío... ¡Nos están asaltando! —exclamó aterrorizada.

Fuera se oyeron unos gritos, y con angustia y el corazón acelerado, pensó que tal vez alguien había intentado intervenir y no lo había logrado, porque después de eso solo hubo silencio.

Tensa, esperó, y cuando una mano grande se coló por la ventana y buscó correr la traba de la puerta, lográndolo sin esfuerzo, Mary gritó y lo mismo hizo la señora Green, que había perdido todo rastro de color en la cara; después de sacudirse, cayó inconsciente sobre el asiento. Ella quiso auxiliarla, pero no tuvo tiempo porque la puerta se abrió con brusquedad y ella levantó cuanto pudo el largo bastón. Cuando vio que aparecía una figura, cerró los ojos y bajó con todas sus fuerzas el bastón sobre el hombre, impactando de lleno en lo que le pareció fue la cabeza del atacante.

Luego alguien gritó, se oyó un quejido de dolor y un cuerpo cayendo sobre la calle de piedra.

Ella soltó el bastón como si le quemara, y con las pulsaciones latiendo en los oídos y el aire contenido, se atrevió a abrir un ojo.

No había nadie en la puerta del carruaje.

Esperaba ver aparecer al otro cómplice furioso y ser sacada a la fuerza, pero nadie apareció.

Extrañada, se levantó del rincón en el que se había agazapado y sacó medio cuerpo fuera con extrema cautela.

Se había ya desatado la lluvia y, bajo las gotas frías, yacía un cuerpo a primera vista inmóvil.

No era el malhechor; de hecho, no había rastro de él ni de su compañero.

Preocupada y temblorosa, bajó del coche y se agachó para poder mirar la cara de quien había resultado ser su salvador, y que evidentemente era un hombre de procedencia noble, a juzgar por la calidad de sus ropas.

El sombrero yacía a su lado, y su capa le rodeaba mojándose al igual que su rostro pálido.

Su corazón dejo latir, y un intenso mareo la sobrevino cuando al fin pudo vislumbrar sus rasgos, que apenas eran alumbrados por las farolas de la calle.

Entonces lanzó un gemido y, sin aliento, musitó:

—Lord Luxe.

«Ay, no... Ya maté al príncipe del cuento...».

CAPÍTULO 7

«Un beso verdadero.
Un beso de cuento.
Un beso de ensueño.
Un beso bajo la lluvia.
Un beso del hombre que amo.
Es lo que yo quiero».

Texto extraído de la libreta de lady M.R

Mary se había quedado aturdida al reconocer el rostro de quien había resultado ser su salvador. Angustiada, se acercó más y se arrodilló junto al cuerpo del conde después de mirar en derredor.

La calle estaba desierta y la única casa que tenían frente a ellos parecía estar vacía.

Por Dios santo... ¿Qué correspondía hacer?

La lluvia estaba cayendo con más fuerza, y ella gimió y se cubrió mejor con su capa para evitar mojar su cabello y rostro.

Las manos le temblaron cuando extendió un brazo y tocó la mejilla de Luxe con uno de sus dedos enguantados.

—¿Milord? —le llamó ella—. Lord Luxe, ¿puede oírme? —siguió con aprensión, al ver que el noble no parecía despertar.

Con cuidado, palpó su cabeza y suspiró aliviada al no encontrar heridas abiertas, aunque notó que ya se estaba formando un gran bulto en una de sus sienes bajo su cabello.

—Lord Luxe... —repitió, estudiando su rostro macilento y pasando los dedos por su cabello, que era sorprendentemente suave y espeso.

Aun en esa situación, era innegable la belleza de la forma de su cara. Sus rasgos eran tan masculinos y perfectos que ella no podía sentir más que fascinación.

—Milord, por favor, despierte... —murmuró, acariciando su mandíbula con preocupación y embeleso.

Las largas y tupidas pestañas del conde se movieron levemente, y Mary se tensó y se sintió aliviada al mismo tiempo. Quiso apartar la mano, pero antes de poder hacerlo, vio sus dedos atrapados entre la mano del hombre que no llevaba guantes.

Sin aliento, devolvió la vista a su cara, y su respiración se entrecortó al encontrarlo mirándola con fijeza. Sus ojos verdes brillaban y estaban levemente empañados, pero se oscurecieron lentamente mientras se escrutaban mutuamente.

Mary abrió la boca para preguntarle si sería capaz de ponerse en pie, pues al estar ella inclinada era quien estaba amortiguando las gotas y evitaba que el hombre se mojase, pero no tuvo ocasión: el conde tiró de ella repentinamente y ella cayó sobre su firme torso emitiendo una exclamación de sorpresa.

—Eres tú... —susurró lord Luxe con tono rasposo y la vista fija en la boca de ella. Su mano libre aferró su nuca y ella, incapaz de reaccionar, jadeó aturdida—. Si estoy soñando, no quiero despertar nunca —musitó él, y presionó su cuello hasta que sus bocas estuvieron a un suspiro de distancia.

Mary aspiró aire con fuerza. Pensó que debería apartarse y socorrer al conde, pues era obvio que el fuerte golpe le había afectado y creía que estaba dormido, pero no fue capaz de mover un músculo más allá de parpadear y contener el aliento con los ojos clavados en la sensual y delgada boca de Luxe.

Habían enloquecido. Estaban en medio de una acera, protegidos por el coche, pero a la vista de cualquier transeúnte que pudiese aparecer.

Aun así, ella solo pudo pensar en el hombre que la estaba tocando y en cuánto deseaba probar sus labios. Sabía que no sería correcto aprovecharse, pero no podría alejarse de este hombre; quería besarlo tanto que le dolía el cuerpo.

La tentación fue superior a su contención, y antes de arrepentirse, cubrió la distancia. Cuando su boca tocó la suya, su mundo giró tantas veces que sintió el vértigo en su estómago y en su cabeza.

El conde se quedó muy quieto, y después de unos segundos en los que creyó flotaba como una hoja al viento, él acarició su boca con extrema suavidad y después atrapó su labio inferior entre los suyos, provocando que ella jadeara y sintiera su corazón detenerse y luego latir desbocado.

Él la besó con sensual pereza y lenta exploración. No le dio espacio para pensar en apartarse, sino que recorrió cada extremo de su boca con tanta intensidad que un gemido de placer escapó de su interior y fue atrapado por sus ansiosos labios que se sumergieron más todavía, llevando el beso a un extremo ardiente y demasiado íntimo.

Ella le correspondió y se abrió a él buscando intensificar cada sensación y multiplicarla. Deseosa, se aferró a sus hombros y apretó su cuerpo contra el torso del conde, sintiendo el palpitar rápido del corazón de Luxe latiendo acompasado con el suyo.

Se besaron por lo que pareció una eternidad y al mismo tiempo un suspiro, hasta que sus cuerpos ardieron y no fueron conscientes de su entorno, de la lluvia o el riesgo.

Luxe la apretó contra su cuerpo y gimió al sentir la presión de sus senos sobre él. Las yemas de sus dedos rozaron el lateral de su pecho derecho, y ella se retorció asombrada, percibiendo cómo él la besaba con más intensidad.

No eran capaces de detenerse y estaban cometiendo una locura, pero que Dios la perdonase: no sería ella quien terminase aquello.

El Soberano pareció oír su súplica, porque el estrépito de las ruedas de un carruaje acercándose se coló en su nube de deseo. Y ambos separaron sus bocas a la vez y se quedaron mirándose estupefactos. Ella con el rostro encendido y los ojos abiertos de par en par, y el conde con el ceño fruncido y una paulatina mueca de horror.

—Qué diantres... —murmuró Luxe, aturdido. La soltó como si ella fuese una antorcha encendida (en ese momento lo era, de hecho) y la miró boquiabierto.

—¿Lo siento? —musitó ella con expresión arrepentida, pidiéndole disculpas por el golpe y por haberse aprovechado de su estado para besarle.

—Usted... yo... No era un sueño... —balbuceó Luxe con el rostro lívido.

Mary carraspeó y se puso en pie en el momento en el que el coche perteneciente a su padre se detenía junto al carruaje averiado, y de él bajaban su cochero y dos lacayos.

—¡Milady! ¿Qué sucedió? —exclamó el criado, angustiado al ver el estropicio de cristales esparcidos y a ella arrebujada en su capa.

—Solo un intento de robo que el honorable lord Luxe frustró, Reynold, no se preocupe —explicó ella, fingiendo una sonrisa.

—Honorable mi trasero... Esta descarada casi me mata de un golpe, y encima abusó de mí —murmuró Luxe, levantándose con dificultad y tambaleándose levemente una vez estuvo sobre sus pies.

Mary jadeó, indignada, y se cruzó de brazos. Le dedicó un gesto ofendido al conde, creyendo haber captado parte de sus murmullos.

—¿Y la señora Green se encuentra bien? —inquirió dubitativo el cochero, pasando la vista entre los dos.

Ella abrió los ojos y corrió hacia el coche. Ni siquiera había recordado a su carabina. La pobre mujer seguía desvanecida y despatarrada sobre el asiento. Pero fuera de eso, no parecía afectada, y su cara tenía buen color.

—Eh... sí... Acaba de quedarse dormida... —mintió, cerrando la puerta para evitar que la matrona quedase a la vista.

—Bien, ellos se quedarán arreglando esto, milady. Yo las llevaré a casa —le dijo su criado, y ella asintió y regresó hasta donde el conde estaba sacudiendo sus ropas, ya con el sombrero puesto.

—Quisiera agradecerle, milord... —empezó Mary, volviendo a ruborizarse cuando él la miró

—. Estoy en deuda con usted, nos ha salvado.

El caballero no contestó de inmediato, sino que se quedó mirándola con una seriedad inquietante. Ella carraspeó y se removió, tragando saliva cuando sus ojos claros vagaron por debajo de su barbilla y se quedaron en su cuerpo más de la cuenta.

—Creo que ya pagó con creces, milady —dijo él, con la boca torcida en una mueca sardónica y una de sus cejas arqueadas, haciendo una clara referencia al beso que habían compartido.

Mary jadeó y lo miró enrojecida, abriendo y cerrando la boca sin que saliera ningún sonido de esta.

La señora Green, que ya estaba sentada en el carruaje que las llevaría a la casa, la llamó con tono nada paciente.

—Buenas noches, ensueño —le pareció escuchar que Luxe decía, y tras dedicarle un saludo con su cabeza, dio media vuelta y se encaminó hacia la elegante mansión de tres pisos que estaba frente a ella.

Mary absorbió aire y finalmente sonrió, soñadora.

Ya sabía dónde vivía, al menos.

Había besado al príncipe... Y lo había disfrutado enormemente.

***

Maxwell aguardó hasta que el lacayo que llevaba la librea de la casa Russell ayudó a lady Mary Anne a subir al carruaje de la familia. Entonces dio media vuelta y caminó hacia el portal de su casa con el cuerpo envarado. Durante el trayecto, sintió la mirada de la dama y su carabina encima, y con paso rígido cruzó el umbral donde lo esperaba su mayordomo.

Solo cuando la puerta se cerró, fue capaz de respirar con tranquilidad.

Ajeno a la expresión confundida del criado, se quedó allí detenido, con la mirada perdida y su ropa empapada formando un gran charco alrededor.

¿Qué diablos había hecho?

Y a quién quería engañar.

Era cierto que el golpe que la joven le había propinado le había dejado inconsciente unos minutos, pero en cuanto hubo sentido sus pequeñas manos en su cara, su tacto suave, y su voz dulce, él había vuelto en sí.

Por unos segundos estuvo atontado con la vista borrosa, y creyó que otra vez se había colado en sus sueños como lo venía haciendo desde que la había visto aquel día en el lago con sus amigas. Y como en cada sueño, deseó besarla, algo que nunca sucedía porque ella desaparecía cada vez que lo intentaba.

Pero cuando sintió sus labios tersos sobre los suyos, recuperó los sentidos. Supo que no se

trataba de ninguna ensoñación, que ella estaba frente a él, y no pudo resistirse.

La besó también, tomó su boca instigado por un insólito instinto animal, deseando dejarle una marca de deseo, una huella de pasión, un recuerdo imborrable; hacer suya sus pasiones y demostrarle lo que él podía hacerle sentir.

Había enloquecido, perdido la compostura, el raciocinio, la decencia.

—Eres un bastardo... —se reprochó con desprecio, ignorando el gesto de incredulidad de su empleado. Le entregó su sombrero, que había quedado arruinado, y le dijo—: Váyase a descansar, Ellis. Buenas noches.

—Buenas noches, milord. —El mayordomo carraspeó y desapareció tras hacer una venia.

Maxwell suspiró, cerró los ojos y se apoyó en la puerta, golpeando la parte trasera de su cabeza contra la madera repetidas veces.

Se sentía culpable, un miserable, un ser despreciable.

No debería haber besado a la joven Russell, pues era obvio que ella lo miraba con ojos de afecto y que podría interpretar lo que había pasado como un aliciente o hasta una correspondencia de su parte, cuando lo cierto era que él no estaba interesado en ella. No porque no le pareciese una mujer deseable, interesante o atractiva, más bien era lo contrario, y por eso desde el episodio en el lago había tratado de mantener la distancia con ella, sino porque era una dama en edad casadera y él no estaba interesado en casarse en este momento ni en un futuro próximo. Por lo tanto, no podía darle falsas esperanzas, ya que para acercarse a ella debía hacerlo como pretendiente formal... Y él no lo era. No cuando tenía demasiados problemas por solucionar en su familia y el desastre que había dejado su padre al morir.

Maldecía su debilidad y su falta de contención. ¿Cómo diablos había acabado besando a una dama en medio de la calle y a la vista de cualquiera? Fue solo dar con su carruaje frente a su casa —el cual había reconocido por el blasón— y aquellos malhechores acechando y todo se borró de su mente. Solo había podido pensar en protegerla, asegurar su bienestar, mirarla a cara y ver que ella estaba a salvo.

Olvidó su intención de ir en busca de alguien que aliviase con placer su cuerpo alterado, que le ayudaría a relajar, a no pensar. Olvidó dónde estaban y todo lo que había en juego.

Perdió el control.

Era inadmisible.

Fatigado, se quitó la capa mojada que ya pesaba en sus hombros e inició el ascenso hacia su aposento.

La cabeza le martilleaba y le ardía la zona en la que el bastón había impactado. Ya estaba inflamada.

Se merecía aquel dolor por haber sido tan débil y pusilánime. Por eso le rehuía a la joven, porque desde que la había conocido había podido notar que ella era peligrosa para su

compostura.

Era un torbellino de curvas y descaro.

Lo enloquecía, de hecho. Lo sacaba de sus casillas con su alegría y espontaneidad. Cuando la tenía cerca se sentía violento, porque ella le hacía desear cosas indecibles. Lo tentaba a soltarse, a olvidar las restricciones que siempre le habían mantenido estable y cuerdo.

Max sabía el daño que causaba dejarse llevar por los deseos de la carne, vivir libre y disipadamente. Solo ocasionaba caos, desastre y sufrimiento.

No quería nada de eso para él, no quería renunciar a su vida equilibrada y tranquila. Necesitaba tener sus emociones bajo control, al precio que fuera, y Mary Anne Russell atentaba contra todo aquello. Solo había que ver en el estado en el que se encontraba en ese momento para confirmar que debía mantenerse alejado de ella.

Sobre todas las cosas, no deseaba ver sufrir a nadie. Menos a un ser que solo irradiaba felicidad. Los hombres que vivían según sus instintos eran incapaces de hacer felices a nadie, solo hacían daño y hundían a los demás en la tristeza.

Cuando le llegase la hora de sentar cabeza y ya no pudiese posponer su responsabilidad como heredero y único varón, escogería con la cabeza y no con el cuerpo. Elegiría a alguna mujer apocada, correcta, sobria y afable. Alguien que no provocase en él una revolución hormonal, que no le calentara la sangre con solo imaginarla, pero que tuviese el suficiente atractivo para que el hecho de tener que proporcionar descendencia a la familia no se volviese una tarea penosa. Alguien que no se apoderarse nunca de su mente y sus impulsos, que no le hiciese olvidar al mundo entero con su mera presencia.

Que no le hiciese sentir vulnerable o necesitado jamás.

***

Mary Anne sonrió entusiasmada cuando vio el carruaje de la marquesa de Garden estacionarse en la entrada. La madrastra de Clara y Abigail, lady Thompson, venía en función de carabina, pues tanto Brianna como ella habían sido invitadas a pasar la noche en casa de la familia.

Sería la última velada que la Hermandad pasaría siendo un grupo de mujeres solteras, pues en dos días, Clara contraería nupcias con el conde de Lancaster y ya nada volvería a ser igual.

Por supuesto que su amistad proseguiría, ya que durante esos años habían compartido momentos difíciles, felices, divertidos e inolvidables y se habían convertido en una hermandad tan poderosa que se consideraban más que amigas. Debido a esto, se sentía culpable por ocultarles lo que había sucedido entre el conde de Luxe y ella. Después de todo, las muchachas eran quienes la habían escuchado todo ese tiempo hablar sobre el conde, sus lamentos, deseos e

ilusiones. La habían consolado y animado siempre.

Pero aun así no se atrevía a ponerlas al tanto. No deseaba que supieran que había tenido el atrevimiento de besar al caballero, era terrible la imprudencia que había cometido, y hasta había arriesgado su reputación.

De todas maneras, lo hecho, hecho estaba, y contándoselo solo lograría preocupar a sus amigas... Y confirmar que era una ingenua romántica con los pájaros volados.

Lamentaba su impulsividad, y no porque se arrepintiera de haber seguido los deseos de su corazón, sino porque hacerlo la había dejado expuesta ante el conde. Había mostrado sus cartas anticipadamente y ahora sus planes se habían arruinado.

Ya no podría seguir con su plan de conquista, porque Luxe estaba enterado de que ella lo quería como esposo. Hasta un tonto lo habría deducido. Y seguro que por eso él había reaccionado culpándola y acusándola de aprovechada. Mary no le había creído ni por un segundo, pues el hombre no había intentado apartarse, sino todo lo contrario. Pero aun así estaba molesta con él por ser tan cobarde y rastrero.

Afortunadamente para su mente atribulada, el carruaje se detuvo en la mansión de los marqueses y Brianna y ella descendieron siguiendo a lady Thompson. Fueron guiadas hasta la habitación de Clara, que ya las esperaba junto a su hermana.

Mary sonrió, deseando pasar una noche amena y divertida para poder dejar de darle vueltas al asunto del conde. Pensaba que conversarían y recordarían anécdotas hasta quedarse dormidas, pero al aparecer Abigail tenía otros planes.

Sus ojos se abrieron al ver la botella de licor que la rubia estaba enseñando.

No era que ella estuviese muy avezada en temas etílicos, en toda su vida había bebido solo vino rebajado, ocasionalmente *champagne* y una vez sidra, pero no le pareció tan mala idea probar un poco de whisky.

Con suerte la ayudaría a relajarse y a dejar de pensar.

No creía que fuese tan grave, teniendo en cuenta que ella había visto que cuando los caballeros tomaban, seguían manteniendo sus sentidos, compostura y conversación sin esfuerzo. Y eso que estos tomaban más de un vaso; ellas solo beberían unos dedos.

¿Qué podía salir mal?

Media hora después, habían bebido casi toda la botella y comenzado a reír sin sentido y por cualquier cosa.

—Voilà —exclamó Abby mostrando su mano con la palma hacia arriba.

Las tres se inclinaron para ver que les enseñaba y abrieron los ojos como platos.

—¿Estás loca? —inquirió Clara, alucinada.

—No pensarás que... —intervino Brianna.

—¡Hagámoslo! ¡Liberémonos de las cadenas del machismo! —chillo Mary Anne, saltando en

el colchón haciéndolas sobresaltar y cayendo desparramada en el suelo alfombrado por el brusco movimiento.

Su rostro de consternación les causó gracia, y mientras ella se levantaba tambaleante, las demás rieron.

—*Enronces*, ¿qué decís? Solo *sherá* uno y *nade nuca* tiene que *shaberlo*, *sholo noshotras* —propuso la rubia con mirada pícara.

El grupo se observó con gestos interrogativos y luego asintieron hacia Abby, quien procedió a encender el puro que sostenía.

***

Maxwell Grayson se consideraba un hombre preparado para transitar cualquier circunstancia; hasta enfrentar una invasión francesa. Para lo que jamás podría estar listo era para ir a comprobar de qué se trataba el golpe repentino que había oído y ver a cuatro damas decentes en medio de la calle en plena noche, tambaleantes y lanzando piedras a una de sus ventanas.

Completamente patidifuso, observó a lady Mary Anne acercarse a uno de los faroles de la calle con paso inestable, cerrar los ojos y luego estampar sus labios contra el mismo de manera apasionada.

Sus amigas reían, intentando separarla del farol, pero fallando en su intento y cayendo unas sobre las otras.

—¡Qué diablos! —siseó con pasmo, aferrando las cortinas de la biblioteca en la que se encontraba jugando una partida de póquer con los hermanos Bennet y el conde de Fisherton.

Los otros tres se enderezaron en sus sillas, intercambiando miradas preocupadas.

—¿Qué sucede, Grayson? —preguntó Lancaster, cuando el conde soltó la tela que había estado estrujando y se volvió hacia ellos con el rostro demudado.

—Es... Son tu prometida y sus amigas... —contestó con la voz estrangulada.

Marcus abrió la boca tanto que se cayó el cigarro que estaba fumando. Incrédulo, se levantó como un rayo y cruzó la habitación para mirar por la ventana, seguido por los otros dos.

—¡Por Cristo y todos los santos! Están completamente borrachas —agregó Colin, estupefacto.

—¡Esto es inaudito, insólito, inadmisible! —chilló Maxwell, dirigiéndose hacia la puerta como una tromba. Esa mujer loca no cesaba en su empeño de ponerse en situaciones comprometidas, eso si no estaba ya arruinada.

Marcus le siguió, preocupado por la situación, al tiempo que Colin y Alex cerraban la marcha riendo entre dientes.

Las cuatro damas se encontraban en el lado lateral de la casa y no al frente, donde estarían a

la vista de todos. Seguramente habían visto la luz encendida por el vidrio de las ventanas. Cuando rodearon la mansión, vieron que las mujeres se habían esfumado. Ya no estaban al otro lado de la reja.

Se miraron angustiados, pero no tuvieron que buscarlas porque un estridente chillido les hizo ubicarlas a unos metros.

—¡Pero qué diablos! ¡Se va a romper el cuello! —exclamó Lancaster, y corrió hacia donde lady Clara intentaba trepar con la torpe colaboración de sus compañeras.

Colin llegó antes que él y logró sujetar a lady Clara antes de que esta se estrellara en el suelo.

—¡Oooh! —dijo la joven, sosteniéndose del cuello del rubio—. Lord Lancaster, lo estaba buscando. Tengo que decirle algo importante.

Maxwell se detuvo junto al escocés y se fijó en la pequeña morena. Ella parecía muy relajada y contenta, estaba silbando una balada de manera fatal y pasando sus manos por su cuerpo como si se estuviese dando un baño. Estaba desquiciada, y a él se le hizo la boca agua.

Lo que quería decir que era peor que un lunático, porque se estaba enardeciendo por una mujer ebria.

Pero maldita sea, Mary y Anne parecían llamarlo como una sirena a un marinero...

—Lady Clara, venga, por favor —estaba diciendo Marcus, con tono tierno destinado a convencer a su beoda prometida.

—Mi Julieta, este árbol me impidió subir a tu balcón. Nunca creí que ser Romeo fuese tan difícil —se quejó lady Clara, molesta, cuando lo reconoció.

—Milord... Le encontramos. ¿Habéis visto, amigas? Os dije que lord Lancaster estaría en casa del estirado —comentó lady Mary, contenta, interrumpiendo su baño imaginario.

Luxe gruñó ante su atrevimiento y dio un paso adelante, poniéndose en el foco de visión de ella, que al parecer no se había percatado de su presencia.

Lo que le faltaba, la pequeña descarada lo insultaba en su cara.

—¿Habla de mí, milady? —inquirió muy serio. Si se creía lista, él podía meterle tal miedo que recobraría no solo la sobriedad, sino la prudencia.

Ella abrió los ojos como platos al verle y luego se desplomó como peso muerto. Maxwell reaccionó con presteza, sosteniéndola antes de que su cabeza se golpeara, y la recostó con cuidado en el césped con el corazón en un puño, sintiéndose culpable.

—¡Milady! —siseó más que alterado, inclinándose sobre la joven.

Sus caras quedaron pegadas y una sonrisa apareció en el rostro de ella, que pestañeó y abrió los ojos mirándolo.

—Siempre quise hacer eso —dijo con voz soñadora, ignorando que en esa posición su abundante delantera quedaba expuesta.

Conmocionado, Max pasó la vista por su sonrisa pícara y seductora, su cuerpo tentador,

percibiendo cómo su propia anatomía respondía, y devolvió con esfuerzo la mirada a su cara.

—¡Ha fingido! ¡Usted está chiflada! —se quejó, indignado.

—¡Oh! Ya volvió el gruñón. ¿Por qué es usted tan apuesto como malhumorado? —preguntó con una mueca traviesa—. En serio quiero apreciar su belleza, pero su cara de vinagre me dificulta hacerlo.

Él casi jadeó de incredulidad. Jamás nadie le había dicho nada similar.

Pero se reprimió y ayudó a la joven a ponerse de pie, ignorando las sonrisas que le dedicaba con el cuerpo en tensión y un agobio enorme. Quería marcharse de allí, poner pies en polvorosa, pero no podían dejarlas ahí: ella ni siquiera era capaz de mantenerse en pie, sino que se había pegado a su costado como una lapa.

Aquello era una tortura y un castigo divino.

—¿Por qué están en este estado y cómo llegaron hasta aquí? —inquirió Marcus, volviéndose hacia Clara.

—¿Qué estado? —soltó, confundida.

—Borrachas como una cuba —puntualizó Colin.

—Solo bebimos un vaso o dos de ese licor escocés. Y de verdad no recuerdo cómo llegamos —alegó Clara, desorientada—. A propósito, ¿dónde estamos?

—Lo que os he dicho. Se han emborrachado con whisky, seguramente, y además apestan a cigarro —agregó Colin, incrédulo.

Aquello devino en una encarnizada discusión entre Vander y la menor de las Thompson, que acabó con la dama desvanecida entre los brazos del rubio.

—Será mejor que las devolvamos a su casa antes de que alguien las vea y su reputación quede arruinada —indicó Maxwell.

Todos estuvieron de acuerdo.

Colin inició la marcha.

Alex se acercó a la pelirroja y, viendo que podía mantenerse en pie, la tomó de un brazo y comenzó a guiarla.

—Vamos, lady Mary —le apremió él, secundando a los otros.

—¿Por qué está usted siempre tan serio? No lo entiendo. Una vez oí a mis lacayos decir que la cura para un hombre amargado es conocer a una dama alegre. Yo soy *muuuy* alegre, ¿puedo ser su remedio? —propuso ella, haciendo un puchero coqueto.

Maxwell se tropezó al oír su referencia a las mujeres de vida alegre. Consternado, la apremió a avanzar antes de que la bragueta de sus pantalones pusiera en evidencia lo que le había provocado esa propuesta descarada.

Luxe y el escocés subieron a las damas a su carruaje, dejando a Vander para que esperase a su hermano menor, agradeciendo que los criados fueran personal antiguo y más que leal. Como las

mujeres no podían mantener el equilibro, se sentaron al lado de cada una y las sostuvieron guardando una distancia aceptable.

Ni bien el coche se puso en marcha, lady Mary se durmió y su cuerpo se inclinó hacia el frente. Luxe que estaba más que consternado y parecía a punto de sufrir un soponcio. La tomó en sus brazos y la acomodó en su pecho, sosteniendo a la morena por su cintura con cuidado de no dejarla resbalar.

Por un instante, estudió los rasgos dormidos de su rostro y pensó que, sin duda, era la criatura más dulce que había conocido.

Fisherton no parecía para nada afectado con la situación. De hecho, estaba sosteniendo a la pelirroja sobre su regazo.

Su mirada se encontró con la de Maxwell por encima de la cabeza de la muchacha, y al ver su expresión de estupefacción, él encogió un hombro y susurró:

—No te asombres tanto, inglés. Por si no lo has advertido, estás tan embrujado como yo. Solo que en mi caso comienzo a comprender que me gusta este hechizo. Me gusta demasiado.

Él no dijo nada. No era necesario.

No sabía si estaba embrujado, pero sí que deseaba con todas sus fuerzas poder ser alguien distinto y enviar todo lo que le detenía y pesaba sobre sus hombros al diablo para poder dejarse llevar por lo que la dama le generaba.

Algo imposible.

CAPÍTULO 8

«Entre la desdicha y la vana ilusión.
Entre el olvido y la férrea abnegación.
Entre el corazón y la razón
solo he tenido una certeza: que amarlo como yo le amo
nadie podrá hacerlo.
En contra de mi cordura, pasen cielos
o transcurra toda una vida,
seguiré fiel a este sentimiento.
Anhelando con insensata locura,
esperando con obstinada esperanza,
queriéndole con eterna pasión.
Suya eternamente, siempre suya».

Texto extraído de la libreta de lady M.R

Mary Anne supo con certeza absoluta que sus posibilidades de conquistar al conde de Luxe eran nulas cuando el caballero comenzó a evitarla sin ningún disimulo. Ya no había miradas veladas, encuentros casuales o al menos comentarios mordaces. Nada: solo un saludo formal en las posteriores veces en que habían tenido que coincidir.

De hecho, la última vez que había visto al conde había sido en el casamiento de Clara y lord Lancaster. Él solo había hecho una breve alusión al deplorable comportamiento y desafortunado comentario que le había echado ella en cara estando, para su perpetua humillación y eterna vergüenza, completamente borracha. Y no porque ella se acordara en modo alguno de su descarado número esa noche en la decidieron celebrar la pérdida de soltería de su amiga, sino porque Brianna, quien tenía una tolerancia al licor más fuerte que el resto de ellas, les había contado con pelos y señales todo lo acontecido a la mañana siguiente.

«Y como puede ver, Lady Russell, he ofrecido mi hogar para la celebración. He dispuesto que haya música y baile y también una obra de teatro. No quiero que se confunda mi seriedad con amargura, ni antipatía», le había dicho Luxe en el banquete de la boda de los condes. Mary había

deseado que la tierra se abriera y la tragara literalmente.

Desde entonces, él no se había vuelto a acercar a ella.

Ciertamente no podía culparlo, teniendo en cuenta todo lo que le había soltado en su estado beodo y la manera en la que le había abordado la noche en la que él la salvó de los malhechores. No sabía qué idea se había hecho el conde sobre su persona, pero seguro que no la tenía en un alto concepto.

Realmente ni ella lo tendría, para ser sincera, pero es que cuando tenía al hombre enfrente se ponía tan nerviosa y ansiosa que solo era capaz de cometer insensateces, hablar sin pensar y mostrar un descaro que normalmente no mostraría con ningún caballero.

Quizás iba siendo hora de que se resignara y olvidara su loco enamoramiento, y aceptara que él no le correspondía, aunque el beso que se habían dado demostrara lo contrario.

En aquellas ocasiones era cuando añoraba la presencia de su madre, pues nada sabía del amor, de las relaciones entre un hombre y una mujer o de las manifestaciones de interés o afecto. Tenía a su nana, pero era una mujer de mente bastante cerrada y si se enteraba de la mitad de las cosas que había hecho, solo la regañaría y hasta podría decírselo a su padre, porque había puesto su reputación en riesgo más de una vez.

Por otro lado, el duque, quien siempre había sido para ella un padre devoto, afectuoso y comprensivo, continuaba viéndola como una niña, y dudaba que pudiese sincerarse acerca de sus sentimientos con él. Se sentiría incómoda, violenta, y sería para ambos un momento bochornoso.

Por supuesto, estaban sus amigas. Tanto Abigail como Brianna y ella habían tenido que continuar asistiendo a compromisos sociales durante aquellas semanas que restaban para finalizar la temporada. Y ellas no habían perdido oportunidad de interrogarla acerca de lord Luxe, extrañadas de que ella ya no estuviese suspirando en voz alta por él o intentado alguna estratagema para poder verle de cerca en los bailes.

Pero ella no había sido capaz de revelarles lo sucedido entre ellos. No por falta de confianza, que la tenía, y plena, sino porque se conocían tanto que podía asegurar sin temor a equivocarse lo que cada una le diría. Abby la miraría con desaprobación y preocupación y le diría que se olvidara del conde porque era, además de un antipático estirado, un mujeriego y solterón. Brianna, la miraría con horror y compasión e igualmente le diría que se olvidara de Luxe, pues él no le había dado muestra de pretenderla con seriedad y decencia, o un mero interés en el matrimonio, y seguir insistiendo solo le acarrearía sufrimiento y un corazón roto.

En conclusión, sería unánime la resolución de que debía abandonar hasta su último resquicio de esperanza, y para eso no estaba preparada.

Afortunadamente, ellas también estaban bastante distraídas con sus propios escarceos amorosos, por decirlo de alguna forma, y ninguna de las tres estaba con demasiado ánimo para socializar.

El grupo no era lo mismo sin Clara, de la que habían recibido varias misivas: estaba pasando su primer mes de casada de maravilla.

Al menos el amor no había relegado a una de las cuatro y había pasado a ser afortunada y feliz. Porque no era que no se pudiese ser feliz sin un marido, pero en el círculo en el que ellas habían crecido, sido educadas e instruidas, un esposo, una casa propia y unos hijos lo eran todo. Era la misión de sus vidas y su razón de existir en esa tierra.

Abigail se negaba a aceptar ese designio, que consideraba estúpido e injusto al igual que en su tiempo lo había hecho Clara, e insistía en labrarse su propio destino y romper con los convencionalismos de su clase.

Brianna, por su parte, era mucho más práctica y realista, y sabía que, dada su realidad, el estado financiero de su familia y su condición de mujer, no tenía más opción que el casamiento. Y lo aceptaba con una ecuanimidad y aplomo admirables, a pesar de estar también angustiada por el panorama que no veía nada alentador.

Mary no coincidía con ninguna de ellas, porque para ella el matrimonio era un sueño, un deseo profundo y acariciado. Se veía siendo feliz y dichosa junto a un esposo afectuoso y media docena de retoños alegres y juguetones. El problema era que, en cada una de sus ensoñaciones, ese marido tenía un rostro, un cuerpo y un nombre, y temía no poder resignarse jamás al hecho de que estaba aferrada a un sueño imposible.

Casi creía que los días que faltaban para el receso invernal marcarían un nuevo fracaso social para ella, que terminaba su segunda temporada sin recibir una propuesta de matrimonio, sin ningún caballero interesado en cortejarla y reafirmando su condición de «Demasiado fea», florero y casi solterona, cuando recibió una inesperada nota de Clara Thompson, ahora Clara Bennet.

Su amiga estaba en la ciudad, y necesitaba a la Hermandad con urgencia.

No importó que fuera cerca del mediodía o no fuesen horas para hacer visitas —ya que la hora de rigor para visitas sociales era entre la tres y la cinco de la tarde—, porque ante todo se consideraban familia y, en ese caso, los protocolos sociales estaban de más. Acompañadas de sus doncellas, Abby, Brianna y ella se plantaron frente al nuevo hogar de su amiga, una mansión de tres plantas elegante y luminosa.

Durante el trayecto ninguna había verbalizado su inquietud o preocupación ni animado a hacer conjeturas, pero era obvio que algo muy malo había sucedido si Clara estaba en la ciudad pidiendo verlas, en lugar de seguir en el campo disfrutando de su reciente cambio de status.

El mayordomo que les recibió no demostró su pensamiento acerca de la inapropiada aparición a deshora, o del hecho de que la señora de la casa estuviese recibiendo la visita en el piso superior, sino que se limitó a guiarlos hasta el que era el aposento de la condesa.

Clara estaba sentada ante una mesa en la que había estado almorzando dentro de un pequeño

salón que comunicaba las habitaciones de los señores, y al verlas entrar, depositó la servilleta con la que secaba la comisura de su boca y se acercó a saludarlas.

—Buenos días —les dijo con una sonrisa de circunstancia.

—¿Qué rayos está sucediendo, Ara? Cuando recibí el mensaje de que estabas aquí, no lo pude creer. ¿Qué te hizo ese... hombre? —cuestionó Abby con gesto serio, fiel a su estilo directo.

—No es que no nos alegre verte, claro que no, te extrañamos mucho estas semanas, pero... —intervino Mary Anne, moviéndose nerviosa en el diván en el que Clara les había invitado a tomar asiento, tratando de aligerar el ambiente.

—Estamos preocupadas. Es evidente que algo malo sucedió. Si no, no estarías aquí... —terminó Brianna algo angustiada.

—Necesitaba verlas con urgencia, por eso he vuelto a la ciudad. Yo... descubrí... es decir... Me engañaron... —balbuceó Clara, bajando la mirada.

Sus palabras susurradas con tanto dolor impactaron en Mary como un golpe fuerte.

De inmediato se imaginó lo peor.

¿La había engañado? ¿El conde había tenido la desfachatez de buscar una querida a pocas semanas de la boda? Sabía que su reputación era pérfida, pero tontamente pensaba que el amor le había cambiado.

—¿Te engañaron? ¿Quiénes? —se indignó de inmediato Abby.

—¡No! ¿El conde tiene una amante? ¡Y lo descubriste en tu noche de bodas! —exclamó espantada Mary Anne, que era dada al dramatismo.

Clara levantó la vista y la miró con la boca abierta, confundida por su conjetura.

—¡Ay, Mary! ¿Qué dices? Debes dejar de leer esas cosas, ya te lo he dicho. ¿Y por qué no dejamos hablar a Clara? —las reprendió Brianna, y le sonrió dándole ánimo.

Ara soltó el aire, abatida, y procedió a contarles que, estando en su casa de campo, el conde había recibido una visita de su abogado y su cuñado lord Vander, algo que a ella no le pareció extraño. El problema fue cuando accidentalmente oyó la conversación que los tres hombres estaban teniendo en el despacho de su esposo, y así fue como se enteró de que lord Lancaster se había casado con ella solo para no perder su herencia, ya que una cláusula del testamento del anterior conde de Lancaster le imponía estar casado y con descendencia en camino al momento de cumplir su trigésimo cumpleaños.

Para resumir, le había mentido, engañado y usado.

Con cada revelación, ellas iban reaccionando de diversas formas: una lanzaba improperios, otra jadeos indignados, y la restante contenía la respiración y se quedaba petrificada.

—¡Lo sabía! Te lo advertí, Clara. Te dije que tu marido y el engreído de Vander planeaban algo. Todo era muy sospechoso... Y ese hombre inescrupuloso y sus amigos fueron sus

cómplices. Y padre... No puedo creer que participara de ese vil acuerdo, ¡no volveré a hablarle! ¡Nos ha traicionado! —explotó Abby, poniéndose de pie y caminando por la sala.

—Clara... lo siento tanto. Pero... ¿al menos te trata bien? ¿Es amable contigo? —intervino Brianna, tomando su mano.

—Padre hizo lo que hacen la mayoría de los hombres con sus hijas, Abby. Me arregló un buen matrimonio porque yo ya era prácticamente una solterona y además fea... No puedo culparlo por ello... Aunque me duele que no me haya dicho la verdad —contestó Clara, compungida—. Y con respecto a tu pregunta, Brianna, lord Lancaster hizo más que tratarme bien. Él ha sido maravilloso, se ha portado como un caballero, hemos pasado momentos mágicos juntos... Y por eso me ha destrozado enterarme de su engaño, porque he cometido un terrible error. Yo... —se frenó al parecer incapaz de continuar.

—Te has enamorado de él —terminó ella, quien estaba derramando tantas lágrimas como Clara, ya que sentía la angustia y decepción de su amiga como si fuese suya. Sabía lo que era amar y sentirse menospreciada—. Amiga, creo que es terrible que lord Lancaster se acercara a ti solo por un interés, pero también creo que, de cierta forma, tú ya sabías que el conde necesitaba casarse con urgencia y era obvio su apuro. En otras circunstancias no te hubiese molestado, pues acuerdos como este son moneda corriente. No obstante, te enfurece y lastima debido a que sientes afecto por el conde... —continuó Mary, y en ese punto ya tenía la atención de todas puesta en ella.

—No sé qué hacer —confesó Clara, abatida. Se tapó el rostro con ambas manos—. Me siento humillada y burlada. Marcus me hizo creer que me quería, y hasta sentí que el amor era mutuo. Pero ahora sé que estuvo fingiendo, pues sabía que yo no deseaba casarme y ningún trato me convencería. Ahora no soporto verlo ni puedo estar junto a él sabiendo que estar conmigo es un sacrificio para él, que solo se casó conmigo porque no tuvo más alternativa... —prosiguió, quebrada.

—Y lo peor es que ya estás atrapada en ese matrimonio, Clara, y deberás darle al menos un heredero a ese indecente —anunció Abby, enfadada. Se dejó caer frente a ella.

—No. Lo he decidido, no pienso darle ese gusto —declaró Clara poniéndose de pie y caminando hasta un aparador y sirviendo un dedo de brandy en un vaso—. Él arruinó mi vida, mis planes de futuro; no le recompensaré dándole el heredero que tanto quiere. Tendrá que vivir sin esa fortuna que ambiciona y buscar la forma de vivir con solo el título por el que me engatusó —afirmó, vaciando el contenido del vaso y estremeciéndose al tragar.

—Pero... no has tenido en cuenta algo. Hacer eso no solo perjudicará a tu esposo, también te afectará a ti, ya que, además de no poder ser nunca madre, vivirás con problemas económicos —adujo Brianna, cuando ella ya había vuelto a sentarse.

—¿Y qué propones? ¿Que ignore lo que me ha hecho y le permita salirse con la suya? —

inquirió, ofuscada—. No puedo... Su engaño me ha destrozado y necesito hacerle pagar. Esa es la única opción, no podría hacer otra cosa. Abandonarlo arruinaría mi reputación y la de mi familia —aseveró Clara, derrotada.

—Si tan solo pudieses hacerlo, pero sin tener que pagar tan alto precio... Estoy segura de que algún día lamentarás tu decisión de no ser madre —murmuró Brianna, con expresión triste y pensativa.

Mary miró a la pelirroja y pensó que eso era cierto, lo que Clara pensaba hacer terminaría perjudicándola más que al propio conde. No era justo que ella sola sufriera el dolor del desamor, él también tenía que padecer el amar y ser rechazado.

Pero ¿cómo, si según Clara él solo la había utilizado?

—¡Tengo una idea! —exclamó eufórica, dando un pequeño brinco en el diván, cuando por fin se iluminó.

—¿Cuál? —preguntó escéptica Abby, acomodando sus gafas.

Ella las miró una a una y se detuvo en la afectada.

—¡Haremos que lord Lancaster se enamore de ti! —proclamó, como si estuviese anunciando la llegada de la reina. Que no le hubiese funcionado a ella, no significaba que no surtiera efecto en su amiga.

—Mary... Te he dicho que no... —inició Clara, sacudiendo la cabeza y esbozando una mueca de incredulidad.

—Lo sé, solo déjame explicarte... —solicitó, parándose enérgicamente bajo tres pares de ojos que la observaban expectantes—. Sé que crees que a tu marido le eres indiferente, mas yo no lo creo así. Pienso que al conde le gustas y que debes usar eso para hacerle pagar su engaño... —propuso, detenida en medio de la salita.

—Es decir, ¿tu plan es que Clara lo enamore y luego le rompa el corazón rechazándole? —interrogó Brianna.

—Tiene sentido. Así ese necio vería lo que mi hermana es capaz de hacer —alegó Abby con una mueca triunfal.

—No podré.... Es obvio que soy demasiado fea para lograrlo, no hay nada atractivo en mí. Además, no cuento con mucho tiempo. Marcus me dijo que en siete días vendría a buscarme. —Negó, vencida.

—Lo lograrás. Una semana es más que suficiente para lo que tengo en mente. Y será fácil, porque enamorarlo es la segunda parte del plan, que estará dividido en tres partes y que estoy segura te supondrán un éxito rotundo —aseguró Mary, uniendo ambas manos en señal de victoria.

No para nada había trazado su plan de conquista cuando se planteó encandilar a lord Luxe, lo tenía estudiado y perfectamente se podía adaptar para lograr vengarse de Lancaster.

Después de todo ¿no decía el refrán que, en la guerra y el amor, todo valía?

—¿Y cuáles serían las fases? —dijo Brianna, ansiosa.

Mary pensó con rapidez y decidió que aprovecharía su bochornoso fracaso para asegurarse de que su amiga no cometiera los mismos errores.

Ella no había tenido en cuenta su imagen a la hora de intentar enamorar a Luxe, y empezaba a pensar que los hombres eran bichos banales que necesitaban de un caparazón exterior que les atrajese para notar el interior de las personas.

—La primera: transformación. Iremos en busca de ayuda y nos encargaremos de que de Lady Ratón no quede ni el recuerdo. Segundo: seducción. Le mostraremos a tu esposo lo que no fue capaz de valorar y cómo otros hombres sí lo aprecian. Tercero: conquista. Una vez lo tengas a tus pies, quedará solo en tus manos el golpe de gracia final, y decidirás cómo rechazarlo —enumeró, y las miró esperando sus reacciones.

Clara estaba demasiado impresionada como para decir algo. Brianna aplaudió, entusiasmada, y Abby se puso un dedo en la nariz, seguramente analizando los pros y contras.

—Me parece una idea brillante —dijo la rubia, clavando los ojos en Clara con una sonrisa maliciosa adornando su cara—. Serás el ratón que cazó al gato.

***

—Entonces... ¿Tu esposa te ha abandonado? —interrogó Fisherton, perplejo.

—Pero ¿cómo eso es posible? Una esposa debe ser alguien complaciente y obediente siempre —acotó Maxwell, ofendido, mientras acomodaba el arma sobre su hombro.

—Pues lo dijiste bien, debería ser. Mas mi querido hermanito se casó con una exótica flor —intervino Vander, guiando su caballo tras una presa que escapaba hacia el sur.

—Si os he pedido que vengáis, era para despejar mi mente, no para que me estén torturando con sus opiniones no pedidas —les cortó Marcus malhumorado, disparando a un pequeño zorro que quedó en la línea de tiro. Gruñó al fallar.

Maxwell se sorprendió cuando recibió una misiva de Marcus Bennet en la que les invitaba a pasar el día en su pabellón de caza, pues llevaba apenas días de casado y, al parecer, su matrimonio no había empezado con buen pie.

—¿No nos vas a decir qué sucedió? Una semana y ya no te tolera, eso es un récord —se burló Vander, apretando el gatillo y haciendo un gesto victorioso por acertar.

—No me abandonó, y nada sucedió. Simplemente ella tuvo que ir a ver a su padre que está muy enfermo —se excusó el conde, siguiendo a sus amigos.

—¿Estás seguro? Porque mi tío me mencionó en el desayuno que por la tarde tenía una cita

con el marqués —dijo Fisherton con gesto incómodo.

—Lo que dijimos. Metiste la pata, hermano. Tu esposa te abandonó —aseveró Vander, sonriendo de lado.

—No quiero echar leña al fuego, amigo, pero ayer por la mañana vi a lord Garden ocupando su asiento en la Cámara —alegó Max, con expresión severa.

El conde se les quedó mirando consternado y estupefacto. Se llevó una mano a la frente. Parecía muy frustrado y pensativo.

—Lo siento, Bennett. —Le compadeció McFire—. En mi aldea, esto se solucionaría yendo a buscar a tu esposa, trayéndola a rastras y atada si fuera necesario, y luego encerrándola en su aposento hasta después del invierno. Pero aquí no está permitido, ¿no? —Siguió negando con su cabeza el escocés, como si no entendiese la razón de los gestos boquiabiertos de los demás.

Colin estalló en carcajadas que, por un momento, contagiaron a los demás. Un poco más relajados, comenzaron a emprender el regreso al pabellón de caza, no sin antes recoger las presas que todos menos Lancaster habían logrado atrapar.

—¿Por qué crees que te mintió tu condesa? —preguntó él, una vez estuvieron cabalgando hacia la mansión. Odiaba las mentiras y las personas que eran calculadoras y falsas, tal vez por eso le encantaba tanto cierta dama de dones prominentes.

—No lo sé, pero pienso averiguarlo sin demora —contestó su amigo con la mandíbula apretada.

—Es evidente que algo le debe haber ofendido mucho para decidir marcharse. Y, por lo poco que la conozco, no parece dada a cometer actos impulsivos, ni tampoco parece tener un genio colérico... Como sí su insufrible hermana menor —acotó Vander con gesto pensativo.

—Yo creo que nada debería sorprenderles, ni tampoco darse por hecho. Las mujeres son seres emocionales y dramáticos y, por lo que vi, las cuatro damitas son un peligro juntas. Sobre todo, lady Mary Anne, que parece no tener un pelo de sensatez en esa cabeza —aseveró él con fastidio.

Solo había que ver todo lo que había hecho esa muchacha desde que la había conocido: dormirse en un banco, fingir que se ahogaba, beber hasta aparecer en su casa en plena noche y terminar desmayada en sus brazos, asestarle un golpe terrible después de que la salvara de un robo en pleno Park Lane y luego besarlo estando él casi inconsciente. Algo debía estar muy mal en él, porque en lugar de estar horrorizado y contrariado sentía unas inexplicables ganas de sonreír.

Pero antes de eso se arrojaría del caballo.

—A mí me parecieron las señoritas más interesantes y con la cabeza bien puesta de todas las que he conocido. Por lo menos no me siguen por todas partes o se desmayan cuando les dirijo la palabra —argumentó el duque, con una mueca jocosa—. Eso sí; la señorita Colleman parece un

encantador cervatillo asustado cada vez que me ve.

—Como sea, debo hablar con mi mujer. Le dije que iría en su busca en una semana si no regresaba. Para eso faltan dos días, pero ya no esperaré, ahora mismo me vuelvo a Londres —informó Lancaster, tirando de las riendas para detener su caballo y entregándoselas al mozo de cuadras que les esperaba.

—Si partimos ya mismo, llegarás a la ciudad antes de que anochezca —aseguró Colin, haciendo lo propio con su montura.

—¿Piensas ir derecho a tu mansión de la ciudad? —dijo Maxwell cuando ya entraban en la casa.

—Así es, seguramente Clara está refugiada allí. Y esta vez tendrá que darme muchas explicaciones —aseveró el conde, más enojado por momentos. Comenzó a subir las escaleras que llevaban al piso superior.

—Eh... Marcus... Yo no estaría tan seguro de eso... —le cortó con vacilación su hermano, quien todavía seguía en el vestíbulo y sostenía un sobre rojo y dorado en sus manos.

El menor se detuvo y descendió precipitadamente los escalones y le arrebató el sobre a su hermano, que ya se disponía a abrir.

Sus ojos se abrieron mientras ellos le veían leer la misiva con curiosidad latente.

—¡Pardiez! Pero... ¡¿Qué demonios cree que está haciendo esa lunática mujer?! —vociferó Marcus, alterado al terminar de leer.

Los otros tres se miraron intrigados y Colin le quitó el papel, que su hermano ya comenzaba a arrugar.

—Estimado Lord Lancaster: El Halcón le agradece haber solicitado su nueva admisión en nuestro prestigioso club y le invita a través de la presente a disfrutar de una increíble velada en nuestra casa. Queda cordialmente invitado a la noche de viernes: «Ángeles y demonios» ... Placeres celestiales... —leyó en voz alta Colin. Y antes de que pudiese recitar la última palabra, oyeron el carruaje del conde salir a toda marcha.

***

La Hermandad decidió llamar al plan «Operación cazando gato rastrero», aunque para ser más sinceras fue Abigail quien sugirió el nombre, y Brianna y ella dieron el visto bueno desoyendo las protestas de Clara.

La fase «Transformación» resultó ser todo un éxito, luego de que *madame* Antua obrara su magia en su amiga. Una vez terminaron la primera fase, se enfrentaron ante una disyuntiva, y tal vez la parte más compleja: la seducción. Clara no tenía la mínima idea de cómo hacer aquello, y no se imaginaba haciéndolo bajo la mirada de todas las matronas y cotillas de la sociedad.

Además de que no podía simplemente presentarse a una velada, generaría rumores por aparecer tan pronto y sin su esposo. Por otro lado, se sumaba un segundo inconveniente: no había recibido ninguna invitación, pues era de conocimiento público que ella se encontraba recién casada y en su viaje de novios.

Entonces, estando frustradas y temiendo el fracaso de su alocada misión, Brianna recordó que su hermano, en una ocasión, mencionó un lugar a donde los hombres acudían a dejarse seducir por sus esposas. Ellas reaccionaron con escepticismo e incredulidad, puesto que nunca habían oído nada de semejante sitio, pero luego de unas discretas averiguaciones de la doncella de Mary Anne, quien tenía una prima que a su vez había oído de la hermana de su vecina, a quien habían contratado como sirvienta en dicho lugar, que se llamaba «El Halcón» y solo se podía entrar con antifaz y membresía. Una vez comprobada la existencia de ese extraño sitio, estuvieron frente a otro escollo: cómo conseguir una invitación. Ahí fue cuando Abby aseguró que un hombre con la negra reputación de su marido, de seguro era miembro de ese lugar, por lo que, al no encontrar pruebas de ello en su despacho, Clara, quien era muy buena copiando la caligrafía de otros, envió una carta solicitando invitación.

Dos días después llegó la respuesta, y Mary sugirió reenviarla al conde para asegurarse de que Clara lo encontraría en la fiesta.

Y allí estaban, las cuatro preparadas y listas para colarse en la mansión de aspecto extraño y aura misteriosa. La aventura estaba servida, pero su querida amiga había entrado en pánico. Llevaban unos minutos intentando convencerla. Mary se negaba a aceptar que el matrimonio de los condes estaba acabado, no había dicho lo que pensaba por precaución y temor a estar errada, pero guardaba la esperanza de que todo fuese un malentendido y finamente el amor triunfara. Tenía que ser así, porque eso le daría alas para seguir aferrándose a la ilusión de que, un día, el conde de Luxe y ella estarían juntos. Porque no había renunciado a su amor por el conde, y si ese hombre creía que se había rendido, estaba muy equivocado.

—Está bien, de acuerdo. Ya estamos aquí, ¿no? —dijo Clara. Sus amigas, que esperaban expectantes, aplaudieron emocionadas—. De todos modos, no creo que Marcus haya hecho caso a la carta. Él dijo que vendría el domingo. Estaré un rato y luego nos iremos —conjeturó. Tomó aire, colocándose la máscara que hacía juego con su vestido dorado y, echando una última mirada al grupo, abrió la puerta y descendió del carruaje—. Las encuentro dentro —se despidió Clara.

—¡Oh! Está preciosa. Si no fuera porque la he visto sin el antifaz, no podría reconocerla como Clara Thompson. —Suspiró Mary, emocionada.

—Así es, parece de verdad un ángel. Lord Lancaster no dará crédito cuando la vea —agregó Brianna, feliz.

—Creo que a mi cuñado le dará un patatús. Pero vamos, debemos entrar para estar a una

distancia prudente de Clara —comentó Abby con una mirada sardónica, bajando del coche seguida por sus amigas.

Una vez tuvieron las máscaras colocadas, se miraron con anticipación y comenzaron a subir la escalinata. El momento de la tercera fase había llegado, era una lástima que no se le hubiese ocurrido antes enviar una invitación al conde también... Aunque dudaba que el estirado y rígido hombre fuese asiduo de aquella clase de sitios. No obstante, hubiese sido una excelente oportunidad para proseguir con su propio plan de conquista. De todos modos, estaban ahí para ayudar a Clara, y si todo salía bien, Mary tenía el presentimiento de que sería la llave para que su propia historia de amor terminara siendo un cuento de hadas perfecto.

O no tanto, porque en este cuento ella era el dragón, y su conde, la princesa en apuros. Eso seguro.

—Seducción, allá vamos —susurró Mary, eufórica, y las otras dos rieron.

CAPÍTULO 9

«Las historias más antiguas relatan hechos heroicos,
indefensas princesas en apuros y gallardos príncipes al rescate.
De niña soñaba con mi caballero de brillante armadura, mi castillo de ensueño y mi vida de cuento de hadas.
Mas hoy comprendo que los cuentos son solo eso, historias de fantasía.
No existen los príncipes, solo los hombres de carne y hueso,
No hay princesas, solo mujeres reales y valiosas.
No hay una vida de ensueño, ni un «felices para siempre».
La vida es una hoja en blanco y somos nosotros quienes escribiremos en esas páginas con nuestras luchas, derrotas y victorias.
No necesito ser una princesa débil para tener mi amor de cuento, solo necesito luchar por lo que quiero y amar a quien sepa valorarlo.
No necesito a un príncipe valiente, solo a un hombre sincero que
sin importar sus heridas de guerra
esté a la altura del desafío:
amar y ser amado».

Extracto de la libreta de lady M.R

«El Halcón» no era un club corriente, sino una enorme mansión estilo gótico.

La clientela era muy exclusiva y restrictiva, solo se admitían caballeros dé élite y debían ser miembros de este. Cualquiera que asistiera a una de estas fiestas, debía atenerse a las tres reglas únicas que allí regían:

—No quitarse las máscaras ni revelar la verdadera identidad. No mencionar nada concerniente al club a terceros. Y estar abierto a experimentar el placer, siempre que sea dentro del club.

Maxwell, que nunca había asistido, se quedó mirando la fachada del lugar mientras oía a Vander comentar anécdotas, todas indecentes y alocadas, y al duque reírse estrepitosamente.

Él no había querido venir, no tenía un buen presentimiento ya que no apoyaba la ingenua esperanza de Lancaster, y estaba seguro de que su esposa debía estar allí dentro, no había nada más letal que una mujer resentida y despechada, y en ese momento era así como parecía que se

sentía la condesa.

No tuvieron que esperar mucho, cuando vieron aparecer el carruaje del conde y a su amigo descender con cara de pocos amigos.

—¡Marcus! —exclamó Colin, alcanzando a su hermano en la entrada. Desde su posición le vio abrir los ojos, atónito, al ver el atuendo que su mellizo llevaba. Tenía puesto un traje completamente rojo, calzas, camisa y capa, además de unos cuernos negros espantosos.

El duque también se apeó del coche mirándole a él divertido. Iba vestido tan estrafalariamente como Vander, solo que llevaba una capa con forro negro dentro y por fuera roja y sus cuernos eran rojos, al igual que un enorme tridente que sostenía y que utilizó para sostenerse y hacerle una venia, con una expresión jocosa.

—Pero ¿qué hacéis aquí, y así vestidos? —espetó Marcus, negando con la cabeza.

—No creerás que nos perderemos la diversión, gatito —se mofó Colin—. Y no sé si lo has olvidado, pero esta es noche de «Ángeles y demonios, placeres celestiales» en el club y no te dejarán entrar sin tu disfraz —terminó el rubio, elevando las cejas con picardía.

—No vestiré así. Ni os penséis que haré semejante ridículo. —Se negó Marcus.

—Pues olvídate de entrar. Ya te diremos cómo lo está pasando dentro tu condesa —se mofó Vander, y lo rodeó junto a Alex en dirección a la casa, comenzando a ponerse su antifaz rojo.

Marcus gruñó y pareció debatir consigo mismo. Soltando juramentos, elevó los brazos al cielo bufando.

—Esperad —les llamó, soltando el aire en un resoplido. Los otros dos se giraron con muecas sardónicas—. ¿Tenéis algún atuendo para mí? —preguntó, resignado.

—La duda ofende, hermano —respondió Colin, volviendo tras sus pasos.

—Tu atuendo, es similar al de Grayson. Que, por cierto, ¿qué hace todavía allí dentro? —inquirió impaciente su mellizo, y Alex soltó una risotada que Marcus no supo interpretar—. *Luuuxe*... ¡Sal ya! —le llamó Colin con tono cantarín.

En ese instante, Maxwell estaba odiando a Vander con todas sus fuerzas. Ni siquiera sabía por qué estaba allí en lugar de estar en su casa con una buena copa o con alguna bella y complaciente mujer.

No sabía qué extraño sentimiento de lealtad era el que le obligaba a seguirle el juego a aquellos mellizos endemoniados y al descarado duque, pero era incapaz de darles la espalda, aunque aquello significase estar padeciendo dentro de aquel ridículo disfraz.

Así que, emitiendo un hondo suspiro, salió del carruaje y, mortificado, se plantó frente a Lancaster.

—¡No estáis hablando en serio! —exclamó atónito Marcus, estudiándolo con los ojos abiertos.

El dichoso disfraz consistía en unos ajustados pantalones de cuero negro, un más ceñido

chaleco de tres botones del mismo material y color que dejaba su pecho y brazos desnudos a la vista y una capa negra corta que hacía juego con el pequeño antifaz.

—Vaya... Mejor de lo que imaginaba —se mofó Colin cuando vieron salir del coche ya vestido al conde, componiendo una pose cual modisto francés—. ¿Puede dar una vuelta, milord? —siguió con burla.

Marcus gruñó como un oso salvaje hambriento y se lanzó hacia delante, a lo que Colin respondió chillando, espantado. Huyó hacia la mansión seguido por Marcus, las carcajadas de Alex y los quejidos de Max, quien cerró la marcha caminando con dificultad, pues al ser un poco más fornido que Lancaster apenas podía moverse en esos pantalones de cuero. Pero al menos su capa era larga y tenía una camisa negra, no como Marcus, a quien se le podía ver el trasero apretado indecentemente haciéndole moverse incómodo.

En la entrada se podía leer un gran letrero que versaba:

«EL HALCÓN. Noche de exóticos placeres».

Y en otro más pequeño ponía: «Esta noche: Ángeles y demonios. Placeres celestiales».

Después de entregar sus tarjetas, se dirigieron al salón donde se desarrollaba la velada. La fiesta estaba en pleno apogeo, decenas de personas circulaban por el lugar y ocupaban la pista, bailando al son de una música de arpas, alumbradas por la prácticamente nula iluminación. Colin y Marcus ya habían asistido en numerosas ocasiones, pero era la primera vez que lo hacían el duque y Luxe y sus quijadas colgando atestiguaban ese hecho.

—¡Por Odín! ¿He muerto y estoy en el paraíso? —balbuceó Alex, extasiado. Siguió con la vista a un grupo de mujeres que pasaron por su lado, dedicándole guiños y sonrisas, cada cual vestida más lasciva que la anterior.

Maxwell no podía emitir palabra, estaba inexplicablemente nervioso y solo se limitaba a observar todo anonadado.

—¿El paraíso? ¡No, mi estimado escocés! Esto es el mismísimo infierno, y nosotros, ¡los amos del lugar! —exclamó Colin, eufórico. Le lanzó un beso a una rubia voluptuosa que se mecía en los brazos de un hombre, pero miraba descaradamente en dirección a él.

Un lacayo pasó ofreciendo copas de una bebida dulce de sabor exótico y Luxe se lanzó a coger una.

—¡Necesito beber algo! —masculló, desesperado.

—Lancaster, apresúrate a buscar a tu dama, que yo quiero buscar mi propio ángel —le urgió Alex con una sonrisa ladeada, al tiempo que bebía de su copa.

Por su parte, Marcus no dejaba de recorrer el sitio con la vista en busca de su esposa.

—¿Sabéis qué? Me largo de aquí, no sé cómo creí que mi esposa estaría en este lugar. De seguro hay alguna explicación para la carta que recibí. Ya hablaré con Clara —anunció Marcus, y comenzó a darse la vuelta hacia la salida.

Luxe, que también estaba escudriñando los asistentes, detuvo su vista en una dama que resaltaba por ir más cubierta que la mayoría y por estar sola. Le pareció familiar. La mujer estaba impactante, realmente hermosa.

—Lancaster... Espera... —murmuró Luxe con voz mecánica, sin despegar la vista de la mujer. Detuvo al conde, que ya se disponía a dar media vuelta.

—¡Diablos! Hermano, ¿eso escondía bajo esos espantosos trapos tu Lady Ratón? Pues déjame decirte que de feo no tiene... —comenzó con tono apreciativo Colin, pero se calló al ver la expresión letal con la que su mellizo le fulminó.

—Lancaster... Mira, hay lobos aproximándose a tu presa —señaló Alexander, y él se giró rápido al oírle.

Un tipo vestido de negro y sin chaleco ni chaqueta susurró algo al oído a su esposa, que negaba repetidamente y miraba en todas direcciones evidentemente nerviosa.

—Ya te cazaron el ratón... —informó Colin, con una mueca de pesar fingida. Marcus se contuvo para no estampar su puño en el rostro de su hermano.

Pero su mordaz réplica murió en sus labios al ver cómo el tipo enmascarado tomaba el rostro de la condesa y le estampaba un beso en plena boca.

La furia deformó los rasgos del conde y salió disparado hacia la pareja.

—Bueno, creo que nuestra misión terminó —comentó Colin, viendo a su hermano y a la condesa abandonar el salón con precipitación.

—Siento lástima por lady Lancaster, nunca había visto a Marcus tan enfadado —contestó Maxwell, dejando vagar la vista por el lugar.

—Bennet no le hará ningún daño a su esposa, pocas veces conocí a un hombre tan enamorado de su propia mujer... —acotó Alexander, terminando el contenido de su sexta copa.

Colin le miró con las cejas alzadas, ese hombre tenía una capacidad etílica asombrosa, él solo había tomado dos copas y ya se sentía levemente mareado.

—¡Eh! No bebas otra, McFire, eres demasiado grande para que podamos llevarte en brazos hasta el carruaje —advirtió Max, negando con su cabeza.

—¿Hablas en serio? Vosotros los ingleses sois unos quejicas afeminados —se burló Alex, muy divertido por las expresiones envaradas que compusieron sus amigos—. Este licor y todo lo que tomáis es poca cosa para un escocés cualquiera. Hasta mi sobrino de trece años soportaría más que vosotros.

—Bien... Yo me marcho. Luego les enviaré el carruaje para que los lleve hasta donde quieran... —contestó Maxwell, depositando su copa en la bandeja de un lacayo que pasaba.

Se calló cuando de repente se apagaron las luces y se iluminó la tarima ubicada al fondo del salón.

—Espera, quédate a ver el espectáculo. No sé qué habrán preparado esta noche, pero te

aseguro que no has visto algo mejor nunca —le insistió Colin, comenzando a silbar y aplaudir como ya lo hacía la concurrencia masculina.

—¡Buenas noches, damas y caballeros! Bienvenidos a EL HALCÓN —anunció el presentador, ubicado en una esquina del escenario. Era delgado, rubio y llevaba su rostro tapado —. Esta noche les presentaremos un desfile celestial. Conozcan a... ¡¡¡LOS ÁNGELES DEL HALCÓN!!

La multitud bramó y el telón se abrió despacio acompañado de una música de tambores. Cuando la primera mujer apareció, los tres se miraron con las cejas arqueadas. No era para nada lo que uno se podía imaginar al oír la palabra «desfile», no. No había soldados vestidos con casacas rojas, rifles, ni hombres a caballo. Por el contrario, tenían frente así a una mujer de cabello rubio rizado vestida con un corsé y bata translúcida, la cual caminaba por el escenario y, luego de recorrerlo de punta a punta, se detenía en la esquina donde antes había estado el presentador.

Alex y Colin se miraron sonrientes y chocaron sus copas mientras Maxwell observaba, anonadado, el constante entrar de mujeres bellas, de diferentes colores de cabello y similares atuendos sensuales enloquecedores color blanco, acompañados de antifaces con los colores del club.

De pronto el ir y venir de las mujeres se frenó, pero la música continuaba sonando. Las muchachas que estaban ya ubicadas comenzaron a mirar hacia atrás y los invitados murmuraron y silbaron, protestando. Entonces una joven apareció abruptamente, y tras ella dos mujeres más. Las tres permanecían de espaldas y parecían discutir con alguien que no quedaba a la vista del público.

La melodía de tambores se acrecentó en el momento en el que el trío retrocedía hasta el centro y quedaba bajo el reflejo de la luz.

Colin observaba el espectáculo con diversión mientras bebía con parsimonia. Parecía que había tres rezagadas y sus ojos estaban muy ocupados repasando a las demás. Las últimas en entrar quedaron alumbradas por la araña que iluminaba el escenario.

Su boca se abrió al ver a la prostituta del medio. Era una preciosidad dorada, literalmente un ángel. Su cabello rubio caía hasta su cintura como un manto suave color oro, sus piernas que se traslucían con esa camisola transparente eran exquisitas e interminables. Era la seducción hecha carne sin duda, enigmática, ardiente, y su rostro pequeño quedaba totalmente oculto tras el antifaz. Maxwell estaba asombrado con lo que veía, sabía que había muchos lugares donde un hombre podía contratar el servicio de cortesanas exclusivas y refinadas, pero no había presenciado algo semejante jamás. Todas eran indudablemente hermosas, mas su mirada verde captó el movimiento de una que destacaba del resto por ser mucho más baja y redondeada. La mujer quedó bajo las velas del centro de la tarima y el corazón de Max se detuvo literalmente. Su

cuerpo entero reaccionó ante la personificación de sus fantasías más secretas, que se encontraba frente a él.

Vestía un camisón de seda blanca, el cual se pegaba a cada una de sus curvas, y estaba escandalosamente abierto en el escote. La mujer se removió, inquieta, y la boca del conde se secó con la visión de esos generosos y preciosos senos. No podía percibir ninguno de sus rasgos, pero su cara estaba enmarcada por un brilloso cabello color castaño oscuro que flotaba sobre sus hombros.

Alexander negó con la cabeza y rio cuando se percató de la cara de estúpidos que tenían sus amigos. Parecía que nunca habían visto una mujer en paños menores. Realmente los ingleses eran raros especímenes, todavía no se acostumbraba a convivir entre ellos ni a sus rígidas costumbres, tan distintas a las de su tierra.

Depositó su copa en una bandeja que circulaba y devolvió la vista a la tarima, repasando la mercadería expuesta sin mucho entusiasmo. Pues las damiselas, si se las podía llamar así, eran bonitas, pero para su gusto y opinión, a las féminas inglesas les faltaba carne, eran demasiado delgadas y remilgadas... hasta las cortesanas. Sin embargo, un destello de color rojo llamó su atención. Provenía de la última muchacha en subir al escenario y que ahora se había detenido junto a dos mujeres más.

Los ojos de Alex se abrieron y su garganta se cerró al ver la figura de esta alumbrada. Cada uno de los nervios de su cuerpo se endurecieron y el pulso en sus venas comenzó a latir desbocado con la imagen de ese abundante cabello caoba, semejante a un fuego voraz. Lentamente, recorrió con la vista la escultural figura de la mujer, sintiendo que se encendía por dentro. Dos palabras definían a esa visión vestida de blanco a la que no podía identificar tras esa máscara: voluptuosidad y fuego. Puro fuego cayendo por una espalda embutida en un corsé que realzaba uno senos generosos, una cintura pequeña, y.… unas caderas aniquiladoras, las cuales terminaban en unos deliciosos muslos bien formados.

***

Brianna entregó su invitación al enorme gigante que acaparaba la entrada con el cuerpo temblando de pies a cabeza. El hombre la miró de arriba hacia abajo y un profundo ceño apareció en su frente cuando vio a las dos mujeres paradas detrás de él. Las tres se tensaron bajo ese penetrante escrutinio, el tipo era también pelirrojo y tenía la mejilla surcada de pequeñas cicatrices.

Finalmente habían tenido que recurrir a la tarjeta que ella había llevado, debido a que la puerta trasera no estaba habilitada.

—¿Y ustedes quiénes son? Sin invitación no entran —ladró el hombre, haciendo un ademán

con la cabeza hacia Mary y Abby. Brianna abrió la boca y la cerró nerviosa.

—No venimos con ella, señor, pertenecemos al personal contratado... pero nos hemos retrasado, guapo —intervino Mary, usando un extraño acento de clase baja. Inclinándose hacia delante, dejó su generoso escote a la vista.

El guardia se quedó hipnotizado unos segundos y luego se volvió hacia Brianna y, dedicándole un guiño de ojos, dijo:

—Adelante, *fine thing*[1].

Brianna, ruborizada por las extrañas palabras, se adentró en el vestíbulo.

—Y vosotras, apresuraos antes de que os despidan de una patada. —Oyó gruñir a sus amigas, mientras las esperaba fingiendo acomodar su máscara mirándose en un espejo.

***

—Amigas, debemos huir. Yo no me voy a poner esto, antes prefiero morir —susurró Brianna, frenética.

—¡Dios! Estamos acabadas, ¿en qué lío nos hemos metido? Este pedazo de tela es indecente —respondió Mary, angustiada. Bajó la voz cuando algunas mujeres que estaban en el cuarto donde las habían metido comenzaron a mirarlas extrañadas.

—Creo que esto no es una fiesta para parejas casadas, y no nos trajeron para servir como doncellas... Estamos en problemas, creo que este es una especie de lugar de perdición... —murmuró Abby con alarma, aferrando nerviosa la tela traslúcida que le habían dado y que era similar a lo que las otras mujeres lucían y las hacía ver como fulanas descaradas.

—¡En cinco minutos salen a escena! —Se oyó gritar desde el otro lado de la puerta al tosco hombre que las había arrastrado por error hasta allí.

Las tres se sobresaltaron y miraron con horror mientras las demás aceleraban sus movimientos frente a los espejos.

—¡¿Qué hacemos?! —chilló Mary Anne, ya histérica.

—¡Vámonos de aquí! —exclamó Brianna, en pánico.

—¡No! Calma, no podemos. Si nos vamos, deberemos darle una explicación a ese hombre, y esa no es una buena idea. —Abby la frenó cuando ya se giraban hacia la puerta.

—¡Cristo! Es cierto, si lo hacemos, corremos el riesgo de que se den cuenta que somos unas intrusas aquí y de que se descubra nuestra identidad. Quedaríamos deshonradas... —concordó Brianna, acongojada.

—Además, si huimos... ¡Dejaremos a Clara sola! —agregó Mary, mortificada.

Ese recordatorio las hizo mirarse indecisas. Luego se pusieron manos a la obra.

—Sube, Abby... —la apremió Mary, cuando todas las chicas desaparecieron tras el telón y quedaron solo ellas.

—No puedo... Sube tú —balbuceó Abby, balanceándose en la cima de la pequeña escalera.

—¡No! Tú estás primera, ¡anda! —se negó Mary, temblorosa.

—¿¡Qué esperan!? —Ladró la voz furiosa del tipo calvo, que había aparecido detrás y las fulminaba desde abajo—. ¡Es su turno! ¡Vamos! —ordenó, y empujó a Brianna con fuerza, lo que hizo que esta golpeará a Mary Anne y Abby terminase trastabillando hacia delante.

En un parpadeo, las tres estuvieron sobre la tarima, desde donde oían la música y los gritos masculinos enardecidos.

—¡¿Qué creen que hacen? ¡O desfilan o las echo de aquí! —les gritó el gigante, asomándose por la escalera.

—Señor, no nos sentimos bien, por favor... —trató de justificar Mary.

—¡No me interesa! Sus servicios ya han sido pagados por adelantado, o cumplen con lo acordado o me devuelven el dinero. ¡De lo contrario de aquí no salen! —la interrumpió el hombre, señalando airadamente el escenario.

Ellas negaron, atemorizadas, y cuando lo vieron subir enojado, retrocedieron atropelladamente, hasta que quedaron de cara a los asistentes, con la fuerte luz de las velas sobre ellas impidiéndoles ver nada. No tenían ni idea de qué hacer, y los silbidos e improperios que les gritaban las hacían removerse con miedo. En ese instante, la música cesó y un hombre enmascarado de cabello claro apareció junto a ellas.

—¡Un aplauso para estos deliciosos ángeles! —solicitó con un ademán abarcador—. El Halcón ha decidido premiar a sus fieles clientes y, para ello, esta noche, cada uno de estos ángeles escogerán a un demonio de entre los hombres disponibles en este salón. Los afortunados podrán disfrutar de un placer celestial inolvidable... —siguió el anunciador, y los gritos eufóricos de los presentes inundaron el lugar.

Ellas se miraron confundidas, pues no entendían nada de lo que acababa de decir. Mas cuando vieron que cada una de las mujeres paradas a su alrededor abandonaban el escenario y circulaban frente a este para marcharse con algún caballero, la comprensión llegó a sus aturdidas mentes y se miraron estupefactas. ¡No eran doncellas! Ni alguna especie de damas casquivanas, ¡no! ¡Eran damas de la noche... y las habían confundido con ellas!

—¡Ay Dios, Dios, santo padre, libéranos, haz un milagro! —murmuró Mary, presa del pánico, cuando cada una de las cortesanas fue abandonando el escenario.

—¡Tenemos que salir de aquí! —susurro Abby, frenética. Retrocediendo con disimulo, chocó con una pared de granito.

Detrás de ellas estaba parado el sirviente gigante, y las miraba gélidamente con los brazos cruzados. Su mirada amenazaba para que olvidaran su vía de escape.

Mientras, a su alrededor continuaba la música y los silbidos cada vez que una mujer escogía un caballero.

—¡Estamos atrapadas! —casi lloró Brianna, quien temblaba como una hoja en el viento.

—¡Parece que estos ángeles son algo tímidos! ¿Quién desea ser el afortunado demonio? —dijo de pronto el presentador, y los presentes aullaron obscenidades que en su vida habían escuchado.

Abby se estremeció y entrecerró los ojos, buscando por el salón alguna alternativa que les permitiera huir. Tal vez su cuñado o su hermana; no podía ser que Clara no las hubiese reconocido.

¡Alguien tenía que socorrerles!

Entonces sus ojos se toparon con alguien y casi saltó de alegría. ¡Claro! ¿Cómo no se le ocurrió antes? Si el conde estaba allí, ese trío de sin vergüenzas que tenía de amigos también estaría.

—Tengo un plan, muchachas. Solo haced lo mismo que yo —las apremió Abby.

Luego de acicatear al público, el presentador las miró y señaló para que bajaran. Abby se enderezó y, tratando de imitar a las mujerzuelas, inició el descenso y la caminata por la pista de baile, con la vista fija en su objetivo.

—¡Que me aspen! Creo que viene hacia aquí —exclamó Alexander, alucinado.

Colin tenía su atención puesta en la escultural rubia que caminaba con paso cadencioso hacia ellos. Cada uno de los músculos de su cuerpo se habían puesto en tensión, y sentía toda la sangre acumulada en la ingle. No podía respirar, ni parpadear, solo mirarla acercarse como un idiota. No podía ser que viniese hacia él, pero sí; de hecho, ya estaba a unos pasos.

El ángel dorado se detuvo frente a él y los silbidos sacudieron hasta las paredes. Colin se quedó de piedra y la mujer solo le miró arqueando una ceja.

—¡Vander, maldito afortunado, reacciona! —le apremió Luxe.

El conde salió de su estupor y tomó a la mujer del brazo para sacarla de allí.

No sabía qué había hecho bien para merecer este regalo celestial, pero no por nada le apodaban el ángel negro, y hoy, más que nunca, haría honor a su fama.

Alexander aplaudió y lanzó «vivas» por su amigo alzando su copa y brindando al aire, y volvió su atención a la tarima. El líquido salió disparado de su boca en todas direcciones cuando vio a la cortesana voluptuosa caminando hacia ellos. Su corazón se detuvo al comprobar que le estaba mirando fijamente y se había parado a unos metros.

Si de lejos le había parecido una visión fogosa, de cerca era una sirena pelirroja infartante. Su boca se secó al repasar ese cuerpo hecho para el pecado de punta a punta. Puede que, para los cánones ingleses, ella fuese demasiado carnosa, pero para él era la imagen del deseo y la pasión.

Ella lo observaba igualmente paralizada y, mirando mejor, creyó ver que estaba temblando.

Entonces sintió su estómago contraerse de expectación y, sin dudarlo, extendió su mano con la palma hacia arriba. Sabía que ella lo deseaba y lo había escogido, pero no deseaba intimidarla. La diosa pelirroja vaciló un segundo y, a continuación, tomó su mano.

El duque sonrió ampliamente y tiró de su mano, atrayéndola hacia él. En un parpadeo ya estaban dirigiéndose hacia la puerta.

Maxwell negó con la cabeza viendo a sus amigos retirarse con esas mujeres. Ya lo habían dejado tirado. Menos mal que habían ido allí en su carruaje; se largaría de allí en ese preciso momento. Esa clase de veladas no eran para él. No era que se hiciera el puritano; de hecho, no era un dechado de virtudes ni mucho menos un monje, pero él prefería a mujeres más decentes a la hora de intimar. Tal vez viudas o actrices, y no mujerzuelas anónimas que podrían hasta contagiarle alguna peste.

Estaba por girar cuando los gritos de los hombres que estaban a su lado le hicieron mirar hacia el escenario. Su mundo entero se paralizó. La fantasía castaña iba hacia él. Su mandíbula cayó abierta por la visión que ella presentaba.

Cada vello del cuerpo se le erizó y, cuando ella se detuvo justo frente a sus pies, el corazón comenzó a latir acelerado en su pecho. Ella sonrió de lado, y poniéndose de puntillas, se estiró y cerró su boca. Luego deslizó la mano por su mejilla, haciéndole sentir un calor abrasador. Sus dedos estaban fríos en contraste con su piel, que ardía y temblaba, algo que llamó su atención, pero le distrajo el movimiento de ellos bajando por su cuello, hombro y brazo hasta detenerse en su mano.

Tragando saliva, aferró la pequeña mano y, sin quitar la vista de esos ojos oscuros, la apretó y apoyó en su brazo para guiarla a la puerta.

No se detendría a meditarlo, era hora de hacer una excepción para variar, y esta fantasía vestida de blanco sería la primera.

CAPÍTULO 10

«Muchas veces me pregunto por qué amar.
Por qué vivir en la continua espera.
Por qué permanecer en la eterna esperanza.
Amarle como yo le amo,
nadie lo hará.
Porque, aunque quisiera obligarme a resignar,
a finalmente olvidar,
mi corazón se ha negado el derecho a latir sin su existencia.
Mi cuerpo ha decidido revivir cada vez que lo sabe cerca.
Y aun en sueños, mi alma le reclama.
Amaré sin razón, sin motivo, sin lógica.
Porque para amar de verdad
no se necesita nada más que sentir.
Yo le siento en la piel, en mis recuerdos, en cada atardecer
y en cada luna que aparece en mis noches solitarias».

Extracto de la libreta de lady M.R

Abby creía que podría deshacerse del inepto de Vander con rapidez, pero no contaba con que el hombre la llevaría al piso superior.

La aprehensión la estaba carcomiendo mientras el conde la guiaba por las escaleras. De vez en cuando él lanzaba una mirada de soslayo hacia ella, y Abby se esforzaba por fingir indiferencia. Pero le estaba costando, pues en algún punto del trayecto, Vander le había colocado su mano en la parte baja de la espalda, y con aquella insulsa prenda que llevaba la sentía quemándole, y más desde que había comenzado una lenta caricia con la palma.

Ese hombre la irritaba y alteraba al mismo tiempo, y ya comenzaba a lamentar el haber tenido la brillante idea de escogerlo para salir del problema.

Pronto alcanzaron el rellano y su alarma se acrecentó.

«¡Pardiez! ¿Qué haré?», pensaba con mortificación.

Brianna se sentía al borde del colapso, sus piernas y dientes temblaban con violencia, y estaba

casi segura de que el enorme escocés que la guiaba con tranquilidad, como si estuviesen paseando por Hyde Park, lo notaría en cualquier momento. No quería culpar a su amiga por recurrir a ese desquiciado plan, pero realmente creía que, en ese caso, el remedio sería peor que la enfermedad.

Al salir al vestíbulo, buscó con disimulo a Abby, pero no había ni seña de ella. Y para empeorar su angustiante situación, el duque no siguió por el pasillo, sino que a mitad de camino se desvió hacia unas escaleras y se dispuso a subirlas. El pánico de esta acción hizo que Brianna clavara los pies con fuerza en el suelo. Fisherton se volvió a mirarla, con expresión intrigada, y ella bajó su cabeza presa del nerviosismo.

Por unos segundos se mantuvieron así hasta que el escocés alzó su barbilla y la instó a encontrar sus miradas. Sus ojos azules se clavaron en ella con intensidad, y Brianna se estremeció bajo el escrutinio de esas pupilas encendidas.

A continuación, él se inclinó y la tomó en brazos con lentitud, casi como pidiendo su permiso. Ella era incapaz de reaccionar y cerrando los ojos, se dejó hacer...

¡Por caridad! Ahora sí que se había metido en un buen lío...

Mary Anne salió del salón con el corazón en la garganta. Por un lado, se sentía eufórica por estar tan cerca del conde de Luxe e incrédula de haberlo encontrado allí, pero por el otro quería tirarse por un puente al pensar en lo que pasaría si él la descubría. El hombre la estaba llevando de la mano y parecía estar muy apurado y concentrado, casi no la miraba.

El vestíbulo estaba desierto, y rápidamente perdió la esperanza de toparse con sus amigas allí. Sin embargo, el alma se le cayó a los pies al percatarse de que tampoco las vería fuera ni podría ceder a la locura de arrojarse del carruaje del conde, puesto que él comenzó a subir una amplia escalera sin detenerse un segundo.

Una vez estuvieron en un elegante pasillo, Luxe tiró de ella pasando por varias puertas cerradas. A lo lejos le pareció ver al duque de Fisherton entrando en una habitación.

La sangre se había congelado en sus venas y el miedo la estaba ya mareando. Entonces el conde se detuvo y, antes de que pudiese siquiera parpadear, este estampó su espalda contra la pared y se cernió sobre ella. Su cuerpo delgado pero potente la aplastó y sintió la respiración jadeante del conde acariciando la piel que el escote del camisón dejaba expuesta.

«... ¡Por Dios! ¡Sálvame...!».

Entonces vino a su conmocionada mente una idea, e hizo lo que todas las heroínas de las novelas de terror que leía hacían cuando el malvado villano las atrapaba; se sacudió y aflojó todos los miembros de su cuerpo como si de un peso muerto se tratara.

Su cabeza cayó desplomada hacia un costado, y el conde sostuvo su peso desvanecido, lanzando un grito de auxilio.

Abby escuchó una voz masculina gritando solo un momento después de que Vander la hiciera

traspasar la puerta de lo que parecía una habitación y se dirigiera a una licorera dispuesta en un rincón. En pocas zancadas él estuvo fuera, pues debió reconocer la voz del caballero, y Abby lo siguió con la idea de encontrar la forma de escabullirse en alguna distracción.

Brianna dejó de respirar cuando Fisherton se metió con ella todavía a cuestas en un cuarto y la bajó sin soltarla, cerrando la puerta antes con una de sus botas. Aterrada, abrió la boca para dar a conocer su identidad, ya no podía seguir ocultándose o ese gigante se lanzaría sobre ella. Pero un sonido de alboroto fuera la interrumpió. El duque frunció el ceño y se giró para abrir la puerta y asomar su cabeza fuera.

—¡Qué demonios! —exclamó y salió apurado. Brianna soltó el aire, aliviada, y se deslizó hacia el pasillo, rogando poder huir.

—Luxe, ¿qué está pasando? —preguntó Colin al ver a su amigo, quien ya no tenía el antifaz, sentado en el pasillo con la mujer castaña desmadejada sobre sus piernas, dándole aire con el mismo.

—No lo sé, se desmayó de repente. Ve por ayuda... —le pidió con urgencia.

Colin elevó las cejas, asombrado por la desesperación que oyó en la voz de Maxwell, pero al ver que la rubia lo apartaba y, muy angustiada, se arrodillaba junto a la mujer desmayada, asintió y se marchó.

—¡Qué demonios! —escuchó Abby, y vio aparecer al duque de Fisherton y por detrás a Brianna.

—Quítale la máscara, Grayson, debe estar obstruyendo el aire —indicó el duque, inclinándose un poco.

—Claro... No lo pensé. El corsé puede ser el problema también —concordó el conde, y llevó su mano hacia la cuerda que sostenía la máscara de la joven.

—¡No! ¡*Nicht*! —exclamó Abby, ganándose una mirada confundida de parte de los hombres cuando comenzó a soltar atolondradamente palabras.

—¿Qué está diciendo esta mujer? —dijo contrariado Alex, quitándose su antifaz mientras Abby continuaba hablando sulfurada.

—Creo que eso es alemán, no llego a comprender todo, pero dice que no le quitemos la máscara, porque... porque va contra las reglas del club y la meteremos en graves problemas —tradujo Max con dificultad.

Brianna miraba la escena compungida, apretando sus manos. Estaba muy preocupada por Mary, pero un tirón a su camisón le hizo bajar la vista y, asombrada, descubrió que la castaña era quien tiraba de la tela.

La claridad llegó a su mente y aprovechó el desconcierto de los nobles para ejecutar lo que pensaba que Mary Anne esperaba que hiciera. Hizo una seña imperceptible a Abby y abrió la puerta que estaba a la espalda del conde. Abby le siguió el juego y, con señas, instó a los

caballeros para que colocaran a Mary sobre la cama.

Después Brianna los miró y, sacudiendo la cabeza, les señaló el pasillo.

—¡Oh claro! Ehh... Sí, esperaremos fuera —accedió Luxe, incómodo. Echando una última mirada a la cortesana que permanecía inmóvil sobre el colchón, abandonó la habitación haciendo un ademán a Alex.

Unos diez minutos después, vieron aparecer a Colin por el vestíbulo. Su gesto era contrariado y parecía estar muy irritado.

—¿Qué pasa? ¿Y el encargado? —interrogó Alex al ver que nadie lo acompañaba.

—No os vais a creer lo que he descubierto —comenzó a decir el conde cuando llegó a su altura—. Pero antes ¿dónde están las mujeres? —preguntó, arqueando una ceja.

—Dentro, tratando de reanimar a la castaña —respondió Luxe, señalando hacia atrás.

—¡Bien! Disfrutaré de poner en evidencia a ese trío de estafadoras. Están acorraladas —contestó Colin, sonriendo perversamente.

—¿Estafadoras? ¿Pero de qué hablas...? —dijo Alex, atónito.

Maxwell frunció el ceño y, sin detenerse a escuchar la respuesta, se giró y abrió la puerta bruscamente.

—No son cortesanas, de hecho, nadie sabe quiénes son. Las verdaderas prostitutas llegaron cuando nosotros habíamos abandonado el salón y el encargado nos buscaba para... —explicaba Colin cuando chocó con la espalda de Max.

Entonces los tres vieron, atónitos, el cuarto completamente vacío y la cortina azul meciéndose por el viento que se colaba por la ventana abierta.

***

En cuanto escuchó la puerta cerrarse, Mary abrió los ojos y se sentó en el colchón. Brianna estaba junto a la cama retorciendo las manos, y Abigail caminaba de un lado a otro con el cuerpo tenso.

—Por todos los santos, ¿qué haremos? Ellos no se irán —susurro Mary, frenética. Se deslizó para colocar los pies en el suelo alfombrado.

—Además, cuando aparezca el encargado, quedaremos descubiertas —agregó Brianna, cada vez más pálida.

—Algo tenemos que hacer. Si entran de nuevo aquí veremos nuestra reputación arruinada, será un escándalo descomunal. ¡Y Clara no estaba en el salón! Seguro que se marchó con el conde, ¡y nosotras aún aquí! —siseó Abby.

Mary asintió. Debían escapar. Si la descubrían allí vestida de mujerzuela mataría a su padre del disgusto. Quedaría arruinada para siempre. Angustiada, se dirigió hacia la ventana, la abrió y

se asomó al exterior.

Su alma cayó al suelo cuando comprobó que la altura era demasiado elevada como para descolgarse por allí. Se quebrarían el cuello en el intento.

—Fue lo primero que se me ocurrió, Mary, estamos en un tercer piso. —Abby negó.

Mary examinó el cuarto con la vista. La decoración era sencilla, paredes tapizadas en ocre y dorado, la gran cama de dosel dorado, cortinado y sábanas de seda azul, una mesita de noche, un sillón tapizado junto a la chimenea y un enorme ropero. Ciertamente no era así como imaginaba los aposentos para el pecado. Aquello era demasiado sobrio y elegante.

Estaba pensando con frenesí alguna manera de zafarse de aquella situación, cuando Brianna, que se había acercado hasta el ropero de cerezo, las llamó con tono vacilante.

—Muchachas...

Abby y ella acudieron curiosas, y al ver lo que la pelirroja estaba observando con tanto estupor, Mary abrió los ojos pasmada.

El interior del ropero no era lo que usualmente uno esperaría de un mueble de estas características. Sí había algunas prendas colgando, algo que no dejó de llamar su atención, porque aquello quería decir que el cuarto era ocupado por alguien asiduamente, teniendo en cuenta que había también chaqués, levitas, sacos, chalecos, botas y zapatos y una cajonera que debía contener lo demás, pero lo que las dejó en pasmo fue que, en lugar de lo que debería ser la madera posterior del fondo del ropero, había una puerta.

—¡Que rayos! —soltó igual de impactada Abby, viendo la puerta cerrada del mismo material del ropero, seguramente para que pasara desapercibida a primera vista.

En ese momento comenzaron a oír voces fuera, y las tres se miraron asustadas.

Abby aspiró con fuerza y se adentró en el ropero agachando la cabeza.

—¿Qué estás haciendo? Seguro que está cerrada o sellada—musitó Brianna, nerviosa.

La rubia apartó unas impolutas camisas blancas y, con una leve indecisión, tomó el picaporte.

Entonces el sonido de las voces de los nobles que seguían esperándolas fuera se oyó más fuerte, y esta vez también se escuchó con claridad el tono de barítono del conde de Vander.

—¡Ha regresado! Ay, Dios mío, nos van a descubrir —se lamentó Mary desesperada, mirando hacia la puerta del cuarto.

—No si hacemos algo —fue lo que dijo Abby, acompañada del chasquido suave que emitió la puerta secreta al ceder al empuje de la rubia.

Las tres contuvieron el aliento mientras esta se abría y revelaba lo que había al otro lado.

Era un pasillo. Un pasillo de paredes de piedra tenuemente iluminado, aunque lo suficiente como para poder transitarlo sin caerse.

—¿Estafadoras? ¿Pero de qué hablas...? —Se oyó a sus espaldas retumbar la voz del duque de Fisherton.

Las tres gimieron asustadas, mirándose aturdidas.

—Es ahora o nunca. ¡Vamos, entrad rápido y cerrad el ropero! —las apremió Abby.

Brianna y ella se miraron y, a continuación, obedecieron con precipitación.

En el instante que Mary cerraba tras de sí, envolviéndolas en el oscuro interior del ropero, se escuchó abrirse la puerta de la habitación con brusquedad. Esta golpeó la pared con fuerza, y hostigadas por el silencio posterior, que debía deberse a la estupefacción de los tres caballeros al no encontrarlos dentro, Abby y Brianna cruzaron el umbral de la puerta secreta. Mary, sintiendo que el corazón se le saldría del pecho, siguió a sus amigas, pero antes se ocupó de acomodar las perchas para tapar la salida secreta de la vista de quien se le ocurriera mirar dentro del mueble.

Una vez estuvieron en el pasillo y hubieron cerrado con cuidado de no hacer ruido la puerta, la oscuridad se acentuó.

—¿Dónde llevará este pasadizo? —susurró Abby, encabezando la marcha.

—No lo sé, pero tengo miedo —contestó Brianna, con voz temblorosa.

—Solo espero que no acabe en lo alto de un acantilado o en un túnel con agua y desechos humanos —agregó Mary abrazándose a sí misma, pues la humedad de las paredes era tal que sentía que se colaba hasta en sus huesos.

—Mary, esto no es un castillo medieval, mujer, ¿cómo va a terminar en un acantilado? Estamos en pleno Londres —rio Abigail, meneando su cabeza.

—Pues puede ser que estemos en una especie de portal mágico, quién iba a decir que en medio de una propiedad de la ciudad hubiese roperos con fondos falsos y puertas secretas —rebatió Mary.

—¿Qué mágico ni qué nada? Seguro que es un pasillo de uso interno del club —terció Brianna, más para sí misma que para el resto.

El largo pasillo desembocaba en una especie de descansillo en donde se abrían tres caminos diferentes.

Ellas frenaron la marcha y se miraron, dudando cuál escoger.

—Ay, terminaremos perdidas aquí dentro, dando vueltas por la eternidad —se quejó Mary.

—No sé cuál tomar. Si tuviésemos una moneda, la tiraría al aire y decidiríamos —respondió Abby, poniendo los ojos en blanco ante el dramatismo de ella.

—Entonces tal vez pueda ofrecerles mis servicios. —Se oyó que alguien decía a su derecha.

Las tres gritaron de terror y se giraron hacia el lugar desde donde emergió de la oscuridad una alta figura masculina.

Retrocedieron espantadas, tropezando entre ellas.

Mary se estiró y alcanzó uno de los faroles para esgrimirlo como arma ante ella.

—No se acerque, señor, o lo lamentará —amenazó, levantando su arma improvisada.

Una carcajada resonó, y ellas se miraron consternadas.

—Devuelva eso a su sitio, no es necesario que me amenace. No les haré daño —siguió diciendo la silueta, que en ese momento se plantó ante ellas y las miró con semblante tranquilo, cubierto detrás de un antifaz oscuro, y una sonrisa ladeada—. Déjenme presentarme, señoras. Soy Hades, el amo y señor de El Halcón. —Sus bocas cayeron abiertas, y debieron verse muy cómicas, porque él rio entre dientes y añadió—: Y ustedes deben ser las supuestas estafadoras que se colaron en mis dominios.

Ninguna se dio por aludida ni movió un músculo para negar o afirmar esa conjetura, así que, apoyándose con garbo en la pared, el hombre las examinó una a una, y para nadie pasó desapercibido que su intensa mirada azul cobalto se quedó más de lo debido sobre Mary, que se removió incómoda.

El hombre poseía un rostro de proporciones afiladas y masculinas y un porte más que atractivo. Su belleza era exótica.

—¿Qué haré con ustedes, señoritas...? Porque salta a la vista que son señoritas de clase alta... ¿Qué haré...? Creo que se me ocurren varias ideas interesantes —terminó con tono raspado y peligroso, repasando con languidez el cuerpo de Mary.

Habían escapado de los brazos de los demonios para terminar en las garras del mismo diablo.

Por increíble que pareciera la frase dicha por el tal Hades con obvia insinuación, dejó muda a las tres amigas por varios segundos... Hasta que la ceja tupida y perfectamente arqueada de él se elevó, en una clara exigencia de que explicarán su presencia allí, y Mary, tragando saliva, bajó su arma improvisada y carraspeó al borde del colapso.

—Mire, amable señor, comprendo que podamos estar dando una impresión de ser... de ser... usted sabe... *eso*... Pero nada más lejos de la realidad. Como usted dijo tan certeramente, somos damas decentes. Claro que las damas decentes no se aventuran por estos antros de perdición..., pero con eso no quiero decir que este sea un lugar horrible, tampoco que uno pierda el alma o algo así, aunque nosotras sí que nos perdimos, no es un lugar que uno diría: «mira, parece el horrible infierno», es bastante agradable, al menos por dentro, porque por fuera esas gárgolas dan bastante impresión, pero usted entiende. Es decir, una dama de bien no aparece en un lugar de estas características usualmente, y no crea que nosotras quisimos venir, tampoco es que nos metieran aquí a la fuerza, no vaya a pensar eso, vinimos por propia voluntad. Pero no con intención, no sé si me entiende, me refiero a que queríamos venir a este sitio, pero no sabíamos que se trataba de *este sitio*. Oh... Creo que eso no sonó muy bien. Tampoco pretendemos hacernos pasar por mujeres de baja moral. Bueno, baja moral según siempre nos ha dicho, porque la verdad desconozco cuál es su moral, pero sus ropas sí son de bastante poca extensión, apenas si son unos trapitos de tela. Pareciera que estuviesen con poco presupuesto para vestir a las mujeres, si quiere le podría recomendar una buena modista... No es que quiera decir que usted es un tacaño, no, no, o que tenga mal gusto, si va usted muy elegantemente ataviado. Solo que tal

vez no se ha detenido a mirar lo suficiente el guardarropa de las damas que entretienen a su clientela. ¿Y qué clase de nombre es Hades? Solo nos ha asustado presentándose así, quizás debería pensar en un nombre más simpático, que invite a uno a conocerlo. ¿Que tal «Pinocho»? Ese nombre es muy agradable y evoca a una criatura mágica, pero usted tiene la nariz pequeña, y ese no encaja en el nombre con el que uno llamaría al dueño de un negocio tan peculiar, déjeme pensar...

Mary se interrumpió un segundo y abrió la boca para continuar, pero el hombre, que parecía aturdido y agobiado, negó con su cabeza.

—¡No será necesario! —se apresuró a decir, estremeciéndose visiblemente—. Ya me ha quedado claro que no son ustedes prostitutas ni estafadoras.

Se dio media vuelta y les hizo una seña para que le siguieran mientras murmuraba algo que sonó muy parecido a «a menos que torture a sus víctimas hablándole hasta que le entreguen todos sus bienes».

Hades las guio por el laberinto de piedra y ellas le siguieron con desconfianza, pero sin más opciones. Abby y Brianna contenían la risa, y ella intentaba ocultar su bochorno, pues había hablado sin parar como un reloj descompuesto y por poco hizo salir huyendo al hombre. Pero por una vez su nerviosismo y verborragia incontenible parecían haberles sido de ayuda. Al menos había hecho olvidar las perversas intenciones que le había parecido ver en la mirada hipnotizante del misterioso anfitrión.

Él se detuvo finalmente frente a una puerta negra, y la abrió haciéndose luego a un costado para dejarlas entrar. Era un despacho. Tenía las paredes tapizadas en color gris, y el mobiliario usual que solía tener el estudio de un lord. El escritorio era inmenso de roble oscuro al igual que las sillas, y el aparador.

—Por favor, tomen asiento. —Les indicó Hades, con increíble amabilidad Hades. Ellas obedecieron asombradas. Él se sentó tras su escritorio y se tomó su tiempo observándolas detenidamente con mueca seria antes de continuar diciendo, al tiempo que tiraba del cordón a su derecha—: Mandaré que traigan sus ropas para que puedan salir sin llamar la atención. Después de que se vistan las haré llevar a la salida, y espero que abandonen el club de inmediato sin provocar más disturbios. El Halcón no acepta a señoritas entre sus miembros, y espero no volver a verlas por aquí, porque de ser el caso no me haré responsable de lo que pueda sucederles. La clientela viene a buscar divertimentos y excesos y fue cuestión de suerte que se toparan con caballeros que no suelen saciar sus apetitos en el primer rincón que encuentran. ¿He sido lo suficientemente claro?

La reprimenda logró que el rubor de ellas se extendiera a un nivel descomunal.

Él las miraba esperando una respuesta, así que fue Abby quien tomó la palabra.

—Sí, señor, ha sido claro. De todos modos, no pensábamos aparecer por aquí de nuevo.

Nuestra asistencia ha sido accidental, y no tenemos intención de repetir la experiencia.

—Bien. La señorita que está a su lado y usted pueden marcharse. Mi segundo al mando las llevará hasta el lugar donde podrán vestirse —indicó el castaño, después de considerar lo dicho por la rubia.

Su orden las dejó atónitas. Acababa de decir que solo Abby y Brianna podrían salir de allí cuando se oyó un golpe suave en la puerta, y ante la autorización de él, entró el gigante que las había confundido con mujeres de la noche.

El calvo las miró con enojo mal disimulado, y ellas se estremecieron levemente. Pero la distracción no sirvió para olvidar lo que el jefe había dicho sin apenas inmutarse.

Abigail se puso en pie de un salto, y como cabría esperar de ella, encaró a Hades esgrimiendo su ceño fruncido.

—De ninguna manera dejaremos a nuestra amiga aquí, no sé qué perversas intenciones tenga usted, pero no se crea que podrá deshacerse de nosotras para llevarlas a cabo. Atrévase a tocar a mi amiga y verá... —siguió Abby con tono mordaz, sorprendiendo a todos cuando sin previo aviso se lanzó a coger el atizador de la chimenea y apuntó al dueño del club, completando—: le atravesaré las entrañas, vil perro rastrero.

Hades, quien parecía completamente estupefacto, levantó una mano para detener a su empleado, que pretendía abalanzarse para desarmar a la rubia. Luego dijo, con risa contenida:

—Prefiero denegar su ofrecimiento, milady, créame que me doy por advertido. Aprecio mi vida lo suficiente como para no arriesgarme a contrariarla, pero sigo queriendo tener unas palabras a solas con esta dama. Así que... Igor...

Las cuatro letras de este original nombre dichas con tono imperativo fueron suficientes para que, en un parpadeo, Abby fuese desarmada y arrastrada fuera del despacho, no sin oponer resistencia y maldecir más que un marinero en un día de lluvia.

Brianna, pálida, se aferró al brazo de Mary, y cuando Igor reapareció se puso en pie y la cubrió con su cuerpo, pero no pudo evitar ser arrastrada por el gigante y sacada también del lugar, gritando.

Mary, lívida y paralizada, observó la puerta cerrarse, temblando de pies a cabeza.

—Ahora sí, encanto... —pronunció Hades, con tono sensual e insinuante. Mary se encogió en el sillón, y cuando de reojo vio que él abandonaba el escritorio y se acercaba lentamente hacia ella con aquel andar de pantera, sintió un escalofrío subir por su columna—. Usted y yo nos conoceremos un poco más.

CAPÍTULO 11

«Si no supiera que en mi destino solo hay escrito un final.
Si no supiera que en mi camino solo hay trazado un destino.
Si no supiera que al despertar estarás a mi lado.
Si no supiera que en mi último suspiro tu mano me sostendrá.
Si no supiera que te amo, inquebrantable,
que en tus brazos está mi hogar y en tus labios mi existir.
Si no supiera que en tus ojos está mi paz,
y que amarte es tan inevitable como el paso del tiempo en tu mirar,
intentaría olvidar, dejar atrás mi ilusión, negar a mi corazón.
Sometería mis deseos, te borraría de mis recuerdos, eliminaría todo rastro de mi piel, te enterraría en los abismos del olvido.
Y cuando la noche hubiese alcanzado cada rastro de luz y sumido en la oscuridad la ilusión de este amor...
al amanecer yo te habría olvidado».

Extracto de la libreta de lady M.R

Mary retrocedió todo lo que el reducido espacio de su asiento le permitió y, respirando agitada, vio que el castaño elevaba sus cejas, pero no hacía ademán de tocarla, lo que la tranquilizó un poco.

—Déjeme ir, señor —pidió con tono tembloroso pero demandante.

Hades enderezó su espalda, y tras estudiarla unos segundos en silencio, suspiró y dijo pausadamente:

—No debe temer, no pienso dañarla, solo quiero conversar.

Mary le observó desconfiada y, tras cruzarse de brazos, inquirió:

—¿Conversar? ¿Conmigo? ¿Por qué?

El hombre asintió y la sorprendió estirando un brazo y aferrando su mejilla, donde pasó su pulgar con suavidad provocando que Mary se tensara y contuviera el aire.

—La vi llegar y no pude dejar de observarla —confesó con voz queda, y sus ojos azules la miraron con intensidad deteniéndose en sus labios sin disimulo—. Ha llamado mi atención, y quiero saber más de usted. Quiero volver a verla.

Mary oyó sus palabras con completa estupefacción. Abrió la boca y la volvió a cerrar, tan sorprendida y afectada por la manera en la que Hades la escrutaba que fue incapaz de articular sonido.

El hombre sonrió levemente, sus pupilas destellaron y, antes de que ella pudiese adivinar su intención, él inclinó su cabeza y juntó sus labios.

Su cincelada y sinuosa boca la rozó levemente. Mary sintió su calor y la ansiedad en su roce, él masculló algo que no pudo entender y tiró de su cabeza con intención de ahondar en su cavidad. Ella salió de su parálisis y subió las manos dispuesta a apartarlo y reclamarle por su atrevimiento, pero el golpe fuerte en la puerta se lo impidió.

Hades se separó de ella gruñendo, y sin darle tiempo a decir nada, la instó a ponerse en pie en el momento en que su segundo al mando irrumpía y se detenía en el umbral.

El dueño del club asintió hacia su empleado, y Mary, aturdida, fue aferrada de su brazo y, sin más, llevada hacia el pasillo.

—Nos volveremos a ver, dulzura —murmuró Hades, quien no apartó la vista de ella un segundo. Apoyado en su escritorio, se acarició con los dedos los sensuales labios.

***

A la mañana siguiente, Mary despertó con la llamada de su doncella, quien la avisaba de que en la sala de visitas la estaban esperando lady Abigail Thompson y la señorita Brianna Colleman.

La noche anterior estuvo tan afectada por lo sucedido con el enigmático dueño de El Halcón que al salir y ver que sus amigas estaban esperándola, custodiadas por varios hombres que no despegaban la vista de encima esperando que las muchachas hicieran algún alboroto, solo fue capaz de dejarse llevar hasta la salida y abordar el carruaje que aguardaba por ellas.

Abigail no cesó de hacerle preguntas, tan preocupada por su bienestar como Brianna, que estaba al borde del colapso. Mary les aseguró que estaba bien y que nada malo había acontecido, pero no quiso entrar en detalles más allá de decir que él le había intentado sonsacar información acerca de su identidad y presencia en el club.

Por supuesto que sus amigas no la creyeron del todo, pero como ella no cedió a su insistencia, no les quedó más remedio que aceptar aquel relato. Prometieron ir a verla por la mañana para visitar a Clara y enterarse de lo que había sucedido con su marido y con ella.

Mary apenas había pegado ojo. Revivía en su mente una y otra vez lo sucedido tanto con lord Luxe como con Hades. En los brazos del conde se había sentido vibrar, y mentiría si no reconocía que, a pesar del nerviosismo por encontrarse en peligro su reputación, había deseado que el caballero la besara en ese pasillo. Con respecto a Hades, no podía menos que sentirse desconcertada. El misterioso hombre se había comportado debidamente, pero propasado los

límites de la decencia al robarle ese beso. Beso que, por otra parte, ella no había negado, tan paralizada por su acción. Lo más desconcertante era que no le había disgustado lo que el castaño hizo; aunque incorrecto, había sido agradable, pero sin duda no le había provocado terror como tendría que haber sido.

Ciertamente estaba confundida, sabía que en su corazón no había lugar para amar a nadie que no fuera lord Luxe, pero sentía curiosidad por el amo de El Halcón, una insana curiosidad.

Él le había dicho que volverían a verse, pero Mary no lo creía viable. Ellos pertenencían a mundos diferentes, y ella no quería caer en los encantos de un hombre de su reputación... por más seductor que este fuese. Por eso agradecía que él no supiese nada de ella. Jamás lo volvería a ver, eso seguro, porque no pisaría aquel lugar nuevo.

La condesa de Lancaster estaba refugiada en su salón personal cuando la Hermandad arribó a su casa.

—Clara... —la saludó Abigail en cuanto traspasó el umbral. Se hizo a un lado para que las demás hicieran lo mismo.

Ni bien se acomodaron, Clara preguntó con ansiedad:

—Estaba muy preocupada ¿Por qué no pudisteis entrar al club? ¿Hasta qué hora os quedasteis allí?

Ellas se miraron con expresiones de desconcierto.

—Sí entramos —afirmó Abby, acomodando sus gafas.

—Pero no como planeamos. De hecho, nada salió como creíamos —acotó Mary Anne, usando el abanico verde agua que traía para abanicarse.

—No comprendo. Entonces..., ¿por qué motivo no os encontré? —inquirió Clara, más confundida a cada momento.

—Eso te lo contaremos después, ahora queremos saber cómo estás tú. No tienes buena cara —zanjó Brianna, tomando su mano.

Clara tragó saliva, bajando los ojos.

—Marcus se ha ido —anunció, derrotada y apesadumbrada—. No sé dónde está, y creo que no quiere saber nada de mí. Anoche me encontró en el club y se enfureció mucho. Yo... No sé qué hacer —finalizó con lágrimas en los ojos.

—Ara... No creo que sea tan grave. Ya se le pasará y, además, él también actuó mal, ¿no? —intentó consolarla Abby.

—Muchachas... Hay algo que debo deciros... —intervino Brianna, enderezándose y mirándolas con aprehensión.

—¿Qué es? No nos asustes —le apremió ella.

—Creo saber el porqué de la furia de lord Lancaster —declaró la pelirroja, y las tres le miraron con interrogación—. Es que... Esta mañana, cuando desperté, recordé todas las dudas

que tuve cuando estuvimos anoche en el club. Vi muchas cosas extrañas, vosotras y también, ¿no es así? —dijo, y las demás asintieron—. Y bueno... Acorralé a mi hermano menor con la excusa de que había oído una conversación entre lacayos y le planteé mis preguntas.

—¿Y qué te dijo? —exclamó Clara, desesperada.

—Pues que... Que, como pensábamos, ese es un lugar donde los hombres van a dejarse seducir por esposas, pero... por la de los demás —explicó Brianna con el rostro encendido.

—¡¿Qué?! —escupió Mary, que se había quedado tan boquiabierta como las hermanas.

—Así reaccioné yo, creedme. Según James, es un lugar indecente donde los caballeros, solteros o casados, van en busca de damas promiscuas, ya sean casadas o viudas. Y lo peor es que son todos de nuestro círculo, por eso van con máscaras —puntualizó Brianna, y las exclamaciones de horror no tardaron en llegar.

Clara se dejó caer hacia atrás terriblemente mortificada.

—¡Dios, no! Lo voy a perder, y yo... Lo amo. —confesó Clara compungida, a la vez que soltaba más lágrimas.

El silencio se abatió sobre el grupo mientras Abby abrazaba a su hermana y Brianna le extendía un pañuelo. Mary trató de evitar que el desconsuelo la alcanzara y se puso a elucubrar alguna manera de sacar a su amiga de aquel escollo. Ahora que sabían que las damas que acudían a aquel club lo hacían con la abierta intención de buscar un amante, era seguro que lord Lancaster debía estar furioso con su esposa.

—Está bien, de acuerdo. Pero no todo está perdido. ¿Tu esposo te dijo algo al regresar? —dijo poniéndose en pie y paseándose por la salita.

Clara levantó la cabeza y negó secando sus mejillas.

—No, nada. Aunque... Bueno, estuvimos juntos en mi cuarto... —reveló, sintiéndose violenta.

—¡Hubieses empezado por ahí! —exclamó Abby, con una ceja alzada y gesto triunfal.

—Tiene razón, eso significa que hay esperanza, amiga. Y que el conde siente también algo por ti —le aclaró Brianna al ver su expresión confundida.

—Y no solo eso, querida —agregó Mary con sus ojos café brillando juguetones—. También quiere decir que el plan funcionó y tu esposo cayó en la seducción. —Terminó moviendo sus cejas con picardía, haciendo reír a las demás.

—No obstante, no sé de qué me sirve. Al final el plan se volvió en mi contra —dijo Clara, desalentada.

—No lo creo, el plan sigue en marcha. Queda la tercera fase: la conquista. Es el momento de que decidas qué harás con tu marido —alegó Abby, examinándola con seriedad en sus ojos azules.

Sus amigas compusieron gestos expectantes. Clara caviló la certeza de esa conjetura y la resolución tiñó su semblante. Abrió la boca para poner en palabras lo que tenía en mente, pero el

sonido de la puerta siendo golpeada le interrumpió.

—Milady, ha llegado una nota para usted... —informó su mayordomo cuando dio autorización de que entrara, extendiendo un pequeño papel.

Clara leyó en silencio la misteriosa nota, y ellas esperaron expectantes.

La castaña no hizo más que contener una exclamación de sorpresa y sonrojarse.

Abby le arrebató con impaciencia la nota y leyó en voz alta.

«La cacería terminó. Ya no quiero perseguirte, y no quiero que vuelvas a huir. Te propongo algo diferente: ¿qué piensas de que desechemos nuestros papeles? Tú olvidas a Lady Ratón, la fea, y yo abandono mi postura de El Caballero Negro, el gato conquistador..., y nos animamos a ser simplemente los que en verdad siempre fuimos, Clara y Marcus. ¿Te atreves? Si decides arriesgarte, el carruaje te traerá hasta mí».

—Nadie firma —terminó la rubia, elevando la vista.

—No es necesario, es la letra de Marcus —respondió Clara, poniéndose en pie con nerviosismo.

—¡Eso es tan romántico! ¿Qué harás? —Suspiró Mary, sintiendo en su interior una gran alegría por su amiga. Al parecer todo saldría bien, y su esposo la quería. No había de qué preocuparse.

—Tienes que ir —afirmó Brianna, que había estado leyendo la misiva.

Clara detuvo su ir y venir ansioso, y con sus ojos desbordando emoción, asintió efusivamente.

***

Maxwell bajó las escaleras de su casa con paso cansado. La noche anterior no había sido para nada agradable, había ido al club y, al regresar, había encontrado la casa y a la servidumbre revolucionada debido a que otra vez su madre había entrado en crisis.

En momentos como aquellos agradecía contar con su grupo de amistades, que, si bien solían sacarle de sus casillas, eran su único momento de respiro fuera de la realidad y responsabilidades como conde y cabeza de familia.

Su escape.

La Navidad se acercaba, y su amigo Marcus, junto a su condesa, organizaron una celebración en su casa de retiro, a la que habían decidido invitar a sus amistades y familiares.

Él no había estado seguro de aceptar, pues sabía que lady Lancaster invitaría a sus amigas, y después de lo sucedido cuando intentó salvar a lady Mary Anne de los ladrones, no creía conveniente departir con la joven.

Las últimas semanas la había evitado, y ella, aunque continuaba provocándole cada vez que podía, no traspasó ningún límite ni hizo referencia al beso que compartieron. Max creía que tal

vez estaba resignada al hecho de que él no correspondía sus afectos, porque la última vez que la había visto, que había sido cuando Marcus citó a su mujer en su casa de las afueras de Londres para poder arreglar sus devaneos matrimoniales con una romántica cita en el lago, la dama apenas le había prestado atención.

Era lo mejor. La morena era demasiado diferente a él, no congeniarían, ella era en extremo alegre, espontánea, soñadora. Su opuesto absoluto, su némesis. Solo con verla le hacía sentir violento, le alteraba y hacía perder los papeles.

Por estos motivos su primer impulso fue el de rechazar la invitación de los Lancaster, pero cuando regresó a la mansión y vio a su madre siendo sujetada por la mujer que habían contratado para cuidarla, a su hermana intentando sosegarla y al médico suministrándole láudano, cambió de opinión. Necesitaba salir de ese lugar, irse lejos, respirar otro aire.

Había enviado una carta a su amigo aceptando asistir.

Las semanas pasaron y la rutina continuó, nada cambiaba, él pasaba los días ocupado con los asuntos del condado y su hermana cuidando de su madre, que cada vez se perdía más.

—¿Te vas? —preguntó una voz desde la puerta de su despacho.

Maxwell levantó la vista para mirar a Regina, que se hallaba apoyada en el dintel, mirándole curiosa.

Seguramente ya había visto a los lacayos subiendo su equipaje al carruaje.

—Sí, en un par de horas. Primero debo terminar todos los pendientes. Si llega alguna misiva de parte de mi abogado, por favor, házmela llegar a la dirección que dejaré apuntada—contestó, devolviendo los ojos al libro de cuentas que tenía abierto sobre el escritorio.

—Entonces... ¿Pasarás las Navidades fuera? —inquirió su hermana con tono dubitativo.

Él suspiró y se sintió un poco miserable. Sabía que estaba siendo cobarde al salir huyendo de la casa, pero si seguía bajo ese techo se volvería loco.

Necesitaba despejarse, dejar de pensar en todo lo que le agobiaba y en los problemas que seguro se avecinaban, pues su abogado le había dicho que debía hablar con él un tema de suma urgencia, y Max, incapaz de ocuparse de un escollo más, que de seguro sería alguna otra deuda olvidada de su difunto padre, pospuso la cita con el abogado hasta después de Navidad.

—Solo será una semana. Lamento no poder pasarla contigo, pero Lancaster me insistió mucho, haciéndome imposible declinar la invitación. Su esposa está ansiosa de estrenarse como anfitriona, y necesita del apoyo de amistades influyentes —se excusó, mirando a Regina de reojo.

Su hermana menor tenía el ceño fruncido levemente, sus ojos verdes puestos en sus delgadas manos, y como cabría esperar de ella, solo asintió a su explicación con expresión resignada.

Regina era la sombra de la mujer que había sido, apenas la reconocía con sus atuendos anticuados y apagados, su moño tirante y su continua mueca apagada. Él no se había percatado

del momento en que ese brutal cambio había sucedido, pero era una realidad y algo muy importante debía haberlo ocasionado. Algo que él no podía ni sospechar, ya que nunca había tenido una relación de hermanos fluida.

En el pasado, cuando su padre aún vivía, Regina había sido alguien insufrible, cruel, egocéntrico y banal. Demasiado malcriada y pagada de sí misma. Fue la muerte de su progenitor y la posterior enfermedad de su madre lo que en parte provocó su transformación.

Había pasado de ser el éxito de los salones de baile, la debutante más solicitada y admirada, a la solterona recluida y solitaria.

—Antes de irte sube a despedirte. Ya sabes que a ti siempre te recuerda, y notará tu ausencia. Que tengas buen viaje —se despidió Regina, y se marchó.

Max se echó hacia atrás en su silla y soltó el aire, apesadumbrado. Era un maldito por vivir rehuyendo a su madre en su propia casa. Pero no se acostumbraba a verla de aquel modo: perdida, sufriendo y desquiciada.

Loreta empeoraba cada día más, y con sus recuerdos y memorias se iba la esperanza de verla repuesta, de recuperarla. Estaba consumida por aquel extraño mal, y apenas podía reconocer a la mujer que le había engendrado y criado en aquella persona sollozante o violenta según la ocasión.

Definitivamente prefería disfrutar del aire marino de la propiedad de su amigo; aunque tuviese que tolerar la presencia de lady Mary Anne Russell y sus continuos intentos de flirtear, podría soportarlo. No corría ningún peligro, solo sería cuestión de evitarla y mirar para otro lado cuando ella estuviera cerca.

No podía ser tan difícil, ¿no?

CAPÍTULO 12

«Yo creía saber todo acerca del objeto de mi afecto. Conocer cada una de sus muecas, sus expresiones y sus respuestas.
Pero solo cuando estuve rodeada de sus brazos
y en la penumbra de su angustia,
comprendí que apenas había yo descubierto quién era él
y cuanto desconocía de sus misterios y secretos.
Fue entonces cuando lo supe,
que, de un simple encaprichamiento,
había pasado a sentir el más profundo de los afectos.
Que en la entrega de dos almas solitarias
que se encuentran para completarse,
nacería en mí un amor eterno».

Extracto de la libreta de lady M.R

La época navideña era, por supuesto, uno de los momentos del año predilectos de Mary Anne. A ella le encantaba todo lo referente a estas fiestas, y disfrutaba inmensamente de las tradiciones y divertimentos que conllevaba. Solo por ser Navidad, el ánimo de Mary mejoraba considerablemente, y sentía todo a su alrededor diferente, mejor, más iluminado, más bello, más prometedor. Amaba las decoraciones, los colores, los aromas y los sabores de la época navideña, y por esto descendió del carruaje que se detuvo frente a la casa de retiro de los Lancaster en Brighton con emoción contenida.

Desafortunadamente, en el último momento y según le confió su amiga, la madre de Brianna había obligado a su hijo mayor a viajar con ella porque deseaba que sir Richard iniciara la búsqueda de esposa, por lo que Brianna viajó con él y Mary tuvo que recurrir de improviso a su tía y carabina, lady Campton y pedirle que se sumara al evento, lo que definitivamente mermó su entusiasmo ya que la matrona era estricta y no le permitiría llevar a cabo los planes que tenía tan fácil como había imaginado de haber viajado solo con Brianna.

Como eran vísperas de Navidad, Clara y su esposo estuvieron recibiendo en el transcurso del día a todos los invitados que se alojarían en la mansión, compartirían la cena de Navidad del día siguiente y las actividades que los condes habían planificado para los dos días posteriores.

Además de Mary, Brianna y su hermano, también arribaron al lugar Meredith Gibson, hermana de la madrastra de Clara, junto a sus padres. La abuela paterna, lady Helena Thompson, y por supuesto Abigail, su padre y esposa.

Y ahora solo esperaban la llegada de la familia del conde, quienes vendrían acompañados del duque de Fisherton y lord Luxe.

Mientras tanto, la Hermandad, que volvía a estar completa, se había refugiado en los dominios de la condesa. La estancia era amplia y luminosa, decorada con sobriedad en colores crema y dorado.

—Tu alcoba es preciosa, Clara —comentó Mary Anne, entusiasmada. Tomó asiento en un diván ubicado frente a la chimenea encendida del cuarto, que ayudaba a amortiguar el frío de fines de diciembre.

—Pues prácticamente no lo utilizo. Solo para asearme y poco más —respondió Clara, sentada frente a ellas. A su lado, Brianna abrió los ojos, asombrada.

—¿No ocupas tu aposento de condesa? —preguntó Brianna, perpleja.

Clara se abochornó terriblemente y las observó nerviosa.

—Creo que lo que mi hermana quiere decir es que comparte cama con su marido —alegó Abigail con picardía, contagiando a Mary, que rio traviesamente. Brianna las acompañó, ruborizada.

—Bueno, es suficiente. Las he recibido aquí por otro motivo —las cortó Clara, poniéndose en pie y dirigiéndose hacia un pequeño escritorio ubicado junto a la ventana que tenía una impresionante vista del mar y la playa.

Ellas se miraron curiosas y luego a Clara y al objeto que sostenía en su mano con una expresión expectante y emocionada.

—¿Es lo que creo? —interrogó Abigail, incrédula.

Clara asintió y le extendió el libro delgado, encuadernado en una hermosa tapa de cuero negra.

Abby lo estudió atónita, pasando sus dedos por el grabado dorado de la cubierta.

—*Manual La Hermandad de las Feas*, por Lady C —recitó Brianna sin aliento.

—¡Oh, amiga! Esto es maravilloso, ¡felicidades! —chilló Mary, levantándose para abrazar a Clara, que sonrojada aceptó sus congratulaciones.

—Ha sido mi esposo, él ha logrado esto por mí —les explicó, dichosa.

Mary se alegró inmensamente por su amiga, quien no solo se veía muy feliz, sino que había logrado cumplir su sueño. Realmente merecía todo aquello.

Estaban leyendo el manual de Clara, riendo ante los consejos que les daba a las floreros y debatiendo sobre las reflexiones que allí plasmaba, cuando Clara se puso en pie y les dijo que necesitaba contarles sobre una idea en la que no había podido dejar de pensar, a lo que ellas

asintieron, intrigadas.

—¡Estás loca! —espetó Abigail, negando efusivamente cuando la mayor hubo dicho en voz alta lo que pensaba.

—No lo estoy. Mi idea es perfectamente razonable —rebatió Clara con firmeza, levantando su libro en alto—. Este manual las ayudará a encontrar a sus esposos. Contiene mi experiencia y lo que aprendí a lo largo de mi camino como debutante, florero y ahora esposa —siguió, clavando sus ojos en cada una de ellas, que la miraban con escepticismo y duda.

—Pues... Yo necesito ayuda con urgencia. Estoy a punto de comenzar mi cuarta temporada y la última realmente productiva y no he recibido ninguna propuesta de matrimonio. Mi padre ha dicho que de no encontrar por mí misma un candidato aceptable, al finalizar la temporada él se encargará de arreglarme una boda —explicó Brianna, derrotada y entristecida.

—No te preocupes, amiga. Ahora que soy condesa tengo más libertad e influencia. Y puedo usarla para lograr que entres en los círculos más selectos y seas invitada a las veladas a las que por ser hija de un barón no has podido acceder. Hallaremos a un excelente caballero para ti, ya verás —la alentó Clara, apretando las manos de la pelirroja con cariño, quien asintió no muy convencida. Debido a que su familia no era importante y tenía una dote modesta, le urgía contraer matrimonio con alguien que aportara a las arcas de su familia venida a menos.

—Por mi parte, leeré tu manual. Esta será mi tercera temporada, y en vista de que el hombre que tiene mi afecto ni siquiera me mira, deberé echar mano a todo recurso que me ayude a conseguir un esposo que no solo ostente las características que mi padre requiere, sino las mías también —apuntó Mary Anne, suspirando triste.

— A mí no me mires. Ya sabes que no me casaré. No lo necesito, ni deseo atarme a ningún hombre. Así que olvídate de lo que sea que estés imaginando, no participaré —gruñó Abby al ver la mirada de su hermana sobre ella.

—¡Bien! Comencemos la lectura —exclamó Clara abriendo la tapa de su libro, haciendo caso omiso de la advertencia y gesto malhumorado de Abby.

Mary prestó atención muy contenta por la iniciativa propuesta por la castaña. No le venía nada mal ayuda extra para su plan de conquista.

No tenía mucho tiempo para ejecutarlo, y debía aprovechar los días que pasarían allí. Eso sí, sin importar el resultado final, esa sería la última oportunidad que le daría al conde de Luxe de fijarse en ella y aceptar que podían tener un futuro. Si el conde no daba muestras de entenderlo o de hacer algo al respecto, Mary pensaba resignarse y seguir adelante, obligarse a olvidar al hombre. No quería obsesionarse ni aferrarse un imposible; si lord Luxe la rechazaba, ella no insistiría, lo dejaría atrás y empezaría a mirar hacia otro lado. Mary deseaba tener una familia y un hogar propio, aunque no fuese con el hombre del que llevaba prendada hacía mucho tiempo. Era justo darle la oportunidad al caballero de conocerla y de saber acerca de sus sentimientos; él

tendría la elección de su futuro en sus manos, y dependiendo de su reacción, Mary actuaría. No obstante, no se quedaría llorando ni vistiendo santos, ella sería feliz, y si Luxe no quería compartir esa felicidad, ella lo dejaría estar. Apartaría al conde de su vida.

***

—Este oporto es exquisito —dijo Colin, repantigado en el mullido sillón del despacho de su hermano y vaciando el contenido de su vaso.

—Es bazofia comparado con la cerveza de mi tierra, pero al menos calienta mi estómago —se quejó Alexander McFire, parado junto al fuego que crepitaba, encendido.

—Me tienes hasta la coronilla con tus lamentos, Fisherton. Si tan intolerantes te parecemos, pues ¡vuelve a la inhóspita Escocia! —alegó Maxwell Grayson, desde su posición junto a la ventana con la vista perdida en el exterior.

Habían llegado a la propiedad de Lancaster hacía poco menos de una hora, y ya habían sido ubicados en sus respectivas habitaciones. No se habían cruzado con los demás invitados, pero sabía que ya habían llegado todos y que en la cena se encontraría con el resto.

Él no se había atrevido a preguntar si determinada dama estaba presente, pero suponía que así era.

Solo de pensar en la joven le venía a la cabeza el recuerdo del beso que habían compartido. Su sabor y su olor se habían quedado grabados a fuego en su interior. Era una sensación incómoda que sin duda no sabía cómo manejar, y por eso se forzaba a bloquear esas imágenes.

—¿Y volver a torturar mi trasero en ese incómodo carruaje inglés? No, gracias. No entiendo por qué insisten en viajar rebotando como sacos en una carreta a cada paso en lugar de hacerlo a lomos de un buen semental, sintiendo el viento frío en el rostro y el aire invernal alrededor. ¡Es indigno!

El gigante escocés negó, riendo, al ver sus gestos horrorizados.

—No creo que mi trasero soportara esa aventura, y ni hablar de cómo se congelarían mis cojo... —reflexionó Vander.

—Colin, ¿nuestras tías están instaladas ya? —interrumpió Marcus, antes de que su mellizo continuara con una de sus originales observaciones.

—Así es. Tu esposa las acomodó, y tus suegros a nuestros padres, y luego ella desapareció alegando que sus amigas le necesitaban con urgencia —contestó Colin, reprimiendo la risa por la actitud seria de su hermano.

—Me da miedo imaginar lo que ese grupo puede estar pergeñando —se estremeció Max, pasando la mano por su cabello castaño.

Si estaban pensando en alguna manera de enloquecer a los hombres, él sería el primero en

correr peligro; no por nada llevaba evadiendo estar cerca o a solas con la pequeña morena. Lady Mary Anne era demasiado peligrosa para su cordura y contención, no le serviría de nada negarlo o no admitir que la joven le parecía atractiva. El hecho era que él no podía sucumbir a sus bajos deseos, ella era una dama decente, y solo si estuviera dispuesto a darle su nombre, que no lo estaba, podía él ponerle una mano encima.

—Y yo pagaría para saber de qué va esa reunión. Seguro que me divertiría más que con vosotros tres, que solo bebéis y fumáis comentando el clima —se burló Alex, con un brillo socarrón en los ojos azules.

—Mi esposa no está planeando nada. Solo deben estar poniéndose al día y tal vez bordando algo para mi futuro heredero —defendió Marcus con una mueca digna, trayendo por enésima vez a colación el hecho de que había logrado embarazar a su mujer.

—¿Bordando? ¿Esas cuatro? —se carcajeó Colin—. Pero si están chaladas. Solo espero que no aparezcan borrachas en la cena— rio junto a Alex.

Luxe contrajo la mandíbula y negó repetidamente al tiempo que Lancaster se abalanzaba hacia el aparador de bebidas y revisaba el contenido con expresión preocupada.

Mejor que no lo estuvieran. Él podría resistirse a una lady Mary Anne sobria y cuerda dentro de su desfachatez, pero a un pequeño torbellino bebido que lo provocara otra vez o intentara repetir lo sucedido cuando se besaron... eso sería fatal para su dominio propio.

Por Dios santo, que la Navidad transcurriese rápido.

***

Cuando Maxwell tuvo que abandonar sus aposentos para descender al comedor donde ya se había dispuesto la cena, lo hizo con poco ánimo, reprochándose haber aceptado la invitación de los condes en lugar de haberse trasladado a su propiedad de las afueras de Londres, o acompañado a su madre y hermana en la ciudad. Él solo se había metido en aquel aprieto, y ahora tendría que soportar su estancia allí.

Como se esperaba, los invitados aguardaban junto a las puertas del comedor para entrar en parejas conforme a su rango social.

Primero abrieron la marcha los anfitriones, luego los siguió el escocés, que por ser duque estaba en lo alto del escalafón, y fue en busca de su compañera, que por ser hija de un duque debía ser lady Mary Anne.

La morena se sonrojó cuando el escocés le ofreció su brazo obsequiándole antes una gran sonrisa y un guiño pícaro, a lo que ella reaccionó mirándolo embobada y soltando una risita.

Maxwell se contuvo de poner los ojos en blanco y esperó su turno para presentarse delante de lady Abigail, pues era quien seguía en importancia ya que Vander, a pesar de ser también conde,

tenía solo un título de cortesía como futuro marqués de Somert.

Él tomó asiento junto a la rubia, y a pesar de que trató de resistirse, no pudo evitar guiar sus ojos hacia donde se hallaba sentada lady Mary. Creyó que ella estaría lanzando alguna de aquellas miradas disimuladas, pero fue mucha su sorpresa al constatar que nada estaba más lejos de la realidad. Ella no estaba para nada pendiente de su presencia, a pesar de tenerle justo al frente, sino que le estaba prestando atención a McFire. Conversaba animadamente con el extranjero, y sonreía con mueca cómplice a lo que este le estaba diciendo.

Max se dijo que era mejor, que a él no le interesaba para nada que la joven estuviese entretenida con el duque. Es más: se convenció de que era afortunado de librarse por fin de sus constantes muestras de admiración. Era lo que tanto había estado esperando, pero por más que su raciocinio se esforzaba en repetir eso una y otra vez, sus traicioneros ojos no cesaban de desviarse hacia la dama y el gigante. Sus puños se cerraban cuando ella reía, preguntándose qué tanto podría estar diciéndole el otro para provocar tanta hilaridad.

Bah, no le importaba, seguro que ella se reía de cualquier banalidad. A él ni siquiera le agradaban las personas que reían todo el tiempo; le enervaban, de hecho. Y por supuesto que no quería tener a una cabeza hueca festejándole todo.

Pero... ¿tan elocuente era Fisherton?

Ojalá se le declarara, se casaran y se la llevara a Escocia. Sí, eso sería lo ideal. Que se fueran muy lejos y se dedicaran a ser felices y a criar niños salvajes. Que se pasara el resto de sus días tejiendo calcetines para los enormes pies de McFire en un castillo lleno de humedad y moho. Así él ya no tendría que toparse con ella en ningún lado, y nunca más se sentiría tentado de arrancarle aquel insulso vestido.

¿Por qué se inclinaba tanto para comer? ¿Acaso estaba intentando colocar a Mary y Anne sobre los platos? O seguro buscaba provocarle un infarto, no solo a él, sino al anciano esposo de una de las tías Thompson, a quien solo le faltaba derramar baba sobre su comida.

Solo de imaginar a aquellas dos siendo un aperitivo más de la mesa, la boca se le hizo agua. Acalorado, se apresuró a desviar vista del escote de la dama, rogando que sus mejillas no estuvieran delatando el cuadro instantáneo que se había plasmado en su mente ante la idea de degustar aquel manjar.

Entonces, su mirada colisionó con la de Lancaster, y cuando vio la expresión de mofa que esbozaba su amigo, se tensó y, reprimiendo un gruñido, se concentró en su plato.

Maldito Marcus. De algún modo había adivinado lo que sucedía en su interior; si no, no se explicaba su sonrisa sardónica y el elevamiento de sus cejas.

«Por Dios santo, ten piedad». Que Fisherton reclamara a la joven Russell en esas Navidades sería la salvación para él. Si ella fuese de otro, y más precisamente de un amigo, entonces él debería ser honorable y olvidar cualquier intención lujuriosa.

El problema era que dudaba que el duque estuviese apuntando para ese lado, pues el gigante ni siquiera se molestaba en disimular la atracción que sentía hacia la señorita Colleman.

Ensimismado, Maxwell observó los ademanes del duque, preguntándose por qué repentinamente el hombre se le antojaba desagradable cuando desde que le conocía solo había camaradería entre ambos.

Maldición, ¿qué haría? Temía que, encerrado en aquella mansión y teniendo a la dama prácticamente al alcance de su mano, sin posibilidad de huir hacia ningún lado, terminara cediendo a sus bajos instintos y cometiendo un terrible error.

Porque él no podía tocar un cabello de lady Mary Anne, ni entonces, ni nunca. No cuando ni siquiera sabía qué pasaría con él en los próximos meses.

***

La cena transcurrió sin incidentes. Tras el primer plato, una sopa de avena, se sirvió el plato principal, cordero acompañado de vegetales, y luego un postre que consistía en una deliciosa tarta de manzana, a la que Mary disfrutó reprimiendo gemidos de placer.

Le había costado horrores no mirar ni una vez al conde de Luxe, aunque mentiría si dijese que no había pasado un buen rato conversando con el duque de Fisherton. Aún era pronto para saber si su plan estaba bien encaminado, debía armarse de paciencia y esperar a que, si hubiera alguna clase de atracción del conde hacia ella, fuese el caballero quien buscara su compañía.

El problema era que Mary era muy débil, y solo con haberlo visto descender por la escalera vestido con aquel atuendo formal color verde botella, por poco se desmayó allí mismo. El hombre era perfecto de pies a cabeza, demasiado hermoso para ser considerado humano, y cada vez que lo veía se sentía caer más en aquella burbuja de amor por él.

No obstante, debía ser fuerte y no ceder, demostrarle que ya no estaba pendiente de él y que podía ignorarlo sin ningún problema.

Era fácil pensarlo, pero muy difícil llevarlo a cabo.

Por lo pronto había empezado bien, y en las pocas ocasiones que pudo echarle un breve vistazo, le vio masticar con el ceño fruncido y parecer más tenso de lo habitual.

Ella quería creer que estaba sintiendo alguna clase de molestia al verse menospreciado, pero no podía asegurar aquello. Tendría que cerciorarse de alguna manera, y ver la manera de saber lo que pasaba por la mente del estirado caballero.

***

A las seis de la tarde del día siguiente, todos los invitados se reunieron en el salón de banquetes donde se llevaría a cabo la cena de Navidad.

En las puertas, chimeneas y mesas se habían colocado coronas navideñas. Estas estaban hechas de plantas que mantenían su color verde durante todo el año, como pino, acebo y hiedra. El color verde de las hojas durante el invierno simbolizaba la eternidad de la vida, y era algo bonito de ver y llenaba de luz y vitalidad el ambiente.

Bajo los umbrales se habían colgado ramitas de muérdago, como en cada Navidad inglesa. Mary y sus amigas bromeaban sobre ello, diciendo que quizás esa noche podrían recibir un beso bajo alguno de ellos.

Ella les preguntó si permitirían que algún caballero las besara, a lo que Brianna respondió con un sonrojo. Abigail se limitó a gruñir.

Por su parte contaba con que eso sucediera. Es más: tenía localizados y memorizados a la perfección cada uno de los rincones en donde se hallaban las ramitas, y procuraría estar debajo de alguna cuando estuviera cerca el conde.

Sí, podía parecer un acto de desesperación, pero no lo era. Se trataba de pura y llana estrategia. Mary ya no estaba dispuesta a cumplir su rol de princesa del cuento, esperando aplastada y aburrida a que su príncipe viniera a por ella. No, Mary quería ser la heroína de su historia, y no tenía reparo a la hora de tomar las riendas e ir ella misma por su príncipe. A veces había que darle un buen empujón al destino.

Además; si tenía en cuenta lo avanzado hasta el momento, se podía permitir seguir albergando esperanza, pues sospechaba que estaba logrado llamar por fin la atención del conde. El castaño le había estado lanzado miradas sulfuradas durante la cena, y lo que duró la sobremesa en la que Clara dispuso juego de azar para entrenar a los invitados, Mary se dedicó a bromear con el duque y con sir Richard en todo momento, y hasta le prestó atención a los ancianos presentes; a todos menos a lord Luxe.

Sin embargo, el caballero no daba el brazo a torcer aún, y a pesar de haberle gruñido en varias ocasiones y de haberlo atrapado mirándola repetidamente, él no le había dirigido la palabra. Al contrario: el muy desgraciado esperó hasta el almuerzo de ese día para cobrarse su venganza, y se esforzó en darle conversación e interés a Abigail llegando a sonreírle en dos ocasiones, acto que, además de estrujarle el corazón a Mary, la enfureció considerablemente.

«El muy... gato callejero...»

Le había dado a probar de su propia medicina, reflexionó Mary, enfurruñada, mientras se cambiaba para la cena. Repentinamente la inundó la satisfacción, pues si el caballero había buscado ignorarla y hacerle sentir celos, era porque estaba molesto con ella. *Muy* molesto. Y eso le encantaba. Quería provocar en Luxe todo tipo de emociones, cualquier cosa que le arrancara de aquel pozo de indiferencia. Quería enloquecerlo y llevarlo al extremo, arrinconarlo hasta que cayera por el abismo de la pasión y pereciera con ella, entre sus brazos.

Para la ocasión, Mary se engalanó lo mejor que pudo, pero mucha fue su decepción al

comprobar que el vestido azul cielo que llevaba puesto le sentaba muy ajustado.

«¡Recórcholis, he engordado!», se lamentó ella, examinándose frente al espejo ovalado de cuerpo entero. Su tía, lady Campton, tuvo razón cuando le dijo que debía medir su ingesta de alimentos; que una dama no se atracaba con comida. Pero es que cuando estaba ansiosa comía el doble, y en el desayuno había cosas tan deliciosas que no se había podido resistir, y menos estando fustigada por la indiferencia y castigo del conde.

De todos modos, ya no había tiempo de preparar otro atuendo, así que tendría que apañarse con aquel. Se puso el chal de seda azul e hilos plateados y dio una última mirada a su reflejo.
«El chal disimula bastante», se consoló Mary tras terminar de colocarse perfume, y abandonar el cuarto.

***

Maxwell fue uno de los primeros en llegar al vestíbulo en donde los lacayos ya estaban aguardando junto a las puertas abiertas del salón de banquetes.

Paulatinamente, los convocados a la cena fueron llegando, y él, que estaba enfrascado en una discusión con Fisherton sobre las diferencias en las tradiciones navideñas entre su tierra e Inglaterra, no pudo seguir oyendo lo que el escocés decía, pues de un momento a otro, sus retinas captaron una imagen que le nubló el juicio.

Lady Mary Anne estaba bajando las escaleras acompañada de su tía y carabina. La dificultad de la dama mayor para desplazarse las obligaba a descender con lentitud, y eso provocó que su aparición no pasara desapercibida.

Pero fue el instante en que la dama se inclinó para sostener el peso de su tía al pisar uno de los escalones y el pedazo de tela que cubría sus hombros se deslizó cuando la mandíbula de él se desencajó.

«¡Por todos los santos!», pensó envarado, sintiendo su cara enrojecer y la pretina de sus pantalones tensarse.

¡Mujer diabólica, mala, perversa, asesina de hombres! Eso era aquella señorita. ¡Era sádica, torturadora, maquiavélica... y exquisita...! ¡Ojalá ardiera en el infierno!

—Cierra la boca ya, Luxe, o nadaremos en tu saliva —comentó en voz baja y risueña McFire, dándole un nada sutil codazo que sacó a Max de la ensoñación.

Apartó la vista de aquel escote que parecía estar apunto de explotar, de esas curvas que destacadas por aquella tela delgada parecía ceñir su cuerpo como un guante, y obedeció, sintiendo su garganta reseca.

De pronto su anatomía parecía haberse convertido en fuego puro, en un volcán enfurecido que estaba a nada de erupcionar, y él, sofocado, intentó concentrarse en cualquier cosa que impidiera

regresar sus ojos ávidos a aquella maldita tentación, soportando además las pullas de su amigo, que no dejaba de lanzarle comentarios subidos de tono y de burlarse de su patético intento de normalidad y observación de los cuadros colgados en la pared.

Afortunadamente, los anfitriones aparecieron en aquel momento, y después de que los concurrentes se saludaran con cordialidad, lady Thompson les invitó a ocupar la larga mesa, adornada con candelabros y flores.

Él se sintió aliviado y prácticamente corrió al interior aprovechando que podría escapar de aquella tortura.

Como en toda cena formal, cada uno fue ubicado por orden de rango, sentando a un caballero junto a una dama y así sucesivamente, tal como dictaba el protocolo.

Maxwell quiso gritar de desesperación cuando se percató de que la morena estaba sentada junto a la silla que le habían asignado a él, y que del otro lado se hallaba ubicada una de las ancianas Bennet, exactamente la que parecía estar más sorda que una tapia... Lo que le obligaría a concentrarse y darle charla a lady Mary, como dictaban las buenas maneras y costumbres.

Enajenado y apunto de sufrir un colapso nervioso, tomó asiento y lanzó una mirada airada a la punta de la mesa, en donde estaba ya ubicado Lancaster. El conde le estaba mirando, y cuando se topó con su cara enojada y ojos acusadores, Marcus se limitó a levantar su copa y dedicarle un brindis silencioso al tiempo que se carcajeaba.

Maldito desgraciado. Se las pagaría.

Que el Todopoderoso se apiadara de él, porque no resistiría eso. Si un milagro no alejaba a esa pequeña revolución de curvas de su lado en ese mismo instante, Maxwell ya no podría contener a sus demonios.

Llevaba demasiado tiempo reprimiendo sus instintos, y temía que esa vez las cadenas de su raciocinio reventaran y él terminaría sucumbiendo a sus más bajos deseos.

Lanzaría a lady Mary Anne sobre la mesa y la devoraría por completo.

CAPÍTULO 13

«De día deseo verle, de noche anhelo tenerle.
Respiro su nombre, suspiro de amor.
Sueño su rostro, inesperada lujuria.
La esperanza es mi motor.
El destino mi guía.
Sus ojos, mi brújula.
Sus labios, mi alimento.
Sus besos, mi pasión.
Sus brazos, mi lugar.
Su corazón, mi promesa.
Amarle así es mi penitencia,
amarle más es mi condena,
Eterna tortura, placentera locura».

Extracto de la libreta de lady M.R

La cena navideña se inició.

El plato tradicional de Navidad que se sirvió consistía en pavo asado junto a una serie de acompañamientos, siendo el relleno del mismo uno de los principales además de las salsas especialmente preparadas, los rollos de tocino, papas horneadas y, por supuesto, coles de bruselas, zanahorias y arvejas.

Mary estaba tan nerviosa que apenas prestó atención a la comida. No podía creer que hubiesen sentado junto a ella al conde de Luxe, ya que creyó que por su rango estaría sentada nuevamente junto al duque de Fisherton o, en su defecto, cerca de algunos de los marqueses presentes. Pero no, estaba al lado del hombre que le robaba el sueño, y este hecho tan inesperado le había alterado cada terminación del cuerpo.

Podría decir que el destino estaba poniéndose por fin de su parte, pero una mirada al extremo de la mesa donde procedía la cena le bastó para saber que eso era obra de Clara, porque su amiga le rehuyó la mirada y estaba sonrojada.

Por supuesto no estaba enfadada con la condesa, pero le hubiese gustado que lae avisara de esa estratagema para estar preparada, porque en ese momento estaba a punto de sufrir un

soponcio.

«Bueno, tranquilidad», se dijo a sí misma internamente. «Actúa con normalidad, Mary Anne. Como si tener la compañía de Maxwell Grayson fuese algo ordinario, nada fuera de lo común».

Inspirando profundo, espió al hombre y le vio concentrado en su plato; como siempre, con el ceño fruncido. Él no había iniciado ninguna conversación, y esta vez ella no tomaría la iniciativa. Por más que aquel silencio estuviera torturando su falta de contención verborragica, no hablaría ella primero, debía ceñirse al plan.

¡Pero qué difícil era! El silencio la incomodaba y tenía que tragarse las palabras que pugnaban por salir en un acto de desesperación.

A su derecha estaba ubicado lord Tiger, el esposo de una de las tías de las Thompson, y Mary decidió concentrarse en el hombre mayor y así aparentar que ignoraba al castaño.

—Una cena deliciosa, ¿no le parece, lord Tiger? —inició hablando lo suficientemente alto para que Luxe la escuchara.

El hombre, que tenía una de esas pelucas empolvadas puestas, interrumpió el acto de llevarse un trozo de pavo a la boca, y se giró hacia ella.

Mary se removió en la silla al notar cómo los ojos azules saltones y un poco amarillos del hombre se quedaban mirando el escote de su vestido con un claro brillo pervertido.

—Así es, mi querida lady Mary Anne. Deliciosa... —pronunció el anciano relamiéndose los labios, dejando ver su dentadura algo manchada.

Mary tragó saliva, incómoda. Bajó la vista a su comida y comenzó a comer inconscientemente. El pavo estaba delicioso, pero las salsas y los rollos de tocino eran su perdición, así que tragó varios de estos, suprimiendo gemidos de placer, hasta que oyó una maldición y el estrépito que causaron los tenedores de lord Luxe cayendo sobre su plato a medio comer.

Extrañada, se giró a mirarlo y lo encontró limpiándose las comisuras con su servilleta. El conde no le devolvía el escrutinio, pero resultó obvio que sus manos estaban temblorosas.

Satisfecha y repentinamente menos inquieta, disfrutó de haber ganado una reacción en el castaño. Parecía que le afectaba verla disfrutar de la comida. No entendía por qué, pero de todos modos se aprovecharía de eso para lograr que él demostrase algo más.

Pinchó con el tenedor un trozo bastante grande de zanahoria, que era lo que le quedaba en el plato porque un poco avergonzada cayó en cuenta que se había devorado todo lo que le habían servido como una muerta de hambre, y procedió a morderlo y a emitir sonidos de complacencia.

No sabía lo que estaba haciendo, pero la improvisación era lo que tenía a mano. Imaginaría que la zanahoria era los labios del conde, y así se sentiría más motivada. Seguramente se estaba poniendo en ridículo, pensó, hasta que miró de soslayo al conde y colisionó con sus orbes verdes fijos en ella, tan oscurecidos que le provocaron un estremecimiento.

***

Luxe mordió el bocado de carne que tenía en la boca con tanta fuerza que escuchó sus dientes rechinar. Sentía el sudor mojando sus sienes y el aire faltarle.

No debía mirar. No debía, no.

Lo había hecho ya una vez, y al ver a la mujercita a su lado estar en una especie de éxtasis culinario, se les resbalaron los cubiertos de las manos, causando que todos en la mesa le echaran una mirada curiosa.

Reprimiendo otra sarta de maldiciones, Maxwell se llevó la copa de vino a la boca en el momento en que Vander, quien estaba sentado frente a él, llamaba su atención con un carraspeo.

Él arqueó sus cejas, interrogante, y el rubio, esbozando una de sus sonrisas traviesas, le hizo una disimulada seña hacia la izquierda, hacia la pequeña morena de curvas blasfemas.

No miraría, no cedería a la curiosidad ni a la insistencia de Vander, era una trampa, no caería, ya había pasado lo peor.

Los lacayos estaban retirando los platos y pronto servirían el postre, aquella maldita cena interminable llegaría a su final...

Un gemido apenas audible pero que él oyó perfectamente interrumpió su derrotero interno.

¡Por todos los santos!

¿¡Qué diantres estaba haciendo esa mujer!?

Alterado, estiró el brazo para depositar la copa antes de que esta se le cayera y dejó la mano apoyada en el mantel, aferrándose a él como si le fuera la vida.

El cuerpo se le endureció en todas partes: las visibles y las ocultas.

Su mandíbula se tensó y sus ojos se abrieron mientras, paralizado, observaba a la dama.

Solo verla degustando la verdura con su pequeña pero carnosa boca, sus ojos semi cerrados y una mueca de gozo bastó para que Luxe sintiera un calor devastador quemar cada parte de su anatomía.

Estaba ardiendo con cada succión que ella hacía, completamente encendido, dolorosamente ardiente, como si todo él fuese un trozo de madera seca, y ella con su cuerpo de sirena y aquella manera desquiciante de provocarle le hubiese prendido...

—¡Fuego! —exclamó lady Bennet a su derecha.

Y Maxwell miró horrorizado la llama devorando la tela de su levita.

***

Los lacayos habían entrado en el salón para servir el postre especial y lo depositaron muy

cerca de donde Mary Anne se hallaba sentada. Era un budín de Navidad al cual se le prendía fuego para que iluminase la mesa familiar. El plato se preparaba con frutas secas, pan, huevos, especias, leche y brandy, y se acompañaba con una exquisita salsa de vainilla y huevo.

Todos estaban oyendo las sentidas palabras de agradecimiento de lord Lancaster cuando de pronto el conde de Luxe se puso en pie y, estupefactos, lo vieron sacudir su brazo frenéticamente, el cual estaba en llamas.

Luxe intentaba en vano apagar el fuego utilizando la servilleta con la que daba desesperados golpes. De no haber sido por el grosor de sus guantes y de la tela de terciopelo de su levita, ya hubiese destrozado su piel.

Comenzaba a sentir arder la piel cuando de un segundo a otro se encontró completamente empapado y vio el fuego extinguirse y el humo salir de su brazo y ropa chamuscada.

—¿Qué diablos hiciste, Vander? ¡Solo debías echar el líquido en el brazo, no en todo el cuerpo! —murmuró al rubio. Estaba parado a su lado mirando de reojo a las ancianas Bennet, que se abanicaban y tosían secando su rostro mojado con la servilleta manchada, al igual que el resto de las mujeres.

—Lo sé. —Vander se encogió de hombros. Sostenía dos copas vacías en sus manos. Al ver su expresión confusa y exasperada, agregó, con mueca socarrona—: La copa que te he vaciado en la cabeza ha sido para enfriarte.

Dicho esto, se alejó disimulando sus carcajadas.

Mary abrió sus ojos, conmocionada al ver las llamas devorando la extremidad del conde. Tan asustada que la zanahoria que estaba comiendo se atoró en su garganta y comenzó a sentir que se asfixiaba y entraba en desesperación.

Golpeó su pecho repetidamente con fuerza y nada sucedía, el aire le faltaba. Su rostro estaba poniéndose morado y ella hacía ademanes tratando de avisar al anciano sentado a su lado, que seguía atendiendo al discurso de lord Marcus, quien intentaba aparentar normalidad, cuando oyó que Abigail exclamaba:

—¡Mary! Se está asfixiando, ¡ayúdenla!

Entonces sintió que la levantaban con brusquedad, luego su espalda impactar contra una superficie dura y un brazo aferrarla desde debajo de los pechos.

Asustada, Mary se aferró a ese fuerte brazo y boqueó tratando de respirar. La mano que la apretaba por delante comenzó a empujar su cuerpo hacia atrás a la vez que golpeaba el centro de su estómago. A la tercera repetición de la brutal maniobra, el pedazo de zanahoria liberó su cavidad y salió como un proyectil de su boca, impactando, para su horror, en la cabeza de su tía lady Campton. Esta gritó y se llevó la mano a su frente, mirando furiosa a su sobrina.

Después de eso, lord Lancaster se dio por vencido y se sentó derrotado, haciendo un ademán a los lacayos para que sirvieran el postre a los invitados.

Mary respiraba tratando de calmarse, y solo cuando escuchó un carraspeo incómodo y bajó la vista hacia donde aquel brazo seguía sosteniendola justo por debajo de los senos que en ese momento estaban levantados y a punto de escapar del vestido, cayó en cuenta de que continuaba aferrada como una garrapata a su salvador, y que aquel miembro estaba embutido en una tela ennegrecida y llena de agujeros.

La vergüenza la invadió, y velozmente se soltó. El cuerpo se alejó y ella tomó asiento con las mejillas furiosamente ruborizadas.

Una breve mirada a sus amigas bastó para comprobar que habían visto todo y estaban conteniendo la risa.

Resonaban las carcajadas del duque de Fisherton, quien no se molestaba en disimular su diversión, cuando Mary tomó el coraje suficiente para girarse hacia su izquierda y mirar a quien había evitado que muriera asfixiada con una zanahoria en medio de una cena de Navidad.

Muerte humillante, cabía decir.

—Milord... —murmuró al hombre, que, a pesar de verse hecho un desastre, pues además de su ropa arruinada, tenía manchas negras en la mejilla y su cabello estaba despeinado, estaba sentado muy recto y degustando el postre con regia elegancia.

Al oír su voz él soltó el aire, y depositando la cuchara en el plato, la miró.

De inmediato, Mary sintió como si estuviese de nuevo ahogándose, pues sus verdes orbes estaban convertidos en dos pozos negros insondables y la examinaban fijamente, instándola a hablar.

—Yo... —balbuceó ella, nerviosa y desencajada por la inesperada atención que el castaño inusualmente le estaba dedicando—. Quería... quería agradecerle por su rápida actuación. Me ha salvado la vida —terminó con un hilo de voz, sintiendo su rubor acrecentarse cuando el hombre asintió y arqueó una de sus cejas, no sin darle un breve vistazo de arriba hacia abajo.

—No lo agradezca, milady, casi siempre me cobro los favores que hago —espetó como si nada, dejando boquiabierta a Mary. Cuando ya se había girado hacia su plato le oyó murmurar, con un sorprendente tono sardónico, lo suficientemente alto para que ella escuchase—: Debería combinar su ropa interior con sus vestidos, Ensueño.

¡Dios santo! ¿Cómo había adivinado que su corsé y pololos no eran rosados?

Qué vergüenza...

Su plan se había ido al garete...

¡Maldita zanahoria!

***

Terminada la cena todos se trasladaron al salón de música, donde las damas fueron requeridas

para amenizar el resto de la celebración.

De inmediato, Meredith Gibson aceptó entonar una canción navideña, acompañada por sir Richard Ferguson, quien según la señorita Colleman tocaba maravillosamente bien la flauta y, de hecho, así era, aunque el delgado rostro del pelirrojo futuro barón estaba tan rojo como su pelo.

Maxwell no perdió tiempo, y con el pretexto de tener que adecentarse, escapó del salón, saliendo a paso lento, por supuesto, pero en su interior estaba huyendo como si le persiguiera una jauría de perros.

Una vez estuvo en la alcoba que le habían asignado, decidió no hacer uso de los servicios de su ayuda de cámara y asearse por su cuenta.

Necesitaba aquel momento de soledad, para poder seguir atormentándose como venía haciendo desde que vio aquel carruaje detenido frente a la puerta de su casa y a unos maleantes atacándolo. Desde entonces su vida se había puesto patas para arriba, pues había cometido el imperdonable pecado de besar a una mujer que estaba prohibida.

Porque él no podía dar rienda suelta a sus deseos y por esto se reprimía con tanto ahínco. El problema era que cada vez se le hacía más y más complicado contener todo el torrente de sensaciones e impulsos que provocaba en él aquella joven de apariencia inofensiva.

Si tan solo recibiese aquella noticia que tanto estaba esperando, si tan solo el cielo se apiadase de él y pudiese al menos saber que era libre del peso que cargaba sobre sus espaldas hacía tanto tiempo... Entonces podría considerar dejarse llevar y por una vez en su vida ceder a lo que su alma quería; olvidar el deber.

Sin embargo, esa carta no llegaba, nunca llegaba, y por lo tanto era estúpido y un sinsentido total soñar con imposibles, con lo que estaba fuera de su alcance y de su elección.

En la cena había perdido el control por completo, había dicho cosas atrevidas a una joven soltera y decente, y ni decir las que habían pasado por su mente. Había enloquecido por completo y entrado en una vorágine de lujuria que dudaba poder aplacar.

Estaba muy lejos del punto de contención, estaba sobrepasado, y se temía que con el mínimo incentivo por parte del objeto de su deseo se desataría una tormenta imparable en su interior y cometería un error fatal.

Cuando estuvo limpio y vestido con la ropa de dormir, se detuvo frente a la ventana y contempló la noche oscura. En el cristal vio reflejado el rostro de un hombre atormentado, y apoyando su frente en el vidrio, se repitió por enésima vez el rosario que cada día recitaba para ver si así podia volverlo realidad.

«No hagas nada de lo que luego te arrepientas, resiste, no cedas a tus bajos deseos, no puedes tocarla, Maxwell, ella está prohibida para ti».

«No eres libre para desearla, no lo eres».

«Olvídala, olvida a Mary Anne Russell».

***

El día después de Navidad se conocía tradicionalmente como «el Día de las Cajas», debido a que se abrían las cajas de limosnas en las iglesias y se distribuía el dinero a los pobres, mientras que los sirvientes recibían regalos y cajas de sus empleadores. Los anfitriones llevaron a cabo aquella tradición antes de compartir el desayuno con los huéspedes, que no se demoraron en sus habitaciones y se presentaron a la hora acostumbrada.

Además, había llegado a la casa un nuevo huésped que resultó ser el heredero del marqués de Garden, Henry Wallace, y por quien el conde de Vander sentía una evidente antipatía.

Maxwell y McFire habían pasado una buena mañana divirtiéndose a costa de los mellizos, más el duque que él, para ser sincero, pero agradecía la distracción y el hecho de no haberse cruzado con la joven Russell. Así podía mantener a su cuerpo relajado después de la noche fatal que había pasado, pues para no romper la rutina, aquella gatita de curvas blasfemas se había colado otra vez en sus sueños... o más bien pesadillas.

***

Además de disfrutar de un estofado delicioso y un pastel de arándanos durante el almuerzo, donde estuvieron todos los invitados presentes, quedó en evidencia la rivalidad manifiesta entre lord Vander y Henry. El duque y lord Luxe miraron extrañados a su amigo cada vez que este hacía algún comentario estrafalario; lord Marcus pareció estar reprimiendo la risa todo el rato. Mary se resistió a desviar la vista hacia donde se encontraba sentado el conde, pensando en múltiples maneras de hacerlo sufrir.

Ella, que se había retirado a dormir la noche anterior pletórica de felicidad por lo sucedido durante la cena, en la que no solo había logrado resquebrajar la máscara de indiferencia del hombre, sino que él le había hablado de manera seductora y hasta casi sonreído, se encontraba unas horas después con su cara de póquer habitual y su actitud de amargado. Se sentía realmente frustrada, y había decidido que dejaría el plan «Seduciendo a Lord Estirado» en pausa. Al menos por las Navidades, ya que sus fuerzas habían menguado después de ver que este la ignoraba nuevamente.

Lo mejor sería hacer lo propio y limitarse a devolverle el favor a aquel noble cabezota. Disfrutar de las celebraciones y, cuando estuviera de regreso en la ciudad, evaluar la conveniencia de seguir con su objetivo de conquista o resignarse de una vez y ampliar sus horizontes.

Terminado el almuerzo, Clara las arrastró hasta su sala de estar, y por el camino se cruzaron

con el cuarteto de caballeros.

El matrimonio de condes de inmediato se acercó y comenzó un cuchicheo travieso. Fisherton se detuvo frente a una más que ruborizada Brianna, que parecía querer salir huyendo cuando el gigante escocés le murmuró algo que los demás no alcanzaron a oír, y Vander y Abigail se colocaron en rincones opuestos, Abby ignorando al rubio y este mirándola con fijeza y una mueca sardónica.

El conde de Luxe se limitó a mirar un elaborado cuadro que colgaba de la pared del vestíbulo como si allí estuviese la respuesta a todos los enigmas del universo. Mary suspiró, deseando que su amiga terminase de hablar con su marido para poder alejarse del magnetismo que le causaba la presencia del hombre. No entendía por qué le costaba tanto relajarse un poco y simplemente iniciar una conversación cordial o al menos dedicarle una sonrisa amable.

Parecía que ella no existía para el conde, y era tan torpe como para olvidar eso y no poder despegar sus ojos de él, de su belleza y su porte tan masculino, de su gesto tenebroso y apagado. Parecía que era incapaz de desprenderse de la atracción que le provocaba.

Nerviosa e incómoda, retrocedió un poco, rozando accidentalmente un florero que reposaba en una pequeña mesa. Apenada, creyó que generaría un estropicio al poner en evidencia su distracción, pero la mano de Grayson velozmente cogió el adorno evitando que este cayera al suelo.

De inmediato, Mary se sonrojó intensamente, pensando que después de todo ella no le era tan indiferente a lord Luxe, que, aunque quisiera negarlo estaba tan pendiente de ella como ella de él. Le agradeció con una sonrisa cálida que denotaba lo complacida que estaba con aquel descubrimiento.

Por unos segundos, Luxe solo se quedó mirándola fijamente. Sus ojos se encontraron y el hombre no pudo ocultar a tiempo el caudal de emociones que cruzaron por sus pupilas y que, después de no haberse dignado a mirarla desde la noche anterior, parecieron desbordar sus ojos como una represa abierta. Devoró cada porción de su silueta con fiereza y hambre manifiesta. El aire se cortó en los pulmones de Mary, que pudo entrever en sus orbes verdes mucho más de lo que esperaba hallar: deseo, anhelo, admiración y pura pasión.

Luego carraspeando, él se volvió rígidamente hacia la pintura. Pero Mary ya no se dejó engañar. El conde podía pretender que ella no era más que una mera conocida, pero ella ya había visto detrás de su fachada, y si sumaba el beso que le había dado hacía unas semanas, lo sucedido en la cena y eso, resultaba obvio que Maxwell Grayson se sentía tan atraído como ella. El asunto era por qué él se mantenía alejado, por qué huía constantemente; por qué se negaba a sí mismo lo que ya había quedado claro que sentía.

Cuando Clara se alejó de su esposo y reanudó la procesión hacia su salón, Mary la siguió aparentando no tener interés en el conde, saludando con la cabeza al resto de hombres. Eso sí,

nada pudo opacar la sonrisa de satisfacción que adornaba su rostro.

Quería ahogar y a la vez besar al testarudo castaño, pues no sabía cómo, pero siempre que ella se decidía a pasar página o comenzaba a dejarse llevar por el desánimo, él hacía algo que renovaba la esperanza moribunda en su corazón y le daba ánimo para seguir luchando por su amor. Para no rendirse.

Los grupos se separaron, las damas siguieron su camino y los caballeros se internaron en el despacho del conde.

Allí pasaron la tarde entre sorprendentes confidencias. Resultaba que el conde de Vander había dictaminado su pretensión de comprometerse en matrimonio con Abigail, y su amiga estaba más que contrariada al respecto. Parecía, además, que a Vander no le caía en gracia el primo político de las Thompson, ya que el hombre también había manifestado su interés en Abby y, por lo tanto, había puesto en evidencia sus celos haciendo más que el ridículo.

Mary encontraba todo aquel asunto en exceso romántico y divertido, y coincidía con Brianna en que era muy halagador tener a dos caballeros interesados. Pero su empedernida amiga no estaba de acuerdo y parecía estar por sufrir un ataque, ya que lo que menos quería era tener un pretendiente, y menos aún casarse.

Aquella ironía casi hizo llorar a Mary, quien prefirió reír un poco desquiciada. Ella, que no quería más que recibir una propuesta el hombre que tenía su corazón, y Abigail, que tenía a sus pies a su caballero, estaba tan negada a aceptar sus sentimientos como el conde de Luxe.

Que alguien le dijera quién era el responsable de escribir tan nefasta trama de amor y considerado aquel cruel tejemaneje para así poder ir y decirle unas cuantas verdades.

¿Es que no podía haberle tocado a ella el caballero que bebía los vientos por la protagonista?

No, le tenían que poner al negado y reprimido.

La vida era injusta, y quien fuese el que movía los hilos de esta, una mente muy malvada y perversa.

Que no se la encontrara... o pediría prestado el rastrillo su amiga.

CAPÍTULO 14

«La noche que le conocí no fue cuando mi vista se posó en usted por primera vez; fue cuando mi alma logró ver tras los muros que resguardaban su corazón, cuando mi amor logró penetrar la coraza que le protegía del exterior.

Fue cuando por fin le pude ver con los ojos cerrados y conocer sus más íntimos pensamientos, desnudar sus secretos,

descubrir sus temores y sentir en lo profundo de mi ser

que entre sus brazos estaba mi morada».

Texto extraído de la libreta de lady M.R

Cuando el conde de Vander se agotó de despotricar en contra de la dama de la cofia, que no era otra que lady Abigail, la cuñada de Lancaster, alegó sentirse cansado y se retiró a su cuarto hasta la hora de la cena. El resto del grupo, que estaba reunido en el despacho del anfitrión, continuó con su charla amena, en la que a pesar de la mala noche que había pasado Luxe pudo abstraerse y disfrutar junto a ellos.

—Un momento, ¿estás diciendo que tu hermano se vistió como un dandi para intentar competir con el primo de tu mujer? —interrogó él, aceptando el vaso de brandy que Marcus le pasaba. No eran horas para beber, pero qué más daba el protocolo. Una copa de licor no le vendría mal para mitigar el ardor que venía *in crescendo* en su interior desde que puso un pie en aquella casa.

—No solo eso, se inventó cualquier cantidad de disparates como los que os he contado ahora mismo —aseguró el conde, en tono risueño.

—Es decir, que Colito está celoso de ese afeminado, y a pesar de haberlo negado bebe los vientos por la dama de la cofia —rio roncamente el duque de Fisherton.

—Creo que así es. De hecho, después de reírse a mi costa, él está más que loco por una mujer decente y en edad casadera —concordó Marcus.

—No me sorprende. Desde el principio fue obvio que la dama lo desconcertaba y atraía a la vez. Está visto que cuando está cerca de ella, su estupidez no hace más que agudizarse —comentó él en tono pesaroso. Sería muy hipócrita si no reconociera que comprendía de muchas maneras al conde de Vander. Para más pruebas, jamás olvidaría la noche anterior y el bochorno que había pasado en esa cena, como tampoco borraría de su sistema la sensación de tener el cuerpo de la pequeña revolución de curvas apretado con el suyo.

«¡Maldición! ¡Olvídalo, Maxwell!».

—Bueno, coincidimos en que a Vander lo tienen domado. Pero ¿la dama le corresponde? —preguntó el escocés, guasón.

—No podría afirmarlo, esta mañana se veía muy contrariada. No obstante, mi hermano me dijo que la besó y ella le respondió —les informó Marcus en tono cómplice.

—Así que el muy bastardo ya estuvo explorando esa tierra. Se lo tenía bien guardado —rio el duque.

Él arqueó sus cejas ante aquella revelación.

—No es gracioso, no debería haberlo hecho. Lady Abigail es una dama soltera, y semejante acción puede terminar arruinando la reputación de la dama —se quejó Luxe. No era justo, él no podía hacer lo mismo, había que ser respetable. Eso no era un antro, y eran damas decentes.

Sin embargo, cada muérdago que veía era peor que una tortura para él, porque le daban ganas de secuestrar a la morena y colocarla bajo uno para saciar sus ansias de una vez con esa excusa.

—Eso es cierto, aunque creo que eso serviría a los propósitos de Colin. Ya le habéis oído; está decidido —comentó Lancaster.

—Eso es algo que todavía no entiendo de vosotros los ingleses. Con esas absurdas reglas no hacéis más que complicaros la existencia. Creo que cualquier hombre escocés tendría más esposas que un sultán si le obligasen a casarse con cada mujer que ha besado. ¡Hombre! ¡En mi tierra solo terminas casado si le quitas la virtud, no por unos cuantos besos robados! —exclamó Fisherton, incrédulo.

—Pues no se te ocurra andar prodigando besos a las damitas de aquí, o te verás frente al vicario antes de poder parpadear —se mofó Marcus.

«Así es, Maxwell. Ya lo has oído. Mantén tus zarpas bien lejos de esa gatita tentadora, o acabarás escaldado».

—La advertencia llega tarde, no solo Vander ha incursionado en ese grupo. ¡Y que me aspen si renuncio a volver a beber de la boca de esa pelirroja! —gruñó el escocés.

Y ellos solo pudieron mirarlos estupefactos. Ese hombre no se guardaba nada, al parecer no sabía lo que era fingir decencia. Ojalá pudiese hacer lo mismo. Pero él no era escocés, ni bruto, ni rubio... ni salvaje.

¿Por qué había nacido inglés, noble y amargado?

—Bueno, debemos pensar alguna estrategia. Colin debe casarse para obedecer el ultimátum que mi padre le ha dado, y no creo que cambie a la candidata por más reacia que esta sea —siguió Marcus.

—Pues no me imagino quién puede ayudar con algo así. No creo que debamos entrometernos, pareceríamos como ese grupo de floreros metomentodos al que tu mujer pertenece. Me niego a participar en esto —alegó Luxe.

Si su idea era mantenerse lejos de aquella mujercita y lograr sobrevivir a la Navidad sin problemas, lo que menos le ayudaría sería pasearse con las damas. Mejor mantenerse lo más lejos posible.

Marcus iba a protestar si se guiaba por la expresión de su rostro, pero antes de poder decir algo, se oyó un golpe seco contra la puerta que comunicaba el despacho con la habitación continua.

Los tres se giraron hacia la madera color caoba oscuro, y luego se miraron con gestos de curiosidad.

El conde se puso en pie y se dirigió rápido hacia el origen del estruendo.

Ellos le imitaron, pero se mantuvieron detrás de Lancaster estirando la cabeza para ver qué había ocasionado la interrupción.

Marcus abrió con rapidez la puerta, y él no pudo más que abrir los ojos ante el cuadro que quedó a la vista... y por el hecho de que habían oído su conversación nada correcta.

Mientras McFire reía entre dientes, él solo pudo suspirar y comenzar a repetir para sus adentros la oración que ya sabía de memoria.

—Vaya, no tendremos que buscar ayuda, Maxwell. Acabamos de tropezar con un ratoncito curioso y sus acompañantes —dijo Marcus, con una mueca divertida.

Las tres mujeres estaban en el suelo alfombrado de la biblioteca en un enredo de extremidades, una sobre la otra. Gimieron en respuesta.

—¡No es lo que parece! —se apresuró a aclarar la dueña de casa, con su voz amortiguada. Estaba aplastada entre la señorita Colleman y la joven Russell.

—¿Ah, no? Entonces... ¿No están teniendo un encuentro pecaminoso? —exclamó con tono decepcionado McFire, quien no quitaba los ojos del trasero de la pelirroja, que destacaba por estar encima de las demás. Se carcajeó cuando las damas soltaron a la vez y de manera ininteligible protestas ofendidas y avergonzadas.

—Más bien creo que estaban participando en nuestra charla, solo que se les olvidó avisarnos, ¿no, querida? —se mofó Lancaster cuando logró dejar de reír.

—Cállate ya, Bennet, y ayúdame a levantarme —gruñó lady Clara, con el ceño fruncido y enrojecida.

—Sí, mi amor —obedeció Marcus, solicitó, al oír la orden malhumorada de su esposa. El duque, mirando con sorna al conde, hizo lo propio con la señorita Colleman, quien aceptó su mano evitando mirarlo.

—¿Te has hecho daño, ratoncita? Creo que no ha sido un golpe fuerte, pero he olvidado por un momento a nuestros retoños. A ver, ven, llamaremos al médico —decía Lancaster mientras se olvidaba del resto y pasaba las manos por el cuerpo de su esposa, que intentaba detenerlo y tranquilizarlo.

—Estoy bien. No me he hecho daño, de hecho, he caído sobre... la personalidad de Mary —tartamudeó la condesa al final, y mientras su esposo tiraba de ella hacia la salida, agregó con tono molesto—: Otra vez has hablado del bebé como si fuesen dos, Marcus. Ten tú dos hijos al mismo tiempo. ¿Acaso quieres partirme a la primera ocasión?

Luxe quitó la vista del matrimonio, que se perdió tras el umbral y se dio cuenta que en algún momento Fisherton y la señorita Colleman habían desaparecido.

La joven Russell continuaba allí, con los ojos cerrados, tendida en el suelo sobre su espalda y con sus brazos y piernas abiertos, el vestido de seda color durazno arrugado y apariencia de haber sido tremendamente aplastada.

Él la examinó de los pies a la cabeza, pensando si otra vez se había desmayado. Aquella mujer se desvanecía todo el tiempo, como si fuese alguna clase de princesa de cuento. Pero no lo era, las princesas no tenían esas desbordantes protuberancias. Maldición... Debía ser declarado pena capital tener semejante escote...

«Detente ya, Maxwell», se reprendió, carraspeando con fuerza para llamar la atención de la joven.

¿Por qué no se había marchado él también?

Bueno... porque no podía ser tan poco caballeroso y dejar a la pobre muchacha tirada ahí, ¿no? Debía ayudarla.

—Estoy bien, no me ha pasado nada. Solo que Clara, me has clavado tu codo en el estómago y me has quitado todo el aire, y tú, Brianna, me has enterrado la rodilla en el... —explicó ella con agitación, pasando la mano con lentitud por su vientre.

—Lady Lancaster y la señorita Colleman ya no están —la cortó él, incómodo.

Ella enmudeció. Abrió de golpe los ojos, y al verle de pie junto a ella se ruborizó hasta la coronilla.

—Creí... que... que ustedes se habían marchado... —balbuceó, sentándose con rapidez. Trató de levantarse, pero sus rodillas se enredaron con la tela de su amplio vestido y emitió una exclamación asustada al tiempo que se precipitaba hacia adelante.

Maxwell se adelantó y la cogió por los hombros para frenar su caída.

El movimiento provocó que ambos quedaran muy cerca, con los torsos casi rozándose y los rostros separados por un mínimo espacio.

Él se tensó y no pudo evitar desplazar su vista de sus ojos café abiertos como platos a sus mejillas encendidas, hasta sus curvilíneos y perfectos labios.

Rayos, daría hasta la última moneda de su fortuna por tomar aquella boca, por saquearla hasta arrancarle mil suspiros. Se moría por besar a aquella mujer, y ni siquiera había un muérdago para justificar su debilidad, para excusar lo que haría a continuación.

Antes de poder tirar de las riendas de su autocontrol, Maxwell clavó las rodillas en el suelo,

apartó la mano izquierda del pequeño hombro de la joven y tomó su mejilla. La suavidad de su piel y el calor que esta despedía provocó un hormigueo por todo su sistema, el aire se le cortó en los pulmones y, mientras apartaba la vista de sus labios perfectos, se encontró con su mirada café, anonadada.

Nunca la había mirado desde distancia tan corta, ni durante tantos segundos, pues era un placer que se tenía prohibido y no se permitía porque sabía que de hacerlo se perdería en esos pozos marrones con pequeñas pintas color miel y no tendría retorno. Jamás podría arrancarselos del alma, eliminarlos de su memoria, de sus recuerdos, de su mismo ser.

Ella respiraba agitadamente, sentía su temblor, y veía cómo sus pupilas, que antes brillaban como dos estrellas en medio de su noche más oscura, se habían transformado en dos esferas insondables, anhelantes.

No quiso reflexionar en aquel momento, se negó a contenerse en ese breve instante. Fue inmensamente egoísta, olvidó todo razonamiento, cada excusa que había esgrimido, cada argumento que antes fue preponderante se convirtió en efímero. Tampoco logró aferrarse a sus normas, educación y reglas; se despojó de su arraigada caballerosidad y entregó hasta su mismo sentido de la honorabilidad.

Ya no podía contener sus deseos, su más profundo anhelo, y perdido por aquella mujer tan única como inesperada, cayó en los abismos de la pasión.

Sus labios tomaron los de la dama con ímpetu implacable. No le pasó desapercibido el jadeo de asombro que ella emitió y que su boca desesperada ahogó. Como un malviviente en busca de un valioso botín, Maxwell la saqueó. Aferró su cabeza y rodeó su espalda para aproximarla hacia él hasta que ambos pudieron sentir sus latidos desbocados, las líneas de sus cuerpos rozándose, tan diferentes pero compatibles, quemándose, buscándose.

Cuando ella se estremeció entre sus brazos y él profundizó en su cavidad, recorriéndola por cada rincón y ella emitiendo un gemido, comenzó a mover sus labios ardientes. Él enloqueció y, enardecido, la apretó contra su cuerpo, inclinó hacia atrás su cabeza y buscó más, llegó mucho más lejos. La besó con fiera ansiedad, con hambre desbordante, buscando dejar en ella una marca eterna, impregnarla de su presencia, de su sabor, beber su esencia, enloquecerla.

Sus manos temblaron, anhelando aventurarse por sus curvas, traspasar las barreras que las ropas y la cordura le imponían, deseando sentirla en su estado natural, piel contra piel; sentirla plenamente, totalmente suya.

Y antes de arrancarle cada prenda y desfogarse allí mismo, salvaje, incansable, insaciable, rompió el contacto y se quedó mirándola, resollando perdido, desconsolado por sentirse privado de ella.

La joven estaba paralizada con el aliento agitado, las mejillas enrojecidas y la boca marcada, su peinado deshecho le acariciaba el cuello, tentándolo a hundir su cabeza allí y hacer locuras en

esos pechos que parecían reclamar su atención y que tan endurecido le tenían.

Ella movió los párpados y abrió los ojos lentamente.

Cuando sus miradas volvieron a encontrarse, Maxwell la sostuvo solemne. No supo descifrar lo que vio entonces, pero le pareció que toda ella refulgía y un brillo de felicidad destellaba en ella.

Quiso abrir la boca para justificarse, pedirle disculpas, intentar explicar su comportamiento. Quiso demasiado hacerle un sinfín de promesas, sincerarse, dedicarle las palabras más dulces.

Pero no pudo.

Fue ella quien después de abrir y cerrar la boca varias veces, se rindió, y ruborizada hasta la coronilla, carraspeó e intentó levantarse.

De inmediato, él la asistió y ambos vacilaron sin saber cómo acabar con aquel extraño trance en el que se hallaban sumergidos.

Él no supo cómo, pero algo en su interior le dijo claramente que después de aquel beso ninguno volvería a ser el mismo, que todo cambiaría, que se había sellado alguna especie de silencioso pacto entre ellos.

Un suspiro nervioso escapó de los labios de la dama, quien comenzó a tratar de acomodar su peinado y se giró hacia la puerta.

Maxwell maldijo por dentro y se sintió inadecuado, torpe y casi como un jovenzuelo inexperto, sin saber qué decir o cómo comportarse.

No le sorprendió que la dama fuera quien finalmente tomara la iniciativa de acabar con aquel lapsus, le hiciera una reverencia algo tambaleante y le dedicara una sonrisa breve antes de dar media vuelta y dirigirse hacia la salida y frenar en seco, justo antes de cruzar el umbral.

Él, que se limitó a quedarse mirándola embobado, arqueó las cejas cuando ella se volvió hacia atrás, y ante sus ojos, que se abrieron como platos, se metió la mano en el escote y rebuscó entre sus senos abundantes.

Luego apareció en su mano lo que sin dudas era un pequeño muérdago, el cual ella sostuvo entre sus dedos. Lo elevó hasta colocarlo frente a su cara y sopló fuerte haciéndolo flotar en el aire entre ellos hasta que el racimo cayó a sus pies. Él lo miró, confuso, y luego de nuevo a la dama.

—Al parecer ya no lo necesitaré, milord. Guárdelo, trae buena suerte —le explicó ella con tono pícaro, y tras guiñar un ojo, abandonó la habitación.

Maxwell soltó el aire con fuerza, se llevó las dos manos a la cabeza y se metió en el despacho de Marcus para asaltar su aparador de bebidas.

Necesitaba un trago de brandy con urgencia, y también darse un baño en una bañera con agua congelada.

Atormentado, se dejó caer en uno de los sillones y cerró los ojos, tratando de aplacar aquel

calor punzante que aún corría en su interior.

¿Cómo lo haría? ¿Cómo sería capaz de mantenerse alejado de aquella endiablada mujercita después de aquel intercambio?

Si antes se le hacía difícil, ahora sería imposible. Sería una hazaña heroica convivir los días que restaban bajo ese techo con ella sin saltarle encima y volver realidad todas las imágenes que cruzaban por su mente.

Ella era como un veneno, era la cura para su enfermedad... pero que terminaría por matarlo.

Estaba perdido, porque ni huyendo al lugar más recóndito de la tierra podría ya escapar de lady Mary Anne. Ahora lo entendía: ella se le había colado bajo la piel, se había metido en su alma, en su mente y en sus sueños.

Nada podría arrancarla de allí, estaba enterrada en lo más profundo de su ser... porque él... él estaba enamorado.

Maldición, la amaba.

***

Mary Anne cerró la puerta de la biblioteca de los Lancaster pletórica de felicidad, exultante, gozosa y extasiada. Inició la caminata por el vestíbulo saltando y girando sobre sus pies como si se tratara de una pista de baile.

Casi podía oír a su paso un coro de ángeles, las arpas y trompetas, el cántico de los pájaros del bosque. Se sentía dichosa, como si acabasen de decirle que sería declarada la reina de Inglaterra, o como si estuviese entrando al castillo encantado a caballo del príncipe del cuento y todos los súbditos estuvieran vitoreando, los hombres aplaudiendo, los niños corriendo a su lado y las mujeres lanzándoles flores, ella saludando radiante con su corona de diamantes y sus ropajes fastuosos.

Acababa de recibir el beso de su príncipe, el beso de amor. ¡El beso perfecto!

Ahora podía morir en paz, podría coger una enfermedad mortal y hasta cedería sus bollos de canela sin protestar. Se sentía la ama del mundo entero, porque su lord Luxe... ¡la había besado!

Feliz, alzó la falda de su vestido y dio muchas vueltas, deseando gritar y cantar a viva voz —aunque lo hacía fatal— hasta que repentinamente colisionó con una superficie dura, y con un chillido cayó sentada sobre la alfombra.

—¿Se encuentra bien, milady? —preguntó la pared contra la que se había estrellado, que no era otra que el duque de Fisherton, quien al igual que lord Lancaster la miraban curiosos y reprimiendo su hilaridad.

De inmediato sus mejillas se pusieron del color de la grana, y para terminar de esbozar el cuadro ridículo que debía estar mostrando, su peinado se terminó de desarmar, tapándole el

rostro por completo.

—¿Se ha hecho daño? —interrogó el duque, conteniendo la risa.

Mary sopló para apartarse el cabello de la cara, evitando mirar a los caballeros. Avergonzada por haber sido vista haciendo el ridículo, nerviosa y en pánico de solo pensar que ellos adivinaran lo que había estado haciendo y de dónde acababa de salir, tartamudeó:

—No, no... Para nada, yo estaba repasando una lección de mi profesor de baile, porque verán... Me gusta mucho ser una alumna aplicada, entonces de vez en cuando practico mis clases, incluidas las de baile, también repaso la de modales, y en esas decían que no es correcto que esté hablando con dos caballeros si no estoy debidamente acompañada por mi carabina, pero bueno, eso no importa porque aquí nadie me va a delatar ni a pensar mal de mí, además; ustedes no son solteros, bueno, uno sí, pero seguro que pronto estará casado porque es... Bueno, muy apuesto, aunque salvaje, pero no salvaje de bruto, sino de exótico, pero no como un animal extraño, sino como alguien intimidante pero atractivo, no sé si me explico, excelencia. No es que no sea usted un buen partido, cómo no, lo es sin duda. Pero no es que yo me esté ofreciendo a ser la candidata, no se ofenda, usted es simpático, pero creo que prefiero no enemistarme con Brianna, me saca al menos dos cabezas, nunca la he visto enfadada, pero si se molestara seguro que prefiero no tener una lucha cuerpo a cuerpo, aunque claro, Brianna es una señorita perfecta, de excelentes modales, no me atacaría. De todos modos, no aceptaría una propuesta, pues eso sería otro cuento y tendría que cambiar de protagonista, pero tampoco lo desecharía así sin más, es decir, me lo pensaría; es un duque, después de todo... A pesar de que use esas peculiares faldas, es uno que está de buen...

—La ayudaré —interrumpió con un gemido torturado lord Lancaster, por encima de la risa del escocés, que se sostenía el estómago de lo potentes que salían sus carcajadas—. Tome mi mano —se ofreció el conde.

Mary cerró la boca, y, abochornada, dejó que el caballero la asistiera.

Una vez estuvo en pie, se quedó allí espiando a través de las pestañas a los testigos de aquel humillante momento.

—¿Ha visto a lord Luxe? Veníamos a proponerle jugar una partida de cartas hasta la hora de la cena, que se servirá en una hora —dijo el anfitrión con tono de sospecha, obligándola a mirarlo.

Mary empalideció y se apresuró a negar varias veces.

—No, no, no. No lo he visto, ni quiero hacerlo. Para qué querría yo ver a un caballero tan malhumorado, si hasta en Navidad no deja de parecer amargado. Me ofende que insinue que yo podría pasar tiempo con dicho hombre —pronunció, dramática, y haciéndose la ofendida, murmuró—: Si me disculpan, debo prepararme para la comida. Gracias por su amabilidad, caballeros.

Dicho eso salió despavorida, haciendo de cuenta que no escuchaba las risas disimuladas de los dos hombres, que la miraron hasta que se perdió por el pasillo.

Ojalá lord Luxe hubiese escuchado su comentario final, pues se había encargado de alzar la voz lo suficiente, y hubiese abandonado la biblioteca por la puerta que daba a los jardines. No quería que el triunfo que acababa de conseguir se viera arruinado, era la primera vez que veía un claro avance en su plan de conquista.

Justo cuando estaba por rendirse, su príncipe le daba esperanzas. Lord Luxe la había besado voluntariamente, y no de cualquier manera, sino de forma apasionada y tan fogosa que casi le prendió fuego ahí mismo.

Era innegable que el hombre la deseaba. No sabía si la quería, probablemente si lo hacía él no se había percatado, pero no tardaría en hacerlo. Ningún hombre besaba así a una mujer si no sentía algo por dicha dama; hasta ella, con su nula experiencia, se daba cuenta de ese hecho.

Maxwell Grayson la amaría. Era amor o muerte.

Bueno, tampoco tanto, pero como si lo fuera.

***

Aquella noche la cena transcurrió sin incidentes. Todos los invitados departieron entre plato y plato y comentaron en susurros la obvia rivalidad que mostraban el conde de Vander y sir Henry Wallace.

Mary y sus amigas se preocuparon un poco al ver que Abigail no bajaba a cenar, pero Clara las tranquilizó diciendo que su hermana solo tenía un leve dolor de cabeza y que más tarde pasaría a verla.

Ella se esforzó por no dedicar ni una mirada a lord Luxe, ni siquiera cuando sintió el peso de sus ojos verdes sobre ella, sobre todo cuando sir Richard le decía algo gracioso y ella no podía reprimir la risa.

Debía seguir con su plan, y la indiferencia hasta el momento había resultado la táctica perfecta. Debía desconcertar al conde, que había entrado al comedor tan rígido que parecía estar por quebrarse en dos, seguramente porque se había creído que ella después del beso estaría desesperada por llamar su atención. Y había acertado, pero no se lo demostraría. ¡Ja!

Después de la comida nadie se quedó a pasar el tiempo en la sala de estar, sino que se retiraron temprano a dormir, pues al día siguiente los anfitriones habían planificado varias actividades.

Mary estaba demasiado ansiosa y revolucionada como para conciliar el sueño, por lo que después de pasar más de media hora dando vueltas en la cama, decidió desistir y salir a caminar, aunque fuese por el vestíbulo.

Si hubiese estado en su casa, habría descendido hasta la cocina y buscado un poco de leche, pero estando en aquella mansión no se animaba a deambular, pues no tenía ni idea de dónde estaría ubicada la cocina.

Envuelta en un chal y vestida con un grueso y abrigado camisón color rosado y bata a juego, abandonó la habitación llevando el candil con ella. Los pasillos estaban desiertos. Caminó deteniéndose de vez en cuando para admirar los cuadros que adornaban las paredes.

Mientras observaba una pintura al óleo de un conjunto de hermosas plantas y flores, recordó que la propiedad contaba con un invernadero y ella aún no lo había visitado. Entusiasmada, se aventuró por las escaleras y recorrió la casa guiándose por el recuerdo que tenía de cuando Clara le señaló la puerta que salía al sector en donde estaba ubicado.

Cuando llegó hasta esta, empujó la madera y le alivió que estuviese cerrada sin llave. El exterior la recibió con una brisa helada, y la obligó a correr un poco con la vista puesta en la estructura vidriada que permanecía a oscuras.

Una vez dentro, suspiró de gusto, pues el calor calmó el frío de sus huesos, y se internó en lugar inspirando el aroma limpio de la vegetación. Había toda clase de plantas y flores que necesitaban de la luz crepuscular para subsistir.

Encantada, se sentó en un largo banco de piedra y levantó la cabeza hacia el techo abovedado de cristal, en donde la luna brillaba excelsa.

—No debería estar aquí —dijo de pronto una voz grave algo pastosa, con aquel tono estirado y cortante que le sonaba familiar.

Sobresaltada, se enderezó y giró para encontrarse con una figura larga y delgada que estaba apoyada en una columna rodeada de enredaderas, y que gracias a las sombras y casi nula iluminación no había visto al entrar.

Su corazón se aceleró, y con aliento contenido miró al hombre que se impulsó y avanzó hasta colocarse debajo de los rayos de luz nocturna.

Lord Luxe.

CAPÍTULO 15

«La noche me guiará hasta ti.
La luna será testigo de nuestro encuentro.
Las estrellas, las cómplices de esta historia de amor.
En tus brazos comprenderé los designios del destino.
En tus ojos desvelaré los secretos ocultos.
En tus labios hallaré los placeres prohibidos.
A tu lado encontraré el final del camino.
Tu voz será mi brújula.
Tu cuerpo, el mapa.
Mis besos... el dilema resuelto».

Extracto de la libreta de lady M.R

—Milord... yo... —vaciló ruborizada, sintiendo su cuerpo temblar de pies a cabeza con cada paso que el conde dio hasta quedar detenido a su lado—. Pensé que no habría nadie aquí —balbuceó, notando que él tenía una botella en la mano a medio tomar y que sus ojos estaban levemente enrojecidos y brillantes—. Que todos dormían —terminó, insólitamente tímida.

—Pues... se equivocaba, milady. Hay alguien... y soy yo —dijo con tono rasposo el castaño, y ante su mirada estupefacta, él soltó un sonido extraño.

¿Había sido una risa?, pensó, aturdida.

Quizás seguía dormida o lo había imaginado, porque al elevar más la cabeza para enfocar mejor al noble, constató que estaba tan serio como siempre, aunque en sus pupilas podía apreciarse una expresión diferente. Parecía estar divertido y relajado.

Sí, definitivamente seguía durmiendo. Eso no era real.

—Diría que me está usted siguiendo, milady, pero no. Si lo hubiera hecho, habría al menos tenido la precaución de... cubrirse un poco más, ¿no? —siguió diciendo él, haciendo un ademán hacia ella. Mary siguió la dirección de su mirada, que estaba fija y como hipnotizada—. Ya me parecía —terminó, ahora sí riendo claramente cuando ella emitió un chillido avergonzado y cerró apresuradamente la tela de su bata, que se había abierto dejando a la vista las protuberancias de los senos que desbordaba su camisón.

—¡Lord Luxe! —protestó ella, enrojecida. Luego no pudo evitar reírse también, encantada de ver al siempre estirado conde así; ufano, descontracturado y hasta un poco despeinado. Se estiró, y mirándole con atención, murmuró—: ¿Está usted bebido?

El conde abrió mucho los ojos al oírla y negó repetidamente, sorprendiéndola más todavía cuando sin preguntar se sentó a su lado en el banco y le enseñó la botella de oporto.

—Oh, no, claro que no. No estoy bebido... estoy *bebiendo* —aclaró, y se carcajeó.

Mary no daba crédito a lo que veía. El conde de Luxe estaba irreconocible en su faceta achispada, y al parecer era de los que hacía bromas muy malas cuando estaba de aquella guisa.

Por un breve segundo, mientras él rellenaba el vaso que no había visto que sostenía en la otra mano y se lo ofrecía a ella, olvidando que una dama no podía consumir esa bebida, pensó que no debería aceptarlo como tampoco una señorita soltera debía quedarse en ese lugar con un hombre a solas. Pero, por supuesto, nada en la tierra sería capaz de logar que ella se moviera de allí.

Ni en sueños podría haber esperado estar alguna vez así con lord Luxe, y si no hubiera sido por el estremecimiento que sintió cuando sus dedos se rozaron al coger el vaso y el ardor que provocó el líquido quemando su garganta, creería que seguía en la cama, soñando una vez más con el dueño de su corazón.

Pero no, eso era real, y era una oportunidad que no podía dejar pasar.

Estaba por abrir la boca y decir algo elocuente, pero no pudo porque se atragantó. Nada acostumbrada a tomar licores tan fuertes, tuvo un acceso de tos grave. Lord Luxe chasqueó la lengua y la volvió a asombrar procediendo a golpear su espalda con suavidad hasta que la quemazón remitió y ella pudo respirar con normalidad de nuevo.

—Gracias —pronunció con tono ronco, secando las lágrimas que se le habían saltado.

Se dio cuenta de que sus manos temblaban. Sabía que era de pura emoción.

—No lo agradezca y perdóneme usted a mí, he olvidado que no está habituada a esta clase de licores. No crea que quiero emborracharla. Mejor deme eso antes de que decida hacerlo y aprovecharme de usted luego —dijo el conde arrebatándole el vaso, con su rostro tan imperturbable como siempre, pero con tono de mofa.

Mary se quedó de piedra, y sabía que con los ojos saliendo de sus órbitas y la cara ya tan roja que parecería un tomate.

—¿Acaso lo ha hecho antes, milord? Emborrachar a una dama para llevar a cabo su pérfido plan —aclaró cuando él la miró confundido, pretendiendo aparentar seriedad, pero fracasando en el intento.

—Oh, sí, decenas de veces, sobre todo en invernaderos a media noche. —Cabeceó Luxe con gesto perverso y un movimiento rápido de cejas. Mary estalló en carcajadas y él sonrió brevemente al oírla—. La verdad es que no lo hago. De hecho... no suelo abusar de la bebida —continuó, poniéndose serio. Bajó la vista a la mano que sostenía la botella. Su tono se volvió

taciturno cuando agregó—: Me recuerda a una persona que siempre lo hacía y luego provocaba un caos a su alrededor. Por eso nunca me emborracho, aunque últimamente estoy encontrando en estas botellas un oasis que me mantiene a flote.

Mary lo miró conmovida.

No entendía del todo lo que el hombre decía, pues él parecía estar hablando más para sí mismo, pero comprendió lo suficiente como para percibir que lord Luxe se sentía inmensamente desdichado y s pasado tenía mucho que ver en eso.

—Su padre... —empezó ella. Dudó antes de seguir—. Era... es decir...

—¿Un borracho? —la interrumpió Luxe. Se encogió de hombros y su mandíbula se contrajo cuando añadió con sequedad, dejándole ver solo su perfil—: Entre otras cosas. Pero no del tipo violento e iracundo, no. El honorable conde de Luxe era un caballero de pies a cabeza, encantador, sonreía desde el alba hasta el ocaso. Jamás se comportaba con pedantería o grosería, era el alma de la fiesta allí donde iba, un ser carismático al que todo el mundo seguía como si fueran abejas y él la miel. Era esa clase de persona que cuando no estaba dejaba un espacio enorme, pues él llenaba todo con su presencia luminosa, su desbordante energía e incansable optimismo. Su ausencia era imposible de cubrir.

» Un padre cariñoso cuando recordaba que, además de sus divertimentos y placeres, tenía una familia esperando en casa. Siempre se iba, no lo veíamos por largo tiempo, aunque no faltaban las noticias de sus andanzas aquí y allá, y siempre volvía a casa... hasta que un día simplemente no regresó.

Mary oía su relato en absoluto pasmo. Se había llevado una mano al pecho inconscientemente, como si así pudiera refrenar el impulso que la estaba ahogando, tratando de contener la necesidad de lanzarse hacia el castaño y brindarle todo su consuelo.

—¿Fue porque murió? —interrogó ella con tiento. Incapaz de aplacar sus ansias de contacto, apoyó su mano en el antebrazo del conde, que pareció salir de su trance, y giró la cabeza hacia ella.

Al ver su rostro anguloso y delgado transfigurado en una mueca de profundo tormento, contuvo el aire sintiendo un nudo en el pecho.

—Fue cuando se quitó la vida, cuando terminó con todo, cuando nos condenó a mi madre, mi hermana y a mí a esta existencia infernal... —declaró con voz rota, y sus ojos brillaron por las lágrimas que sabía que se negaba a dejar caer.

Mary jadeó, horrorizada, y sin pensarlo se puso en pie y se lanzó a los brazos del conde, que después de tambalearse dejó caer la botella y el vaso.

Ignorando el estropicio, se aferró a ella con todas sus fuerzas.

Ella cerró los ojos y apretó al hombre contra su pecho, y comprendió que para eso había nacido; que todo lo que había esperado había valido la pena solo para vivir aquel momento.

Ella era su ancla, y lord Luxe, cada latido de su corazón, que en aquel instante mágico, único e irrepetible desbordaba de amor.

Por lo que pareció una eternidad permanecieron así, aferrados uno al otro; ella acariciando el cabello del noble hasta que percibió que remitían los violentos temblores que le sacudían.

Lentamente él pareció volver a la realidad. Se separó de ella sin prisas de, que estaba de pie entre sus piernas, y se quedó mirándola fijamente.

Mary soportó su escrutinio y dejó caer los brazos a su costado, pero antes de poder apartarlos del todo, él tomó sus manos entre las suyas y las sostuvo con ahínco.

Agitada, ella lo estudió y se dio cuenta de que él hacía lo mismo, y que las sombras que teñían su semblante entristecido estaban desapareciendo y transformando su mirada lentamente hasta que sus ojos verdes fueron dos esferas encendidas y oscurecidas por algún sentimiento desconocido.

—Perdóname —susurró entonces él, rompiendo el silencio de aquella noche que los rodeaba. Mary frunció un poco el ceño incapaz de comprender, pero demasiado distraída por la forma de sus labios. Estaban tan cerca, pero no lo suficiente—. Perdóneme por hacer esto —siguió Luxe, con la voz reducida a un sonido grave y necesitado cuando terminó, al tiempo que tiraba de ella hasta hacerla impactar contra su pecho y aferraba su mandíbula con una mano y su cintura con la otra—. Pero necesito hacerlo más que estas flores al invierno. La necesito, Ensueño.

Y un parpadeo después, el conde la besó.

***

Maxwell sintió el dulce tacto de los labios de la joven como si fueran un bálsamo, como si se tratara de la medicina para todos sus males, y pese a que una voz en su interior le dijo que estaba muy mal aquello, que debía contenerse y no propasarse con la dama, no pudo hacerle caso. Haciendo oídos sordos, apretó aquellas curvas que tanto le enloquecían contra su torso, y profundizó en su boca hasta lograr que ella se abriera más para él y a su exploración lenta y ardiente.

Aun así, en su cabeza embotada por el licor había suficiente lucidez y sobriedad para saber que si seguían, que si sus manos se alejaban de aquella redondez que componía sus caderas generosas y se aventuraran por otros lares, no podría detenerse ya: seguiría hasta el final, hasta traspasar todas las barreras, y entonces por fin se sentiría en paz..., pero arrebataría el mundo de ensueño de esa mujer, y no podía ser tan nefasto y egoísta. No podía amarla si la dañaba, y él la amaba más que a su vida, ahora lo sabía con total claridad. Jamás podría arrancarse aquel sentimiento que sus labios intentaban transmitir con desesperación, nunca borraría de su alma lo que sentía por lady Mary Anne. Moriría amándola, ese sería el secreto que llevaría a su tumba, y

ella el último pensamiento antes de cerrar sus ojos por la eternidad.

«La amo, Mary, tanto que me duele respirar...», quiso decirle, pero en cambio apretó su cabeza para beber cada uno de sus jadeos y suspiros, repitiendo aquel mantra en su mente hasta que el aire les faltó y lentamente la dejó ir. Alejó sus bocas, pero no su esencia. Ella se coló aún más entre su piel y sus huesos, anidando en su corazón permanentemente, provocándole una herida que sabía no podría curar nada más que ella. Y no podía tenerla.

La dama respiraba tan agitadamente como él. Abrió los párpados despacio y sus miradas se cruzaron. Maxwell no hizo nada para ocultar lo que desbordaba su interior, no hizo acopio de su máscara de imperturbabilidad, no tenía fuerzas para ello ya que en sus brazos se sentía tan débil como poderoso, tan golpeado como sanado, tan sacudido como en calma. Ella ocasionaba todo eso y más, daba la vuelta a su mundo y lo hacía girar, vivir de verdad.

El silencio se extendió entre ellos y él no quiso llenarlo, pues lo que ansiaba decir estaba prohibido.

Ella, que tenía sus ojos ahora humedecidos, pareció comprender su caos y se alejó quitando las manos que tenía apoyadas en sus hombros. El calor que sentía quemando su ser se fue esfumando con cada centímetro que ella interpuso. Max quiso retenerla, pero obligó a sus manos a permanecer cerradas y pegadas a sus piernas.

Era lo correcto.

Lady Mary vaciló estudiando su rostro alargado parcialmente velado por las sombras con aquellos enormes ojos, tan inocentes como peligrosos, y sus facciones quizás imperfectas, poco simétricas, pero tan hermosas en ese instante, pues reflejaban su alma noble y rebosante de cosas buenas; de todo lo que a él le faltaba.

—Tendría que decir que lo siento —dijo Maxwell finalmente, notando la indecisión de la dama y bajando la vista hacia el lugar donde la botella se había hecho añicos. Luego buscó su mirada para añadir con rotundidad—: Pero no lo haré.

Ella, que había dejado caer los hombros, se enderezó, al parecer sorprendida. Él, a sabiendas de que no podría ya verlo con claridad debido a la poca iluminación, sonrió un poco divertido y un poco enloquecido y decepcionado de sí mismo, pues sabiendo que era el peor de los hombres no podía dejar de desear a la muchacha con tantas ansias que apenas podía contener el impulso de tomarla y dejarla con solo su tersa piel como vestido.

Quería hacerla suya como nunca había deseado nada.

—Debería huir, gatita. Debería salir ya mismo de aquí —prosiguió con la voz ronca y la fuerza de voluntad tambaleándose—. Váyase ahora que está a tiempo, porque de lo contrario haré algo que luego ambos lamentaremos —la advirtió, sintiendo su cuerpo enardecido.

—¿Y si yo no lo lamento? ¿Y si lo quiero tanto como usted, y no me importa lo que pase después? —murmuró ella con tono suave y tembloroso, casi jadeante.

Maxwell negó con la cabeza, soltando una risa seca por la fuerza con la que su cuerpo y su sexo reaccionaron a esas palabras.

—Créame que sí lo hará. Si se queda y deja que haga con usted lo que quiero, no solo lo lamentará, sino que me odiará, porque yo no puedo hacerle ninguna promesa, milady, no puedo darle nada más que lo que ve: un momento robado... y eso no es justo para usted —espetó finalmente él, percibiendo cómo ella contenía el aliento. Era mejor ser sincero. Aunque quisiera decirle todo lo que sentía, solo lo empeoraría todo—. Váyase y no miré hacia atrás, no hay nada que valga la pena aquí.

El nudo en la garganta le impidió continuar, y demasiado atormentado, cerró los ojos para evitar tener que verla alejarse de él; tener que mirar su expresión dolida, decepcionada.

—Jamás podría odiarlo, lord Luxe. Después de todo, no se odia a lo que se ama en verdad. Tampoco lamento nada, sé que usted es bueno para mí, solo falta que también lo crea. Buenas noches, milord —declaró lady Mary Anne con tono firme.

Maxwell cayó en la cuenta de lo que decía dos segundos después, y en su pecho se abrió una nueva grieta.

Cuando sus ojos se abrieron, ella ya se había marchado.

Solo estaba él, desolado y vacío. Quizás todo había sido un sueño y ella no había dicho con su voz dulce que lo amaba.

Lo amaba.

Quiso gritar de frustración y angustia, rogar que no se fuera, que se quedará allí, que lo volviera a abrazar fuerte, que jamás lo soltara... Mas calló y se quedó ahí, con su soledad y demonios, su única compañía fiel.

El vaso aún conservaba el licor, aunque se había caído casi todo el contenido, y Max lo bebió deseando que con ese acto el frío que calaba hasta su alma mitigara un poco.

Nadie podría amarlo, estaba demasiado arruinado para eso.

De todos modos, ya estaba todo dicho, y lo mejor que había hecho en mucho tiempo era advertir a aquella cándida muchacha que se mantuviese alejada. No quería dañarla, y siendo él... solo eso ocasionaría.

***

A la mañana siguiente, Mary amaneció con energía renovada. Sabía que después de lo sucedido en el invernadero nada podría ser igual. Lord Luxe le había dejado claro que no tenían futuro y que debía alejarse, pero sus ojos, sus besos, y todo su cuerpo le habían gritado otra cosa muy diferente. Y ambos lo sabían, porque el conde le había permitido ver lo que callaba, lo que sentía, y no le había ocultado nada.

Mary tenía ahora la certeza de que Luxe la amaba, tanto o más de lo que ella lo quería, y por motivos que solo el conde conocía, estaba decidido a protegerla y mantenerla lejos.

Lástima que ella no fuese buena siguiendo órdenes, y menos cuando se hacían con tan poca convicción. Su amado era un príncipe en apuros, y ella estaba dispuesta a cortar cabezas de dragones por él.

Decidió que se pondría el vestido color durazno de día que aún no había estrenado, y con expectación pidió a la doncella que le habían asignado que le ayudara a prender los botones de la espalda.

Al parecer, estar enamorada también engordaba, porque los últimos botones no prendían y la pobre criada estaba haciendo esfuerzos para juntar los fragmentos de terciopelo, sonrojada por estar en aquel brete de tener que decirle a una dama que el vestido le reventaría.

Mary la detuvo, y conteniendo la risa le dijo que no se preocupara, que se colocaría un chal y así nadie se percataría de que la prenda no estaba del todo abotonada.

De todos modos, sus senos estaban por escapar del escote. Si bajaba así infartaría a más de uno, además de que lady Campton la regañaría.

Afortunadamente para ella, que estaba muy distraída como para socializar con los invitados que no conocía, Clara la interceptó en cuanto puso un pie fuera de la habitación y la guio hasta su sala de estar privada.

Ella la siguió contenta, sopesando la idea de revelarle a sus amigas lo que había acontecido con el conde. Pero temía la reacción de ellas y que le dijeran que debía hacer caso de la advertencia del caballero. No quería escuchar eso porque no quería dudar de su decisión.

Para su sorpresa, cuando traspasó el umbral encontró la habitación decorada en colores ocre y verde oscuro ocupada por el anfitrión, el duque y Brianna, pero su mirada se quedó prendada en la de la cuarta persona que permanecía sentada junto a la ventana.

Lord Luxe no la desvió como había esperado, sino que se la sostuvo y hasta dejó vagar la vista por su cuerpo en una rápida inspección que provocó que reaccionara enseguida.

Sabía que se había quedado como una estatua, así que sonrojada, disimuló lo más que pudo, y tras saludar a los caballeros que se habían puesto de pie y a la pelirroja, tomó asiento y procedió a comer varios panes de jengibre para calmar las ansias que atenazaba su estómago.

Si el conde de Luxe continuaba dedicándole aquellas miradas seductoras y ardientes no se haría cargo de lo que sucediera. Porque si cuando la ignoraba apenas podía contenerse, si la tentaba con esos ojos que parecían los del mismo Lucifer incitando al pecado, la haría cometer una locura... Como lanzarse a sus brazos y besarlo hasta que los ingleses vistieran como el duque de Fisherton en las bodas.

¡Ay, por Cristo! Solo de imaginar al conde con esas faldas le entraba un fuego que Dios santo... se moría.

—Ay, Mary, ¿estás bien? —preguntó Brianna alarmada, golpeando su espalda. Clara le pasó un vaso de agua.

—Sí, sí, solo se me atoró un pedazo de pan —dijo entre espasmos, aclarando su garganta.

Mejor se comportaba y evitaba mirar en la dirección en la que Luxe la observaba con gesto de burla. A los demás les pasaría inadvertido, pero Mary ya empezaba a conocerlo, y para qué mentir... solo la alborotaba más.

Debía descubrir qué impedía al conde estar a su lado o terminaría mas loca que enamorada.

***

La reunión que Clara había organizado sirvió de distracción para Mary, que pudo relajarse y dejar de lado por unos minutos las cavilaciones sobre su incipiente acercamiento al conde de Luxe.

La condesa miraba en silencio a todo el grupo reunido en su salón de estar mientras su esposo y ella debatían sobre la mejor manera de lograr que la parejita que componía lord Vander y su amiga Abigail se acercara sin empezar a discutir como hacían todo el tiempo. Lord Fisherton, Brianna y lord Luxe permanecían callados, el duque divertido y los otros dos con gestos algo aturdidos ante cada descabellada idea que Mary argüía.

—¿Y si montamos una pantomima y representamos *Romeo y Julieta*? —exclamó entusiasmada, mirando a los presentes. Esperando una respuesta, insistió—: Lord Vander podría ser Romeo, y Abigail, Julieta. ¡Hasta es rubia y todo! Bueno, debajo de la cofia lo es. Entonces ¡tendrían que besarse con la excusa de la actuación!

—Sabe que ellos terminan muertos, ¿no? —espetó con sequedad Luxe, negando con la cabeza.

Mary lo miró y tartamudeó, encogiéndose:

—Ay... cierto... es que... Me enteré de que tal vez se morían y no lo terminé de leer por temor a que, en efecto, fuese así. Dejé de leer en la parte que están juntos por última vez. Prefería hacer de cuenta que ese era el final.

—Pues no, es una tragedia y termina con ambos protagonistas muertos —sentenció Luxe, elevando sus cejas en un gesto que pareció impaciente. Para ella, que ya sabía identificar sus escasas expresiones, fue obvio que estaba divertido.

De igual manera, Mary se cruzó de brazos y frunció el ceño, molesta. Acababa de hacer trizas sus ilusiones acerca del final feliz de la obra. Ahora ya no podría fingir que la historia más romántica que había leído terminaba como ella quería.

«Malvado caballero... Ruin señor», pensó, ofuscada.

—Gracias por la información, milord —pronunció con ironía.

El conde torció la boca con sorna y contestó:

—De nada.

—Entonces lo de la obra queda descartado —intervino lord Lancaster, y todos suspiraron impacientes.

—Sí. Siendo ese el final, no parece muy romántico, y probablemente se matarían en serio —masculló Mary, desalentada.

—Creo que tal vez deberíamos dejar que ellos mismos asuman lo que sienten y decidan qué hacer con su relación —se sumó Brianna, y obtuvo quejas y murmullos de protesta.

—Si esperamos a eso, ese par admitirá lo que siente cuando tenga ochenta años —rezongó lord Lancaster.

—Yo digo que los emborrachemos y encerremos en una alcoba toda la noche. Vander puede parecer lento, pero hasta el inglés más patoso caería en esa trampa —propuso el duque de Fisherton, echándose hacia atrás en su silla. Los demás lo observaron aturdidos—. ¿Qué? Ah, no me digáis nada, eso está prohibido, ya me parecía —se quejó el escocés, desviando la vista hacia Brianna que, por supuesto, ya estaba ruborizada. Lo estuvo más cuando el rubio agregó—: Te has salvado, bonita flor.

Mary contuvo un suspiro al oír esa declaración descarada y miró de reojo al conde. Ya quisiera ella tener la suerte de quedar encerrada en cualquier lugar con aquel hombre. Pero de seguro ni borracho lograba que la comprometiera.

Eso había sonado demasiado fuerte hasta para ella, pero es que estaba desesperada desde antes, y haber probado los labios del conde no había hecho más que acrecentar su deseo.

—Seguramente, lady Abigail asesinaría a Vander con el atizador de la chimenea —aventuró Luxe, y todos rieron menos Clara, que permanecía pensativa acariciando su vientre algo hinchado por todo lo que había ingerido en cuestión de minutos.

Después de un rato, Mary tuvo una repentina iluminación, y conteniendo apenas la emoción dijo en voz alta lo que pensaba.

—Bien, está decidido entonces. La idea de lady Mary Anne me parece magnífica —decidió lord Lancaster, atrayendo la atención de su esposa.

—Un momento, esperen, ¿qué decidieron? —interrogó perdida Clara, mirando la expresión de desbordante emoción de Mary y la de duda en los demás.

—Organizaremos una competición. Una competencia de habilidades entre los hombres que servirá de entretenimiento para nuestros invitados, querida, y también para que mi hermano pueda demostrar a lady Abigail sus muchos talentos. Lo astuto será que el caballero que se alce como el ganador del torneo pueda elegir a la dama que desee como acompañante a la feria del pueblo que llega mañana —anunció Lancaster, entusiasmado.

—¡Clara, será tan romántico! Imagina a todos los caballeros compitiendo por nosotras,

viéndose tan gallardos... ¡Ah! —Suspiró ella, soñadora, y al darse cuenta de su error se sonrojó intensamente y dijo apresurada—: Es decir, compitiendo por Abby, claro.

Aunque a ella solo le importaba ver en acción a su conde. Con facilidad podría fingir que era por ella que él se enfrentaría a quienes pretendían arrebatarle su amor, y con eso en mente lanzó una mirada coqueta al conde, encantada de que este pareciera adivinar sus pensamientos, ya que a pesar de que solo gruñó y miró hacia otro lado, la comisura de sus delgados labios tembló misteriosamente.

—Pero... si lord Vander no ganara, ¿qué sucedería? —arguyó Clara, dubitativa.

—¡Ganará, milady! Nosotros, como buenos amigos, nos aseguraremos de ello —terció el duque, moviendo sus cejas con picardía. Guiñó un ojo a Brianna, que no pudo hacer más que bajar la mirada sonrojada hasta el escote.

Mary, por su parte, evitó enfocar a su conde. Todo aquel asunto era muy romántico, deseaba que Abigail tuviera su final feliz. Pero no estaría de más que de paso lord Luxe se contagiara y terminara aquellas Navidades proponiéndole casamiento.

Al fin y al cabo, su historia de amor aún no estaba terminada, y quizás la mano detrás de esa maquiavélica trama se apiadara de ella y escribiera ese final feliz con el que tanto soñaba.

Feas del mundo... Crucen los dedos para que así sea.

CAPÍTULO 16

«Tú le has dado el deseo de su corazón,
y no le has negado la petición de sus labios».

Salmos, 21:2

Después del almuerzo, todos los presentes se congregaron en el enorme prado que se extendía en un lateral de la mansión y observaron cómo los sirvientes colocaban los diferentes juegos siguiendo las instrucciones de Marcus. El desafío sería de a dos contendientes por vez.

Las damas protegidas por sus parasoles miraban los preparativos, y debajo de las sombras de los almendros estaban los invitados mayores entretenidos en una conversación.

El resto de hombres jóvenes, quienes serían los únicos en participar, hicieron acto de presencia después de permanecer en el interior de la mansión preparándose para la contienda, captando toda la atención.

Mary, protegida de la nieve por varias capas de terciopelo, contuvo el aliento al ver aparecer al conde de Luxe. Sabía que él no se acercaría al grupo donde ella estaba, pues tal y como habían planeado dejarían que solo lord Vander fuese quien reclamara la compañía de una dama como recompensa por ganar la contienda, y por supuesto el conde elegiría a Abigail.

No obstante, ella se entusiasmó viendo a su amiga, que rara vez demostraba alguna emoción, enrojeciendo cuando Vander caminó hasta ella y la eligió depositando una rosa azul en su mano.

Lo único malo era que sir Wallace se le había adelantado y escogido también a la rubia, pero había que ser optimistas y confiar en que el conde sería tan atlético como se veía.

Para sorpresa de todos, que apenas salían de su estupor al ver aparecer a Fisherton ataviado con sus extrañas ropas escocesas, el duque no dudó en dirigirse hacia la ruborizada Brianna y entregarle una rosa roja, dejando claro que se declaraba como paladín de la joven y causando en todos verdadera conmoción, pues llevaba las piernas al aire y parecía un auténtico salvaje.

Mary aplaudió emocionada al igual que Clara y el resto de mujeres menos Meredith Gibson, la hermana de la madrastra de las Thompson, que no podía ocultar su fastidio por haber sido escogida por el joven sir Richard.

En el fondo no podía negar que había deseado que lord Luxe la eligiera, algo en exceso estúpido, pues ya habían acordado que no debía hacerse. Pero ¿qué podía hacer? Su alma romántica nunca atendía a las razones de la lógica e insistía en soñar sandeces.

Un hondo suspiro escapó de su boca mientras se acercaban a la línea de salida. Todas susurraban escandalizadas y se abanicaban en pleno invierno con la vista fija en la piel que enseñaba el gigante escocés y en sus músculos de acero, ya que por supuesto las solteras no habían visto jamás a un hombre semidesnudo.

Pero Mary miraba a Luxe, que conversaba con el duque y aún no se había girado en su dirección. Él llevaba un traje de montar de color gris y se veía imponente, casi quitaba el aliento, de hecho, con su silueta remarcada por la ajustada prenda. Parecería un auténtico príncipe si tan solo quitara esa expresión severa que le asemejaba más a un ogro.

Una vez el caos cesó, los equipos se formaron. Lord Henry contra lord Luxe, el duque de Fisherton contra lord Marcus y lord Vander contra sir Richard; así fue como se dictaminó que se enfrentarían los caballeros.

—¡Que empiece el juego! —proclamó Marcus, y los aplausos entusiasmados inundaron el prado.

***

Luxe ya se estaba arrepintiendo de haber aceptado seguirle el juego a Lancaster y al resto cuando salió de la casa y vio al moreno correr de aquí para allá dando directrices.

Tenía el presentimiento de que aquel alocado plan no saldría bien y todos terminarían haciendo el ridículo.

Sabía que lady Mary Anne estaba allí, la había estado contemplando desde el interior de la casa y le había divertido mucho que estuviese tan exageradamente abrigada. Llevaba tantas capas de tela encima que apenas se veían sus ojos enormes y la punta enrojecida de la nariz.

Era un ser adorable, pensó mientras hacía de cuenta que no se había percatado de que la dama estaba en ese momento boquiabierta admirando a McFire, al igual que toda fémina del lugar.

—¿Se puede saber qué rayos tienes puesto? —inquirió Maxwell, a su amigo quien se puso junto a él—. Es indecente.

Estaba contrariado, no celoso. Eso no. Solo le parecía incorrecto que el rubio apareciera frente a mujeres decentes de esa guiza.

Pero si uno de los brazos de McFire eran como dos brazos de él. ¡Era un crimen enseñar aquello!

—¿Indecente? ¿Eso que estoy percibiendo es envidia, Grayson? —se mofó Alexander, mirándole de reojo.

—Para nada, solo digo que estás escandalizando a las damas y que cogerás un resfriado así, desnudo —alegó con sequedad.

—Mira, más indecente es llevar el trasero apretado en esos pantalones que todos llevan y que

no les permitirán moverse con libertad. Y no estoy desnudo, este es mi atuendo de lucha. Creí que íbamos a competir. Además... Las mujeres no se ven escandalizas, ¿no crees? —rio el escocés, señalando con la cabeza al grupo de damas que ya se había posicionado junto a la línea de llegada y que no le quitaba la vista de encima. Todas estaban echándose aire a pesar de estar tapadas con sendos abrigos de terciopelo y piel, cuchicheando entre risas; incluso las ancianas tías Bennet—. Hablando de eso, ¿por qué no escogiste una dama para entregar tu rosa? Pensé que le darías una a la morena voluptuosa —comentó con una ceja alzada.

Maxwell se tensó considerablemente. Maldito fuera el escocés por sacar el tema a colación. Daría lo que fuera por poder hacer esa simple declaración de interés. Cuánto anhelaba hacerlo. Pero no podía porque significaba dejar en claro públicamente que él pretendía a lady Mary Anne, y eso era imposible. Sin tan solo llegara la maldita carta que tanto esperaba y por la que rogaba día y noche contuviese en su interior el mensaje que necesitaba leer, y no su sentencia de muerte, su condena a vivir definitivamente alejado de la joven Russell...

Solo le quedaba aguardar aferrado a esa esperanza.

—Eso debería preguntarte yo —le respondió, acelerando la marcha—. ¿Qué diablos pensabas al entregarle una flor a la señorita Colleman? ¿Acaso no sabías que solo las damas solteras reciben en estos casos una, y que, si algún caballero le hace entrega de una rosa o pañuelo, está haciendo una declaración de estar interesado en la dama en cuestión? Menos mal que estamos entre familia, o ya tendrías al padre encima de ti para arreglar el cortejo oficial.

» Por otro lado, la idea era que solo Vander hiciera gala de ese gesto romántico, no tú o el resto de nosotros —bufó Max, negando con su cabeza.

—Pues qué aburridos y dramáticos resultasteis vosotros los ingleses. En mi tierra es la dama la que elige al paladín, entregándole un retazo de su velo, y si este le acepta y gana, luego recibe un buen beso de premio y algún toque travieso también... y nadie termina en el altar. Creí que aquí sería lo mismo, y no pensaba permitir que otro besara a la mujer que reclamé para mí... o tendría que mandar el juego al diablo y arrancarle la cabeza al que se atreviera —gruñó el duque, ignorando su incredulidad. Luego agregó, bufando exasperado—: Montón de afeminados lloricas... Le quitáis la diversión a todo.

—Bueno, ahora que estamos todos, explicaré las reglas y la modalidad del desafío —anunció Marcus, interrumpiendo su charla al golpear sus palmas enguantadas.

Maxwell aprovechó para espiar a lady Mary por encima de la cabeza de Vander, y no se sorprendió cuando sus miradas colisionaron.

Adivinó por el rubor que apareció en la piel de las mejillas semi cubiertas por una bufanda que la joven estaba avergonzada, y eso le hizo desear reír. Algo que no hizo, aunque no pudo evitar torcer la boca en una mueca sardónica. Le alegraba que, a pesar de que allí hubiera caballeros tan varoniles como Fisherton o de buen ver como Vander, la dama tuviese su atención

puesta en él.

Era justo, porque él solo tenía ojos para ella.

A la distancia casi podía sentir esa sensación de ardor que le poseía cada vez que se deleitaba estudiando a la joven, y la que le inundaba cuando había podido besarla y acariciarla. Su hambre de ella era una llama que cada día crecía en su interior, que se avivaba con cada pensamiento, con cada sueño, con cada segundo que deseaba a esa mujer, y que sabía que terminaría por transformarse en un incendio voraz que devoraría su ser por completo.

No sabía cómo ni cuándo, pero tenía la absoluta certeza de que ella estaba destinada a ser suya.

Tenso, endurecido y acalorado por sus ansias reprimidas, apenas prestó atención a las instrucciones que Lancaster les daba.

Cuando le tocó su turno, y mientras el criado recargaba el arma con la que debía disparar al blanco colocado a varias yardas, se llevó una mano al pecho y sonrió brevemente cuando ella siguió el movimiento con su mirada café. Sus ojos se desorbitaron al notar lo que la chaqueta de su traje de montar llevaba sujeto con un prendedor: el muérdago que ella le había entregado en la biblioteca. Se apreciaba claramente, y a pesar de que nadie más lo entendería, para ellos dos quedaba claro lo que quería decirle con ese detalle. No le había podido entregar una flor, pero con ese gesto había seleccionado a la dama a la que deseaba impresionar, a la que querría como premio en ocasión de ganar.

Proclamaba que, sin lugar a dudas en su corazón, lady Mary Anne Russell era suya.

Finalmente, todos los esfuerzos de la Hermandad y sus nuevos aliados resultaron en vano, ya que lord Vander fue derrotado en el juego final por su rival en la mano de lady Abigail, sir Wallace.

Desanimados, aquella noche no extendieron su estancia luego de la cena, y todos los invitados se retiraron a sus aposentos.

Mary intentó quedar cerca del conde de Luxe en varias oportunidades para conversar, pero su carabina no se le despegó un segundo haciéndole imposible llevar a cabo sus deseos.

***

Con la llegada de la mañana y el penúltimo día de su estadía en la casa de los Lancaster, Mary despertó con expectativas renovadas y se acicaló concienzudamente antes de bajar a desayunar.

Su doncella le había recogido el cabello en un moño flojo y ayudado a seleccionar el más favorecedor de sus vestidos, un atuendo color verde claro de terciopelo y encaje que al menos no le hacía parecer un saco de papas anudado.

Esperanzada por los acontecimientos de la mañana anterior en los que su caballero había

hecho una declaración de amor incomparable para ella —aún no salía de su emoción—, descendió hasta el comedor, pensando que las parejas que bajarían hasta el pueblo para ir a la feria se habían marchado. El resto de invitados tendría que permanecer en el interior de la casa departiendo entre ellos, y allí se toparía con Luxe.

No obstante, apenas cruzó el umbral, notó que el conde no se encontraba en la estancia. Tampoco sus amigos. Definitivamente, su mala suerte regresaba. Suspirando, se dispuso a darse aliento con los manjares que habían dispuesto en la mesa al tiempo que conversaba con Brianna y Clara.

De todos modos, aún le quedaban dos noches bajo ese techo y su suerte podía cambiar. No todo estaba dicho.

***

Maxwell sabía que seguir al conde Vander en la ridícula persecución de lady Abigail era una nefasta idea, pero como de costumbre sus amigos le convencieron.

El resultado había sido que una vez estuvieron en los terrenos que lindaban a la feria, y desde donde los cuatro podían espiar a la pareja inspeccionando los puestos y conversando a gusto, el conde anunció que tenía un plan perfecto para alejar a la mujer con la que pretendía desposarse sir Wallace.

Fue ingenuo de su parte aceptar seguirle hasta la feria, porque una vez allí, Marcus y Alexander partieron a distraer al caballero rival de Vander mientras ellos seguían bordeando el lugar. Repentinamente. el rubio señaló con mueca de espanto una derruida carreta en la que se veía un cuerpo en posición horizontal, como si la persona estuviera inconsciente.

Maxwell se preocupó por quien parecía una frágil anciana, y apeándose de su montura trepó hasta entrar bajo el toldo del carromato.

Fue allí que la puerta se cerró a su espalda. Al tiempo que la mujer se sentaba sin esfuerzo y lo miraba de arriba abajo con una mueca que no pudo interpretar más que como lasciva y comenzaba a acercarse a él, que retrocedió golpeando su espalda contra el acero oxidado de la puerta, confuso y a la vez comprendiendo la trampa, que se oyó la voz amortiguada de Vander decir:

—Lo siento, Luxe, no dolerá. Tú solo cierra los ojos.

***

Una hora después, Mary paseaba por las tierras que abarcaban la propiedad de los condes, decidida a despejar su mente y a olvidar que la carta que había llegado de su padre le daba un

mal presentimiento. Su amado progenitor decía estar bien y le encomendaba no preocuparse por su salud, pero ella no podía evitar temer que le estuviera ocultando su verdadero estado.

Tan distraída iba que no fue capaz de ver el agujero que estaba parcialmente cubierto por la nieve derretida hasta que su pie pisó sobre el aire. Con un grito, cayó aparatosamente. Su pierna derecha quedó aprisionada hasta la cadera en el orificio, dejando la otra fuera y causándole un fuerte dolor.

Con lágrimas contenidas y la respiración entre cortada, intentó desprender su extremidad, pero al no tener de donde aferrarse más que la nieve, que no servía de apoyo, le fue imposible hacerlo.

«Fantástico», pensó, mirando a su alrededor. Estaba muy lejos de la casa y del camino principal, rodeada de árboles y no se veía ni un alma en cientos de yardas.

Moriría despedazada por algún animal. Eso si llegaba a la noche con vida, porque la temperatura comenzaba a descender. Maldita la hora en que había decidió aprovechar que lady Campton se había quedado dormida para escabullirse.

Solo rogaba que, a alguien, cualquier persona de buen corazón, se le ocurriera pasar por allí, o definitivamente estaba perdida.

***

—¡Jamás volveré a seguir a tu hermano en ninguna de sus estúpidas ideas! —dijo Maxwell indignado, azuzando su montura.

—Bueno, no puedes negar que la mujer tenía su encanto —argumentó Marcus, conteniendo su hilaridad.

—¿Encanto? ¡Esa anciana me ultrajó! Colin me las pagará, todavía siento las manos huesudas de esa señora en mi trasero —se quejó, con el rostro descompuesto.

Marcus y Alexander se miraron, y al recordar cómo Vander había logrado ocupar el puesto de la adivina de la carpa en la que lady Abigail pretendía ingresar, intercambiando su lugar por una petición de la anciana, estallaron en carcajadas que parecían interminables.

—¿Y el beso que tuviste que darle? ¿Cómo fue? Te vi muy apasionado, amigo mío, creo que eres mi nuevo héroe. Esta historia debería ser contada por los mejores trovadores —se burló el duque, quien junto a Lancaster le socorrieron al oír sus gritos desde el interior de la carreta.

—Sois unos imbéciles. Si decís, aunque sea una palabra sobre esto, juro que haré de vuestras vidas una pesadilla. Y con respecto al traidor de tu mellizo, puedes decirle que le retiro mi amistad. ¿Cómo pudo hacerme creer que la anciana estaba desvanecida y luego encerrarme con ella en ese mugriento carromato? ¡Eso es traición! ¡Y vosotros sois cómplices! Me vuelvo a la ciudad, me he cansado de soportaros —reprochó airadamente, y luego se adelantó hacia la casa.

—¡Nosotros estábamos cumpliendo la orden de espantar a Wallace, no puedes culparnos por el hecho de que la mujer eligiera tu trasero como el más apetecible! —exclamó Marcus, viendo la figura rígida del conde alejándose a galope.

—¡No seas llorica, inglés! ¡Después de todo, un poco de cariño no se le niega a nadie! —vociferó McFire entre risas que contagiaron a Marcus.

Maxwell se tragó un derrotero de juramentos y guio su montura por el camino que regresaba a la mansión, deseando realmente volver a la ciudad de inmediato, pero sabiendo que no lo haría. Tenía algo pendiente con determinada dama, y no podía irse sin al menos saber que había esperanzas para ellos. Quería disfrutar un poco más de tiempo junto a lady Mary Anne antes de tener que volver a la realidad de su vida y responsabilidades y hacer de cuenta que no le esperaba un futuro deprimente.

No fue consciente de que mientras su mente volvía a considerar el problema que no podría eludir, su caballo se desviaba por una ruta alternativa, la que bordeaba las tierras de Lancaster por el lado este, hasta que llegó a una zona de árboles sin vegetación y algunos troncos caídos. Suspirando, tiró de las riendas para guiar a su montura en dirección contraria, cuando tanto el animal como él se paralizaron y agudizaron los oídos.

Alguien gritaba.

Al tercer intento, corroboró que era una mujer quien vociferaba suplicando auxilio. Y sin saber cómo, algo se activó en su interior, una especie de instinto que le hizo sacudir las riendas y salir disparado hacia el lugar desde donde provenía el llamado.

Pronto se encontró desmontando antes de que el corcel se detuviera y corriendo hacia la figura que apenas se sostenía erguida sobre la nieve que comenzaba a aplastarla y hundirla.

—¡Milady! —exclamó, nervioso, cayendo de rodillas al lado de Lady Mary. Esta abrió los ojos al verle llegar y se sonrojó considerablemente.

Él examinó la situación con ansiedad. Parecía que una de sus piernas había quedado atrapada, y además de estar cubierta de nieve en la cara y el cabello, su vestido y capa se habían subido hasta la cintura, dejando expuestas sus enaguas y las gruesas medias blancas de algodón y encaje que tapaban su extremidad libre.

—No se mueva, trataré de liberar su pierna —le indicó, desviando sus ojos de la dama. Tras un asentimiento efusivo, comenzó a cavar con rapidez.

Unos minutos después, ella gimio y se arrastró hacia arriba ayudada por él hasta que logró quedar sentada y acomodar sus ropas, avergonzada.

Luxe, aún agitado, se ubicó a su lado. Obviando lo humillante de la situación, hincó una rodilla y extendió la palma a la vez que decía:

—Permítame revisar su pierna, milady. Puede que tenga una herida de consideración, y si es así hay que llamar a un doctor.

La joven jadeó y negó dos veces, pero al notar la determinación en sus ojos, cedió. Con timidez, levantó su vestido y enaguas y se quitó el calzado sucio y destrozado.

Él contuvo el aliento y sintió su pulso acelerarse al ver la curva delicada de su pantorrilla y su delicado empeine, pero disimuló cuanto pudo su nerviosismo.

Ni que fuese la primera vez que veía una pierna femenina, se decía a sí mismo despectivamente, pero su cuerpo no estaba de acuerdo, porque su pulso y corazón latían desbocados cuando tomó su extremidad y pasó las manos por cada hueso, tratando de comprobar que todo estuviera en orden.

Era su deseo tan largo tiempo reprimido por la joven el que le estaba traicionando, y su imaginación, su pérfida imaginación, la que no colaboraba en recordar que se encontraban a la intemperie y que la dama estaba seguro dolorida y asustada.

Efectivamente su tobillo estaba levemente inflamado, porque al rozarlo ella siseó de dolor. Y él detuvo su inspección, carraspeó y, evitando mirarla a la cara, le informó:

—No parece haber ninguna fractura, milady, pero el golpe le ha resentido el tobillo. Debería regresar a la casa, reposarlo un par de horas y colocarle alguna compresa helada.

Se sintió ridículo, pues hasta médico parecía y no tenía idea de esa ciencia. De hecho, tenía bastante recelo hacia los doctores y todo lo referente a su actividad. Había visto que a menudo estos gozaban de experimentar con sus pacientes, y su madre había sufrido a manos de esa clase de estudiosos.

—Oh, de acuerdo, yo... sí... siento algo de dolor, pero no demasiado —tartamudeó ella—. Eh... milord... puede... puede usted... —añadió muy sonrojada, señalando su pierna en donde él seguía tocando y pasando el pulgar inconscientemente por el empeine raspado.

—¡Ah! Sí, sí, ¡por supuesto! —pronunció avergonzado, soltando su pierna y volviendo a sentarse junto a ella.

Mary estaba nuevamente cubriendo su desnudez con obvia ansiedad.

—Quería agradecerle, milord, por haberme salvado —expresó ella, y cuando sus ojos se encontraron e indefectiblemente dejó vagar su vista hasta posarla en sus labios tan deseables para él, ella se mordió el labio inferior, haciéndole entrar en combustión repentina. Agregó, con precipitación—: De verdad estaba aterrorizada, creía que nadie me hallaría aquí, nadie camina por estos lares y además ya está bajando el sol, y entonces las alimañas y animales podrían decidir que soy una buena fuente de alimento. Y no se lo reprocharía, sabe Dios que en este cuerpo hay carne de sobra para alimentar a toda una jauría de lobos, y hasta las aves del cielo, y sobraría igualmente. De todos modos, eso no sucedió gracias a su oportuna aparición, creí que estaba soñando cuando apareció a lomos de su corcel, como un gallardo príncipe. Oh, pero no es porque sueñe yo a menudo con usted, no, no, claro que no. Solo de vez en cuando, bueno... más seguido de lo que debería, para qué voy a mentirle, pero ya debe saberlo usted, ya debe estar al

tanto de que la mitad de las señoritas suspiran por su mera presencia y la otra mitad desea desposarlo. Oh, pero no crea que yo pertenezco a ese grupo de desesperadas, bueno... desesperada no soy, pero sí un poco apurada, es que ya no estoy en mi primer hervor, y según mi nana, si sigo soñando con condes apuestos y... Olvídelo... si continúo aguardando milagros me quedaré para vestir santos. Pero seguro le estoy aburriendo, aquí hace frío. ¿Sabía que cuando hace frío se despierta el apetito de las personas que disfrutan comiendo dulces? Yo no soy de esas personas que pecan de gula, solo de vez en cuando me robo las sobras del desayuno o me cuelo en la cocina para robarme el pastel de arándanos y luego culpo a los ratones, pobrecitos, ¡pero es que ese pastel es mi perdición! Ay, pero qué va a pensar usted de mí, que soy una maleducada si casi no ha dicho nada... ¿Siempre es tan serio y callado?

—¡Milady! —pronunció Maxwell, aturdido y a la vez inmensamente divertido. Se adelantó y sorprendió a la joven cuando cubrió con la palma la boca que ya estaba formulando una nueva frase. Un suspiro de alivio escapó de él, que no pudo contener la sonrisa al ver los ojos abiertos como platos de la dama cuando añadió, con tono insinuante—: No tiene que estar nerviosa ni intentar llenar con palabras el silencio, a veces pueden hacerse otro tipo de actividades que le aseguro que pueden ser infinitamente más placenteras.

—¿Activi... dades... milord? —se atragantó ella cuando quitó su mano. Pero no la soltó, sino que aferró sus mejillas y la acercó hasta rozar sus narices, provocando que ella emitiera un jadeo.

—Déjeme que mejor le muestre a lo que me refiero, Ensueño —contestó con tono ronco, y antes de darle tiempo a analizar esa respuesta, estampó sus labios contra los suyos, sintiendo entonces que respiraba de nuevo después de largo tiempo.

CAPÍTULO 17

«Deseo, seducción.
Entrega, pasión.
Felicidad, agonía.
Amor, melancolía.

Un sentimiento eterno,
un sueño de
pasión prohibida,
un adiós».

Extracto de la libreta de lady M.R

Aquella mañana de invierno, Mary comprendió que sin importar lo que sucediera en su vida y estuviese o no destinada a ser su unión con el conde de Luxe, su corazón había escogido al hombre a quien amaría hasta el último suspiro de su existencia.

Y de algún modo extraño, sus besos, miradas y silencio le dijeron que él sentía lo mismo por ella.

El sentimiento que flotaba entre ellos era tan palpable, tan intenso e innegable, que no cabía duda de que ambos habían caído presos de un amor eterno, de esos que ligaban las almas de una manera trascendental más allá de cualquier medida, de todo argumento, de cualquier impedimento; más allá del tiempo, el espacio, la lógica y pensamiento.

Se amaban, lisa y llanamente.

Y entre besos y caricias ardorosas y contenidas, sobrecogidos y amedrentados por la intensidad de lo que estaban sintiendo, se alejaron y en estupor silencioso regresaron a la casa. Escaparon de aquel instante íntimo que habían robado al tiempo, sabiendo que a partir de ese momento la realidad en la que habían convivido como dos extraños cordiales ya no podría existir. El deseo y la pasión habían germinado en sus cuerpos hasta hacer que en sus corazones floreciera un amor impetuoso, un amor que era tan poderoso y violento que arrasaría con todo, que desvastaría sus vidas si no hacían algo para impedirlo; si no se protegían mutuamente.

Era una clase de amor que hacía renacer las almas, pero que si se lo permitías te podía destruir y hundir hasta lo más profundo.

Un amor verdadero.

***

Aturdido, Luxe deambuló por la casa, devanándose los sesos en su afán por encontrar una salida a la encrucijada de vida.

Moría por declarar sus sentimientos a lady Mary Anne, por presentarse frente a su padre y pedir su mano, por desposarla frente a un altar o huir con ella y hacerla por fin suya, ser suyo en libertad. Pero no podía, no hasta saber aquella verdad que le mantenía en la desidia.

La desesperación de saber que en dos días debería abandonar la casa de los Lancaster y que con el receso de la temporada serían casi nulas las posibilidades de toparse con la dama le estaba destrozando.

Y así pasó la hora del almuerzo y llegó la tarde que lo encontró encerrado en la biblioteca del conde, oyendo las quejas de Vander y sus improperios en contra del primo de las hermanas Thompson.

El rubio parecía desencajado mientras recorría la estancia de arriba hacia abajo. De vez en cuando se detenía a mirarlo a él, que a sabiendas de cuánto le molestaba que no le prestaran atención cuando estaba con alguno de sus arrebatos, permanecía con la vista fija en la ventana y en los copos de nieve que caían fuera, incesantes, dando un trago a su vaso de brandy con languidez.

—Entonces... ¿entraste en la sala de música y Wallace estaba besando a la muchacha? ¿Y no hiciste nada más que soltar una palabrería inútil? Si yo hubiese hallado a un tipo con las manos sobre mi mujer, como mínimo lo habría colgado de alguna araña por las pelo... —exclamó el duque de Fisherton desde el diván en donde se hallaba despatarrado.

—¡Pero no es mi mujer aún! —le cortó Vander irritado, parándose a mirar al escocés—. Y, además, no la estaba besando, los interrumpí en el momento preciso. Aunque ganas de matarlo no me faltaron. El muy bastardo tenía una mirada de satisfacción, y cuando se retiró con lady Abigail, me lanzó un desafío velado, llevándola como si ya fuese suya. Se cree su dueño, cretino presuntuoso y mediocre —escupió, reanudando su ir y venir acelerado.

—¿Y qué piensas hacer? Tal vez debas resignarte y aceptar que mi cuñada no te corresponde, y, no sé... apuntar tu interés hacia alguna más predispuesta, como la joven Gibson. Después de todo, el tiempo avanza y padre está ansioso por verte asentado y comprometido —dijo Lancaster, acercándose al aparador de licores para rellenar sus vasos y de paso ocultar su sonrisa divertida.

—¡No me importa el ultimátum de padre! Y la mujer que quiero no es la señorita Gibson. Ese

pelele no me ganará, me niego a entregarle a mi florero. Yo soy mejor que ese mequetrefe, soy apuesto, rico y encantador. No puede preferir a ese aparecido poco atractivo en lugar de a mí, que soy el sueño de cualquier dama —renegó el rubio, ofuscado.

—Bueno, pero eres más torpe de lo que pensaba —intervino Maxwell, molesto y exasperado con la ceguera que manifestaba su amigo y demasiado enojado con su propia situación—. ¿Acaso no te has dado cuenta de que ninguna de tus supuestas virtudes le llama la atención a la dama en cuestión? Deberías meditarlo y analizar que, tal vez, ella preferiría ver algo más real y revelador —sentenció con tono irónico.

Sabía Dios que él daría hasta el último penique de su fortuna por revelarse delante de cierta dama y demostrarle que lo que había sucedido ese día, cada beso y cada caricia, era verdadero. Que ya no era capaz de seguir conteniendo sus sentimientos, ni mucho menos continuar la farsa de mostrarse indiferente a su inefable encanto, su hechizante sonrisa, sus pícaros ojos café.

—Muy bien... —aceptó Vander, que se había paralizado al oír su comentario tajante. Asintió con resolución—. Tengo un plan y para llevarlo a cabo necesito de vuestra ayuda —anunció, vaciando el contenido de su vaso a la vez que una sonrisa perversa aparecía en su rostro y se oía un coro de gruñidos exasperados.

Maxwell abrió la boca para dejar claro que esa vez no participaría en ninguna de sus trastadas, pero un golpe en la puerta se lo impidió.

La orden de Lancaster procedió a la aparición del regio mayordomo, quien después de ejecutar la pertinente venia se acercó hasta Maxwell y le puso delante una pequeña bandeja de plata en donde resaltaba un sobre blanco.

—Misiva para lord Luxe —anunció el sirviente, y él asintió tomando el papel con el estómago encogido.

A su alrededor, la conversación se reanudó junto con la salida del criado. Pero Luxe tenía toda su atención sobre aquel papel que quemaba en sus dedos.

Toda su existencia dependía del contenido de ese sobre.

Sus ganas de vivir, su sentido y su vida se decidirían entre las letras redactadas en esa misiva.

Dio algunos pasos alejándose más de su grupo de amigos, y junto a las llamas de la chimenea se armó de valor y rompió el sello lacrado. Sus manos temblaron mientras desplegaba la hoja ahora abierta. Sus ojos recorrieron la caligrafía conocida y se quedaron fijos en el punto final mucho más de lo que fue consciente.

Entonces su pulso acelerado se apagó. Los latidos de su corazón murieron lentamente, la habitación dio vueltas a su alrededor y luego las paredes parecieron cerrarse sobre él, que, aferrado a la chimenea, vio cómo el fuego devoraba lentamente la carta que yacía entre las brasas.

El papel se deshizo, pero las palabras que contenía continuaron resonando en su interior como

un lamento desolador.

Su mundo también se había apagado, toda esperanza había sido consumida.

—¿Estamos de acuerdo? Iré a mi cuarto, vosotros dejaréis pasar unos minutos e iniciaréis el plan —estaba diciendo Vander mientras sobaba sus manos con entusiasmo contenido—. Eh... Luxe, todavía no, primero debo daros la señal. —Se interrumpió cuando avistó que él abandonaba la biblioteca.

—No contéis conmigo esta noche, caballeros. De hecho, olvidad mi existencia, porque ya estoy muerto. Esto que veis solo es un fantasma —contestó con tono sardónico, pero expresión amarga, sin detener su avance. Antes de cruzar el umbral, tuvo una repentina idea y giró en redondo bajo la mirada extrañada de sus amigos para dirigirse hasta el aparador y comenzar a rebuscar entre las bebidas del conde—. Brandy no. Oporto tampoco... demasiado inglés, demasiado aburrido. No quiero ser yo mismo esta noche, no, quiero ser... —murmuraba mientras examinaba las botellas y las descartaba, hasta que por fin encontró algo que le entusiasmó lo suficiente—. Whisky... Puede ser... Pero ya te he probado bastante y me traes amargos recuerdos. Coñac... ¡Sí! Contigo tendré una larga charla, eres... eres como ella. Una dulce dama francesa. —Dicho eso, aferró la botella y se encaminó de nuevo a la salida.

—Luxe... Luxe...—le llamó Lancaster. Por respuesta solo recibió un movimiento de despedida de la mano derecha del castaño y un portazo—. Pero ¿qué rayos le sucede? —preguntó al resto, que estaba tan estupefacto por el comportamiento extraño del siempre correcto conde como él.

—Creo que alguien recibió malas noticias —conjeturó McFire, señalando con la cabeza hacia la chimenea en donde se podía ver un resto de papel quemado.

***

Una hora después de la cena, en la que extrañamente apenas había ingerido bocado debido al estado de alteración que le provocaba tener la presencia de determinado caballero a poca distancia, y el rubor que la asaltaba cada vez que sus miradas se cruzaban y él se quedaba observándola con aquella arrebatadora intensidad, Mary decidió que o salía de esa habitación o se resignaba a perder la poca cordura que guardaba.

Ya había desgastado prácticamente la primorosa alfombra color crema de la habitación que le habían asignado los condes de tanto pasearse. Pero era la única manera que había hallado de mermar la ansiedad y nerviosismo que la embargaba, pues solo unas horas antes había experimentado en carne propia lo equivalente a tocar el mismo cielo con los dedos.

Cada uno de los sueños que había tenido durante aquellos dos años de añorar al conde de Luxe habían empalidecido en comparación con lo vivido entre los brazos del caballero.

El conde le había demostrado con total rotundidad que verdaderamente se podía llenar los silencios con actividades mucho mejores que un bonito discurso o una conversación entretenida.

De hecho, ella renunciaría a decir una palabra más en su vida si a cambio tuviera los besos y caricias devastadores de ese hombre.

***

Aún no creía que realmente sus deseos más íntimos se hubieran materializado, y al parecer el caballero que ella quería le correspondía en sentimiento... O eso había dejado entrever lo sucedido entre ellos, porque en palabras el conde no se lo había dicho. Aunque para ser sincera ella también había callado y se había limitado a disfrutar del momento, a vibrar de deseo y enloquecer de pasión. Quiso decir muchas cosas, preguntar otras, mas no lo hizo por temor a romper esa burbuja en la que se hallaban sumergidos.

El conde no le hizo ninguna promesa, eso estaba claro, no hizo ninguna declaración, ni mucho menos una confesión. Pero, aun así, Mary había sentido la fuerza de sus sentimientos, la intensidad de lo que él sentía por ella. Las palabras habían sobrado, el sonido de sus corazones había dicho más que el poema mejor recitado.

Sus besos habían sido la melodía, sus caricias una sinfonía de amor perfecta.

Sin embargo, prevalecía en Mary una sensación de temor, de inquietud y desasosiego por no saber qué pasaría, qué les depararía el futuro. No podía precipitarse y ser tan ingenua como para creer que ya había alcanzado su sueño más acariciado, que esos besos robados significaban un futuro juntos. No podía serlo, pero lamentablemente lo era: era lo suficientemente crédula como para ser incapaz de acallar la esperanza.

En ese momento estaba más esperanzada que nunca porque por fin su historia de amor entre ella y el conde de Luxe se haría realidad.

Su caminar errante por los pasillos de la mansión la llevaron hasta la que creía era la habitación de su amiga Brianna. Consideró interrumpir el sueño de la dama. Tenía una gran necesidad de abrir su corazón y revelarle a Brianna y a las demás lo que estaba aconteciendo en su vida, pero no se atrevía por temor a que sus amigas le dijeran lo que no quería escuchar; que se estaba precipitando y actuando con imprudencia, que estaba arriesgando su reputación y su futuro por un hombre que no le daba garantías de nada.

Un suspiro atribulado salió de su boca, y se dispuso a tocar la puerta de la alcoba.

Brianna, que estaba leyendo y aún no se había acostado, la recibió gustosa y rápidamente se les ocurrió que sería buena idea hacerle una visita a Abigail, pues la dama no había asistido a la cena y ambas estaban preocupadas.

Brianna había pedido una jarra de té, y dijo que lo tomaría en el cuarto de la rubia. Mary

asintió y además se le ocurrió que a todas les vendría bien beber algo un poco más fuerte.

Unos minutos después de lograr convencer a la sensata pelirroja de su alocada idea, hicieron una parada en el cuarto del hermano de la susodicha, y entre risas pidieron prestado del vacío aposento de sir Richard una botellita de licor.

No tuvieron que tocar más de una vez la puerta de la menor de las Thompson, ya que al primer toque tuvieron el rostro de la rubia mirándolas con más resignación que otra cosa.

—Buenas noches. Mirad lo que traigo —saludó Mary Anne sonriente, enseñando la tetera de la que salía un vaho de humo.

—Es para mitigar este frío, esperamos no molestar —se sumó Brianna, que temblaba arrebujada en su chal, cargando cuatro tazas de porcelana pequeñas.

—Pasad. De todas maneras, Clara está aquí y no podía conciliar el sueño —cedió Abby, dejándolas entrar con un gesto de sospecha en sus ojos azules. Seguramente intuía que aquella inesperada reunión era más bien una trampa para intentar enterarse de todo el enredo en el que se hallaban metidos el conde de Vander y ella.

Después de que las cuatro se trasladaran a la gran cama de dosel blanco y cortinas salmón, Mary procedió a servir el té humeante. Abby se llevó la taza a la boca, y al beber el primer sorbo, se atragantó sintiendo el líquido quemar su garganta.

—Por Cristo, ¿qué tiene el té? —balbuceó Clara, aclarándose la garganta.

—Eh... Como el frío es muy intenso le hemos agregado un poquito de whisky a la tetera que nos ha entregado la cocinera —explicó Mary con gesto travieso, bebiendo de su taza para evitar mirar a Brianna, que estaba ya ruborizada y consternada—. Pero puede que se nos pasara un poco la mano — comentó, tosiendo bastante.

—¿De dónde habéis sacado el licor? —preguntó Abby, ya recuperada.

—Lo tomamos prestado del cuarto de mi hermano. Solo espero que no terminemos de nuevo borrachas y sin pololos —explicó Brianna, y las cuatro rieron divertidas.

—Bueno... Entonces, dinos qué pasa entre el conde y tú —inquirió con gesto emocionado ella, al tiempo que se quitaba la bata color púrpura que traía sobre su camisón blanco pues ya había entrado en calor ayudada por la fuerte bebida—. Durante la cena el caballero no cesó de mirar hacia la puerta, era evidente que esperaba verte aparecer, y por su gesto sorprendentemente serio, extrañaba tu presencia.

—Aunque, por supuesto, la insufrible señorita Meredith se ocupó de acaparar la atención de lord Vander y no cesó de flirtear descaradamente con él, logrando que el conde finalmente la mirara, y hasta pasearan por el jardín. ¿Por qué siempre las damas bonitas logran lo que se proponen? ¡No es justo! —se lamentó la pelirroja, suspirando.

—No solo las damas hermosas logran lo que se proponen... aunque así lo parezca —protestó Mary, frunciendo el ceño ante el comentario y tono de derrota y tristeza de Brianna—. De hecho,

aquí tenemos una clara muestra de que hay caballeros que no solo se dejan guiar por un rostro bonito, sino que también saben apreciar las cualidades y virtudes de una mujer a la hora de escoger esposa —añadió, señalando con el dedo a la condesa, que las miraba con aprensión, pero asentía con su cabeza—. Nosotras podemos ser consideradas «demasiado feas» por esta sociedad que solo juzga por una determinada apariencia y descarta a quienes no cumplen esos requisitos, pero no tenemos nada que envidiarles a las señoritas Gibson del mundo. Valemos los mismo e incluso más, porque somos buenas personas, leales y llenas de verdaderos valores —sentenció muy seria, y nadie se atrevió a contradecirlo, o al menos no tuvieron ocasión de hacerlo, porque un fuerte estruendo resonó en el silencio nocturno como un eco no muy lejano.

—¿Habéis oído eso? —preguntó Abby, agudizando el oído.

Las demás negaron con duda.

—¡Oh! Ahora sí —exclamó Mary con los ojos abiertos como platos, que esa vez sí oyó un sonido seco y algo similar a corridas, al tiempo que las cuatro se sobresaltaron cuando el estruendo se repitió.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Clara con aprensión, abrazando su estómago de manera sobreprotectora.

—No sé, pero deberíamos averiguarlo —aseguró Abby, poniéndose en pie y tomando su bata gris para cubrirse.

—¡Abby, no! No salgas, podría ser peligroso. Mejor nos encerramos aquí —rogó Brianna con miedo, apretando sus manos.

La rubia negó, dirigiéndose a la puerta.

—Aquí estamos en peligro también. Si se ha metido un ladrón, lo primero que hará será intentar registrar los cuartos de las damas.

—Tienes razón. Yo voy contigo, amiga —concordó Mary, y corrió hacia Abby, que ya abría la puerta con sigilo.

Prefería salir y averiguar lo que estaba sucediendo que quedarse ahí encerrada, temiendo ver aparecer a un asaltante o algo peor.

—Brianna, quédate con mi hermana. Encerraos mientras nosotras buscamos ayuda —ordenó Abigail, silenciando las protestas de Clara. Nadie las escuchó, pues en su estado no podía arriesgarse.

Mary siguió a Abigail llevando un candelabro de mano con ella, pues el vestíbulo estaba en penumbra, algo que, además de acentuar su temor por resultar extraño que todas las velas se hallaran apagadas, también aumentaba sus posibilidades de tropezar con algún mueble y alertar de su presencia al intruso.

A primera vista todo estaba en orden, y ellas recorrieron el pasillo con tiento, esperando oír de nuevo algo que aclarase la procedencia del alboroto.

Entonces se oyeron unas corridas pesadas, amortiguadas por la alfombra, pero que claramente se dirigían hacia donde ellas estaban. Ambas se paralizaron, e intercambiando una mirada de puro pánico, dieron la vuelta para regresar apresuradamente hacia su cuarto. No obstante, se habían alejado demasiado y los pasos se acercaban cada vez más.

Mary, que ya comenzaba a sentir un fuerte mareo ocasionado por la ingesta del licor en el té, entró en auténtico pánico y pensó que tal vez serían inminentemente asesinadas.

Y ella no quería morir, no cuando apenas comenzaba a experimentar sobre el amor con su conde.

No era justo.

—¡Ay, Diosito, nos matarán! Moriremos aquí, ¡moriré virgen y solterona! —chilló Mary con terror, dando tumbos y dejando caer el candelabro.

—¡Mary, tranquila, debemos separarnos! ¡Así tendremos más posibilidades de ir por ayuda! —susurró Abby con urgencia, tirando del brazo para frenar su histérica huida a pesar de que ella no estaba mejor—. ¡Rápido, escóndete allí, y cuando no escuches más nada, sal y busca ayuda! —le indicó, empujándola hacia una puerta cerrada. Por su parte, tanteó el picaporte que tenía a su espalda.

Mary gimió y asintió hacia la rubia, a la ya no podía avistar debido a la penumbra. Giró el picaporte, agradecida de encontrar la habitación sin llave. En una exhalación se encontró en el interior, agitada y apoyada en la puerta cerrada de cara al interior del cuarto que permanecía en semi oscuridad, solo iluminado por las llamas de la chimenea encendida.

Fue entonces cuando, en completo aturdimiento, cayó en cuenta de que además del mobiliario claramente masculino, la figura dormida que yacía sentada junto al fuego de manera desgarbada y semidesnuda pertenecía al conde de Luxe.

Su alma cayó a sus pies, la sangre se congeló en sus venas y el resto del universo dejó de funcionar para Mary, que solo tenía ojos para el hombre que permanecía estirado en el sillón en una incómoda postura, y a la botella vacía que él aún aferraba entre sus dedos.

Debía salir de allí. Tenía que dar media vuelta inmediatamente, pero no pudo mover un ápice de su cuerpo en la dirección correcta, sino todo lo contrario. Como si se hubiese adentrado en una especie de ensueño, se vio atraída hacia el hombre que se removía y murmuraba entre sueños.

Su corazón había reanudado una marcha estruendosa en su pecho cuando, abducida, llegó hasta el conde y lo observó en su esplendor.

Tenía el cabello alborotado, las pestañas tupidas y oscuras haciendo sombra en sus mejillas hundidas, su boca ligeramente entreabierta y su cuello y pecho a la vista debido a que solo conservaba como vestimenta una bata de grueso terciopelo oscuro abierta hasta la cintura.

Su garganta se secó, sus mejillas ardieron al igual que sus dedos comenzaron a picar por el

ansia reprimida que estaba sintiendo, por el deseo impetuoso de acariciar esa piel algo pálida revestida de un fino vello oscuro; por la necesidad que quemaba en su interior de besar esos labios cincelados a la perfección; por sus ganas de él.

No supo cómo, o tal vez sí, pero silenció los rescoldos de conciencia y los enterró muy profundo, porque se encontró extendiendo una mano y posando con infinita suavidad en la mandíbula del joven.

Un suspiro escapó de su boca, y al tiempo que detenía la caricia de adorada reverencia y llamaba a la prudencia dando un paso atrás, Luxe abrió los ojos y la golpeó en el centro de su pecho con una mirada directa y fulminante, encendida de fuego y pasión.

Mary contuvo el aliento con la rotunda certeza de que ya no habría tiempo para huir de esa habitación, no con su corazón indemne, no con su cuerpo intacto.

Se paralizó al verse descubierta. Abrió la boca para excusarse de alguna manera, pero no tuvo oportunidad de hacerlo, pues notó rápidamente que el conde no la veía, sino que su mirada estaba perdida y sus párpados se cerraban con pesadez.

Aturdida, se removió y giró, pero antes de poder moverse en dirección a la puerta y huir de esa habitación, la voz rasposa y quebrada de él resonó.

—Eres tú... otra vez... mi ninfa... No huyas... No escapes esta vez... porque hoy... hoy te necesito —balbuceaba Luxe, dejando a Mary conmocionada y perdida.

No pudo refrenar el impulso que se apoderó de su cuerpo y le instó a posar sus manos sobre él; a intentar brindarle el consuelo que parecía necesitar desesperadamente. A pesar de sus reproches internos, se encontró acariciando su mandíbula, su cuello y posando la mano en su pecho, en donde oyó el latir desbocado del corazón del hombre.

Sus terminaciones nerviosas también estaban alteradas, al igual que su pulso, cuando repentinamente el conde la tomó y tiró de ella hasta hacerla aterrizar en su regazo.

Mary se tensó sintiendo la respiración agitada del caballero sobre sus labios, que estaban abiertos de sorpresa. Sus ojos también observaban al noble, impresionados y a la vez ávidos porque jamás había visto nada más bello en el mundo que la visión que tenía en frente: el rostro endurecido de pasión de Luxe, su pecho desnudo vibrando junto al suyo, el cabello oscuro despeinado y salvaje, la boca acercándose a la suya y abordándola con un beso voraz e implacable.

Mary sabía que no debía seguir, que aquello no era lo correcto ni lo que le habían enseñado. Que el caballero no estaba en sus cabales; así lo denotaba su comportamiento, sus balbuceos y el sabor a licor que pudo paladear en su intercambio.

Pero su corazón y sus sentidos estaban perdiendo la batalla. Estaban siendo conquistados por cada caricia que él desplegaba, contradiciendo la brusquedad de sus besos con la infinita suavidad de su recorrido por su piel y su cuerpo.

Sus ojos también se habían cerrado, y en su estómago se fundían el fuego y el calor que le

instaban a seguir, a no a parar aquel dulce momento, a embeberse de aquel hombre que tanto amaba y deseaba, a saturarse de él; a meterlo bajo su piel, donde sentía que vivía desde hacía mucho.

Los besos de lord Luxe no le dieron tregua, y aferrada a su cuello, Mary se vio siendo recostada en la alfombra, consciente de que el cuerpo desnudo del conde la cubría y de las manos masculinas tomando el borde de su vestido, subiéndolo poco a poco; descubriendo su silueta con lentitud y arrebatándole la voluntad, arrancándole de la mente hasta el último resquemor.

Fue ella poseída por un deseo tan poderoso que hasta le hizo sentir que, si se detenían, perdería la cordura o enfermaría gravemente. Mary terminó de quitarse la prenda y la arrojó a un costado.

Luxe gimió al sentir sus pieles rozarse de pies a cabeza. Sus dedos la acariciaron con reverencia, con posesión sublime. Su boca tomando cada rincón y sus partes nunca exploradas la enloqueció y la hizo sentirse seducida, amada, adorada, única.

—Eres tan perfecta —susurraba él, al tiempo que traspasaba la barrera que ya no le permitiría considerarse pura. A pesar del dolor, ella se dejó llevar por el placer que lentamente dominaba sus sentidos—. A ti no puedo perderte, no, no pueden arrebatarte de mis sueños, nadie puede. Aquí puedo amarte, mi ensueño, aquí siempre serás mía y yo tuyo. Aquí, en mi corazón, nadie más tendrá lugar.

Mary dejó salir lágrimas de emoción al oír su confesión, la que tanto tiempo había esperado.

Y cuando el ardor y las sensaciones se precipitaron y juntos alcanzaron la cima del placer, ella se aferró a él y permanecieron unos segundos abrazados.

Cuando el frío empezó a invadir su cuerpo, Mary notó que el peso del conde la estaba aplastando y que él parecía estar dormido. Supo entonces que no se había despertado, que todo ese tiempo había estado soñando, y la vergüenza y la angustia la embargaron.

Rápidamente se zafó de su agarre. Se puso en pie con dificultad y, con aprensión, se colocó el camisón.

Quiso salir corriendo, pero el movimiento del conde no le dejó. Él estaba aferrando el borde de su ropa, y esa vez sí la estaba mirando directamente.

Sus ojos la escrutaban con aplastante seriedad y una súplica escondida, estaban apagados y desbordantes de dolor.

Su respiración se cortó en cuanto vio el reconocimiento en los ojos de Luxe. Él la miró un poco confundido, pero no asombrado de verla.

Ella dio un paso atrás, liberándose de su agarre.

El conde frunció el ceño. Pareció querer decir algo, pero antes de poder hacerlo, sus párpados se cerraron y volvió a desvanecerse.

Estaba definitivamente inconsciente... y muy borracho.

Mary tragó saliva, y temblando intensamente, dio media vuelta y corrió hacia la puerta. Desde allí se giró una última vez y notó que las llamas en la chimenea estaban por apagarse. Luego miró el cuerpo descubierto del hombre sobre la alfombra, y se adentró de nuevo en el cuarto para tomar el cobertor de la cama y cubrir al conde.

—¿Por qué nunca podré tenerte, Ensueño? ¿Por qué me han quitado lo único que me mantenía vivo? Yo no quiero vivir sin ti, no puedo —murmuraba entre sueños Luxe con tono roto, provocando que Mary contuviera el aliento y, a punto de romper en llanto, abandonara el cuarto.

¿Qué había hecho...?

CAPÍTULO 18

«En sus besos hallé el sentido de la vida,
en sus brazos encontré mi lugar en la tierra.
Siendo suya me convertí en la dueña de mi voluntad.
Fui mujer en sus manos, fui amante en sus labios.
Fui la capitana de mi propio destino.
Fui la protagonista de mi propia aventura.
Entre gemidos y deseos escribí las letras de esta historia.
De pasión y entrega teñí el cielo de nuestro sueño de amor».

Extracto de la libreta de lady M.R.

—¿Crees que con eso fue suficiente? Si hacemos más alboroto, se oirá en la otra ala de la mansión y alteraremos a los demás huéspedes —comentó Marcus cuando se detuvieron para recuperar el aliento.

—Más bien pienso que esto es ridículo, solo a tu hermano puede ocurrírsele tamaño disparate. ¿Asustar a las mujeres para lograr que salieran del cuarto y así secuestrar a la rubia y llevarla al jardín para proponerle matrimonio? Solo Vander es capaz de convencernos de participar de sus desvaríos. —Negó Alexander con mofa. Seguía a su amigo, que había emprendido el descenso hacia el piso inferior—. ¿Por qué simplemente no me hizo caso y sacó a la muchacha del cuarto, la llevó al suyo y consumó su unión? Así el padre no tendría más opción que aceptar el matrimonio... y ella también. Con el tiempo la perdonaría; las mujeres son blandas de corazón.

El conde se detuvo y le dirigió una mirada incrédula. Luego retomó la marcha, negando divertido.

—En primer lugar, eso sería un escándalo que arruinaría su reputación gravemente. En segundo lugar, tomar a la joven sin su consentimiento sería un acto atroz, digno de un hombre sin honor. Y, por último, dudo que la dama en cuestión lo perdonase como dices, y como en este caso hablamos de mi cuñada, te aseguro que no lo haría y que mi esposa me colgaría de los cojones.

—¡Pero hombre! No me refería a que mancillara a la joven, sino que la convenciera usando el arte de la seducción —protestó el escocés cuando traspasaba las puertas de la biblioteca—. De todos modos, tu cuñada terminó en el cuarto de tu hermano, dudo que reciba solo palabras. Y a

todo esto... ¿Dónde se ha metido Grayson?

Mary, que se hallaba agazapada detrás de una de las ventanas del vestíbulo, apretada contra la pared y con el cuerpo en tensión y el corazón a punto de salirse de su pecho, cerró los ojos, aliviada, cuando cual fuese la respuesta del conde se perdió tras la madera de la puerta del despacho de lord Lancaster.

Una vez se aseguró de que nadie más apareciera por el pasillo, salió de su escondite y reanudó la marcha hacia la zona en donde estaba su habitación. Allí se apresuró a cambiar su camisón arrugado, y al ver la mancha roja pequeña pero visible en medio de la prenda, se sonrojó con violencia y con manos temblorosas hizo un nudo con la tela y la escondió en la alforja que contenía sus objetos personales.

Apenas podía mantenerse en pie mientras se cepillaba el cabello y trataba de trenzarlo nuevamente con prisas.

Rogaba para que sus amigas no se dieran cuenta del cambio de camisón mientras salía y abrazándose a sí misma, caminaba hasta el cuarto de Abigail con la mente hecha un torbellino, las emociones a flor de piel y las imágenes de lo sucedido entre ella y lord Luxe repitiéndose sin cesar en su interior.

Debía meditar al respecto, pero en ese momento no había tiempo, ya que, si no regresaba junto a las muchachas, estas saldrían en su busca y quedaría al descubierto lo que había hecho. Tenía que calmarse, disimular; fingir que todo seguía igual. Pero era imposible, estaba demasiado alterada.

Un golpe en la puerta de la alcoba de Abby hizo que Clara y Brianna se sobresaltaran y se miraran con duda y temor. Cuando la llamada se repitió y además se oyó la voz amortiguada de Mary Anne llamándolas, ambas suspiraron aliviadas y Clara se levantó para dejar entrar a la castaña. Ella traspasó la entrada, y sin mirarlas, comenzó a caminar de un lado al otro, llevándose las manos a la cabeza, y murmurando exaltada.

Solo podía pensar en lo que acababa de hacer. En los besos del conde, en sus caricias, en lo que había sentido, en cuán maravilloso y sublime había sido. Y también en las posibles consecuencias, en las terroríficas derivaciones de su impulsivo acto de amor. Porque había sido amor, de eso estaba segura, amor puro y pleno, total. De parte de ambos. Nada podría hacerle lamentar el haberse entregado, porque había sido la noche más hermosa de su existencia. Luxe la había amado con su cuerpo y con su corazón, estaba convencida, nadie podía simular y fingir en esas circunstancias. Era cuestión de almas expuestas y de amor en su máxima expresión.

—¿Mary? ¿Qué sucede? ¿Y mi hermana? —preguntó Clara, preocupada.

—¿Por qué estás así? Dinos —pidió Brianna, igualmente intranquila.

Mary se detuvo con las manos en las caderas, cayendo en la cuenta de que ya estaba en el interior de la habitación y sus amigas le estaban hablando con patente preocupación.

Con la cabeza gacha se obligó a serenarse, y tras soltar el aire, enfocó a las muchachas aclarando la garganta y esbozando una sonrisa vaga.

—Fue una falsa alarma, todo está bien, no hay intruso alguno —respondió, su rostro estaba pálido, aunque se veía más calmada. Sin embargo, sus ojos cafés la rehuían, concentrándose en todo menos en ellas.

—Pero ¿y el estruendo y las corridas que escuchamos? —terció Brianna, confundida.

—Eso era parte de un plan de lord Vander. Han sido tu esposo, Clara, y el duque, quienes han provocado el alboroto —explicó Mary con tono vacilante y un gesto distraído en su cara.

—Es decir, que casi morimos del susto... ¿por nada? ¡Marcus me oirá! —exclamó Clara, molesta. Se dirigió hacia la puerta, donde se detuvo en seco y giró hacia la castaña—. Un momento, ¿y dónde está Abby?

—No lo sé, nos separamos al salir. Lo único que me dijeron es que el plan consistía en generar una distracción para que Abby saliese del cuarto. Lord Vander, que se había ido a vestir para la ocasión, pensaba interceptarla y llevarla al jardín —contestó acelerada.

—Entonces tu hermana debe estar ahora con el conde, Clara —dijo Brianna, levantándose para retirarse también.

—Es lo más probable. —Asintió, sintiendo una repentina inquietud—. Ya no estoy tan segura de lo que estamos haciendo. Los hombres no nos avisaron de esta estrategia. ¿Y si mi cuñado pierde la cabeza y hace algo inadecuado?

—Ay, no, Abby no nos lo perdonará jamás —se lamentó Brianna.

—No os preocupéis, nada malo sucederá. Lord Vander piensa proponerle matrimonio formalmente —las tranquilizó Mary, y las otras festejaron emocionadas.

Abandonaron la habitación entre risas.

Mary Anne cerró los ojos, aliviada, y suspirando siguió a sus amigas. En su interior agradeció a Dios porque al menos Abby estaba por tener su final feliz, y también porque nadie le había preguntado dónde había estado ella y quién le había dado toda la información.

Era mejor retirarse y tratar de meditar en lo siguiente a hacer. Porque, indefectiblemente, aquella noche terminaría. Al amanecer saldría el sol y con él debería reunirse con los invitados y dar la cara.

Enfrentar al conde de Luxe.

La cuestión era cómo reaccionaría el caballero. ¿Recordaría lo que había pasado entre ellos, o su borrachera le impediría hacerlo? Ciertamente a ella se le había quitado todo rastro de licor en cuanto sus bocas se rozaron, perose dio cuenta tarde de que él estaba muy afectado por el alcohol que había ingerido.

De todos modos, aún no sabía si realmente deseaba que él recordara, la buscara y respondiera. Algo le decía que eso no era lo que pasaría. El estado y las palabras del hombre se lo sugerían. Él

había estado devastado y susurrado confesiones de angustia y dolor. Sus besos, su encuentro... habían sabido a despedida.

El corazón se le partiría si su temor se hacía realidad y finalmente Luxe desaparecía de su vida. No estaba preparada para perder toda ilusión, aún quedaban dos noches más en esa casa.

Se aferraría a su sueño de amor.

***

La extraña sensación que había invadido a Maxwell desde que hubo despertado desnudo, mareado y con un intenso dolor de cabeza no le abandonó durante el resto de su estancia en la mansión de los Lancaster. Tenía el presentimiento de que algo se escapaba de su mente, y no solo porque había amanecido en extrañas condiciones, sino porque se sentía diferente, cambiado, afectado a niveles indecibles. Un peso se había instalado en su pecho, y mientras se adecentaba con la colaboración de su ayuda de cámara, se esforzaba por recordar, por traer algo a su memoria, alguna imagen que le diera una pista y le ayudase a rechazar la posibilidad de que finalmente había perdido la cabeza.

No podía desentenderse de la corazonada que le instaba a pensar que ese cabello que había guardado no era de alguna criada; que lo que su cuerpo le susurraba no era un alocado pensamiento.

Tenía que hacer memoria, tenía que encontrar la respuesta para quitarse de encima esa sensación de debilidad.

Pero solo recordaba haber estado sentado bebiendo un vaso tras otro y luego... Después, algo sacudió su estómago, y una imagen apareció entre la bruma de su cerebro. Un cuerpo voluptuoso arqueado, poseído por una intensa pasión, unos besos abrasadores, una mirada de inocente sensualidad.

Un rostro.

En un parpadeo se encontró corriendo hacia la puerta, demasiado alterado como para caer en cuenta de que había interrumpido la labor del criado.

—¡Milord, su pañuelo! —exclamó el hombre con expresión de desconcierto. Maxwell lo ignoró por estar ya saliendo al corredor.

Tenía que hallar a la dama, debía hablar con ella. No podía ser que hubiese soñado todo lo que venía a su mente como un aluvión. Era demasiado nítido, demasiado real y vívido. Pero si no se trataba de un sueño, había cometido un tremendo error. Había arrebatado la virtud de una joven inocente.

«¡Maldición, maldición! Dime, Dios mío, ¡dime que estaba soñando! Dímelo o enviaré todo al demonio ya mismo y haré lo que en verdad deseo. Nada me importará si de verdad la mejor

noche de mi vida sucedió y no fue otro ensueño, otra noche de desesperada ilusión».

***

—¿Así está bien? —preguntó Mary a la dama, que asintió y le hizo un ademán para que dejara las almohadas como estaban.

—Déjalas ya, muchacha, yo estoy bien. Ve a desayunar o a divertirte, anda —repitió lady Campton, como había hecho desde que entró a su cuarto avisada por una criada de que la mujer estaba indispuesta y no bajaría ese día.

—Tiene mucha fiebre, tía, no voy a dejarla. De hecho, pienso pasar el día haciéndole compañía. Mire, he traído un libro —le enseñó Mary, decidida. Ignorando sus quejas, se sentó junto a la cama. Le dedicó una sonrisa a la dama, quien llevaba un camisón y gorro de dormir muy pintorescos, y procedió a la lectura.

No pasaron muchos minutos cuando se oyó un suave ronquido. Mary interrumpió uno de los parlamentos de Loki, quien era su personaje favorito de *Sueño de una noche de verano,* y bajó el libro para confirmar que la su tía estaba profundamente dormida.

Sin hacer ruido, se acercó y le cambió el paño que le había colocado en la frente, comprobando que su piel se hallaba menos caliente.

Un suspiro se escapó de su boca cuando regresó a la silla. Trató de concentrarse de nuevo en la lectura, fracasando en rotundo.

Sabía que su excusa para evadir presentarse a las actividades del día era deplorable, que lady Campton no estaba realmente en grave estado y que estaba siendo tristemente cobarde. Pero no estaba preparada para enfrentar al conde de Luxe ni a lo que había hecho la noche anterior. Así que cuidar de su tía era un pretexto perfecto para ausentarse y al menos posponer un poco aquel instante en el que debería estar frente a frente con el noble.

No era que estuviera arrepentida de haberse dejado llevar y haber entregado su virtud al hombre que amaba, sino que le afectaba que en su acto impulsivo no hubiera previsto que el caballero no estaba con sus cinco sentidos del todo en acción. Temía que, debido a eso, el hombre pudiese no recordar, o reprocharle en el peor de los casos.

Mary no había pensado en ese momento en todas las derivaciones de lo que estaba haciendo. No había sido capaz de apartar la boca de Luxe ni de resistirse a sus dulces caricias. Había sido débil, tal vez, pero no se sentía así, sino valiente, porque fuese como fuese, entregarse al conde había sido su elección y nada la haría lamentar aquel acto tan sublime o lo que había sentido en sus brazos.

Aunque sí temía las consecuencias de ese acto, porque pasada la emoción y la dicha, habían resurgido los sermones de su nana y cada advertencia que esta le había repetido sobre los males

que podía enfrentar una señorita que se entregaba al placer antes del matrimonio.

No obstante, y aunque guardaba resquemor al respecto, algo le decía que su unión con el conde de Luxe no dejaría una visible consecuencia a pesar de que marcaría su vida para siempre, ya que ella no volvería a ser la misma y a ciencia cierta jamás podría arrancarse del corazón y la piel a lord Maxwell Grayson, pues esa noche había confirmado que su amor por él estaba grabado en lo profundo de su alma, con fuego y acero, y que nada quebrantaria su amor por el hombre.

Lo que faltaba por saber era si lord Luxe recordaba, y si así fuera, si estaría dispuesto a hacerse cargo de sus sentimientos y no de su responsabilidad, porque de una cosa estaba segura: no aceptaría al conde si solo pretendía enmendar su honor. Ella quería algo muy diferente, y no se conformaría con menos que con la completa entrega y devoción del caballero.

***

Con cada hora del día aumentaba la desesperación y ansiedad de Maxwell. No cesaba de mirar a la puerta a cada instante, esperando ver aparecer a la mujer con la que quería hablar.

Pero ella no daba señales de vida, llevándolo a la exasperación y al enojo.

Su mal humor fue *in crescendo* cuando pasó la hora del desayuno, el almuerzo y la media tarde, y vio que la joven no se presentaba.

Estaba comenzando a creer que sería innecesario enfrentarla, porque aquella ausencia era demasiado sospechosa y hablaba por sí misma. Antes la tenía a su alrededor incesantemente y nunca podía escapar de su mirada ensoñadora. Ahora, ella brillaba por su ausencia.

¿Delator? Sin duda. ¿Concluyente? No del todo.

El problema era que no tenía modo de saber qué había pasado con ella, y no podía preguntar directamente o provocaría rumores y malos comentarios. Él era soltero y ella una dama en edad casadera.

En ocasiones le fastidiaban las excesivas reglas que contenía su protocolo social, y a pesar de defender siempre sus costumbres de los improperios de McFire, no podía negar que algo de razón tenía.

Necesitaba respuestas, de algún modo tenía que saber dónde estaba la mujer o se volvería loco y haría algo tan desaconsejable e irrespetuoso como subir e irrumpir en su dormitorio.

Aunque si sus locas sospechas eran acertadas, ya había hecho algo mucho más grave... y lo había disfrutado inmensamente.

—¿Me parece a mí, o alguien no está sintiendo el invierno como el resto de nosotros? —bromeó Fisherton desde el otro lado de la mesa, en donde se encontraba jugando una partida de cartas junto al matrimonio de condes. Maxwell gruñó y se detuvo en el acto de tirar del pañuelo

que se había tenido que colocar después del desayuno cuando notó las miradas de desaprobación de las ancianas Bennet.

Estaba realmente acolarodo, y en ese instante malditamente ruborizado. Pero su cuerpo estaba descontrolado, y su mente no dejaba de proyectar imágenes que lo perturbaban por no saber si eran verídicas o solo producto de su imaginación desbocada.

¿Dónde estaba esa mujer?

Él estaba seguro que con una mirada sabría si ella acudió a su cuarto en la noche y de si él cometió la locura de tomarla.

—Aquí hace más calor que en el resto de las estancias —enunció, apartando la vista de sus cartas. Todos le miraron incrédulos, pero nadie se atrevió a contradecirlo. Tras carraspear, añadió —: Aunque me da la impresión de que hay menos concurrencia esta tarde.

Marcus contuvo la risa al oír su nada sutil observación y él apretó los dientes, pero siguió aparentando normalidad y prosiguió con el juego, que casualmente iba ganando lady Lancaster.

—No está usted errado, milord. Se han ausentado mis padres, y tampoco compartirán con nosotros lady Campton y lady Mary Anne, pues la mujer se halla con un leve resfriado y mi amiga le está haciendo compañía —informó lady Clara.

Maxwell asintió en respuesta y continuó con el juego como si esa información le fuera indiferente, pero por dentro estaba gritando.

Maldición, tendría que esperar hasta el día siguiente para averiguar lo que quería. Aún restaba un día más de esa semana navideña, y una noche en la que se había dispuesto la celebración de un baile.

De algún modo presentía que la dama estaba buscando rehuirlo, que trataba de escapar. Quizá solo eran conclusiones erróneas y una corazonada equivocada, pero, en definitiva, no abandonaría esa casa sin tener la certeza absoluta de que nada había sucedido entre lady Mary Anne y él.

Porque no se perdonaría si se marchaba sin saberlo.

Ella no podría evitarlo para siempre. No lo permitiría.

***

La mañana del último día de la semana navideña, Mary despertó con la ansiedad y la expectación a flor de piel.

Sabía que ya no podría recurrir a la excusa del malestar de la su tía, pues la dama prácticamente la había expulsado de su habitación, y de todos modos ya había agotado el tiempo de cobardía. Debía demostrar que era una mujer con todas las letras, una dama madura, y por lo tanto enfrentar con la frente en alta lo que viniese.

Por supuesto que una cosa era decirlo o pensarlo y otra muy diferente hacerlo, y aún en su interior subsistía aquella voz que le susurraba que podía esconderse unas horas más y tal vez no tener que dar la cara ante el conde ni ante su reacción.

De todos modos, fue el destino el que decidió por ella. Mientras la doncella que le habían asignado la terminaba de peinar, llegó a su cuarto una nota de Clara pidiéndole que se reuniese con ella en sus aposentos para desayunar.

Al menos tendría unos minutos más para armarse de valor y de una coraza que fuera lo bastante fuerte para resistir el brutal golpe que sentiría si Luxe simplemente la ignoraba.

Otra vez.

La condesa, que con su ropa de dormir ni podía ocultar su estado de gravidez y su incipiente barriga, la recibió con patente nerviosismo. Apenas pudo estar quieta lo que tardó la criada en disponer el té y las mesas.

Cuando quedaron a solas por fin, Clara se dejó caer en la silla y las miró ruborizada y bastante alterada.

Mary intercambió una mirada curiosa con Brianna, que también estaba allí tan intrigada como ella. Agradeció la distracción, pues si seguía dándole vueltas a su desliz y a lo que le esperaba terminaría loca. Se aclaró la garganta y preguntó, preocupada:

—¿Qué sucede? ¿Algo anda mal con el bebé? En la nota decías que estabas indispuesta.

Clara negó, y mordiéndose los labios pareció debatirse antes de contestar:

—No, no lo estoy. De hecho, me siento perfecta.

—¿Entonces? ¿Le sucedió algo malo a Abigail anoche? —se alarmó Brianna, y ella también, pues ya le había parecido extraño que la rubia no estuviese presente.

—¡No! No, nada parecido, no —balbuceó Clara, y ante sus expresiones demandantes agregó, tras suspirar—: Abby está con lord Vander. Él la citó en el mirador y ella acudió.

—¡Oh, por Dios! Eso es maravilloso, no puedo creerlo. Por fin Abigail ha cedido a sus sentimientos por el conde. Por favor, si son el uno para el otro, yo creo que deben estar haciendo un condecito ahora mismo —se maravilló Mary, llevándose las manos al pecho.

—¡Qué dices, Mary! Yo creo que Abby debe estar golpeando al pobre caballero. No imagino a mi hermana dejándose llevar hasta ese punto —descartó Clara. Mary no quiso contradecirla, pero ella había visto cómo se miraban los susodichos y era obvio que se deseaban con intensidad.

Antes no hubiese imaginado nada incorrecto, pero ahora que sabía lo que sucedía entre dos personas que se atraían cuando estaban en una situación de intimidad, no tenía dudas de que muy pocas personas podrían resistirse a lo que el corazón pedía, a la necesidad de consumar el amor.

Ella lo sabía muy bien, y podía decir hasta qué punto nublaba la razón un anhelo largamente reprimido.

—Ay, muchachas, esto es grave. Abigail se está arriesgando mucho, podría armarse un gran

escándalo, podría salir todo muy mal —se lamentó Brianna, retorciendo sus manos.

—Lo sé, lo sé. Pensé lo mismo, pero no podemos juzgar a mi hermana. Todas aquí hemos cometido alguna insensatez por amor. Tú, Brianna, te has dejado besar por el duque —señaló Clara, apuntando a la pelirroja. Esta gimió avergonzada—. Y tú, Mary... Bueno, tú no has llegado a tanto, pero has perseguido a ese hombre por todos los salones de la ciudad. Vaya a saber a qué peligros te expusiste.

Ella hizo una mueca de incomodidad y se encogió en la silla. Le sentaba muy mal estar ocultándole la realidad de su relación con lord Luxe a sus amigas, pues antes de eso nunca habían tenido secretos. Pero no sabía cómo decirles lo que había hecho, y sentía que sería desleal hacerlo sin aclararlo primero con el conde, sin saber dónde estaba parada.

—De todos modos, no hay de qué preocuparse. Según mi esposo, lord Vander citó a Abby allí porque se declarará formalmente y le pedirá matrimonio esta noche en el baile. Solo espero que la tonta de mi hermana acepte.

» Con respecto a las murmuraciones... No hay riesgo. Por eso estamos aquí; para que ninguno de los invitados se percate de la ausencia de Abby y crean que ella está aquí con nosotros.

—Bueno, qué alivio. Es un plan muy bien orquestado. Y si Abby no lo complica, tendrá un final feliz —opinó Brianna, que tenía la cabeza metida en su taza intentado ocultar su sonrojo.

—No fue mi idea. Fue lord Vander el que planeó todo. Ese hombre no se cansa de inventar locuras —rio Clara, y ellas la acompañaron.

—Pues a veces es bonito es no pensar tanto y cometer alguna locura por amor, ¿no creéis? —inquirió Mary tras tragar su tercera masa, imaginando que eran ella y lord Luxe quienes estaban en ese mirador, girando y girando al son de un vals y mirándose con adoración, pero cuando el baile se transformó en una escena de ropas rasgadas y besos fogosos, se atragantó y tuvo que ser socorrida por Brianna.

Por Jesucristo... Su mente se había corrompido irreversiblemente, y su cuerpo ardería en el infierno.

«Ten piedad, Diosito».

—No siempre es bonito, querida Mary. No al menos cuando la locura de amor te hacer sentir como una vaca vieja y preñada —se quejó Clara, sobando su espalda. Las tres prorrumpieron en carcajadas.

Bonito o no, en pocas horas se decidiría su futuro con el conde de Luxe. En la noche se celebraría un baile al que estaban invitados, además de todos los huéspedes, la nobleza local y el resto de familia del matrimonio y amistades de Londres. Por lo que después del almuerzo debía escoger un vestido y prepararse, aunque primero debería sobrevivir al almuerzo donde seguro estaría presente el caballero.

Si no iba con cuidado, solo por su torpeza y poca habilidad de disimulo se delataría delante de

todos y del conde... Si este no estaba ya al tanto de lo que en su impulsivo acto había hecho, porque antes de huir del cuarto y después de comprender que el hombre estaba bastante bebido y más dormido que despierto, ella vio el reconocimiento en sus ojos.

Rogaba para que lord Luxe hubiese creído que soñaba, porque si no se moriría de vergüenza.

Ella no había sido la que inició el acto, pero tampoco le había detenido, sino que había respondido a sus demandas y a su seducción.

Lo peor era que no lo lamentaba. Nunca había estado más feliz y radiante a pesar de la aprensión por conocer lo que lord Luxe tuviese que decir.

Sería por la noche en el baile, decidió, inspirada y motivada, mientras abandonaba el cuarto de Clara.

Si el caballero no se acercaba, ella lo buscaría y le diría que no había sido un sueño, sino muy real.

Echaría todas las cartas sobre la mesa.

CAPÍTULO 19

«La más grande dicha
una esperanza aguarda.
Extremo sentir esto en el alma
que con eterno amor le ofrezco.
Más allá de la amargura,
yo adoro su sonrisa.
Éxtasis en sus besos,
licor embriagador en sus brazos.
En su mirada
están la pasión
y el anhelo.
La llama de su amor
en mí sigue intacta.
Aunque sea ceniza,
mi cuerpo y alma
le seguirán más allá
de mi último suspiro.
Como la arena sigue al mar,
y una estrella
al negro cielo».

Texto extraído de la libreta de lady M.R

La frustración de Maxwell fue en incremento el último día de la celebración navideña.

Se había levantado temprano, incapaz de seguir acostado con aquellos pensamientos e ideas que no cesaban de atormentarlo. Se había despertado sudando, acalorado y con imágenes que involucraban a una mujer en la que no tendría ni que estar pensando, pero que era incapaz de dejar de desear. No sabía si lo que estaba en su mente eran recuerdos o visiones, pero era tan reales que le estaban afectando gravemente a niveles físicos y espirituales.

Tenía que hablar con la protagonista de esos sueños, con la dama que lo perseguía dormido o

despierto, y quien estaba casi seguro estaba huyendo de él... o al menos evitándolo con éxito, haciéndole contener sus ganas de gritar de desesperación. Necesitaba quitarse aquella duda que le estaba carcomiendo, saber si de verdad había llegado tan lejos como sospechaba, si en realidad había transgredido todas las reglas y hecho realidad sus más íntimos deseos... o todo había sido producto de su exceso con el alcohol y sus anhelos frustrados le estaban haciendo imaginar locuras.

No hubo rastro de la joven durante la primera comida del día, lo que no era del todo inesperado pues la mayoría de las damas se ausentaron al desayuno, pero ella sí se hizo presente para el horario del almuerzo.

Max maldijo para sus adentros a las malditas reglas de etiquetas que le impidieron quedar ubicado junto a la dama, quien por otro lado se veía extrañamente apocada y silenciosa.

Su tez estaba pálida y sus ojos rehuyeron en todo momento los suyos. Algo que se contradecía también con las miradas coquetas, nerviosas o admiradas que lady Mary Anne le había dedicado en el pasado.

Cayó en cuenta de que extrañaba esas miradas, y de que anhelaba ver sus sonrisas traviesas también u oírla parlotear sin cesar de algún tema intrascendente pero que ella hacía parecer interesante.

Echaba de menos su incandescencia y su alegría imparable.

Con el ceño fruncido, la observó abandonar el comedor con prisas, y se determinó a tener esa conversación con la dama por la noche.

En el baile tendría más oportunidad de abordarla sin llamar la atención.

Debía saber en qué situación se encontraban y asumir la verdad, porque de eso dependía lo que acontecería no solo en su vida, sino en la de muchas personas.

Había un futuro en juego. Cuánto deseaba que en el suyo estuviera la dama que había cautivado su corazón, que le hacía latir de nuevo, que le instaba a no perder la esperanza a pesar de que la realidad era muy diferente y oscura; esa en la que era una sentencia de muerte aceptar que había perdido a lady Mary Anne antes de tenerla siquiera.

La hora de la cena y posterior baile llegó con menos rapidez de lo que él esperaba, y acudió al llamado de Vander, quien al parecer tenía buenas noticias.

—Entonces lo lograste. ¡Felicidades! Al final la monjita cayó bajo tu encanto, Colito. Después de todo, has demostrado que los de tu tierra no sois tan torpes y palurdos como creía —dijo McFire, divertido, dándole una fuerte palmada en la espalda al rubio. Este se tambaleó un poco por la fuerza del gigante, pero sin perder su radiante expresión puso los ojos ante la pícara mofa del escocés, que movía las cejas con sorna. Siguió acomodando su pañuelo blanco frente al espejo de cuerpo entero que había instalado en el cuarto del conde.

—¿Estás seguro de que lady Abigail aceptará tu propuesta matrimonial? —inquirió Maxwell,

con tono dudoso. Mientras, movía el brandy que le habían servido, distraído. No era que no se alegrara por su amigo, pero dada su situación le costaba creer en el repentino éxito de Vander. Todo parecía demasiado fácil y bueno como para ser realidad. Y él bien sabía que, en temas de relaciones y amor, nada era sencillo—. Que el padre haya autorizado una boda entre vosotros no significa que el enlace sea una realidad.

Colin le miró a través del cristal y sonrió, enigmático.

—Estoy más que seguro, querido Grayson, porque a diferencia del pelele de Wallace, yo me encargué de obtener primero la aprobación de la dama y no tomé el camino fácil, que es arreglar con su progenitor —contestó, procediendo a colocarse su saco blanco. Hacía referencia al primo político de las hermanas Thompson quien pretendía también desposar a lady Abigail.

—Bueno, se te ve satisfecho y confiado. Os deseo felicidad en vuestro futuro matrimonio y una larga vida junto a la mujer que escogiste —respondió Max, vaciando el contenido de su vaso y perdiendo la vista en el suelo alfombrado.

Su pecho se había comprimido al pensar en que él no podía hacer lo mismo, que estaba dándole alas a una ilusión de amor en vano, pues bien sabía que en su caso las cosas no estaban así. La carta que había recibido había terminado con la alternativa a la que se había estado aferrado, y ahora solo estaba rogando que sucediera un milagro, algo que le liberase del futuro al que le habían condenado.

Mientras bajaba la amplia escalinata siguiendo a sus dos amigos, Max acomodó los puños de su levita negra y trató de aplacar su ansiedad. En unos minutos vería a lady Mary Anne y tomaría la decisión de luchar por un futuro junto a ella o de, por el contrario, resignarse a su realidad.

La última palabra la tendría ella.

«No me falle, Ensueño. Dígame que me ama y le juro que pelearé con ángeles y demonios si es necesario. Entregaré hasta mi alma si así puedo ser feliz a su lado, si así logro este sueño de amor. Deme una razón, un motivo, y renunciaré a todo. Nada podrá apartarme de su lado».

***

Las puertas del gran salón de baile se encontraban ya abiertas, y junto a ellas se hallaban Clara y su esposo recibiendo a todos los asistentes. La condesa estaba muy elegante con un vestido azul real que combinaba con el atuendo de su marido. Mary, que iba acompañada de Abigail y Brianna, sentía el estómago apretado y las náuseas subiendo por su garganta mientras llegaban hasta la pareja.

Clara los vio acercarse y su mirada gris se detuvo en la rubia con una mueca de preocupación, pero Abby, al notar que su hermana pretendía detenerla y tal vez interrogarla, se escabulló hábilmente, adelantando a las ancianas Bennet que estaban halagando a la pareja.

Mary y Brianna negaron con la cabeza, y tras recibir el saludo de los condes, se adentraron en la estancia decorada para la ocasión con telas y grandes candelabros desplegados por todo el lugar. También habían dispuesto las mesas donde se hallaban servidos aperitivos y bebidas que reemplazaban a la cena. Se dirigieron hacia allí.

Mary no pudo evitar atiborrarse de comida, y menos cuando estaba al borde de la histeria mirando con poco disimulo hacia el rincón en donde Luxe, que iba vestido completamente de color negro pareciendo una especie de ángel vengador, estaba hablando con el duque y otros caballeros.

El conde pareció sentir su escrutinio, porque se giró en su dirección y enlazó la mirada con la suya. Él dejó vagar aquellos ojos verdes por su cuerpo, inspeccionándola de pies a cabeza sin perderse detalle de su silueta embutida en uno de sus pocos favorecedores atuendos color pastel. Luego él la miró a la cara con un brillo oscuro y perverso y pasó su lengua por los labios de un modo tan descarado que le hizo soltar el pedazo de comida que sostenía inconscientemente.

Mary dejó de respirar y también de masticar tan bruscamente que un pedazo de pastel se atoró en su garganta y comenzó a toser aparatosamente. Brianna se asustó y le pasó una copa que ella aferró enrojecida y de la que bebió evitando mirar hacia el castaño, a quien habían visto sonreír con discreción.

La pelirroja le estaba haciendo preguntas alarmada por su extraño comportamiento, y ella trató de tranquilizarla asegurando que nada sucedía y sonriendo con disimulada calma.

Pero por dentro estaba al borde del colapso.

Por todos los cielos, ese hombre iba a matarla, todavía no le había dicho una palabra y ya prácticamente se había delatado.

Que Dios la amparase, porque el conde de Luxe era demasiado letal para sus sentidos.

La orquesta, que estaba apostada en una tarima en un costado de la estancia y que hasta el momento solo había tocado suaves melodías, comenzó a ejecutar el primer tema de la noche, dando comienzo oficial al baile.

—Mary, ¿estás segura de que nada te sucede? Estás muy roja y demasiado callada para... Oh... Creo... creo que... Mary, Mary, ellos vienen hacia aquí —se interrumpió Brianna entrando en un repentino nerviosismo que la hizo tensarse y girar la cabeza hacia donde su amiga miraba.

—¡Ay, sí! ¡No, ay, no! Es que sí vienen hacia aquí, pero no estoy preparada, no todavía, necesito unos minutos más porque primero debo tantear el terreno antes de poder decir algo —dijo Mary, desesperada. Se giró de nuevo hacia Brianna, que ruborizada solo tenía ojos para su duque y apenas le prestaba atención—. Brianna, disimula. No me ayudas mujer, no me ayudas... Es obvio que sí estamos pendientes de los caballeros ni dignidad nos quedará, y después de que yo confiese lo que hice ya no sé qué será de mí, porque déjame decirte que ya no me reconozco. ¿No será que estoy soñando y en realidad nada de esto está sucediendo más que en un fatídico

libro de amor, y solo somos marionetas de una mente perversa?

» Brianna... Ay, ya, ya me callo, que ya llegan. ¿Por qué diantres parece que ellos caminan más lento de lo normal? Esto debe ser alguna especie de puesta en escena. ¡Te descubrí! ¿Me oíste? Sí, a ti, a quien sea que está detrás de esta nefasta trama... Me las pagarás, ya verás. Déjame que encuentre la manera de salir...

—Buenas noches, señoritas —saludó entonces la voz elegante del conde de Luxe a su espalda, y Mary detuvo su desvarío para esbozar una sonrisa fingida y enfrentar al caballero y corresponder su venia con una reverencia formal al tiempo que Brianna la imitaba, perdida en los ojos pícaros del escocés—. Lady Mary Anne, ¿me concedería esta pieza? —solicitó entonces el conde, con tono caballeroso y un brillo esperanzado y cálido en su varonil rostro.

Mary asintió, y temblando de emoción y también de miedo, colocó su mano sobre la del caballero.

Él la rodeó con una de sus manos y comenzó a guiarla en los pasos de aquel vals, llenando su pecho y su corazón de alegría.

Por una vez, sus pies no tropezaron, su boca no soltó ningún comentario atropellado y todo en el aire pareció estar de su parte.

Lord Luxe la acercó un poco más a hacia sí mientras giraban sin cesar por la pista. Ella sintió su contacto quemándole y su aroma a madreselva inundando sus fosas nasales. En aquel instante se vio reflejada en sus pupilas brillantes, y vio el amor desbordado de él. Se sintió querida, y porqué no, amada.

Ambos se sumergieron en una mágica burbuja de romance y amor, de belleza y conexión. Y Mary, conmovida, pensó que después de todo ser la protagonista de esa historia no estaba tan mal.

Aunque Maxwell deseó que ese baile no llegara a su fin, que la música no cesara y que pudiese tener entre sus brazos a lady Mary para siempre, los últimos acordes del vals iniciaron y él cayó en la cuenta de que su oportunidad de hablar con la dama estaba perdida. Aun así, no podía dejar pasar esa noche sin disipar las dudas que tenía, por lo que con esfuerzo despegó la vista del rostro arrebolado de ella y se alejó para ejecutar la venia pertinente, sintiendo su corazón todavía acelerado por el instante mágico que habían compartido.

Se había sentido tan extraño y diferente a la primera vez que había bailado con ella, donde había estado tenso, acalorado y rígido... Esa vez, en cambio, solo había experimentado paz, una conexión especial, como si todo a su alrededor desapareciera y solo estuviesen ella y sus luminosos ojos café, su rostro dulce y su preciosa sonrisa.

Ya no veía los defectos que otro Luxe, el del pasado, no hubiese podido evitar notar. Solo observaba la belleza de la persona que representaba aquella dama. Tan bondadosa como pícara, tan llena de vida, de luz y alegría... Tan repleta de lo que a él le faltaba, tan perfecta para su ser

desencantado, vacío...

Tan especial que cada vez que pensaba en que tal vez después de esa noche no volvería a poder tenerla así, tan cerca, tan unida a él de un modo indecible, su corazón se oprimía y dolía; dolía haciéndole percatarse de que nunca había sentido un dolor semejante, un miedo tan veraz, tan paralizante. Deseaba aferrarse a lo que sospechaba que podría haber ocurrido entre ellos para poder tener una excusa que le confiriera las alas que le habían cortado, la esperanza que le habían arrebatado.

—Milady... —murmuró cuando las parejas empezaron a abandonar la pista, encontrando su voz. Sintió que la mano de ella temblaba, delatando el nerviosismo que a él también le embargaba—. Necesito hablar con usted, sé... sé que... pues que... Bueno... es decir, han pasado cosas entre nosotros... como lo de la biblioteca y... y lo de su accidente... —Luxe se interrumpió maldiciendo para sus adentros la repentina torpeza que se había apoderado de el. No estaba viendo la cara de la muchacha, pues ambos estaban bordeando la pista para llegar hasta la carabina de ella, que ya los observaba con atención, pero podía percibir la tensión y su incomodad—. No quiero tomarme más libertades con usted, milady, no sin revelarle algo antes. Algo muy importante. Y también preguntarle algo que no me ha dejado conciliar el sueño —dijo de una vez cuando ya llegaban hasta lady Campton.

La dama se soltó de su agarre y ejecutó una reverencia final con la vista baja pero la cara ruborizada. Dijo, en voz alta con un tono algo forzado:

—Muchas gracias por la pieza, milord, fue un placer.

Maxwell suspiró, derrotado, y se inclinó sobre la mano que ella extendía para depositar el beso protocolar en sus nudillos, pensando en que su indiferencia era una respuesta bastante clara. Pero no se conformaba, malditamente no. Abrió la boca para dejar expuesto su malestar, pero un apretón de la joven le hizo alzar la mirada y encontrar la suya, que estaba alerta y parecía querer su atención de manera disimulada.

—Una hora y media después de finalizar el baile, en el invernadero. Allí estaré, milord —le susurró ella, y rompió el contacto para girar hacia su carabina.

Maxwell sonrió apenas, y tras asentir, dio media vuelta y se marchó.

Ya quería que la velada llegara a su fin. Estaba decidido a ser sincero con la dama después de confirmar que había comprometido el honor de ella —o de descartarlo—: le contaría los problemas que le acuciaban, y si ella pensaba que no era impedimento, lucharía por tener un futuro a su lado.

***

Mary Anne estaba sumergida en un extraño trance en el que era consciente de todo a su

alrededor, pero no estaba presente de mente y alma, sino rememorando lo sucedido con el conde e imaginando los posibles escenarios que viviría una vez estuvieran juntos en el invernadero.

Lord Luxe la había mirado con tanta intensidad... Le había hablado con extrema seriedad, casi como si fuese de acuciante urgencia que ella accediera, como si dependiera demasiado de lo que sucediese esa noche.

Y ella sentía algo similar. Realmente era un momento decisivo para ambos, pues después de acabar esa celebración, ella tendría que volver a su casa a pasar el resto del receso de la temporada invernal. No habría más encuentros casuales ni más oportunidades de toparse con el conde.

Pese a su distracción, no pudo dejar de ver que su amiga Abigail estaba también bailando, y en su caso por primera vez, o al menos ella nunca la había visto hacerlo. Por supuesto, su compañero era el conde de Vander, y aunque parecía que estaban teniendo un duro intercambio de palabras si se guiaban por el ceño fruncido de ella y la rigidez de su espalda delgada, pues el rubio solo sonreía y la observaba con arrebatadora admiración, era obvio que ambos estaban encandilados el uno por el otro. Casi flotaban y parecían una pareja de cuento de hadas.

Tanto Clara como Brianna y ella suspiraron embelesadas por el bello cuadro, y después se miraron asombradas e intrigadas. Abigail tenía mucho que confesar, y ya las había evitado demasiado tiempo. Mary no era la más indicada para exigir respuestas y recurrir al código de amistad que la dama estaba infringiendo, pero la distracción no venía mal, y, además: era mejor que la Hermandad estuviese poniendo atención a Abigail, porque así no se percatarían de lo que ella estaba ocultando.

¿Cobarde? Sí, pero también práctica.

—¡Mirad, se escapa! —exclamó Clara, que era por supuesto la más interesada en averiguar qué sucedía entre su hermana y su cuñado. Señaló con disimulo hacia un extremo en donde estaba Abigail tratando de escabullirse, pues ya las había descubierto de pie esperándola al final de la pista—. No dejéis que huya otra vez —ordenó la mayor con tono autoritario, saliendo disparada hacia su hermana como si fuese un general en plena batalla. Esto sorprendió a las otras, pero dados los constantes cambios de humor que estaba experimentando la castaña, les hizo seguirla con disimuladas risas.

Pobre Abby. La compadecía, pero no tanto como para ocupar su lugar. Si sus amigas se enteraban de lo que había estado haciendo esa semana navideña... No, nadie podía enterarse, concluyó con un escalofrío.

***

Maxwell no pudo mantenerse dentro de su cuarto los minutos que faltaban para la hora en que

se había citado con lady Mary Anne. Estaba demasiado ansioso y frenético, por lo que aún con la ropa que había usado en el baile salvo por el pañuelo, descendió hacia el piso inferior y se encaminó hacia el despacho de Lancaster, decidido a encontrarse con alguno de sus amigos y abstraerse un momento de sus asuntos personales.

Como supuso, dentro estaban el conde y Fisherton jugando una partida de ajedrez, la cual se extendió un instante hasta que Marcus terminó ganándole al escocés, que maldijo su mala suerte alegando que él era un hombre de acción, no de absurdas estrategias, y que además su mente no podía concentrarse tanto tiempo en algo que no tuviese cabello rojo y caderas de pecado. Metió la mano en su bolsillo para saldar la apuesta al jactancioso vencedor.

—Amigos, aquí termina mi noche, tengo un ratoncito esperándome para sobar su espalda —les informó Marcus, poniéndose de pie. Abandonó el lugar con las burlas de McFire como despedida.

Max bebía apostado en un rincón junto al fuego, negando con su cabeza divertido. Nunca había visto a un hombre más feliz y ansioso por masajear a una mujer embarazada. De hecho, la mayoría de matrimonios de la nobleza no compartían cuarto, y cuando la mujer quedaba en estado ni siquiera el marido tocaba a su esposa hasta después del parto.

—Lancaster es un bastardo con suerte. Ya quisiera yo que me estuviera esperando una muchacha en mi cama para calentar además mis sábanas. Esta mansión es tan helada como un maldito pedazo de hielo, deberían poner pieles en las paredes en vez de esos papeles inservibles —refunfuñó el gigante, levantándose de su silla para ir por el whisky y dejarse caer frente a él.

—Como si en tus tierras no hiciera frío. Estáis rodeados de montañas —dijo Max con sarcasmo, vaciando su vaso con lentitud. No quería bajo ningún motivo emborracharse esa noche.

—Lo hace, y un frío de los mil demonios. —Alex asintió, estirándose en la silla y cruzando sus tobillos en pose relajada. Luego lo miró con sorna y agregó—: Pero no lo sentimos, porque abundan pieles para calentarnos.

—Pues consíguete una. Caza un zorro o yo qué sé, de lo que sea que estén hechas esas pieles. No debe ser tan difícil conseguir una. —Se encogió de hombros.

—Ah, no, pieles puedo conseguir, pero las que nosotros usamos... esas venían por sí mismas —aseveró Alex, riendo entre dientes—. Aquí, en cambio, tengo vista una... pero dudo que la portadora se quede tranquila cuando la arranque de su cama y la lleve a la mía.

Maxwell cayó en cuenta un poco tarde de lo que el rubio estaba diciendo, y no se libró de las burlas del duque ante sus muecas de consternación. Si este supiera que su leve sonrojo se debía a que él creía haber hecho mucho más que toparse con la piel de determinada mujer, no se reiría tanto. Al parecer, ingleses y escoceses no eran tan diferentes, solo que los segundos eran menos discretos y los primeros más solapados.

—Bueno, entonces... ¿Tienes intenciones serias con la señorita Colleman? —preguntó, causando que el duque perdiera su actitud irreverente y se tornara pensativo.

—Yo quiero casarme con esa muchacha desde la primera vez que la vi —contestó Alex, sin apartar la vista. Luego hizo una mueca y siguió—. Bueno, en realidad quiero hacerla mía desde que la vi, y sé que en estas tierras solo puede hacerse con matrimonio de por medio si no quiero perjudicarla..., así que sí, pretendo hacerla mi esposa.

Maxwell admiró su determinación y seguridad, y deseó por un momento que su vida no fuera tan complicada para poder ser como el escocés y gritar a los cuatro vientos lo que deseaba.

—¿Y por qué no le has pedido la mano al padre o al hermano? —inquirió, iniciándose para rellenar los vasos de ambos.

Fisherton gruñó, y ante sus ojos asombrados, su rostro se tornó nervioso y dubitativo; hasta levemente sonrojado.

—He hablado con el hermano —confesó de sopetón, dejando más sorprendido a Max—. El muchacho me dijo que él no podía intervenir, que debía hablar con el barón, pero que estaba seguro de que el padre respetaría la decisión de su hija. Si quería en realidad desposar a la joven debía asegurarme de que ella estaba interesada en ser mi esposa.

Maxwell arqueó sus cejas ante lo que oía, y sonrió con malicia al notar la rigidez que se había apoderado del duque.

—¿Y entonces? ¿Eso no es pan comido para ti? Ya hasta la has besado, ¿no? —dijo, escondiendo su hilaridad.

El duque lo fulminó con sus ojos azules y luego desvió la vista. Tras tocarse los cabellos, evidenciando su frustración, respondió:

—No es tan fácil como creía. La dama es... es una típica joven inglesa. No sé cómo tratarla, ella no me tiene miedo como el resto de las féminas de estos lares, pero me rehúye y no parece estar cómoda en mi presencia. Así que yo... yo estoy intentando no asustarla y hacer todas esas tonterías que vi hacer a otros petimetres cuando se interesan en una dama antes de declararle mis intenciones.

Sin poder evitarlo, él se quedó mirando estupefacto al escocés, y después soltó una carcajada que fue tan inesperada para él como para el duque.

Nunca hubiese imaginado lo que el amor podía hacer en un hombre, y sin dudas ver a tan salvaje partido intentando cortejar a una mujer a la usanza inglesa iba a ser muy divertido.

—Pues te deseo suerte, amigo. La necesitarás —pronunció Max con mofa, vaciando su bebida y depositando el vaso en la mesita que estaba colocada entre ambos.

—No sé qué te divierte tanto, tú estás más complicado que yo. A los Bennet los engañas con tu porte de estirado y tus comentarios puritanos, pero a mí no —rebatió Fisherton, mirándole con seriedad. Una sonrisa de lado apareció en su cara cuando él lo escrutó, tenso por lo que insinuaba

su amigo. El duque se enderezó, y fijando la vista en las llamas de la chimenea, agregó—: Sé que lady Mary Anne te atrae desde la noche que la encontramos tendida en el banco de un balcón en esa fiesta. Lo confirmé la noche en que las damas acudieron borrachas a tu casa. Pero ya he descartado cualquier duda, y ahora puedo afirmar que tienes algo con ella; algo que has estado ocultando de todo el mundo.

Maxwell se envaró más todavía y abrió la boca para exigir una respuesta, pensando, consternado, que los habían descubierto. No sabía si sentirse aliviado o aterrorizado, porque si McFire lo sabía otra gente también podría estar sospechando, y eso no era bueno.

No todavía.

—No intentes negarlo, Grayson. Tengo pruebas irrefutables —le cortó el duque, posando de nuevo su mirada sagaz en él.

—¿De qué estás hablando? —exigió frunciendo el ceño. Su mente se llenó de conjeturas, como que tal vez su amigo los había visto la mañana en que se besó con la dama en el bosque. Sabía que ese acto arrebatado le traería consecuencias.

—Hablo de que estás en graves problemas, Luxe, y no sé si estás haciendo algo por solucionarlos, pero yo que tú lo haría. Después de todo eras el que más pregonaba sobre las reglas y las prohibiciones de la sociedad, y mírate... ¡Resultaste ser el más transgresor!

—Fisherton, si insinúas que yo... —se excusó Max, molesto.

El duque lo cortó con un ademán impaciente, y un señalamiento de su dedo índice.

—No lo insinúo; lo aseguro, amigo. Tú eres el más pecador. —Su afirmación provocó que Max se apoyara en el respaldo de la silla, impactado, con el pulso acelerado y la desazón y confusión quemando su pecho. Todas las emociones debieron reflejarse en sus rasgos, porque el duque negó dos veces con su cabeza, y acercando el cuerpo al extremo de su asiento, aseveró—: Hace dos noches vi a lady Mary Anne. La vi semi desnuda saliendo de tu cuarto.

CAPÍTULO 20

«Si tan solo usted me amara
podría renacer en mí la esperanza.
Si tan solo sus ojos me vieran
podría yo creer
que vale la pena querer.
Si tan solo su corazón me deseara
podría seguir aferrada
a este sol de invierno.
Muerta la ilusión, enferma la fe, sangrante mi ser.
Aun así, le amaré
hasta que se apague la última estrella,
hasta que todo lo hermoso desaparezca.
Hasta que todo lo que deba extinguirse,
muera».

Texto extraído de la libreta de lady M.R

Por unos segundos, Maxwell no tuvo reacción alguna salvo por quedarse mirando al escocés con el rostro pálido y la mirada perdida.

Fisherton la había visto. Había visto a lady Mary Anne.

Entonces era cierto... Todo había sucedido de verdad y no en un sueño más de los que había tenido.

Él... Ella... Los dos...

¡Por los clavos de Cristo!

El miedo y la culpabilidad le embargaron, y completamente alterado se lanzó hacia el duque y, cogiendolo desprevenido, logró aferrarse a las solapas de su levita y acercarlo a su cara bruscamente.

—¿Estás seguro? Tienes que estar completamente seguro de lo que estás diciendo, McFire, de que se trata de la dama en cuestión y de era mi puerta, porque... porque si no... porque yo... —

espetó frenético, sin alzar la voz, pero tan fuera de sí como nadie jamás le había visto.

—Tranquilízate, Luxe, y suéltame, hombre, te dará algo... —rebatió el rubio, zafándose de su agarre y alejándose prudentemente, sorprendido por la actitud del siempre imperturbable conde —. Por supuesto que estoy seguro, jamás osaría mentir en algo como eso. La muchacha nos escuchó acercándonos y corrió a esconderse detrás de unas cortinas, pero como al abandonar tu cuarto estaba de espaldas, no vio que yo había llegado al vestíbulo antes y vi su salida, así que retrocedí y distraje a Lancaster lo suficiente para darle tiempo a ocultarse. La vi muy bien a pesar de la semi oscuridad, su piel es muy blanca y su camisón resaltaba por... Y ya me callo —se interrumpió Alex, divertido, cuando su amigo se puso en pie con los puños apretados y expresión asesina. No hacía falta que presionara más, el pobre ya le había dado todas las respuestas por si le hubiera quedado algún resquicio de duda.

—Yo... ¡Me lleva el demonio! —maldijo Luxe, haciendo que el otro elevara las cejas y siguiera su ir y venir inquieto por el despacho—. No es lo que parece, Fisherton. Es decir... sí lo es, pero no es lo que estás pensando, no estoy intentando perjudicar a la dama, ni deshonrarla, yo no quería, yo...

—¿Estás diciendo que no la sedujiste? No te lo creo, ni tu con tu palo metido... —cuestionó el duque, pero cuando Luxe se detuvo y lo miró con gesto cortante, se corrigió—. Ni un santo hubiese podido resistir esa tentación, ella estaba en tus aposentos de noche y casi sin ropa, ¿acaso leísteis un sermón? Lo dudo, hasta un inglés caería bajo esa trampa. Cualquier ser humano con sangre en las venas lo haría. Y más si la lleva deseando por mucho tiempo, como es tu caso, que ni con esa cara puedes disimular que la morena voluptuosa es tu...

—¡No lo sé! ¿De acuerdo? —le cortó Luxe, enojado. Dejó boquiabierto al duque, que jamás le había oído dar gritos—. No lo recuerdo con claridad, no tengo certeza de lo que sucedió allí dentro —prosiguió el conde con un suspiro derrotado, dejándose caer de nuevo en la silla. Enfocando la vista en su confidente, agregó—: Solo ella tiene la respuesta. En unos minutos me la va a dar, porque ahora que me dices esto empiezo a creer que lo que creía que era un sueño... no lo era. En ningún momento lo fue, al parecer.

—¿Un sueño? ¿Cómo iba a ser un sueño, hombre? El aire se siente muy diferente a dos pares de te... —cuestionó con gesto incrédulo McFire, pero otra vez Luxe le cortó malhumorado.

—Estaba borracho. No fuera de combate, pero sí lo suficientemente bebido como para no distinguir la diferencia entre un sueño y la realidad. Y yo, maldición, yo... llevo soñando con la mujer mucho tiempo —confesó a regañadientes, desviando la vista hacia el suelo—. Desde que ella me besó una noche que acudí a lo que creía que fue un atraco a un carruaje. Desde entonces, ella aparece en mis sueños. Al principio eran inocentes, pero después de que tuviéramos esa extraña experiencia con las cortesanas en El Halcón, estos comenzaron a tornarse más ardientes y confusos. En mi mente se mezclaban ambas mujeres, como si lady Mary Anne y la desconocida

prostituta fueran la misma persona. Una completa locura, lo sé, pero en mis sueños así era. «Una dama francesa» la llamaba yo, pero que cuando se quitaba el antifaz era la dulce dama inglesa que me topo en todas partes desde que Marcus decidió cortejar a lady Clara.

—Entonces... Creíste que estabas teniendo uno más de tus sueños lascivos con la muchacha, y le quitaste la virtud incentivado por lo que habías bebido. Vaya... Estás arruinado, Grayson —musitó el otro, asombrado.

Maxwell lo miró y tragó saliva, sintiendo un nudo en su pecho que le dificultaba la respiración, y también una ira cegadora que le impulsó a responder:

—No, no fue un sueño más. Esta vez fue diferente, fue especial, me sentí... Fue la mejor experiencia sexual de mi vida. Lo que sentí fue mágico y extraordinario. Fue como llegar a un lugar que no sabía que existía, pero que necesitaba tanto que calentó mi alma hasta llenar todos los vacíos que tampoco tenía ni idea de que albergaba. Me sentí completo.

»Ahora entiendo que tuvo que ser real, aunque no la hallé cuando desperté. Estaba solo, pero en mi memoria hay fragmentos... y su rostro. Estoy seguro de que vi su cara.

»Tengo que hablar con ella, pero te pido que no comentes esto con nadie. Jamás me perdonaría si su reputación se viese afectada de cualquier manera. Debes guardar este secreto, Fisherton, dame tu palabra —exigió resuelto, poniéndose en pie de nuevo.

—No tienes ni que pedirlo, por supuesto que tienes mi palabra, hombre. ¿Qué te crees que soy? ¿Una vieja chismosa? —se ofendió Alex, levantándose también. Correspondiendo la mueca seria del conde, apoyó una mano en su hombro y siguió—. Solo te he dicho esto porque debes saber que, así como yo me he dado cuenta, lo puede hacer cualquier otro, y por lo que yo recuerdo me habías comentado que no podías desposar a nadie... ¿O ya lo solucionaste? Porque si no es así, no entiendo qué estás haciendo, viejo amigo. Estás jugando con fuego y ya te quemaste. Tú... y esa pobre muchacha.

Maxwell se crispó y retrocedió hacia la puerta, necesitando salir de ese lugar e ir en busca de la dama con urgencia. Quería decirle tantas cosas al escocés... pero no podía, la hora había avanzado y debía centrarse en lo urgente, que era resolver aquel asunto con la dama. Ella era la que debía escuchar de sus labios que, sin importar lo que pasara, él la amaba.

La amaba y estaba dispuesto a enfrentar lo que viniese por ella.

—No lo he podido resolver, y es cierto: no puedo casarme con lady Mary Anne. No tenía intenciones de hacerlo, de hecho, pero ahora todo ha cambiado. Primero quiero escuchar de su propia boca la verdad, y si es cierto que tomé su virtud, haré lo correcto. Encontraré la manera de hacer lo honorable, que no te quepa duda, McFire. Tú solo... no digas nada. Necesito tiempo.

En cuanto salió del despacho de Lancaster, el reloj dio la hora en que debía encontrarse con la dama. Él suspiró, aliviado, y se apresuró hacia el invernadero con las emociones a flor de piel.

Deseaba tanto como temía que lady Mary le confirmara lo sucedido entre ellos, pues si así era

vendrían tiempos muy complicados para ambos. Aun así, él se creía capaz de vencer cualquier obstáculo por ella, y no solo por el honor que no toleraría que nadie pusiera en duda, sino porque tener a esa mujer en su vida sería como obtener el paraíso.

Avivado por el descubrimiento de sus escondidos sentimientos, Max llegó a la estructura de vidrio enorme que ocupaba buena parte del exterior oeste de la mansión, y tal y como esperaba tuvo que guiarse por la luz de la luna para lograr llegar hasta la puerta y entrar.

Dentro predominaba la humedad que despedían las plantas y el sonido de los grillos. Pero no fue esto lo que le hizo ralentizar sus pasos y acercarse con tiento hasta donde se había topado con la dama en la ocasión anterior, sino el murmullo de voces que escuchó proveniente de ahí.

Su estómago se tensó al conjeturar que alguien más podría haber tenido la idea de tener una cita clandestina allí precisamente, pues eso podría ser desastroso si llegara lady Mary Anne también y quien fuese el que estuviera ahí la veía.

Nervioso, se ocultó detrás de un gran arbusto y ayudado por su altura espió hacia el banco desde donde provenían los sonidos. Lo que vio hizo que su alma cayera en picado, como un ave abatida por un certero y letal disparo justo en el centro del pecho.

Era ella. Lady Mary Anne... en brazos de otro hombre, abrazada a él en una pose muy íntima y carnal.

El primer impulso de Maxwell fue el de irrumpir en medio de aquella inmoral escena y tomar a ese malnacido por el cuello para dejarle bien claro que la mujer que estaba tocando era suya, porque se trataba de ella: había una pequeña farola que iluminaba lo suficiente como para distinguir sus rasgos. Pero logró retener su ira y mantenerse agazapado con los puños apretados y la decepción y sensación de asqueo brotando por sus poros.

No podía creer lo que veía, no era capaz de asociarlo con lo que conocía y sabía de esa dama, con lo que ella le inspiraba y lo que había asumido que sentía hacia su persona. No podía, aunque tuviera la propia prueba frente a sus ojos, aceptar que la mujer que pensaba que era intachable, inocente, honrada, leal y sincera no era más que una embustera, traicionera e impúdica criatura de doble cara y nulos valores.

No lograba asumir su traición y el dolor que le estaba provocando verla en brazos de otro hombre.

Por lo que, devastado y completamente atribulado, hizo lo único que lograría por lo menos mantener su dignidad en pie. Retrocedió despacio apartando los ojos de aquel cuadro repulsivo para él, hasta que los murmullos inaudibles de la pareja se transformaron en exclamaciones y gemidos y él se paralizó, incrédulo.

***

El sonido del reloj dando la hora fue música celestial para los oídos de una impaciente y ya agonizante Mary, que no podía soportar más la espera. A sabiendas de que aún faltaba una media hora para su cita con el conde de Luxe, decidió abandonar el cuarto.

Mary estaba lista y preparada para reunirse con su amado cuando las agujas se posicionaron en la hora indicada, y solo se demoró lo suficiente para tomar su capa de terciopelo blanca, que estaba forrada de color azul por dentro y que cubría el vestido del mismo color que se había puesto después de quitarse su atuendo de gala.

En ese momento no le importaba demasiado su apariencia, ni tampoco el hecho de que llevase el cabello apenas sujeto por un prendedor debido a que la doncella la había preparado para dormir, por supuesto, ignorando que ella tenía una cita clandestina en mente. Solo podía formular una y otra vez en su mente lo que pensaba decirle a lord Luxe y lo que tenía tanta fe que sucedería en unos instantes.

Estaba decidida a sincerarse del todo con el conde, a jugar todas sus cartas y aprovechar esa última noche bajo ese techo y la posibilidad de estar con el caballero a solas. Era un caso de vida o muerte para ella, el fin de su ilusión de amor o el comienzo de la primavera en sus sentimientos por aquel hombre. No habría otra oportunidad, y era muy consciente de ello, y de que además había perdido ya su virtud y todo lo que ese hecho conllevaba para una dama de sociedad y soltera.

Si Luxe la rechazaba, estaría arruinada en muchos sentidos.

Mary se desplazó con sumo sigilo por la casa que parecía ya dormir, aunque al pasar por varias puertas vio luces encendidas en más de una habitación y tuvo que esconderse en tres ocasiones de sirvientes que aún estaban ejerciendo alguna tarea. Por lo que, al llegar al exterior de la mansión, se arrebujó en su abrigo y soltó un suspiro de alivio antes de bordear el jardín corriendo lo más rápido que sus zapatos le permitieron.

Dentro del invernadero solo la recibió el silencio y la penumbra, interrumpidas ocasionalmente por el reflejo crepuscular que se colaba a través del techo de cristal abovedado. Mary transitó por los pasillos sintiendo su corazón aún acelerado por la carrera, diciéndose a sí misma que debía conserva la calma y no hacer caso a el temor que le decía que tal vez el conde no aparecería.

Él acudiría a la cita, se decía, segura.

Tan segura como que oyó pasos acercándose, y ella contuvo el aliento y se giró con el rostro iluminado por la farola y por una sonrisa de bienvenida y absoluta alegría por ver confirmadas sus conjeturas.

Solo que casi simultáneamente su mueca de dicha decayó hasta tornarse en una mueca de sorpresa y confusión, y finalmente una de cautela y recelo.

—Buenas noches, milady —saludó el hombre desconocido, que vestía un abrigo gris oscuro y

se había detenido a unos pasos de ella para observarla con fijeza y aparente calma—. No quise asustarla, ¿lo estoy haciendo? Si es así discúlpeme, por favor —prosiguió el hombre, cuya vestimenta y modales denotaban una buena posición social, con voz gruesa.

Mary intentó cerrar la boca y dejó de retroceder cuando percibió su hilaridad para depositar la farola en el banco de piedra que estaba a su lado y enfrentar al extraño con los brazos cruzados.

Tenía la sensación de conocer a esa persona, de haberlo visto en otra ocasión, a pesar de estar viendo su cara muy bien y descartar esa posibilidad, puesto que jamás se había topado con ese rostro o lo recordaría.

No obstante, esos ojos felinos y muy azules, esos labios carnosos y sensuales, su cabello algo ondulado color castaño claro peinado hacia atrás, se le hacían muy familiares. Era ilógico, no era posible que le hubiese encontrado antes pues nunca le había sido presentado, pero la sensación de *déjà vu* no le abandonaba.

—No lo ha hecho, señor, solo me ha sobresaltado —respondió cuando logró calmar las pulsaciones y la impresión que le causaba la intensidad con la que él la escrutaba, y la inaudita belleza de sus rasgos delgados, su postura erguida y relajada a la vez, y su aura peligrosa y enigmática.

—¿Acaso no esperaba compañía? Me temo que si es así estoy siendo inoportuno, pero es que estaba abandonando la propiedad cuando la vi cruzar por delante de mí con mucha prisa. Creí que tal vez estaba en alguna clase de problema —se excusó el caballero, acercándose despacio hasta donde Mary permanecía estática.

Ella quiso gritar que, de hecho, sí esperaba a alguien, pero obviamente se calló esa verdad que arruinaría su reputación y solo negó con toda la convicción que pudo reunir.

—No espero a nadie ni estoy en problemas, señor. Pero no creo que sea conveniente estar aquí con un desconocido... —insinuó, deseando decirle que debía marcharse y deseando que Luxe no apareciera en ese instante y delatara la mentira de sus dichos.

—Tiene razón, otra vez me disculpo —claudicó con un asentimiento él. Acto seguido, la dejó de una pieza al adelantarse y tomar su mano sin su permiso para depositar en sus nudillos enguantados un beso. Demoró solo un segundo, pero logró provocarle un escalofrío, o más bien fue su repentina cercanía y el ardor que despedían sus pupilas al hacerlo—. Déjeme presentarme, milady. Soy lord Savage, y es un placer conocerla, aunque no es la primera vez que mis ojos tienen la dicha de verla —terminó soltando su extremidad y sonriendo lenta y sórdidamente.

Mary carraspeó, ruborizada. Debía estar pareciendo una bobalicona frente al recién llegado quien... ¡Rayos! ¿Savage? ¿Había dicho *Savage*? No podía ser el marqués de Savage que estaba pensando, ese que se había auto exiliado hacía más de una década después de un terrible escándalo. Pero había dicho lord Savage, o sea que no cabía otra probabilidad, pues no era tan joven para ser algún heredero del mismo. De hecho, debía tener más de treinta años, más o

menos como tenía lord Luxe, o eso creía Mary, que jamás se había preguntado la edad exacta del conde, y...

¡Recórcholis! Luxe, el conde, debía estar ya llegando. Tenía que deshacerse de aquel hombre de algún modo.

—Yo... —balbuceó Mary, nerviosa, saliendo de su estupor y topándose con la mirada curiosa y atenta del castaño, que parecía estar esperando que se presentara también—. Soy lady Mary Anne Russell, y me temo que debo pedirle me deje usted a solas porque... —siguió con rapidez, deshaciendo su cerebro en busca de alguna excusa plausible y coherente.

—¿A solas, aquí y de noche, lady Mary? Eso no sería digno de un caballero, puede sucederle algo. No quiero incomodarla, pero no pude contener el impulso de seguirla. La estuve observando en el baile, y, aunque no pude acercarme a usted porque no habíamos sido presentados, me causó usted mucha curiosidad, ya que me parece su rostro familiar. A decir verdad, estoy completamente seguro de que la he visto antes —la interrumpió Savage con tono misterioso, dando otro paso más en su dirección.

Mary entró en angustia y auténtica alarma y cortó su discurso para espetar:

—No es necesario que me proteja, aquí estoy a salvo, se lo aseguro. Es más, los condes están al tanto de mi presencia aquí y han autorizado que permanezca en el lugar el tiempo que haga falta.

Savage arqueó las cejas, asombrado, y esbozó una mueca de confusión y duda. Así que ella, determinada a deshacerse del supuesto marqués, siguió diciendo con voz chillona y más énfasis del que se daba cuenta estaba esgrimiendo:

—Es como le digo, mi estancia aquí está autorizada porque... porque estoy haciendo un experimento. Es... es un estudio muy secreto y está usted interrumpiendo mi labor, así que fue un placer conocerlo, lord Savage.

—Un estudio ¿de qué? —inquirió con tono sospechoso el hombre.

Mary quiso gritar de frustración. Ya habían pasado varios minutos desde la hora exacta en la que se había citado con el conde, y nada; no se libraba de la compañía indeseada del atractivo caballero. Pero es que eso era una burla, hasta hacía unos meses no se acercaban a ella ni los perros hambrientos de las calles y ahora se le pegaban como ladillas los hombres apuestos.

Bueno, tampoco tanto, pero casi.

Estaba ya a punto de colapsar de histeria cuando su mente se iluminó y contestó con atropello y sutiles palmaditas en el brazo del castaño, quien retrocedía con torpeza.

—Estudios de las plantas... de las especies nocturnas. Soy... soy una... —«Una mentirosa terrible», pensó, atribulada y fuera de sí. Pero balbuceó—: Una científica. Una científica que investiga sobre investigaciones, eso. En este momento estoy haciendo una profunda inspección de la especie *max marius*... que es una planta que solo deja ver sus pétalos en.… en presencia

de... de expertos, y lo hace en esta fecha únicamente... por lo que como comprenderá no puedo distraerme.

—Ah, ¿sí? Interesante... —rebatió aturdido, con tono nada convencido. Al mismo tiempo, sin ocultar su diversión, se dejaba guiar hacia la salida. Pero al pasar por el extremo del largo banco de piedra, se detuvo con brusquedad y Mary colisionó contra su hombro izquierdo tan fuerte que se quedó unos segundos con el rostro enterrado en su carne blanda pero firme y sin respiración —. Oh, disculpe mi torpeza, ¿está usted bien? —se interrumpió preocupado, bajando la cabeza y colocando una mano en el brazo derecho de ella para cerciorarse que no se había hecho daño.

Mary asintió a duras penas e hizo ademán de alejarse, pero un intenso y lacerante tirón en su cuero cabelludo se lo impidió.

¡Oh, diablos, se había enredado uno de los mechones de su semi recogido en el botón de la capa del marqués!

—Bueno... —vaciló el caballero, tras carraspear con evidente incomodidad—. Entonces ¿está mareada o no puede sostenerse por sí sola? —preguntó todavía alarmado y tratando de poner espacio entre ellos.

—No... ¡Auch! Espere, estoy atorada con su... con su botón —exclamó Mary con dolor. La voz amortiguada por la tela del gabán, pues tenía la boca enterrada muy cerca el pecho masculino. Estaba ya mareada por el aroma a sándalo y madera del caballero que se colaba por sus fosas nasales, y tensa por estar pegada a su torso, percibiendo cómo su abundante busto se clavaba en las costillas de él.

¡Parecía que estaban abrazados como si fuese la última vez de sus vidas!

—Ah... claro... Ahora veo... —murmuró Savage, consternado. Desplazó su mano libre por encima de la cabeza de Mary, rozando en el movimiento sus cabellos, hasta llegar al botón en cuestión—. Déjeme que la libere. Lo siento, esto es incómodo —agregó con la risa contenida.

—¡Ay, espere, no tan fuerte! ¡Más lento para que no me duela y lo haga mejor! —gimió en voz alta y adolorida Mary, que desde siempre fue muy sensible en lo que al cabello y cuero cabelludo se trataba.

—De acuerdo, de acuerdo, seré más delicado. Es que nunca he tocado nada tan suave y fino, esto está muy apretado —se excusó Savage, haciéndose oír por encima de sus gimoteos.

—¡Así...! ¡Así, milord, lo estoy sintiendo liberarse, casi lo logra! ¡Sí! —le alentó Mary, tratando de mover la cabeza y aspirar el aire que le estaba faltando aferrada al cuello del caballero para mantener el equilibrio.

Y fue en ese instante en que por fin sintió su cabello siendo liberado de aquel tirón doloroso, y el suspiro de alivio del marqués, que se oyó un estruendo a sus espaldas y luego un juramento airado.

Ambos se sobresaltaron y giraron en dirección al estrépito para encontrarse con una figura

emergiendo de detrás de un conjunto de plantas de dos metros de altura.

Entonces Mary abrió los ojos como platos y se alejó de Savage con tanta rapidez que cayó hacia atrás, haciendo aspavientos con los brazos, y aterrizó sobre su trasero dentro de una maceta.

Pero no sintió ni el golpe ni la vergüenza, pues tenía puesta toda su atención en el rostro tallado en piedra de lord Luxe y su mirada verde fulminante y rabiosa.

—Milord... No es lo que parece, lo juro —atinó a decir, con la cara enrojecida y la ropa y el cabello lleno de tierra y hojas.

Sin embargo, no pudo continuar con su explicación. El conde, que tenía sus puños contraídos junto a las piernas y la mandíbula tan apretada que parecía que estaba por quebrarse como el hielo, la miró de arriba hacia abajo, luego desplazó su vista al marqués, que era testigo de todo con expresión indolente y curiosa y no estaba haciendo nada para justificar aquel fatídico espectáculo. Su mirada se ensombreció más aún, y acto seguido, Luxe bajó la vista.

Dándose media vuelta, abandonó el invernadero.

CAPÍTULO 21

«Cuando la luz de mi alma se apagó por completo,
cuando sola me encontré y pude verme en un espejo,
comprendí que nunca había sido suya, ni usted mío.
Solo fuimos presa de un cruel destino, cautivos de nuestros deseos y víctimas de nuestra pasión.
Nunca quise herirle, sé que no pretendía lastimarme.
Pero de buenas intenciones no está hecho el mundo, y hoy amanecí entendiendo que no se puede borrar lo escrito, que no se puede torcer la mano de lo predicho ni deshacer lo dictaminado.
No sé si algún día podré decirle un «te amo», no sé si volveré a cobijarme en sus brazos.
Solo sé que se ha clavado usted en mi pecho como una estaca encendida.
Que su ausencia me quema, que su adiós me duele.
Solo sé que a pesar de mi misma, de mi voluntad y mi dignidad, mi ser estará allá donde usted vaya.
Solo sé que mis ojos seguirán viendo a través de lo suyos, mis pulmones alimentándose de su aire, y mi corazón funcionando a través de sus latidos.
Solo sé que cada noche usted será mi último pensamiento, que será mi constante lamento, mi pesar y mi melancolía.
Será mi dolor y mi sonrisa prohibida.
Será mi «nunca me olvides», y mi esperanza moribunda.
Será mis sueños deshechos y mi pensamiento negado.
Solo sé que para siempre estaré yo aferrada a este sentimiento.
Quiera el olvido borrar los recuerdos, o el cielo exorcizar estos demonios, yo continuaré muy dentro, en lo más profundo, amándolo».

Texto extraído de la libreta de lady M.R

La semana navideña había llegado a su fin, y esa fría mañana, antes del alba, dos caballeros cruzaban el vestíbulo que llevaba a las habitaciones designadas a los caballeros solteros conversando en voz baja.

—¿Por qué diablos me has despertado a esta hora indecente, McFire? —se quejaba el conde de Lancaster, pasando la mano por su cara con gesto cansado.

—No seas quejica, inglés. Ya está saliendo el sol, no es plena noche, y además es por una causa de fuerza mayor —respondió con sorna.

—¿Qué ha hecho ahora mi hermano? —gruñó el conde, exasperado.

Se sentía agotado, pues desde que su esposa estaba en estado de buena esperanza, él apenas dormía. No era que se quejase, para nada lo hacía; de hecho, estaba extasiado. Pero a veces los treinta y un años le pasaban factura a su cuerpo, que se aplicaba todas las noches para satisfacer a su demandante e insaciable ratoncita. Digamos que Lady Ratón se había devorado al gato entre dos panes hacía rato. Y para qué negarlo... A él le encantaba.

—Esta vez nada —rebatió el duque, lacónico, cuando se detuvieron frente a su destino. Elevó la mano para llamar a la puerta en cuestión—. No me reveló demasiado, solo me dijo que partirá de regreso hacia Londres en pocos minutos y que lo despidiera de ti y de Luxe. No se veía como él mismo. Parecía muy abatido... Ni respondió a mis pullas.

—Iré a verlo de inmediato —dijo Marcus, preocupado. Luego, extrañado, prosiguió—: Nadie contesta. Qué raro.

—Luxe es de sueño pesado. Yo debo volver a la ciudad, he recibido una carta de mi tío requiriendo mi presencia. ¿Me despides de él? —Fisherton se encogió de hombros, llamando por última vez, y cuando el otro asentía, de improviso la puerta cedió ante los golpes y se abrió levemente.

Ambos se miraron, dudando de si entrar o no, pero el sonido de un quejido resonando desde el interior resolvió su disyuntiva y el escocés empujó la madera y se internó en el oscuro cuarto.

—¿Qué rayos...? Aquí apesta —comentó Marcus, asqueado. Caminó por el cementerio de botellas a tientas, ya que el lugar estaba sumido en la penumbra. Ni siquiera la chimenea continuaba encendida.

—No hay nadie en la cama —informó Fisherton en tono grave, y Marcus se dirigió hacia las ventanas y descorrió las cortinas con un tirón dejando entrar la luz del amanecer a raudales.

Fue entonces que otro gemido les llegó de un rincón. Ambos examinaron el espacio hasta dar con el origen.

—¿Qué le pasó? Está hecho un estropajo —inquirió el duque, alzando las cejas.

—Luxe, Luxe... —le llamó Lancaster, que se había acercado hasta la figura derrumbada sobre la alfombra a medio vestir y evidentemente inconsciente por la ingesta excesiva de alcohol.

—Él nunca se excede con la bebida. Creo que está atravesando un grave asunto personal, pero es tan terco que no suelta prenda más que algunas palabras que logré arrancarle —se lamentó Fisherton, poniéndose de cuclillas junto al moreno.

—Luxe, despierta... Luxe, ¿me oyes? —trató de reanimarlo Marcus, infructuosamente—. Está

muy mal. No creo que sea conveniente que alguien lo vea así. Mejor llevadlo con vosotros a la ciudad para que pueda recuperarse en la intimidad de su propiedad —propuso consternado, poniéndose en pie.

Fisherton apartó la vista del rostro demacrado del conde y asintió, serio. Era obvio que la noticia que le había dado a Luxe le había afectado considerablemente, y que su supuesta cita con lady Mary no había tenido el resultado que su amigo esperaba. Mejor lo sacaba de esa casa, quizás poner distancia serviría para enfriar la cabeza del conde y hacerlo entrar en razón, pues estaba teniendo actitudes autodestructivas que podrían terminar mal en más de un sentido.

Por si cupo alguna duda, en ese momento Luxe se removió y, entre delirios y susurros, dijo:

—¿Por qué? ¿Por qué, Ensueño...? —Eso era lo que él repetía con voz rota y dificultad. Después de hacer una pausa, agregó—: ¿Por qué, si yo te amo, si yo estaba dispuesto a darte el cielo...? Ensueño... ¿Cómo viviré en este infierno, cómo te borraré de mis sueños? Tú nunca me dejas... Nunca te has ido...

—Ordena que preparen el carruaje. Buscaré sus ropas y mandaré a por su ayuda de cámara para que se ocupe de sus pertenencias. —Fue lo que dijo Alex después del sepulcral silencio que siguió a ese lamento desgarrador. Marcus asintió, apesadumbrado y salió raudo a cumplir el encargo.

***

A las diez de la mañana se inició la procesión de personas despidiéndose de aquella semana navideña y abordando los carruajes que, presurosos, procedían a emprender la marcha por el largo camino enmarcado de blanco y de cientos de copos de nieve cayendo incesantemente.

Mary había acudido al desayuno con el alma en vilo, con un resquicio de esperanza prendiendo de un fino hilo y el dolor en su corazón atravesándole el pecho hasta hacerle dificultoso el respirar.

Había pasado la noche en vela y tenido que ocultar las consecuencias de su desvelo y llanto con varias capas de polvo de arroz. Pero nada podía borrar la agonía que sentía en lo profundo del alma, ni eliminar de su mente el recuerdo de la mirada herida, desolada y absolutamente sufrida que lord Luxe le dedicó antes de bajar su vista y abandonar el invernadero sin mirar atrás.

Mary había quedado paralizada, sintiendo náuseas y una desesperación inaudita. Era evidente que había herido gravemente al conde, y que este estaba pensando lo peor de ella. Había mal interpretado del todo la situación entre ella y el tal Savage. Y ella lo comprendía, pues hasta un ciego hubiese creído que lo que pasaba entre ella y el marqués era una cita clandestina.

El solo hecho de estar en ese lugar con un hombre a solas era suficiente para tildarla de casquivana y dudar de su virtud. Pero en este caso, Mary le había agregado el condimento de

haber sido atrapada en un abrazo íntimo con Savage que desde fuera podía interpretarse como si hubiese estado teniendo relaciones carnales.

Si debía ser honesta, Mary no podía culpar al conde de su interpretación ni de su reacción, porque si hubiese estado en su lugar, ella hubiese malpensado lo mismo. Incluso le habría costado mantener la compostura y el respeto como Luxe había hecho. No se hubiera limitado a marcharse, sino que se habría desquitado humillando o insultando al hombre como mínimo.

En cambio, el conde no le había mostrado su ira ni el enojo de su orgullo herido, sino que solo le había dejado ver por unos segundos su dolor, su total desolación, y eso era lo que más escocía a Mary.

Luxe estaba sufriendo, lo podía asegurar, y por eso comprendió el hecho de que él se alejara sin darle tiempo a explicar que era un malentendido. Pero no pudo soportar saber que él se marchaba así, y tras echarle una mirada fulminante al marqués de Savage, Mary había salido corriendo detrás del conde, dejando al otro hombre con sus pedidos de disculpa en la boca.

Lamentablemente, los segundos que perdió ocasionaron que al llegar a la entrada de la mansión no encontrara rastros de Luxe. Aun así, ella no se había rendido en su afán de rectificarse, y arriesgando el todo por el todo había subido hasta la habitación del caballero y golpeado con disimulo. Tratando de no hacer demasiado alboroto, llamó a la puerta del conde innumerables veces, pero él no le abrió y por debajo de la puerta no se veía ninguna luz encendida. No sabía si él había apagado todo o simplemente no había subido hasta su habitación.

Decaída y sabiendo que ya había tentado demasiado a su suerte, se retiró a su propia alcoba diciendose a sí misma que por la mañana abordaría al conde, aunque tuviese que hacerlo en pleno desayuno.

Sus intenciones y determinación fueron en vano, porque Luxe no apareció en la primera comida del día y fue entonces que Mary comenzó a entrar en auténtico pánico. Como de costumbre, lo pagó comiendo mucho más que otras veces. Hasta su tía tuvo que reprenderla con disimulo, pues los invitados la estaban mirando con horror, y otros, como la señorita Meredith, con burla, o sir Richard con compasión.

Mary no soportó más ser el centro de su atención; disculpándose, se marchó del comedor sin importarle lo que podrían murmurar de sus excentricidades. En ese instante nada más le interesaba, solo hallar a Luxe y poder explicarle, sacarle de su error antes de que fuese demasiado tarde.

La cuestión era que en las dependencias del piso inferior no le encontró, y a plena luz del día no podía subir hasta la habitación del caballero.

Mary estaba sumida en el nerviosismo y la ansiedad cuando colisionó con alguien al enfilar uno de los pasillos.

—Ay... —exclamó la persona, sobando la zona donde la cabeza de Mary se había incrustado

—. Mary... Lo siento, justo estaba buscándote, pero... ¿Estás bien? Algo te sucede. No tienes buena cara.

—Buenos días, Brianna... —dijo ella, recuperándose y sopesando la conveniencia de por fin revelar todo lo que está pasando en su vida. De verdad necesitaba un consejo—. Yo... no... es decir...

—¡Muchachas! Buenos días, qué bien que os veo —interrumpió una voz a las espaldas de Mary, quien tragó la confesión que estaba por hacer y se giró hacia la condesa de Lancaster. Se acercaba en compañía de su esposo.

Ellas hicieron las reverencias pertinentes mientras Clara proseguía con urgencia:

—Vengo de hablar con mi hermana. Ya sabéis: hay reunión de emergencia. Bajo a despedir a los últimos invitados y vuelvo.

Brianna y ella asintieron y la pareja retomó la marcha. No habían avanzado mucho cuando Mary soltó la pregunta que la estaba carcomiendo, percibiendo que después contenía el aliento en espera de la respuesta.

—¿Últimos? Es que... ¿Acaso ya se han marchado todos?

Clara giró a medias, sin saber que toda la existencia de Mary dependía de lo que iba a decir a continuación, y contestó sobre su hombro con tono vago, pues su esposo le había estado susurrando algo al oído con una sonrisa traviesa.

—Eh... Sí, sí, solo quedáis vosotras en la mansión, mi primo, mis padres, la señorita Gibson y sir Fergusson. Los primeros en abandonar la casa fueron el duque de Fisherton y lord Luxe junto a mi cuñado. Casi huyeron al amanecer, por eso debemos reunirnos. Abby nos necesita.

Mary sintió que toda la luz del lugar, todo el aire y toda la vida que existía y la rodeaba desaparecía junto con el sonido de esas palabras, y con sus ilusiones, su fe y sus sueños.

Lord Luxe se había marchado. Él se había ido. La había abandonado y dejado atrás. Había roto en mil pedazos sus esperanzas y desechado todo lo que había hecho y entregado como si nada. Como si olvidara un mero objeto.

El dolor fue desgarrador y lacerante. Tan fulminante que le dificultó oír nada de lo que Brianna seguía diciendo. La siguió como un ente: lívida, fría, helada.

No era capaz de reaccionar, no podía exteriorizar lo que estaba sintiendo. Solo podía temblar y abrazarse a su capa de viaje como si le fuera la vida en ello.

Sentía tanto pesar, tan fragmentada su alma, tan partido el corazón, tan sucio su cuerpo, se sentía desencantada, desilusionada y desolada. Pero sobre todas las cosas, más que todo eso, Mary estaba furiosa, enardecida y rabiosa.

Lord Maxwell Grayson era un maldito cobarde, era un ser estúpido y ciego. Y, en definitiva, no era merecedor de su amor.

Olvidaría al conde de Luxe, aunque ahora estuviese rota, sangrante y muerta por dentro.

Arrancaría ese amor de su corazón a costa de lo que fuera, porque ni el conde, ni siquiera él ni el daño que le estaba haciendo, eran suficientes para acabar con Mary Anne Russell.

Ella sería feliz, encontraría a alguien que la valorase en verdad, que nunca jamás le hiciera sentir así de nuevo. Lucharía otra vez, pero ya no por el amor de un hombre, sino por ella misma; para encontrar la felicidad que hacía rato había perdido por estar ocupada en tontos sueños de amor.

Tarde comprendía que el conde no la amaba, que nunca lo había hecho, en realidad, y ella se había estado engañando viendo lo que quería ver. Había llevado su devoción demasiado lejos. Hasta había entregado su virtud en aras de un amor que jamás sería correspondido.

Pese a todo pondría todo de sí para sobreponerse de ese golpe, aunque no pudiese olvidar y hacer desaparecer del todo sus sentimientos hacia el caballero. No se resignaría. Lucharía porque ella merecía ser feliz.

Y en lo que a lord Luxe respectaba, podía atropellarlo un carruaje tirado por una familia entera de corceles. Y no quería que lo mataran, no, solo que le dejaran inservible cierta parte de su anatomía, así estaría mejor y concordaría con la poca hombría que había resultado tener.

Mary se sintió muy mal al saber que también había terminado el sueño de amor de su amiga, y demasiado afectada por su propia situación, agradeció la distracción que significaba tener que ocuparse de consolar a Abigail, porque no quería llamar la atención de la Hermandad sobre ella. Sabía que en algún momento iba a tener que revelar todo a sus amigas, porque si no explotaría, pero no estaba preparada. No cuando aún debía procesar lo acontecido, llorarlo y lamer sus heridas en soledad. Era lo que necesitaba.

—Buenos días, amiga mía. ¿Podemos pasar? —pidió Brianna con timidez, y ella se sumó a su pedido componiendo un gesto de súplica que sabía que Abby no podría ignorar.

—Por supuesto, adelante. —Suspiró Abby, notando que ambas estaban vestidas con sus trajes de viaje.

Mary vio que la rubia se acomodaba sus lentes y fruncía el ceño al percatarse de la palidez del rostro de Mary. Temerosa, compuso una de sus sonrisas traviesas y atravesó el cuarto fingiendo su entusiasmo habitual.

—Anoche te comportaste de manera muy extraña cuando nos acercamos a ti y luego desapareciste. ¿Nos vas a decir qué está sucediendo? Bailaste por primera vez, ¡y con lord Vander! Y también estuviste a solas con él antes, por la mañana, y... ¡Uf, cómo te miraba el conde cada vez que ambos os encontrabais en la misma estancia! Además... —soltó atropelladamente ni bien se hubieron sentado frente a ella, dejando aturdida y mareada a su amiga.

—Mary Anne... —La cortó Brianna con tono de advertencia, colocando una mano en su antebrazo. Ella se calló y las miró avergonzada, aunque sus ojos delataban su ansiedad y su

curiosidad—. Acordamos que no atosigaríamos a Abby ni la presionaríamos con un interrogatorio —le recordó, mirando a la rubia con una mueca compasiva.

Ella se ruborizó, asintiendo ante el recordatorio, pero por dentro reinaba la confusión porque no recordaba haber acordado nada de aquello. Tal había sido su conmoción por el abandono del conde y posterior aturdimiento que no había oído nada de lo que Brianna le había dicho mientras caminaron por el pasillo.

—Os deseo suerte con ello —dijo de repente la voz de Clara, y las tres dieron la vuelta hacia la entrada, donde la hermana mayor la observaba con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados—. Yo no pude arrancarle una sola palabra, y eso que recurrí a todos mis trucos. Tal parece que le comieron la lengua los ratones.

Abby puso los ojos en blanco y le sacó la lengua en un gesto nada femenino que provocó la risa de las demás.

—Seguro algo tiene que ver el hecho de que lord Vander prácticamente huyera al amanecer —conjeturó Mary Anne, pensando en que ambos condes habían resultado ser débiles de carácter al escapar y no quedarse a enfrentar lo que viniera, aunque intuía que en el caso de su amiga era esta la que había provocado la marcha del caballero.

—Y acompañado de sus amigos. No se quedaron al desayuno de despedida siquiera —agregó Brianna, asintiendo.

—Se despidió de Marcus. Mi esposo me ha dicho que el conde parecía una sombra. No quiso dar explicaciones, simplemente se marchó de regreso a Londres —reveló Clara, echándole una mirada acusadora a su hermana.

—Todo ha terminado entre lord Vander y yo. Él intentó usarme, me... me hizo creer que había algo más entre nosotros cuando la realidad era que solo buscaba una solución a sus problemas. Fingió ser lo que no era para terminar siendo otro noble que ve el matrimonio como un acuerdo comercial. —Abby habló con tono quedo y amargo, sin volverse, rodeando su cintura con ambos brazos—. Sé que puede sonar estúpido, que ese tipo de pretensiones son la moneda corriente en nuestro círculo y que lo ha sido desde siempre. Pero no es lo que quiero para mí. Me niego a ser el adorno de algún lord.

—Abby... Tal vez te estás precipitando —murmuró Clara.

—Eso es, quizás hay una explicación coherente. No puedes oír a cualquiera y creerle —agregó Brianna.

—¿Al menos le diste la oportunidad de explicarse? —inquirió Mary Anne, camuflando su indignación. No podía ser que su amiga fuese tan obtusa para creer que lord Vander solo la estaba usando cuando ese hombre se había desvivido para que ella aceptara su propuesta de matrimonio. Hasta había hecho el ridículo en varias ocasiones. Al menos debió haberlo escuchado, darle el beneficio de la duda... como lord Luxe se lo debió haber dado a ella y no

hizo.

Abigail soltó el aire, y descruzando los brazos, giró para enfrentar a sus amigas, que con esas palabras demostraban que sabían más de lo que decían.

—Me lo dijo alguien de confianza. Confirmé la información con nuestro padre, Clara. Esta mañana, cuando vino a despedirse, él ya lo sabía. Se lo dijo el mismo marqués de Somert. Además, Vander no lo negó cuando lo enfrenté. No hay más que decir. No fue sincero, me usó como un medio para obtener un fin. No quiero volver a tener algo que ver con él. Es mejor que ese hombre prosiga con su banal vida, y yo me dedicaré a seguir con los planes que nunca debí haber postergado —espetó con voz dura y tajante.

Las tres damas la miraron con expresiones impotentes y desanimadas, pero en aquel momento apareció una doncella informando que la tía de Mary Anne y sir Fergusson, esperaban a las muchachas para iniciar el retorno a ciudad.

La Hermandad se despidió entre abrazos y promesas de mantener comunicación por carta lo que durara el invierno, pues Mary se marcharía a la casa de retiro de su padre en Surrey y Brianna se quedaría en la ciudad, en donde su familia poseía la única propiedad.

Mary montó en el carruaje junto a lady Campton, y se asomó a la ventana para devolver el saludo de Clara, quien las despedía con la mano desde la entrada de su mansión. El conde estaba rodeando sus hombros con uno de sus brazos.

Cuando la fachada de la casa quedó atrás, ella se enderezó y apoyó la espalda y nuca en el asiento mullido del coche, suspirando abatida.

Dejaba atrás mucho más que una semana de festejos, pues además de lo vivido en la celebración invernal y de los recuerdos que llevaría grabados en su piel y en su alma, impregnados de cada beso y caricia de su noche de pasión, abandonaba su sueño de felicidad y su proyecto de vida junto al caballero al que su corazón estaba empeñado en querer.

No sabía cómo iba a lograr seguir adelante ni si podría ser capaz de olvidar al conde. Pero estaba segura de que lo intentaría, porque no tenía más alternativa que honrar el regalo que era la vida. Era lo que siempre se decía, pues su madre había muerto para que ella tuviese la oportunidad de estar ahí, y ella no desperdiciaría su sacrificio para dejarse llevar por la amargura y tristeza.

Le debía a Rebecca ser feliz cada día, y lo sería.

***

Cuando Maxwell despertó, permaneció inmóvil con los ojos cerrados sintiendo un monumental dolor de cabeza y un gran dolor en el pecho, como si cargara con el peso del mundo entero sobre su cuerpo.

No quería abrir los párpados ni seguir atormentándose con pensamientos nefastos, mucho menos salir de ese cuarto y enfrentar lo que sabía que le esperaba.

Descomunal fue su sorpresa al finalmente tomar el valor suficiente como para incorporarse sobre la cama que no recordaba haber terminado utilizando, pues el último recuerdo que tenía era de estar sentado frente a la chimenea apagada bebiendo sin parar.

Miró a su alrededor, perplejo.

Estaba en su propiedad de la ciudad, en su misma a alcoba.

Anonadado, se llevó las manos a los cabellos enmarañados, tratando de hacer memoria para entender cómo había regresado a Londres de la noche a la mañana. Nada vino a su mente.

Era definitivo que no había vuelto por su propio pie y que debería haber sido iniciativa de alguno de sus amigos, si no de los tres, que él hubiese amanecido en su casa.

No sabía si agradecerles el hecho de haberle ahorrado el mal sabor y la humillación de tener que toparse de nuevo con la pareja de tórtolos que componía lady Mary con ese hombre que le parecía vagamente familiar, pero que no había podido identificar... o si gritar de frustración al caer en la cuenta de que su intempestiva salida de la mansión Lancaster podría interpretarse como un huida de su parte, como un acto cobarde, además de delatar la naturaleza de sus sentimientos y de cuánto le afectó lo que había sucedido en el invernadero.

Él no quería que pensaran que era un pusilánime, pero sobre todo no deseaba que la dama supiese lo mucho que le había herido haberla descubierto en brazos de otro hombre. Y definitivamente no estaba dispuesto a darle a entender que se había dicho la última palabra. Porque si él se había callado en ese fatal instante que fue sorprendido espiando a la pareja, fue para no montar un escándalo que pudiera haber terminado con la reputación y el honor de lady Mary. Además de que cualquier recriminación que él hubiese hecho habría sido igual a gritar a los cuatro vientos que ellos tenían alguna especie de relación, lo cual sería arruinar a la joven de manera irreversible. No obstante, eso no quería decir que todo estuviera dicho. Él quería una explicación. La merecía... y la tendría.

Quería que ella le dijera en la cara si se había entregado a él y luego a ese desconocido, y que no sentía nada por él, que no le había dado su virtud, que se lo escupiera en pleno rostro. Solo así renunciaría a ella y no volvería a verla en su vida. Mientras eso no sucediese, lady Mary Anne no se libraría de él.

El único problema de su férreo plan era que la temporada social había terminado antes de la Navidad, y no sería hasta después de más de un mes que los salones reabrirían sus puertas y la actividad de los nobles se reanudaría. Eso dificultaba poder encontrarse con la dama, ya que no podía simplemente ir y presentarse en su casa sin haber sido invitado y sin tener ninguna excusa. No conocía al padre de ella más que de vista. Y si iba de buenas a primeras, el anciano exigiría explicaciones por su presencia allí, y para sumar, no podría hablar con la muchacha a solas, no

sin tener que decirle a su progenitor lo que estaba pasando. Y era más que probable que la dama lo odiaría, eso sin contar los rumores que la servidumbre iniciaría.

Aun así, Max estaba determinado a por lo menos tener una última charla con la mujer a costa de lo que fuera. Con ese pensamiento, terminó de asearse y se dirigió al comedor dispuesto a desayunar y luego viajar hasta su casa a las afueras de la ciudad para visitar a su madre y a su hermana.

No había terminado su taza de café cuando apareció Regina en el comedor. Él se puso en pie para recibirla, percibiendo de inmediato su turbación y palidez.

—Maxwell, ¡gracias a Dios! Vine a buscar unos papeles por mi cuenta mientras llegaba la nota a la mansión de los Lancaster donde te pedía que volvieses con urgencia a Londres. Todo está mal, necesitamos el título de propiedad de la mansión de Park Lane. Maxwell, fue horrible, él no se quiere ir, está exigiendo verte, le dije que estabas fuera, pero no le importó y yo... —decía con precipitación, haciendo aspavientos con sus manos enguantadas.

—Regina, tranquila, siéntate —la instó Max, tomándola de las muñecas para asistirle. Mientras, en su interior todo colapsaba debido a lo que su hermana estaba balbuceando y que él comprendía a la perfección.

El tiempo se le había agotado, todo se estaba precipitando y sus peores miedos se hacían realidad.

—Maxwell, ¿qué está sucediendo? Ese hombre tan desagradable se presentó en la casa muy temprano actuando como si todo le perteneciera, él... ¿Quién es? No lo entiendo, madre oyó lo que decía y tuvo una crisis nerviosa. Tuvimos que darle morfina otra vez... —dijo Regina, atribulada, mirándolo con seriedad y alarma.

Él se echó hacia atrás en la silla y tragó saliva, compungido, al oír lo sucedido con su madre.

Era lo que había temido, lo que ocupaba sus pesadillas desde que había recibido aquella primera visita del abogado.

Desde entonces había estado buscando soluciones, negándose a aceptar que su vida se había arruinado, pero todo había sido en vano porque la carta que había llegado durante su estancia en el campo había terminado con todas sus esperanzas de salir de esa situación. Ahora, con la irrupción de ese hombre en su casa, la realidad le golpeaba con fuerza brutal.

Su verdugo había cumplido su amenaza, había hecho lo que decía en la carta... al menos una parte. Agradecía que aún no hubiese hecho lo demás.

Estaba arruinado, totalmente acabado, pero por extraño que pareciera, no sentía pesar por saber que podía perderlo todo, que jamás sería feliz de nuevo. Le dolía entender que debía olvidar lady Mary Anne, porque la vida la estaba arrancando de su lado, la estaba apartando y él no era capaz de resignarse.

—Maxwell, necesito que me digas qué está pasando, que todo lo que dijo ese tal Roland es

mentira. Maxwell... Sabes que, si nos lo quitan todo, sobre todo la casa, ella no lo resistirá. Madre morirá —seguía diciendo Regina con voz quebrada.

Él lo sabía, maldición que lo sabía.

—Vuelve a Park Lane y dile al señor Roland que abandone la propiedad de inmediato, que el contrato estipula que aún resta más de un mes para hacerlo efectivo. Hasta entonces no queremos saber de él, o iré a sacarlo a la fuerza —ordenó Max después de apretar la mano de su hermana, poniéndose en pie para dirigirse a la puerta.

Tenía que ir a ver a su abogado, a tocar puertas, a luchar por su futuro.

No podía rendirse, no sin pelear.

—Pero... pero no me has dicho... —tartamudeó Regina con el ceño fruncido. Él se detuvo bajo el umbral para mirar a la joven con una mueca. Sabía que tenía que dar muchas explicaciones, pero tendría que ser en otro momento, porque no podía perder tiempo. Cada minuto era crucial.

—Te prometo que lo haré —la cortó con tono tranquilizador y, al tiempo que aceptaba el abrigo que el mayordomo le extendía y mandaba a pedir el carruaje, añadió—: Por la noche iré a ver a madre y te lo explicaré todo. No te preocupes, Regina. Encontraré una solución.

Lo haría o moriría en el intento, pues, aunque cabía la posibilidad de que todo lo que había vivido con lady Mary Anne hubiera sido una mentira y ella realmente hubiese jugado con él, de todos modos, ella le había hecho sentir un hombre diferente, vivo; le había dado un sentido. Y ya no estaba dispuesto a renunciar a todo lo que amaba ni a consentir las imposiciones del destino.

No se limitaría a llevar una existencia amargada, no sin dar batalla.

Maxwell quería vivir en plenitud como nunca antes lo había deseado, quería vivir amando, y para eso debía obtener muchas respuestas y dar otras.

Tenía que obtener un milagro que le permitiera cumplir aquel anhelo de amor, aún no todo estaba dicho; restaba las semanas de invierno, y con la llegada de la primavera y la reapertura social, se decidiría su destino. Mientras tanto, sería mejor que determinada dama reuniese mucha fuerza, porque cuando tuviese la oportunidad, la atacaría hasta derribar cualquier muro, le arrancaría una confesión y, después... Estaba por verse ese «después».

Y en lo que respectaba al tal Savage, mejor que ese entrometido estuviese preparado, porque no descansaría hasta averiguar quién era y dejarle claro unas cuantas cosas.

Eso si no lo encontraba rondando a lady Mary Anne, porque si así era, esa vez no se limitaría a dar media vuelta o meras palabras de advertencia.

CAPÍTULO 22

«Devuélveme mi corazón y mi sonrisa.
Devuélveme el sentido de vivir
y el aire en mis pulmones.
Devuélveme mis ilusiones de amor,
mis sueños y mi paz.
Devuélveme la vida, los colores en mis días
y el calor de mi cuerpo.
Devuélveme cada beso, cada caricia
y cada «te quiero» susurrado.
Devuélveme mis lágrimas, mis suspiros
y cada pensamiento dedicado
Ya no te los concedo».

Extracto de la libreta de lady M.R

A solo dos semanas de la reapertura de la temporada social londinense se llevó a cabo el enlace entre lord Vander y lady Abigail Thompson.

Para el acontecimiento, la familia del novio utilizó la propiedad de campo del marquesado de Somert, y se congregaron en la vicaría del pueblo casi un centenar de personas.

La invitación llegó a la propiedad en Surrey del padre de Mary Anne y ella entró en pánico solo con verla. Había pasado todo el invierno procesando la decepción y la tristeza que le había provocado lo sucedido con el conde de Luxe, y no creía que se adelantaría el momento de tener que ver al hombre de nuevo. Contaba con esos días que restaban para el comienzo de la actividad en la capital.

No se sentía preparada para volver a tener a Luxe frente a frente, ya suficiente había tenido cuando tuvo que asistir a la fiesta de compromiso de sir Richard Colleman y Meredith Gibson y hacer un esfuerzo monumental para ignorar la presencia del castaño las tres horas que soportó bajo el mismo techo que él.

Lord Luxe no se había podido acercar demasiado ya que estaban dentro de un salón repleto de gente y a que ella estaba acompañada en todo momento. Pero Mary había sentido su mirada verde fija sobre ella prácticamente en todo momento, y que desfallecía con cada minuto que transcurría. Ella no lo había mirado de vuelta, no esa vez, ya no estaba dispuesta a entrar en los

juegos infantiles del pasado. No más miradas soñadoras ni sonrisas bobaliconas para él.

Esa Mary había quedado atrás, en esa mansión, llorando su abandono, y en todas esas noches que lloró hasta quedarse dormida y que se obligó a dejar de pensar en el conde cada vez que él se colaba en sus pensamientos y en sus sueños. Así que se limitó a ignorarlo y a hacer de tripas corazón para no ceder a su debilidad y al impulso irrefrenable de mirarle.

No supo si él se fue antes que ella, pero cuando Mary abandonó la mansión de los marqueses de Somert, lo hizo sintiendo emociones contradictorias. Felicidad por ver dichosa a su amiga Abigail, que por fin tenía un final prometedor con el conde de Vander, y un profundo vacío que no la abandonaba desde la Navidad.

Cuando había puesto un pie en su casa después de la semana navideña, lo primero que había hecho había sido correr a ver a Samuel y quedarse toda la tarde recostada junto a él en su gran cama, pues su padre seguía enfermo. Mary se había preocupado mucho, pero el duque se había reanimado y repuesto como una flor en primavera con solo tenerla cerca.

Después había tocado el turno de saludar a su nana, que nada más verla supo que ella no estaba bien. Solo fue necesaria una caricia en su mejilla para que Mary soltara todo lo que había venido guardando en su interior. Entre llantos y balbuceos le explicó lo acontecido.

La señora Miller, como se llamaba ella en realidad, la miró bastante decepcionada, pero no la atormentó ni recriminó; solo le preguntó cuántos días habían pasado de su noche con el conde y luego salió del cuarto para volver con una taza humeante que despedía un extraño aroma a hierbas.

Mary la había mirado interrogante.

—Es para evitar una consecuencia, niña. No es del todo efectiva si el daño ya está hecho, solo reduce las probabilidades. Pero ha pasado más de una noche, así que puede que al final no dé resultado —se limitó a decir la anciana a una Mary conmocionada, que bebió el contenido con un nudo en el pecho y las náuseas subiendo por su garganta.

Ni siquiera había tenido en cuenta los efectos que podían desencadenar de su entrega a lord Luxe. Y luego de caer en la cuenta de la posibilidad de estar engendrando una vida dentro de ella, solo pudo llorar con más ahínco de profundo desazón, de mucho pesar y, al mismo tiempo, de una extraña felicidad.

Lo mismo que repitió cuando, finalmente, una mañana amaneció con la ropa manchada y el alivio le supo muy amargo.

A la boda de los futuros condes de Vander estaba por supuesto invitada Brianna, que había asistido acompañada de sus padres, ya que sir Richard, su hermano, se había casado hacía poco con la señorita Meredith Gibson, y esta levantó la mano para saludar a Mary Anne, que en ese momento entraba a la capilla junto a su habitual carabina, la señora Green, que se había vestido con un traje color pavo real espantoso y lucía también su mueca amargada infaltable.

Una vez ambas mujeres estuvieron ubicadas en los asientos que les habían asignado justo por detrás de su amiga, Mary le lanzó una mirada hastiada que hacía referencia a su carabina, y luego la hizo reír cuando simuló con sus manos que disparaba hacia el bonete de la anciana, que más que un accesorio parecía un animal muerto, ocasionando que ambas rieran con disimulo.

Todo eso lo hacía para intentar mitigar su nerviosismo, porque estaba auténticamente histérica sabiendo que en instantes vería de nuevo a lord Luxe. Sentía que sería una prueba de fuego. Lo vería y sabría si habían servido de algo todos los ejercicios y esfuerzos aplicados para convencerse de que había olvidado al caballero, de que ya no sentía nada por él. De algo tenían que haber servido esos meses, se decía, más angustiada que segura, en el momento en que se abrió la puerta de la capilla y una figura enorme cubrió el espacio bajo el dintel, tapando el resplandor del sol.

Fue el duque de Fisherton, vestido sobriamente —para variar—, quien inició la caminata por el pasillo evitando mirar a nadie salvo a la pelirroja, que estaba removiéndose inquieta y acomodando sus guantes en un movimiento nervioso.

Pero no fue eso lo que provocó que Mary se sintiera mareada por el repentino aceleramiento de las pulsaciones de su corazón, sino la repentina imagen que colapsó con sus pupilas en cuanto el rubio se movió para tomar asiento.

Allí estaba en conde de Luxe, con su gesto avinagrado habitual, sus labios delgados cerrados en una mueca severa, su cabello peinado hacia atrás, impecable, y su predilecta vestimenta negra. Su aspecto era el de siempre, devastador y atractivo, oscuro y llamativo; y al mismo tiempo no lo era, pues era notorio que el hombre había perdido mucho peso y que bajo sus párpados había sendas manchas oscuras que denotaban noches de insomnio. Parecía enfermo o debilitado.

Mary evitó el contacto con su mirada. No quería ni podía mirarlo a los ojos, pues temía lo que pudiera encontrar en ellos. No quería sentir empatía por el conde, ni preocupación, ni mucho menos compasión. Pero, para su eterna desdicha, sentía todo aquello y más.

Había fracasado miserablemente en su misión de arrancar a Luxe de su corazón, pensó amargamente Mary. Si no, no estaría sintiendo su piel erizarse, su cuerpo vibrar y sus sentidos despertar solo por saberle cerca, a un pasillo de distancia donde él se había ubicado.

¿Por qué no podía olvidarse de ese hombre? ¿Por qué?, se recriminaba Mary, mientras el conde de Vander hacía acto de presencia en el altar junto a su hermano y echaban miradas ansiosas hacia la puerta, esperando ver aparecer a la flamante novia.

Mary tenía instalada una sonrisa amigable y social en la cara, que, dicho sea de paso, estaba más redonda, porque en esos meses de depresión solo se había dedicado a comer y a convencerse de que sería feliz con alguien muy diferente al hombre que le había roto el corazón. Por lo tanto, estaba mucho más voluminosa por todas partes.

Pero por dentro estaba desesperada. Se decía que solo debía soportar una hora, una sola hora

y podría huir de nuevo a Surrey a jugar partidos de ajedrez con su adorado padre mientras esperaba el nunca menos ansiado inicio de su tercera temporada social.

Podía hacerlo. Ella ya no era una ingenua soñadora, no, señor. Era una mujer diferente que había aprendido de los sinsabores de la vida, que se había atrevido a darlo todo por amor y había sufrido las consecuencias del desamor. Ya no caería bajo el hechizo de unos ojos verdes, los más hermosos que había visto alguna vez, y los que no volvería a ver. Los tenía grabado en su piel y en su ser, sí, pero elegía no mirarse en ellos nunca más.

Por sobre todas las cosas, Mary tenía su voluntad, su amor propio, su dignidad y el acuciante conocimiento de que ella merecía ser plena y feliz.

Tenía todo eso, pero le hacía falta algo esencial, algo que necesitaba de vuelta para poder sentirse viva y no un mero envase sin alma... y era su corazón. El que fatídica e innegablemente continuaba en poder del conde de Luxe.

«Devuélvame mi corazón Maxwell Grayson. Devuélvame mi amor, se lo suplico. Devuélvame el sentido de vivir y el aire en mis pulmones. Devuélvame mis ilusiones de amor, mis sueños y mi paz. Ya no se los concedo».

***

Solo aquellas personas que tuvieron todo en contra, una piedra tras otra en el camino y un sinfín de dolores de cabeza al intentar lograr algo que era muy importante, que era lo más fundamental en su vida y fallaron miserablemente, podían entender cómo se sentía el conde de Luxe aquella mañana en que salía de su casa de la ciudad rumbo al enlace matrimonial del conde de Vander.

Maxwell no estaba precisamente de ánimos de celebración, pero no podía faltar a ese compromiso, pues el conde era un querido amigo. Además de que le interesaba estar presente en la boda. Mejor dicho, *necesitaba* estar, porque por fin tendría la oportunidad de hablar con lady Mary Anne.

En aquellas semanas él había trabajado desde el alba y hasta caer exhausto junto a sus abogados en busca de una salida al problema que enfrentaba, buscando una oportunidad, algo que le permitiera no perder a la dama. Pero había sido en vano. Cada propuesta, cada posibilidad había sido rechazada por sir Roland sin contemplaciones. En ese punto, Max estaba desesperado y sabía que el tiempo se le había agotado, puesto que en solo dos semanas se reabriría la temporada social y él debería tomar la decisión definitiva: estar con la mujer que amaba o conservar todo su patrimonio y la salud mental de su madre.

De todos modos, aún debía hablar con la joven y entender por qué razón ella no había respondido ninguna de las cartas que le había enviado.

Pese a su enojo y decepción, no había podido soportar todo el invierno sin saber de ella, necesitaba respuestas a lo que sospechaba había pasado entre ellos, y a sabiendas de que era arriesgado —y con la complicidad de Lancaster— había enviado junto a las cartas que la esposa de Marcus le enviaba a lady Mary las suyas propias, sin remitente, por supuesto, pero con instrucciones en su interior en donde le indicaba y pedía que le respondiera y enviara su respuesta del mismo modo, junto con la correspondencia destinada a lady Lancaster.

En esas misivas había derramado su corazón, sus miedos, y hasta había confesado su secreto, sus tormentos y sentimientos.

Ella nunca había contestado, ni siquiera para decirle que la dejara en paz, que no le escribiera más, que la respuesta a la pregunta de si realmente ella se había entregado a ese marqués después de estar con él era afirmativa. No le dijo sí lo quería como él lo hacía, como él la anhelaba y la añoraba.

Solo obtuvo silencio, indiferencia y un claro mensaje de rechazo en ese mutismo.

No obstante, Maxwell no se rendiría. Pensaba enfrentarla de una vez y poner todas las cartas sobre la mesa. Escuchar de sus labios que ella no sentía nada por él, que todo había sido su imaginación, o quizás un capricho ya olvidado para ella. Que él no significaba nada más que eso y que ya había sido descartado o quizás reemplazado en su corazón por ese Savage. Quien, dicho fuera de paso, se había esfumado de la faz de la tierra después de ese episodio en el invernadero. Max lo había mandado a investigar y no había hallado rastro de él.

Así que allí estaba, entrando a esa iglesia con el corazón latiendo desbocado en el pecho y las ansias de ver a la joven quemando en su interior, haciéndole desear entrar corriendo y no caminando como lo estaba haciendo. Deseando atravesar ese pasillo, tomarla en brazos y besarla delante de todo el mundo.

Ella se veía... Igual. Mismo peinado, atuendo similar, pero al mismo tiempo estaba diferente, muy apagada, seria, apocada y sin brillo.

No era su torbellino de curvas, su gatita traviesa, su ensueño.

Otra vez, como ya lo había hecho en la fiesta de compromiso, lo estaba ignorando con total rotundidad. Sus miradas coquetas, pestañeos y sonrisas pícaras brillaban por su ausencia.

Lady Mary Anne no era la misma.

Y tal y como en esa ocasión, el corazón de Maxwell dolió. Dolió tanto que hasta pareció estar sangrando.

Sus manos temblaban mientras fingía oír lo que el suegro de la novia estaba diciendo. Solo se limitó a esgrimir su apatía habitual y se concentró en el altar, esperando que aquella ceremonia acabara; que terminara para felicitar a la pareja y luego esperar el momento en que aprovechando la ocasión pudiese robar a lady Mary. Había estado esperando la boda con cada vez más impaciencia porque sabía que ella también asistiría.

Porque no pasaría de ese día. No volvería a su casa sin tener esa conversación con la dama. No respetaría esa vez su silencio y su voluntad como lo había hecho en el compromiso. Lo de las cartas no había funcionado. Pues bien: la dama lo escucharía, y estaba dispuesto a hacer lo que fuese para que lo oyera.

Ya no soportaba más. Quería a su Ensueño, extrañaba sus sonrisas, su entusiasmo, su verborrea, sus locuras, sus besos. La quería a ella.

«Por Dios, permíteme tenerla, solo te pido eso», rogó en su cabeza, como cada noche. «La necesito para seguir adelante, para estar vivo, para sentir que respiro y que el mundo vale la pena, que yo lo valgo, que no todo está perdido, que el amor existe. Porque ella es el amor, lo es para mí, y siempre lo será».

***

Como cabría esperar de una pareja tan atípica como la que componían lady Abigail y lord Vander, la ceremonia nupcial no fue nada aburrida o normal.

La novia puso casi al borde del desmayo al conde cuando entró en repentino pánico y no quiso bajar del carruaje. Por supuesto, la Hermandad tuvo que intervenir y estuvieron intentando calmar los temores de Abby, a quien nunca había visto tan vulnerable.

Pero fue necesaria la aparición del conde de Vander para que la rubia se calmara y no se transformara en una novia fugitiva.

Los novios demoraron alrededor de una hora en salir del coche. Dentro de la iglesia, los asistentes no cesaron de especular sobre lo que allí dentro acontecía, y el vicario, visiblemente escandalizado, no dejó de negar con su cabeza aun cuando los padres intentaban fingir normalidad.

Finalmente, los futuros esposos aparecieron en la entrada.

Lord Vander estaba despeinado y con el traje arrugado en diferentes partes, pero su cara irradiaba una alegría desbordante.

Por su parte Abigail, se veía radiante en su vestido de novia de tafetán azul real y organza plateada, el cual no tenía escote ni ningún brillo ostentoso, pero la hacía ver hermosa en su sencillez. Aunque su peinado, que a todas luces había sido un elegante recogido, estaba prácticamente desarmado y se sostenía en su sitio precariamente por dos hebillas de plata. Su cara estaba sonrojada al extremo, pero era indudable que lo que captaba toda la atención era que en lugar de su gesto ilegible había una brillante y amplia sonrisa.

Después de esa nada convencional aparición, la ceremonia transcurrió con normalidad. Los novios sellaron su unión con un beso y los vítores recorrieron la Iglesia.

Finalizada la ceremonia, se trasladaron a la propiedad de la familia Bennet, donde se llevaría

a cabo el banquete de bodas.

A Mary le encantaban las bodas, sobre todo por los fastuosos banquetes que se servían y la alegría que se respiraba en esos acontecimientos. Si era una unión por amor ella, era la más emocionada. Pero en esa ocasión no logró sentirse entusiasmada, su ánimo no era el mejor y estaba en tensión y al borde del colapso por tener que estar esforzándose en ignorar y esquivar al conde de Luxe.

Aun así, y por más que había logrado ser fuerte y no buscarle con la mirada ni una vez, de algún modo su cuerpo sabía dónde él estaba en todo momento. Sentía su presencia, percibía su cercanía, su aura, y hasta estaba ya tan loca que creía oler su aroma.

Quería irse de ese lugar y huir muy rápido antes de comenzar a flaquear, y sobre todo de tener que toparse con el caballero de frente. Aunque con la concurrida asistencia podía mantenerse alejada, no quería arriesgarse, no soportaría una escaramuza verbal con el conde en ese momento.

No sabía qué haría, pero mínimo rompería en llanto, o algo peor: se lanzaría a sus brazos y lo besaría hasta el cansancio.

Por fuera aparentaba calma, pero por dentro era un vendaval de emociones contradictorias.

«¿Y si le pides una explicación? ¿Y si le dices que nada había sucedido con lord Savage, que fue una confusión?», le decía una parte, la débil y enamorada hasta los tuétanos.

«¿Y si mantienes tu palabra, tu amor propio, te valoras como persona, te das tu lugar y terminas de resignarte a la realidad de que lord Luxe nunca te quiso y tampoco te demostró querer nada más de ti?», le recriminaba su parte sensata, digna y orgullosa.

¿Cuánto faltaba para que los novios se retiraran? Ya habían bailado lo suficiente, todo el mundo había bebido y comido hasta el hartazgo.

Estaba tan angustiada que parecería loca fingiendo una sonrisa congelada. El aire le faltaba y tenía un gran nudo en el centro del estómago.

El movimiento repentino al levantarse del asiento en el que había estado sentada junto a su carabina todo el tiempo para reducir las posibilidades de que lord Luxe le abordara provocó que las matronas interrumpieran su conversación y la miraran curiosas.

Mary apretó los puños dentro de sus guantes, se removió en el lugar sintiendo su máscara flaquear y, tras murmurar que necesitaba ir al tocador con urgencia, salió disimulando su desasosiego.

Igualmente, ya podía respirar tranquila, porque hacía rato que no veía de refilón al caballero ni sentía su mirada sobre ella persiguiéndola.

Estaba segura de que había abandonado la fiesta, pero por las dudas en su trayecto hacia la salida revisó el sitio rápidamente.

Un suspiro escapó de sus labios. Él no estaba. En un rincón avistó a su incondicional

compañero, el duque de Fisherton, conversando con Brianna. Su amiga no podía estar más ruborizada.

Pero ni rastro de Luxe.

Una parte de Mary, la que se negaba a oír y dejar imponer sus razones, se sintió decepcionada. Pues para qué negarlo, en lo más profundo de su interior había deseado que el conde la buscara, que quisiera hablar con ella, decirle algo, cualquier cosa. Que la extrañara, que simplemente por una vez, una sola, fuese ella la receptora de algún gesto romántico, alocado, gallardo. Sentir que ella le importaba, que al menos la veía, la añoraba.

El nudo en su interior se acrecentó y ella tragó, compulsiva, las lágrimas no derramadas, ya arrasada su careta social, liberada su amargura y tristeza infinita.

Agradecida de ver la puerta del tocador a solo unos metros, aceleró sus pasos, aferrando el borde de su vestido para no tropezar en su ya huida manifiesta. Necesitaba esa soledad para rearmar su fortaleza, la que solo había necesitado ver de lejos al conde de Luxe para derrumbarse como una montaña de hojas cuando el viento soplaba.

Mary sollozó levemente. Alargó la mano para aferrar el picaporte y adentrarse en aquel refugio que la salvaría de ponerse en evidencia frente a todos los invitados y de las preguntas que sin duda llegarían de parte de esas ignorantes amigas que tanto la querían.

No llegó a rozar la puerta.

No pudo emitir el grito de alarma que pugnó por salir de su garganta.

Una mano sofocó el sonido, un brazo la rodeó por la cintura con tanta fuerza que le arrancó el aire, y en un parpadeo fue arrastrada hacia atrás y encerrada en una habitación que estaba en penumbras.

El miedo se transformó en náuseas y un temblor violento cuando fue apoyada contra una pared y aprisionada por un cuerpo mucho más grande que el suyo. Pero fue un susurro, fue una voz grave y de elegante tono, la que la paralizó de pies a cabeza. La que hizo a su alma caer a sus pies y al mismo tiempo flotar como mariposa.

—Por fin, por fin la tengo. Y no escapará, milady. No saldremos de aquí hasta que escuche todo lo que tengo que decirle. Ya no hay excusas, no hay razones, no hay fuerza en este mundo que pueda arrancarla de aquí, Ensueño. Este es su lugar, así, junto a mí... En mis brazos para siempre.

La dama dejó de resistirse a su agarre en cuanto oyó su murmullo, y se quedó tan quieta e inmóvil que Maxwell se alarmó y la soltó despacio, sabiendo que no daría la voz de alarma pues era obvio que le había reconocido.

El lenguaje de su cuerpo se lo decía, su respiración entrecortada que buscaba recuperar el aire, el ceño fruncido que adornaba su entrecejo y la manera fulminante en la que le observaba no dejaba lugar a duda.

Él había preparado un discurso perfecto e ideal, pero solo con tener a la mujer frente así, todas las palabras pensadas se esfumaron de su mente y solo pudo devolverle el escrutinio, sintiéndose ilógicamente nervioso.

Le incomodaba ver su expresión seria en lugar de su sonrisa de hoyuelos marcados y el brillo de admiración en sus ojos color café. Era definitorio que hablar de sus sentimientos, los que solo ella le generaba, era más difícil de lo que él había imaginado.

Después de que la dama se alejase de él, se tensó creyendo que abandonaría el cuarto de costura en donde la había metido. Corrió una de las cortinas, permitiendo que la luz crepuscular iluminara la estancia lo suficiente como ver su cara enrojecida y el temblor de manos. Ella lo disimuló apoyándolas en las generosas caderas en un pose demandante y acusatoria.

Tomó la palabra utilizando un tono rígido y cortante que le provocó un escalofrío.

—Espero que tenga una buena excusa para haberse tomado el atrevimiento de encerrarme aquí en contra de mi voluntad, arriesgado mi reputación tan temerariamente, además de darme un susto de muerte. Porque si pretende solo quedarse ahí mirándome o continuar con su extraño comportamiento, me iré ahora mismo y no volverá usted a tener...

Luxe tragó saliva y volvió a acercarse a ella, que cortó su discurso al verse otra vez arrinconada y con sus cuerpos a punto de tocarse.

—No quería asustarla ni pretendo retenerla aquí a la fuerza —espetó él, sintiendo su cercanía en cada espacio de su interior que se despertaba y encendía más—. Puede usted marcharse si así lo quiere, milady. Pero le pido que me conceda solo unos minutos. Solo deme una oportunidad, escuche lo que tengo para decir, y después podrá usted reaccionar como quiera. Por favor, escúcheme.

La súplica tácita de su petición, causó un efecto inmediato en la joven, que cerró la boca y solo asintió en respuesta.

Maxwell suspiró, y sin dejar de mirarse en sus pupilas oscuras, prosiguió:

—Quiero que sepa que lamento no haber tenido esta conversación antes, que estoy arrepentido de no haberle sido sincero desde el primer instante en que usted se convirtió en algo más que una mera conocida para mí.

—¿Algo m-más? —inquirió con tono incrédulo—. ¿Qué quiere decir, milord? Usted nunca me ha tratado como algo más, siempre me ha mantenido a distancia como si mi presencia le estorbara y le molestara, como si yo fuese un dolor de cabeza.

—¡Y lo es! O más bien lo era —exclamó, dejándola boquiabierta y confundida—. Lo fue desde la primera vez que la vi, y desde entonces lo ha sido. No para mí como conde, sino como hombre, como persona.

—Pues tampoco yo lo tengo atado, puede irse y continuar con su vida. Ignorarme no le cuesta. De hecho, es usted un maestro de la indiferencia —espetó con patente enojo ella, dando

un paso hacia el costado para esquivarlo.

—Usted jamás me ha sido indiferente —pronunció él, colocando una mano en su brazo derecho con suavidad para impedir que se alejara. Lady Mary reprimió un jadeo de sorpresa y él prosiguió sin darle tregua—. Usted nunca podría causar en mí nada parecido. Al contrario, usted me despierta, me enloquece, me pierde, me enciende, me obsesiona, me procova. Usted me ha cautivado, me ha convertido en su esclavo.

—Milord... N-no lo entiendo... —balbuceó ella, abriendo los ojos conmocionada y al parecer incapaz de hilar una frase coherente. Algo que sin dudas era digno de ver: lady Mary Anne enmudecida.

—Le estoy diciendo que ya no puedo seguir acallando lo que usted me inspira, no deseo continuar reprimiendo lo que siento ni ignorando a mi corazón —siguió Maxwell, percibiendo el temblor que se había apoderado de ella—. Yo...

Vaciló, con el pulso acelerado, pero decidido a sincerarse.

—Yo la quiero, Mary Anne, la quiero tanto que duele. Ya no puedo consentir su ausencia, ya no soy capaz de concebir mi vida si no es con usted a mi lado. La quiero a pesar de todos los motivos por los que me negaba a hacerlo, más allá de mí mismo, más allá de la lógica, de mi honor y mi voluntad. La quiero de manera demencial, frenética y animal. La quiero de todas las maneras posibles, la quiero con fervor, con pasión y absoluta devoción —confesó con dificultad por el nudo que atravesaba su garganta y la fuerza de sus emociones colisionando en su interior al demandarle a decirlo todo, entregar sus temores y esperanzas, poner su corazón en sus manos, darle su ser al descubierto, entero, con sus virtudes y sus defectos.

—No sé si es demasiado tarde o si usted me corresponde en mis sentimientos como yo supongo, no sé si todo el tiempo que he perdido y la distancia que ha erigido entre nosotros ya ha matado lo que sentía por mí. Pero aún así tenía que decirle que usted es cada uno de mis sueños hecho carne, es mi musa, mi luz y el aire que respiro. Que estoy dispuesto a sacrificar todo por tenerla conmigo, a perderlo todo. De hecho, ya he renunciado a todo porque he comprendido que usted... Usted es todo lo que necesito para ser feliz, para sentirme vivo y completo.

Sus palabras impregnadas de sentimientos y vulnerabilidad causaron que la joven prorrumpiera en llanto, y tras balbucear algo ininteligible, lo esquivara y corriera hacia la puerta.

Luxe no se lo impidió, pero tampoco la dejaría ir sin terminar esa conversación, por lo que en dos zancadas la alcanzó. Aferrándola del codo la hizo girar hacia él con algo de brusquedad, pues ella intentaba liberarse.

—¿Se va a ir? ¿Así, sin más? —cuestionó, tenso y frustrado—. ¿No va a decir nada, ni siquiera que usted no siente lo mismo? ¿No me dirá si realmente se entregó a mí en Navidad? Porque yo no he podido dejar de pensar en esa noche y en lo que hicimos, fuese real o no. Sé que estuvo ahí y sé que no pudo haberse entregado luego a lord Savage. Algo en mi interior me lo

dice.

Ella detuvo el forcejeo, y tras sorber sus lágrimas, cuadró los hombros, elevó la barbilla y contestó:

—No tiene caso que diga lo que pienso o siento, y mucho menos pienso defender mi inocencia o resignar mi felicidad por haber cometido el error de dejarme llevar esa noche. No aceptaré de usted una propuesta basada en el honor o la obligación, pues si usted realmente me quisiera ya hubiese pedido mi mano a mi padre... y no lo ha hecho. Usted solo me confunde, me hace esperar algo que nunca ha llegado sin importar cuánto me esfuerce o cuánto le entregue.

Maxwell no pudo rebatir su argumento. Ella tenía razón, él nunca había hecho más que quererla en silencio, con culpabilidad y remordimientos. Le estaba abriendo su corazón, pero no le decía lo que ella quería oír, y era que la reclamaría públicamente.

—Mejor déjeme ir, milord. Olvide todo lo que dice sentir. Yo haré lo mismo y encontraré a alguien que no oculte nada, que no tema hacerse cargo de su afecto, que de verdad pretenda unirse a mí —agregó ella con tono amargo, zafándose de su mano para ir hasta la puerta.

—No puedo dejarla ir porque sería como arrancarme el corazón en vida, Ensueño. Digo la verdad, es usted mi razón de vivir, usted y nadie más —dijo él en un murmullo agónico y desesperado justo cuando ella ya giraba el picaporte.

—Entonces... —contestó ella, quebrada y detenida, sin volverse—. ¿Por qué no ha pedido mi mano? ¿Por qué la indiferencia, los silencios, la negación, la lejanía? ¿Por qué? Dame una razón, porque si no saldré de este cuarto y jamás volveré a darle siquiera una mirada. Lo enterraré entre los escombros de este amor que me ha causado más pesar que alegría. Diga algo o pensaré que todo lo que ha dicho solo es parte de alguna macabra mentira.

—¡Porque no puedo! —estalló Max, agónico y desencajado—. Porque no soy libre, porque nunca debí permitir que las cosas entre nosotros llegaran tan lejos. No debía quererla, pero no pude evitarlo; usted derrumbó cada una de las murallas que yo impuse. Se suponía que debía mantenerme alejado, que debía protegerla de mí mismo.

» Juro que lo intenté con todas mis fuerzas, pero no fui lo suficientemente fuerte. Usted es mi mayor debilidad, la perdición de mi cordura, mi adicción. Mi enfermedad y mi cura.

—¿No es libre? ¿Por qué no lo es? ¿Tanto le teme al amor, tan cobarde es como para negarnos la felicidad? ¿Es porque no soy como usted, porque pertenezco a las rechazadas, porque se avergüenza de sentir lo que siente por mí, porque soy una mujer poco agraciada, torpe y gorda? ¿Tan banal es...? —interrogó ella, rabiosa, dando la vuelta para enfrentarlo.

Maxwell negó con su cabeza repetidamente, y sintiéndose impotente y airado la cortó con tono lúgubre:

—No, no me ata la opinión de esta sociedad frívola ni los inexistentes defectos que solo hicieron que usted sea para mí única y maravillosa. Si no la he desposado es porque no puedo

hacerlo. Porque mi vida se arruinó y soy prisionero de los errores de mi padre. Él me arrebató la oportunidad de decidir.

—¿Quiere decir que está arruinado, acabado o pobre? —cuestionó, llorosa y ofendida—. Eso no me importa. Me insulta al creer que eso cambiaría en algo mi afecto.

—No, quiere decir que... —la cortó él con voz triste. Bajó la cabeza, y soltando el aire con profundo pesar y gran cansancio, continuó—: Quiere decir que estoy casado. No puedo hacerla mi esposa porque estoy casado, milady.

CAPÍTULO 23

«Quisiera decirle tantas cosas, pero creo que es pertinente iniciar por el origen.
Debe saber que mucho antes de que usted supiera de mi existencia,
yo ya conocía la suya.
Debe estar muy asombrada, sus ojos estar abiertos de esa manera tan peculiar. Pero sí, le estoy diciendo la verdad.
Yo la vi una mañana, un día soleado de primavera en Hyde Park. Usted caminaba del brazo de su padre. Reía; reía tan fuerte que la oí desde donde yo me encontraba paseando con mi madre y mi hermana.
Desde que mis ojos se posaron sobre usted, no supe por qué, pero ya no pude dejar de observarla.
La vi conversar animadamente, maravillarse
cuando una mariposa se posó frente a usted,
darle a escondidas a los patos su emparedado,
correr detrás de su sombrero, escandalizando al resto de las damas.
La vi tropezar y caer de bruces sobre la hierba, y romper el silencio horrorizado de quienes la rodeaban con su risa vivaz.
La vi brillar, vivir, resplandecer, volar.
Y recuerdo como si fuera ayer que sentí algo en mi interior renacer.
Mi mente estaba esgrimiendo decenas de críticas hacia su compartimiento inadecuado, pero mi corazón... Él solo latía agitado, deseando correr a su lado, sentir el sol en la cara, reír como usted... deseando ser tan libre como usted.
Esa fue la primera vez que me pregunté por qué nunca había dado de comer a un pato, y también la primera vez que me dormí y desperté con una sonrisa adornando mi rostro».

Fragmento de la carta enviada a «Mi Ensueño».

Al escuchar la afirmación del conde dicha con tono roto y expresión atormentada, Mary no pudo hacer más que retroceder torpemente, llevándose una mano temblorosa a la boca para sofocar un grito de horror. No sabía si seguía llorando o sus lágrimas se habían convertido en puro hielo, solo sabía que había pasado de la absoluta dicha por saber que lord Luxe la quería, la quería como ella a él, a caer en el mismo infierno a continuación.

Cuando le exigió le dijera porqué estaban allí escondidos, por qué él no había aparecido en su casa durante el invierno, por qué, si le hablaba de amor, nunca había hecho nada para que estuviesen juntos, no había esperado esa respuesta.

Nada la había preparado para escuchar decir de sus labios que pertenecía a otra mujer.

Pero ahora entendía muchas cosas.

La sangre se congeló en sus venas, la habitación comenzó a dar vueltas hasta convertirse en una mancha borrosa y ella se tambaleó hasta que, a tientas, aferró el picaporte y se sostuvo en él como si la vida le fuera en ello.

Casado...

Casado. Dios mío, se había entregado a un hombre prohibido, se había convertido en la amante de un caballero en el que jamás debió siquiera fijar sus ojos, pensaba aturdida ella, sintiendo la respiración agitada del conde, percibiendo su desesperación y viéndole acercarse con tiento.

Ella no quería que la tocara, por lo que giró lo más rápido que sus piernas temblorosas le permitieron y abrió de un tirón la puerta.

—¡No, no! —exclamó Luxe angustiado, arrinconándola de cara a la puerta y cerrando la misma con una de sus manos para impedirle la huida—. Por favor, no se vaya, Mary Anne, por favor, deje que le explique —le rogó en un murmullo frenético.

Mary tragó su llanto con los ojos cerrados y se volvió lentamente, quedando encerrada entre los dos brazos de él, que pareció renacer cuando ella claudicó y lo enfrentó con la barbilla en alto.

—¿Explicarme? ¿Qué quiere explicar, milord? ¿Que es usted un hombre sin moral, decencia ni honor? ¿Que permitió que yo me creara ilusiones sabiendo que usted jamás podría tener nada serio conmigo? ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué no continuó ingorandome como lo había hecho antes? ¿Qué clase de persona es, que incluso me hizo sentir culpable cuando me encontró con lord Savage? Usted... es... es un desgraciado detestable, es...

—Yo no lo sabía, milady, le juro por lo más sagrado que no lo sabía —la interrumpió Luxe con gesto pétreo y tono serio—. De haberlo hecho nunca la hubiese besado esa mañana en la biblioteca, ni mucho menos la noche que la rescaté del robo. No hubiese permitido que nada sucediese entre nosotros, tiene que creerme, porque jamás he sido más sincero que en este momento.

—¿Pretende que crea que es un hombre casado que no sabía que tiene una esposa? ¿Hasta cuándo piensa seguir ocultando a su mujer? Nadie sabe de ella, le ha hecho creer a todos que es usted soltero —contestó ella, incrédula.

—Pretendo que me escuche de verdad, sin prejuzgarme, sin emitir un juicio de valor antes de saber toda la historia —replicó Luxe con el ceño fruncido, pegando la cara a la suya hasta que

Mary sintió su aliento fresco rozarle y tuvo que callar por el repentino erizamiento que le produjo su cercanía. Algo que no hizo más que incrementar su furia y decepción—. ¿Puede hacerlo, milady?

—Quiere que lo escuche, pero usted no hizo lo mismo en el invernadero; no me dio oportunidad de explicarle nada, sino que me juzgó y sentenció, y además se marchó sin dar la cara. Todo el invierno esperé en vano por usted, y no apareció —le recriminó enojada, viendo la mueca de culpabilidad teñir su semblante—. Además, creo que está todo dicho, milord. Usted es un hombre comprometido, y yo... Yo soy la amante de lord Savage. Ya no hay nada que tratar entre...

—¡No diga eso! —vociferó él desencajado, sobresaltando a Mary. No de miedo, sino de impresión por ver al siempre imperturbable conde tan fuera de sí. Su mandíbula se había endurecido y sus ojos verdes parecían echar fuego al tiempo que trataba de conservar la calma y respiraba con esfuerzo—. No lo diga porque me hace daño. Me lastima, milady, me está arrancando el corazón con esas palabras. Usted no es de Savage, no pudo entregarse a él porque usted es mía, lo sé; lo siento aquí muy dentro, como yo soy suyo, como ambos nos pertenecemos —siguió diciendo con agonía y ardor, pegando su nariz a la suya. Provocó que cada rincón del cuerpo de ella entrara en repentino calor, sintiera a su estómago tensarse y a sus terminaciones vibrar.

La boca del conde rozó la suya en una caricia ínfima pero letal para sus nervios ya alterados, y ella se estremeció de pies a cabeza. Un suspiro escapó de su interior, un suspiro de deseo, anhelo y tristeza que el conde correspondió susurrando algo que no escuchó, pues sentía los latidos acelerados de su corazón resonar en sus oídos, y la besó a continuación con voracidad y desesperación.

Mary se aferró a su cuello con fuerza, elevándose en las puntas de sus pies para darle mejor acceso a su boca, algo que Luxe agradeció ahondando más en su cavidad, saqueándola hasta hacerla derretirse como la miel en sus brazos, los cuales la envolvieron con ahínco, apretándola contra su pecho firme.

Se besaron como dos seres sedientos, famélicos y necesitados. Como si en ese contacto fueran a encontrar la salida a su laberinto de sentimientos rotos, como si pudiesen así unir todas sus partes fragmentadas, como si en cada beso estuviese el elixir de la vida, el sol y la esperanza perdida.

Mary devolvió cada embiste de su lengua, cada roce y cada caricia con idéntico ardor, adorando su pasión y entregando cada ilusión, cada pensamiento, cada sueño que un día le dedicó. Él aceptó todo, bebió sus sollozos y su amor, la abrazó en cuerpo y alma hasta que ambos sintieron sus corazones latir a un mismo ritmo alocado.

Y cuando la locura les invadía y ella, azotada por el deseo, sintió las manos del conde subir

por sus piernas, su cuerpo ondulante buscando prolongar ese roce enriquecedor contra el cuerpo endurecido del hombre, Mary se separó bruscamente, dejando al caballero confundido y jadeante.

—Debo irme. Vendrán a buscarme si no regresó al salón —dijo agitada, empujando al conde. Este retrocedió aún aturdido. Mary sintió las lágrimas mojar su cara y un nudo en la garganta cuando la de él se tornó pálida, y sus ojos, dos pozos desoladores, la observaron abrir la puerta con prisas y salir sin darle tiempo a replicar su último comentario—. Olvide que esto pasó, milord. Olvide, de hecho, todo lo que vivimos. De ahora en adelante usted no es más que un desconocido para mí, alguien casado, prohibido.

»Porque tenía razón. Nunca me entregué a Savage, y sí fui suya desde la primera vez que lo vi y en esa habitación... pero usted nunca fue mío.

Quiso la fortuna que, al salir corriendo de allí, nadie se cruzara en su camino, que la fiesta hubiese concluido y un lacayo la avisara de que la señora Green la esperaba en el carruaje.

Mary Anne no le dio tiempo a terminar al criado su parlamento, pues por el rabillo del ojo vio al conde venir tras ella apresurado, así que salió hacia la entrada dejando al sirviente anonadado. Corriendo todo lo que su vestido de gala le permitía, aferró la mano del lacayo que esperaba junto al coche de su padre y montó en el mismo.

La señora Green ya se había quedado dormida, y no fue testigo de cómo ella dejó de una pieza a la servidumbre al cerrar con ímpetu la puerta del carruaje y gritar al cochero que pusiera en marcha a los caballos.

El coche salió disparado con brío justo en el instante que el conde de Luxe emergía de la mansión y la veía abandonar la propiedad con el alma desgarrada y una lágrima cayendo por su mejilla.

Asombrado, tocó su cara y rozó el líquido salado con los dedos temblorosos y el pecho contraído.

Era la primera vez que lloraba, o al menos él no tenía memoria de haberlo hecho antes.

Descorazonado, Luxe salió al exterior y de inmediato un lacayo apareció y salió en busca de su coche.

Él se quedó mirando el rastro de polvo que la huida intempestiva de la dama había dejado, y mientras abordaba su carruaje, se hizo un juramento.

—Está errada, milady. Nunca nadie perteneció a alguien como mi ser es suyo. No me rendiré. Me va a oír. No descansaré hasta lograr que comprenda que somos uno.

***

Maxwell salió del estudio de su abogado desanimado y con el pecho contraído por la

angustia.

El hombre, a quien conocía desde niño —pues su padre también había sido cliente asiduo— le había mirado con lástima y dicho sin florituras que no había nada que hacer.

Su dilema no tenía solución, solo una persona podía deshacer aquel entuerto, y esta no tenía ninguna intención de dar marcha atrás ni de devolverle su vida.

La esperanza estaba muriendo dentro de él, pero pese a todo no era capaz de resignarse, no podía simplemente aceptar el hecho de que jamás podría tener un futuro al lado de la mujer que amaba.

Quizás era porque había una alternativa, la única que restaba y a la que él no había querido dar demasiada importancia, ya que significaba sacrificar la estabilidad y felicidad de su familia, sobre todo de la condesa viuda. No creía ser capaz de arrebatar lo único que mantenía cuerda a Loretta Grayson, ni decirle a Regina, su hermana, que debería irse y buscar un marido porque él ya no podría mantener el status de vida que siempre habían tenido. Que se convertirían en el hazmerreír de sus pares y caerían en desgracia absoluta.

Pero si lo hacía, si tomaba el valor y se armaba del egoísmo suficiente, podría tener a lady Mary Anne en su vida, podría ser feliz por primera vez. Ser lo que quería ser y no lo que debía, lo que se esperaba de él como par del reino, como cabeza de familia, como la persona que no había pedido ser. Alguien solitario, frío... y, sí, amargado; como su Ensueño siempre recalcaba.

Estaba tan cansado, tan agotado a niveles indescriptibles, que pasó muchos días refugiado en sus aposentos sin querer ver a nadie, sin hacerse cargo de las tareas del condado ni recibir a sus amigos. Quería estar solo, y al menos fingir en sus sueños que tenía lo que necesitaba, lo que añoraba a cada minuto.

Sabía que estaba siendo irracional y ridículo, pusilánime, pero era solo un ser humano, uno que veía el abismo en el que había convertido su existencia, y no se decidía a dejarse caer, a lanzarse a ese precipicio y acarrear con el desastre que provocaría esa caída. Su vida, tal y como la conocía, se derrumbaría si tomaba la única decisión que su corazón le dictaba... y tenía miedo, demasiado miedo.

Después de todo, no podía olvidar que la dama a la que pretendía, no quería saber nada de él, y la última vez que la había visto se lo había dejado más que claro. Ella lo detestaba en este momento, y lo entendía. Maxwell no era precisamente una persona fácil, encantadora ni el príncipe de cuento que la protagonista elegiría. Era más bien el villano que hacía desgraciada a la princesa, o quizás el dragón al que el verdadero héroe debería cortar la cabeza.

Sin embargo, algo era indiscutible: nadie amaría a Mary Anne Russell como lo hacía él. Nadie podría sentir su ausencia con tanto dolor, sus lágrimas como si fueran puñaladas en su corazón, y su sonrisa como si fuera el mismo sol brillando en la noche más oscura.

Ella era todo para él. Era su amanecer y su ocaso, su mismo aire. Su aliento de vida, su

motivo de ser.

Sin ella se sentía perdido y vacío, un caparazón inservible, un cuerpo sin alma. Y por eso tenía la certeza de que no podía dilatar más aquella situación. Debía fajarse los pantalones, hablar con su familia y decirles la verdad. Arriesgarse a ser rechazado por ellas definitivamente y, quizás, cargar con el peso en su conciencia de la recaída en la salud de su madre y del resentimiento de su hermana.

No tenía más opción. Ella era su único camino, el que siempre elegiría, porque simplemente ya no podía vivir de otra manera. Ya no podía seguir adelante sin ella. Dolía; dolía demasiado.

Solo restaba esperar a que la dama decidiese dejarse ver, afrontara la tarea de acudir a sus compromisos sociales como la dama en edad casadera que era, y entonces Maxwell iría a por ella. Ya nada lo detendría.

—Milord, milord, por favor, no puede irrumpir de esta manera, mi señor no se encuentra... —Se oía exclamar muy nervioso al mayordomo, que rara vez se alteraba, o más bien nunca. Max no le había visto jamás, aunque fuera un pelo fuera de la peluca empolvada que persistía en usar a pesar de que ya no estaban en boga—. ¡Excelencia, esto es un atropello! ¡Deténgase!

—Apártese de mi camino, inglés. Sé muy bien que Luxe se encuentra aquí. Si estuviese de viaje como nos ha dicho haces días no estaría usted tan alterado. Y ¿qué diablos lleva en la cabeza? Si quiere le doy consejos para mantener el cabello largo, así no utiliza ese adefesio asqueroso. Y después nos quieren dar clases de vestimenta y moda a nosotros... —respondió con sorna una voz potente con acento extranjero.

Maxwell suspiró y soltó la pluma con la que había estado intentado poner en orden el libro de cuentas. Se echó hacia atrás, cruzando las manos sobre su estómago en el momento en que la puerta de su estudio se abría con estrépito y aparecía la figura gigante del duque de Fisherton. Por detrás, su criado que parecía una sanguijuela al lado del escocés, ya que apenas le llegaba al ombligo.

—Lo siento, lord Luxe, no pude detener a este... —se disculpó airado, sin aliento y con el rostro enrojecido, pero al ver que el duque se giraba levemente a mirarlo con una ceja arqueada, se interrumpió y, carraspeando asustado, terminó—: Caballero distinguido y empeñado en verle, milord.

—No se preocupe, Birdwhistle, Su Excelencia es de mi confianza —contestó él, tratando de contener su hilaridad al ver que la peluca de su empleado se había corrido, seguramente por la carrera, y apenas se sostenía en su cabeza—. Puede retirarse.

El mayordomo asintió, recuperando su postura regia. Tras echar una mirada ofendida al rubio, enfiló hacia la puerta.

—Ahora entiendo lo de la cabeza... —apuntó Alexander mientras se dejaba caer frente a él, haciendo referencia al significado del apellido de su criado, que era «donde los pájaros anidan».

El pobre hombre dio vuelta la cabeza con expresión ofendida y, escandalizado, abandonó el despacho.

—No tienes arreglo, McFire —comentó Max, inmensamente divertido y agradecido de ver después de tantas semanas una cara amistosa. Desde que había dado a conocer la noticia de su inminente desgracia social y económica a su familia, no había vuelto a verlas. Él comprendía su desasosiego y les estaba dando tiempo a asimilar lo que vendría—. No sabía que estabas de regreso, te hacía de viaje en alguna de tus propiedades.

—Los Bennet me mandaron a llamar con urgencia, recibí tarde la misiva. Pero en cuanto la tuve en mis manos, lo dejé todo a cargo de mi tío y de mi nuevo administrador y regresé raudamente —le informó el otro, que estaba de brazos cruzados observándole con fijación.

Maxwell asintió, recordando que los hermanos también se habían presentado en varias oportunidades, pero él, cobardemente, no les había recibido, dando órdenes al personal para que le excusaran diciendo que se encontraba en un viaje. Los hermanos no le habían creído y ya le habían mandado varias misivas —que no había respondido, por supuesto, o se delataría— poniéndole al día de lo que sucedía con la señorita Colleman y su búsqueda de marido.

Lo cierto era que esos dos eran unos entrometidos sin remedio, dos ancianas chismosas y dos sometidos por sus nada tiernas esposas. Pero al menos esas cartas le habían servido de distracción a su tormento diario, y de paso se enteraba de lo que acontecía con lady Mary Anne, pues siempre alguno de los condes se las arreglaba para mencionarla al pasar... Como si él no se diera cuenta de sus intenciones, y de que seguro que los muy débiles se limitaban a escribir lo que sus mujeres le ordenaban.

—De algo me enteré... —se obligó a decir, sin querer reconocer que estaba más que al día con el chisme de que la pelirroja iba a escurrírsele al gigante—. Quieren casar a la señorita Colleman... o algo así, y los Bennet creyeron que debías saberlo.

—Y creyeron bien. De hecho, les estaré eternamente agradecido. He llegado a tiempo de salvar a mi bonita flor y de tomar lo que es mío antes de que algún inglés pusilánime se atreva a tocarla —gruñó el escocés, que ya no se veía tan relajado y despreocupado como siempre.

Maxwell lo comprendía. ¿Cómo no lo haría? Era una verdadera tortura saber que estabas por perder lo único valioso.

Pero lo que no entendía era qué había llevado a su amigo hasta su casa. Porque si había estado evitando a los mellizos era justo para evitar caer en alguno de sus planes alocados y desastrosos. No quería más problemas ni dolores de cabeza. Suficientes tenía ya.

—Me enviaron a buscarte, a sacarte de aquí. Lancaster y Vander no saben que acabo de llegar a la ciudad. Me esperan esta noche. Acudiremos a una velada, un baile de disfraces donde estará la señorita Colleman —aclaró Fisherton, adivinado el derrotero de sus pensamientos.

Él asintió, temiendo que pretendieran arrastrarlo con ellos. De ninguna manera caería en sus

juegos. Tenía que estar concentrado y preparado en sus planes, en cualquier momento llegaría su oportunidad de arreglar el desastre en el que había convertido su vida, y no quería distracciones.

Además... Cada vez que les hacía caso a esos endemoniados mellizos terminaba arrepintiéndose, haciendo alguna clase de ridículo o hasta ultrajado.

—Buena suerte, entonces. Yo tengo un compromiso ineludible, se trata de algo personal y no podré... —comenzó a excusarse Maxwell, fijando la vista en el mobiliario caoba que decoraba su estudio.

La frase que formuló el duque con obvia insinuación y mofa lo dejó mudo y arrancó a su corazón del letargo en el que se había sumido desde que vio a lady Mary Anne alejándose de él, deshecha y odiándolo:

—La pequeña morena acudirá al baile.

Sus latidos acelerados retumbaron en el pecho contraído de emoción, y asumiendo que debía estar presentando un cuadro penoso y más que lastimoso, buscó conservar su dignidad abriendo su cuaderno de cuentas y fingiendo estar examinando una fila de números. Apenas asintió, como si no le interesara demasiado esa noticia. Rígido, apuntó un número cualquiera, sin darse cuenta de que el cuaderno estaba al revés.

—Los Bennet te esperan después de la hora de la cena en la mansión de Vander. Ya tienen tu disfraz preparado —concluyó Fisherton con tono sardónico, al tiempo que se ponía en pie. Dando por hecho que se verían en el baile, abandonó el lugar silbando por lo bajo.

En cuanto la puerta se cerró, él soltó la pluma y se derrumbó sobre el escritorio con los ojos cerrados y el pulso desbocado.

El momento había llegado, la agonía se acortaba. No podía no asistir a esa fiesta. Ella iría, ella volvía a la ciudad, y él estaba ya desesperado por tener de nuevo esos ojos sonrientes y dulces frente a él, esas curvas enloquecedoras a su merced, y esa boca bajo la suya otra vez.

«Prepárate, gatita traviesa. Prepárate... porque esta noche te cazaré».

***

—¡Mira, ya ha empezado a salir el sol con más intensidad! ¿No es un bello día? —exclamó Mary cuando corrió las cortinas de las grandes ventanas que ocupaban una de las paredes del cuarto del duque de Essex.

El hombre tenía puesta su ropa de dormir y yacía recostado bajo muchas cobijas que buscaban mitigar el frío intenso que sufría en los huesos, el cual le causaba fuertes dolores. Asintió, desganado, y volvió a cerrar sus ojos.

Ella suspiró, se acercó hasta su padre y tomó asiento junto a la cabecera de la cama, donde tomó la charola de plata que había traído con ella y procedió a intentar que Samuel comiera su

desayuno.

—Vamos, padre, no seas terco, debes comer, ponerte fuerte y mejorar para que puedas salir de esta habitación y seguir ocupándote de las labores que tanto te gusta hacer —le animó una vez logró convencerle de acomodarse para ingerir los alimentos, ofreciendo una cuchara bien servida.

—Ya he tomada el café y los huevos, es suficiente comida para mí —gruñó Samuel, abriendo la boca a regañadientes y tragando todo el contenido con esfuerzo—. Además, puedo perfectamente bajar y ocuparme de mis asuntos, pero cierta niña se empecina en hacerme guardar un reposo inútil —agregó con un ceño muy infantil que provocó una carcajada en su hija.

—Eres el peor paciente que puede existir. No haces ningún caso a las indicaciones del doctor y casi hay que atarte a la cama para mantenerte quieto. Así no sanarás, padre —le reprochó, apartando el plato y limpiando la boca del duque con afecto—. Creo que hay que hacerte un corte de cabello —añadió, mientras jugaba a peinar el cabello alborotado color plata que ella había heredado.

Samuel refunfuñó, pero sus ojos grises brillaban con devoción mientras la observaban en silencio parloteando sobre lo que había acontecido en la casa y muchos temas más.

—Hija... —le interrumpió en medio de su disertación, y al tiempo que aferraba una de sus manos y la presionaba con cariño, prosiguió—. ¿No crees que ya es hora de que regreses a Londres? La temporada ya ha empezado hace semanas, deberías haberte instalado en la casa de tu tía y estar asistiendo a las veladas sociales junto a la señora Green.

—¡No lo creo! Estás enfermo, no puedo irme y dejarte así, estuviste muy grave, yo me asusté mucho, la fiebre no bajaba, y el doctor dijo que... —Mary negó con vehemencia, pero una mirada de su progenitor la hizo callar de inmediato. Ella conocía esa mueca, era la que rara vez veía esbozar al duque, quien nunca le negaba algo o reprendía para el caso. Sabía que cuando él se ponía autoritario nada le hacía desistir.

—No me importa lo que diga ese matasanos. Y aunque me estuviese muriendo, no puedes seguir aquí enclaustrada cuidándome, Mary —decretó Samuel, y tras darle otro apretón en su mano, bajó la vista y con tiento añadió—: No sé cuánto tiempo más viviré, los médicos no saben qué tengo, cada vez me siento más débil... y por eso estoy decidido a que te marches y hagas lo que debes hacer, que es buscar un esposo, alguien que pueda protegerte y cuidarte si algo me pasa... Si yo no puedo hacerlo. Hija, no quiero irme de este mundo sin saber que mi único tesoro, mi pequeña, está bien, a salvo y con un hombre que pueda darle lo que merece; que sea digno de ella.

—Padre... yo... Ya hemos hablado este tema, y no digas que morirás, porque no pasará. ¡Sé que te curarás! Esto solo es una recaída —terció Mary, afectada. Sentía un nudo atravesado en la garganta y sus ojos llenarse de lágrimas.

El duque la miró con pesar y algo más que ella no supo interpretar, y tras soltar su extremidad, acarició su mejilla con suavidad y respondió con firmeza:

—Yo espero lo mismo, pero si no sucede, debes estar preparada. Sabes que, cuando muera, todo lo que poseo a excepción de tu dote y del dinero que pertenecía a la dote de tu madre volverá a la Corona. El título se extinguirá conmigo, y no puedo tolerar, ni siquiera imaginar, que algo me suceda y tú quedes a la deriva, expuesta a necesidades y a mano de cualquier desgraciado que se aproveche de una mujer sola. No lo permitiré.

» Debes casarte, hija. Debes ir a la ciudad y conocer algún buen partido, un joven honorable que cumpla con los requisitos que sabes que pretendo para ti. Te he dado tiempo suficiente, esta será ya tu tercera temporada.

—Pero, padre... —vaciló Mary, compungida—. No he recibido ninguna propuesta, no soy del agrado de los caballeros —se excusó con vergüenza, mas en su mente apareció el rostro del conde Luxe y sus palabras de amor, sus miradas apasionadas. Una imagen que la hizo estremecer y sonrojarse, y que se obligó a desaparecer, recordándose que lo que le había dicho el conde no contaba como propuesta, pues no procedía de un hombre libre, sino de un mentiroso descarado.

—Hija, creo que ha llegado el momento de decirte algo —rebatió su padre, sorprendiéndola y provocando que cerrara la boca y lo escrutase con curiosidad—. En realidad, lo que dices no coincide con la realidad. Sí que recibiste propuestas. De hecho, en tus dos temporadas recibiste un total de cuatro propuestas de matrimonio —explicó su progenitor con cierto tono de incomodidad.

Mary jadeó, impactada y confusa. No podía dar crédito a lo que oía.

¿Cuatro propuestas? ¿Ella? Pero si ni las moscas se le acercaban, solo había bailado dos veces, y ningún caballero le había demostrado jamás el más mínimo interés.

Bueno, quitando a lord Luxe, y a lord Savage, y al tal Hades...

De acuerdo, sí que era del agrado de algunos caballeros, después de todo..., pensó, confundida, ya que todo eso había pasado simultáneamente porque antes nadie se le acercaba.

De todos modos, el tema aquí no era ese...

—¿Cuatro propuestas? ¿Y cómo fue que sucedió? Por qué yo no me enteré —cuestionó, incrédula.

—No supiste de ellas porque fueron los padres o el caballero interesado quienes me contactaron directamente y manifestaron sus intenciones. Pero nunca te lo dije, no tenía sentido, para qué te lo contaría —explicó impunemente su padre, dejándola de una pieza.

—¡Porque me concernía! Podría haber estado esperando alguna de esas propuestas, padre —le recriminó molesta, pero cuando el duque hizo una mueca de culpabilidad y comenzó a toser sin parar y a respirar nervioso, se sintió muy mal y corrió a acercarle un vaso con agua.

—Lo siento... —pronunció con la voz afectada y el rostro rojo, bebiendo el líquido. Tras

dejarse caer agotado en la almohada, siguió—: No pensé que te importaría, y preferí no decirlo debido a que de todos modos no pensaba aceptar esas peticiones bajo ningún punto de vista. Los cuatro candidatos no eran dignos de ti, solo buscaban ascender en el escalafón social o vivir a costa de tu dote. Además... Sé que eres un alma romántica como tu madre, y ellos solo ofrecían matrimonios arreglados.

—Ah... —dijo suspirando, y posó la mirada en sus manos con melancolía. Ya no consideraba que sus ansias de romanticismo fuesen una virtud, puesto que solo le habían acarreado pesar y lágrimas.

—Son esa clase de tipejos a los que quedarás expuesta si yo muero y sigues soltera, hija. Allí afuera hay gente muy perversa y falta de escrúpulos, hombres que hasta podrían forzarte y arruinar tu reputación para obligar a casarte con ellos. No he dejado de pensar estas cosas, y por eso es que he decidido que debes casarte esta temporada, Mary, con alguien que tenga una fortuna aceptable y sea intachable, no un muerto de hambre o un cazafortunas. Sé que lo lograrás y eligirás bien, no cualquiera es merecedor de tu corazón y tu pureza.

—Padre... yo... —se atragantó Mary Anne, sintiendo un escalofrío y las náuseas subir por su garganta.

¿Pureza? Oh, Dios mío...

—Por favor, promete que pondrás todo de tu parte. No sé cuánto tiempo estaré para cuidarte, por favor —suplicó Samuel, y al no ser ella capaz de emitir palabra, el duque interpretó su silencio como una muestra de aceptación. Asintió, sonriendo aliviado—. Ahora ve y escribe a la señora Green. En unos días iniciarás tu tercera temporada, y la última, antes de que yo mismo me vea obligado a encontrar un esposo adecuado para ti.

Ella asintió a duras penas, oyendo a medias su ultimátum, y abandonó el cuarto del duque para dirigirse a su habitación, en donde tenía un pequeño escritorio y sus utensilios de escritura.

«Pureza», había dicho Samuel, haciéndole pensar en algo que hasta el momento ni siquiera había tenido en cuenta.

Ella ya no era pura. No tenía su virtud. No conservaba la prueba de su inocencia. Se había entregado a un hombre y no había pensado en las consecuencias. Si se casaba... ¿Qué le diría a su supuesto marido? ¿Cómo le explicaría el hecho de que su esposa no fuera virgen? La repudiaría y anularía el matrimonio. Sería exiliada de la sociedad, apartada para siempre... Estaría completamente arruinada, y seguro que mataría a su padre del disgusto.

Lo peor era que el caballero al que se había entregado tan temerariamente, envalentonada por el licor y dominada por su pasión y el amor que aún sentía quemando en su pecho, no podía hacerse cargo. No podía responder por ese acto. Ni tampoco ella lo quería, no deseaba obligar a nada al conde de Luxe, o eso había pensado hasta que él mismo le dijo que le correspondía, pero ella no entendía cómo había sido capaz de confesarle su amor y después echarle a la cara que

estaba casado.

Prefería no haber sabido nunca que la quería, porque ahora el sufrimiento era mayor. Lo odiaba por haber jugado con sus sentimientos y pretender hacer de ella una mujer sin moral.

Aunque su conciencia le susurraba que lord Luxe nunca la había alentado, que era más bien ella la que se había obsesionado y perseguido al conde hasta enloquecerlo. Que, si bien él había terminado cayendo en sus planes de conquista, le había advertido muchas veces que se alejara y ella había insistido. Ella se había creado el cuento de hadas solita... y el castillo le había terminado cayendo encima.

Debía casarse y no se creía capaz. No cuando aún ardía la llama de su amor por Luxe con la misma fuerza de antaño, y no cuando sabía que ningún caballero la aceptaría mancillada. Era imposible a menos que hallase a un hombre que estuviese, por alguna extraña razón, dispuesto a pasar por alto su desliz y al mismo tiempo no tuviera un motivo económico para consentir ese matrimonio, porque su padre no lo aceptaría si era de otro modo.

Temblando, Mary se sentó en su escritorio de cerezo blanco y se quedó mirando sin ver el montón de papeles que tenía desperdigados encima.

La angustia estaba a punto de hacerla colapsar cuando avistó una letra conocida entre los sobres que había dejado para revisar después de cenar. Era la letra de Abigail, la flamante condesa de Vander. De inmediato tomó la carta y rompió el sello lacrado para proceder a leer el contenido.

Cuando terminó se echó hacia atrás, posando la hoja en su pecho, que ya no latía tan acelerado pues la ansiedad comenzaba a mitigar.

Era hora de que recurriera a su grupo de amigas, ya que su vida se había convertido en un caos y no encontraba salida para ese desastre.

La Hermandad la convocaba a una reunión de emergencia en Londres, y era una petición que llegaba justo a tiempo. Volvería a la ciudad, a sabiendas de que allí se toparía con el dueño de su corazón y el culpable de sus desvelos y desdichas.

Solo esperaba ser lo bastante fuerte para lograr mantenerse lejos del conde de Luxe, y mucho más inteligente para lograr salir del atolladero en el que se encontraba perdida.

Que Dios se apiadara de ella.

CAPÍTULO 24

«Con el paso del tiempo, ese joven encandilado con aquella niña que apenas se convertía en una tierna flor, olvidó la luz de su sonrisa y el eco de su risa.

Fueron sus dolorosas experiencias, la realidad de una vida plagada de falencias y decepciones, de mucha soledad, rodeado de rostros anónimos y voces silenciosas, quienes enterraron ese recuerdo primaveral en un rincón muy lejano de su interior.

Pero el destino es un camino que se extiende ante nosotros, imposible de eludir, y por más salidas que encontremos a nuestro paso, el final siempre es el mismo, uno solo, el único.

A este caballero sin sueños ni razones para amar no le dieron otra alternativa, pues sin percatarse, su alma fue ligada a la suya tal vez desde el comienzo de la vida. Y una noche, una más en la que se limitaba a pasar las horas esperando hallar lo que no sabía buscaba, fue que la encontró.

Sus lágrimas le recordaron que aún había gente real, y no solo marionetas con sonrisas de papel y vanidad por corazón.

Nunca quiso tanto algo como deseó en ese baile consolar su llanto, pensando cuán injusto era que un rostro tan dulce como el suyo tuviese que sufrir, tuviese que llorar.

Su último pensamiento esa noche fue el recuerdo de su pañuelo, el que le había entregado a ella, empapado de su corazón y su nobleza.

Por la mañana, la oscuridad apagó la luz que volver a verla había encendido en él, pero aún así fue imborrable la marca que en lo profundo nada podría deshacer.

Y ese caballero soy yo».

Extracto de la carta enviada a «Mi Ensueño».

A veces se necesita salir del caparazón que nos envuelve como personas, cuyas paredes están hechas de nuestros temores, tristezas, pensamientos, conflictos y emociones, para poder mirar y darse cuenta de que no se está sola en esa tesitura. Que hay más seres humanos a nuestro lado, frente a nosotros, o quizás donde no los vemos; que también están en esa batalla sin final que llamamos vida.

Y este era el caso de Brianna Colleman, una joven tan noble como bondadosa para quien la

realidad de su origen significaba un gran desconcierto y preocupación. El problema al que se enfrentaba la pelirroja fue una distracción para Mary Anne, quien nada más llegar a la ciudad fue arrastrada por las hermanas Thompson y sumergida en una carrera que apuntaba a salvar la felicidad de su amiga.

Brianna tenía los días contados en los salones de baile, pues su familia había caído en la ruina económica. Estaba obligada a hacer un buen matrimonio antes de finalizar esa temporada, o terminaría en la calle y con su padre encerrado en prisión.

No era que la propia situación de Mary fuese mejor, pero ponerse en marcha para al menos intentar ayudar a Brianna le serviría para dejar de tener pensamientos fatalistas y sumergirse en la melancolía.

Su intención inicial al emprender el viaje a la ciudad de revelar todo lo que escondía a su grupo de amigas perdió fuerza en cuanto se enteró de lo que acontecia con su amiga. Ya habría tiempo para ella, pensó Mary mientras se trasladaban en el carruaje de Clara, llevando con ellas a una reticente Brianna. Después de todo, no pendía sobre ella la amenaza de perderlo todo y quedar sin techo. Lo que a ella le sucedía era que tenía el corazón roto, las ilusiones perdidas y una misión complicada por delante: olvidarse del conde de Luxe y encontrar un marido que no solo debería contar con los requisitos que su padre exigía, sino que tendría que estar dispuesto a pasar por alto su falta de virtud.

Era justo que la Hermandad, que además no sabía nada de la procesión que llevaba dentro de ella, en este momento estuviera abocada a ayudar a la pelirroja. Las energías de las tres estaban concentradas en hallar una solución para Brianna. Mientras tanto, Mary seguiría fingiendo que nada había cambiado y que sus ojeras, su falta de entusiasmo o silencios repentinos se debían a la preocupación por el estado de salud de su padre.

Esperaba no delatarse y poder seguir sosteniendo la función el tiempo necesario, porque cuando finalmente explotara y dijera todo a las D.F, no estaba segura de lo que acontecería, pero lo probable era que su incipiente grupo sufriera la baja de al menos una integrante. Nadie querría seguir tolerando a una persona traicionera como lo había sido Luxe, y Mary no terminaba de decidir si quería o no que las demás estuviesen al tanto de los pormenores. Seguía sintiendo que era demasiado íntimo.

Aunque ayuda necesitaría, eso no cabía duda.

Esa noche darían inicio al plan para hallar al esposo que Brianna necesitaba con urgencia, ya que el duque de Fisherton había desaparecido del mapa y ella no quería seguir esperando el cumplimento de las promesas que el rubio le había hecho.

La primera prueba la harían en el baile de disfraces más importante de la temporada londinense, el baile anual de disfraces de lady Windsor, que era sin duda un evento prestigioso y exitoso. Se celebraba una vez al año, siempre a la mitad de la temporada, pero ese año los

anfitriones habían decidido adelantar el acontecimiento.

Las invitaciones para el baile eran codiciadas por toda la nobleza inglesa. No solo por su alta categoría, sino por las historias y leyendas que se habían creado a su respecto.

Se decía que, desde su primera celebración, llevada a cabo hacía diez años, hasta la última sin excepción, una joven soltera encontraba el amor verdadero y obtenía esa misma noche una propuesta matrimonial de parte del caballero en cuestión.

Por supuesto, la leyenda había tomado fuerza después de que todas y cada una de las parejas comprometidas esa noche resultaran felizmente casadas.

Por lo tanto, toda jovencita en edad casadera deseaba asistir, esperando encontrar el amor y obtener un compromiso. Y las que no eran arrastradas por sus madres o tutores sin piedad ni excepción.

A pesar de su bajo estado de ánimo, Mary no pudo evitar dejarse arrastrar por el ímpetu de las demás. Después de haber sometido a Brianna a la aguja e hilo de la mejor modista de la ciudad, la cual había hecho una verdadera transformación en su amiga dejando su aspecto como el de una nueva dama —una que hacía dar vuelta cabezas, no cabía duda—, allí estaban: entrando al enorme salón de los duques de Windsor. Todas menos la condesa de Lancaster, que debido a su estado de gravidez no podía presentarse públicamente.

De las cuatro, solo Mary continuaba a cuestas con su aspecto desarreglado y su falta de modelos favorecedores, pero pensaba solucionar eso en un futuro cercano, pues antes de abandonar la *boutique* de *madame* Antua había tenido una pequeña conversación con la que la consideraban el hada madrina de la Hermandad. No solo Brianna necesitaba un milagro.

El salón de enormes proporciones había sido decorado magníficamente. Y solo con poner un pie dentro, el invitado podía sentirse transportado a un palacio mitológico, al mismo Olimpo.

Las gasas y velos de marfil pendían desde el alto techo hasta el suelo cubierto por una tela transparente, y se habían distribuido docenas de columnas artificiales decoradas con incrustaciones de oro.

Era imposible no quedarse sin aliento al traspasar las puertas, no sentirse sumergido en un mundo mágico, y no quedarse mirando la vestimenta de los lacayos, que personificaban a Cupido.

Con tal despliegue, la duquesa de Windsor no hacía más que erigirse como la anfitriona de la temporada. Y ese era el comentario que se repetía en cada conversación del atestado sitio.

Para la ocasión, Mary vestía un disfraz que ya había utilizado en otra ocasión. Se trataba de un atuendo color blanco perla de varios metros de satén y organza bastante bonito, con prendedores plateados en los hombros y brillo en el ruedo y la costura de la falda. Tanta tela la hacía parecer más diminuta y aniñada salvo por el escote alto del vestido, que como de costumbre parecía apunto de reventar.

Su disfraz emulaba a la diosa de la felicidad, Felicitas, y no era para nada su modelo predilecto, pero al menos disimulaba sus partes blandas y con la máscara blanca que cubría su rostro no sería reconocible para la multitud presente. Solo quienes la conocieran podrían identificarla.

En el caso de la condesa de Vander, ella había perdido la cabeza y vestía un escandaloso disfraz de la diosa de la poda y agricultura, que era también conocida como la soberana de las prostitutas en la mitología romana. Dejaba a la vista mucha más piel que la mayoría de las mujeres presentes, salvo una viuda española que siempre escandalizaba a todos y lo hacía adrede. Brianna, vestida como la diosa del fuego y la guerra, estaba radiante y a la vez seductora. Sin duda tendría que tener éxito esa noche, y todas las Demasiado Feas del mundo rezaban por ello.

Mary suspiró y sonrió cuando un caballero vestido como el Rey Arturo le solicitó el segundo baile de la noche a una sonrojada Brianna.

Desde su posición al borde de la pista ella podía verlo todo, a las damas y caballeros girando sin cesar al ritmo de una cuadrilla, a las matronas que en esa ocasión no vigilaban demasiado a sus pupilas —pues en estos bailes era casi imposible— y a las damas rodeadas de pretendientes que no desaprovecharon la ocasión de mirarla y lanzar risas de burla y comentarios despectivos por su imagen y el peso que sabía había adquirido.

De todos modos, a Mary no le interesaba lo que pudiesen pensar esas jovencitas con pájaros en la cabeza de ella o de sus amigas. Más bien estaba deseando que Brianna tuviese su final feliz y que, de paso, la contagiara de su sensatez y practicidad. Porque en su caso no podía simplemente hacer de cuenta que no le ardía el pecho por lo sucedido con cierto conde, mucho menos hacerse a la idea de que el caballero jamás estaría en su futuro, y ponerse en marcha para cumplir con la orden que le había dado su padre. Empezar a convencer a su corazón de buscar un nuevo querer.

Simplemente, Mary no era capaz de arrancarse esa sensación de vacío y necesidad, la añoranza y la triste desesperanza. Le parecía que nunca podría arrancar de su alma el sentimiento que anidaba hacia el conde de Luxe, y que este viviría siempre allí, en lo profundo de su ser, como una sombra, como una presencia paralizadora, constante, definitoria.

Siempre estaría comparando a lord Luxe con el resto de los hombres y no hallaría cómo superarlo, no dejaría de parecerle que lo veía en todas partes, en cada evento, en los salones, mirándola fijamente, con aquellos orbes encendidos color verde que no dejaban de traspasarla en cuerpo y alma cuando lo tenía en frente.

Él sería como un fantasma... o no.

Sus ojos se abrieron como platos cuando la ensoñación que le parecía estar mirando se convirtió en una imagen más que nítida del caballero que plagaba sus días y sus noches.

No era una aparición ni una mala pasada de su mente atormentada.

Era el mismo conde de Luxe el que estaba del otro lado de la enorme pista con los ojos puestos sobre ella, conversando con el duque de Fisherton.

El mundo de Mary se tambaleó, y fue presa del pánico.

No podía dar crédito a la presencia del castaño allí. Se suponía que tanto él como el escocés estaban fuera de la ciudad, que nadie había vuelto a saber de ellos, y solo por eso Mary había terminado de decidirse a acudir al llamado de la Hermandad.

Creía que tendría tiempo de prepararse para volver a ver al hombre que había derrumbado su cuento de hadas.

Sin embargo, ahí lo tenía, a unos pasos, demasiado cerca, demasiado imponente y demasiado devastador para todos sus sentidos para la fortaleza que supuestamente había construido a base de lágrimas y juramentos de superación durante las semanas de separación.

No obstante, nada de aquello parecía importar cuando el conde la examinaba de pies a cabeza. No disimulaba su escrutinio, no daba lugar a la indiferencia: cada piedra de su muralla de contención y supervivencia, de enojo y rencor, estaba en ese momento tambaleándose peligrosamente.

Estaba en riesgo, su corazón lo estaba, y su determinación en pleno derrumbe.

—Buenas noches, diosa. Creo que este es mi baile —dijo entonces una voz gruesa de acento incierto, haciendo que Mary girara con el pulso acelerado y el cuerpo en tensión.

A su lado estaba un caballero enmascarado. Su mirada azul, su sonrisa misteriosa, su mueca enigmática y su mano extendida no dejaban lugar a dudas de su identidad, aunque al mismo tiempo despertaban otras incógnitas que le decían que algo se escapaba de su mente cuando ponía un nombre a ese rostro delgado y exótico. Algo importante... o tal vez alguien.

—Lord Savage —pronunciaron con dificultad los labios de Mary, y sus pensamientos alocados le susurraron...

Justo a tiempo.

***

—No me digáis que hemos venido aquí —graznó Maxwell, incrédulo. Al ver el gesto afirmativo de los mellizos agregó, livido—: ¿Estáis locos? ¡Ningún soltero en sus cabales se aventura a aparecer en esta fiesta! Hacerlo es una clara afirmación de que se está buscando abandonar la soltería con esmero —alegó, inquieto.

—¡Bah! No me digas que tienes miedo a esas tonterías de la maldición de la mansión Windsor —se rio Colin, codeando a su hermano.

Esta versaba que, si un caballero asistía habiendo logrado escapar a los lazos del matrimonio y sin tener aún una dueña de su amor, terminaría irremediablemente cazado y comprometido esa

noche.

Él no creía en semejante sandez, pero no podía presentarse a esa fiesta, pues temía que su presencia llegase a oídos de sir Roland y este lo tomara como excusa para precipitar su sentencia. Necesitaba el tiempo que sus abogados le habían conseguido, era de vital importancia para él retrasar el cumplimiento de ese contrato.

—¡Por supuesto que no! No son más que tonterías supersticiosas. Pero vosotros estáis casados. —Se indignó Luxe, buscando alguna excusa para justificar su reacción visceral mientras pensaba que de todos modos ya estaba allí y había esperado ese momento cada minuto desde que tuvo aquella conversación con lady Mary. Ella estaba ahí dentro, y eso era lo único que importaba. Además: la decisión estaba tomada. La ira de su verdugo no le afectaría—. En cambio, si un hombre sin compromiso asiste, está declarando su intención de buscar esposa. Y eso es igual que colocarte frente a las mismísimas tropas de Napoleón con solo un anillo como arma.

—Pues suerte que tendrás al dios del trueno para defenderte del implacable asedio de las hordas armadas con abanicos y vestidos de seda —dijo Colin, sonriendo a la enorme figura que se acercaba hacia ellos.

Maxwell bufó, cruzándose de brazos, y haciendo un ademán con su cabeza para señalar fuera del coche murmuró:

—¿Siquiera le han dicho de qué trata el baile y en donde se está metiendo? —murmuró Luxe cuando el rubio duque llegaba a su altura.

—No. Solo cumplimos órdenes de nuestras espositas. Ellas nos pidieron que lo localicemos con urgencia.

—Yo no podía perderme esto, pero hasta aquí os acompaño —se despidió Marcus, sonriente, instándolos a que descendieran del carruaje.

—No te preocupes, querido Luxe. Si alguna matrona se pone agresivamente insistente, le pedimos a Thor que la despedace con su martillo —susurró Vander, iniciando la marcha y palmeando al duque en la espalda para darle la bienvenida, quien casi lo lanzó de vuelta al carruaje al devolverle el gesto.

El gigante parecía el auténtico dios nórdico ataviado con aquel disfraz, y hasta inspiraba el mismo respeto y temor, pero su expresión risueña arruinaba el efecto, ya que en ese momento no fue capaz de contener las carcajadas cuando después de unos segundos de contemplación se percató de que el hombre disfrazado tan estridentemente no era otro que el conde de Luxe. Era imposible que existiese otro caballero que tuviese aquella rigidez y estreñimiento para moverse.

Max puso los ojos en blanco, y tratando de aparentar que aquellas calzas no se le estaban metiendo por partes innombrables de su anatomía, apretó la mandíbula y abrió la marcha hacia la mansión.

—No lo digas —le advirtió tenso, pasando por el lado de McFire. Este examinaba incrédulo su vestimenta: unas calzas coloradas y un chaleco corto del mismo color del que se desprendían retazos de tela de diversos y alegres colores. Completaba el disfraz un estrafalario calzado de punta alargada color verde chillón, y un sombrero a juego con borlas multicolor, el cual había quedado abandonado en la mansión. Él se negaba a usarlo, ya suficiente ridículo estaba haciendo vestido de bufón medieval.

Si lady Mary Anne no lo rechazaba por lo que le diría y pensaba de él, lo haría por la vergüenza ajena que sentiría al verlo. Esta se la pagarían esos mellizos maquiavelicos, pensó, contrariado y molesto por estar oyendo las risotadas de sus amigos a su espalda.

La propiedad de los duques de Windsor era una fantástica edificación de piedra blanca, la cual detrás de las rejas color bronce y un magnífico jardín delantero relucía a través de la decena de ventanas abiertas iluminadas en su interior.

El mayordomo les dio la bienvenida y un lacayo los guio por un vestíbulo decorado al estilo grecorromano tras cerciorarse de que los tres tuviesen bien colocados sus antifaces.

La estancia era enorme y estaba repleta de personas ataviadas con multitud de disfraces, más los músicos enmascarados apostados en un rincón, que en ese momento interpretaban un vals. Pero lo que le dejó asombrado fue la estrambótica ambientación del lugar, la cual parecía sacada de unos de esos libros de antigüedad mitológica.

—Bueno, lo importante es que ya estás de regreso y puedes ocuparte de otros menesteres más placenteros —estaba diciendo Vander al duque, tomando la copa que un lacayo le ofrecía. El sirviente llevaba una máscara blanca cubriendo su rostro, y además de tener una túnica del mismo color, le colgaban de la espalda unas alas y un arco con una flecha—. Y no es que sea entrometido, pero llegaste justo a tiempo. Unos días más y te encontrabas con una sorpresa desagradable.

—Eres la personificación de la intromisión y la indiscreción, Vander —intervino Luxe con ironía, tomando de su copa—. Pero en este caso tienes razón. Tu aparición es oportuna. No sé si te agradarán las novedades, solo espero que, de no ser así, estés en condiciones de poder actuar en consecuencia. Muchas veces no es uno capaz de cambiar las circunstancias que lo rodean por más que atenten contra sí mismo.

Lo espetó examinando la estancia con ansia reprimida. No veía a la dama Russell entre las mujeres enmascaradas, todas eran demasiado altas, delgadas o apocadas. Ninguna se parecía a su torbellino de curvas, ni sonreían como ella, tampoco se mordían los labios o se tocaban el cabello y la nariz como lo hacía ella.

Ya quería tenerla frente a él. Rogaba para que no fuese demasiado tarde, que ella no le hubiera desterrado de su corazón y aún le amara como él sin dudas lo hacía; como jamás dejaría de quererla.

—¿De qué diablos estás hablando, Luxe? ¿Acaso adelantaste el festejo desde tu casa? —espetó el duque, mirando confundido el gesto taciturno del castaño y entrecerrando los ojos al ver la copa ya vacía entre sus dedos.

—Olvídalo, Fisherton. Está así desde que volvió vaya a saber de dónde, y no hemos logrado que suelte prenda —intervino Vander, negando con la cabeza.

—Bien. Entonces en vuestra carta decíais que era menester que regresara a Londres. ¿Se puede saber cuál era la urgencia? —interrogó Fisherton impaciente, comenzando a examinar la concurrencia.

—No la encontrarás por allí. Ya no —anunció Vander, abarcando con un movimiento de su mano a las muchachas consideradas solteronas, las madres y carabinas sentadas en el rincón.

—Pero ¿por qué el misterio? No he viajado casi un día sin detenerme para soportar vuestros acertijos ingleses. Hablad de una vez —les ordenó el duque con tono exasperado.

—De acuerdo, no la pagues con nosotros —respondió Colin divertido, levantando sus manos. Luego señaló un punto por detrás de su cabeza y su expresión socarrona no hizo más que poner en alerta al duque—. Justo allí está la respuesta al misterio.

Alexander giró la cabeza en dirección al punto señalado.

—*Teine*[2] —pronunció con voz completamente enroquecida y la vista fija y oscurecida puesta en la mujer que se desplazaba en la pista, guiada por los brazos de un hombre joven que iba vestido como el rey Arturo.

—¿Y qué vas a hacer, Fisherton? —inquirió Luxe, sintiendo como si fuese propia la tensión que se apoderaba del cuerpo de su amigo—. Ya ves que tu dama está siendo objeto de admiración. Tal parece que ya no pertenece al grupo de las rechazadas... y ya... ha llamado... la atención de otros...

Pensaba decirle que no todo estaba perdido, pero no pudo culminar su frase, ya que cuando las parejas disminuyeron el ritmo de sus pasos junto con las notas finales de aquel vals, la vio.

Todo en él se paralizó, hasta su voz y su respiración, y durante tantos segundos que creyó perdería el conocimiento.

La dama estaba al borde de la pista. Iba vestida de blanco con un modelo griego que se ajustaba a sus pechos de manera pecaminosa, irresistible, demencial. Por supuesto, su boca se hizo agua mientras la estudiaba intensamente, y sus latidos, que se habían suspendido, reiniciaron una enloquecida carrera.

Ella sostenía el bastón de Mercurio en una de sus manos y miraba con sus ojos velados por una máscara blanca y una sonrisa melancólica, a las parejas danzantes.

—¡Mirad, es Felicitas! Qué oportuno, Luxe, qué mejor pareja para la diosa de la felicidad que un alegre bufón. No te contengas y ve a alegrar a la damita Russell como sabemos te mueres por

hacer — se mofó Vander palmeando su espalda, arrancándolo de sus cavilaciones con la afirmación escandalosa y provocando que se atragantase con el champán.

Fue evidente que sus dos amigos ya se habían percatado de su interés en lady Mary, algo que inquietó en demasía a Maxwell, pues bajo ningún concepto deseaba exponer a la joven a alguna clase de comentario soez o habladurías; no hasta que hubiesen hablado y dejado todo claro. Así que buscando distraer a Vander, desvió la vista del objeto de su devoción y dijo lo primero que se le ocurrió.

—¿Por qué no vas tú a reclamar a tu Ramera, Vander? Yo no estaría tan tranquilo en tu lugar, parece que están por pescar a tu pececita— contra atacó con sorna al toparse con la imágen de la condesa de Vander ataviada como la soberana de las prostitutas de la mitología romana.

Vander borró su sonrisa abruptamente y dio un paso hacia él con sus rasgos teñidos de ira, pero no pudo hacer más porque Alexander, que ya había comprendido el comentario de Luxe, se interpuso y, tomando al rubio por los hombros, le obligó a girar y lo dejó de cara a un extremo de la pista de baile para que comprobase por sí mismo de qué hablaba él.

Su cara, a pesar de estar cubierta, fue un poema. Nunca había visto a alguien ponerse tan pronto pálido como completamente lívido.

—¡Pero qué demonios! Esta vez sí la mato, la asesinaré con mis propias manos... No saldrá de mi cama en días cuando termine con ella —estalló Vander, tan enajenado que no se percató de que entregaba sin amabilidad su copa vacía a un invitado que pasaba cerca en lugar de a un lacayo.

Salió disparado hacia el centro de la pista.

—¿Tú no reaccionas como Vander? —preguntó Luxe, curioso. Mientras, ambos veían al rubio yendo hacia una desprevenida mujer disfrazada con un escueto peto granate que dejaba parte de la piel pálida y sedosa de su ombligo a la vista, y una falda del mismo color que no terminaba de cubrir las piernas enfundadas en medias de seda—. ¿Acaso no te preocupa que la dama que te interesa esté en brazos del rey Arturo?

—No —contestó Alexander, seguro.

—Entonces... ¿No te molesta que la dama en cuestión esté siendo objeto de interés y miradas acaloradas? —cuestionó él, dándole un trago más a su segunda copa. Buscaba infundirse valor, pues en minutos iniciaría el próximo baile y esa sería su entrada a escena. Se acercaría lady Mary y le solicitaría la pieza. El nerviosismo le estaba haciendo sudar, y en su estómago crecía la sensación de anticipación.

Ambos observaron al conde irrumpir entre los bailarines, y sin importar que algunos de ellos se quedasen mirándolo atónitos, tomar a su esposa en brazos y abandonar la pista esquivando a duras penas los pinchazos del rastrillo que la rubia, colgada de su hombro, lanzaba al trasero del noble.

El duque negó, y sin apartar la mirada de la señorita Colleman, quien giraba en los brazos de su compañero, depositó la copa en la bandeja de un lacayo que pasó por su lado. Con sonrisa amplia, declaró:

—No. Vosotros, ingleses, podéis observar todo cuanto queráis. Pero aquel que toque a mi mujer, habrá visto su último amanecer.

Sin más se alejó, dejando a Luxe impresionado, deseando tener ese ímpetu y esa seguridad, pero su situación y la del duque no era la misma. Fisherton era libre para amar a su dama, y él no.

Pero ya no interesaba, el momento había llegado y esa noche se decidiría su destino.

Un lacayo que pasaba recibió la copa que él le extendió, y luego de sacudir los faldones de su levita, enfiló hacia el lugar en donde ahora, por la salida de en masa de los bailarines, no lograba avistar a su dama.

Por fuera aparentaba una imperturbabilidad apabullante, pero por dentro estaba temblando como un soldado en su primera batalla.

Temía que la joven se negara a hablarle o que le hiciera un desplante en público, y lo peor: que le rechazara sin más, que le dijera nuevamente que se apartara de su vida.

Estaba preparado para presenciar cualquiera de esas posibilidades, y tenía pensado un plan de acción para salvaguardar cada una, pero para lo que jamás habría estado preparado era para ver frente a sus ojos a la mujer que le quitaba el sueño siendo punto de un flirteo en toda regla, descarado y criminal.

La sangre se le calentó en las venas y sus dientes rechinaron furiosamente cuando vio a un hombre disfrazado de cruzado inclinarse frente a la mano de la dama y depositar allí un beso largo y seductor.

Ella estaba nerviosa, él lo podía notar... y también parecía conocer al desconocido, porque estaban hablando con fluidez.

Maxwell se había detenido en medio de los invitados, que iban y venían. Comenzaba a llamar la atención, por lo que prosiguió la marcha sin quitarle la vista de encima a la pareja que esta vez reía.

Una bola de fuego se desató en su estómago al ver la piel del escote de lady Mary tornarse roja, lo que quería decir que aquel infame, que también estaba mirando sus senos prominentes, le estaba diciendo algún halago que la estaba haciendo sonrojar.

Él se agazapó detrás de una columna, la cual quedaba justo a la espalda de su objetivo, y sin miramientos agudizó el oído buscando captar lo que el caballero estaba diciendo.

—Sé que no me había prometido ningún baile, dulzura, pero me temo que insistiré en que me conceda el placer de acompañarle en la próxima pieza —dijo con tono galante el hombre enmascarado, al que él estaba fulminado con sus ojos sin percatarse de ello y a quien estaba

observando tratando de identificar en vano, pensando en que su apariencia se le hacía conocida, pero no lograba ubicar un nombre o un lugar en su memoria.

Estaba seguro de que lady Mary lo rechazaría sin tapujos. Después de todo, ella misma le había dicho que nunca había bailado con ningún caballero, solo lo había hecho con él. Un poco más calmado, se apoyó contra la pared a su espalda, sabiendo que ella no mancharía ese recuerdo ni se dejaría tocar por ese petimetre engreído que no cesaba de sonreirle y desviar la vista hacia su cuerpo.

Solo debía esperar a que su dama despachase a ese incordio... y la abordaría.

—Yo... —inició esa voz encantadora con tono dubitativo que logró que Max se tensara, confundido—. No... —Una mueca satisfecha se formó en el rostro de él, que se cruzó de brazos aliviado—. No tengo razones para no concederle su invitación. Será un placer bailar con usted, lord Savage —terminó de decir ella, ocasionando que Luxe se apartara de la pared de un salto con la mandíbula desencajada.

¿Qué diantres había dicho?

¿Y otra vez aparecía aquel metomentodo de Savage? ¡Cómo podía ser, si el detective que había contratado no había podido hallarlo en ningún sitio!, pensó Maxwell, rabioso, mientras veía a la pareja dirigirse a la pista donde estaba por iniciar el siguiente tema musical.

No podía dar crédito. Ella había aceptado. Pero ¿qué se había creído? No podía bailar con ese aparecido. No se lo permitiría. Lady Mary Anne era suya, ella misma se lo había dicho: que era a él a quien quería. No iba a perderla, no importaba que todo estuviese en su contra, solo era cuestión de que lo escuchara y supiera su versión de los hechos.

El marqués de Savage estaba muy equivocado si creía que le dejaría el camino libre. Ya una vez se había dejado cegar por los celos, no volvería a cometer el mismo error.

Solo había que ver cómo sentía su alma sangrar con solo considerar perder a la joven. Ellos estaban destinados a estar juntos, se habían unido en cuerpo y alma y nadie los separaría. Y si Lady Mary lo había olvidado, ya se encargaría él de recordarselo.

Así fuera lo último que hiciera en su vida.

Las primeras notas se iniciaron, y Maxwell, frenético, emergió de su escondite sin perder de vista a la dama y a su compañero, quienes se ubicaban en sus puestos. El que la orquesta estaba tocando era un baile que se ejecutaba entre cuatro personas, y él, desesperado, recurrió a la última alternativa que tenía si quería impedir que ese libertino de cuarta categoría le robara a su dama.

Aferró el brazo de una mujer que conversaba junto a la pista, abanicándose lánguidamente, y sin mediar palabra arrastró a la patidifusa dama disfrazada de Juana de Arco hasta la posición de arranque.

Si su gatita quería guerra, guerra iba a tener.

Faltaría más.

CAPÍTULO 25

«El tiempo siguió su camino, e, inexorable, me vi envuelto en un destino perdido.
Errante me encontraba viviendo sin sentido aparente, hasta que una tarde cualquiera un desafortunado accidente la puso en mis brazos.
Enceguecido estaba, pero aún así su encanto traspasó las brumas de mi amargura, y, sin saberlo, la semilla que en el pasado usted había sembrado en el centro de mi pecho comenzó a germinar.
Recuerdo que quise olvidar esa mirada teñida de inocencia y picardía, esas curvas realzadas por sus ropas arruinadas y la manera en que mi cuerpo revivió después de cien años de letargo y soledad... Pero fui incapaz.
Sucedió un otoño que caí preso de su ser incandescente, y un invierno después aún sigo aquí, su nombre repitiéndose en cada suspiro y su rostro grabado a fuego en todos mis desvelos.
Aquel fue el comienzo de mi inexorable caída, de mi perdición y de mi dicha.
Fue el inicio de mi amor por usted, la dama de mis sueños, la dueña de mi corazón».

Extracto de la carta enviada a «Mi Ensueño».

El conde de Vander y lady Vander habían abandonado el baile, dando un espectáculo memorable del que se hablaría meses después, y Brianna ya no se encontraba en la pista bailando ni en las inmediaciones de la misma.

Una rápida inspección le bastó a Mary para confirmar que que tampoco se veía al duque de Fisherton ni al conde de Luxe donde estaban antes.

Cuando resonaron las primeras estrofas de una cuadrilla, Mary suspiró tratando de olvidar que muy cerca debía estar el dueño de sus desvelos, y se concentró en la pareja de baile que estaba frente a ella tomando la posición de arranque. Estaba decidida a terminar aquella velada con la frente en alto, entera y con sus emociones controladas. Ya suficiente había llorado y sufrido los días transcurridos tras saber el secreto nefasto que el conde de Luxe escondía de todos.

Cuando sonó el compás indicado, Mary Anne y lord Savage dieron un paso adelante a la vez. Ella elevó su brazo derecho para enlazar su mano con la del marqués, y él, con su brazo libre en la espalda, la tomó con la mano izquierda por encima de sus cabezas formando un arco. Sus miradas se encontraron y el brillo intenso con la que él la observaba le provocó un sonrojo.

De nuevo en su lugar, ambos repitieron el movimiento, y después dieron un giro intercambiando sus posiciones con sus antebrazos pegados.

Ella había concentrado su vista en el pecho del caballero, que vestía de negro, llevaba una cota de malla reforzada de cuero en ciertas partes —como en hombros y muñecas— y un peto color blanco donde resaltaba la característica cruz roja de los antiguos caballeros templarios. Su cadera estaba rodeada por un cinto del que colgaban una espada y una daga que tenían pinta de ser reales y no utilería.

—Se ve usted especialmente hermosa esta noche —susurró Savage en tono seductor cuando ella regresaba al lugar inicial dando un traspiés nervioso—. ¿No dirá nada, milady? —siguió, elevando su voz.

—Yo... Gracias... —tartamudeó ella, y lo miró a la cara cubierta por la máscara, teniendo otra vez el presentimiento de que ya lo había visto antes. Abrió la boca para poner voz a sus pensamientos, mientras giraba y se movía hacia la derecha para ejecutar el siguiente paso.

Ese fue su primer error.

Aferrada de la mano de Savage, quien la guio hasta que ellos se juntaron con la pareja que bailaba a su lado formando una ronda con las cuatro manos unidas en el centro, Mary perdió el son, el color y la respiración. El caballero que la estaba mirando sin disimulo, despidiendo dardos por sus orbes verdes, era el mismo a quien había creído que estaba evitando con éxito.

Mientras los cuatro giraban en círculos sin separar sus manos, sus ojos se abrieron como platos al ver su estridente y escandaloso disfraz de bufón real y darse cuenta de que él estaba prácticamente arrastrando a su compañera de baile, una joven de baja estatura, aún más pequeña que Mary, delgada y vestida con pantalones debajo de la larga falda abierta a los costados.

Se veía tan ridículo, cómico y diferente, que Mary no pudo evitar soltar una risita, la cual lord Luxe notó y provocó que se tensara más aún si cabía esa posibilidad.

La danza requería que cada pareja regresara a su posición de arranque, y así lo hicieron ellos, repitiendo la primera secuencia, pero esta vez ella solo podía estudiar al conde, que hacía lo mismo con su mandíbula apretada. Cuando les tocó juntarse de nuevo, ella sintió su corazón acelerarse tanto por la cercanía del conde como por lo que parecían estar diciéndole sus pupilas encendidas.

Luxe estaba colérico, ciertamente furioso, y ella no daba crédito ante aquel repentino accionar del siempre adusto y contenido noble.

Lo más prudente era huir de la escena en cuanto aquella cuadrilla terminara, y fue lo que Mary pretendía hacer al terminar el último giro en ronda, pero antes de poder seguir a Savage hacia su lugar original, fue aferrada de su mano contraria.

De un tirón quedó frente al conde.

El marqués giró, confundido, y centró su vista en el bufón que le había arrebatado la mano de

lady Mary Anne y endilgado sin disimulo a una mujer disfrazada de Juana de Arco, y como los cuatro se habían detenido en medio de la pista y comenzaban a causar murmullos, no tuvo más remedio que aceptar aquel inusual intercambio de parejas y, contrariado, guiar a la desconocida en los últimos pasos de la contradanza.

—Creo que somos involuntarias víctimas de una disputa entre enamorados, sir Lancelot —dijo con humor la voz de su nueva compañera, haciendo que Savage se enfocara en ella.

Lo que vio le dejó sorprendido. Nunca había conocido a una mujer tan pequeña, con el cabello peinado al estilo masculino y una completa imagen de duende; hasta parecía un malandrín desnutrido y no una dama como su voz delataba. Su acento también era distinto, quizás francés, pensó, intrigado por la nada atractiva criatura.

—No soy Lancelot ni un caballero de la mesa redonda, duende, soy un caballero de la Orden, un templario, y no estamos en medio de una disputa. Ese bufón no es adversario para mí —espetó, molesto por su aseveración. Él tenía como objetivo conquistar a la joven Russell desde que la había visto por primera vez, y no cesaría en su intento. Había demasiado en juego, ella era la candidata perfecta.

El pequeño duende levantó la cabeza de golpe, y tras soltarse de su agarre para ejecutar el giro final, rebatió con frialdad con sus ojos verdosos echando chispas:

—Pues yo no soy un duende, soy una verdadera guerrera, y una que sabe reconocer a un perdedor cuando lo tiene frente a sus narices. —Y dicho eso se alejó sin más con postura estirada y majestuosa, pareciendo mucho más alta, y dejándolo plantado en plena pista.

Un segundo después de reponerse de aquel descarado estropicio de mujer, Savage recordó que le habían quitado a su compañera. Giró veloz para buscar a la dama en cuestión, encontrándose con el vacío. No había nadie: solo caras enmascaradas estudiándole de reojo con curiosidad.

El bufón y la diosa habían desaparecido.

***

Mary Anne ejecutó los últimos pasos de la danza sumida en el estupor absoluto. Atrapada en la mirada airada del conde, ejecutó los movimientos como un autómata. El aire se le había atorado en el centro del pecho, en donde sentía una sensación de ansiedad y una mezcla de emociones que no pudo descifrar en ese momento.

Fue un alivio ensordecedor oír la nota final de la cuadrilla, y la señal para que, ya resignada a estar siendo observada por los invitados que les rodeaban, desviara la vista y la concentrara en el suelo de brillante madera. Ejecutó la reverencia requerida a su compañero no deseado y se enderezó dispuesta a salir huyendo de allí.

Solo había dados tres pasos cuando sintió una mano rodear su antebrazo con bastante ímpetu. Ella se tensó y rogó que fuese el marqués quien la estuviera deteniendo al borde de la pista, pero su piel erizada, sus latidos que no parecían calmarse y todo su interior arrasó con sus esperanzas.

—¿Piensa huir? ¿Así, sin más? —dijo aquella voz grave de tono elegante que conocía tan bien, muy cerca de su oído.

—No estoy huyendo, yo soy libre de ir a donde me plazca... a diferencia de otros —rebatió, tirando con disimulo de su brazo para no llamar la atención de los bailarines que estaban abandonando la pista.

Los dedos que la sostenían se crisparon al oír su mordaz réplica, pero no la liberaron. Todo lo contrario.

—Eso es cierto, y la envidio por eso, milady, porque yo... Yo solo puedo ir hacia un lugar. Hacia usted —espetó él después de un segundo de silencio—. No hay otro destino, no hay más caminos para mí. Soy esclavo de sus pasos, Ensueño.

Mary se estremeció ante sus palabras y el patente sufrimiento que estas destilaban, pero no dispuesta a seguir jugando a aquel sádico juego al que el conde pretendía someterla, se giró hacia él.

Con los dientes apretados, dijo:

—Pues me temo que deberá tomar la primera salida, milord, porque en mí ya no encontrará nada. No hay nada que yo pueda darle, y menos a costa de la felicidad de otra persona. Alguien que no se merece lo que usted le hace: una mujer que debe estar esperandole en casa. Allí está su legítimo rumbo, no se equivoque ni distraiga en senderos imposibles y prohibidos para usted. Suélteme antes de que alguien se percate de su atrevimiento y termine por arruinar mi reputación.

Si las miradas pudiesen matar, ambos estarían ya gravemente moribundos, pues se habían sumergido en una batalla silenciosa en la que a ella se la veía más cerca de la derrota a cada segundo.

No obstante, sabía que lord Luxe no era un hombre de arrebatos, ni mucho menos capaz de llevarle la contraria a una dama. Estaba luchando consigo mismo, pero terminaría claudicando guiado por la estricta educación y sus reglas protocolares, y ella no volvería a dejarse atrapar ni a poner nuevamente su corazón en riesgo por un hombre que no lo valía.

La mandíbula de Luxe se endureció mientras ambos sostenían aquel duelo de miradas y él soportaba con dificultad sus veladas acusaciones, a las que parecía no tener una respuesta coherente porque, tristemente, lo que le había lanzado a la cara era la pura verdad.

Él suspiró y Mary tragó saliva esperando ser liberada de un momento a otro, anticipándose a la carrera que con disimulo iniciaría lejos del caballero.

—No la soltaré —declaró con rotunda voz ronca, dejándola boquiabierta e incrédula—. Usted

no se irá hasta oír todo lo que tengo que decirle, y será ahora. Tiene dos opciones, milady. O me acompaña o me veré obligado a llevarla a la fuerza frente a toda esta gente.

Probablemente jamás, nunca jamás, Mary se había quedado tan anonadada. Ni siquiera se había sentido así cuando había visto por accidente a los lacayos de su padre bañándose en paños menores en el lago.

Tal fue su parálisis que debía parecer una estatua o una momia allí parada, viendo con la boca abierta al hombre que tenía al lado, que la escrutaba con el ceño fruncido y pose regia.

—Usted... es... usted... esto... —tartamudeó estupefacta, haciendo la prueba de avanzar. Pero la presión en su extremidad la mantuvo en su sitio. Mary lo fulminó con la vista, e indignada siseó—: ¡Suélteme!

Luxe gruñó y tuvo el atrevimiento de negar con la cabeza.

—No quiero escucharle, ¿es que no lo entiende? Déjeme ir o armará un escándalo. No creo que se atreva a tanto, es usted demasiado estirado como para hacer semejante escena. Solo está amenazando en vano —agregó irritada en tono bajo, pues había algunas parejas cerca del extremo en el que se habían detenido, aunque por el momento nadie les estaba prestando atención.

—Póngame a prueba y verá —contraatacó él con un brillo peligroso en sus orbes verdes, y luego se inclinó para decir con tono mordaz—: No me importa lo que vayan a decir, no me interesa lo que piensen de mí, estoy dispuesto a todo. No le tengo miedo, gatita...

Mary Anne contuvo el aliento, y completamente aturdida, enrojecida y exaltada, balbuceó:

—¡¿Cómo me ha llamado?!

—Gatita... —repitió, encogiendo un hombro con tono hilarante.

—Cómo se atreve a.… a.… usted... usted... —explotó Mary, patidifusa y con los ojos abiertos de par en par, los cuales casi se salieron de sus órbitas al oír la carcajada ronca y baja que el conde emitió. Al mismo tiempo, su dedo pulgar comenzaba a acariciar con disimulo la piel de su brazo que quedaba libre entre los guantes y la tela que cubría los hombros del disfraz.

—Me atrevo a eso y a mucho más —la cortó Luxe con un gruñido tenebroso—. De hecho, tengo la certeza de que usted se atrevió también conmigo; que ya hemos traspasado más de una línea, milady, hemos jugado con fuego y hemos ardido juntos. Nada de lo que está pensando de mí es como cree, y no estoy dispuesto a dejarla ir sin pelear, sin luchar por usted, ni a tolerar que el entrometido de Savage se interponga entre nosotros.

»Ahora me acompañará o protagonizaremos el escándalo de la temporada. La decisión está en sus manos, Ensueño.

***

Los ojos de la dama se agrandaron al oír su velada amenaza, y Maxwell no pudo evitar el escalofrío de placer que le causó verla acorralada, enfurecida y agitada. Prefería eso a la fría indiferencia con la que había reaccionado después de abandonarlo en la pista.

Apenas reconocía al hombre que vestía su piel, una criatura que estaba dominada por un salvaje deseo de posesión y necesidad, alguien que estaba dispuesto a todo por tener a esa mujer en su vida y que no se sentía como el ser equilibrado y distante, hastiado y parco que había dirigido sus actos y voluntad toda su existencia.

Pero tampoco le importaba. En ese instante solo predominaba un brutal impulso de retener, encadenar a la dama a su lado y no dejarla marchar jamás. Y que sucediese lo que tenía que suceder. Asumiría cualquier consecuencia de aquel arrebato, de sus elecciones y de su comportamiento reprochable con tal de lograr su propósito.

Nada más tenía lugar en el interior de la persona en la que el amor por lady Mary Anne le había convertido. Era alguien nuevo, y, a la vez, el mismo hombre que traía a cuestas sus vivencias, cargas y temores, los que le permitían ver sus sentimientos bajo una luz diferente. Podía ver cómo el amor de ella iluminaba poco a poco su oscuridad hasta erradicarla por completo. Valoraba el corazón que, sin percatarse, ella le había entregado, y no pensaba deshacerse de este nunca. Lo necesitaba más de lo que podría entender el Luxe del ayer, enceguecido por el sufrimiento y la soledad. Mucho más, pues ya había experimentado lo que se sentía al ser bendecido con ese amor, y no sobreviviría a la ausencia de ese milagro. Se perdería sin remedio. Moriría por dentro, vacío y perdido.

Mientras ambos se medían parados en aquel salón, como si el tiempo también hubiese detenido su correr para ser testigo de aquel crucial momento, Mary Anne pudo vislumbrar con inquietante claridad lo que anidaba en su interior. Maxwell no intentó ocultarlo, se negó a esconderse nuevamente, no atinó a levantar ningún tipo de máscara ni protección contra el dolor que le podría acarrear el rechazo definitivo de ella. Por el contrario, le devolvió el escrutinio con el alma en los ojos, entregado a su voluntad, expuesto a la merced de su encanto como había estado desde que la dama se cruzó en su camino por primera vez. No resignado, sino rendido: entregado a ella y a lo que sentía desbordar en su corazón.

Ella debió verlo, porque su ceño se relajó y su cuerpo perdió parte de la tensión que sentía en donde aún la sostenía. Pudo percibir el temblor que se apoderó de su anatomía antes de que la dama rompiera el contacto visual y, sin mediar palabra, asintiera imperceptiblemente antes de liberarse con disimulo de su agarre y esperar la siguiente acción de él.

—Sígame después de unos minutos, milady, la esperaré en el mirador de la terraza que da al jardín trasero —murmuró Max, antes de ejecutar una reverencia que, a ojos de los posibles curiosos, fue una despedida formal. Se marchó en la dirección contraria a la que le había indicado.

Hubiese preferido levantarla en volandas y sacarla de allí con prisas para zanjar aquella situación de una vez por todas, pero eso era desaconsejable en la situación en la que ambos se encontraban. Si ella no hubiese accedido a cooperar, no habría dudado en echar todo por la borda y hacerlo, pero ya que había obtenido una temporal tregua, haría acopio de paciencia y no entorpecería más su ya complicada tesitura.

El rodeo que dio para evitar que alguien se percatara de su cita secreta le llevó unos minutos que ocupó repasando en su mente el discurso que tenía pensado decir. Las palabras de persuasión que había ensayado no estaban tan frescas en su mente como hubiese querido, seguro debido a su nerviosismo y a lo importante que era para ambos lo que pasaría a continuación.

Una vez estuvo frente a la edificación de piedra rodeada de enredaderas y sumida en la oscuridad, ya que no estaba abierta a los invitados, tomó aire y se adelantó para internarse en el interior del mirador. Pero antes de poner un pie le llegó el sonido de una conversación algo acalorada. No tuvo dificultades para reconocer el tono ronco de la voz del duque de Fisherton. Contrariado, retrocedió sin que la pareja notara su presencia, entregada como estaba a un ardoroso y pasional beso.

Al parecer, el maldito de McFire había logrado su propósito. Aunque se alegraba, lo envidiaba un poco. Deseaba poder terminar la noche corriendo la misma suerte.

El lugar que había escogido para la conversación íntima que tendría con lady Mary ya estaba ocupado, por lo que no le quedó más remedio que agazaparse en un rincón y esperar a la dama para interceptarla y llevarla a otro sitio.

La joven llegó un minuto después, caminando con cautela y echando miradas nerviosas a su alrededor.

Max pensó en llamarla en voz alta, algo que descartó por lo peligroso que sería que alguien estuviese cerca y pudiera oírlo, así que se cernió sobre ella antes de que esta pusiera un pie en el primer escalón del mirador. Colocó una mano en su boca, que ya se había abierto para dejar salir un alarido de espanto, la apretó contra su torso y la arrastró hacia atrás sin darle tiempo a reaccionar.

***

Mary Anne vio una sombra cubrir la luz de la luna que la iluminaba, y se sobresaltó abriendo sus labios en un grito que no logró emitir antes de verse aprisionada contra una superficie fuerte y ser llevada a la fuerza hacia atrás.

El terror que se apoderó de su cuerpo le impidió moverse con rapidez, pero luego fue un incentivo para comenzar a revolverse y a intentar morder la mano que la acallaba y aprisionaba con determinada fiereza.

—Shh... Tranquila, gatita, soy yo —dijo entonces su atacante, y ella se congeló de inmediato, reconociendo el timbre de esa voz y perdiendo con rapidez el pánico que la había dominado—. Eso es, quieta, solo intentaba impedir que alguien la viera. El mirador está ocupado y se acerca gente por el camino lateral. La soltaré, no grite.

En cuanto se vio liberada, Mary giró airada. Aún intentando recuperar el aire en sus pulmones, levantó una mano y la colocó en su pecho desbocado.

—¡Está usted loco, casi me mata del susto! —le reprochó en un resuello agitado y furioso, notando cómo las pupilas del conde se oscurecían al seguir el movimiento de su mano sobre el escote apretado de su disfraz.

La tela casi se desbordaba por el brusco movimiento de él al quitarla del camino y meterla en una especie de jardín secreto. Estaba apartado de la vista por una puerta de madera cubierta de vegetación. El no saber cómo el conde sabía de ese lugar solo sirvió para agudizar su molestia, pero no para ignorar el escalofrío que la recorrió de pies a cabeza al ver el brillo salvaje que despedían sus ojos al examinar su cuerpo tan descaradamente.

—¿Qué está mirando, acaso ha perdido la decencia? No sé para qué le pregunto. Está claro que sí, además del honor —siguió, envolviéndose en la capa que se había puesto antes de salir de la casa. Estaba molesta por toda la situación, pero sobre todo por lo que el caballero le hacía sentir con solo una mirada y su sola presencia.

No conocía a nadie más que pudiese parecer tan atractivo, arrasador y sensual incluso vestido con un chillón disfraz de bufón, solo él. Y la injusticia de esa realidad fustigó su cólera.

El rostro del conde se crispó al oír su aseveración mordaz, un insulto que, de ser ella un hombre, podría valerle un encuentro al amanecer con pistolas, pues si había algo que ningún caballero toleraba que se pusiese en duda era su honorabilidad. No obstante, Mary no se amedentró. Necesitaba descargar de alguna manera su frustración, su resentimiento y su temor, camuflar su vulnerabilidad y los sentimientos a flor de piel que habían revivido nada más reencontrarse con el conde. Por primera vez quería protegerse, no sentir, no ser débil.

—¿Mi honor depende de mi deseo por usted? —rebatió él, acercándose despacio hasta que ella no tuvo más opción que retroceder. Su espalda hizo tope con un ancho roble y el cuerpo masculino la acorraló sin piedad. Su cabeza fue encerrada entre sus brazos, y el rostro del caballero quedó a un suspiro del suyo. Su aliento cálido, que tenía un leve aroma al ponche que había bebido, acarició su cara cuando, con tono bajo y grave, agregó—: Porque si así lo cree, entonces tiene usted razón. No hay un resquicio de honor en mí, he sido despojado de él por completo. Así es como la deseo; así es como la anhelo. Así es como la necesito, Ensueño.

» Si eso me hace un hombre desdeñable a sus ojos, sin honor ni valor, que así sea. Es lo único que puedo ser desde que se coló en mi ser y arrasó con todo lo que yo era, con lo que creía correcto, con mis preceptos y prejuicios. Ahora solo soy suyo y nada más. Existo por y para

usted, es lo que le da sentido a mi vida, y ya no quiero ser el de antes. No después de usted.

Mary tragó saliva, traspasada en carne y alma por su confesión y lo que transmitía su tono desesperado y resuelto.

Quería creerle como a nada, hacer suyas esas palabras, dejarse llevar por sus deseos y dejarse ir, entregarse como antes lo había hecho, pero no podía. Ella amaba al conde de Luxe, pero no lo suficiente como para renunciar a sus valores y conformarse con ser el pecado y el secreto de un hombre comprometido. Eso la convertiría en un ser repudiable, y transformaría la pureza de ese amor en algo sucio y oscuro. Terminaría odiando ese sentimiento y odiando al hombre que la miraba con ojos esperanzados y un brillo vulnerable.

—No tiene otra alternativa, milord. No comprendo cuál es su propósito ni por qué parece ahora decidido a tenerme, por qué me persigue, pero le aclaro que no obtendrá nada más de mí. Si... —La voz impregnada de dureza de Mary se quebró un poco cuando añadió—: Si su intención es repetir lo que sucedió esa noche, si cree que porque me entregué a usted ya he perdido todo el sentido de la moral y por eso voy a conformarme con ser su amante, está muy equivocado. Yo no merezco eso, ni tampoco su esposa, sea quien sea. No me importa oír su excusa para haberla ocultado, nada cambiará el hecho de que usted me correspondió a sabiendas de que no era un hombre libre, ni tampoco me exonera de mis culpas y de haber acudido a su lecho por mi cuenta, pero cuando me abandonó en esa mansión, dejó claro que esa noche no fue para usted nada más que un encuentro sórdido extramatrimonial.

» Ahora le pido que me deje ir, que me olvide y que se vaya de mi vida.

Los rasgos del conde se ensombrecieron, y Mary vio pasar diferentes emociones por sus orbes, tan intensas y profundas que sintió sus rodillas flaquear... Pero no cejó en su determinación.

Alejarse de él era lo único que podía salvarla de la destrucción.

—¿Piensa que quiero hacerla mi amante? —murmuró Luxe con mordacidad y los dientes apretados—. Entonces sí estuvimos juntos esa noche y no solo se limitó a esconderse en mi cuarto. Los retazos que venían a mi mente no eran sueños, sino que sucedieron. Se entregó a mí como sospechaba y ahora pretende desecharme, quitarme del camino y dejarse cortejar por otros... Por especímenes como el marqués. —Su voz se había reducido a un sonido gutural cuando, con mirada glacial, siguió—. No lo permitiré, ¿me oye? No dejaré que se aleje ni que me aparte, y no solo porque le arrebaté la inocencia, sino porque tanto usted como yo sabemos que nos pertenecemos desde la primera vez que la besé. Si tengo que hablar con su padre, lo haré y le diré todo. Y si piensa unirse a otro hombre, no dudaré en hacerle saber que fue mía primero, que me pertenece.

Mary se envaró ante su amenaza. La ira calentó su sangre hasta hacerla ver rojo y prorrumpir en un ataque de rabiosos golpes en el pecho del conde, que este soportó estoico.

—¡No se atreverá! ¿¡Por qué no me deja en paz!? ¡Es un canalla, una escoria! ¿Qué más quiere de mí? ¿Qué le dirá a mi padre? ¿Acaso le dirá que seduce a mujeres ingenuas y después vuelve a casa con su esposa? ¡Es un desgraciado, un ser nefasto que quiere arruinar todo lo que me queda: cualquier resquicio de hallar a alguien que sí me valore! ¡Aléjese de mí, olvide que existo! —exclamó Mary fuera de sí, hasta que se quedó sin fuerzas y frenó sus golpes, murmurando con amargura y tono roto—. No seré su capricho, no seré su juguete ni la posesión de un hombre casado.

Luxe, que con gesto sombrío soportó su exabrupto, no pareció tan afectado por sus golpes como sí por sus palabras, y con respiración tan alterada como la de ella, la aferró de los antebrazos y la acercó hacía él para espetar con ira reprimida:

—¡No hay ninguna mujer en mi vida, nadie más ocupa mis días, mi pensamiento o mi corazón, solo usted!

Mary se revolvió buscando liberarse de su implacable sujeción. Él, frenético, se lo impidió.

—¡Suélteme! ¡Es un mentiroso! ¡Usted mismo me dijo que está casado! ¡Casado! Váyase con ella, márchese y jamás vuelva.

—¡No lo entiende! ¡Escúcheme! —replicaba el conde, negándose a dejarla ir mientras trataba de sujetarla sin hacerle daño, algo que se le dificultaba pues la diferencia de tamaño entre ellos era considerable.

Cuando logró tenerla quieta entre el árbol y el cuerpo pegado al suyo de pies a cabeza, la aferró de la mandíbula para obligarla a mirarlo y con ímpetu declaró:

—¡Mi matrimonio no es real!

Solo esa frase dicha con patente angustia fue suficiente para que ella se quedara quieta y lo observase en completa estupefacción y una latente esperanza creciendo en su interior.

El conde relajó el amarre en su quijada, mas no la liberó, tal vez no del todo confiado en su repentina parálisis. Luego suspiró, y dándole una mirada larga y atormentada, aclaró:

—Solo es de contrato, un acuerdo del que yo nada sabía hasta hace muy poco y que creía que era una cruel broma, algo irrisorio, alguna clase de error. No sé quién es esa mujer ni dónde se encuentra, nunca la he visto. Solo sé que mi mundo se derrumbó cuando descubrí que mi padre se había matado no solo por su estado de ebriedad y su liberal forma de vida, sino porque había perdido todo a manos de sus acreedores. Todo excepto el título y la casa de la ciudad. Algo que solucionó arreglando un matrimonio entre su hijo y heredero y el hombre que compró todos sus pagarés y que asumió la deuda. Él me vendió, y cobardemente se suicidó para evitar las consecuencias de sus actos.

CAPÍTULO 26

«Acostumbrado a la soledad, huérfano de la felicidad y preso en un diario vivir sin sentido, no supe ver que mi destino estaba escrito. Pretendía ser suficiente, independiente y cínico. Habituado a la oscuridad y a la frialdad de lo intrascendente, me encontraba poco dispuesto a creer en la existencia de la bondad desinteresada, la alegría genuina y el amor verdadero. Mas en mi interior ya florecía aquel poderoso sentimiento que solo usted había sido capaz de sembrar. Poco a poco fui seducido por su encanto irreverente, por su luz incandescente y la belleza de su corazón, que hasta un ser atormentado como yo podía ver. Por las noches me visitaba en mis sueños, por el día aparecía en mis recuerdos, en cualquier instante, despertando mi cuerpo.

Hoy le confieso que la noche en la que por fín pude perderme en sus labios, me sentí vivo por primera vez. Asimismo creció en mí el temor y también la culpa.

Comprendí que más que hacerla mía, como sin duda anhelaba, deseaba proteger la luz de su alma.

Pues si algún día esta se apagaba, moriría dentro de mí todo rastro de humanidad y esperanza.

Fue aquel beso el que ligó mi alma a la suya. Y a partir de entonces era inevitable para mí amarla.

Como la Luna ama al Sol, admirando a la distancia, en silencio reverente, desde mi penumbra y soledad; así yo lo hacía sin saberlo».

Extracto de la carta enviada a «Mi Ensueño».

Mary contuvo el aliento, paralizada por la confesión plagada de ira y frustración del conde, y de inmediato recordó la noche en la que le había hallado bebiendo en el invernadero con aspecto tan sufrido y solitario, perdido y caído. En su mente había pasado a un segundo plano lo que Luxe le había dicho, pues se había centrado en los besos que se habían dado ya que fue la primera vez que el hombre la besó sin restricciones ni dudas, en la que le demostró que su pasión oculta era algo mucho más profundo de lo que imaginaba.

Sin embargo, en el instante en que salían aquellas palabras de su boca, su mente asoció todo. Recordó que el conde le había dicho una verdad muy bien guardada, la cual de saberse podría arruinar la reputación de su familia gravemente. Le había confiado tal vez por la necesidad de

curar a su alma destrozada, o por el licor bebido, que el antiguo conde de Luxe no había fallecido en un accidente de caza como todos creían, sino que había terminado con su vida por mano propia.

Luxe le había dicho que a partir de entonces su familia se había sumido en un infierno, y ella había concluido que se refería al dolor de la muerte, pero ahora entendía que era mucho más.

Y sobre todo era capaz de ver que la personalidad que el conde había descrito como perteneciente a su padre se asemejaba en mucho a la de ella misma.

—¿Cuándo lo supo? —inquirió ella tras tragar saliva, forzando su voz a salir. Sentía la cercanía del caballero de manera intensa y el aire salir con dificultad de sus pulmones. Necesitaba espacio y sentía deseos de correr muy lejos, pero más que nada ansiaba respuestas, terminar con aquella incertidumbre que le carcomía el alma—. ¿Supo todo el tiempo que no era libre y por eso me evitaba, se mostraba frío y hostil conmigo? ¿Era porque sabía que en algún momento tendría que hacerse cargo de su esposa? —interrogó con ansias y el corazón en un puño.

Lord Luxe tomó aire, y sin despegar los ojos de los suyos en ningún momento, negó con la cabeza y contestó con tono apagado, ya lejos de la exaltación que había mostrado antes:

—Después de la muerte de mi padre yo seguí mi vida con normalidad, ignorando las razones que le habían llevado a tomar esa drástica decisión y decidido a no llevar una vida de exceso, desordenada y caótica como la que él había llevado y que tanto sufrimiento había causado a mi madre. Traté de mejorar el estado del condado, creía no parecerme al hombre alegre e irresponsable que fue mi padre y estar a salvo de sus errores. Sabía que como parte de mis obligaciones como conde debía casarme para tener descendencia. Mi pensamiento era hacerlo con alguien recatado y aburrido, alguien que no me hiciera enloquecer como mi madre enloqueció por el hombre que amaba más que a sí misma, más que a sus hijos, al que le justificaba todo; sus derroches, sus infidelidades, sus inmoralidades... No quería depender de una persona hasta ese punto y sentirme adicto a su presencia.

» Pero entonces usted irrumpió en mi vida y lo desbarató todo. Por mucho tiempo me negué a aceptar que estaba absolutamente cautivado por usted, que solo me sentía vivo cuando la tenía cerca, que ya no solo se había colado en mis sueños, sino también en mi alma. Me causaba contradicciones inesperadas e inconvenientes constantemente, mi corazón y mi cuerpo iniciaron una batalla sin tregua con mi razón y voluntad. Pues usted se comportaba de manera alocada, efervescente, alegre, radiante, jovial; iluminando todo lo que veía y tocaba, cada lugar en el que se encontraba.

» Se parecía tanto a él... Se sentía tan parecido a lo que mi progenitor causaba en mí cuando yo era un crío necesitado de su atención, que me asusté. Estaba seguro de que usted no era lo que yo pretendía de una esposa. Sin embargo, su mirada, su sonrisa, su cuerpo y toda usted era en lo

único que podía yo pensar. No obstante, estaba determinado a mantenerme alejado de usted, y de todo lo que provocaba en mí.

Mary recibió aquella revelación de sentimientos con el pulso desbocado y el estómago repleto de mariposas. Una sonrisa involuntaria transformó su semblante, y sus mejillas estaban muy ruborizadas.

Si no hubiera sido porque el caballero la seguía sosteniendo, ella hubiera caído desmayada al suelo, y esa vez en verdad.

Pensaría que se trataba de otro sueño, pero ningún sueño podría ser tan bueno ni tan visceral. Como el estremecimiento que sintió en su interior cuando Luxe, sin previo aviso, sacó la máscara y paseó sus orbes verdes por cada recoveco de su cara, acariciando con sus pulgares las manchas rojas que teñían su piel. Luego sus dedos abarcaron sus labios entreabiertos haciéndole emitir un jadeo acalorado.

Cuando subió los ojos nuevamente a los suyos, el verde se había fusionado con su iris oscuro y el aire entre ellos estaba electrizado.

Ella quería que esa boca tomara la suya más que nada, pero no podía dejarse distraer, no cuando él estaba develando todo el misterio que los había mantenido separados y que quizás aún los separaba.

—Mi.… milord. ¿Desde cuándo sabe que existe aquel acuerdo matrimonial? Y ¿por qué cambió de opinión con respecto a mí? —preguntó mordiendo su labio inferior, dejando de respirar cuando el conde observó ese gesto con sus pupilas en llamas.

—Lo que usted me hacía sentir, lo que bailaba en mi pecho cada vez que nos encontrábamos, me hacía imposible resistirme. Caí preso de su encanto irreverente sin darme cuenta. Y cuando empezaba a bajar la guardia, mis abogados me informaron de la existencia de esos pagarés, y supe que un desastre se cernía sobre mi familia. Por eso me alejaba de usted, porque sabía que era posible que terminara arruinado y sin nada que ofrecerle —contestó él con la voz un poco ronca, y tras una pausa, gruñó y la liberó alejándose unos pasos. Arrancándose su antifaz, prosiguió con tono apagado y sombrío—. Me decía a mí mismo que era mejor mantenerme apartado, no alimentar sus esperanzas, sacarla de mi cabeza. Pero una y otra vez volvía a usted. No podía escapar por más que lo intentaba.

» Pensé que mi situación no estaba decidida aún, y que tal vez el acreedor podría acceder a llegar a un acuerdo; que por algún milagro podría yo tener lo que quería y no ser víctima de los errores de mi padre. Me atreví a soñar con una vida a su lado. En mi interior la sentía mía, por más absurdo que eso fuera, y me ardía la sangre al verla cerca de otros caballeros... Como hoy.

» Y cuando creí que tal vez había una esperanza, un rayo de luz para mí, un futuro para nosotros, mi abogado por fin dio con el supuesto acreedor y recibí su ultimátum: la carta en donde constaban los detalles del contrato que mi padre firmó... y mi sentencia de muerte. Mi

supuesta esposa, la mujer con la que me casaron, vendría a la ciudad esta temporada y se presentaría como mi prometida mientras se arreglaba todo para hacer un enlace público. Y yo solo podía aceptarlo y respetar aquel acuerdo, o someterme a la ejecución de los pagarés y perderlo todo.

Mary Anne se llevó las manos a la garganta profundamente afectada, aturdida ante la revelación del alcance de los sentimientos del conde por ella, de sus anhelos y su sufrimiento que ahora veía superaban los suyos.

Su cuerpo tembló cuando ella se enderezó, apartándose del tronco para acercarse al caballero, que no quitaba la mirada de ella. Traslucía en sus rasgos la apariencia de un hombre atormentado, uno que no podría haberla engañado vilmente como ella había supuesto.

Sus pasos se detuvieron frente al conde y, sin meditarlo, Mary extendió su mano y la posó en su cara con infinita ternura, como si estuviese tocando a una bestia herida. En parte, él lo era.

—Lo supo la noche en la que entré a su cuarto, ¿no es así? —inquirió con suavidad, haciéndole saber con esas palabras que lo había entendido todo. Que comprendía por qué él se había entregado esa noche a sus demonios internos y recibido su consuelo con tanta vehemencia. La noticia de la traición de su padre había destrozado cada ilusión que él se había permitido sentir, y ella había sido el bálsamo para esas heridas.

Él nunca la había engañado, y estaba segura de que pensaba confesarle toda la noche en la que la citó en el invernadero y en la que malinterpretó la presencia de Savage allí. Esa desconfianza seguía doliéndole, y también su silencio posterior y que no hubiese buscado la manera de arreglar lo sucedido hasta esa noche, pero no lo suficiente como para seguir castigándolo. No tanto como para negar que seguía amándole tanto que dolía, demasiado; mucho más ahora que conocía los secretos de su alma y veía con toda claridad su vulnerabilidad, sus defectos y virtudes, sus miedos.

Luxe asintió brevemente, y su nuez de Adán se movió con fuerza cuando él tragó compulsivamente al sentir la cercanía de ella.

Mary vio las sombras de culpabilidad que teñían sus pupilas al mencionar la noche que él arrebató su virtud y ella la entregó sin más pretensiones que el amor que desbordaba su ser hacia ese hombre tan complejo como sensible.

—Lady Mary... yo... Lamento... Yo... Nunca quise que sucediera así... No —balbuceó Luxe con tono ronco y una mueca de consternación. Mary no quería escuchar aquello, no deseaba oírle decir que se arrepentía de haberle dado la noche más maravillosa de su vida, así que se lo impidió poniéndose de puntillas y pegando con vehemencia la boca a la suya.

Con solo sentir el primer roce de sus pieles al entrar en contacto, el mundo de Mary dio varios giros y tuvo que aferrarse a los brazos del conde para evitar caer de su precario equilibrio.

No fue un beso desesperado el que se desató entre ellos, sino uno lento, profundo y

estremecedor.

Luxe la aferró contra su cuerpo envolviéndola por el talle y ella dejó de preocuparse por una caída, pues así quedó apoyada en el hombre elevada en el aire con él como total apoyo.

Sus bocas se buscaron, se exploraron y se rindieron pleitesía. Mary dejó que el conde saqueara cada rincón de su interior y la acariciara con la lengua hasta hacer que su cabeza diera vueltas y se sintiera sin aire, mareada y colmada.

Ambos gimieron y se abrazaron con ardor, buscando perderse en el otro, sintiendo que nada más importaba en aquel instante que ese beso robado a las trampas del destino, el cual parecía empeñado en separarlos. Pese a su entrega absoluta, no pudieron evitar escuchar voces de una conversación cercana e inexorablemente el hechizo del que ninguno quería escapar se rompió. A la vez, ralentizaron las embestidas de sus labios, y, agitados, se mantuvieron muy pegados con las frentes unidas y los corazones desbordados de felicidad y apasionada emoción.

—Ya no puedo dejarla ir, Mary Anne, no soy capaz de seguir viviendo alejado de usted. La necesito, la necesito en mi vida tanto que me duele respirar. Dígame que no es tarde, que siente lo mismo por mí, deme una esperanza y le juro que lucharé contra el mismo infierno para lograr este sueño de amor —susurró lord Luxe con su voz reducida a un sonido ronco, esperanzado y sufrido.

Ella aspiró aire con fuerza y abrió sus ojos para encontrarse con la mirada dilatada y prendida fuego del conde fija en ella. Las sombras de la noche ocultaban parcialmente sus rasgos afilados y delgados, pero no eran capaces de apagar el brillo de determinación que teñía sus pupilas.

—Yo... —balbuceó en un resuello, intentando calmar su pulso y la felicidad que estallaba en su interior, y que temía que nublaría su razón haciéndole olvidar que nada estaba resuelto, y seguir aferrada a un imposible. Algo prohibido y negado para ellos, algo que les había hecho sufrir, pero que si el conde la amaba había valido la pena, absolutamente todo lo sucedido valía por ese instante juntos—. Yo lo quiero, Luxe, lo quiero desde el primer instante en que lo vi. Y si usted está dispuesto a pelear para que estemos juntos... seré su compañera de armas. Nada nos detendrá.

El rostro de él se iluminó al oír su confesión como Mary nunca había visto. Una sonrisa que la dejó sin aliento y provocó un sonrojo inmediato en ella, quien solo pudo admirarlo embelesada.

—No se arrepentirá, milady, le doy mi palabra —exclamó Luxe con regocijo, procediendo a darle cortos besos ardorosos que la dejaron extasiada.

El conde la soltó despacio sobre sus pies, riendo entre dientes al ver que ella se dejaba hacer con los ojos cerrados y una mueca de placer. Despacio, él acarició su rostro redondo y, tras depositar un último beso, se alejó a regañadientes y empezó a buscar la máscara de la joven que había quedado olvidada en el suelo.

—Hay tanto que debo explicarle, sobre todo lo concerniente a mi supuesta esposa y cómo saldremos de este atolladero, pero ya nos hemos entretenido demasiado aquí. Debemos regresar al salón antes de que su carabina se dé cuenta de su ausencia —siguió una vez estuvo ella enmascarada, procediendo a colocarse su propio antifaz.

—¿Y cuando será? ¿Cómo haremos para hablar, para vernos? Porque si alguien se percata de que usted me frecuenta se comenzará a decir que me está cortejando, y eso llegará a oídos de su acreedor, ¿no? —terció Mary preocupada, retorciendo sus manos. No quería empeorar la situación del conde, ni precipitar la llegada de esa mujer a la que no conocía, pero no podía evitar prejuzgar.

—Así es, y sir Roland montaría en cólera. —Asintió Luxe con una mueca sombría—. Me ha advertido que no toleraría que me burlara de su sobrina, y que en cuanto la joven llegara a Londres (pues se encontraba en un colegio de señoritas de Bruselas) yo debía reconocerla como mi esposa. Ella ya debería haber llegado, por eso he estado evitando los salones. No sé por qué no lo ha hecho; solo agradezco su tardanza porque nos da más tiempo.

Mary sintió su pecho contraerse de dolor al oír aquello.

Por su mente cruzó la imagen de un barco hundiéndose, y de inmediato la desechó sintiéndose culpable por desear esa fatalidad a la desconocida mujer.

No obstante, deseaba con todas sus fuerzas que ella nunca pisara tierra, que no llegara para alejarla del hombre que ahora sabía que la quería como ella a él.

—Entonces ¿cómo...? —inquirió, suspirando y dejando caer sus hombros con abatimiento.

—No se preocupe, hallaré la manera de que nos encontremos. Lo prometo, Mary. No dude de mí, ya no permitiré que nos separen. De algún modo anularé ese matrimonio y nos casaremos, no importa el precio que tenga que pagar —aseguró el conde con ardor, acercándose de una zancada y atrapándola entre sus brazos nuevamente.

Mary sorbió las lágrimas que había estado por derramar por su temor y desesperanza, y se elevó para reclamar la boca de su caballero, sedienta de él y decidida a ser ella quien dejara una marca imborrable en el hombre que sentía suyo en toda regla.

No les hacía falta la venia de nadie, ambos se pertenecían perpetuamente.

***

Cuando Luxe abandonó la mansión de los Windsor, se le unió por el camino el duque de Fisherton. El gigante tenía una sonrisa grande instalada en su rostro, y no cesó de echarle miradas de reojo mientras transitaban por el vestíbulo y salían al exterior.

Mientras los lacayos corrían a avisar a sus cocheros de que sus señores estaban listos para emprender el viaje, ambos se detuvieron en la acera.

—Dilo ya. No sabes disimular, McFire —soltó Maxwell sin paciencia, alterado por el brillo burlón que despedían los ojos del rubio.

—Ni tú, inglés; ni tú —dijo socarrón el escocés, apoyándose con indolencia en una de las columnas de la mansión y estudiándolo con malicia.

—No sé a qué te refieres, yo no tengo nada que ocultar —espetó encogiendo un hombro, deseando poder sincerarse con su amigo. Pero sabía que no podía hacerlo, era demasiado arriesgado y había demasiado en juego: no solo su futuro junto a lady Mary, sino también la reputación de la dama y el bienestar de su familia. No podía desvelar nada aún, su relación con lady Mary Anne debía permanecer en secreto.

—No, claro que no... —ironizó el duque riendo entre dientes. Él se tensó, molesto por sentirse tan expuesto. Sospechaba que sabía más de la cuenta. Y fue un alivio ver que el coche del duque aparecía frente a ellos. El rubio se enderezó y se alejó en dirección al carruaje, e ignorando la escalerilla que el lacayo extendió para él, trepó de un salto y, aferrado a la puerta, se giró para decirle—: Pero me alegra que nada te esté pasando. Ya era hora, viejo amigo. no dejes que te aparten de lo tuyo.

Y dicho eso, lo saludó con la cabeza y se internó en su coche, dejando que el lacayo cerrarse tras él.

Luxe dejó salir todo el aire que había estado conteniendo, y se relajó al ver su propio carruaje traquetear hacia él.

Una vez estuvo en marcha hacia su casa de la ciudad, cerró los ojos y rememoró lo sucedido en la fiesta.

Por fin lady Mary y él habían aclarado sus sentimientos, le había podido confesar su peor secreto, sus temores, y ella le había devuelto ese gesto dándole el mejor regalo de su existencia: su confesión de amor. Si antes estaba decidido a pelear por la dama, ahora nada podría hacerle rendirse. Alexander no lo sabía, nadie lo sospechaba y por el momento era lo más prudente; ante todo, su prioridad era proteger a su futura esposa.

No podía perderla, y de igual manera se negaba a perjudicarla. Por eso le pesaba saber que no podría darle las comodidades y lujos a los que ella estaba acostumbrada una vez rechazara a la sobrina de sir Roland y este ejecutara los pagarés.

La casa de la ciudad y una modesta fortuna sería todo lo que tendría.

Tampoco podía presentarse ante el duque de Sussex y pedir la mano de lady Mary Anne, no hasta dejarle claro a Roland que no respetaría el contrato, y hablar con la dama desconocida. Quizás ella estaba igual de dispuesta que él a anular esa unión, y si era así, si ella era quien lo rechazaba, Roland no podría culparlo; tendría que acceder a buscar otra manera de cancelar esa deuda. O esa era su esperanza, porque si la mujer se empeñaba en casarse con él, y el tío en su decisión de dejarlo en la ruina, todo estaría perdido.

Al menos conservaría lo único que le importaba, que era a lady Mary, pues ya no le quedaban dudas de que ella lo quería. Solo lamentaba que, si eso sucedía, su madre y su hermana acabarían arruinadas al igual que la reputación de la familia. Todo en lo que había trabajado estaría perdido.

De todos modos, no había más que hacer. Maxwell estaba dispuesto a vivir en la ruina, a ser tratado como un paria, a perder su status, su posición, su dinero y todo lo que antes le parecía esencial. Pero lo que no soportaría perder era a la mujer que amaba con cada fibra de su ser, y nada podría cambiar ese hecho. Que el mundo aún no lo supiera era una nimiedad, algo que tarde o temprano él mismo se encargaría de gritar a los cuatro vientos.

Su ensueño y él eran uno solo. Estaban hechos para estar juntos caminando bajo un mismo designio; para amarse como nunca un alma amó a otra.

CAPÍTULO 27

«Mi memoria se volvió borrosa con el tiempo. Sin embargo, usted dejó una marca silenciosa y permanente en mi alma. Una huella imborrable que acrecentaba mi incertidumbre y añoranza diaria.

En mi interior prevalecía intacto el recuerdo de su fragante aroma, sus oscuros cabellos, el néctar de sus labios, su piel nívea, sus peligrosas curvas y la bondad de su mirada.

Sin saberlo, la llevaba conmigo en un rincón oculto de mi ser perdido, e, impotente, caí sin control en las garras del deseo, en el castigo de su ausencia, de mi desesperado anhelo de tocarla, mirarla, besarla y adorarla.

Mi placer negado fue usted desde entonces,

y solo con pensarla me sentía desfallecer y vivir al mismo tiempo. Por usted renací de entre los escombros de mi soledad.

Es usted mi vida, mi felicidad, mi destino y mi eterno amor.

Tantas veces intenté acallar mis sentimientos, luchar contra el tumulto de emociones contradictorias que solo usted me inspiraba... Mas indudablemente fui vencido por su encanto, y hoy reconozco que perdí esa batalla porque, en realidad, nunca quise ganarla».

Extracto de la carta enviada a «Mi Ensueño».

Maxwell no quiso tomar el riesgo de enviar cartas a lady Mary Anne y que estas no llegaran a sus manos o no fueran respondidas como parecía haber sucedido con anterioridad, así que pasaron dos días hasta que, desde el puesto en el que se había instalado muy cerca de la mansión de lady Campton —la tía de la joven— por fin vio salir a la dama ataviada con un vaporoso vestido de día color rosado.

Ella inició una caminata a paso moderado, acompañada por una doncella y una señora de edad avanzada con la que parecía hablar animadamente.

Sabía que aquella estratagema podía resultar demasiado peligrosa para la reputación de la muchacha, pero no había logrado encontrar otra manera de verla. Colarse en la casa estaba descartado por la ubicación de la propiedad en una esquina completamente expuesta y en una calle bastante transitada de día y de noche.

Su carruaje siguió a las mujeres a una distancia prudencial en cuanto Max le dio la orden, y pronto las vio traspasar las enormes puertas de hierro de un parque.

Para su dicha, la mujer mayor —que por su vestimenta pertenecía al personal de la casa— y

la doncella se detuvieron a conversar con un grupo de criadas, dejando a Mary Anne continuar con su paseo en soledad.

La joven caminó hasta una zona flanqueada por árboles, y tras extender un mantel pulcramente, se sentó depositando su parasol a un lado y, procediendo a sacar un libro, comenzó a leer.

Maxwell se sintió un poco ridículo cuando, tras descender del carruaje al que había hecho estacionar lo suficientemente lejos para no delatar su presencia, corrió hasta la línea de árboles. Agazapado entre el follaje y las ramas, se acercó a la dama, que continuaba su lectura ajena a todo.

Él pensaba que ya estaba viejo para esas aventuras, pero no por eso disminuyó la adrenalina en sus venas y la emoción que le provocaba estar transgrediendo las reglas. Solo esperaba no ser descubierto acechando a una mujer como un animal en celo, porque eso sería humillante... Además de escandaloso, por supuesto.

No tuvo dificultad para llegar hasta su objetivo, pero debió armarse de paciencia mientras algunas jovencitas pasaban saludando a la dama. Luego de unos minutos en los que él permaneció escondido, tuvo su oportunidad. Ella se había movido para seguir la proyección de las sombras que la protegían del sol de media tarde, quedando momentáneamente fuera de la vista del sendero y muy cerca de su posición.

—Pss... —la llamó con disimulo, y no obtuvo reacción. Repitió la acción hasta que la dama se enderezó y, extrañada, levantó la vista de lo que ahora veía era una especie de libreta y no un libro al uso como había creído para contemplar a su alrededor—. Aquí, milady, a su derecha. —Le indicó él, asomando su cabeza sin sombrero entre los arbustos.

Los ojos cafés de la muchacha se abrieron con sorpresa al avistarlo, y luego dos manchas tiñeron sus mejillas pálidas y redondas al tiempo que una sonrisa temblorosa y traviesa asomaba en sus labios.

—Lord Luxe... —murmuró ella en un resuello.

—Sí, soy yo —aclaró innecesariamente él, sintiéndose absurdo y nervioso. Ciertamente jamás hubiese imaginado que él se podría encontrar en una situación similar, pero solo por ver el rostro sonrojado de la joven y el regocijo de su mirada, lo haría mil veces sin dudarlo—. Necesito hablar con usted. Tome su parasol y acérquese con disimulo.

Lady Mary asintió con efusividad. Depositó en el mantel su libreta, a la que él no pudo evitar echar un vistazo, pues estaba abierta dejando ver la tinta de una letra femenina. No pudo leer nada más porque ella la cerró con rapidez y manos algo temblorosas y colocó la tela por encima.

Después de coger su sombrilla y cerciorarse de que su nana continuaba en la entrada del parque junto a la doncella, Mary se puso en pie y caminó hasta la línea de árboles, fingiendo examinar las flores y los pájaros que sobrevolaban el lugar.

Las piernas le temblaban y le costó tres intentos desplegar el parasol y apoyarlo en su hombro.

No podía creer que el regio conde de Luxe estuviera allí espiándola en cuclillas entre la vegetación, pero estaba sucediendo.

Cuando llegó hasta el caballero, él ya se había puesto en pie, escudado tras un ancho árbol. Ella se ubicó de tal manera que el parasol no dejaría ver nada más, y expectante alzó la vista hacia el rostro del conde.

Luxe tenía un leve rastro de vello en su mandíbula delgada, y sus ojos verdes parecían más claros rodeado de tanta vegetación. Iba vestido con un atuendo de calle color tierra y un gabán gris que realzaba su atlética figura. Sus botas de media caña, negras impolutas, estaban algo rayadas y con tierra, pero ese detalle no le quitaba porte ni elegancia alguna.

En conclusión, el hombre le quitaba el aliento, y más cuando la observaba con aquella intensidad y ese brillo pícaro.

—Quisiera tomar sus labios y perderme en ellos hasta que la noche sea día y el tiempo no exista. No sabe cuánto la he añorado, Ensueño —susurró él con tono rasposo.

Mary contuvo el aliento, estremecida por la fiera necesidad que veía en sus rasgos. Perdiendo la escasa cautela que la caracterizaba, avanzó y posó sus labios sobre los del conde. Sus bocas se buscaron con voracidad y algo de brusquedad, pero a ella no le importó, pues estaba tan ansiosa como demostró estarlo Luxe.

—Mary Anne... mejor... mantenga la distancia —pronunció agitado y sufrido, una vez fue capaz de refrenar el frenético beso y alejarse levemente de ella—. No quiero perjudicarlae. Nos pueden ver.

—Lo sé..., pero no me importa... Yo también lo he extrañado. Sobre todo, por las noches —lo provocó ella, juguetona, conocedora del rubor que cubría su cuello y cara pero demasiado apasionada para medir sus palabras y acciones. Necesitaba más, más de ese hombre que se había vuelto todo para ella y que despertaba un instinto animal que la asustaba tanto como la maravillaba.

Luxe gruñó con la mandíbula contraída, y tras arrastrarla detrás del tronco, la apoyó contra la corteza. Encerrada entre el cobijo de sus fuertes brazos, procedió a saquear su boca sin tregua ni piedad.

Sus bocas bebieron de la del otro con creciente frenesí, y sus cuerpos se buscaron intentando sentir más, desesperados por un contacto íntimo.

Mary dejó que el conde la guiara por aquel precipicio de sensaciones, y se encontró devolviendo cada embiste de la cálida lengua masculina aferrada su cuello con la mano que no sostenía la sombrilla semi caída.

Las manos del caballero la acariciaban sobre la tela de su vestido sin detenerse en ningún

sitio, pero abarcando cada rincón a su paso, llevándola a un nuevo nivel de acalorada necesidad. Sentía un fuego indomable creciendo en su bajo vientre, y su mente embotada de las imágenes de su única noche juntos.

Quería repetir ese momento, se moría por hacerlo, y no sabía si ardería en el infierno por el calibre pecaminoso de sus pensamientos.

—No puedo más... Dios mío... Quiero arrancarle la ropa aquí mismo y mostrarle todo lo que mi cuerpo puede hacerle sentir al suyo. Quiero amarla, Mary Anne, quiero llevarla al cielo y perderme en usted sin retorno —gruñó Luxe con voz ronca y torturada, al tiempo que lamía la piel de los senos que apenas dejaba ver su recatado escote.

Ella aspiró el aire que le faltaba, completamente agitada y perdida en esa fantasía perfecta que sus palabras creaban.

Ella también quería aquello. Lo quería demasiado.

—¿Cuándo...? ¿Cuándo podremos ser libres para amarnos, milord? —preguntó con desesperación, soltando el parasol y aferrando la cara del conde para que sus miradas se encontraran.

Luxe apretó sus labios en una línea fina y tensa. Respirando con dificultad, apoyó la frente en la de ella, dejándole ver sin ambages el tormento en sus pupilas ahora oscurecidas.

—Pronto, mi amor. Muy pronto. Por eso he venido a verla, he tenido noticias de sir Roland y de su sobrina. El barco que la traía de Francia atracó hace tres días —contestó él, resuelto, provocando que ella se tensara ante esa revelación.

—Ella ya está en Londres... ¿Eso ha venido a decirme? —interrogó tras tragar saliva con dificultad.

¿Acaso ella había llegado para oficializar el enlace, quería reclamar su lugar como esposa del conde? Temía su respuesta tanto como continuar en la ignorancia y eterna espera.

—No precisamente. Sir Roland se presentó en mi casa hecho una furia —dijo Luxe, y sus orbes destellaron con sorna cuando agregó—. Venía solo, ya que su sobrina, la honorable señorita Amy Miller, se ha fugado.

***

Una semana más tarde, Maxwell desayunaba en el comedor diurno de Great Place, la casa de la familia de las afueras de la ciudad, cuando por las puertas abiertas apareció la figura de su hermana.

Como siempre, Regina tenía un aspecto impecable, a pesar de que hacía bastante que había abandonado el estilo de una dama soltera en edad casadera para adquirir la imagen de una mujer solterona y reservada. Así lo dictaba el moño tirante que siempre llevaba y la ausencia de

colores, pomposidad y brillo de su apariencia.

—Buenos días —le saludó él, poniéndose en pie como correspondía. Una vez ella hizo lo propio, volvió a sentarse.

En el rostro delgado de su hermana resaltaban unas ojeras que delataban la falta de descanso que estaba padeciendo recientemente.

Max sabía que no solo se debía al cuidado de su madre cuando la condesa viuda tenía alguna recaída en su inestable estado mental, sino a las preocupaciones que debía tener debido a la inminente ruina de la familia y el incierto futuro que a ella le esperaba.

—¿Has sabido algo de esa mujer? —inquirió Regina en tono neutro, sin mirarlo, mientras untaba queso en una hogaza de pan. Él sabía que intentaba disimular su inquietud y curiosidad, pero para alguien que la conocía muy bien no surtía efecto.

—Si te refieres a la señorita Miller, no, nada. La búsqueda continúa, por supuesto. Sir Roland se niega a cancelar el contrato, y yo no puedo hacer más que rogar que esa mujer nunca aparezca —contestó comedidamente, apartando el periódico que de todos modos ya no podría leer.

—¿No puedes alegar que su desaparición anula el acuerdo, y que ella es una mujer mancillada? Así tal vez podríamos liberarnos de la deuda y no arruinaríamos nuestras vidas, porque no has cambiado de opinión, ¿no? Si esa mujer aparece, no te casarás con ella —apuntó Regina, depositando su taza con cuidado en el platillo y fijando en él sus ojos verdes.

Maxwell suspiró, pues ya habían tenido algunas discusiones por su negativa a aceptar ese casamiento impuesto. Aunque, para ser justo, su hermana no estaba al tanto de la verdadera razón por la que se negaba a unirse en matrimonio con la sobrina de sir Roland, que no era otra que su amor por la hija del duque de Essex. Regina debía creer que lo hacía por puro orgullo y egoísmo, terquedad y rencor hacia su difunto padre. Después de todo, ella siempre había sido la luz de los ojos del conde, a diferencia de él, que había tenido una ríspida relación con su progenitor.

Quería sincerarse con Regina, pero no lo creía sensato. Veía a su hermana lo suficientemente desesperada como para delatarle con sir Roland y lograr conservar su fortuna y status.

—No, no me casaré con esa desconocida, y no solo porque intentan obligarme a hacerlo, sino porque es evidente que la señorita tampoco desea hacerlo conmigo. —Negó con rotundidad, soportando la mirada de reproche y decepción de su hermana—. A la vista están las pruebas.

Comprendía su desazón porque él también la compartía, pero, por otra parte, toda su vida había velado por el bienestar de la familia, había cuidado de ella y de su madre, y seguiría haciéndolo, pero no sacrificaría su vida por el error de su padre. No era capaz de hacerlo.

—De todos modos, no puedo alegar que la joven está mancillada, porque nadie sabe que debía estar en Londres ni de la existencia del contrato matrimonial. Eso solo provocaría que la ruina y el escándalo cayeran sobre nosotros más rápido. Tampoco serviría hacerlo, ya que,

aunque lograra comprobar que la dama se fugó, sir Roland podría de todos modos ejecutar esos pagarés. Estoy en sus manos —añadió, apartando unos segundos la vista hacia donde solía pasear a diario su madre, quien otra vez se encontraba sedada con morfina debido a la nueva recaída que había tenido y que le habían obligado a acudir a la casa y perderse los compromisos sociales.

Regina tragó saliva y se llevó las manos a la cara con frustración. Tras alejar su taza y resto de comida, espetó exasperada:

—¿Y qué pasará con nuestra madre, Maxwell? ¿Qué será de ella? Sabes que si la sacan de esta casa su salud no lo soportará.

Él asintió, sintiendo un nudo en su garganta, mucha impotencia y rabia. Pero no veía ninguna alternativa que no implicara perder a la mujer de su vida.

—Regina... —inició, sintiéndose triste, cansado, culpable y atormentado—. Quedará la propiedad de la ciudad, el dinero no nos sobrará y sí tendremos que prescindir de el status de vida al que estamos acostumbrados, reducir el personal, ya no seremos invitados a la mayoría de los eventos, hablarán de nosotros y nos verán como parias... Pero no quedaremos sin techo, y madre terminará adecuándose o el doctor Waynne se hará cargo de ella en su hospital. Tal vez hasta mejore con el tiempo. Tú puedes intentar recobrar tus amistades, conocer a algún buen hombre que...

—¡Eso no sucederá! —se enfureció Regina, quien se había sonrojado y estaba tensa y envarada. Sus ojos lo fulminaron cuando añadió—: Madre morirá cuando la saquen de aquí, este lugar es lo único que mantiene el mínimo de cordura en su mente. Cada rincón de este sitio, su rutina diaria, la servidumbre, todo... Es lo que ella cree que es el presente. Aún espera ver llegar a nuestro padre. ¡No podemos sacarla de aquí e internarla en ese hospital donde estará rodeada de desconocidos! Si quieres que yo me marche, lo haré, pero haz lo necesario para que nuestra madre no pierda este lugar, por favor —terminó ella, suplicante.

Max sintió su estómago arder y su corazón comprimirse al ver el sufrimiento de su hermana, pero no fue capaz de decir las palabras que sabía que ella quería escuchar. No podía resignarse a perder a lady Mary Anne. Las promesas que le había hecho a ella valían también, y para pesar de su hermana, hacer feliz a la dama Russell era esencial para él, su prioridad.

—Yo no espero que te vayas, ni obligaré a madre a internarse... Pero tampoco me sacrificaré para evitar quedar en la ruina. Lo siento, pero no puedo —rebatió con seriedad y pesar. Y sin esperar la contestación de Regina, se levantó y abandonó el comedor, dejando a su hermana en silencio y con expresión traicionada.

No notó la ira con la que ella siguió su retirada, ni que junto al periódico había dejado dos notas para entregarle al mayordomo y que este las despachara a la ciudad con celeridad.

Tampoco vio a Regina tomarlas con curiosidad y comenzar a leer con gesto demudado.

Era la carta donde dejaba claro a sir Roland su negativa a seguir esperando la aparición de la

señorita Miller y de hacer efectivo el contrato matrimonial con la dama. Dejaba en su poder la decisión de ejecutar la deuda o aceptar que él saldara esos pagarés de manera gradual.

La restante misiva era una solicitud de audiencia con el honorable duque de Essex.

Los hermanos Bennet le habían citado con urgencia, y en vista de que en cualquier momento caería la soga del verdugo sobre él, pues apareciera o no esa mujer no se casaría con ella, estaba seguro de que el tío tomaría muy mal su negativa y le quitaría todo, y por eso agradecía la distracción y la oportunidad que tendría de encontrarse con lady Mary, aunque fuese rodeado de los demás. Cada día sin verla era un suplicio, necesitaba tenerla cerca y, si era posible, robarle mucho más que un beso.

Solo sería cuestión de tiempo que, tras hablar con el duque y pedir la mano de la dama, por fin estuvieran juntos y ya nada la apartara de su lado.

Otro en su lugar estaría histérico y en un pozo de amargura por estar a la vera de una ruina total, mas él solo estaba ansioso y entusiasmado por el futuro que le esperaba junto a la mujer que le había devuelto la alegría, las ganas de vivir, y la fe.

***

Las semanas de primavera transcurrieron dando paso al último mes de la temporada social.

Maxwell continuaba evadiendo a sir Roland, quien ya había recibido su nota donde especificaba su negativa a casarse con la señorita Miller y montado en cólera. Él solo cruzaba los dedos para que la sobrina continuara desaparecida, pues si su supuesta esposa de contrato no se presentaba, el tío no podría obligarle a legitimar ese casamiento y tampoco ejecutar los pagarés; no sin perder la oportunidad de endilgarle a la damisela. Él se preguntaba por qué el caballero estaba empeñado en casar a su sobrina con él cuando si su objetivo era obtener un lugar en la nobleza podía simplemente haber presentado a la joven en sociedad y que ella misma accediera a las decenas de caballeros disponibles. Pero por más que había intentado indagar con el hombre, él no había respondido. Su teoría era que tal vez la dama tuviese alguna terrible enfermedad o defecto físico que le hiciera imposible ser elegida por algún candidato. No obstante, no tenía manera de corroborarlo, y de todas maneras no importaba ya descubrir la razón del empecinamiento de Roland, porque fuese la joven un adefesio o una beldad, él simplemente no la desposaría. Aunque invariablemente sintiera curiosidad y una suerte de compasión por los peligros y necesidades a los que podría estar expuesta la mujer.

Maxwell había estado trabajando activamente con sus abogados para tratar de salvar su patrimonio, mas habían sido esfuerzos infructuosos, pues finalmente ellos habían concluido que sir Roland era auténtico poseedor de los pagarés y podía ejecutarlos como quisiera.

Por lo que solo restaba una alternativa, y era la que había temido: debía presentarse frente al

padre de la mujer que amaba, decirle toda la verdad y confiar en que el poderoso duque de Essex le aceptara como esposo para su hija.

Temía su respuesta, pero no tenía dudas de que no podrían arrebatarle a la dama, ya que fuese negada o aceptada su petición, ella era suya y él de ella. Nadie los separaría.

El tiempo se había agotado y él pospuesto demasiado la cita con el duque en deferencia al estado de salud delicado que le había sido informado que poseía el noble cuando en respondieron a su pedido de audiencia, y que le hacía imposible concederle la visita. Pero transcurridos ya varios días, él estaba decidido a presentarse en la casa del noble y exigir ser recibido. Ya no podía esperar.

Todo esto cruzaba por su mente mientras Maxwell veía al objeto de su deseo y amor despidiéndose de su amiga efusivamente.

Los dedos le picaban por ir a su lado, enjugar sus lágrimas y besar cada una. Quería fundirse con su piel y no dejarla marchar jamás, ya no era capaz de seguir disimulando frente a los demás ni de aparentar que ella no era más que una mera conocida. Quería que el mundo supiera que ella lo era todo, que era el color de sus días y la luz de su existir, su mañana y su infinito. Eso era la joven a quien los demás solo veían como a un casi florero, poco atractiva y excéntrica. Ella era un tesoro oculto y él se sentía afortunado por haber sido capaz de desenterrarlo, de no estar ciego, ni vacío... ni nunca más solo.

***

En el pasado, estar a las puertas del cierre de temporada había significado decepción, tristeza e incertidumbre para la joven que solía transitar por los rincones de los salones londinenses, que no era bien vista, ni aceptada y que a menudo era rechazada por su peso o su actitud estrafalaria e infantil.

Sin embargo, para la mujer en la que lady Mary Anne Russell se había convertido, alguien que no necesitaba ya de la aprobación de gente egoísta y superficial, que había aprendido a aceptarse tal y como era, a asumir sus defectos y a celebrar sus virtudes, a valorar los verdaderos afectos, y atesorar los instantes de felicidad vividos, que sabía el significado de amar verdaderamente, de compartir todo de sí con alguien que correspondía en la misma medida, que conocía la fuerza de la pasión y el poder del deseo, que era amiga, confidente, hija, amante, no significaba más que la concreción de su sueño más acariciado.

El momento había llegado. El plazo que su padre le había otorgado para elegir un marido por su cuenta casi llegaba a su fin, y Mary estaba muy ansiosa por comunicarle su elección. La parte pesimista de su ser le susurraba que había una posibilidad de que Samuel rechazara al caballero con el que quería desposarse, pero su parte optimista y que aún seguía aferrada a su faceta

soñadora le aseguraba que eso no sería así; que el duque terminaría por dar su beneplácito y aceptaría que el conde de Luxe era el dueño de su corazón y el único caballero a quien podría unirse por el resto de su vida.

No podía ser de otra manera, ella se aferraba a la certeza de que, así como cada una de sus amigas había logrado obtener su felicidad y convertirse en mujeres nuevas, amadas y completas, ella también tendría su final feliz. No había espacio para la duda en ella, cada resquemor había sido disuelto en ese tiempo pasado desde esa tarde en el parque, durante la cual el conde se había arreglado para propiciar más encuentros que no habían sido lo suficientemente largos para ambos, pero en los que indudablemente habían dejado surgir todos sus sentimientos reprimidos, sus deseos largamente postergados, y el deseo que desbordaba sus cuerpos cada vez que sus labios se tocaban.

Mary había descubierto una faceta de Luxe desconocida hasta el momento por ella, había conocido su parte sensible, desinhibida, algo alocada y muy apasionada. Y por supuesto que había caído rendida ante su descubrimiento y resultado más enamorada del conde, si eso era posible. Lord Maxwell era para ella semejante a un buen vino, uno añejo que se debía paladear poco a poco, tomarse su tiempo para apreciar su valor, y que con cada sorbo sabía cada vez mejor. Te disparaba derecho hacia el cielo con su sabor, y te sumergía en un río de absoluto goce. Ella había bebido de él y podía afirmar que nunca se saciaría, que siempre sería adicta a ese hombre, dependiente de él; siempre querría más, porque con cada palabra, cada mirada y cada caricia, Luxe había subyugado su voluntad y su corazón por completo.

Poco le importaba ya que no fuesen marido y mujer oficialmente, porque en sus almas y en lo profundo su ser, ellos eran uno. Si no lo había gritado a los cuatro vientos era porque no quería humillar a su padre ni afectar su salud con el disgusto que le ocasionaría que provocaran un escándalo, y porque el conde insistía en continuar buscando la manera de salvar su herencia antes de sacarla de su casa y del cobijo de su padre, pues él decía querer darle todo a lo que estaba acostumbrada y merecía. Aunque ya le había advertido que era una misión casi imposible, él estaba dispuesto a perderlo todo con tal de conservarla a su lado. Para Mary no había mayor muestra de amor que esa.

Comprendía su deseo de darle bienestar económico, pero ella solo lo necesitaba a él y a lo que de a poco estaban construyendo. Su unión sería un hecho, quisiera el mundo o no.

—Es una lástima que no puedas venir a mi boda, Mary Anne. ¿Estás segura de que mi madre no puede convencer a lady Campton? —preguntó Brianna Colleman, rompiendo el abrazo en el que estaban envueltas para mirarla con un ruego en su cara ovalada y pecosa.

La pelirroja lucía esplendorosa embutida en un vestido de viaje color amapola con sombrero y guantes a juego. Emitía una imagen tan diferente de la dama que recordaba, encorvada, tímida y retraída que parecía querer fundirse con la pared en cada baile... Mary volvió a sollozar y a

sentirse orgullosa por todo lo que su amiga había luchado hasta lograr obtener su anhelo de casarse con el caballero que amaba y que mataría gigantes por ella, al tiempo que negaba con efusividad.

—No, no. No cederá, mi tía tiene órdenes expresas de mi padre y no dará su brazo a torcer. Sigo soltera y todos quieren que aproveche este último mes antes del receso de verano para cazar un buen partido. Tengo ya los días que quedan a rebosar de compromisos. Lamentaré tanto perderme la posibilidad de conocer la tierra de tu duque... —siguió apenada, pero sabiendo que dada su situación con el conde era mejor seguir en la ciudad ya que los impedimentos para ellos no estaban solucionados. Pero no queriendo opacar el momento de su amiga con sus resquemores, murmuró con picardía, haciéndose oír—: Ay... Más que nada desfalleceré por no poder ver aquellos especímenes con esas ropas escocesas puestas. Es tan injusta esta vida... —bromeó con dramatismo, sorbiendo sus lágrimas y ocasionando que todos rieran.

Todos excepto el conde de Luxe, que solo la miró con reprobación, aunque a Mary no le pasó desapercibido el rictus de sus labios indicando su hilaridad y el brillo de sus orbes verdes, que prometían vengar esa travesura de una manera muy original y placentera.

—Bueno, muchacha, nosotros te debemos mucho... A todos vosotros, en realidad. Hoy regreso a mi tierra natal, pero gracias a vosotros lo hago sabiendo que los ingleses no eran tan malos; solo estirados. Bueno, no todos... *Algunos* —intervino el duque de Fisherton, acercándose hasta colocarse junto a su prometida. Su cara masculina tenía una mueca de emoción y diversión y sus ojos azules recorrieron todo el grupo que se había reunido para despedirlos. Apuntaron a Luxe al final de su discurso, mirándole con abierto afecto.

—El único amargado aquí es Grayson —acotó con sorna el conde de Vander, que estaba acompañado por su hermano y las hermanas Thompson.

—Y nosotros aprendimos que no todos los escoceses son incivilizados, a menos que los mires bien o los dejas solos en el Serpentine. Creo que los patos no te extrañarán, McFire. Ya nadie intentará convertirlos en desayuno —agregó lord Lancaster, dando una palmada en la espalda del duque. Este solo rio ante la mofa.

—Y no olvide cuidar y valorar a nuestra amiga, no creo que Escocia quede cerca, pero una palabra de Abby y estaremos todas allí para hacerle pagar, excelencia —añadió Clara con voz dulce y sonrisa amable, pero con una mirada fiera que no coincidía con su aspecto maternal de embarazada y que causaba verdaderos escalofríos.

—No se preocupen, mantendré vigilados a los escoceses. Por si acaso llevo mi rastrillo entre mis pertenencias. Si todos visten esos trapos será más fácil dar en el blanco —se sumó Abigail acomodando su cabello rubio, que ahora lucía sin cofia en un peinado elegante, pareciendo muy femenina y también estar hablando en serio.

—No tiene que agradecer, excelencia. Somos una hermandad, y no es nada que ustedes no

hubieran hecho por nosotros —apuntó Mary, retrocediendo cuando, tras darle un último abrazo, Brianna aceptó la mano de su prometido y se montó en el carruaje, el cual junto a los demas coches en el que viajaría la familia de Brianna y la servidumbre ya estaba preparado para emprender el largo viaje hacia las Highlands.

—De acuerdo, entonces...—inició lord Fisherton, al tiempo que subía también y sostenía la puerta del carruaje abierta para decir, haciéndole un guiño—. Considere el beso que le di como señal de mi eterna gratitud, milady. —Dicho eso, subió la voz para, al tiempo que se metía del todo en el coche, terminar diciendo—: Hasta pronto. No nos extrañéis demasiado, regresaremos para ver cómo se casa Lord-palo-metid... —El final de la frase fue silenciada por la acción del lacayo cerrando la puerta y el gruñido del mencionado.

Mary se atragantó. Retrocedió completamente ruborizada, apartándose de los demás, que estaban saludando con los brazos en alto, hasta que topó con una superficie conocida. Fue estabilizada por dos manos enguantadas y un poco tensas.

—Le juro que tengo una explicación... —susurró ella con tono nervioso y cara de circunstancia.

—Y yo también... —susurró de vuelta Luxe, con evidente tono sardónico. La hizo girarse para encontrarse con su enigmática expresión risueña, aunque también contrariada—. ¿Qué creyó? ¿Que solo a usted había besado ese escocés pervertido? Pues no. Mis labios también fueron vilmente mancillados.

El grito de impresión y estupefacción que Mary emitió al oír aquella confesión, al igual que su cara desencajada por la sorpresa, pasaron desapercibidos para el cuarteto de hermanos, que en ese momento estaban despidiéndose, ya que los Vander viajarían para asistir a la boda de Brianna y el duque.

—No llores por mí, hermanito. Estando yo ausente ya no tendrán rivales en los salones de baile. Podrán robar miradas de las desoladas señoritas en edad casadera, ya que el ángel negro no estará para hacerles sombra... —pregonaba con teatralidad lord Vander, mientras caminaba en dirección a su carruaje. Abigail pasó por su lado, se despidió de ella y, en dos zancadas, estuvo junto a su esposo que se encontraba subiendo—. Así que agra... ¡Auch! Pero ¿qué, rayos mujer perversa? ¿Qué haces? ¿Con qué objeto maléfico me has pinchado? —protestó el conde, girando veloz hacia Abby, que estaba detrás de él sosteniendo su alforja de viaje entre las manos.

—Eso no lo sabrás, esposito... Pero mejor no tientes a la suerte —se burló la condesa, y tras dar un saludo final a su público, se internó en el interior del carruaje y este inició la marcha.

Las carcajadas del conde de Lancaster continuaron mientras cada uno iba en busca de su propia movilidad, y Mary seguía al matrimonio con quien la habían autorizado a ir a despedir a los novios. No sin dedicarle una última mirada al conde de Luxe, quien no perdió el tiempo y, en un parpadeo, se inclinó y le robó un fugaz beso que nadie vio pero que ella sintió en cada

terminación del cuerpo.

—No olvide que esos labios son míos, Ensueño —gruñó él con mirada oscurecida—, o tendré que hacer algo al respecto. Ya lo estoy deseando. Iré a verla al baile de esta noche.

Y con esas palabras se alejó a paso lento. Ella hizo lo mismo henchida de alegría y con el pulso acelerado antes de que los condes se percataran de que no estaba tras ellos.

Mary era cada vez menos capaz de aparentar indiferencia cuando tenía a Luxe frente a ella. Deseaba confesar su secreto a sus amigas, y se sentía culpable por no hacerlo, pero coincidía con el conde en que lo mejor sería esperar a que él hablar con su padre, pues solo con el apoyo del duque podrían sobreponerse a lo que acontecería cuando los rumores de que el siempre correcto conde de Luxe se había quedado en la bancarrota se expandieran.

Solo era cuestión de soportar unos días más y todo habría acabado; ya no tendrían que temer a la inminente caída en desgracia de los Grayson, porque una vez su padre lo autorizara, se casarían y se irían a pasar una buena temporada muy lejos de la ciudad.

CAPÍTULO 28

«Cada muro fue derrumbado por la fuerza de mis sentimientos prohibidos.
Y a pesar de mis demonios, no pude evitar desearla para mí.
Ardía en celos solo de pensarla en brazos ajenos, solo de imaginarla en labios que no lograrían venerarla como los míos, en manos que no acariciarian su piel como si fuera el cielo, en cuerpos que no apreciarían el arte de sus recovecos ni se perderían en el brillo de sus dulces ojos café.
Fue así como renuncié a mis decretos, olvidé todo rastro de remordimientos, y la arrastré a mi mundo oscuro.
Confieso que busqué encandenarla, que hice todo cuanto pude para volverla adicta. Fui inmensamente egoísta.
Quise que me quisiera, quise que solo respirara para pensarme,
que solo vibrara para mí, que su placer fuera solo mío.
Quise atormentarla como usted me condenó sin saberlo.
No debí buscarla, lo asumo, jamás debí darle esperanzas.
Me convertí en el hombre que nunca quise ser, pero en mi defensa diré que besarla aquella segunda vez y repetirlo una tercera y una cuarta
fue lo mejor que me sucedió en mi vida.
Jamás me sentí más vivo que en su boca, nunca quise tanto pecar como pequé con usted.
Sé que debería arrepentirme, pero un muerto de hambre nunca lamenta comer el último trozo de pan, ni yo quiero hacerlo.
Porque si pudiese volver el tiempo atrás volvería a besarla, Ensueño.
Más aún: si pudiera tenerla esta fría noche, aquí, conmigo, haría mucho más que eso. La marcaría nuevamente... pero esta vez para siempre».

Extracto de la carta enviada a «mi Ensueño».

Mary Anne se sintió extraña cuando hizo acto de presencia en el baile de los condes de Cornwell, ya que sería la primera vez que asistiría a un compromiso con el conocimiento de que era la única integrante de la Hermandad que quedaba soltera.

Empezaba a caer en cuenta de que su grupo de amigas ya no volvería a ser igual, y que en cierta manera las había perdido, aunque, por supuesto, sabía que siempre podría contar con ellas, un hecho que por la vorágine de acontecimientos que se habían suscitado en esos meses no había podido vislumbrar.

La realidad era que Clara, Abigail y Brianna se habían marchado para iniciar una vida nueva con hombres que habían sabido ver detrás de sus fachadas y reticencias y las habían conquistado a fuerza del verdadero amor. Y todo en poco más de medio año. Mary se alegraba inmensamente por ellas, es más: se sentía eufórica de saber que las tres eran felices, afortunadas y que ya no languidecerían en los salones esperando ser vistas por esa sociedad banal.

Pero sentía un nudo instalado en su pecho solo de pensar que ya ninguna de ellas estaría allí, sentada a su lado en su rincón de floreros viendo a las parejas danzar, a las damas solicitadas coquetear y a los caballeros requeridos flirtear.

Estaba sola contra el mundo, y ya echaba en falta a sus queridas amigas.

La melancolía le estaba invadiendo, y por su mente no dejaban de pasar imágenes de momentos vividos con las jóvenes, como la primera vez que hablaron.

Ella estaba llorando en secreto porque un grupo de caballeros y damas se estaban burlando de ella, que no había podido evitar devorar el pastel que habían servido en la cena con verdadero deleite, y manchado su vestido accidentalmente, dejando una gran mancha en su falda que por más que intentaba limpiar solo empeoraba. Había decidido esconderse en el tocador y no salir hasta que la gente empezara a abandonar el baile, aunque tuviese que soportar los comentarios hirientes que las mujeres que habían entrado también al tocador estaban haciendo sobre ella y su grotesca manera de comer todo lo que le ponían en frente, cuando escuchó unas voces cerca. Pero entonces oyó la puerta abrirse, y por temor a que fueran más conocidas de las damas que estaban riéndose a costa de ella, no se animó asomarse fuera del biombo.

—Ahí vienen las hermanitas desafortunadas y la frutilla plebeya... Cada vez que las veo se ven más espantosas que la ocasión anterior. Cuando creo que no lograrán horrorizarme más... ¡Se superan! —cuchicheó la hija de los duques de Sullivan con evidente tono malicioso. Las demás rieron entre dientes mientras continuaban acicalándose.

Un silencio pesado se cernió sobre la habitación, y se hizo evidente que lady Rowena lo había dicho adrede, sabiendo que las recién llegadas la oirían, pero como era de las debutantes más exitosas y una beldad en toda regla, poco le importaba.

Mary sintió pena por las mencionadas, que había visto en dos ocasiones de lejos y que no le parecían nada de lo que la morena de ojos azules muy claros estaba afirmando.

—Pero miren quiénes son: Clara, la urraca mayor, y sus obsecuentes pajarracos... —murmuró con sequedad una voz enérgica, provocando que las injuriadas emitieran una exclamación ofendida.

—Pero ¿cómo se atreve? —espetó indignada la morena, a quien desde su posición Mary sí podía ver, poniéndose en pie con los puños apretados.

—Sí, ya las estoy viendo, Abby. Y es como dijiste: cada vez que las encontramos, demuestran ser más estúpidas que la anterior. Ya no sé de qué me admiro —dijo otra dama con tono tranquilo pero firme, ignorando magistralmente la protesta de la susodicha.

—Estoy de acuerdo, amigas, creo que ya se me quitaron las ganas de reposar aquí. Mejor volvamos al salón, no vaya a ser que la estupidez se nos contagie —se sumó una tercera mujer de voz suave y leve acento extranjero.

—Mirad quién habla, si no se pega su evidente falta de elegancia y fealdad, nada lo hará —espetó lady Anne, una rubia de aspecto angelical y hermoso, el cual quedaba opacado cada vez que abría su boca viperina.

—Será mejor que se disculpe o le presentaré algo que sí pega... y muy fuerte —dijo amenazante la menor de las Thompson, sonando en verdad escalofriante.

Las urracas, como Mary había decidido también apodarlas, cacarearon horrorizadas por la abierta amenaza.

—¡Es usted una grosera! ¡Parece sacada de un establo! ¡Insolente! Mi madre se enterará de... —espetó Rowena.

—Vaya a llorarle. Para ella también tengo algo reservado, no me olvido de que cuando mi madre tuvo su puesta en largo, la bruja esa le hacía la vida imposible por pura envidia, porque solo era una urraca al lado de ella... —la cortó la joven, que solía usar extrañas cofias.

—¡Está loca! Vámonos, muchachas, antes de que esta desquiciada nos cause algún daño —exclamó Rowena, ofendida. Rápidamente abandonaron el tocador.

Cuando la puerta se cerró, hubo un silencio breve y luego las jóvenes estallaron en carcajadas irrefrenables. Mary, que había quedado aturdida por aquella escaramuza magistral, no pudo evitar contagiarse de esas risas y delatar su presencia tras el biombo.

La cabeza pelirroja de la señorita Colleman se asomó y unos ojos verdes muy claros la observaron con sorpresa. Sabía cómo se llamaba porque su carabina a menudo la instruía en los presentes de cada evento y reclamaba que no debía acercarse demasiado a ella porque en nada le beneficiaría hacer migas con alguien poco relevante y con mala suerte en los salones.

—Lady Mary Anne, ¿no? —preguntó Brianna con gesto afable. Ella asintió, limpiando las lágrimas que en algún momento se habían transformado de llanto a risa.

—Sí, señorita. Lamento haber oído su conversación, yo... —se disculpó ella, un poco avergonzada.

—Sueles esconderte para escapar de las lenguas viperinas como las que acaban de salir, ¿no es así? —intervino la dama de ojos azules y grandes gafas que apareció sobre el hombro de la pelirroja.

—Yo... —vaciló Mary con las mejillas algo ruborizadas, dudando de si reconocer esa verdad. Ya había iniciado su segunda temporada y lo único que hacía era comer y meterse en el algún escondite para evitar que alguien se percatase que era un completo fracaso y nadie la quería incluir—. Sí, eso hago... —confesó, desinflándose decaída.

—Pues ya no lo hará, linda. Esas y todos los demás no podrán salirse con la suya. No tiene por qué ocultarse como si fuera culpable de algún delito, ni buscar agradar a este montón de insensatos egoístas —terció la castaña que identificaba como la mayor de las Thompson, mirándola con empatía.

—¿No? —inquirió Mary, confundida. Creía que intentar encajar entre sus pares era justamente lo que debería estar haciendo en lugar de andar huyendo por no soportar sus burlas. Como decía su nana, «así se quedaría para vestir santos».

—No. —Negó categórica lady Abigail, y se agachó junto a ella para, con determinación, añadir—: No les debe nada, no ha hecho nada malo ni nada que justifique sus crueldades. No tiene por qué soportales, debe hacerles frente y saber que no pueden pisotearla. Hemos estado observándola y notamos que se burlan de usted. Y no es justo.

—Pero... —pronunció Mary, perdida. ¿Cómo iba a hacer eso? Si se ponía en contra a las damas más populares todo sería peor, le harían la vida imposible. Ya ni escondiéndose podría evitar salir perjudicada—. Sería un suicidio social, hablarles como ustedes han hecho... Yo... Yo no me atrevo. Si les llevo la contraria me harán picadillo.

Las hermanas negaron a la vez al oír su lamento, y tras mirarse entre sí trasmitiéndose alguna clase de mensaje en clave, se volvieron hacia la restante integrante de su peculiar grupo, quien, tras asentir con una sonrisa emocionada, contestó:

—Eso no pasará, porque a partir de este momento usted ya no estará sola contra esas pécoras. Comprendo su resquemor porque yo misma pasé por algo similar antes de saber que había muchas otras en igual situación, y que, si aunamos fuerzas, no tenemos por qué padecer a las reinas malcriadas que pululan por estos lares. No estamos solas.

—¿No? —dudó Mary, quien nunca se había sentido acompañada ni tenía nadie que siquiera la comprendiera, todas parecían brillar y tener una vida perfecta.

—No, querida. Porque desde hoy la nombramos miembro de nuestro grupo. Si acepta, nunca más se verá abandonada ni tendrá que ocultarse de nadie. Todo lo contrario —acotó lady Clara. Le pareció recordar que así se llamaba la joven, a quien apodaban cruelmente «Lady Ratón». Mary la admiraba solo por saber que, aun llamándola de esa espantosa manera, la joven no se aminalaba, sino que seguía presentándose en las veladas con la frente en alto. Ella se hubiese escondido en el pueblo más lejano de Londres de haber estado en su lugar.

—¿De qué grupo se trata? —preguntó curiosa, empezando a sentirse mejor.

Las tres se miraron sonrientes, y luego, con los ojos bailando de diversión y locuacidad, lady

Abigail se levantó y le ofreció su mano enguantada para que ella hiciera lo mismo. Mary la observó unos segundos, cavilando para su interior en todo lo que le habían dicho.

En su mente apareció cada burla y episodio bochornoso vivido, y pensó que no perdería nada con intentar ser parte de lo que fueran las damas. Después de todo, eran las primeras señoritas que no se acercaban a ella con malas intenciones. Con un nudo de anticipación latiendo en su pecho, aferró la extremidad de la rubia.

—Se trata de una verdadera unidad, una incondicional, desinteresada y honesta —aclaró lady Abigail, y tras tirar de ella hasta lograr ponerla en pie, terminó con tono solemne—: Bienvenida a la Hermandad de las Feas.

Desde entonces se habían vuelto inseparables, y si Mary se había convertido en alguien segura, resuelta y orgullosa de ser quien era, se lo debía a la Hermandad, pues por su apoyo y amistad inquebrantable, por su ejemplo y lo mucho que había aprendido viendo lo maravillosa que eran, fue que entendió que no tenía nada de lo que avergonzarse y que existían cosas mucho más importantes que vestir el atuendo más bonito o encajar entre un grupo de gente superficial. Si no hubiese sido por sus amigas, ella nunca habría podido sobrevivir entre esas alimañas que formaban la aristocracia.

Cuánto las extrañaría, y cuánta falta le harían.

Pero ya no volvería a ser la joven miedosa y vulnerable. Haría que las muchachas estuviesen orgullosas de ella y terminaría esa temporada victoriosa.

Además: ella no estaba sola. Había alguien especial en su vida, alguien que la llenaba en todos los aspectos y que iluminaba sus días, que la hacía inmensamente dichosa. Y que, a propósito de eso, le parecía raro que aún no hubiese hecho acto de presencia en la velada. Le había prometido asistir.

Mary esperaba no se ausentara, ya que los días anteriores prácticamente no habían podido verse a solas. Estaban abocados a ayudar a Brianna y al duque con sus problemas más los conflictos personales que sabía que aquejaban a Luxe, que habían entorpecido sus intentos de encontrarse.

Una mano se apoyó en su brazo repentinamente y ella giró emocionada hacia su izquierda esperando ver al objeto de sus pensamientos.

—Lidia me dijo que te encontraría aquí —dijo el recién llegado, haciendo referencia a su tía lady Campton.

Ella se recuperó de su decepción para caer presa de la estupefacción, y apenas pudo contener sus emociones, recordando que, aunque estaban apostados en el rincón en que se solía sentar con la Hermandad, estaban rodeados de gente.

—¡Padre! —musitó, confundida pero conmovida de ver un rostro amado, apretando la mano que aún sostenía su brazo con afecto—. ¿Cómo es que ha venido? —terminó frunciendo el ceño,

pues a pesar de mostrar un aspecto impecable en su traje, se podían advertir los círculos oscuros bajo sus ojos y la palidez de su rostro.

—Debo hablar contigo, Mary Anne —contestó Samuel con tono severo, y ella contuvo el aliento, dado que pocas veces su progenitor se mostraba tan serio y tenso delante de ella.

—¿Ha.… hablar? —tartamudeó, nerviosa. Pensó, frenética, si no se trataría de que ya estaba enterado de lo que sucedía entre ella y el conde de Luxe. ¿Acaso él había hablado con su padre? Pero ¿cuándo, si le había dicho que el duque no lo había recibido aún?

—Sí... —Samuel la miró, atento, y tras cerciorarse de que no hubiese oídos indiscretos, prosiguió—: Hoy se ha presentado de improviso un caballero en la mansión.

Mary dejó de respirar, su cabeza dio vueltas y apenas pudo contener su regocijo.

—¿Un caballero? Y ¿qué quería? —inquirió, aparentando desconocimiento. Debía saber primero qué pensaba su padre de lord Luxe.

—Pedir tu mano en matrimonio —respondió el duque estudiando su cara. Elevó sus cejas al notar la dicha que no podía disimular—. Por supuesto me sorprendió su petición, porque no me habías comentado que tuvieras un pretendiente oficial. Pero su oferta me ha parecido más que razonable. Además; conozco a su tío, era buen amigo mío y me pareció que te tiene en alta estima y que te dará el trato que mereces. Creo que es el caballero indicado para ti, hija.

Si la felicidad fuese tangible, Mary estaría revolcándose en ella, sin dudas, pues su interior explotó de alegría al oír esas palabras. Era todo cuanto había querido escuchar. Tan encandilada estaba que no se percató de los detalles que también había manifestado el duque.

—¿Ha aceptado, padre? ¿Es eso? —interrogó conteniendo el aliento. Quería asegurarse.

Samuel torció un poco el gesto, seguro creyendo que ella se ofendería por no haberla consultado, pero nada más lejos de la realidad. Podía hacerle un altar.

—Mary, sabes que mi salud está cada vez más resentida y que mi principal preocupación es dejarte segura y protegida si un mañana ya no despierto. No puedo permitir que te quedes desamparada y a merced de cualquier cazafortunas. No hay tiempo que perder, y ya te di tiempo suficiente para escoger por ti misma —declaró con suavidad y firmeza, tomando sus manos para apretarlas con cariño—. Por eso, sí, he dado mi visto bueno a tu pretendiente. Él me dijo que estaría aquí está noche y te haría la petición formal, pero yo quería que lo supieras antes por mí. En unas semanas, en cuanto se dicten las amonestaciones, te casarás con él.

Mary se llevó la mano a la boca, conmocionada.

¿Tan rápido? ¿En dos semanas? ¡No podía esperar! Por fin estaría junto a Luxe. Tanto sufrimiento había valido la pena. Y era mejor casarse antes de que el escándalo por la ruina del conde estallara.

—Mary, hija... —la llamó su padre, alarmado por ver que no salía de su trance—. Mary, mira, ahí llega tu futuro esposo —siguió, poniéndose en pie. Ella lo imitó, nerviosa, preparada para dar

el siguiente paso en su vida.

Vibrando de anticipación, gratitud y completo regocijo, se enderezó y giró hacia donde su padre miraba con cordialidad.

Entonces el alma se le cayó a los pies, y si no se desvaneció ahí mismo como un saco fue porque su progenitor aún la sostenía. Su mundo se tambaleó y la visión se le tornó borrosa mientras miraba al caballero acercarse con paso seguro y sonrisa triunfal.

—Buenas noches, milady. Está usted especialmente hermosa esta noche. Me siento afortunado. Su sonrisa ilumina el salón —dijo él cuando llegó hasta ellos, inclinándose en una regia reverencia.

—Lord Savage... —pronunció ella, perdiendo todo rastro de color con absoluta consternación.

Los ojos del marqués dejaban entrever que se había percatado de la conmoción de Mary, e incluso su padre la observó perplejo.

Samuel había supuesto que ella estaría muy emocionada y exultante por el excelente partido que había conseguido para ella, pero su reacción no coincidía con lo esperado.

—Hija, ¿te encuentras bien? —preguntó alarmado, girándose hacia ella por completo.

Mary no pudo hacer más que negar levemente, demasiado estupefacta como para pronunciar una palabra. En su mente estaban colisionando todos los recuerdos y proyectos que había creado junto al conde de Luxe y que parecía que nunca podrían llevar a cabo. No si resultaba casada con ese caballero desconocido; no si apartaban al conde de su lado, si le arrancaban el alma en vida.

—Creo que hay tanta gente aquí que dificulta a cualquiera respirar, su excelencia. ¿Me permite acompañar a lady Mary al jardín? —intervino Savage con tono amable.

—Tomar un poco de aire fresco le hará bien. Adelante, lord Savage. Hija, te esperaré junto a tu tía —se despidió su padre. En un parpadeo, Mary se encontró a solas con el marqués.

El castaño no se inmutó por su actitud descolocada, sino que cuando ella alzó la vista que había estado manteniendo en el suelo alfombrado del salón, le dedicó una semi sonrisa. Sin mediar palabra, la aferró del brazo para guiarla entre los asistentes hacia el exterior trasero de la mansión.

Mary se dejó hacer, sintiendo una tormenta desatada en su interior y sus emociones desmoronándose.

Desesperada, alzó la cabeza para examinar el lugar en busca de la cara del conde, pero no lo avistó por ningún lado. Él no se había presentado al baile, algo que también le preocupaba dado que hasta el momento Luxe nunca había faltado a alguna de sus citas ni incumplido ninguna promesa.

Pero justo esa noche él no estaba. Algo que por otro lado podría ser lo mejor, ya que si Luxe hubiese estado ahí, podría haber cometido alguna locura al ver lo que estaba sucediendo, como

increpar al marqués y delatar su relación oculta delante de media nobleza inglesa.

Eso mataría en el acto a su padre, y ella no podría perdonárselo.

No, tendrían que ser más inteligentes y sortear aquel obstáculo de otra manera, porque eso era solo un impedimento más, pero nada que pudiera acabar con sus sueños. Simplemente hablaría con el caballero que caminaba a su lado y le haría entender que ella no estaba dispuesta a aceptar su petición de matrimonio. Samuel no la obligaría, la amaba demasiado como para hacerla infeliz de por vida, confiaba en el afecto de su padre por ella.

Debía encontrar la manera de salir de esa situación sin perjudicar a nadie.

Cuando llegaron a las escaleras de piedra que descendían hacia los majestuosos jardines de los anfitriones, ella siguió al marqués en el descenso y el paseo entre los laberintos de setos perfectamente recortados y debidamente iluminados, por donde también paseaban más parejas. Mary se concentró en absorber el aire puro de la noche y paulatinamente se encontró más calmada y no sofocada y apunto de perder el conocimiento de un instante al otro.

—Veo que la ha sorprendido mucho mi propuesta, milady —afirmó Savage, luego de aquel silencio tenso.

Mary se detuvo con un poco de brusquedad y él con caballerosidad hizo lo mismo, volviéndose hacia ella con mirada atenta.

Ella lo observó unos segundos, y él no se inmutó ante su escrutinio, todo lo contrario. Parecía acostumbrado a que la gente lo mirara así, como si fuese alguna clase de animal exótico. Y lo parecía. Sus ojos eran felinos y enigmáticos, y su rostro de una belleza particular. Su mirada tan luminosa como oscura resultaba algo perturbadora.

Savage daba la impresión de ser alguna clase de animal salvaje muy bien domesticado como para ser la representación de la elegancia, pero al mismo tiempo parecía esconder algo salvaje e indomable bajo sus ropas opulentas, sus modales perfectos y su misma piel.

Era indescifrable y bastante peligroso. No inspiraba ganas de intentar jugar con él, ni mucho menos engañarlo.

Y nada le quitaba la sensación de haberlo visto antes, pero no era capaz de recordarle de ningún baile del pasado, salvo del de la casa de los Lancaster y de la fiesta de disfraces.

—Por supuesto que me sorprendió, solo hemos hablado dos veces, milord, y en esta tercera me encuentro con que pretende hacerme su esposa. Disculpe, pero no lo entiendo. Esto no es lo que suele conocerse como un cortejo habitual —contestó ella con tono cortante, aunque por dentro estaba temblando.

El marqués sonrió con evidente sorna, y tras retroceder, se apoyó en la corteza de un árbol y cruzó sus brazos sin dejar de estudiarla.

—¿Dos veces, dulzura? Ah... —expresó con hilaridad—. Es cierto, salvo que por alguna razón yo siento como si nos hubiésemos visto más veces. Y de todos modos eso no interesa, pues

solo me bastó tenerla en frente una sola vez para saber que es la mujer con la que me quiero prometer en matrimonio —sentenció con aplastante seguridad.

—Pero... yo... yo... No lo entiendo... —balbuceó, afectada y confundida.

No comprendía su empecinamiento. Ella no era el tipo de mujer por la que caballeros como el marqués perdían la cabeza a primera vista. No lo era de ninguna clase de hombre, de hecho. Ella había pasado tres temporadas sentada en el rincón de floreros sin recibir ni una petición de baile, ¡por Dios! ¿Y ahora un caballero con fortuna, status y apostura quería desposarla? Es que no le encontraba el sentido. Sí, estaba también el conde de Luxe en su vida, que nada tenía que envidiar a Savage, pero su relación con el conde era harina de otro costal, y no había nacido de la noche a la mañana. Mucho había tenido que luchar para que Luxe lograra verla, y mucho más para que se decidiera a hacer algo con sus sentimientos.

—¿Por qué yo, su gracia? No lo entiendo —cuestionó con el ceño fruncido antes de que el marqués pudiese responder. Se acercó a él y se detuvo a unos pasos abrazándose a sí misma en pose protectora.

Savage inspiró aire, y tras desviar la vista levemente, la miró a los ojos y con un brillo feroz contestó:

—Porque la deseo, milady. No pude sacarla de mi cabeza desde la primera vez que la vi, y cuando averigüé quién era usted, supe que la única manera de tenerla sería a través del matrimonio, así que así será. Usted obtendrá la seguridad y ventaja que estar casada conmigo le proporcionará, y yo la tendré al fín en mi cama... solo para mí. Será mía.

Mary contuvo el aliento, impresionada y afectada. Sintió que su cara se calentaba y su cuerpo temblaba cuando él dejó vagar sus pupilas azules por su silueta.

Suponía que él reaccionaría poniéndose a la defensiva u ofendido por su desconfianza, pero nunca que reafirmaría sus deseos de manera tan directa. Ya veía que el hombre no se andaba con indirectas, así que lo mejor sería corresponder a su descarnada franqueza.

—Eso no será posible, milord. Agradezco su interés, y sé que mi padre ha manifestado su conformidad a esta unión, pero yo no comparto su decisión —zanjó Mary con tono algo tembloroso.

El marqués se tensó, y con una ceja alzada y tono firme, espetó:

—¿Qué está queriendo decir? Su padre y yo ya hemos firmado los documentos, nuestro enlace es un hecho. Solo falta anunciar el compromiso y esperar a que las amonestaciones se dicten para oficiar la ceremonia. —Una sonrisa peligrosa y oscura destelló en su cara cuando se acercó de improviso, despegándose del tronco en un impulso que provocó que ella retrocediera y dejara de respirar. Él aferró su barbilla y aproximó sus rostros para añadir, en tono bajo y seductor—: Será mi esposa, dulzura. Cuanto más rápido se haga a la idea, mejor.

CAPÍTULO 29

«No tengan deudas pendientes con nadie,
a no ser la de amarse unos a otros».

Romanos, 13:8

Maxwell abandonó el hospital de St. Bride con el alma desgarrada.

Detrás dejaba a la mujer que le había dado la vida, muy enferma, perdida y débil. Su hermana caminaba junto a él con el rostro reflejando el mismo estado de cansancio extremo y devastación emocional que él tenía, ya que ambos habían pasado la noche en vela cuando, sin previo aviso, mientras la condesa viuda cenaba en su cuarto, entró en crisis y esa vez su cuerpo no regresó a la conciencia.

El doctor Wayne les había asegurado que eso era normal en el cuadro de salud que presentaba Loretta, y que era pertinente llevarla a su hospital para darle un trato especializado y así poder estabilizar a la dama y que pronto regresara a casa con ellos.

Él no tenía tanta fe, y temía que quizás no volviera a ver despierta a su madre, la persona que antes de que su memoria se estropease y su cuerpo se resintiera, había sido un ser de luz; su refugio, una madre ejemplar.

—De todos modos, es mejor que sea así, y que nuestra madre no esté cuando sir Roland llegue para apropiarse de la casa que ama, cuando le arrebaten toda la herencia de su familia, sus recuerdos de ellos, sus tesoros —murmuró Regina mientras ambos viajaban en el carruaje.

Él asintió apesadumbrado. Su hermana estaba en lo cierto, él mismo había sopesado la posibilidad de sacar de alguna manera a Loretta de la propiedad antes de que sir Roland, quien ya estaba al tanto de su negativa a desposar a su esposa de contrato fugitiva, se presentara en la mansión para cumplir sus amenazas. Era la herencia de su madre y la que su padre había podido apostar y perder porque no correspondía al título.

Mas ya no sería necesario. La providencia así lo había querido.

Por otra parte, en ese momento lo que más preocupaba a Maxwell era el hecho de que no había podido acudir al baile de la noche anterior, debido a la recaída de la condesa. No sabía si se debía al hecho de no poder haber visto a lady Mary Anne como había prometido, pero no podía desprenderse de una mala sensación. Tenía un muy mal presentimiento, uno que se acrecentaba a cada hora que pasaba sin saber de la dama.

Cuando el coche pasó por una calle en particular, él, que había estado mirando sin ver en

realidad las fachadas de las propiedades que iban dejando atrás, vio algo que llamó su atención. Acelerado, se enderezó.

—Peter... —exclamó Maxwell de improviso. Golpeó con su bastón el techo del carruaje, ocasionando que el mismo se detuviera un poco bruscamente y su hermana lo mirara confundida —. Peter... Vire el coche, por favor... —ordenó con tono urgente cuando el rostro rubicundo de su cochero apareció por la escotilla—. Diríjase a la mansión del duque de Essex, luego lleve a mi hermana a Great Place, y regrese por mí. ¡Rápido! —terminó nervioso, y así lo hizo su criado después de asentir.

—¿Acaso el duque te ha concedido una audiencia? —Oyó que preguntaba Regina, sin despegar la vista de las calles por las que el carruaje estaba transitando bastante rápido.

—No, pero ya no esperaré su autorización. Necesito tratar con él un tema de suma urgencia —espetó con vacilación. Para su alivio, su hermana no indagó más.

***

Por primera vez en lo que recordaba de existencia, Mary Anne había perdido su voraz apetito y se encontraba hacía unos minutos removiendo el contenido de su plato con la mente muy lejos del comedor diurno de la casa de su tía.

—Pero muchacha, ¿acaso no vas a ingerir alimento? Tu café debe estar ya helado. ¿Estás enferma, querida? —cuestionó la hermana menor de su padre, la cual era muy parecida a Samuel. Llevaba el cabello algo corto, era viuda y una dama regia y muy bien conservada para su edad, aunque la personalidad algo agria y el temperamento hostil no le favorecían a la hora de contar con amistades.

—No, no, tía. Yo... —balbuceó Mary, intentado buscar una excusa creíble a su inaudita falta de apetito. Pero no encontró ninguna. Nada podía justificar su extraño comportamiento, ni las ojeras que sabía destacaban en su tez pálida debido la imposibilidad de conciliar el sueño luego del episodio vivido con el marqués de Savage.

Había terminado de la peor manera. No pudo convencer al caballero para que retirara su propuesta, él ni si siquiera le había dado oportunidad, pues después de dejarle clara su intención de hacerla su esposa, la había llevado de nuevo hasta su padre y prometido visitarla en los próximos días para concretar los detalles de su enlace.

—¿Debo llamar a un médico? —insistió Lidia con el ceño fruncido.

—No, tía. Es solo que tengo el estómago revuelto. Creo que algo de lo que cené anoche no me sentó bien. Pero me vendría bien pasear, un poco de aire fresco sin duda ayudará a mi malestar —espetó con gesto suplicante. Necesitaba salir de la casa y encontrar la manera de hablar con su padre. Debía decirle que no podía casarse bajo ningún concepto con el caballero

que él había elegido, y hacerlo de manera que el disgusto no lo matara.

—Le diré a una doncella que te acompañe, yo estoy esperando visitas. Anda, come algo, no puedes salir con el estómago vacío —le ordenó su tía tras mirarla con fijeza unos interminables segundos.

Una hora después, con un vestido de día color aguamarina —que distaba mucho de ser lo que estaba en boga y la hacía parecer más redondeada aún debido a las costuras de seda que rodeaban la cintura del atuendo— su sombrero y guantes, Mary se dirigía en el coche de su tía hacia el parque cercano a la casa. Su doncella estaba sentada junto al cochero, y ninguno le dio importancia a su pedido de pasar antes por la mansión de su padre.

Una vez estuvieron frente a la mansión, Mary se apeó y se adentró tras la verja de hierro que protegía el jardín delantero de la misma.

El mayordomo respondió con presteza a su llamado y pronto estuvo entregando su capelina y el resto de prendas de paseo.

—Howell, ¿mi padre está en su estudio o en su habitación? —preguntó al sirviente un poco inquieto, sin saber el motivo.

—En su escritorio, milady, pero... —respondió el hombre calvo y puntilloso con su seriedad habitual.

—Perfecto. ¡Gracias! —le cortó impaciente, y dedicándole una sonrisa que el personal adoraba desde que ella era una niña, partió hacia el estudio del duque con prisas.

Sus pasos acelerados amortiguados por la alfombra no evitaron que sintiera el retumbar de su corazón latir contra su pecho ni el escalofrío que erizó sus vellos al pensar que la conversación que tendría con su padre decidiría el rumbo de su vida.

No se detuvo a llamar, sabiendo que por la enfermedad de su progenitor él nunca mantenía las puertas cerradas. Le alarmó ver que en esa ocasión así estaba la misma.

—Padre, ¿por qué...? —exigió preocupada al tiempo que abría de sopetón y cruzaba el umbral.

La reprimenda que planeaba formular se atragantó entre el estupor y la turbación que sintió al contemplar que Samuel, además de no estar solo, se encontraba en compañía del dueño de sus suspiros.

—Lord Luxe... —musitó Mary estupefacta y anclada en el sitio. Sabía que sus mejillas debían estar delatando mucho más que su incapacidad de hilar una frase coherente.

Él estaba allí, en su casa, y no daba crédito. No tenía información de que su padre le hubiera dado cita, ni de que el conde estuviera al tanto de su presencia en la ciudad, pero tal vez alguien le había dado ese dato o había visto pasado por la puerta y deducido por el movimiento en el interior que el duque estaba en la casa.

Por fin hablaría con Samuel, y ella ya no tendría que enfrentar aquella situación sola.

Luxe la acompañaría, sería su aliado.

—Milady, buenos días —la saludó el conde con formalidad y una sobria reverencia, quien al igual que su padre se había puesto de pie al verla irrumpir en el lugar.

—Mary Anne, cierra por favor —ordenó el duque llamando la atención de ella, que no pudo dejar de percibir la severidad con la que le había hablado y la manera en que su mandíbula se contraía.

Su padre estaba molesto.

Con tiento, ella obedeció. Tratando de no mirar directamente a Luxe, se acercó y tomó asiento junto a la silla en la que había estado acomodado este, seguida de los dos hombres.

—Veo que ya has sido presentada al caballero aquí presente, así que obviaremos los protocolos —siguió Samuel, manteniendo el rictus severo.

—Padre, yo... —se ahogó Mary, reprimiendo su deseo de estrujar sus manos y sabiendo que en cualquier instante sus nervios estallarían.

—Tú no me has dicho muchas cosas, al parecer, pero ya hablaremos más tarde —zanjó el duque, apiadándose de ella. Y dicho eso, desvió sus ojos hacia el conde, que había seguido todo aquel intercambio en silencio—. Entonces, lord Luxe, me estaba diciendo que el motivo de sus solicitudes de audiencia y de haberse presentado aquí sin invitación tiene que ver con mi hija. Le pido que sea usted directo y claro. ¿Qué tiene que ver mi hija con eso?

Mary contuvo el aliento, y esta vez sí apretó sus manos buscando mantener la serenidad. Indefectiblemente su mirada se desvió del rostro serio de su progenitor hacia el hombre que, ante las narices del duque, estiró un brazo, aferró sus manos y, tras llevarlas a sus labios y depositar un cálido beso en sus nudillos, respondió con tono rotundo y firme:

—Ella es la razón de que esté ante usted, excelencia, porque he venido a pedir la mano de lady Mary Anne en matrimonio.

El silencio que siguió a la contundente declaración del conde solo fue interrumpido por los sonidos externos provocados por el personal doméstico de la mansión, que, abocado a sus labores, ignoraba la crucial conversación que en el interior del despacho el duque se libraba.

Durante varios segundos los dos caballeros se miraron con fijeza y seriedad absoluta, y cuando Mary pensaba que colapsaría debido a la tensión y a la histeria que la situación le provocaba, su padre torció su cara en un gesto que denotaba molestia. En tono seco, espetó:

—Hija, déjanos a solas.

Ella se tensó y, nerviosa, miró a lord Luxe, quien con su habitual opacidad y regia apariencia no apartaba sus ojos de su progenitor. Tampoco liberaba sus manos, sino que las aferraba con ahínco y protección.

—Preferiría que lady Mary Anne presencie nuestra conversación, excelencia —intervino con rotundidad el conde, suscitando en su padre una contrariedad visible.

—Usted no decide eso, milord. Mi hija no tiene por qué oír mi respuesta a su propuesta, no es pertinente. Así que, Mary, sal, por favor —reiteró con tono severo Samuel, y ella se encogió en su lugar pues sus palabras fueron acompañadas de una mirada airada apenas disimulada.

Sintiendo los dedos enguantados del conde apretar sus manos en una clara manifestación de derecho e intimidad, lo que sin dudas estaba molestando y confundiendo al duque, ella vaciló.

No quería contradecir a su padre ni alterarlo, pues además de su rigidez era notable la debilidad y cansancio en su cara madura, pero tampoco deseaba abandonar el estudio ni ser enviada fuera como una niña pequeña. Era de su futuro del que hablaría allí, tenía derecho no solo a estar presente, sino a decir su opinión al respecto.

—Padre, le pido permita que me quede, por favor. Necesito hacerlo —se atrevió a pronunciar finalmente, con tono tembloroso pero resuelto.

Samuel la estudió y, tras un instante de agonía, él asintió sucinto.

—Lord Luxe, para empezar, déjeme decirle que me sorprende en demasía su petición de mano. No tenía conocimiento de que usted estuviera cortejando a mi hija, ni siquiera de que hubiese mostrado interés en ella. Ni su carabina, la señora Green, ni su tía, lady Campton, me informaron al respecto. Solo sé que me llegaron dos notas suyas solicitando audiencia y luego se ha presentado aquí a pedir casamiento a una señorita que, por otro lado, tiene un padre enfermo que vela por ella. Creo que la he educado como a una dama en toda regla, nunca tuve razones para creer que había fracasado —inició el duque tras inclinarse hacia atrás y observar al conde con celo.

Mary sintió un escalofrío al comprender lo que su padre pretendía insinuar, y aunque sintió enojo, no pudo protestar, puesto que la presencia del conde allí y la manera en la que se estaban comportando delante de su padre delataba una relación entre ellos cuanto menos objetable. Además de que el duque no estaría errado al concluir que Luxe y ella habían transgredido las normas de la moral.

Acongojada, guardó silencio y bajó la vista ruborizada.

—Y no las tendrá, excelencia —replicó Luxe, cortante y perdiendo todo rastro de imperturbabilidad. Sus manos fueron liberadas con delicadeza y, tras acercarse al borde de su silla, el conde prosiguió—. Su hija es la mujer más respetable y notable que he conocido, más que una dama bien educada incluso. Ella es un ser de luz, un ángel, su corazón es puro y generoso. Sus virtudes son incuestionables. Nadie puede decir lo contrario, se lo aseguro.

»Si no ha sabido antes de mi devoción hacia su hija, es porque hemos querido guardar las formas y ser discretos. Como usted mismo ha dicho, llevo semanas esperando ser recibido, y si así hubiera sido a estas alturas, nosotros ya podríamos haber formalizado ante la sociedad nuestra unión. Pero ya estoy aquí, y si usted nos da el visto bueno...

Mary contuvo el aliento emocionada con cada palabra que salía de la boca de su amor.

Boquiabierta, miró el rostro crispado del duque y de nuevo la mueca resuelta del conde.

—¿El visto bueno? —interrumpió Samuel, incrédulo—. Me está diciendo que ha mantenido alguna especie de contacto prohibido y secreto con mi hija desde Dios sabe cuándo, por alguna razón que desconozco pero que sin duda no puedes significar nada bueno, ¿y pretende que yo acepte entregarle a mi hija, así, sin más?

—Si me deja explicarle, milord, sabrá a qué se debe... —respondió Luxe, nada amedrentado.

—¡No me interesa, señor! —exclamó Samuel, con el rostro enrojecido y el cuerpo rígido—. Ha puesto usted en peligro la reputación de mi hija, y si la ha deshonrado de...

—¡Padre! —se horrorizó ella, y poniéndose en pie al ver que su progenitor palidecía descompuesto, corrió a su lado—. ¡Por favor, tranquilícese! Lord Luxe solo tiene la más honorable de las intenciones, y si deja que le...

—No quiero oír nada más, Mary Anne. Ya me habían puesto a sobre aviso de la reputación de este caballero, por ese motivo no le había recibido antes. Se rumorean muchas cosas sobre la familia Grayson desde que el antiguo conde vivía, y sé de buena fuente que dejó arruinado a este caballero. Es evidente que, si se ha acercado a ti solapadamente, en lugar de pedir desde el inicio mi autorización y seguir los protocolos de cortejo, fue para seducirte y convencerte, y es porque va detrás de nuestro dinero. De ninguna manera te entregaré a un cazafortunas sin escrúpulos.

—No, padre, no es así —protestó, afectada y nerviosa—. Nosotros nos profesamos un afecto genuino, escuche...

—Lord Essex —intervino Luxe, alzando la voz lo suficiente para que ellos lo miraran y escucharan. Con expresión colérica y contenida, prosiguió—: Tiene usted razón cuando dice que no he cumplido con lo que se espera de un cortejo respetable. No obstante, está usted insultándome al afirmar que yo busco unirme a su hija por interés económico, y no lo voy a tolerar.

» Sí, es como dice, mi familia está pronta a caer en desgracia, y si no ha sabido antes de mí y de mi afecto hacia su hija se debió justamente a eso, a que no quería yo someter a lady Mary Anne a ninguna clase de consecuencia que acarrearía al ser esposa de un hombre empobrecido.

» No he podido evitar mi pérdida económica, milord, lo sé. Pero no deseo nada de usted. Ni sus posesiones, ni su dote, ni mucho menos su dinero. Lo único que quiero es que me dé la autorización para desposar a su hija, porque ella es la mujer que necesito a mi lado y la única con quien pretendo pasar el resto de mi vida. A quien pienso proteger, valorar y cuidar con todo lo que soy y tengo. Le doy mi palabra de que viviré para hacerla la más dichosa de las mujeres, porque ella es mi razón de ser. Lo es todo para mí.

Mary soltó el brazo de Samuel para cubrir sus labios en un gesto conmocionado y embelesado a partes iguales. La confesión del conde había arrancado un pedazo más de su corazón, que ya pertenecía a ese hombre por completo.

Esperanzada, quitó la vista de la mueca solemne del conde, que en ese momento estaba fija en ella, y la posó en el rostro pálido de su padre. No parecía conmovido por la confesión de Luxe.

—¿Y cómo se supone que piensa usted mantener, proteger y cuidar de mi hija? ¿Acaso casándose con ella no la hará foco de burlas, desplantes y pondrá en boca de todos? ¿Desea que le otorgue yo el visto bueno a un hombre que apenas podrá alimentarla y poner un techo en su cabeza? —cuestionó el duque con mordacidad. Y ante la turbación de ella, se puso en pie tambaleándose levemente y, con sus ojos claros clavados en Luxe, quien se disponía a replicar, terminó—. De todos modos, es demasiado tarde, lord Luxe, porque ayer firmé el acuerdo matrimonial de mi hija. Ya no soy libre de otorgar su mano, y no me arrepiento, he elegido lo mejor para ella. Usted no tiene nada que ofrecerle más que un futuro desdeñable, plagado de necesidades y ostracismo. Lo siento, milord, pero le deniego su petición, ningún padre aceptaría algo así para su hija.

Fue preocupante cómo Luxe palideció al oír la cruda afirmación del duque. Paralizado, miró a Samuel y luego la enfocó a ella con sus ojos verdes sumidos en la confusión y el desasosiego.

—¿Es cierto eso Ma.… milady? —inquirió él con esfuerzo, tragando saliva. Apretó la mandíbula al tiempo que se levantaba también, e ignorando la presencia de su padre, sus acusaciones y lo demás que había dicho, Luxe exigió con tono atormentado—. ¿La han prometido a otro? ¿Es al marqués de Savage? ¿A él piensan entregarla?

Mary se mordió los labios para frenar el temblor que se había apoderado de su cuerpo, y con los ojos ahora humedecidos, asintió brevemente, enviándole una mirada de súplica destinada a demostrarle que aquello le dolía y desesperaba tanto como a él.

Luxe retrocedió un paso como si hubiese recibido alguna clase de golpe feroz, y bajó la cabeza con su respiración alterada haciendo subir y bajar su pecho.

Un horrible y tenso silencio se cernió sobre la habitación.

Y cuando Mary sollozó, provocando que su padre se volviera hacia ella con gesto compungido y se llevara un mano su pecho, comenzando a respirar con esfuerzo, ella se asustó y se apresuró a sostenerlo alterada.

—Lord Essex, antes de proseguir con ese acuerdo con el marqués, usted debería saber que su hija y yo... —inició Luxe con tono tenso, acercándose de nuevo resueltamente hacia el escritorio. Pero al ver cómo ella contenía el aliento y negaba con su cabeza varias veces con un ruego desesperado en sus ojos, Luxe calló abruptamente, cerrando sus labios en un línea fría y airada.

Mary no podía permitir que dijera a su padre que se habían entregado a la pasión en más de una oportunidad, que ella le había entregado su inocencia y que era una mujer mancillado, porque saberlo mataría al duque y ella jamás podría perdonarse a sí misma. Tendrían que encontrar otra manera, alguna alternativa para hacer entrar en razón a Samuel.

—Padre, padre, respire despacio. Por favor, cálmase —le instó aturdida y acongojada al

tiempo que le obligaba a dejarse caer en la silla. Tomó unos papeles al azar y le abanicó con brío.

Por el rabillo del ojo logró avistar que, tras murmurar algo que no logró oír por el sonido de los resuellos agitados del duque, el conde abandonaba el lugar con paso rabioso.

***

—No se preocupe, milady. El láudano que le he suministrado le hará dormir varias horas. Su excelencia necesita descansar y, como ya le he advertido, no experimentar emociones fuertes. Temo que su corazón no resista en ese caso —explicó el doctor Waynne, mientras seguía revisando el pecho de su padre con expresión concentrada.

Mary asintió estrujando el pañuelo que tenía en las manos. Tras acariciar una vez más la frente tersa y arrugada en algunas partes del duque, se apartó de la cama al tiempo que notaba cómo el rostro tenso, dolorido y crispado de su padre se relajaba a medida que la medicación hacía efecto.

Tras saludar al joven doctor, quien atendía siempre a Samuel cuando visitaba la casa de la ciudad, ella salió del cuarto, sintiéndose aún aturdida y algo mareada.

Sentía que su mundo se estaba desmoronando, y que sus ilusiones, esas a las que se había aferrado con tanta fiereza, se rompían muy despacio.

Se encontraba ante una encrucijada fatídica: entre lo que debía hacer como hija del duque de Essex, como la niña que con tanto amor crio ese hombre envejecido y débil que dejaba en la cama, y la mujer en la que se había convertido y que solo deseaba una cosa en la vida... y esa era estar con el conde de Luxe.

Negarse a acatar la voluntad de su padre significaba poner en riesgo su salud y hasta su vida, pero cumplir esa orden supondría matar cualquier resquicio de luz, de felicidad y de esperanza en el futuro. Equivalía a empuñar un arma letal y lastimar al único hombre que había amado.

Necesitaba hablar con Samuel, hacerle entender que lo que pretendía la haría desdichada, que había otro caballero en su corazón y que no podía entregarse a otro que no fuera el conde, que jamás podría ser la esposa de Savage ni de ningún otro hombre. Debía ser capaz de sincerarse con su progenitor sin tener que desvelar los pormenores de su relación con Luxe, porque visto cómo había reaccionado su padre ante la sola posibilidad de que el conde la pidiera en matrimonio, si se enteraba de que habían intimado, moriría en el acto.

Entristecida y agotada, Mary se apresuró a abandonar la mansión de su padre y regresar a la casa de su tía, quien ya debía estar preocupada al no verla regresar.

El mayordomo se ofreció a acompañarla a la salida, pero ella negó y dijo que se quedara vigilando a Samuel. Él lo necesitaba más y ella se sabía el camino de memoria. Era su casa, después de todo.

En el piso inferior encontró el vestíbulo desierto y no le sorprendió, ya que siendo la hora del almuerzo la servidumbre debía estar en la cocina. Solo el pobre del cochero de su tía y la doncella estarían esperándola fuera después de que les avisara de que partirían de regreso en breve.

Al llegar a la entrada, se detuvo bajo el rellano de las escaleras para abrir la puerta de madera caoba del guardarropa y proceder a colocarse su abrigo y capelina de paseo, pero antes de poder llevar a cabo esta acción, una mano enguantada emergió desde el interior del armario empotrado y, aferrando sus dedos, tiró hacia dentro con fuerza. Antes de que pudiese emitir un grito de espanto, se encontró atrapada entre las telas de los abrigos de calle de su padre y un cuerpo fuerte, alto y masculino.

—¿Dónde piensa que va, Ensueño? De aquí no saldrá hasta que no me explique por qué no me permitió decirle a su padre que la hice mía y que se entregó a mí, como yo a usted, porque la quiero —gruñó lord Luxe con fiereza y encono, aferrando su barbilla para que mirara su rostro endurecido. Sin aliento, ella se topó con sus ojos verdes, que estaban encendidos con una ira apenas reprimida. Agregó, con tono gutural—: No se irá hasta que entienda que yo jamás permitiré que ni el imberbe de Savage ni absolutamente nadie la aparte de mi lado.

El aliento abandonó los pulmones de Mary, quien ruborizada miró de hito en hito al conde.

Sorprendida y estupefacta era poco para describir la impresión que estaba experimentado en ese instante al ver al imperturbable Luxe tan fuera de sí y dentro del armario de abrigos de la casa de su padre.

—¿Me ha oído, milady? Háble me, dígame algo porque me estoy volviendo loco y desquiciado solo por imaginar que vaya usted a aceptar esa infamia que pretende cometer el duque. ¿Por eso me ha detenido en el despacho, porque piensa casarse con Savage? ¿Será su esposa, es eso? —demandó en susurros furiosos el conde, sin soltarla ni alejarse un ápice de ella. Sus ojos se convirtieron en dos pozos oscuros y desolados, desesperados cuando añadió—: ¿Por qué no me dijo que el marqués la cortejaba? ¿Desde cuándo la pretende, es desde la Navidad? ¿Esa era la razón por la que les encontré a solas en el invernadero? ¿Han sucedido cosas entre ustedes?

Mary, que apenas respiraba en un resuello, abría los ojos cada vez más con cada palabra airada que Luxe escupía. Y solo la certeza y la prueba que tenía del sufrimiento y el miedo que estaba sintiendo el caballero le impidió encolerizarse y mandarlo a paseo por sus acusaciones. Sabía que en algún momento iban a tener que aclarar el asunto del invernadero y las semanas que Luxe se alejó de ella creyéndola culpable de algo que jamás cometió; de su silencio de ese entonces y lo mal que ella se sintió ante su rechazo. Pero primero debía apelar a la contención y modales impecables del hombre.

—Baje la voz... es... Esto es un escándalo, si le hallan aquí, mi padre... No puedo darle otro

disgusto, no al menos por hoy —siseó ella, empujando al conde lo suficiente para volver a respirar con tranquilidad y poder hilar un pensamiento coherente, ya que su cercanía atontaba todos sus sentidos y también sus pensamientos además de hacer arder su cuerpo.

Luxe retrocedió arqueando las cejas. Recobrando parte de su compostura y contención habitual, se apoyó en el panel de madera esquivando el pequeño farol que no sabía de dónde diablos había sacado. La miró con fijeza, exigiendo con su expresión y postura una respuesta a sus preguntas.

—No debería tener que responder nada, milord. No lo último, al menos —continuó Mary tras suspirar molesta y esquivar su intenso escrutinio—. Si no le he dejado revelar a mi padre lo de... lo de nuestro... lo del asunto de...

—Lo de la noche que hicimos el amor. Lo de la noche en la que la hice mía y usted me poseyó también en cuerpo y alma. La noche en la que no dejo de pensar a cada momento del día y con la que sueño sin falta cada vez que cierro los ojos. La noche que estoy deseando repetir y que *necesito* repetir; la mejor noche de mi miserable vida —la cortó Luxe, con un tono ronco y un deje sardónico y sensual que la dejaron enmudecida y erizada.

Sus ojos volaron hacia el rostro del conde, y al colisionar con su mirada encendida recorriendo cada porción de su cuerpo, se sintió desfallecer.

—Sí... eso... Pues bien... —tartamudeó, turbada y enrojecida. Tras tragar saliva, prosiguió—. No permití que le hablara de ello a mi padre porque dado su estado de salud me temo que saber que he perdido mi virtud le mataría. Él consideraría que estoy mancillada y deshonrada, y yo... No puedo arriesgarlo. Él es lo único que me queda, es mi familia... Y por eso debe prometerme que no le dirá nada.

—Eso no es cierto —interrumpió con sequedad él, y tras acercarse de nuevo, tomó sus manos que temblaban y las juntó para llevarlas hasta su pecho, en donde Mary pudo sentir cómo su corazón latía desbocado, desmintiendo el aplomo con la que la estaba estudiando—. Me tiene a mí, Ensueño, y nunca me iré de su lado. Para bien o para mal, lo quiera así o ya no lo desee, estoy atado a usted porque mi corazón le pertenece; porque ha robado usted mi voluntad. Se ha convertido en mi razón de ser, en mi motivo. No concibo mi vida si no la tengo junto a mí.

» ¿Lo entiende, Mary Anne? Yo la quiero.

CAPÍTULO 30

«Porque no fue su espada la que conquistó la tierra,
ni fue su brazo el que les dio la victoria.
Fue tu brazo, tu mano derecha;
fue la luz de su rostro, porque tú la amabas».

Salmos, 44:3

Mary sintió sus ojos mojarse y un calor dulce extenderse por su pecho. La emoción y la felicidad embargaron su alma y su corazón por completo, y se encontró sin saber cómo expresar el tumulto interior que la dominaba. Conteniendo un sollozo que pugnaba por salir y que no sabía si era de dicha, de desesperación o de locura, se puso de puntillas y besó a lord Luxe con ímpetu.

El conde se tambaleó un poco cuando sus pechos colisionaron, pero no tardó en rodearla con sus brazos y corresponder a su arrebato con igual voracidad. Sus labios se buscaron frenéticos y hambrientos, y por primera vez fue Mary quien llevó las riendas y avasalló al conde con la fuerza de su deseo, con el alcance de su pasión y la totalidad de su amor.

Luxe emitió un sonido gutural y fiero que, junto al tacto de sus manos apretándola contra el centro de su cuerpo, en donde cada terminación nerviosa de ella pudo sentir la prueba del deseo de él, hicieron estremecer a Mary y acrecentar el ritmo despiadado de sus besos. Los dedos del caballero exploraron la piel de su escote, acariciaron muy profundo, buscando alcanzar las cimas de sus pechos y también enloquecerla de anhelo. Ella no pudo evitar derretirse ante su tacto, enloquecer y exigir más de aquellas desbordantes sensaciones.

No dudó en alejar sus propias manos del cuello masculino y corresponder cada embiste de su lengua, a la presión en su intimidad que sentía arder a través de sus ropas y a la exploración de sus manos en cada rincón de su cuerpo que él podía alcanzar. Acarició su pecho duro y esbelto, su espalda fuerte y grácil, y borracha de pasión, llegó hasta su pelvis, en donde su exploración se detuvo al borde de la tela de sus pantalones.

Delirantes, ambos gimieron cuando ella se atrevió a bajar un poco más, ya despojada de toda sensatez, sumergida en un río de lujuria y ardor, sedienta de pasión y de él.

—Por todos los cielos, mujer —dijo con tono gutural y ronco, despegando sus labios para besar cada parte de su rostro. Sin abrir sus ojos, ella sintió pegar sus frentes y las respiraciones agitadas de ambos entrelazar sus alientos. Aturdida, separó sus párpados y se encontró con su

gesto tenso de deseo reprimido y sus orbes oscurecidos, mirándola con impactante ardor—. Debemos parar, hay que detenerse o perderé la poca contención que me queda y la tomaré como un salvaje aquí mismo. Muero por hacerlo, gatita. No puede imaginarse lo que le haría en este momento, el placer que le daría, hasta dónde la llevaría, cuánto disfrutaríamos. Pero no, no puede ser, es...

—Una insensatez. Lo siento, lo siento, milord... —se disculpó avergonzada, separándose de él y llevando las manos a su peinado, que estaba casi desarmado. Sentía el rostro arder y sus labios palpitar al igual que partes innombrables de su anatomía.

—No lo sienta, milady... —contestó con suavidad, tomando su barbilla para que sus miradas se encontraran. Sus ojos verdes la estudiaron con profundidad y dulzura, y viendo su bochorno, él se apresuró a decir—. Yo no lo hago, nunca lamentaría tocarla, besarla, reclamarla. Y no quiero que usted lo haga. Esto, lo que tenemos, es lo más sagrado, perfecto y hermoso del mundo. No hay nada malo en la manera en cómo nos deseamos y nos compenetramos.

» Hubo un tiempo en que me recriminaba mi deseo por usted, pero hace rato que me he rendido a él, que acepté que mi destino era anhelarla, que mi cuerpo fue hecho para desear el suyo, que mi alma se alimenta de la suya, que estaba escrito, que su nombre y el mío, unidos, era un decreto del destino del que no escaparíamos.

Mary tragó saliva sintiendo cada palabra calar en su interior. Conmovida, asintió efusiva. Quería decirle tantas cosas... Pero se sentía inadecuada y torpe en su presencia, intimidada por la fuerza de los sentimientos que ese hombre inspiraba en ella.

—Luxe... No puedo negar que mi corazón siente lo mismo que el suyo, que estar así, que escuchar esto, es todo cuanto anhelaba... —respondió, tomando aire y valor a la vez que se separaba de él y lo veía escrutarla, desconcertado y alerta. Su pecho se contrajo cuando prosiguió con expresión desolada—. Pero... No estoy segura que el destino haya decidido juntarnos, más bien creo que esta empeñado en separarnos. ¿No lo ve así? Porque primero fueron sus prejuicios, luego su situación económica, la aparición de esa mujer; después aquel malentendido en el invernadero, después la distancia, y ahora mi padre, que se ha empeñado en casarme con el marqués de Savage. Pienso... Es decir... yo... Estoy empezando a creer que tal vez todo esto ha sido un error, que estamos intentando forzar algo que nunca estuvo destinado a ser. Me consta que esto lo propicié yo, que desde la primera vez en que le vi me empeñé en tenerle, en que usted me considerara, me viera; en meterme en su vida. Y ahora...

—No siga, no lo haga —la interrumpió con tono duro y la mandíbula apretada. Sus manos aferraron sus cabellos con ansiedad mientras él soltaba el aire con pesadez, y tras una pausa tensa, la enfocaba nuevamente y, tajante, añadía—: No me importa cómo empezamos. Lo que nos trajo hasta aquí, los impedimentos, mi herencia, su padre, el maldito de Savage... Ni siquiera me interesa que el mismo destino esté en nuestra contra. Solo me importa usted, Ensueño, solo

usted y lo que siento aquí dentro, lo que quema en mi pecho cada vez que la pienso, la veo y la siento. No quiero, no puedo y no voy a perderla, Mary, y si tengo que enfrentarme a su padre, a sir Roland, a la sociedad y hasta al mismísimo príncipe regente, lo voy a hacer, porque... Escúcheme bien: porque no hay nada que no esté yo dispuesto a hacer por usted, por pasar el resto de mi vida junto a usted.

» Nada podrá detenerme ni disuadirme; mucho menos vencerme. Solo hay algo que lograría hacerme renunciar, y sería una palabra suya. Que usted me pida que me vaya, que me diga que no me quiere. Solo entonces cejaría en mi lucha. —Su rostro se crispó y, tras acercarse un paso, la miró con seriedad y cuestionó—: ¿Usted quiere eso? ¿Desea que me aleje definitivamente y acatar la voluntad de su padre? ¿Elegirá someterse a su deber, a lo que esperan de usted? ¿Será capaz, milady? Solo tiene que decirlo y prometo aceptar su palabra.

Mary estrujó sus manos mirándolo fijamente, aturdida y afectada por su confesión, por todo lo que acontecía en ese lugar y que estaba desmoronando sus temores y dudas, que estaba atacando sin tregua su resquemor y objeciones. Sabía que todo lo que el conde decía era tan cierto como que su corazón apoyaba cada palabra, porque sentía todo lo que él había manifestado y mucho más. Daría todo por estar con Maxwell Grayson, pero al mismo tiempo temía perjudicar a su padre y los remordimientos mermaban su determinación. La que la había llevado a luchar por el amor del conde.

—Milord... Yo no puedo decirle que no correspondo sus sentimientos, pues bien sabe que es usted todo para mí, que es la luz de mis días y el sol de mis inviernos... —La frase, dicha en apenas un hilo de voz, ocasionó que los rasgos del conde se iluminaran y una sonrisa maravillosa y tan hermosa como ella jamás había visto antes apareciera en su cara delgada. Sus latidos se dispararon entonces, y acalorada, agregó—: Pero mi padre... Él está empeñado en casarme con el marqués. Entonces no veo cómo podremos hacerle claudicar y anular ese compromiso. Yo no conozco a Savage, solo lo había visto en dos oportunidades y ni siquiera estaba al tanto de que se había reunido con mi padre. Fue anoche cuando lo vi en la fiesta y me informaron del acuerdo matrimonial. No entiendo por qué está tan interesado en casarse conmigo. No es por dinero, se sabe que posee una gran fortuna, no creo que le falten candidatas, aunque no se sabe mucho sobre él, y los años que estuvo fuera de Inglaterra... Tal vez su empeño se deba a su reputación, que es un tanto reprochable. Se dice que no es legítimo. Pero él solo dijo que... que era lo que debía hacer para tenerme... y...

Luxe torció el gesto, y sus puños se apretaron cuando rebatió:

—De ese canalla usted no se preocupe. Pienso averiguar por qué ese hombre la ha elegido como esposa y cómo se las arregló para adelantarse y hacerme quedar mal delante de su padre. Desde que lo vi en Navidad tuve un mal presentimiento respecto a él. Algo me dice que esconde algún secreto oscuro, que no es lo que parece y estoy decidido a averiguar qué es y por qué se ha

atrevido a poner los ojos sobre usted, a intentar arrebatarla de mi lado. Tenga por seguro que no lo permitiré.

—Milord... Pero... ¿Y si es peligroso o se mete en problemas? —le cortó nerviosa, removiéndose inquieta. Ella también tenía una fea sensación, algo muy parecido a un mal augurio. Y ese deje de familiaridad y alerta que Savage le provocaba no cesaba de atormentarla.

—De ahora en adelante usted no debe preocuparse más —aseguró el conde, adelantándose para rodearle la cara con sus grandes manos. Tras darle un beso abrasador, completó, antes de empujarla hacia la puerta e instarle a salir al pasillo con un gesto de su mano—: Cuide a su padre, busque alguna excusa para evitar las veladas y recibir a Savage. No la quiero cerca de él o tendré que enviar todo al demonio y llevármela de aquí le pese a quien le pese.

»Volveré por usted. Piénseme, suéñeme y confíe en mi amor. No pierda la luz de la esperanza, esa que brilla ahora en sus ojos. Ella es mi faro en esta tormenta. Nuestro amor no naufragará, Ensueño. Es un juramento.

***

Marcus Bennet entró a White's a media tarde. Le había costado bastante dejar su propiedad de retiro para acudir a la ciudad, sobre todo porque sentía que debía estar a cada minuto junto a lady Clara y su bebé, aunque claro, su esposa no era del mismo pensamiento y estaba más que hastiada de sus constantes prohibiciones y cuidados algo obsesivos.

La carta que había recibido aquella mañana y por la que estaba en Londres sirvió para calmar las aguas en su matrimonio, y era probable que su esposa estuviera más que agradecida. No como él, que ya estaba sopesando la posibilidad de dar media vuelta y regresar a casa.

Era un hecho que el antes caballero negro de Londres, el peligro de las damas promiscuas y el terror de las señoritas decentes había desaparecido por completo. El gato había sido conquistado por su encantadora Lady Ratón. Y no lo extrañaba. Nunca había sido tan feliz en su vida.

Después de entregar su sombrero y abrigo, se encaminó hacia el sector del club en donde los caballeros solían jugar a las cartas y tomar licor, o fumarse un cigarro. Le parecía extraño que la persona que lo había citado estuviera en esa zona, ya que no era adepto de esos pasatiempos y, cuando acudía al club, no se aventuraba por allí.

No obstante, ahí estaba: sentado junto a otros tres caballeros en medio de una partida. Marcus se posicionó a su lado, y este, al verle, depositó sobre la mesa sus cartas y abandonó la partida tras disculparse con sus compañeros.

Marcus creyó que irían a la parte abierta al público masculino en general, pero su amigo le sorprendió ubicándose en una mesa vacía y, sin mirarle, hacerle una seña para que se sentara junto a él.

—Grayson... —musitó, confundido, al verle cubrir su rostro con un periódico y espiar sobre este con disimulo hacia el fondo del salón parcialmente iluminado—. ¿Qué diablos haces?

—Trabajo de inteligencia... —murmuró Luxe sin quitar la vista de su objetivo.

Marcus siguió la dirección a la que miraba y se encontró con un hombre que a primera vista no reconoció pero que luego recordó haber recibido en su casa para la Navidad. El caballero estaba jugando una partida con otros nobles de alto rango y no parecía percatarse de la vigilancia a la que estaba siendo sometido, ni de la presencia de ellos.

—¿Por qué estás espiando al marqués de Savage? ¿Qué sucede con él? —preguntó desconcertado.

Luxe no contestó de inmediato, pero luego de una pausa, tras suspirar hastiado, dijo:

—Es una larga historia. ¿Prefieres la versión sintetizada o la completa?

Él lo pensó, y no seguro de que fuese una pregunta retórica, se encogió de hombros, examinando al castaño con desconfianza y perplejidad. Luxe se estaba comportando muy extraño.

—Pues bien, ese maldito de Savage pretende arrebatarme a la mujer que he decidido hacer mi esposa.

Los ojos de Lancaster se salieron de sus órbitas al oír esas palabras de manera tan cómica que, si no hubiera estado tane molesto, Maxwell hubiera reído.

Dicho eso, bajó un poco el periódico y siguió vigilando al marqués.

—Vaya... —murmuró Lancaster, con expresión sorprendida y a la vez confundida—. ¿Para eso me has citado? La verdad es que no conozco a Savage, nunca he tratado con él. Solo sé lo que es de público conocimiento, que heredó el título de su tío... Aunque se rumorea que el antiguo marqués era en realidad su padre, y él, fruto de una relación ilegítima. Que estuvo todos estos años fuera de Inglaterra y ahora que murió su tío ha regresado a tomar posesión del título. Nada más. Pero es allegado del primo de mi esposa, tal vez si indago puedo descubrir algo más.

—Por ahora no le menciones nada, no quiero llamar la atención. —Negó Maxwell—. Debo llevar todo este asunto con la mayor discreción posible, porque... Bueno... Estoy a punto de perder todas mis posesiones. Mi padre lo apostó todo y perdió.

—¡¿Cómo?! —exclamó Lancaster, estupefacto—. Pero... pero... ¿Cómo no sabíamos nada de esto? Algo podemos hacer, ¿no? Es decir... No perderás todo, ¿no? Por eso te casarás. Ahora entiendo. Así evitarás la ruina. —Asintió, aliviado, y con una mueca sardónica agregó—: Escogiste a una rica heredera y Savage compite por su mano.

Él sacudió la cabeza, divertido por sus reacciones. Tras echar un nuevo vistazo al marqués, explicó:

—No. Justamente lo contrario. Me quedaré en bancarrota porque me casaré.

La mandíbula de su amigo cayó abierta.

Maxwell reprimió la risa, y con tono cómplice prosiguió:

—El hombre con quien mi padre perdió mi herencia tiene los pagarés en su poder, y a cambio de cancelarlos puso como condición que yo haga efectivo un acuerdo matrimonial que previamente firmó mi padre y que me uniría con su sobrina en matrimonio. Si acepto, conservaré todos mis bienes.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema? Te casas con la sobrina y santo remedio —dijo Marcus, aliviado.

—El problema es que no puedo hacerlo, y de hecho ya decidí que no lo haré. Sir Roland ya está al tanto de mi negativa. En cuestión de días hará efectivos los pagarés —aclaró él.

—Pero... ¿Por qué? ¿Es por la mujer que Savage quiere quitarte? —inquirió su amigo, desconcertado.

—Así es. Es por la mujer que amo. Por ella estoy dispuesto a perderlo todo. Puedo renunciar a cualquier cosa en este mundo menos a ella —confesó con inusual fervor, dejando al conde sin palabras.

—Es... es... —balbuceó Marcus con las cejas arqueadas. Él asintió, sin razones para seguir ocultando nada, y su amigo se llevó las manos a la cabeza—. Creí que solo se trataba de un capricho pasajero, que te habías prendado de ella en Navidad... Pero como no me pediste que hiciera llegar más cartas, y por lo que mi esposa decía, la joven seguía en los salones buscando un esposo, di por sentado que no habías proseguido con aquel asunto.

» Además... Bueno, vosotros no parecéis lo que se diría una pareja ideal. Lady Mary es... es tan vivaz. Y tú... Cómo decirte... un amargado. Recuerdo que decías que la dama estaba loca y que solo significaba problemas.

Maxwell gruñó. Molesto, replicó:

—Pues no es el caso. Lady Mary Anne y yo estamos juntos, nuestros sentimientos son mutuos. Ambos queremos estar con el otro. Ella me atrae tal y como es, me enloquece, de hecho, y por algún milagro... yo le gusto a ella. De todos modos, eres el menos indicado para objetar al respecto. Hasta hace unos meses tenías la peor reputación del continente y tu esposa era casi una monja. Ni hablemos de Vander o de Fisherton y de lo opuestos que son a sus parejas.

Marcus se sonrojó levemente, y sin nada que retrucar asintió, le enseñó las palmas en señal de rendición y, con sorna, comentó:

—¿Y por qué no estás ya casado? Tampoco es que me sorprenda demasiado, los tres sabíamos que la morena te tenía conquistado. Lo tuyo fue *pechazo* a primera vista.

Maxwell se enfureció, y sabiendo que estaba divirtiendo a aquel infame que ocultaba muy mal su hilaridad, negó con su cabeza bastante mortificado. Ignorando la desatinada observación, respondió con sequedad:

—Porque todo el asunto de sir Roland me impidió hacer las cosas como se deben, y por eso el

maldito de Savage se aprovechó y ha pedido la mano de la dama. Se adelantó a mi petición, y apuesto lo que sea a que se encargó de ensuciar mi nombre y poner en mi contra a lord Essex, porque el duque denegó mi petición de matrimonio y piensa casarla con el marqués.

—Desgraciado... Nunca me cayó en gracia, demasiado presuntuoso y halagador con mi mujer — murmuró su amigo, encolerizado—. Entonces... —continuó, cuadrando la espalda y mirándolo con determinación—. ¿Cuál es el plan? Porque está claro que no piensas rendirte y dejarle el camino libre, ¿no es cierto? No permitiremos que se lleve a la dulce lady Mary. Es nuestra, nosotros la vimos primero. Y por lo de la bancarrota no te preocupes, al menos conservarás lo que te corresponde por el título, y mientras te invitemos a nuestras fiestas y a la de nuestros familiares, nadie os mirará por sobre el hombro. Además, podemos darte una mano...

—No aceptaré su dinero, Bennet, pero gracias. Sabía que podría contar contigo. Si no hablé antes fue porque debía resguardar la reputación de mi dama y evitar que sir Roland supiera antes de tiempo de mi relación con ella o de mi intención de negarme a su chantaje —le cortó agradecido, mirándolo con afecto que rara vez demostraba. Luego carraspeó y siguió—. Por supuesto, tengo un plan. Estoy aquí porque los dos ineptos que contraté para averiguar algo de Savage no lograron encontrar nada útil. Y necesito hallar la manera de descubrir quién es realmente él. Estoy seguro de que es un impostor, un farsante, que esconde algo importante, y de que cuando lord Essex lo sepa, aceptará que me case con su hija.

Marcus estuvo de acuerdo, y giró hacia Savage con disimulo.

—Me parece que está por marcharse —señaló, viendo que el marqués comenzaba a juntar sus ganancias mientras conversaba con los demás caballeros, que a todas luces estaban disgustados por haber perdido el juego—. ¿Le seguiremos?

Maxwell depositó el periódico sobre la mesa y se echó hacia atrás, quedando parcialmente oculto por una columna de un lado y por una de las paredes tapizadas por el otro.

Sonrió con sutileza, y esbozando una mueca fría y despiadada, declaró:

—Por supuesto, y no pararemos hasta lograr quitar de mi camino a Savage. Se arrepentirá de haber fijado sus ojos en mi mujer.

***

Dos días habían transcurrido desde que lord Luxe visitara la casa de su padre. Mary no había vuelto a saber del conde, y comenzaba a preocuparse ya que en su última conversación la mañana que presentó a pedir su mano había podido percibir su desesperación. Temía que pudiera terminar metiéndose en problemas.

Aquella tarde, Mary, que había estado toda la mañana cuidando a su padre, quien continuaba débil, despertaba a ratos para ingerir lo que ella insistía en darle a comer y volvía a quedarse

dormido, se encontraba en casa de su tía a la hora del té compartiendo con lady Lidia cuando sonó la aldaba de la puerta de entrada.

Ambas se miraron intrigadas, y mientras Mary limpiaba la comisura de sus labios, que tenían restos de pasta, pensando con un nudo de anticipación en su estómago que podría tratarse de lord Luxe, su tía depositó la taza en el platillo y la dejó sobre la mesa al momento que aparecía el mayordomo.

—Milady, lady Lancaster solicita ver a lady Mary Anne —anunció el sirviente de complexión media, que siempre iba impecable y acicalado a la perfección, tras ejecutar una reverencia con su seriedad habitual.

—Claro, claro. Hágala pasar de inmediato —ordenó la dama.

Mary se puso en pie, ansiosa a la vez que preocupada. Temía que hubiese ocurrido algo malo, pues dado el estado de gestación de su amiga, la creía en su propiedad de retiro descansando como además sabía por las cartas que intercambiaban.

Nerviosa, se retorció las manos, ignorando la mirada de extrañeza que le dirigía su tía, y en cuanto vio a Clara cruzar el umbral, se precipitó hacia ella.

—¡Clara! ¿Qué sucede? ¿Pasa algo malo? ¡Dilo! ¿Es el bebé? —La condesa se detuvo al verla venir y trató de hablar, pero ella estaba demasiado alterada para darse cuenta de que estaba avasallándola—. ¡¿Es Abigail y lord Vander?! ¡¿Les ha pasado algo en el viaje de regreso?! ¿O se trata de Brianna y lord Fisherton? ¡No me digas que la dejó plantada en el altar para irse con un amor del pasado de su clan!

—¿Qué? —exclamó Clara, aturdida. A punto de romper a reír, se liberó del fuerte agarre de la morena, y antes de que volviera al ataque, se apresuró a decir —: No, no, nada de eso, Mary. Tranquila, vengo a hacerte una invitación. El embarazo va muy bien, solo he tenido algo de náuseas, lo normal. Mi hermana y su esposo deben estar ya regresando, y con respecto a la boda de Brianna y el duque, se realizó con éxito.

—Niña, ¿dónde están tus modales? Deja de atacar a la condesa e invítala a tomar asiento —intervino con tono de reprobación lady Campton, quien continuaba en su sillón.

—Ah, sí... Perdón. Ven, siéntate. ¿Recuerdas a mi tía? —dijo Mary, avergonzada y aliviada a la vez. Guió a Clara, quien intercambió saludos con la mujer mayor. Luego, ambas iniciaron una conversación sobre el futuro retoño.

Finalmente, Clara le solicitó a su tía permiso para invitarla a cenar en su casa, alegando que necesitaba compañía ya que su esposo no estaba con ella. Lady Lidia aceptó y la condesa se despidió diciendo que mandaría un carruaje a por ella, y también un regalo que había traído desde Somert.

Mary la observó salir con una extraña sensación. No entendía a qué se debía, pero le había parecido rara la actitud de Clara. Ella no le había sostenido la mirada más de un segundo, y cada

vez que trató de preguntarle por el conde, debido a que le parecía bastante improbable que lord Lancaster le hubiese permitido viajar a la ciudad a solas, su amiga había desviado la conversación.

No quería volver a precipitarse ni sacar conclusiones erróneas, pero nada le quitaba aquel presentimiento. Juraría que Clara se había comportado misteriosa y evasiva, y aquella invitación repentina no hacía más que alimentar su paranoia.

Sin embargo, tal vez solo estuviera viendo cosas donde no las había y el estrafalario comportamiento de su amiga se debiera a sus cambios de humor o a la presencia de su tía.

Una hora después de la visita de la condesa, llegó un paquete para ella.

En la intimidad de su habitación, Mary abrió con ansias el mismo.

Cuando hubo quitado la tapa a la caja, su mandíbula cayó abierta y los ojos saltaron de las órbitas.

Anonadada, quitó el papel que recubría la fina y transparente tela blanca, y con manos temblorosas sostuvo en alto el largo vestido de satén que estaba bordado con hilos y costuras color plata y que tenía un escote profundo.

Mary no daba crédito a lo que estaba viendo.

Aquello no era un atuendo al uso, no era ninguna clase de modelo que una dama pudiese usar en ningún lugar a menos que quisiera que la desterraran de la sociedad y la confundieran con una mujer de la noche, una mujer de cascos ligeros, una mujerzuela.

Grande era su confusión y estupefacción. Estaba comenzando a creer que era alguna especie de broma de Clara o que había confundido el vestido que debía enviar, y quizás ese fuera alguna especie de camisón indecente, cuando vio el pequeño trozo de papel que estaba en el fondo de la caja, junto a un antifaz del mismo color del vestido:

«Por favor, ponte el vestido, y alguna capa que te cubra bien. Mi carruaje te estará esperando. En cuanto llegues, te lo explicaré todo. Necesito tu ayuda, amiga.

Clara».

Lo leyó en voz alta, consternada. Dejó caer la nota a la vez que posaba la vista en el vestido, asustada e indecisa.

Lo último que quería era meterse en algún lío, y menos cuando le había prometido al conde no salir de la casa hasta que él lograra solucionar el asunto del compromiso con lord Savage. Pero si su amiga la necesitaba, no había más que decir: acudiría a la cita.

Después de todo, ya era tiempo de confesar lo que acontecía en su vida y de pedir el consejo de Clara.

Ella también requería de su ayuda.

CAPÍTULO 31

«Todo lo que es verdadero, todo lo digno,
todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo honorable,
si hay alguna virtud o algo que merece elogio, en esto meditad».

Filipenses, 4:8

El sol de media tarde se perdía en el horizonte cuando Mary abandonó la casa de su tía envuelta en una larga y amplia capa de seda y terciopelo color azul oscuro.

A pesar de saber que solo la esperaba una cena en casa de Clara, le ponía los nervios de punta no comprender el motivo del peculiar atuendo que su amiga le había solicitado vestir. Sobre todo, porque le recordaba a la única vez que se vio en una situación similar, y solo de rememorarlo le invadía el desasosiego.

El carruaje de la condesa estaba detenido frente a su casa, y un lacayo esperaba junto a puerta para ayudarla a subir. Mary aferró la mano que el joven le ofreció y sonrió dispuesta a saludar a Clara, pero no pudo articular palabra. Había quedado paralizada al ver al único ocupante del coche.

Se trataba de un hombre desconocido, un caballero, a juzgar por su atuendo, quien además de llevar un frac estaba envuelto en una enorme capa negra que hacía poco por ocultar su rubicunda figura.

Estupefacta, ella intentó retroceder, pero el sujeto enmascarado del que solo podía distinguir en su cara un recio bigote, se lo impidió golpeando el techo del carruaje que de inmediato inició la marcha.

Asustada, Mary aferró la manija de la puerta y abrió la boca para gritar, debía dar la voz de alarma, ¡la estaban secuestrando!

—Tranquila, Mary, te harás daño. Siéntate, soy yo —exclamó de repente el secuestrador, que sorprendentemente tenía una suave voz, y también un timbre familiar.

Mary lo enfocó confundida y, consternada, musitó:

—¿C-Clara? ¿Eres tú?

—La que viste y calza. —Asintió con tono divertido su amiga debajo de aquella especie de disfraz.

Mary se dejó caer en el mullido asiento, examinando a la condesa con incrédula mofa.

Sosteniendo la mano en su pecho, donde aún latía su corazón agitado, le reprochó:

—¿Qué haces así disfrazada? Me has dado un susto de muerte, creí que me estaban secuestrando.

—Lo siento, no era mi intención —se lamentó la castaña, que llevaba un sombrero del que sobresalía una peluca empolvada—. Pero no podía explicarte todos los detalles en la nota, y cuando te visité tu tía no nos dejó ni un minuto a solas.

—¿Qué está sucediendo, Clara? Estoy preocupada y confundida. Dime ya por favor —suplicó impaciente, y cuando notó que el carruaje pasaba de largo la mansión de los Lancaster, añadió desorientada—: ¿Esa no era tu propiedad? Pero ¿a dónde vamos?

—De acuerdo, cálmate, te lo explicaré —concedió Clara, inclinándose para coger su mano. Tras darle un apretón, prosiguió —: Es un poco complicado de explicar... Verás, hace unos días, cuando aún mi esposo y yo estábamos en nuestra casa de retiro, llegó un mensaje procedente de Londres para él. Marcus me informó que debía regresar a la ciudad con presteza, pero como no me quería dejar sola allí, lo arregló para que yo lo acompañase, aunque por supuesto apenas puedo salir de la casa por el embarazo. La cuestión es que comencé a notar su comportamiento extraño, salía por la tarde con destino desconocido, regresaba a altas horas, y cada vez que yo intentaba preguntarle acerca de sus actividades nocturnas, él reaccionaba nervioso y evasivo.

» Así que, ante este evidente secretismo, la tarde siguiente, después de cenar, cuando él salió de nuevo... yo lo seguí.

Mary, que estaba oyendo su relato con creciente indignación, y pesar al notar a su amiga desesperada y angustiada, soltó un jadeo sorprendido.

—¿Y qué descubriste? ¡No me digas que visitaba a una querida! ¿Todo lo del matrimonio, sus declaraciones y supuesta unión por amor eran una mentira? —interrogó horrizada.

Clara, que se había quitada la máscara, abrió sus grandes ojos grises y negó consternada.

—¡No! O no que yo sepa, al menos. Él solo se reunía con el conde de Luxe. El primer día solo estuvieron en el club de caballeros, pero luego, cuando lo seguí de nuevo, ellos salieron de allí y, tras un trayecto en coche, se detuvieron frente a El Halcón.

Mary se había tensado al oír la mención de su futuro esposo, pero al escuchar el nombre de aquel antro de perdición no dio crédito. No quería mostrarse afectada delante de Clara, porque aún no le había aclarado su situación con el conde, pero no fue capaz de reprimir sus emociones tiempo.

—¿Cómo has dicho? ¡¿Ellos acudían a ese lugar?! ¡Y yo esperando pasivamente en casa mientras él iba en busca de mujeres de la noche y diversión licenciosa! ¡Embustero! ¡Canalla! Así se ocupa de...

Clara arqueó sus cejas, y Mary cayó en cuenta de su error acallando su indignado discurso.

—Esa misma fue mi reacción, y esa noche esperé a Marcus para exigirle explicaciones.

Grande fue mi sorpresa cuando después de abundar en incoherencias y evasivas, mi esposo terminó confesando bajo coacción la razón de su presencia en el club de mala reputación —siguió su amiga, mirándola con seriedad y una mueca de patente decepción. Se sentía traicionada.

—Clara... Yo... —vaciló, inquieta y compungida al saberse descubierta.

—Estás manteniendo una relación clandestina con el conde de Luxe, a espaldas de tu padre y de toda la sociedad. Estás comprometida con el marqués de Savage y enamorada del primero, un caballero que por otra parte tiene una inminente ruina social pendiendo sobre él y a una esposa de contrato fugitiva —la cortó la condesa con severidad, y con expresión dolida, agregó—: Entiendo que debido a las circunstancias tuviesen que mantener su asunto en secreto, pero ¿por qué ocultarlo de nosotras, tus amigas? ¿Acaso no confías lo suficiente, temías que te delatáramos?

Sonrojada y avergonzada, Mary negó con efusividad. Al tiempo que sentía al carruaje mermar la velocidad, respondió con voz temblorosa:

—No, claro que no. Jamás dudaría de su lealtad y amistad, es solo que todo era demasiado complicado. Sé que vosotras me habríais advertido muchas veces de lo malo que sería insistir en conquistar el corazón de lord Luxe, y yo había dicho que había renunciado a esa infaltil idea.

» Sin embargo, en Navidad, el conde comenzó a comportarse diferente, a reaccionar a mis vanos intentos de coqueteo, pero luego, él, en público, me evadía; se mostraba distante y frío. Entonces no creí oportuno contarles ese acercamiento, pues estaba segura de que me aconsejarían alejarme de él, resignarme y tener algo de orgullo, y yo no quería escuchar aquello. Estaba empeñada en lograr que Luxe me quisiera como yo a él. Finalmente nos alejamos, mi padre enfermó, Brianna recibió la noticia de que debía casarse, luego la propuesta del duque, y ya no me pareció correcto plantear mis problemas. Confiaba en poder dejar atrás al conde y obedecer los deseos de mi padre. Solo que...

» Después, él se abrió a mí y me confesó la verdadera razón de sus reticencias. Me declaró su afecto y me pidió seguir así, en secreto, hasta lograr solucionar lo de su infortunado matrimonio arreglado. Pero ahora todo ha empeorado, ya que mi padre quiere casarme con el marqués de Savage, no he visto de nuevo a Luxe y temo que esté metiéndose en problemas por mi culpa.

»Pero quizá solo está de juerga, aunque me niego a creer eso del caballero honorable que me ha amado de muchas maneras... Pero si lo has visto...

Clara estaba escuchando en estupefacto silencio. Volvió a presionar con calidez su mano con mirada enternecida por todo lo que sabía que su amiga estaba evitando decir. Pero quedaba manifiesto en la luz de sus ojos al hablar del conde y el rubor en sus pómulos al mencionar el modo en que ellos se habían amado, dejando claro que ellos habían transgredido más de una regla.

—No es lo que creí ni lo que estás pensando. —Sostuvo con calma la expresión turbada de Mary, y aclaró—: Marcus me explicó que había estado colaborando con Luxe, y que ambos estaban abocados a seguir al marqués de Savage. No me dio más detalles, pero por lo que entendí, es a El Halcón donde el marqués acude a diario. Esta noche pretenden seguirle dentro y ver en qué se entretiene. Luxe piensa que tal vez sea un jugador empedernido y esté apostando su fortuna o dedicado a la vida lujuriosa, y quiere verlo con sus propios ojos antes de decírselo a tu padre.

Pasmada ante lo que su amiga le revelaba, Mary fijó su vista en la ventanilla, preguntándose en qué lugar se había detenido el carruaje y también pensando que, dadas las novedades, era posible que su padre pusiese fin a su compromiso con el marqués.

La esperanza que había estado apagada comenzaba a encenderse nuevamente en su corazón.

—Comprendo, piensan agarrar a Savage con las manos en la masa. Me parece una excelente idea —terció más tranquila, pero al reconocer la fachada frente a la que se encontraban, añadió ansiosa—: Lo que no comprendo es qué hacemos aquí, y por qué estamos vestidas de esta manera.

Clara se echó hacia atrás. Tras abrir su capa, contestó:

—Yo necesitaba ocultar mi prominente barriga y tú parecer una cortesana más dispuesta a pasar una velada pecaminosa junto a su protector. En El Halcón es noche de parejas, lo que también explica mi atuendo masculino.

Mary se horrorizó ante lo que oía, y no solo porque su amiga la había arrastrado hacia allí en completa ignorancia usando la artimaña de la cena, sino porque estuviera dispuesta a colarse a un club estando embarazada y enorme.

—¡Has perdido el juicio, Clara! Tu esposo te matará si te ve aquí. ¿Y el bebé? Puede ser peligroso. No puedo ser cómplice de esto —se negó acalorada, imaginando la reacción de Luxe si la encontraba allí dentro y con esas pintas. Cuanto menos le daría un soponcio.

—Marcus no me reconocerá, y el conde a ti tampoco. Vestidas así podremos mantenernos juntas, y nadie intentará acercarse a ti porque irás del brazo de tu protector. Es perfecto, y así nos cercioramos de que esos dos no estén mintiendo, además de estar llevándose toda la diversión ellos solos —terció su amiga con una mueca maliciosa.

—Clara... No —contradijo Mary mirando a la castaña con pasmo, incapaz de reconocer a su sensata amiga detrás de esa alocada mujer embarazada y disfrazada de hombre.

Estaba claro que había perdido la chaveta.

—Antes de seguir expresando tu disconformidad... —murmuró Clara, que estaba asomándose a la ventana y colocándose su antifaz—. Te invito a echarle un vistazo a los caballeros que están entrando en este momento. Creo que reconocerás a alguno.

Mary gruñó alucinada, pero incapaz de reprimir su curiosidad, se estiró para mirar cuando

Clara le cedió el lugar.

Lo que vio la dejó de una pieza y provocó que un chillido de impresión escapara de sus labios.

Era claro que se trataba del conde de Lancaster y del conde de Luxe, ataviados con sus antifaces y elegantes trajes de noche. Eso lo había esperado. Pero lo que para nada había creído ver, era a la mujer que iba colgada del brazo de Luxe, que reía junto a la morena que llevaba agarrada Lancaster, vestida con un escandaloso atuendo color carmesí ceñido a sus curvilíneas formas, el cual aun a esa distancia denotaba una sensualidad y descaro incomparables.

—¿Aún te sigue pareciendo una pésima idea entrar a ese club, querida? —Oyó que preguntaba Clara con irritación.

Mary no contestó, demasiado aturdida y desencajada para decir algo. Se apoyó de nuevo en el asiento mirando a Clara, que aguardaba su decisión expectante, tan rabiosa como ella.

Por lo que, preparándose para lo que vendría, correspondió a la sonrisa malvada de su amiga con una mueca traviesa y procedió a colocarse la máscara de encaje blanco como toda respuesta.

***

Maxwell tenía cierto reparo sobre el resultado final del insólito plan que había pergeñado junto a Lancaster, y que temía que fuera un auténtico fracaso, pero cuando vio a las dos mujeres que su amigo había convencido de ser sus acompañantes para asistir a la noche de parejas que se celebraba en El Halcón, no le quedó ni un rastro de duda.

No obstante, ya no había alternativa ni opción de dar marcha atrás. Estaban frente al club, y por su vigilancia sabía que Savage se encontraba en el interior, lo había visto entrar llevando a una voluptuosa pelirroja como acompañante.

—¿Este es el sitio, querido? —preguntó desconcertada la primera de las damas en descender, quien vestía un ajustado modelo de seda color verde brillante. Bajo aquella peluca rubia y máscara del mismo color del atuendo, su figura enjuta se le hacía algo familiar.

Marcus ocupado en ayudar a bajar a la segunda mujer, asintió, y evitando mirar hacia donde él esperaba con molestia creciente, estiró los faldones de su chaqueta y ofreció un brazo a cada mujer para luego comenzar a acercarse en su dirección.

—Pues no parece una mansión común. ¿Aquí se celebra el baile extranjero? Que dicho sea de paso jamás había oído de algo similar aquí en Londres, estoy encantada, pero estos vestidos me parecen demasiado escandalosos, todo hay que decir. Estoy por quedarme con mis dones al aire, es inaudito. ¿No será alguna clase de artimaña y nos robarán en cuanto pongamos un pie dentro, Muquito? —comentó la segunda dama, mirando con fijeza la fachada. Lucía una peluca castaña y un apretado vestido color carmesí del que sobresalían sus formas generosas de manera

indecente. Con cada paso que se acercaban, le parecía cada vez menos desconocida y más madura.

Maxwell abrió los ojos como platos al oír el apodo con el que le habían llamado a Lancaster, y entrecerrando sus ojos hacia su amigo, que parecía avergonzado y turbado, se adelantó para recibir a las recién llegadas.

—Buenas noches, bellas damas. Mi nombre es... Lord... —No pudo seguir con su saludo, pues se atragantó al tener a las cortesanas frente a él.

¡Pero si podían ser su madre, o más bien su abuela! ¡Eran dos ancianas!

Un momento...

¿Ancianas?

Rápidamente, Luxe hizo una venia y, tras disculparse, arrastró a su amigo hacia un lado tomándolo del brazo.

—¡Dime que no son quienes pienso! —exigió con voz estrangulada.

Marcus se desasió de su agarre. Carraspeando, contestó con un murmullo lastimero:

—No encontré a nadie más que pudiera acceder a venir y no abrieran la boca luego. —Él se llevó las manos a la cara con frustración, y su amigo se apresuró a añadir, estremeciéndose—: Lo siento, pero si contrataba a alguna cortesana y Clara se enteraba... ¡Por Dios! Prefiero no imaginarme lo que me haría.

—¿Y no se te ocurrió mejor idea que traer a tus dos tías solteronas? —siseó Luxe, incrédulo.

Marcus lo miró con vergüenza, y tras echar una breve mirada a las ancianas, que ajenas a su intercambio estaban observando a los caballeros que entraban en ese momento llevando a sus nada decentes acompañantes con evidente reprobación, rebatió:

—Eran ellas o nadie. No exageres, no salen a menudo, así que aceptaron de inmediato. Para sortear el hecho de que las traería a una casa de mala reputación, les he dicho que vienen a un baile veneciano y que esos son los disfraces y la moda que se usan allí. No crearán problemas.

—Cuando entren y vean la peculiar manera de pasar el rato de los invitados, no sé qué excusa inventarás —se quejó Luxe, negando con pesar—. Maldición, Bennet, ¿en qué estabas pensando? Esto es una locura.

—No será para tanto, ya verás. Algo se me ocurrirá si ven algo. La iluminación no es buena y no estaremos mucho rato dentro —terció Marcus, divertido. Tras iniciar la marcha, lo animó—. Vamos, mientras más rápido terminemos con esto, antes podrás presentarte ante el duque de Essex y reclamar a tu mujer.

Maxwell bufó nada convencido. Resignado, imitó a Lancaster ofreciendo el brazo a la lady Ninnet, la dama regordeta y simpática quien ya seguramente lo había reconocido.

—Oh, es muy caballeroso —exclamó sonrojada, acercando la cara demasiado para mirar su rostro, pues la anciana no veía demasiado bien.

—¿Un oso? ¿Dónde? Si esos son leones, querida, no osos, estás más ciega cada día. —Negó la otra, quien recordaba tenía dificultades auditivas, señalando las dos enormes estatuas animales que flanqueaban la gran escalinata de la mansión gótica.

—¡Caballeroso, Annet, no un oso! —se quejó Ninnet, y luego para su consternación agregó —: Y, además, soltero aún. Si tuviera unos años menos, créame que no se salvaría de mí, bonito —aseguró la anciana, parpadeando con coquetería cuando subían la escalinata, provocando que por poco él tropezara y que Marcus emitiese una carcajada fuerte, la cual acalló de golpe cuando él lo miró colérico y le advirtió con sorna—: Será mejor que cierres la boca, Muquito, o McFire y otros se enterarán de tu pintoresco apodo. Estoy seguro de que Colito me agradecerá que le refresque la memoria.

***

En el interior de El Halcón, la fiesta estaba en su apogeo.

Maxwell lideraba la marcha por el atestado sitio estudiando a los presentes con atención. Se había memorizado el atuendo que lucía Savage para poder reconocerlo a pesar de que, como todos los caballeros y damas, estaría enmascarado.

Los primeros minutos se dedicaron a caminar por el sitio donde las parejas danzaban y entre las que comprobó que no se encontraba su objetivo.

La restante opción era que Savage estuviese disfrutando de su acompañante en el segundo piso, en donde se hallaban las habitaciones privadas, pero no lo creía probable. La noche aún era joven y él había entrado solo unos minutos antes que ellos.

Solo le quedaba revisar el área donde se desarrollaban los juegos y apuestas, que era en el último piso de la mansión, un sector destinado a solo clientes exclusivos del club que poseían una cuenta abierta con el mismo y que podían demostrar ingresos copiosos o al menos una suma sustanciosa para respaldar sus apuestas. Maxwell no tenía plena certeza, pero sospechaba que su padre podría haber apostado y perdido su fortuna en ese lugar.

El problema era que no podían llevar a sus inesperadas acompañantes al tercer piso para investigar, ya que allí no se permitía la entrada de cortesanas ni féminas salvo a las mujeres que servían de camareras y pertenecían al personal del club, a las cuales no se las podía tocar de manera indebida a menos que ellas aceptaran brindar ese servicio fuera de la sala de apuestas.

Era sabido que el dueño de aquel antro era inflexible con el cumplimiento de sus reglas, temible cuando alguien las contradecía e implacable con quienes lo disgustaban.

De todos modos, si las ancianas Bennet subían se percatarían de que aquella no era una velada veneciana y se horrizarían, por supuesto, más de lo que lo harían en breve si comenzaban a fijarse en los detalles sutiles pero visibles que evidenciaban el verdadero carácter de aquel

antro. Ya que, aunque en esa planta se guardaban relativamente las apariencias, saltaba a la vista que las mujeres se comportaban de manera descarada y sensual, que los hombres no se privaban de tocar a sus parejas y que la lujuria y perversión flotaba en el ambiente.

Marcus no lograría distraer a sus tías de aquel cuadro demasiado tiempo.

—Hijo, ¿qué clase de música es esta? Nosotras no hemos viajado a Italia, pero creí que sería algo más alegre y no tan... tan extraña, esos tambores y flautas parecen de tierras orientales o muy lejanas —exclamó con tono interrogante lady Ninnet. Luego comenzó a mirar en todas direcciones y, asombrada, añadió—: ¿Y dónde están acaso los músicos? No veo la tarima donde debería estar esa peculiar orquesta.

—Los músicos están tras ese cortinado, tía, y la música es... —Marcus, consternado, se rascó la cabeza buscando alguna respuesta coherente. Como ambas ancianas le miraban expectante, completó con rapidez—. Música medieval veneciana, porque es un baile veneciano medieval. Había olvidado decirles ese detalle.

Ninnet asintió muy poco convencida, pero no respondió, ya que se presentó frente a ellos uno de los lacayos del club y puso delante una bandeja con varias copas. La anciana se inclinó para aceptar una, pero cuando se percató de que el sujeto iba apenas vestido con una especie de taparrabo y nada más que una tela que cruzaba su amplio pecho y se anudaba en su hombro, además de dos alas que sobresalían de su espalda, se quedó boquiabierta, observando al criado enmascarado que solo sonrió solícito y le ofreció una copa a Marcus y a él.

—Oh, Dios mío... Ninnet, mira, rápido, a tu izquierda. Esa señora está tocando el cuello y la cabeza del caballero que baila con ella y... ¡Por los clavos de Cristo! ¿Lo has visto? ¡Él besó su barbilla! —señaló horrorizada lady Annet, que había estado distraída mirando a su alrededor.

—¿Esta segura, Annet? Están bastante lejos y aquí está muy oscuro. ¿Es que no pueden encender las arañas? Esto denota una increíble tacañería, mira que iluminar tan pobremente un salón así de grande —comentó desaprobadora en voz alta para que su hermana la oyera, pero cuando bebió de su copa hizo una pausa para olfatear el líquido que contenía y, dudosa, agregó —: Aunque este licor parece muy fino y de excelente calidad. Sin duda debe haber sido traído de Venecia, jamás lo había probado. Creo que después de todo es tolerable la falta de luz y el mal gusto para vestir de sus lacayos.

Marcus carraspeó incómodo y fue a impedir que su tía siguiera bebiendo, pero la anciana se terminó el contenido de un solo trago y empezó a canturrear, contenta.

Maxwell negó, sintiendo ya un incipiente dolor de cabeza, e hizo a un lado a su amigo para informarle de que debían separarse; así él podría registrar los pisos restantes. Cuanto antes hallaran a Savage, antes se podrían marchar del club.

—Ninnet, esto es peor de lo que pensábamos —murmuró Annet contrariada, una vez estuvieron un poco alejadas de los dos jovencitos—. ¿Estás viendo lo que yo?

La regordeta dama se aferró al brazo de su hermana, pues ya comenzaba a marearse por la ingesta de aquel exótico licor, y tras hacer una seña a un sirviente que exhibía un cuerpo escultural, este sacó dos copas de la bandeja que puso ante ellas. Sonrojada por el guiño que el muchacho le dedicó antes de marcharse, le puso una de las copas a su hermana en la mano y bebió de la suya acalorada.

—Sí, sí, Annet, tienes razón, es mucho peor. —Asintió escandalizada, cerca de la oreja de la otra—. Está claro que este lugar es de esas casas de mala reputación, es una fiesta llena de depravados, mira nada más cómo bailan... Jamás vi una danza semejante, si hasta se están restregando sin disimulo. ¡Dios nos ampare, querida!

—Hicimos bien en acceder a acompañar a Muquito, porque de lo contrario él habría tenido que exponerse a esta clase de mujeres de baja moral, pero no entiendo por qué ha tenido que venir aquí este jovencito. Su esposa está embarazada y él parecía tan enamorado... ¿Crees que deberíamos decírselo a la dulce Clara? Este niño es un descarado, ya te digo yo, cuando lo sepa su madre... —respondió Annet disgustada, y probó con cautela el contenido de su copa.

—No lo sé, si le dijéramos tendríamos que explicar nuestra presencia en este lugar, ¿no crees? Lo mejor será mantener vigilado a nuestro sobrino, y si no vemos que se comporta de manera indecente con nadie, no lo delataremos. Pero le daremos un ultimátum. Deberá dejar esta vida de depravación o hablaremos con su condesa —dictaminó Ninnet, colérica.

Annet asintió conforme, tragó con esfuerzo el dulzón licor y, cuando iba a responder, una voz ronca y elegante irrumpió:

—Pero mira, viejo amigo, si acabamos de toparnos con las dos mujeres más bellas del lugar.

Sorprendidas, ambas giraron hacia el sonido y se quedaron perplejas al encontrarse con dos caballeros desconocidos, uno moreno y el otro rubio, quienes las miraban con admiración e inaudita lascivia.

Ninnet buscó con la mirada a su sobrino, nerviosa, y comprobó que no se lo veía en las cercanías, ni tampoco al conde de Luxe.

—Las estoy viendo, camarada, y tal como dices creo que hemos encontrado un tesoro entre tantas rocas —aseguró el segundo sujeto. El cual, al igual que el primero, parecía tener mucha menos edad que ellas, y además esbozaba una irreverente y sensual sonrisa.

—Mire, señor... No somos... ¡Por Cristo resucitado! —inició aturdida Annet, pero el de cabello oscuro se acercó y olfateó su cuello con total irreverencia, provocando que ella se atragantara con sus propias palabras.

—Dulce ninfa, ¿me concede esta pieza? —preguntó el rubio, pegando su boca a la oreja de Ninnet en un seductor murmullo que por poco hizo que, de la impresión, dejara caer la copa.

Las dos hermanas se miraron estupefactas, y luego a los irreverentes y demasiado atractivos caballeros.

***

—Pero ¿dónde de diablos se metieron mis tías? ¡Estaban aquí hace cinco minutos! Seguro que vieron algo que las asustó y están ocultándose por aquí. —Se desesperó Marcus cuando, tras acordar con Luxe que este subiría en busca de Savage al tercer piso mientras él se mantendría vigilando en la planta inferior por si el marqués lograba escabullirse y abandonaba la mansión, regresaron sobre sus pasos para reunirse con las ancianas. Las damas ya no estaban.

Maxwell, que seguía a su amigo con impaciencia, echó un vistazo a su alrededor y entonces se detuvo abruptamente

Marcus percibió que Luxe ya no caminaba a su espalda y, confuso, se giró hacia él.

—¿Qué sucede? Ayúdame a buscar a mis tías. Deben estar muy preocupadas si se han perdido —le apremió, nervioso.

—Yo no diría que están perdidas, y en definitiva no parecen asustadas —aseguró Luxe con tono estrangulado e hilarante, y ante la confusión de Marcus, señaló hacia un punto a su espalda.

Él siguió la dirección en la que apuntaba. El aire abandonó sus pulmones al tiempo que sus ojos se abrían como platos.

Allí estaban sus ancianas tías, en medio de la pista, bailando pegadas a dos tipejos que estaban restregándose contra ellas impúdicamente e intentaban tocar más de la cuenta a unas bebidas mellizas, si se guiaban por las carcajadas de ellas y su nulo equilibrio.

—¡¿Qué diantres?! —farfulló Lancaster, anonadado y furioso. Salió disparado hacia la pista, internándose entre las decenas de bailarines con dificultad.

Maxwell pronunció un juramento entre dientes y siguió al moreno. Seguro de que las catástrofes no hacían más que comenzar.

CAPÍTULO 32

«Mas el fin de todas las cosas se acerca; sed pues prudentes
y, sobre todo, sed fervientes en vuestro amor,
pues el amor cubre multitud de pecados...»

1 de Pedro 4:7-8

—Clara... Por Dios... Debes tratar de dar zancadas más grandes. Si caminas así, como un pato, no parecerás un hombre. Creo que, si no nos descubrió el gigante de la entrada, lo harán tu marido y lord Luxe en cuanto te vean —murmuraba Mary con aprensión mientras ambas recorrían el largo y elegante vestíbulo de la mansión, que ya se conocían bastante bien.

La condesa disminuyó la marcha, y tras agarrar más fuerte el brazo de Mary, descartó en el mismo tono bajo:

—Eso no pasará, tranquila. Nos mantendremos lejos de la vista de los demás, comprobaremos que Marcus y el conde no estén haciendo nada indebido y regresaremos a mi casa.

Mary quiso expresar su disconformidad, pero llegó su turno de entrar al amplio salón principal de El Halcón, el cual estaba franqueado por dos lacayos que las examinaron brevemente antes de darles una cordial bienvenida.

En cuanto pusieron un pie dentro, un lacayo disfrazado de Cupido que vestía muy ligero de ropas se presentó y les ofreció dos copas.

Clara tomó ambas bebidas y le entregó una a su acompañante como cualquier caballero haría.

Una vez estuvieron a solas, se refugiaron tras una hilera de estatuas de dioses mitológicos, desde donde comenzaron a inspeccionar a la numerosa concurrencia.

—Será mejor que tú tampoco bebas de esa copa, Mary. La vez que estuvimos aquí, yo lo hice y es un licor extraño que te hace comportar de manera pecaminosa, ya te digo —le advirtió Clara, justo cuando Mary iba dar un sorbo. Su amiga vació sin contemplaciones el contenido en una planta cercana, y ella, encogiéndose de hombros, la imitó.

—¿Cómo daremos con los hombres? Esta noche el lugar está repleto y también demasiado oscuro, más que la vez anterior, de hecho. Apenas puedo distinguir las siluetas. —Se preocupó ella, asomándose con disimulo para mirar hacia la pista.

—Es cierto, está atestado y poco iluminado. Creo que se debe a que la tarjeta decía «Noche de parejas», entonces han preparado el ambiente para que dé una sensación de mayor intimidad. Qué descaro, la mayoría de los hombres de aquí tienen una esposa esperándolos en casa —

comentó Clara con acritud, espiando también a las parejas que pasaban cerca, ajenas a las dos espías que les vigilaban agazapadas.

—Es cierto, pero bueno, Clara, lord Lancaster no está aquí con propósitos inmorales, estoy segura de que hay una explicación para lo que hemos visto y esas mujeres tal vez sean solo damas contratadas —aventuró ella, comenzando a pensar que se habían dejado llevar por los celos y estaban corriendo demasiados riesgos.

—Pues no me importa, Marcus me debe más de una explicación, y espero que sea buena, porque si volvió a su antigua vida... —se empecinó la castaña.

Mary estaba negando con su cabeza, incrédula ante lo que su amiga insinuaba, cuando una repentina aglomeración de personas en el centro de la pista llamó su atención y ocasionó que dejara de escuchar lo que la condesa continuaba diciendo.

Curiosa, se deshizo de la copa vacía, salió del escondite y despacio comenzó a caminar en dirección al tumulto de gente que se hacía cada vez más grande. A su espalda, Clara la siguió extrañada y confundida por su comportamiento, intentando saber qué estaba haciendo. Pero a medida que se acercaban al grupo, Clara guardó silencio, pues debía haber reconocido a los dos caballeros que estaban emprendiendo a golpes contra otros dos hombres también enmascarados.

—¡Oh, por Cristo! ¡Son ellos! —exclamó la condesa, y cuando les fue imposible avanzar más y ambas observaron a las dos mujeres que en ese momento gritaban improperios y atacaban con sus ridículos y abanicos a los caballeros desconocidos, en clara defensa de Lancaster y Luxe, ambas contuvieron el aliento impactadas.

—Pero si son... ¿Ellas son...? —tartamudeó Mary, incrédula, escrutando con la mandíbula desencajada a las mujeres que evidenciaban una edad madura a esa corta distancia.

—Ya lo creo, lady Ninnet lleva el collar de perlas que Marcus y yo le regalamos para Navidad, y lady Annet el prendedor de piedras preciosas. Son las tías Bennet. Pero ¿qué hacen vestidas como prostitutas? Si lord Somert viese a sus hermanas vestidas así sabiendo que su hijo las trajo a este sitio, mi suegro repudiaría a mi esposo de por vida —aseveró Clara, horrorizada.

—¿Deberíamos intervenir? Pueden terminar lastimadas —respondió Mary, dudosa y alarmada. En ese instante se habían sumados más hombres a la contienda, y las tías estaban tirando orejas y pellizcando brazos a diestro y siniestro mientras los amigos se defendían a puño limpio de otros dos desconocidos.

—Sí, debemos sacar a las tías de aquí. —Clara se abrió paso a duras penas entre los curiosos y, cuando estuvo frente a los contendientes, sus ojos se desorbitaron, frenó en seco, aferró el brazo de ella y se acercó a su oído para decir—: ¡Mary! ¡Ese hombre, el moreno que está sacudiendo a Marcus, es el que me besó cuando estuve aquí la vez anterior! ¿Será por eso que mi esposo lo está machacando?

Mary, que nada sabía de aquella historia del beso, la miró con los ojos abiertos como platos y

fue a responder cuando recordó que esa noche, la que ellas y las demás integrantes de la Hermandad se habían colado en el club, a ella también la habían besado.

Un repentino escalofrío recorrió su espina dorsal, y un nombre resonó en cada rincón de su mente.

Hades.

Se había metido nuevamente en la morada del jefe de los bajos fondos, y esta vez podría no salir indemne. Después de todo, el dueño de El Halcón le había sido claro al advertirle que no debía volver a pisar aquel sitio jamás.

El temor y la ansiedad por salir pronto del club invadieron a Mary, quien retorciéndose las manos miró cómo Luxe asestaba un golpe brutal a la mandíbula de un tipo rubio que, tal vez por la borrachera, no logró anticipar el ataque y cayó hacia atrás con estrépito.

Mary quiso correr hacia el conde para comprobar que estuviera ileso como parecía, pero se privó de hacerlo, recordando justo a tiempo que lo mejor sería que el conde no se enterara de su presencia allí, ya que además lord Savage podría estar cerca y también reconocerla y terminar informando a su padre de sus andanzas.

—Clara, mejor salgamos de aquí antes de que alguien nos descubra. Tus tías pueden volver con los hombres, será lo mejor —dijo con nerviosismo, pero en ese momento sintió una mano aferrar su brazo izquierdo, y sin previo aviso fue rodeada por unos fuertes y enormes brazos que la apretaron tan bruscamente que todo el aire abandonó de golpe sus pulmones.

—¡Eh! —gritó Clara, asustada, pero al darse cuenta que su voz había sonado femenina, se aclaró la garganta y, con un extraño tono autoritario y ronco, prosiguió—: ¡Suéltela, es mi acompañante!

El borracho que la estaba apretando no pareció impresionado por el hombre bajito que vestía una capa en medio de un salón, y haciendo oídos sordos, apretó más contra su cuerpo rechoncho a su presa.

Clara frunció el ceño, y tras acomodar su bigote, repitió con fastidio:

—¡Le he dicho que la suelte!

Y dos segundos después, al ver que el extraño no le hacía caso, Clara levantó el bastón que había tenido la previsión de no dejar en la entrada y que como accesorio masculino completaba su disfraz, y lo estampó en la cabeza del gigante.

Mary, apenas recuperándose del mareo, vio horrorizada el hilo de sangre aparecer en la frente del abusivo desconocido. Cuando sintió que su agarre mermaba, espabiló y se desprendió con rapidez escurriéndose entre sus manos. Retrocedió varios pasos para alejarse del hombre, que estaba respirando con creciente furia y tocando su frente con estupor.

—¡Corre, Mary! —gritó Clara entonces, sacándola de su parálisis y esquivando al gigantón que se había abalanzado contra el que creía era un hombre. Desapareció presurosa entre la

multitud.

Mary no perdió más tiempo y huyó en dirección contraria a la pista. Solo había dado unos pasos, pero los suficientes para perderse de la vista del aprovechado borracho como se giró para comprobar sobre su hombro, cuando colisionó contra una superficie dura. Debido al fuerte impacto, su cuerpo se precipitó hacia atrás.

Sus ojos se cerraron como si así fuera a amortiguar el inminente choque con el suelo, pero eso no sucedió, pues unos dedos largos impidieron la colisión y la enderezaron con presteza asiéndola de los hombros.

Agradecida y a la vez molesta, separó los párpados y levantó la cabeza para ver quién había sido el causante de su casi accidente y a la vez su salvador, dispuesta a murmurar un escueto agradecimiento y luego salir despavorida antes de toparse con más problemas.

No obstante, no tuvo oportunidad de decir nada, pues su mirada se encontró con dos centelleantes orbes verdes que le devolvieron el escrutinio con idéntico pasmo.

Luxe.

La estaba examinando de pies a cabeza con extrema y concienzuda lentitud. Su boca se secó y su cuerpo tembló cuando esos ojos recorrieron cada rincón de su fisonomía embutida en aquel vestido transparente que no dejaba demasiado a la imaginación, pues solo llevaba una camisola, un corsé liviano y las medias de seda debajo de este.

Supo cuál fue el momento exacto en el que lord Luxe recordó a la mujer que una vez había encontrado en El Halcón y que había estado apunto de tomar en una de las habitaciones del piso superior, y también cuando él cayó en cuenta con escalofriante certeza de que esa mujer de la noche y la hija del duque de Essex eran la misma persona. Su rostro enmascarado empalideció mientras mantenía la vista primero en los bucles oscuros sostenidos apenas en la cabeza, después en su cuello algo grueso y finalmente en la piel de su escote atrevido y desbordante.

El gesto del conde se ensombreció, y su mandíbula pareció de granito cuando, crispando el agarre en sus brazos la acercó duramente hacia sí y espetó con un gruñido estremecedor:

—Era usted.

Mary tembló bajo aquella mirada airada y no supo qué responder a su acertada afirmación, así que recurrió al único truco que siempre le había servido para salir de las situaciones más embarazosas.

Se sacudió, puso los ojos en blanco y dejó ir el peso de su cuerpo en los brazos de Luxe, desarmándose como si de un títere se tratara e inclinando la cabeza de manera teatral hacia un costado.

El conde se tensó y gruñó de modo audible, pero no dudo en sostenerla y apoyarla en su pecho con sumo cuidado. A pesar de que sus manos podrían propinarle un buen castigo, su tacto fue suave cuando la llevó rápidamente a un lateral del salón, detrás de un cortinado que en ese

momento estaba desierto y donde había apostada una hilera de sillas e instrumentos, como ella pudo comprobar por el rabillo de los ojos que abrió con disimulo.

—Ya puede abrir los párpados, no crea que esta vez me creeré su número —advirtió con tono seco, apoyándola en una silla. Después de soltarla, agregó—: Sé que está fingiendo, y si continúa jugando probaré con usted una técnica muy secreta que no dejará lugar a dudas de que está muy despierta y en sus sentidos.

Mary se encogió ante su tono volátil y perverso, y cuando percibió que la arrinconaba entre sus dos brazos, apoyando las manos a los lados de su cabeza, abrió los ojos de golpe, abandonando su pobre actuación que esta vez, para su desgracia, no había surtido efecto. Se encontró con sus ojos mirándola con una sombra ardiente que le robó el aliento y la poca calma que albergaba su sistema.

—Yo... *Excusez-moi monsieur, je ne comprends pas*[3] —balbuceó nerviosa, esgrimiendo un fatal acento francés en un último intento de salir airosa de aquella catástrofe. Después de todo, la mejor arma de una mujer indefensa era fingir ignorancia, y la de un hombre tramposo, negar todo, aunque las pruebas estuviesen a la vista.

Luxe torció la boca en una mueca que pareció una sonrisa reprimida, y sin alejarse un milímetro de ella, bajó la vista hasta sus labios, que ella estaba mordisqueando de manera inconsciente. Murmuró, en un perfecto y exquisito francés:

—De acuerdo, señorita, lo diré en el idioma que prefiera.

»No tiene caso que continúe negando su identidad. Sé quien eres. Sé que eres la dama que fue mía en Navidad y también la misteriosa mujer que me enloqueció en este club y luego me engañó para esfumarse misteriosamente. No intentes engañarme esta vez, Ensueño, recuerda que he visto este cuerpo desnudo en todo su esplendor, y ni bebido me podría olvidar sus curvas y recovecos.

El tono del conde se transformó en un sonido gutural y ronco cuando prosiguió, al tiempo que uno de sus dedos rozaba lentamente cada punto que pronunciaba:

—Reconozco esta piel, estas formas, estos labios... Tu aroma, tu cabello; este lunar debajo de tu oreja izquierda y tus preciosos, perfectos y deliciosos pechos. No hay otros iguales.

» Me sé tu cuerpo de memoria, he soñado con él desde que te cruzaste en mi camino, despierto y dormido, a cada minuto. Tu recuerdo nunca me ha dejado, está grabado a fuego en mi interior. Así que... ¿Por qué no terminamos con esto y me dices qué diablos estás haciendo aquí, cuando acordamos no saldrías de casa, y cómo es que resultaste ser una dama de la noche?

***

Clara llevaba unos minutos escondida detrás de un conjunto de plantas. Temerosa y cansada, necesitó recuperar el aliento y la valentía después del temible encuentro con aquel gigante desconocido.

Temía por su amiga, y estaba muy arrepentida de haber arrastrado a Mary hacia ese lugar. También maldecía a su carácter explosivo, el cual rara vez salía a flote, pero que cuando lo hacía solía terminar en algún horrendo estallido, como el que la había llevado hasta El Halcón.

Lo concreto era que debía hallar a Mary y abandonar la mansión con presteza; ante todo sin que su esposo descubriera su presencia allí. No quería enfrentar la decepción de Marcus si supiera que había reaccionado motivada por unos irracionales celos y que por un momento incluso había desconfiado de él.

Cuando se hubo armado del valor suficiente y sus piernas ya no temblaban como un ciervo recién nacido, abandonó su refugio y empezó su búsqueda discreta por el salón. Ya acabada la refriega, había vuelto a la normalidad, salvo que la orquesta no sonaba en esos momentos.

No le tomó demasiado trabajo localizar a su esposo, quien estaba en ese instante siendo rodeado por dos enormes y toscos empleados del club, quien sin miramientos intentaban llevarlo con ellos.

Las tías Bennet estaban protestando molestas por el trato que estaba recibiendo su sobrino, pero a una señal de Marcus, las mujeres claudicaron y se alejaron evitando ser alcanzadas por los guardias.

Clara leyó sus labios y comprendió que les ordenaba que dejaran el club y regresaran a casa de inmediato; eso antes de que lo sacaran a la fuerza del lugar.

Ese fue el momento en el que su esposo pareció reparar en el peculiar hombre pequeño que estaba detenido en un lateral, observándolo a su vez. Clara no supo si el conde la había reconocido, puesto que su rostro, que llevaba cubierto por un pequeño antifaz, no demostró ninguna emoción, pero pudo notar que él cesaba de forcejear antes de que saliera de su campo de visión.

Entonces ella, horrorizada por lo que pudiera suceder a su marido, corrió hacia las tías que estaban marchándose pesarosas.

—Tías, tías... —las llamó en un murmullo discreto que por fortuna lady Ninnet escuchó, pues se detuvo y volvió hacia ella que se esforzaba por alcanzarlas—. ¿Donde llevan a Marcus? Dios mío, ¿qué le harán? —cuestionó, asustada.

Por supuesto, las ancianas la escrutaron con sendas expresiones de estupefacción, y debieron reconocerla bajo aquel disfraz masculino, porque lady Annet se acercó y, desencajada, respondió:

—Por todos los cielos, qué hace aquí lady Lancaster, ¿se ha vuelto loca?

—Es una larga historia, tías, pero por favor díganme por qué esos hombres se llevaron a mi

esposo —las apremio angustiada.

—No lo sabemos con exactitud, querida, solo dijeron que debía acompañarlos debido al disturbio que provocó, que le revocarían su membresía, le pondrían una multa y debía firmar unos papeles. Dijeron que volverían a por el conde de Luxe también —explicó contrariada la otra dama.

—Pero deben dejarle ir, no pueden tratar así a un par del reino. ¡Esos grandulones me oirán! —se indignó Clara, y dispuesta a defender a su esposo, salió en dirección hacia donde había visto lo llevaban.

Las hermanas la observaron incrédula a la vez que divertidas, y encogiéndose de hombros, detuvieron a un lacayo para pedir una copita más.

Después de todo, parecía que la noche aún no terminaba para nadie.

***

—¡¿Dama de la noche?! —se horrorizó Mary, comenzando a sentirse mareada y más acalorada a cada segundo. Luxe esperó su explicación con una ceja arqueada, y ella, tragando saliva, nerviosa y sonrojada debajo de la máscara blanca, exclamó con atropello—: Ay Dios mío, ¿cómo cree que yo...? Es decir... que nosotras podríamos ser esa clase de mujeres, no es que las menosprecie ni mucho menos, sin duda muchas veces me he puesto a pensar que no debe ser fácil llevar la vida que ellas llevan y que no todas tienen la suerte de nacer en una familia acomodada y cariñosa como la mía, pero bueno, también debe ser extraordinario poder disponer de la libertad de ser dueña de tu vida en cierta forma y experimentar la pasión de otra manera. Claro que también puede ser fuerte estar con más de un hombre y además ser usada... —El conde carraspeó, consternado. Ella, cayendo en cuenta de que se estaba desviando del tema, sonrió compungida y prosiguió—. Pero bueno, nosotras obviamente no ejercemos este oficio, aunque ya no tiene caso que le niegue que éramos Abigail, Brianna y yo las mujeres que ustedes confundisteis. No entiendo por qué. Es decir... a la vista estaba que no pertenecíamos a este lugar, solo fue un infortunio que hubiésemos terminado en ese escenario, y... —El castaño la miró con los ojos entrecerrados, y ella, consternada, se apresuró a reconocer—. No es que les esté culpando a ustedes de haber concluido que éramos mujerzuelas, no, los trapitos que nos obligaron a ponernos hubiesen despistado a cualquiera, pero bueno, tampoco se los vio muy contrariados que digamos, porque bien que ninguno de ustedes tres tardó en hacernos propuestas indecentes cuando nosotras solo queríamos usarlos para salir de ese salón atestados de hombres enardecidos sin ser descubiertas. No fue nuestra culpa que luego... —Luxe, que con cada palabra que ella soltaba iba tornándose más rojo y parecía no dar crédito, bufó y se cruzó de brazos mirándolo acusadoramente. Mary, ofendida, se puso en pie y siguió con pose digna—. Mire,

milord, no puedo decirle qué hacíamos ahí con exactitud porque ante todo le guardo lealtad a mi amiga y la razón nos concierne solo a nosotras. Confórmese con saber que no sabíamos dónde nos estábamos metiendo y que en ningún momento quisimos burlarnos de usted ni de sus amigos.

»Y para concluir, ese episodio quedó en el pasado y no creo que deba justificar mis actos ante usted. Por entonces apenas nos conocíamos.

Luxe, que asombrado por tamaña parafernalia que la joven había pronunciado no salía de su estupor, negó con la cabeza, divertido a su pesar. No solo por su desparpajo, sino por su espontaneidad y visible encono. Se limitó a asentir en silencio, pensando en que cuando McFire y Vander supiesen que las prostitutas que los habían dejado excitados y confundidos aquella noche en ese club para desaparecer misteriosamente no eran otras que sus esposas, ardería Troya. Pero sin dudas él, por una vez, sería quien se reiría a su costa, y no se perdería por nada del mundo sus caras al enterarse.

Aun así, le molestaba saber de todos los riesgos que había corrido y que había vuelto a correr la muchacha que lo miraba entre orgullosa y dubitativa, por lo que, ocultando su hilaridad bajo un gesto indescifrable, pronunció con sequedad:

—Razón tiene. No hay sentido en hablar ya de ese episodio pasado, aunque algún día me gustaría saber cómo lograron escapar de esa habitación. Pero ahora lo que me importa entender, y espero tenga a bien explicarlo, es por qué se encuentra usted esta noche aquí, exponiéndose a un sinfín de peligros y vestida de esta manera... —Por un segundo él vaciló, pensando en decir «pecaminosa, ardiente, sensual, lujuriosa, enloquecedora». Pero tratando de no delatar su ardor, terminó diciendo—: Indecente e inapropiada. Y no me diga que esta vez tampoco sabía a lo que se enfrentaría, puesto que ya conoce El Halcón y el hecho de que no es sitio para ninguna dama decente, y menos para una que tiene en su vida a un hombre tan celoso de lo que considera que está bajo su protección.

Mary parpadeó aturdida, pensando alguna excusa creíble para explicar su presencia allí sin delatar a Clara y, de paso, sin tener que admitir que por un momento los celos también la habían cegado a ella. No obstante, la mirada verde del conde no le dejaba ocasión para pensar con claridad, ya que parecía estar adivinando hasta el último de sus pensamientos. Avergonzada, claudicó y en un murmullo contestó, tratando de no dar demasiados detalles:

—Clara se enteró de que usted y su esposo estarían aquí, le seguimos y cuando le vimos entrar acompañados decidimos entrar a investigar.

El conde abrió los ojos, y luego de varios parpadeos, se llevó las manos a la cabeza. Consternado, inquirió:

—¿Lady Lancaster está aquí? —Mary asintió pesarosa, encogiéndose cuando Luxe se horrorizo más aún y, espantado exclamó—: ¡¿La condesa se atrevió a meterse en este lugar en su

estado?! Si Lancaster llega a saberlo le da un soponcio, muere en el acto... O la mata a ella. ¿Es que esa mujer no tiene cordura alguna?

Mary no respondió de inmediato, y Luxe volvió a bufar. Y luego comenzó a pasear por la pequeña estancia, agobiado.

Ella abrió la boca para tranquilizar al estresado caballero diciéndole que no pasaría nada más grave, que saldría de allí, buscaría a Clara y ambas se irían, pero una acalorada discusión proveniente del otro lado del cortinado se lo impidió.

Luxe frenó en seco, y tras echarle una mirada que claramente decía «no se mueva de ahí y no abra la boca», se encaminó hacia la salida y se asomó.

—¡Lord Luxe, menos mal que aparece, estos dos brutos están buscándolo! —Se oyó decir a lady Ninnet con patente enojo.

—¿Qué sucede? Suelten a las damas inmediatamente —ordenó con tono glacial el conde, saliendo presuroso cuidando de que la tela no dejara a nadie avistar hacia el interior del cuarto, como un gesto que obviamente buscaba mantener al margen y protegida a Mary.

—Milord, estos maleducados señores se han llevado de muy mala manera a mi sobrino. Tiene que hacer algo —le pidió lady Annet, alterada.

—Debe acompañarnos, señor. Sus acompañantes y usted han causado un escándalo hace unos momentos y eso incumple las normas del club. Por favor, síganme o deberemos emplear la fuerza —intervino una voz masculina con acento tosco.

—De acuerdo, iré, pero dejen tranquilas a las señoras. En cuanto lo autoricen nos iremos, ellas no ocasionarán ningún problema —advirtió Luxe, tenso.

—Está bien, sígame, milord, y ustedes vayan con mi compañero Better, él las llevará hasta donde podrán esperar a los señores. —Aceptó el tipo que había hablado luego de una pausa.

Después de eso, nada más se oyó.

Mary, agobiada, se acercó con tiento a la salida, y tras espiar con disimulo vio que no había nadie del otro lado.

Suspirando, se armó de valor decidida abandonar el cuarto de los músicos.

Fuera, la fiesta continuaba como si nada hubiera pasado, y ciertamente así era para la mayoría de los presentes que estaban entregados a sus licenciosas acompañantes.

Ella miró en todas direcciones buscando a su amiga o a las ancianas, pero no vio a ninguna.

Compungida, decidió que lo mejor sería ir hasta la entrada principal y esperar allí a que alguna de las mujeres apareciera.

Apenas había salido del abarrotado salón, no sin cruzarse con varios caballeros que intentaron acercarse y que esquivó a duras penas, cuando una enorme figura le cortó el paso. Aterrorizada, ella elevó la cabeza para encontrarse con el gigante que antes la había tomado del brazo.

El tipo, que ahora con más iluminación podía ver que llevaba —además de un feo cardenal en

la frente donde Clara le había asestado el golpe— la librea del club que usaban los lacayos del vestíbulo pero que en su caso en lugar de verse elegante parecía estar por reventar en sus pectorales y brazos, la miró con una semi sonrisa perversa. Antes de que ella pudiese emitir el grito que pugnaba por salir de su garganta, este tomó con fuerza su hombro derecho y, ante su absoluto pasmo, presionó la carne cercana a su clavícula.

Dos latidos después, Mary cayó inconsciente en sus brazos.

CAPÍTULO 33

«Ahora, pues, permanecen estas tres virtudes: la fe, la esperanza y el amor. Pero la más excelente de ellas es el amor».

1 Corintios, 13:13.

—¿Qué hacemos, jefe?

Hades observó durante unos minutos a los caballeros que estaban generando aquel estropicio, y tras sonreír perversamente, soltó la baranda de hierro en la que estaba apoyado situada en el último piso de El Halcón, desde donde podía vigilar todos sus dominios sin ser visto. Dio media vuelta para regresar a su despacho. Por encima del hombro ordenó a su mano derecha:

—Sacadlos del salón y mantenedlos encerrados hasta que envíe a alguien por ellos.

Igor asintió, y después de enderezarse y descruzar sus brazos, preguntó con expresión sardónica:

—¿Y con la mujer?

Él retomó la marcha hasta llegar a la puerta tapizada en color burdeos y revestida con marco de oro. Ocultando su satisfacción, respondió:

—Que la traigan a mi despacho. —El gigante, que le seguía de cerca, volvió a mover su cabeza afirmativamente. Él se internó en el lugar en el que solía pasar la mayor parte de su tiempo desde hacía cinco años, y dirigiéndose a la licorera, se sirvió una medida de coñac echando un leve vistazo a su empleado más fiel, que esperaba bajo el dintel el resto de sus indicaciones con pasividad—. Asegúrate de que no te ven traerla —le advirtió, y con mirada divertida, sentenció—: No quiero que nadie me interrumpa ni se acerque hasta que termine con ella.

—Sí, señor. Pero... ¿La conoce? —indagó con tono curioso mientras él se sentaba en la silla apostada detrás de su escritorio y comenzaba a abrir el libro de cuentas en el que había estado trabajando antes de que le interrumpiera la noticia de que se estaba generando un revuelo en su club.

Hades se detuvo y enfocó a Igor de nuevo. No se molestó por su impertinencia, ya que ellos, más que jefe y empleado, eran amigos. Sabía que Igor debía sentir curiosidad por aquella arbitraria orden que acababa de dar. Después de todo, su despacho era un lugar casi sagrado para

él, y habían sido contadas con los dedos de una mano las veces que una mujer había puesto un pie allí.

Esa noche sería una excepción, pensó.

Sus ojos color cobalto destellaron perversamente cuando respondió:

—Digamos que ella es una vieja conocida con quien tengo más de un asunto pendiente.

***

Luxe fue empujado bruscamente al interior de una habitación no muy grande en donde había un escaso mobiliario. Se reducía a un biombo en el fondo, ocupando una de las paredes un enorme tocador que estaba a rebosar de potes, cepillos de cerdas, un extraño objeto que tenía acumulado encima varias y diversas pelucas y, en la pared contraria, un largo perchero del que colgaban decenas de vestidos finos, transparentes y de colores estridentes.

—Es peor de lo que parece —dijo una voz reducida a un gruñido, y él rápidamente giró la cabeza para encontrar la figura de Lancaster sentada en el único asiento que había allí aparte del largo banco frente al tocador. El conde estaba con los codos apoyados en sus rodillas y la cabeza hundida en las manos en una postura de derrota.

—No me digas —contestó con sarcasmo, deseando poder estrangular a su amigo allí mismo. Estaban metidos en un buen aprieto, y no solo por culpa de su estúpida idea de aparecer en el club acompañado de sus ancianas tías, sino porque lady Mary Anne estaba en ese sitio, corriendo multitud de peligros y a merced de cualquier depravado.

Solo de pensarlo, el pulso de Maxwell volvía a alterarse, como cuando había reconocido a la dama bajo aquel disfraz de cortesana. Solo esperaba que por una vez la joven le hiciera caso, primara en ella la prudencia y acatara la orden que le había dado.

—Y yo que creía que no había nadie más nefasto en lo que a planes concierne que tu hermano. Te dije que era una estupi...

—Creo que mi esposa está aquí —le interrumpió Marcus destapando su cara que ya no estaba enmascarada para mirarlo con preocupación.

Luxe caminó hasta él con gesto de pasmo, pero rápido cayó en la cuenta de que esa noticia no era disparatada, ya que si lady Mary estaba en el club no le sorprendería que la condesa de Lancaster también lo estuviera. Aun así, la dama estaba siendo demasiado temeraria, pensó mientras se dejaba caer junto al moreno.

En verdad, si él tuviera una esposa embarazada y esta se metiera en semejante sitio perdería la cabeza.

—¿Estás seguro? No creo que permitan la entrada a una mujer en su estado, jamás he visto nada semejante. Tal vez la has confundido, allí abajo no hay demasiada iluminación —dijo él,

tratando de animar a su desolado compañero.

—Mi esposa va vestida de hombre —aclaró con tono irritado, algo que explicaba el motivo de que hubiese logrado entrar—. Y aunque no pude verle el rostro, pues llevaba un antifaz y un espantoso bigote, estoy casi seguro de que era ella. Te lo juro, Luxe, te juro que esta vez Clara tendrá que darme una buena explicación para esto. Porque... ¡Rayos! Debe estar furiosa. Seguramente ha pensado que vine aquí en busca de una aventura... ¡Maldita cabezona!

Él meneó su cabeza viendo al conde levantarse con precipitación y comenzar a pasear por el cuarto con ansiedad.

No quería estar en sus zapatos en ese momento. Si ya se sentía en el infierno por saber que la mujer que amaba estaba en potencial peligro, no se quería imaginar lo que sentiría si Mary, además, llevara un hijo suyo en su vientre. Seguramente ya hubiese prendido fuego el improvisado calabozo con tal de ir a su encuentro.

Solo esperaba que vinieran con esos papeles rápido, y tras pagar aquella maldita multa, pudieran ir por sus mujeres y largarse de ese club.

Tendrían que buscar otro plan para desenmascarar a Savage. Ese había resultado un fiasco.

***

Mary Anne flotaba en un extraño limbo entre la conciencia y la oscuridad. Su cuerpo parecía flotar y toda ella precipitarse a un abismo que a cada segundo se volvía más pequeño y más luminoso.

Sin saber cómo, su cerebro se activó y de pronto fue consciente de sí misma y de su entorno.

Percibió la ausencia de brisa que denotaba que estaba en un lugar cerrado, un silencio arrollador que delataba la soledad que la rodeaba y una superficie mullida bajo su cuerpo indicando que estaba recostada cuan larga era.

Lentamente sus párpados se abrieron, y mientras su visión se acostumbraba al destello de iluminación artificial que emitía un candelabro, ella se quedó mirando lo que estaba frente a sus ojos empañados.

Era una pared tapizada en color ocre de la que colgaba un enorme cuadro que tenía un dibujo dantesco, una obra que no conocía pero que se asemejaba al infierno y a las almas torturadas retorciéndose en el fuego. Era perturbador y al mismo tiempo hermoso.

Solo le llevó unos segundos comprender que no sabía dónde estaba, no reconocía ese lugar, por lo que, consternada, mareada y todavía atontada, se incorporó lentamente revisando al mismo tiempo que todos sus miembros estuvieran en su lugar y sus ropas en su sitio.

Suspiró aliviada. Todo parecía estar intacto.

Pero entonces un aluvión de imágenes irrumpió en su mente, y soltando un quejido se

apresuró a bajar los pies al suelo alfombrado.

Ya había recordado todo: que estaban en el club de perdición. A las tías Bennet, a Luxe muy enfadado y provocador, a Lancaster peleando con unos desconocidos, a Clara disfrazada e irreconocible y al gigante que la había abordado e intentado tocar primero, luego interceptado y con una extraña maniobra dejado inconsciente.

Tenía que salir de ahí antes de que ese hombre regresara.

—¿Se va sin saludar a su anfitrión? —dijo a su espalda una voz de acento neutro, tono rasposo y un deje ronco familiar.

Mary, que se había sobresaltado, se paralizó y lentamente giró.

Su corazón se saltó varios latidos cuando dio con el dueño de aquella voz apoyado en una pose relajada en un escritorio de madera exquisitamente labrado, con las piernas cruzadas en los tobillos y los brazos apoyados en su pecho.

Vestía de negro, incluso su antifaz lo era, y estaba observándolo fijamente con un brillo que le pareció burlón y a la vez malicioso.

El alma se le cayó a los pies, pues reconocía a ese demonio disfrazado de hombre, y si la primera vez él le había resultado amenazador, ahora le estaba causando verdadero pavor. Era Hades, el dueño de aquel antro y quien le había advertido que no volviera a aparecer por allí si no quería sufrir las consecuencias.

Ahora reconocía aquel despacho. Era el mismo al que habían sido llevadas sus amigas y ella aquella vez que se infiltraron en el club para ayudar a Clara. Reconocía el mobiliario y la licorera vidriada detrás de la cual estaba la puerta secreta que llevaba a un pasadizo.

—Eso es de muy mala educación, ¿no le parece? —prosiguió Hades, sin moverse más que para dejar vagar a sus pupilas, examinándola con parsimonia de pies a cabeza.

Mary se estremeció bajo su escrutinio y deseó haber conservado puesta la capa con la que había salido de la casa de su tía.

Tenía que encontrar la manera de escapar ilesa de esa situación, pero temía que eso resultara una hazaña demasiado complicada.

—Yo... —balbuceó cuando él la miró en silencio exigiendo una respuesta. El pulso latía desbocado en su garganta, pero obligándose a lucir lo más serena posible, aclaró la voz y con gesto y tono altivo siguió—. No lo creo, más bien pienso que es de terrible educación la manera en la que sus empleados tratan a una dama. Su empleado me abordó y trajo aquí en contra de mi voluntad, recurriendo a tácticas imperdonables, señor. Le exijo que me deje marchar ahora mismo.

Hades no se inmutó ante su reproche y exigencia, sino que tras sonreír se enderezó y se acercó a ella súbitamente.

Mary se asustó y retrocedió a trompicones hasta sentir que rozaba con sus pantorrillas el

diván sobre el que había despertado y en el que ahora recordaba que había estado sentada cuando ese demonio la besó.

No tuvo tiempo de decir nada, porque pronto estuvo acorralada entre el asiento y el rostro de Hades, que no dudó en cercarla hasta que ella cayó sentada en el asiento. Se echó hacia atrás para intentar alejar su cara del rostro iracundo de él infructuosamente.

—Me temo que eso no será posible, señorita... —sentenció, con una tranquilidad que contradecía la tormenta que titilaba en sus orbes azules—. ¿O debería decir... *milady*?

Mary se ruborizó agitada al entender que él sabía más de lo que había creído, y no solo porque no se había tragado que ella fuera una mujer en busca de aventura, sino porque la manera en la que dijo «milady» daba a entender que sabía mucho más de lo que era conveniente.

Hades había descubierto que ella era una dama decente y de alta alcurnia.

—Si lo que pretende es chantajearme, le advierto que no tengo dinero. Mi padre sí, pero él no cederá a un vil chantaje —espetó con toda la seguridad que logró reunir, sintiendo su estómago revuelto por el miedo. Creyó que tal vez el objetivo era obtener una compensación económica a cambio de no arruinar su reputación al delatar su presencia en el club.

El castaño emitió una carcajada sarcástica y, pegándose más a ella, susurró:

—No quiero su dinero. Si hay algo que me sobra, es dinero. Tampoco pretendo manchar su buen nombre. Al contrario, milady: me he propuesto darle la respetabilidad que parece que pensó en perder temerariamente al venir esta noche. Pienso atarla a mí, encanto. Pensaba hacerlo legalmente, pero ya que usted sola se ha metido en la madriguera, mejor tomo el guante y aceleramos este final.

Mary parpadeó intentando en vano comprender sus palabras.

Y mientras lo miraba confundida, notó que a esa distancia tan corta el hombre le parecía muy conocido. Ya no era solo por su voz o su manera de caminar, sino también por sus ojos y el aroma que despedía el cuerpo que casi la rozaba a pesar de que ella se había apretado contra la pared.

Conocía a este hombre. Lo había visto; estaba segura. Y no solo allí, sino...

—Al fin... —exclamó con sorna Hades, sonriendo un poco cuando ella soltó una exclamación de horror y se cubrió la boca con sus manos al tiempo que sus ojos se abrían como platos y murmuraba, pasmada.

—Lord Savage.

Esas fueron las únicas palabras que Mary Anne pudo articular en su estado de completo aturdimiento. En su mente se inició una atroz batalla de pensamientos, recuerdos, confusión, dudas y teorías que le provocaron mayor agitación.

Sin embargo, su caos interior, que a pesar de llevar puesta la máscara debía estar trasluciéndose, no pareció afectar para nada al hombre que tenía a centímetros de su cara y que

solo la observaba con una sonrisa perversa y perturbadora mirada.

Ella estaba a su merced, y tal y como había dicho, él podía hacer con ella lo que quisiera, pero algo le decía en su interior que aquel misterioso hombre no le haría un daño físico, un sexto sentido inexplicable que le hacía sentir segura en ese aspecto... Aunque le recordaba que aquel sí podía destruir su vida y sus planes a futuro.

—Usted... —prosiguió Mary, buscando salir de su estupor—. Era usted todo este tiempo. No lo comprendo, cómo...

—¿Cómo un hombre como yo, un marqués, un par del reino, puede ser el dueño de un club clandestino? —completó Hades al ver su incapacidad para hilar una frase coherente. Su tono, que evidenciaba el malicioso placer que le provocaba ver su estupefacción, se tornó oscuro cuando declaró—: Eso es una larga historia, querida, una que no tiene caso desvelar en este momento; no cuando estoy ansioso por hacerla partícipe de los planes que tengo preparado para usted. Para nosotros.

—Es usted un hombre rastrero, milord, alguien tramposo y desleal. Me ha estado engañando desde el principio. Dígame qué pretende lograr con toda esta pantomima que ha montado, porque le juro que no permitiré que le haga daño a las personas que amo. Antes le diré al mundo quién está detrás de ese antifaz, lord Savage —sentenció Mary, endureciendo su voz y logrando hallar las palabras certeras.

Hades rio quedamente nada afectado con su advertencia, y la sorprendió una vez más pegando su cara a la suya, ocasionando que ella tuviera que quedar casi recostada sobre el diván, con el pulso desbocado y el aire retenido en sus pulmones.

Sus ojos se habían tornado glaciales, y en ese momento Mary sintió su piel erizarse de puro terror.

—Solo porque sé que está usted muy impresionada y porque es una dama no tomaré en serio esa amenaza, pero sepa que mi indulgencia tiene un límite, milady, y se está agotando —murmuró él. Su voz sonó como un cuchillo afilado—. Aún así, me siento inclinado a ser benigno porque tiene razón en decir que la estuve engañando, pero nadie en Londres sabe que me dedico a regentar este lugar... y nadie lo va a saber jamás. He hecho con usted una excepción porque es la única manera de que entienda que no tiene ninguna posibilidad de eludir el casamiento conmigo. Tengo poder, encanto... y mucho. No le conviene ponerme a prueba.

—¿Por qué quiere casarse conmigo? ¡La ciudad está a rebosar de jóvenes en edad casadera, mujeres con más abolengo, dinero y belleza que yo! ¡Dígalo, por favor! No entiendo el porqué de su obcecación, ni siquiera nos conocemos. Las veces en las que nos hemos visto pueden contarse con una mano, milord. ¿¡Por qué yo!? —se desesperó Mary, sintiendo que en cualquier momento rompería en llanto superada por la situación y por sus miedos.

Hades contrajo un músculo de su delgada cara, y tras suspirar, no pudo saber si de hastío o de

cansancio, se echó hacia atrás y se alejó de ella, caminando hasta el aparador de bebidas con paso tranquilo.

Allí procedió a servir con parsimonia el líquido transparente de una botella en un vaso de cristal, y se volvió levemente para decirle con renovada calma, como si fuera capaz de esgrimir mil emociones y caras en un abrir y cerrar de ojos, como un actor consumado:

—¿Le apetece una copa?

Pasmada, Mary negó con acritud. Él, encogiéndose de hombros, tomó su bebida y, tras vaciar el trago, lo depositó en la mesa y regresó a su escritorio, en donde se apoyó nuevamente para estudiarla unos segundos con nula expresión.

—De acuerdo, pongamos todas las cartas sobre la mesa —dijo finalmente con frialdad—. La escogí la misma noche en que la conocí, pero no fue hasta que usted y sus amigas damas se presentaron en mi club y mi personal las confundió con mujeres de la noche que terminé de decidirme. Era usted perfecta para mis objetivos.

» Fui informado en el momento de que había intrusos, y aunque mis empleados son los que suelen ocuparse de esos imprevistos, me pudo la curiosidad y salí de mi despacho a tiempo para verlas subir al piso de los reservados con cuatro destacados miembros de la sociedad. No fue difícil reconocer al duque de Fisherton ni a la señorita Colleman, y a partir de allí fue muy veloz llegar a la conclusión de la identidad de las dos mujeres restantes, la rubia y la morena.

—¿Muy veloz? No lo comprendo, ¿quiere decir que usted nos conocía? ¿Sabía de mí y de mis amigas? —indago Mary, incrédula.

—Por supuesto, llevaba siguiendo sus pasos desde el inicio de la temporada. Cuando recibí la noticia de mi nuevo status, mi tío había muerto y yo me había convertido en el nuevo marqués de Savage, tuve que asumir mi verdadera identidad. Había llegado el momento de tomar posesión del título y de llevar a cabo los planes que he venido postergado a la espera de que llegara el momento perfecto —contestó él, asintiendo levemente.

—¿El momento perfecto? Pero ¿de qué está hablando? ¿De qué plan habla? ¡Estoy a un paso de enloquecer, sea claro, por favor! —estalló ella, desencajada.

—Bueno, no puedo revelarle todos mis secretos, ¿no cree? Hubiese preferido que usted nunca se enterara y llevar una vida de marido y mujer plácida y pacífica. Pero como le dije, ya que usted desobedeció mi advertencia y se metió por sí sola a la cueva del lobo y con intenciones que contradicen mis deseos, no me queda más que hacer mi jugada maestra. —Fue lo que dijo Hades con tono de fingido pesar.

» Yo ya la había seleccionado como posible candidata a ser mi esposa, y la reconocí cuando visitó el club la primera vez. La he estado investigando todos estos meses y esperado el momento correcto para hacerle mi propuesta. ¿Los motivos para querer que sea usted y ninguna otra? Bueno, no son románticos, por desgracia, y puede que le resulten egoístas ya malvados..., pero se

los diré.

» Su padre tiene una vieja deuda conmigo, una que se ha negado a pagar y que, como Hades, no he logrado cobrar, pero como el marqués de Savage por fin lo haré. Convirtiéndome en el mejor partido para casar a su hija, uno inmejorable que cumple con todos sus requisitos y teniendo en cuenta que el duque está muy débil de salud y desesperado por verla a usted asentada y segura, me fue fácil obtener su mano.

» Siendo su esposo y pasando a ser el dueño de la vida, el destino y el bienestar de su preciada hija, a lord Essex no le quedará más remedio que ceder a mis exigencias. Ya no podrá despachar a mis abogados ni devolver mis cartas sin abrir. Tendrá que recibirme y darme lo que quiero, porque si no, el hombre que sin saber convirtió en el esposo de su más preciado bien, le golpeará donde más le duele: usted.

Mary Anne esperaba de aquel ser nefasto cualquier cosa; que estuviese obsesionado con ella, desesperado por obtener su dote o que simplemente la deseara, pero jamás pensó oír de aquel infame plan.

Por eso su mente no pudo dar crédito a lo que estaba pasando, y solo después de un minuto de eterno silencio fue capaz de absorber el aire que le estaba faltando. Se puso en pie con dificultad, puesto que sus rodillas estaban temblando con violencia al igual que su alma.

—No creo que mi padre se niegue a pagar una deuda, él jamás podría ser tan ladino, y aunque fuese una fortuna, si esa es la razón, entonces no necesita recurrir a esta ridícula artimaña. Puedo darle mi dote, que es abundante, y, si me da tiempo, hablar con él para convencerlo de pagarle el resto —esgrimió con tono firme, aunque su barbilla estuviera temblando. Sus puños se apretaron a los costados de su cuerpo cuando añadió—: Pero no puedo casarme con usted, no puedo permitir que lleve a cabo sus intenciones, que engañe a mi padre y que arruine mi vida. No entiendo por qué puede usted haber creído que desvelando su identidad lograría que yo accediera a sus planes. Todo lo contrario: pienso de inmediato revelarle a mi padre que usted no es solo un marqués, sino que es el dueño de El Halcón, y como sabe, a partir de ese momento quedará el acuerdo matrimonial cancelado. Mi padre jamás me casaría con alguien como usted. Aunque ahora decidiera deshonrarme, no sería suficiente para lograr su propósito.

» Créame... No me casaré con usted nunca. Y no solo por su bajeza y perversidad, sino porque amo a otro hombre y jamás podría obtener nada de mí. Mi corazón le pertenece solo a él.

Hades no se inmutó al oír su declaración y negativa, solo la miró con una ceja arqueada y expresión sardónica. Mary consideró que había dicho todo lo que debía decir, y pensando que tal vez no lograría dar ni un paso, soltó el aire y se encaminó resueltamente hacia la salida.

Para su alivio, el marqués no la detuvo. La puerta estaba sin llave. Ella no perdió tiempo y giró el picaporte: la puerta se abrió. Mary no quiso echar un último vistazo atrás, sino que dio un paso hacia el pasillo, casi saboreando su libertad.

—Antes de irse, milady, yo vería esto. Si no lo hace, puede que luego se arrepienta y mucho. —Fueron las palabras dichas con aplomo las que la paralizaron antes de poder dar un segundo paso. Su aliento se cortó, y tensa e indecisa, Mary vaciló en el umbral.

La curiosidad y el resquemor le ganaron la batalla al enojo y la prudencia, y se giró despacio.

Hades estaba ahora sentado tras su escritorio, y al ver su inmovilidad, le señaló con un ademán un conjunto de hojas blancas que estaban sobre la pulida mesa.

Ella alternó su vista entre los papeles y el hombre enmascarado, debatiéndose entre largarse sin más o cerciorarse de que en ellos no hubiera un temible destino para su padre o para ella.

El marqués se echó hacia atrás y unió sus manos en su pecho en una postura relajada que le transmitía que no haría nada para convencerla de acercarse.

Pudo más la necesidad de saber qué encerraría esa mirada azul, oscura, insondable y amedrentadora, que las ganas de huir que Mary sentía, las cuales no eran mayores a la certeza de que Hades había encontrado la manera de cerrar la trampa sobre ella.

Marcharse sin tener la certeza no solucionaría nada, mejor estar prevenida.

Pensó que en la cara angulosa de Hades aparecería una sonrisa jactanciosa al verla claudicar y volver a internarse en la habitación del mal a regañadientes, pero él no dejó entrever ninguna emoción. Parecía que, en vez de ser el protagonista de sus tormentos, él fuese un mero espectador de la situación. Se tornaba a cada instante alguien más frío y desconocido.

Mary tomó los papeles con manos temblorosas, temiendo hallar un acta de matrimonio falsificada que le dijera que nada podía hacer ya por escapar de ese hombre.

No obstante, su nombre no aparecía ahí, tampoco el de Savage, ni siquiera el de su padre.

—¿Qué...? ¿Qué es esto? —balbuceó confundida, viendo los números y el nombre de alguien extraño junto a cada firma al lado de la firma del representante legal del club y el sello y membrete del mismo.

—Bueno... —inició Hades, denotando que estaba disfrutando de su afectación—. Puede decirse de dos formas. La técnica: está sosteniendo una gran cantidad de dinero, es decir... en caso de cobrarse los montos que allí figuran. O, en términos coloquiales... Tiene en sus manos, la razón por la que usted no solo se casará conmigo, sino que no se atreverá a decir a absolutamente nadie que yo soy Hades, ni mucho menos al duque de mis intenciones.

Mary le miró de hito en hito, totalmente consternada y desorientada.

Su cabeza se sacudió intentando negar lo que él estaba afirmando.

—No... No... esto... Aquí no figura el nombre de mi padre... y este monto... Él puede permitírselo... No crea que... —rebatió angustiada y muy molesta, viendo que era una deuda de azar adquirida por una persona que no conocía y que el club había comprado.

—Por supuesto que no está el nombre de Samuel Russell, querida —la cortó Hades con lentitud implacable. Ella centró de nuevo su mirada en los papeles, y por el rabillo del ojo, notó

que el marqués se ponía en pie y muy despacio rodeaba el escritorio.

Mary se tensó al tenerle cerca, pero no pudo mover un músculo cuando sintió su aliento en su piel justo antes de que él murmura con perversidad:

—Porque la deuda que tengo con su padre no es de dinero, es de honor, y un secreto que solo nos pertenece a nosotros. Confórmese con saber que, o se casa conmigo y de buen grado para ser, además de mi esposa, una mujer que calentará mi cama porque así lo quiero —y de la que no me interesará tener su corazón como ha dicho, mientras posea su cuerpo y su lealtad—, o de lo contrario ejecutaré estos pagarés que está sosteniendo y que pertenecen a su querido amante, dejando en la calle y sin un céntimo al honorable conde de Luxe.

» Pero si se casa conmigo, perdonaré de inmediato la deuda y destruiré no solo esta copia, sino los pagarés originales. Así el conde no solo conservará su patrimonio sino también su prestigio, su buen nombre y el de su familia. Usted puede salvar a su amor, ese que quise alejar en ese invernadero, pero al parecer no resultó.

» No obstante, por fortuna, encontré la manera de que su debilidad por ese hombre se tornara en mi favor y así quitarlo de mi camino. Si no fue suficiente saber que el conde tenía una esposa de contrato ni que estará en la ruina de hacerla su esposa, tener la posibilidad de llevar a cabo tan noble gesto de verdadero amor y devoción tiene que serlo, ¿verdad?

»La decisión está en sus manos, dulzura.

CAPÍTULO 34

«El amor no se deleita en la maldad, sino que se regocija con la verdad.
Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta».
1 corintios, 13:6,7

Maxwell y Marcus llevaban cerca de veinte minutos aguardando en esa estancia y ninguno estaba precisamente calmado. Todo lo contrario. Marcus porque pensaba que su esposa podría estar en el club buscándolo para decirle que era un tramposo, exponiéndose a más de un peligro, y él porque tenía el temor de que la joven Russell no le hiciera caso y no estuviera donde le pidió que lo aguardara.

En definitiva, las mujeres estaban locas, y él más que desquiciado por no poder terminar con todo aquel asunto y casarse con lady Mary, que era lo único que deseaba. Ya nada más le importaba.

—Si no te detienen, harás un orificio en la alfombra —señaló, y Lancaster, que no dejaba de recorrer la habitación, lo miró de reojo, bufando al verlo sentado tan correcto y elegante como era habitual en él.

—Me entenderás cuando tengas una esposa temeraria y testaruda a la que ames más que a tu vida misma. —Max hizo una mueca, porque a pesar de no poder decir que se sentía exactamente igual, sí que estaba a punto de enloquecer por no poder estar ya unido con la mujer que quería y por saberla en ese lugar, aunque estuviera resguardada—. No sé si sentirme satisfecho de que te hayas echado la soga al cuello tú solo o compadecerte por saber lo que te espera —siguió Marcus, divertido ante su significativo silencio.

Él carraspeó, no dispuesto a admitir que estaba perdido por cierta dama de tirabuzones color ébano y escote prominente. Agotando su paciencia, se puso en pie y se encaminó hacia la puerta.

—De todos modos, espero no perder la decencia de la manera que tú los has hecho abajo. ¿Se puede saber por qué golpeaste en primer lugar a ese hombre? Tus tías no parecían estar siendo obligadas a bailar, más bien se veían más que gustosas por las atenciones que estaban recibiendo. Si no hubieses golpeado al moreno, no estaríamos aquí, yo habría averiguado ya lo que necesitaba saber de Savage y estaríamos rumbo a casa —le reprochó al tiempo que ofuscado soltaba el picaporte que había estado manipulando.

Los habían dejado bajo llave.

Seguían atrapados y estaba empezando a sudar, tenía un mal presentimiento y un miedo irracional haciéndole sentir mareado y con náuseas. Le costaba respirar, y sabía que solo al

comprobar que lady Mary estaba donde la dejó y a salvo, podría deshacerse de aquella sensación. Ella era el oxígeno en sus pulmones y la paz en su alma.

Marcus bufó a su espalda, y tras llevarse las manos a la cabeza, se detuvo y lo miró con sus ojos oscuros destilando una ira inaudita.

—No le di el puñetazo solo por mi tía, sino porque además de que se estaba aprovechando de una dama a la que se le veía achispada, reconocí a ese tipejo. Ya lo había visto antes; la vez que estuvimos aquí con mi hermano y McFire, ¿recuerdas? Lo conozco. He coincido con él varias veces en mis tiempos de juerguista. Si mi reputación es negra, la de él es tenebrosa. Lyon es un crápula de nula moral. Y es quien besó a mi esposa cuando la encontramos aquí dentro esa vez. Sé que él también me reconoció y sabe lo que hizo, vi la burla en sus ojos.

Luxe lo escuchó con las cejas arqueadas y decidió que no replicaría, pues a pesar de haber asegurado que él no perdería así los papeles, si era sincero, no sabía si podía sostener esa afirmación en el caso de ver a su mujer siendo besada por otro hombre. Si casi había muerto al encontrar a lady Mary con Savage en el invernadero, cuando ellos apenas iniciaban su extraña relación, no quería pensar cómo reaccionaría ahora que ya la creía suya en toda regla.

No, mejor no pensarlo.

Dios, tenían que salir de allí.

Su amigo parecía estar pensando lo mismo, porque, extrañado, lo vio acercarse al tocador y empezar a rebuscar entre los objetos desperdigados.

—Creo que forzaré esta maldita puerta, aparta. Lo hacía con mi hermano de pequeño, cuando por las tardes nos dejaban encerrados para que durmiéramos. Nosotros nos escapábamos a jugar en el jardín secreto para luego regresar y fingir que nunca salimos —dijo Marcus impaciente, agachándose para revisar la cerradura.

Solo llevaba unos segundos maniobrando con lo que parecía ser una horquilla femenina, tratando de no hacer ruido, pues sabían que había alguien haciendo guardia del otro lado y de quien se tendrían que encargar entre los dos si lograba abrir, cuando se oyó un alboroto en el pasillo.

Ambos se miraron intrigados y pegaron sus orejas para intentar descifrar la airada discusión.

***

—No puedo abrirle, señor, tengo órdenes expresas de esperar a que vengan a por los señores. No importa quiénes son; así sean los hijos del príncipe se van a quedar ahí. Las órdenes son las órdenes, márchese —ordenó el hombre enmascarado de grandes proporciones que obstruía el acceso a donde Clara sabía que habían encerrado a su esposo y al conde de Luxe.

Ella quería explotar y exigir que los liberaran ya mismo, pero no podía delatar su identidad ni

su sexo o Marcus no la perdonaría jamás.

Así que inspiró para tranquilizarse y decidió dejar de exigir y reclamar al empleado del club y probó otra táctica.

—De acuerdo... ¿John? —aventuró, pensando que el rubio con algunas marcas de viruela en el rostro tenía cara de llamarse así. La idea era parecer amena, inspirarle camaradería masculina —. Sabes que mis amigos no han hecho nada grave, ¿no es cierto? Solo ha sido una pelea de nada, y si los dejas ir, te aseguro que no volverás saber de ellos.

El rubio gruñó, pensando que ya estaba cansado de tener que soportar a esposas remilgadas y celosas de alta alcurnia que se aparecían en el club espiando a sus infieles maridos, y que creían que uno no podría darse cuenta de lo que había debajo de sus ridículos disfraces.

De todos modos, el reglamento determinaba que él debía ser como un fantasma, no tener ojos, lengua ni oídos, por lo que no diría nada para reprender a aquella enclenque. Pero había que ver cómo los nobles podían dejarse engañar tan fácilmente; estaban más ciegos que un topo si esa mujer los había engañado con aquel bigote ridículo y el atuendo que le iba enorme.

—No me llamo John, no puedo decirle mi nombre. Todos aquí usamos un seudónimo, y no puedo dejar ir a los caballeros. Ellos infringieron las normas del club y deben pagar la multa y estar en aislamiento hasta que me den las directivas de sacarlos de la propiedad. —Denegó sin mirar a su interlocutora.

—Interesante, ¿cuál es su seudónimo? ¿Ares? ¿Zeus? —preguntó Clara, tratando de ganarse su confianza. Seguro que si le hacía creer que parecía ser más importante de lo que era lograría lo que se proponía.

El enorme empleado suspiró enfadado, y mirándola molesto, espetó muy cerca de su cara:

—Verdugo, me llaman verdugo. Y ahora, lárguese o lo encerraré también.

Clara tragó saliva y decidió que a situaciones desesperadas tocaban medidas desesperadas. Se encomendó a los cielos, y acto seguido se dejó caer cuan larga era, poniendo especial cuidado en apoyarse en una de sus manos para no impactar en el suelo y golpearse.

Verdugo se quedó paralizado y luego soltó varios improperios que ella no logró comprender. Jamás los había escuchado. No obstante, permaneció inmóvil, como si estuviera realmente inconsciente, rogando que el tipo no se preguntara por qué un hombre se desvanecería de un momento a otro, pero confiando en que no podía dejar a un cliente allí tirado, sin más. Seguro que eso contradeciría su preciado reglamento.

Tras unos segundos en los que el empleado intentó reanimarla, zarandeando su cuerpo con más suavidad de la que había esperado y sorprendiéndola al no patearla para que despertarla como seguro haría con un hombre desmayado, lo sintió ponerse en pie y marcharse presuroso.

Ella no se movió por unos cinco segundos, por si Verdugo la estaba poniendo a prueba, y cuando no oyó nada más, abrió un párpado y espió a su alrededor aliviada de encontrar desierto

el largo pasillo.

—Bendita Mary Anne, tu táctica dio resultado —resolló, levantándose con dificultad. No había tiempo que perder, debía sacar a su esposo y al conde de la habitación antes de que Verdugo regresara con refuerzos—. ¡Hola, Marcus! ¿Me puedes oír? —exclamó en voz alta, al tiempo que aporreaba la puerta usando su tono de voz natural. La garganta le ardía por haber estado forzándola a sonar más grave y gruesa largo rato.

Marcus y Luxe abrieron los ojos impactados al escuchar esa voz conocida, confirmando sus peores sospechas. Fue el primero quien se pegó a la madera y, desencajado, gritó:

—¡Clara! ¿Qué haces aquí?

—Salvarte, esposo. ¿No soy la mejor de las esposas? —dijo la condesa con patente nerviosismo, y tras resonar el improperio dicho por un rabioso Marcus, ella prosiguió—: ¡Anda! Os he dejado el camino libre. El vigilante se ha ido, pero volverá en cualquier momento. Tenéis que forzar la puerta, ¡está con llave!

Marcus se tragó la réplica y metió nuevamente la horquilla en la cerradura.

A pesar de su ira, primaba el alivio por saber que su esposa estaba bien y nada le había sucedido. Eso sí: en cuanto llegaran a casa la haría pagar por todo aquel sufrimiento. Tenía suerte de estar embarazada, porque no le quedaría más remedio que medirse y ser benevolente, no podía desquitarse torturándola placenteramente como ardía por hacer. Pero impune no se quedaría.

Solo dos intentos después, resonó el chasquido que hizo la cerradura al ceder, y apenas la puerta estuvo abierta, Marcus fue arrollado por un cuerpo que se apretó contra él y por poco provocó que terminaran en el suelo.

—Lo siento, quesito, lo siento tanto... Fui una estúpida. Sé que estás muy enfadado, pero perdóname, te amo, y no sé qué me sucedió, hay algo mal en mí, porque la mente se me nubla y no soy capaz de pensar, solo de actuar y... Yo no era así —espetó Clara con ansiedad y tono compungido, colgada del cuello de su esposo. Mientras, llenaba de besos todas las partes que alcanzaba de un estoico Marcus, que con cada caricia parecía perder un casillero más de su ira inicial. Su esposa sabía ponerlo en jaque como nadie.

Maxwell meneó la cabeza, y boquiabierto los observó besarse impúdicamente. Avergonzado, desvió la vista pensando que jamás había asistido a semejante espectáculo. Su amigo no tenía remilgos, al parecer, y poco le importaba estar devorando el falso bigote que llevaba aún puesto su mujer, ni vergüenza por la descarada imagen que estaban dando. Si alguien los veía pensarían que eran de esos hombres con gustos peculiares.

—Debemos irnos —les apremió, asomándose para comprobar que nadie venía. Y como Lancaster estaba reprendiendo a su esposa por haber malpensado de su presencia en El Halcón, Max gruñó y saliendo al vestíbulo dijo—: Vamos, rápido, tengo que buscar a lady Mary y tú a

tus tías.

Los condes parecieron salir de su burbuja de amor, y ruborizados se apresuraron a seguirlo.

***

Mary Anne hubiese querido poder desahogarse y decirle al infame dueño de El Halcón lo que creía del vil chantaje al que pretendía someterla, pero estaba demasiado impactada por aquel giro de las circunstancias, aturdida y desencajada. Sin embargo, un toque en la puerta resonó en el silencio que había precedido a la velada amenaza que Hades había esgrimido.

El castaño no pareció contento con la interrupción, pero de todos modos dio la orden para que quien estuviera del otro lado entrase.

Era el secuaz del marqués, el cual no le dirigió a ella ni una mirada mientras informaba:

—Los pichones se escaparon del nido. Y uno amenaza con prender fuego al lugar si no encuentra lo que está buscando. Hasta el momento he logrado mantener la situación bajo control, pero en cualquier momento los demás se percatarán de lo que sucede.

Hades suspiró, y tras alejarse de ella, que solo entonces pudo respirar con normalidad, se sentó de nuevo en su escritorio y mirándola otra vez dijo con parsimonia:

—Me temo que nuestra conversación deberá posponerse, milady. Pero no se preocupe, mañana mismo haré llegar a su padre una nota en donde le informaré del cambio de planes y en dos días podremos casarnos con una licencia especial. Él estará seguramente feliz, pues ya sabe que su salud se deteriora y quiere verla establecida. Mi casa es lo suficientemente grande para realizar el enlace y el banquete, usted solo deberá ocuparse de hallar su ajuar de novia.

Mary retrocedió, horrorizada por lo que oía. La sensación de pánico recrudeciendo su interior estaba dejándola sin tiempo ni alternativas, y ella se veía incapaz de hallar una salida. No obstante, tampoco se creía capaz de aceptar aquel cruel destino. Moriría de pena.

—No me casaré con usted. Antes le contaré todo a mi padre. No se saldrá con la suya, Savage —replicó ella con resentimiento, apretando sus puños.

Hades solo rio y, tras menear la cabeza, levantó un dedo. Pareció ser una especie de señal que su empleado entendió, porque no demoró en aferrarla de uno de los brazos y comenzar a arrastrarla fuera del despacho mientras ella no dejaba de expresar su negativa.

—Si sabe lo que le conviene, estará en mi casa vestida de novia en dos días, encanto. Y si no, sepa que ese mismo día ejecutare los pagarés y lord Luxe y su familia lo perderán todo. Será su responsabilidad... Solo suya.

—¡Es usted un maldito desgraciado! ¡Lo creí mejor persona! ¡Cuán engañada estaba! —exclamó Mary con la vista nublada por las lágrimas de impotencia.

Al tiempo que era obligada a salir de la estancia, oyó la réplica tranquila del marqués:

—No se crea, solo hago lo necesario. Ya verá que conmigo no le faltará nada y que no soy tan malo. Le puedo asegurar que su padre es mucho peor que yo, y aun así lo ama, ¿no? También me terminará queriendo, dulzura, y no lo olvide... Yo nunca miento.

***

Maxwell se encontraba aprisionado entre el suelo y los pies de tres empleados de El Halcón. No cesaba de removerse, desoyendo los intentos de tranquilizarlo de Marcus y las súplicas de la condesa para que se estuviera quieto. No le dolían las manos que lo sostenían con fiereza, solo quería saber qué habían hecho con lady Mary Anne y hallarla bien, porque de lo contrario derribaría ese lugar piedra a piedra y nada lo detendría.

—¡Deténgase, milord o lo dejaremos inconsciente! —lo amenazó el tal Verdugo cuando Luxe volvió a retorcerse y por poco lograr enviar de trasero al suelo a otro de los guardias para liberarse.

—¡Suéltenme, o no respondo! ¡Aquí había una mujer que es mi protegida, y si se ha ido no ha sido por voluntad propia! ¡Díganme quién la tiene o juro que se arrepentirán! —bramaba colérico.

—Amigo, destrozando el sitio como has hecho con las sillas y los instrumentos no lograremos nada, ya la hemos buscado en el piso inferior. Tranquilízate e iremos al segundo piso —trató de mediar Marcus.

Él hizo oídos sordos.

—¡Suéltenme ya o.…!

—Tranquilo, joven. La muchacha está bajando las escaleras —terció la voz de una de las ancianas Bennet, que habían aparecido junto a ellos mientras buscaban con desespero a Mary. Parecían haber salido de la nada.

—¡Déjenme! —ordenó él ansioso, y repentinamente se vio liberado del peso de los empleados.

Luxe no perdió el tiempo y salió raudo hacia el salón, en donde la fiesta seguía su ritmo ajena a todo. Sus ojos de inmediato dieron con la figura pequeña de su dama, y en pocas zancadas la tuvo entre sus brazos.

Él la estrechó con fuerza, demasiado aliviado como para notar que la joven, que parecía estar de una pieza, temblaba y no respondía su abrazo.

—No vuelva a darme un susto como este. Casi enloquezco cuando regresé y no estaba donde la dejé. Creo que envejecí diez años —murmuró con tono ronco, y siendo consciente de que estaban llamando la atención, soltó a la joven, pero la tomó de la mano para empezar a guiarla con presteza hacia la salida—. Venga, la llevaré a casa. No quiero que siga en este lugar ni un

minuto más. Savage debe estar muy ocupado con alguna acompañante o en el piso de apuestas, de todos modos, ya tengo lo que quería y Lancaster puede salir de testigo. Su padre sabrá de las actividades nocturnas del marqués. Y si se niega a entrar en razón, algo se nos ocurrirá, no se preocupe.

Mary le siguió en completo silencio, respondiendo con ademanes a lo que fuese que el conde estuviera diciendo. Demasiado afectada como para reaccionar de otra manera. No esperaba darse de bruces con Luxe en cuanto pusiera un pie en el salón, más bien había esperado buscar a Clara y rogarle para que se fueran rápidamente.

Lo que le recordaba que no podía abandonarla allí, por lo que forzando su voz a salir y hacerse oír a pesar del nudo que tenía en su garganta y pese al atolladero en el que se había convertido su cerebro, frenó al conde, quien ya estaba ofreciéndole la mano para instarla a subir al carruaje.

—Yo... Lady Lancaster... Ella sigue dentro.

Maxwell se frenó y estudió a la dama con más atención. Notó que ella estaba temblorosa y muy pálida, además de insólitamente callada. Pero no era para menos si se había perdido allí dentro tanto rato. No quería pensar en que le pudieran haber hecho algo, pues cuando se lo preguntó ella negó repetidamente con su cabeza.

Deseaba subir con ella en el carruaje, pero no podía hacerlo. Si la veían llegar en el coche de los Lancaster con él, sin duda se desatarían rumores y comenzarían habladurías. Sería mejor que ella se fuera y él regresara en el coche en el que había ido con Marcus.

—No se preocupe, Lancaster está con ella —le aseguró, y tras sacarse su abrigo y colocárselo a ella sobre los hombros, agradecido de que fuese tan pequeña como para que su saco la cubriera de pies a cabeza, prosiguió ayudándola a subir y luego tomando la mano que sintió fría entre la suya—. Usted vuelva a casa, yo esperaré a los condes y regresaré con ellos. No se preocupe por nada, necesitamos tomar decisiones y por eso hay que hallar la manera de vernos más allá de los cinco minutos que logro pasar con usted en sus salidas diurnas al parque. ¿Qué le parece si mañana por la noche la veo en la velada de música de las Rolay? Allí habrá más oportunidades para que hablemos.

Mary salió de la bruma en la que estaba. Con las palabras de Hades resonando aún en su cabeza, deseó con todas sus fuerzas decirle al conde lo que acontecía. Pero algo la detuvo, tal vez la certeza de que, de decírselo a Luxe, se enfadaría y retaría a duelo al marqués.

Solo de pensarlo sintió una aguda angustia comprimir su pecho. Jamás querría ver al hombre que amaba enfrentado en una contienda de honor con alguien de la calaña de Hades, pues estaba segura de que, si estos se veían frente a frente con un elemento mortal entre ellos, sería el amo de los suburbios londinenses quien acabaría en pie.

No, nunca se perdonaría. Perdería la cordura si, por su culpa, lord Luxe perdía la vida.

Por lo que temiendo que, de hablar, soltaría un angustiado llanto en lugar de palabras, Mary se acercó y depositó un ardoroso beso en los labios de un desprevenido conde que rápidamente la correspondió, dejándole claro que la añoraba tanto como ella a él.

—Ensueño... ¿Qué está sucediendo? ¿Está usted bien? —susurró preocupado en cuanto ella separó sus bocas, mirándola de hito en hito mientras Mary devolvía el escrutinio con dolor.

«Que no quiero perderlo. Que tengo miedo. Que le amo y creo que más de lo que imaginaba, mucho más...».

—Yo... Solo quiero irme a casa. Lo veré en la velada de las hermanas Rolay. Buenas noches, milord.

Dicho eso, Mary se alejó de la puerta y se arropó en el abrigo del conde. Sentía los huesos fríos y el alma helada. No quiso volver a mirar a Luxe por miedo a dejarle ver lo que con supremo esfuerzo estaba tratando de camuflar.

La puerta se cerró tras el saludo del conde, que sonó más apagado, y solo entonces Mary se permitió soltar las lágrimas de angustia y temor.

Ahora no solo su cuerpo se sentía helado, sino también cada recoveco de su ser. Si perdía a Luxe, la oscuridad embargaria su alma por completo.

***

La mañana siguiente llegó y encontró a Mary Anne desvelada y sumergida en el caos.

Su mirada buscó el conjunto de papeles casi esperando que no estuvieran, que todo hubiese sido un mal sueño. Los había llevado consigo sin percatarse, escondiéndolos en su escote en cuanto Luxe la abrazó. Pero allí estaban, justo donde los había dejado antes de derrumbarse en su cama la noche anterior; como un cruel recordatorio de que su futuro peligraba.

No sabía cómo proceder, qué debía hacer. Se encontraba ante un gran dilema: lo que su corazón deseaba hacer y lo que su sentido del honor le decía que correspondía. Un alma generosa y romántica como la suya no concebía hacer pagar al objeto de su amor por los errores de su padre.

Su padre.

Samuel escondía un oscuro secreto, un pasado sombrío que ella jamás hubiese sospechado que existía.

Ella necesitaba, ir, enfrentarlo y rogarle que le explicara lo que estaba sucediendo. Pero la detenía no solo su estado tan delicado de salud, el cual era cada vez más débil, sino el temor de que Savage supiera que había revelado sus intenciones y cumpliese su amenaza.

Por otro lado, su parte racional le decía que no importaba si el marqués decidía ejecutar los pagarés, puesto que de todos modos Luxe había determinado anular el contrato que lo obligaba a

desposar a la sobrina de su acreedor y casarse con ella a pesar de que quedaría en la ruina.

Pero su parte moral insistía en recordarle que eso era antes; antes de que hubiese alternativa.

Hades era el nuevo acreedor, y eso invalidaba no solo ese contrato con sir Roland, sino que sumaba una posibilidad al conde que antes no existía: Luxe no solo no tendría ya obligación alguna de contraer matrimonio con la tal señorita Miller, sino que además podría conservar todos sus bienes.

Pero para que eso pasara, ella debía aceptar el chantaje de Hades y rechazar a Luxe para unir su vida a la del marqués de Savage.

Su corazón le decía que Luxe preferiría perderlo todo, pero ella se sentía en la necesidad de al menos dejarlo elegir, que él supiese que podía conservar su herencia y que fuese él mismo quien decidiera.

Ella podía sacrificarse por amor a él. De hecho, no había nada que no estuviese dispuesta a hacer por la felicidad y el bienestar de su amado. El problema era que no veía la manera de hacerle saber las intenciones de Hades sin que enloqueciera y le exigiera resarcir su honor en un claro al amanecer. Eran caballeros, y sobre todo eran hombres. Ellos solo sabían reaccionar así.

Pero ¿cómo podría ella condenar al amor de su vida, si estaba en sus manos salvarlo? ¿Cómo?

***

Al caer la tarde, Maxwell se alistó para acudir a la velada musical que se daba una vez por temporada en la mansión de las encantadoras, pero desafinadas señoritas Rolay.

Él recordaba haber asistido solo una vez, y sus oídos no tenían halagüeños recuerdos, pero a falta de otro lugar para lo que deseaba proponerle a lady Mary Anne, acudir allí le parecía un pretexto tan bueno como cualquier otro.

Llegó puntual al evento, y tras saludar a los anfitriones, tomó asiento en un lugar que escogió a posta por la utilidad que tendría para sus intenciones. No había podido conciliar el sueño por estar organizando todo en su mente.

Estaba ansioso y nervioso por lo que sería el paso definitivo en su relación con la joven; un paso que debería haber tomado hacía tiempo, pero que no tomó primero por su ceguera y luego por atender a los pedidos de consideración a la situación familiar de lady Mary.

No obstante, no quería que pasara de esa noche. Su paciencia se había agotado, y la impertinente aparición del marqués de Savage no dejaba lugar a más dudas: debía olvidarse de las convenciones sociales y lo que era moralmente correcto y tomar el mando de su vida de una vez.

Hasta se lo había comunicado ya a su hermana antes de salir, y en cuanto su madre estuviera lúcida también se lo diría.

Se casaría con lady Mary Anne. Había enviado a pedir la licencia especial, solo faltaba que ella aceptara y obtener la firma del padre. Para eso había juntado lo que sabía de Savage y todo el patrimonio que le quedaba, lo cual tendría que alcanzar para convencer al duque de darles el visto bueno. Si se los negaba, no tendría más remedio que contrariar a su amada y revelar a lord Essex que había tomado la inocencia de su hija, y si todo eso fallaba, tocaría recurrir al plan de repuesto.

—Buenas noches, milord —le saludó de pronto una voz tan dulce que parecía angelical, haciendo que él saliera de su ensimismamiento y girara a su izquierda en la silla que había dejado libre junto a él y que pensaba invitar a sentarse a lady Mary en cuanto apareciera.

Se topó con una mujer desconocida.

La joven, que lo estudiaba con atención, parecía sacada de un cuento de hadas. Había visto mujeres hermosas a lo largo de su vida, pero nunca había visto una belleza igual. El rostro redondeado de la dama se ruborizó bajo su escrutinio, y en sus enormes ojos azules, que titilaban con inocencia y pureza, apareció un destello de picardía.

Tal vez ella creía que estaba impresionado con su rostro de ángel dorado, pero él estaba más bien contrariado porque no deseaba la atención de ninguna jovencita soltera. Lo que menos quería en ese momento eran más problemas.

—Buenas noches —contestó apartando la vista, consciente de que era en exceso grosero no presentarse ni pedir que ella le dijera su nombre, pero las hermanas Rolay estaban ya alistando sus instrumentos y en cualquier momento darían comienzo al concierto. No había muchos lugares disponibles en donde las personas pudieran hablar sin ser notadas, y él necesitaba que esa dama se fuera para que cuando la que estaba esperando llegara pudiera sentarse.

Lo mejor sería ignorarla, y quizá así se marcharía a obtener atención de otro incauto soltero. No dudaba que ella tampoco le había preguntado su identidad porque sabría quién era él. Las damas solían tener identificados a los partidos disponibles.

—Es usted mucho más apuesto de lo que mi prima me dijo —aseguró la joven con tono cómplice, y él frunció el ceño, nada complacido con su comentario descarado—. No piense que quiero importunar, lord Luxe. Si estoy aquí es porque ya me he enterado de su rechazo y necesito pedirle un favor.

Aquellas palabras, dichas con nerviosismo y un tono de patente desesperación, ocasionaron que Maxwell se tensara y se girara hacia a la rubia dama. No la conocía, jamás la había visto, estaba seguro.

En ese momento, las luces en el salón se atenuaron a la orden de la anfitriona, y mientras los primeros acordes sonaban, él, confundido, le preguntó:

—¿De qué está hablando? ¿Quién es usted?

La muchacha aspiró aire con dificultad, y él notó que, aunque su rostro era casi aniñado, su

complexión era semejante a la de una actriz italiana: sus curvas eran voluptuosas en los lugares adecuados.

—Lo siento, debería haberme presentado desde el principio. Usted no me conoce, pero yo llevo oyendo su nombre toda mi vida —expresó ella con desenvoltura, y como seguramente su cara debía ser una máscara de desorientación, ella sonrió con lo que le pareció melancolía y terminó—: Mi nombre es Amy Miller, y soy, o más bien *era* su prometida, lord Luxe.

CAPÍTULO 35

«El amor es paciente, es bondadoso,
no es envidioso ni jactancioso ni orgulloso.
El amor no se comporta con rudeza, no es egoísta,
no se enoja fácilmente, no guarda rencor.
Si entiendo todos los misterios y poseo todo conocimiento,
y si tengo una fe que logra trasladar montañas,
pero me falta el amor, no soy nada».

1 Corintios, 13:2,4,5.

Mary Anne dedicó el resto del día a vagar por la casa como alma en pena, buscando en su mente atribulada alguna solución a la encrucijada mortal en la que se encontraba.

No había logrado hallar ninguna, por supuesto.

Por la tarde, vencida y con un incipiente dolor de cabeza cada vez más intenso, pidió autorización a su tía para visitar a su padre como hacía a diario.

Esa vez no hubo encuentro fortuito con el conde de Luxe, lo que agradeció a pesar de la tristeza que sentía, puesto que en ese momento no se creía capaz de sostener una conversación con el caballero en la que lograra contener el llanto o callar lo que la atormentaba.

Se casaría en dos días a menos que le contara todo a lord Luxe, y él, de algún modo, encontrara una solución para impedir esa boda, estar juntos y no matar a su padre en el proceso. Además de prepararse para vivir un poco aislados de la sociedad y el estilo de vida que habían conocido hasta el momento y también de manera modesta pero más que suficiente. Ella sabía que prefería vivir sin pisar un salón de baile nunca más, sin vestidos caros, joyas costosas y gustos extravagantes, pero con el hombre que amaba a su lado cada noche y cada mañana. No tenía duda al respecto; de hecho, era su única certeza. Su elección siempre sería estar con Luxe, ese día y siempre.

Sin embargo, no sabía si aquello sería lo justo, lo correcto y lo que el conde preferiría cuando supiera que después de todo podía librarse de la ruina y conservar también su libertad; que ya no estaba obligado a contraer nupcias con la señorita Miller. Aunque por supuesto no podía dejar de reconocer que intuía de antemano cuál sería su elección. Él le había probado que la amaba múltiples veces.

Abrumada y más que agotada, Mary apenas se percató de que ya estaban frente a la fachada

de la casa del duque, y solo cuando la puerta del carruaje se abrió pudo salir de su ensimismamiento y descender ayudada por el lacayo.

Si estaba allí era porque necesitaba respuestas, tenía que buscar la manera de hablar con su padre sin llegar a alterarlo o empeorar su situación de salud. Tenía que hacerle saber que por una supuesta acción de él y de su pasado su vida estaba siendo puesta patas para arriba y su felicidad y paz peligraban gravemente.

Por eso, cuando llegó hasta los aposentos de Samuel, se sintió muy decepcionada al ver que otra vez habían dormido al duque, seguro debido a la intensidad de los dolores que le aquejaban.

Su padre se hallaba recostado en la gran cama con la ropa de dormir puesta. Junto a él, en la mesa de noche, estaba todavía el frasco de láudano que el doctor debía haber utilizado para ayudarlo a descansar.

Acongojada, se acercó despacio y, tras tomar asiento a su lado, se inclinó sobre su progenitor y depositó un tierno beso en el ceño que se formaba en la frente del anciano. Luego rio al notar que otra vez su padre reaccionaba removiéndose y emitiendo un gruñido para luego continuar con su sueño.

Ella estuvo un rato acariciando su abundante melena plateada, y mientras lo hacía, no pudo evitar que las palabras comenzaran a salir a borbotones de su interior.

—Padre... Sé que no puede escucharme, pero igualmente yo... Yo necesito que sepa algunas cosas. Ya hemos tenido esta charla y usted me ha dicho que no quiere oír nada de este tema; que con el compromiso busca mi bienestar y quiere verme asentada y protegida, pero aún así me temo que debo contradecirle esta vez.

» Creo que cometió un gran error al haberme comprometido con el marqués de Savage sin mi consentimiento. Ya sé que usted me dio tiempo suficiente para elegir un marido por mí misma, y que aguardó a que yo lo hiciera por tres años, pero créame que el marqués no es el mejor candidato para ser mi esposo. De hecho, no es el indicado para ser mi esposo ni el de nadie. Él no es quien usted cree. Es un hombre cruel, peligroso e inescrupuloso.

» Padre... Papi, por favor... No puedo casarme con él, y no solo porque puedo probarle que él es un farsante, sino porque no le quiero. Mi corazón le pertenece al conde de Luxe, y también cada parte de mí.

» Sé que seguramente para usted lo que yo siento no es más que algo que proviene de una joven inmadura, y que piensa que lo que siento es pasajero, que algún día cambiaré de opinión y le agradeceré estar casada con un partido seguro que puede darme todo lo que una dama de alta alcurnia requiere... pero no es así. Yo no le estoy hablando como dama, ni siquiera como hija, sino como mujer.

» Soy una mujer que sabe lo que necesita y quiere. Créame que jamás dejaré de sentir esto que siento por el conde de Luxe, porque yo lo quise desde el primer instante que mis ojos se

posaron en él, pero decidí amarlo con el tiempo, con completa consciencia y eterna devoción. Lo amo, lo necesito y lo elijo.

»Padre, por favor, no sea el artífice de mi infelicidad, el causante de mi destrucción. Estoy segura de que usted amaba a mi madre, que me ama a mí y que sabe lo que es sentir esto que llevo tan dentro que ya no puedo arrancarlo, borrarlo porque es parte de mí, porque amar al conde de Luxe es lo que soy. Lo que respiro, oigo, huelo y miro... Es lo que vivo.

»Papi, necesito que despierte pronto, que logre estar de pie más tiempo que un par de horas, y que me ayude a salir de este atolladero. Savage está engañándole, se está burlando de todos, y lo más grave es que dice que usted tiene una gran deuda del pasado con él. Él pretende utilizarme para vengarse, o para obtener algo de usted. Despierte, por favor. No quiero que nada malo le pase, ni ser la responsable de que su salud empeore, mucho menos hacerle daño, pero padre... si no cede, tendré que ser una hija rebelde, desobedecer y contradecir sus deseos. Porque sepa que si puedo tener un futuro junto al conde de Luxe y este así lo quiere, yo siempre escogeré esa opción por encima de todo.

Por supuesto, su angustiante discurso no obtuvo respuesta, y Samuel no se movió ni mostró reacción alguna. Él continuaba inconsciente, inmóvil y ajeno al caos que reinaba en su única hija. Pero de todos modos ella se sintió mejor al haber logrado desahogarse y poder decirle todo lo que guardaba y lo que su padre se había negado a escuchar cuando estaba lúcido.

Aunque claro, hablar a un hombre que no la escuchaba no serviría de mucho. Podía decirse que de alguna manera sacar fuera cada palabra le había servido para sentirse mejor, más repuesta y fortalecida. Un gran peso la había abandonado.

Se levantó suspirando, besó de nuevo al duque y, en el momento que se apresuraba a abandonar la habitación, se topó con la presencia de su nana, a que solo abrazó en silencio y luego dejó para descender al piso inferior y abandonar la mansión, pues solo le quedaba una hora para prepararse y acudir a la mansión de las hermanas Rolay. No se percató de que la anciana frágil y de cabello blanco la seguía con la mirada hasta que desapareció de la vista con un extraño brillo en sus iris opacos.

***

Luxe observó a la rubia joven que tenía a su lado con renovada sorpresa.

No pensaba conocer alguna vez a la que había sido su prometida y la causante indirecta de muchos tormentos. Pero ahora le estaba poniendo rostro y voz, y aunque el resultado era agradable, por supuesto, él solo quería saber qué pretendía aquella dama y por qué motivo aparecía después de semanas de estar desaparecida.

—Es usted la sobrina de sir Roland —inició, volviendo la vista al frente para evitar que

alguien se percatara de la conversación poco correcta que estaban llevando a cabo. Por el rabillo del ojo vio que aún sonriendo la mujer también miraba hacia el escenario en donde las Rolay interpretaban muy mal una pieza clásica, y asentía levemente en respuesta a su pregunta mientras meneaba un abanico—. Su tío me dijo que usted había escapado, y yo asumí que tal vez lo había hecho con algún hombre y que no pensaba regresar. No comprendo por qué me busca, milady, si ya sabe que nuestra unión quedó anulada. ¿Cómo podría yo ayudarla?

Su comentario formulado en un tono poco cortés no obtuvo la reacción que esperaba. La joven no se ofendió ni le reprochó la falta de amabilidad, sino que tras unos minutos de silencio suspiró y murmuró:

—Charlotte ya me había advertido que era usted de un talante poco alegre, pero estoy comprobando que no exageraba. No se preocupe, milord, mi intención no es perjudicarle o insistir en el compromiso al que intentaron forzarnos. Créame que, si hui, fue justamente para escapar de ese matrimonio obligado. Mi tío me mantuvo aislada y encerrada hasta que cumplí la mayoría de edad para evitar que encontrara alguna manera de truncar sus planes, los cuales por supuesto eran casarme con usted y acceder a la nobleza más alta como siempre ha querido. Desde niña se me educó para ser un día la esposa de un conde y crecí sabiendo que pertenecía a un caballero desconocido. Por fortuna, y con ayuda de Charlotte, pude fugarme en cuanto Roland tuvo que dejarme salir de mi jaula para presentarme en sociedad.

» He estado todo este tiempo escondida, y ahora que supimos que el contrato quedó obsoleto y ya no tiene caso seguir huyendo, es que decidí buscarle y pedirle un favor. Sé que usted puede negarse, claro, pero, así como me informaron de su poca predisposición para las bromas, también me dijeron que es usted un hombre honorable, milord. Por eso confío en que usted me ayudará.

Luxe oyó todo aquello en pasmado silencio. Confuso, inquirió:

—¿Quién es Charlotte y como es que le habló de mí?

La señorita Miller sonrió y, con gesto cómplice, le señaló hacia un costado de la estancia en donde se hallaban apostadas las damas de compañía y matronas. Allí se encontraba una joven de cabello castaño y complexión muy menuda. Vestía con excesiva sencillez, pero los miraba con ojos inteligentes y una mueca divertida.

—Es mi prima, hija de sir Roland. Ella ya es una solterona para la sociedad —siguió diciendo la rubia asombrando más Luxe, que había pensado que la desconocida mujer no tenía más de quince años por lo pequeña que era— y eso la ayuda a colarse en muchos eventos sin apenas ser notada. Charlotte ha estado tras su pista, milord, ya que antes de tomar la drástica decisión de huir, ambas convenimos en que era mejor primero conocer a quien sería mi esposo y, en caso de no ser alguien detestable sino aceptable, podría quizás reconsiderar la idea de mi tío.

Maxwell apartó los ojos de la castaña y miró a su ex prometida con las cejas arqueadas, sin saber si sentirse o no ofendido ante lo que estaba diciendo. Ella había terminado huyendo, lo que

daba a entender que el veredicto sobre su persona no había sido el mejor.

—Oh, no se sienta insultado, milord —se apresuró a decir ella, tras soltar una risa baja—. Por supuesto que Charlotte pudo comprobar que era usted un caballero en toda regla y un partido más que aceptable; más bien un gran partido. Pero también me dijo que vio con sus propios ojos que usted estaba interesado seriamente en otra dama, y que al parecer ella correspondía a sus sentimientos, por lo que consideré que era mejor mantenerme fuera del alcance mi tío, y regresar cuando usted ya hubiera hecho su esposa a esa dama. No hemos oído noticias de su enlace. ¿Acaso no se ha casado, milord?

Luxe, boquiabierto, negó varias veces pensando en que su manera relajada y sincera de hablar le recordaba a lady Mary, pero claro que esa joven, aunque muy bonita, carecía de la chispa, simpatía, brillo y desparpajo que su dama destilaba a raudales. Además de un descaro e irreverencia que le enloquecía tanto como le encandilaba.

—No aún, pero pienso hacerlo a la brevedad. De hecho, fue un placer conocerla, pero estoy esperando a dicha dama y en cualquier momento llegará, entonces... —contestó un poco tenso, insinuando que debía dejarlo.

—No le robaré mucho más tiempo, milord —atajó ella con un ruego implícito—. Está claro que es usted un hombre enamorado, por eso solo permítame contarle una breve historia; luego usted decidirá si quiere ayudarme. Le prometo que quedaré en deuda con usted eternamente y que podrá contar asimismo con mi colaboración y la de mi prima para lo que usted requiera.

***

Mary Anne llegó a la mansión Rolay un poco más tarde de lo que había previsto. El concierto ya había iniciado. Dejó a su tía junto a la puerta de entrada conversando con la anfitriona, poniendo la irrisoria excusa de no querer perderse más del encantador repertorio.

Lo cierto era que ya desde fuera se podía escuchar a los instrumentos de las hermanas chirriar de manera espantosa, pero en su estado de nerviosismo y anticipación, apenas prestó atención a ese detalle.

El salón en donde se llevaba a cabo el número estaba apenas iluminado, y por unos segundos no logró encontrar al objeto de todos sus desvelos entre los presentes.

Pero cuando lo hizo, su corazón se saltó varios latidos.

Lord Luxe estaba sentado en una de las últimas filas de asientos. Se veía más que apuesto vestido de negro como parecía gustarle, su cabello oscuro estaba peinado hacia atrás despejando su rostro anguloso y podía entreverse que se estremecía de manera imperceptible cuando alguno de los instrumentos era aporreado con excesivo desatino.

El conde no se percató de su presencia hasta que, envalentonada, Mary caminó hacia él

aparentando desinterés y se dejó caer con gracia en el asiento vacío que seguramente había reservado para ella.

De inmediato sintió su intensa mirada sobre ella recorriendo cada centímetro de su cuerpo de manera tal que pareció estar acariciándola y prendiendo fuego cada porción de su piel mientras fingía estar disfrutando de la música como hacían los invitados.

—Lady Mary, me complace que haya venido. Creí que algún contratiempo le haría imposible presentarse —susurró Luxe muy cerca de su oído cuando la melodía de una canción finalizó y la concurrencia, luego de un horrorizado silencio, prorrumpía en renuentes aplausos.

—Buenas noches, milord. Nada me impediría venir a su encuentro —respondió acalorada, abriendo su abanico para recuperar la compostura que la cercanía peligrosa y seductora del hombre le estaban robando.

—La esperaré, en cuanto acabe la siguiente pieza, en el invernadero. Podrá encontrarlo muy fácilmente. Ensueño, no me haga esperar demasiado —continuó con una tan voz ronca y suplicante que ocasionó que ella se estremeciera y, nerviosa, balbuceara.

—¿Como sabe de la existencia de ese sitio?

Luxe inclinó la cabeza a modo de saludo formal, y antes de levantarse, afirmó con expresión sardónica:

—Secreto de caballeros, querida.

» No tarde, necesito hablar de lo que haremos para evitar su compromiso... y también mi dosis de Mary y Anne, o juro que desfalleceré antes de que termine este cuento.

Mary parpadeó, viéndole alejarse. Mientras, la siguiente melodía era ejecutada por la menos talentosa de las Rolay —pero también las más despierta y quien parecía darse cuenta que todos allí estaban padeciendo su falta de destreza musical, a juzgar por su cara de resignación y mejillas sonrojadas—, se preguntó qué había querido decir lord Luxe al final, pensando en que quizás su príncipe había sucumbido a la locura.

De todos modos, poco le importaba. Ella solo ardía por estar entre sus brazos otra vez. Lo necesitaba tanto como él a ella. Incluso más.

Mary Anne se concentró en la pieza que estaban ejecutando las cinco hermanas Rolay, la cual recordaba haber oído en otra velada musical, pero que estaba siendo vilmente ultrajada por las damas.

El resto de presentes parecían igual de mortificados, pero nadie se atrevía a hacer un mal gesto o a manifestar su disgusto, ya que todos en la sociedad habían compartido las clásicas noches de concierto musical que, una tras otra generación, Rolay brindaba, y por eso era casi una tradición asistir a la velada que se organizaba una vez por temporada. Lo cierto era que las señoritas Rolay despertaban la simpatía en todos los que las conocían, y también era probable que ser una de las familias más respetadas y antiguas de la nobleza tuviera que ver mucho en la

tácita tolerancia de la aristocracia.

Al unísono y con la nota final de los aplausos, y antes de que la más delgada y entusiasta de las hermanas, la cual tenía a cargo el piano, iniciara la próxima pieza, Mary se puso en pie y, con discreción, se escabulló del salón, no sin antes asegurarse de que su tía se encontraba junto a las matronas entretenida en una conversación con la duquesa viuda de Stanton.

Ella nunca se había aventurado más allá del sector en donde se ubicaba el tocador de señoritas, pero tal y como el conde le había señalado, le fue fácil hallar el camino hacia el invernadero.

Como se esperaba, la bóveda de cristal estaba sumida en la oscuridad, ya que era en invierno cuando se la daba el uso pertinente, y ella comprendió el motivo por el que Luxe lo escogiese para su cita, ya que mientras Mary apuraba los pasos ajustando contra su cuerpo el chal de cachemira de color aguamarina a juego con el vestido de seda para cubrirse de la brisa nocturna, podía apreciar que nadie rondaba el desierto lugar.

Aunque por supuesto dentro había plantas, flores y abundante vegetación, que a pesar de estar en otoño se mantenían pulcramente cuidadas.

Mary cerró la puerta de hierro tras de sí y se encaminó con tiento por el pasillo central debatiendo en su interior si debía llamar o no al conde en voz alta, pues pensaba que sería imprudente hacerlo si por algún infortunio alguien más había concretado alguna cita en la enorme estancia de vidrio.

Sin embargo, no tuvo que tomar una decisión, porque en ese momento fue atraída por el brazo izquierdo. Antes de poder parpadear se encontró acorralada entre una pared de follaje y un cuerpo alto, fibroso y agitado.

Su corazón se agitó de inmediato ante la presencia conocida, y un poco aturdida elevó la cabeza y se topó con los ojos verdes de Luxe, que la miraban con un ardor tan encendido que parecía que en lugar de estar casi en penumbras estuvieran iluminados por un gran candelabro.

Mary no pudo reprimir el deseo de soltar su chal y tocar la mejilla del conde, quien ladeó su cara en busca de la prolongación de ese contacto y besó su palma enguantada con ferviente devoción.

—Ensueño, la he añorado tanto... No sabe cuánto —murmuró Luxe con tono gimiente. Ella sintió el calor saturar cada poro de su cuerpo y sus terminaciones encenderse como la henna al fuego cuando, sin más, él aferró su barbilla y tomó su boca con la suya en un beso desesperado.

Durante los minutos que transcurrieron no hubo necesidad de promesas ni explicaciones, pues ambos necesitaban expresarse de aquel modo milenario y ancestral con el lenguaje del amor.

Las palabras fueron reemplazadas por sonidos de pasión desatada y deseo manifiesto. Sus jadeos, gemidos y caricias fueron *in crescendo* hasta que ninguno tuvo conciencia del espacio y el tiempo, el cual siguió su discurrir al igual que la fiesta y la vida fuera de aquellas paredes de

cristal mientras en el interior, dos cuerpos, dos almas y dos seres se fundían en uno solo, alimentados por la ilimitada necesidad de entregarse uno al otro, de amarse sin límites ni prohibiciones.

Se amaron con voracidad, reclamando y poseyendo todo lo que sus bocas besaban, sus manos tocaban y sus sexos deseaban, y dominados por la locura del deseo, disfrutaron de la dulce entrega de dos amantes enamorados.

Cuando el éxtasis más sublime estalló en lo profundo de Mary Anne, su cuerpo por entero tembló. Agitada y saciada, se aferró con sus piernas y brazos a Luxe, quien al tiempo que arremetía contra ella con fuerza y dureza una última vez, la sostenía contra él abrazándola como si temiera desvanecerse de pronto.

Buscando aire, su pecho se contrajo al igual que su corazón, que mientras sentía al conde en lo profundo de su intimidad y en cada beso había parecido sanar sus partes rotas, pasado el arrebato de pasión, volvía a resquebrajarse al recordar que nada había cambiado y la realidad seguía tal y como recordaba. En un día más la esperaba un casamiento que no deseaba con un hombre que no quería, el cual pretendía unirla a él valiéndose de un vil chantaje para vengarse de alguna afrenta del pasado que su padre había cometido contra el.

Ella no fue consciente de que el llanto había tomado el control de sus emociones desbordadas, por eso se sorprendió cuando el caballero salió de su interior y, con manos temblorosas, procedió a acomodar sus pololos, enaguas y la falda de su vestido, al igual que resguardó sus senos que sobresalían del corpiño del mismo.

—Milady, lo siento, perdóneme, por Dios santo, la he tomado como un salvaje incivilizado. Le juro que no era mi intención llegar hasta el final, yo perdí la cabeza porque... ¡Diantres! No llore, mi amor, dígame: ¿la he lastimado? —comenzó Luxe tras tomar con suavidad su barbilla y barrer con las pupilas angustiadas cada rincón de su cara.

Mary se apresuró a negar con la cabeza. Con esfuerzo reprimió el sollozo que pugnaba por salir para tranquilizar al caballero, que la escrutaba con expresión de ansiedad y culpabilidad.

—No, no, no me ha lastimado en ningún momento, milord. No es eso, yo disfruté de nuestro... intercambio —balbuceó avergonzada, bajando la vista.

—Entonces ¿por qué está llorando, milady? Por favor, no lo haga. Cada lágrima suya es como un puñal en mi estómago —rebatió Luxe con pesar, y mientras secaba con los pulgares los surcos que mojaban su rostro, prosiguió—: Dígame qué la angustia, si es su compromiso con ese rufián no se preocupe, estuve haciendo planes con lord Lancaster y hemos trazado uno efectivo. Venga, acompáñeme; tomaremos asiento en ese banco y le explicaré.

Mary se dejó llevar por el conde mientras pensaba a toda velocidad en la manera de revelarle que pretendían casarla en poco más de veinticuatro horas sin tener que admitir el chantaje de Hades, pues estaba segura que de saberlo Luxe se enfureceria y retaría duelo al marqués.

No, no podía permitir aquello.

Una vez estuvieron acomodados, Luxe la instó a mirarle y dijo con entusiasmo:

—He reunido pruebas suficientes para lograr que su padre sepa de las actividades clandestinas a las que Savage se dedica. Estuve trabajando desde que la vi con usted en Navidad, ya que sospeché de él, y mis investigaciones dieron su fruto. Estoy seguro de que el marqués tiene alguna clase de sociedad secreta con personajes de dudosa reputación, que frecuenta antros y participa en apuestas clandestinas. Todo esto pienso presentárselo a su padre en cuanto usted me consiga una cita, ya que es imposible concretar una por mí mismo por su estado de salud. Y en el caso de que el duque dude de mi palabra, Lancaster está dispuesto a salir de testigo de la veracidad de mis descubrimientos y aportar lo que él mismo vio cuando estuvimos en El Halcón.

Mary asintió apesadumbrada.

Su idea era buena. En otras circunstancias podría haber dado un resultado positivo, y por supuesto lograr que Samuel cancelara su compromiso con Savage. Pero en su situación actual dudaba de que sirviera para ese fin. Su padre no estaba consciente, y de todos modos la boda ya estaba preparada, todo concertado y listo. Restaba un día para el enlace; no había tiempo para anular legalmente el papeleo ya firmado por su padre y el futuro esposo.

Solo que lord Luxe no lo sabía.

Un suspiro trémulo escapó de su garganta, y mientras percibía que sus rodillas temblaban, Mary buscó en el bolsillo interior de su vestido un pañuelo para adecentar su aspecto y dilatar el terrible momento en el que le diría la verdad al conde.

Nerviosa, estiró la tela y procedió a secar las lágrimas y a limpiar su nariz de manera ruidosa ajena a la perplejidad con la que la observaba el caballero, y a la mueca de hilaridad que aparecía en sus apuestos rasgos.

—Disculpe, pero no puedo evitar preguntar si ese pañuelo que está utilizando es de su propiedad, pues me parece conocido. —La sorprendió insinuando Luxe. Avergonzada, Mary quitó la tela de su nariz y revisó cuál estaba usando.

De inmediato, su cara y pecho se colorearon de un rojo intenso, delatando así uno de sus secretos mejor guardados.

—Yo... Juro que pensaba devolverlo algún día —barbotó, consternada por el bochorno de haber sido descubierta utilizando el pañuelo de un caballero y, peor: del que estaba enfrente, y por habérselo dejado perdido—. Tome, por fin puedo dárselo. Gracias por segunda vez, milord —siguió nerviosa, extendiendo la empapada y arrugada tela.

Luxe hizo una mueca extraña, y mientras cerraba la mano de ella en torno a su pañuelo, la empujó levemente al tiempo que negaba con secreta hilaridad.

—No, mejor quédeselo, me complace ver que lo ha conservado todos estos años, Ensueño —comentó con evidente satisfacción, provocando que ella se sonrojara más aún.

—Lo recuerda... —murmuró Mary asombrada, pues no creyó que el conde tuviera presente el momento en el que se conocieron y él le hizo entrega de su pañuelo. Habían pasado casi cuatro años.

—Por supuesto, recuerdo todo sobre usted tanto despierto como dormido —afirmó con tono pícaro.

Y ella le miró boquiabierta por presenciar aquella actitud juguetona y bromista.

Una sonrisa enorme y enamorada se formó en su cara, y el conde no perdió la oportunidad de inclinarse y robarle un beso tierno pero ardoroso.

Mary suspiró de nuevo, aunque esta vez de alegría, pero en cuanto perdió el contacto con sus finos y seductores labios, el peso de la realidad la golpeó de nuevo.

Maxwell, aún enternecido por el descubrimiento del souvenir que su dama guardaba después de tanto tiempo, fue testigo de cómo la felicidad iba borrándose de sus dulces rasgos hasta que las sombras y la tristeza tiñeron su semblante.

Quiso hacerle muchas preguntas, pero decidió que sería mejor esperar en silencio a que ella se abriera a él y se desahogara antes de presionarla para que hablara.

Por fortuna, lady Mary no prolongó la tortura demasiado.

—Lord Luxe, debo decirle algo. —Aquellas palabras bastaron para que el deje de gozo desapareciera de su cara, y sus orbes claros la miraran con atención y seriedad—. Espero que no se moleste. Yo lo sé desde ayer... Quería decírselo, pero no hallaba la manera adecuada. Temo su reacción y también lo que pueda pasar con la salud de mi padre. Yo... —dijo con atropello, buscando infructuosamente el modo de sincerarse. Tras interrumpirse para tomar aire, compungida completó—: Lord Savage consiguió una licencia especial, y aprovechando que mi padre no está en forma para detenerlo, me informó de que nos casaremos en su mansión... pasado mañana.

—No. ¡No! —Negó él con furia, incapaz de aceptar lo que ella decía con el aplomo habitual. Lamentando contrariarla, repitió la negativa sintiendo que todo el aire escapaba de su cuerpo—. ¡No, eso no sucederá! No lo permitiré, claro que no. Su padre sabrá mañana mismo que nosotros hemos intimado, que yo soy el que arrebató su virtud, y eso ante la ley me da derecho... Pero, aunque así no fuera, no permitiré que nos separen. Yo la amo y sé que usted me ama a mí.

Mary soltó un nuevo sollozo, lo que ocasionó que él perdiera del todo la compostura y, tras asirla de sus brazos con cuidado de no lastimarla, exigiera saber con angustia:

—¿Estoy en lo cierto? Usted me ama tanto como yo a usted, ¿verdad? ¿O es que está diciendome todo esto porque desea que esa unión se lleve a cabo? Porque si es así...

—¡Claro que no! Jamás podría yo desear casarme con el marqués. —Negó Mary con rotundidad, devolviendo el alma al cuerpo de Luxe.

Pero sintiendo aún un resto de desconfianza, arguyó:

—Entonces ¿por qué me parece entender que está usted resignada a ese casamiento? ¿Por qué no me está suplicando que haga algo para impedirlo?

—Porque... —inició la dama, que había apartado la vista de la suya. Tras tragar saliva lo enfrentó y sus ojos cafés se empañaron cuando siguió—. Porque lord Savage tomó posesión de los pagarés de sir Roland y me ofreció la posibilidad de evitar su ruina si accedo a convertirme en su esposa. Y yo... Yo he pensado que tal vez debería aceptar por el bien de usted y de su familia.

»Está en mis manos salvarlo, milord.

Si antes había tenido un puñal clavado en el centro de su pecho, dificultándole respirar, en ese instante sintió que lo herían de muerte. Y en lugar de querer borrar ese dolor, lo que deseó fue enterrar ese puñal más adentro para así lograr arrancar aquel sufrimiento de su alma.

Pero a pesar de su tormento, entre los restos moribundos de su sueño de vivir junto a la mujer que amaba, apareció un letal y poderoso sentimiento de odio e ira sin antecedentes en él. Por lo que temiendo perder la cordura, Max soltó a la dama a la que había estado mirando de hito en hito y se alejó de ella lo suficiente para buscar devolver el aire y la sensatez a su ser. Ya que, en ese instante, primaba en él una salvaje necesidad de buscar justicia y venganza.

—Así que... —inició cuando logró calmar sus ansias asesinas—. El infame de Savage pretende chantajearla.

—Luxe... Por favor, no haga nada. Sé que está deseando cobrarse este atroz ultraje, pero le ruego que no lo haga, no soportaría que algo malo le sucediera. De todos modos, mi padre no se recuperará a tiempo de poder anular el contrato matrimonial. Le han estado administrando láudano hasta dormirlo, y cuando despierte no estará en condiciones de llevar a cabo la anulación, pues las dosis lo dejan atontado y desorientado por unos días más —rebatió acongojada, y al final, con tono quebrado, terminó—. Es demasiado tarde.

Luxe apretó los puños con fuerza, y al oír sus palabras de rendición, giró y, con ímpetu y locura, se arrodilló frente a la dama, la tomó de los costados de su cabeza, la pegó a su cara y, desperado, espetó:

—No, no me diga que es tarde. Olvide lo de mi fortuna, a su padre y al maldito del marqués. Nada de eso importa, ¿me oye? Me niego a renunciar a usted, no podrán alejarme de su lado. Necesito que lo entienda. Solo interesa una cosa, y solo si me confirma lo que le preguntaré, es que estaré dispuesto a todo sin importar nada más en este mundo.

»¿Me ama?

Ella cerró los ojos, e impotente, él vio las lágrimas mojar su rostro redondo una vez más.

—Luxe... Lo amo más que a nada. Lo amo con todo lo que soy, sin medida. Lo amo más allá de la vida y más allá de la muerte, para siempre.

Maxwell se conmovió como pocas veces lo había hecho, y sobrecogido por la intensidad de

sus sentimientos, secó las lágrimas que salían sin cesar de sus ojos, que ahora abiertos lo miraban solemnes.

La emoción le embargó, y tras pegar sus frentes, murmuró con desbordante amor:

—Huye conmigo, Mary Anne. Tómame fuerte de la mano y escapemos de todo y de todos. Dime que sí y huiremos mañana al anochecer.

CAPÍTULO 36

«Yo pude escoger no amarlo, pude olvidarlo como el invierno olvida y deja atrás el otoño, pero nunca quise apartarlo de mí.
Mi elección fue quererle, ser su eterna enamorada, ser su aliada, su amante y su compañera.
Muchas veces quise arrancar este sentimiento, no lo dude, mas en lo profundo de mi corazón siempre supe que terminaría regresando.
Uno puede huir de sus sentimientos, escapar de la realidad de su vida, pero sin importar cuán lejos corra, por las noches allí estarán los fantasmas y la conciencia.
No tengo razón más que para entregarme a este afecto.
Mi voz interior solo me habla de ti, mi cuerpo respira tu nombre, muerta o viva, sé que estoy destinada a pertenecerte.
La esperanza de mi alma, está hecha de tu mirada y tu piel.
Sé que el amor es un regalo, y que amar es un privilegio.
Largo fue el camino, ardua la lucha, eterna la espera y heroica la victoria.
Sin embargo, cada instante valió la pena, cada lágrima y cada suspiro fueron parte de las letras de nuestras memorias.
No fue un cuento perfecto, fue una historia épica; no hubo héroes ni heroínas, solo simples mortales que fácil erran y sencillamente sueñan, quieren y anhelan.
Tengo la ilusión de que algún día, si alguien lee estas palabras, sepa de nuestras vivencias, nuestras aventuras, y la moraleja.
Puede que jamás encuentren un príncipe gallardo, ni sean las princesas virtuosas; que es probable que no vivan un cuento de hadas perfecto, y el felices para siempre sea más bien una utopía.
Pues la vida es una batalla constante, no hay prosperidad sin sacrificio ni risa sin llanto.
Sin embargo, hay recompensa para todos aquellos valientes que estén dispuestos a pelear, a no rendirse y a brindarse sin condiciones, dando más que recibiendo.
Ciertamente, hay una promesa de dicha absoluta para quienes vivan amando».

Extracto de la libreta de lady M.G.

Antes del amanecer, un carruaje tirado por cuatro briosos y cansados caballos se detuvo frente a una mansión de la que emergió un hombre cubierto con una gran capa y un sombrero.

El caballero se acercó presuroso hasta el coche y con rapidez se coló por la puerta que había

sido abierta desde el interior lo suficiente como para que su cuerpo entrara.

—Ya era hora, pensé que llegarían antes. Un día más y todo se hubiese echado a perder —dijo a modo de saludo, quitándose el sombrero.

—Hubo días de lluvia, tuvimos que parar varias veces por el camino a pernoctar, pero ya estamos aquí. En cuanto recibimos la nota nos pusimos en marcha —explicó el ocupante del carruaje, y su acompañante asintió confirmando sus excusas.

—¿Y bien? ¿Pudieron hacer lo que acordamos? —preguntó expectante el primero.

Ellos se miraron sonriendo con satisfacción.

—Por supuesto, todo está listo.

***

Un día soleado en el habitualmente gris cielo londinense era siempre bien recibido por una persona de naturaleza inquieta y aventurera como era la de Mary Anne, pero aquella mañana ella solo pudo reaccionar soltando la pesada cortina de la ventana de su alcoba y suspirar atribulada.

Sobre la mesa del cuarto ubicada junto a la ventana estaba aún sin tocar el desayuno que la doncella le había subido, y ella iba y venía por el reducido espacio echando de reojo miradas aprensivas hacia el pequeño baúl que tenía abierto sobre la cama.

Había aceptado la propuesta de Maxwell, como él insistió en que lo llamara a partir de entonces. Y en cuanto la luna asomara y el reloj diera la medianoche, ella huiría con él.

Escaparían solo unos días, lo suficiente para darle a su padre la oportunidad de mejorarse y en cuanto les dieran la noticia de que Samuel estaba lúcido, el conde pensaba obtener la autorización para casarse con ella con una licencia especial.

Por supuesto, su reputación estaría arruinada, pero teniendo en cuenta que de todos modos la quiebra de la familia Grayson los marginaría de la sociedad indefectiblemente, aquello era solo un mal menor.

La cuestión era salir de la ciudad para evitar que Hades la obligara a casarse. Ella no le había revelado a Maxwell la verdadera identidad del marqués de Savage, temiendo que aquella información instigara a Luxe a denunciarlo públicamente y luego Hades tomara represalias que pudieran llegar a ser mortales. Ella temía al dueño de El Halcón, se tomaba muy en serio su amenaza, y por eso había decidido mantener su secreto al menos un tiempo más.

Lo definitivo era que, estando lejos, el marqués no podría obligarla a contraer nupcias ni podría encontrarla y llevarla a rastras hasta el altar, algo de lo que lo creía muy capaz.

Por supuesto podían escaparse hacia Escocia y casarse allí, en donde no necesitarían permiso de nadie, porque era el sitio al que se dirigían las parejas a unirse en matrimonio sin tener que contar con la firma de sus tutores o progenitores en caso de no alcanzar la mayoría de edad,

como era el suyo.

Pero Mary se negaba a hacerle eso al duque, ya que estaba segura de que su padre despertaría antes de que pudieran emprender el largo viaje de regreso y podría morir del disgusto y la conmoción al enterarse de que se había fugado a Gretna Green.

De todos modos, la decisión estaba tomada, y era por supuesto lo más temerario que haría en su vida. Tiraría su buen nombre, su honradez y las normas del decoro por la ventana en cuanto pusiera un pie fuera de la casa, pero teniendo en cuenta que Maxwell estaba sacrificando mucho más solo por amor a ella, Mary no podía más que estar a la altura.

Ambos lucharían por estar juntos, y estando unidos podían con todo el mundo.

Su amor era mucho más fuerte.

No le tomó demasiado tiempo disponer de las pocas pertenencias que llevaría para estar ese par días fuera de la ciudad, lo cuales serían determinantes en su futuro.

Ropa de dormir, dos recambios de vestidos, una capa de abrigo, su cepillo y poco más.

Después del almuerzo se sentó a escribir una breve nota en donde le explicaba a Clara lo que pasaba, porque seguramente la noticia de su fuga se extendería como pólvora y no quería que su amiga entrara en pánico. También redactó otra misiva para su nana, donde le rogaba que no se enfadara y le contaba del amor y respeto mutuo que se profesaban Luxe y ella, que atrás había quedado el daño que le había hecho Luxe y del que la anciana estaba al tanto. Terminaba pidiéndole que cuidara de su padre.

Sin percatarse de que ya caía la tarde, estaba dirigiéndose hacia el escritorio para tomar también su libreta de pensamientos —de la que no se separaba jamás— cuando la puerta sonó y ella tuvo que lanzarse hacia la cama para esconder el baúl de la vista de quien estuviese llamando.

Una vez hubo alejado la prueba de su próxima fechoría, se dirigió hacia la entrada y abrió la madera, sintiendo su corazón palpitar frenéticamente como si el regio mayordomo pudiese adivinar sus planes estando del otro lado.

—Milady, tiene visita —le informó el hombre en cuanto ella le dio permiso.

—¿Visita? —inquirió sorprendida. Y de inmediato pensó que se trataba de Clara, a quien no había vuelto a ver desde su escaramuza en El Halcón. Ya había pasado todo un día, era extraño que no se hubiese comunicado antes con ella—. Dígale a la dama que enseguida bajo.

El sirviente, que parecía pretender añadir algo más, se interrumpió y, tras hacer una venia, salió presuroso a cumplir su orden. Mary regresó a su cuarto, revisó su imagen en el espejo, constatando que el peinado que le había hecho la doncella por la mañana estuviera aún presentable, y luego abandonó su alcoba.

La visita de Clara era un poco inoportuna, pero también indicada, ya que así podría explicarle los planes que tenía en persona y no por escrito.

Estaba convencida de que su amiga la apoyaría, aunque le rogaría prudencia: era indispensable mantener en secreto su fuga, y por eso habría preferido que la condesa no estuviera ahí.

Mary esperaba verla sentada en el salón de visitas en alguna extraña pose debido a su vientre abultado. No obstante, en cuanto cruzó el umbral, la broma que tenía preparada se atascó en su garganta, al igual que el aire.

Quien la esperaba no era la condesa de Lancaster, sino una dama muy diferente.

Su porte era elegante, sobrio, y sin duda fino, pero también rígido y estirado, casi severo. Como el moño que mantenía sus cabellos oscuros tirantes sobre lo alto de su cabeza, destacando un largo cuello de piel muy clara y pálida.

De perfil, mirando hacia la calle, era una extraña, mas cuando sintió su presencia y se giró hacia ella, Mary pudo reconocerla, aun cuando la última vez que la había visto fue el año en el que la presentaron en sociedad. De todos modos, sus rasgos le eran familiares y cercanos.

—Buenas tardes, lady Mary Anne, lamento importunar con mi presencia, pero necesitaba conversar con usted. Es de suma urgencia —dijo con voz firme y orgullosa como toda ella. Su expresión era seria, como las ojeras que a pesar del polvo de arroz sobresalían en su cara.

Ella estaba tensa. Los nervios estrujaron el estómago de Mary, ensombreciendo su alma con un mal presagio que le erizó la piel.

—¿Quién es usted? —rebatió acercándose con lentitud hacia la mujer. A una distancia más corta denotaba en su rostro las huellas que dejaba el paso del tiempo, evidenciando que tenía mucha más edad que ella, aunque no demasiada—. Tome asiento, por favor.

Quería que le confirmara su identidad, a pesar de que no era necesario; reconocía a la que hacía cuatro años había sido una de las solteras más hermosas y legendarias de la nobleza. Una reina que al parecer se había quedado sin corona.

***

Pocas veces en su vida, el honorable conde de Luxe, reconocido por su pulcritud, templanza e imperturbabilidad, se había sentido así, como si estuviera a punto de lanzarse por un profundo abismo, con náuseas y las palpitaciones de su corazón errático.

Estaba muerto de miedo, sí, pero también emocionado y ansioso, desesperado y frenético, deseando que las agujas del reloj pudiesen avanzar más rápido y no de aquella manera tan lenta.

Solo quince minutos le separaban del inicio del resto de su vida.

Su equipaje estaba preparado aguardando dentro del carruaje que los llevaría a la propiedad del campo de Lancaster, a quien, por supuesto no había podido develar todos los pormenores de su plan, ya que junto a Mary habían decidido contarles a sus amigos todo cuando estuvieran lo

suficientemente lejos de Londres. Nadie estaba al tanto de su plan, ni siquiera su familia, y era lo mejor porque no querían que nada se estropeara.

Así que solo le había solicitado a su amigo que le permitiera quedarse un día o dos en su propiedad de retiro, y cuando Marcus, extrañado, le había preguntado a qué se debía su petición, tuvo que buscar alguna irrisoria excusa.

Maxwell abandonó la casa justo unos minutos antes de que las campanadas de medianoche resonaran por las calles de la ciudad.

Su casa no quedaba demasiado lejos de la mansión de lady Campton, y por eso cuando aún se oía el eco del sonido de las campanas, el carruaje se detuvo a unos pocos pasos de la entrada de su destino.

Era donde habían acordado encontrarse, en la parte trasera de la mansión, la que solía usar la servidumbre. Mary usaría la puerta que daba al patio de servicio, recorrería el angosto callejón que lindaba con la mansión junto a esta, y allí estaría él aguardando para emprender el viaje.

Él casi había imaginado que la vería agazapada en un rincón donde las farolas de la calle no iluminaran, esperándolo aparecer ansiosa.

No fue el caso, y después de unos diez minutos de espera, él comenzó a preocuparse.

La dama no salía, y tampoco parecía haber movimiento en el interior de la casa.

No obstante, nadie podría convencerlo de moverse de su puesto, pues se repetía que ella se asomaría en cualquier instante y él debía estar ahí. Algo la estaba retrasando.

Tal vez su tía la estuviera entreteniendo, o estaba esperando que todos los sirvientes se acostaran... Quizás no lograba escabullirse.

Ella vendría. Lo sabía.

Una hora y media después, Max no logró sostener su discurso interior y tuvo que convencerse de que la dama no acudiría al encuentro. Lo había dejado plantado.

Incrédulo, confundido y descompuesto, no tuvo más opción que ordenar al cochero que emprendiera el regreso.

Su cabeza se esforzaba arduamente en encontrar alguna razón por la que la joven hubiera tenido que ausentarse de la cita.

Temía por ella, convencido de que tendrían que estar reteniendo por la fuerza, ya que Mary estaba tan convencida como él de que debían irse juntos. Ella había aceptado su propuesta; quería permanecer a su lado, y sabía que si no se iban esa misma noche debería presentarse a la boda que se celebraría al otro día.

Los separarían para siempre, él la perdería.

Cuando descendió del carruaje y, atontado e ignorando las miradas extrañadas de su personal, que parecían no entender su comportamiento, Maxwell enfiló para su despacho dispuesto a esperar unas horas despierto por si Mary Anne se presentaba allí y le pedía disculpas por el

retraso. Así ambos seguirían con el plan. Una demora de dos o tres horas no afectaría el resultado.

Desesperado, paseó una y otra vez por su estudio, deteniéndose constantemente a mirar por la ventana, pero en cada ocasión solo veía la calle desierta. Su estómago ardía por el vacío, la tensión y el miedo que estaba sintiendo, y con manos temblorosas trató de calmarse y no perder la esperanza.

Ella vendría, lo haría, lo amaba. Se lo había dicho: lo amaba tanto como él a ella.

Mary...

Las horas pasaron, una tras otra, y con cada hora más, el terror, la decepción y la tristeza apretaban el corazón de Luxe, que solo se limitaba a tomar de su vaso de coñac sin apartar la vista de la ventana.

La noche dio paso al aura del amanecer, el cielo comenzó a teñirse de colores, la luz del día impactó en sus pupilas enrojecidas e irritadas y él cerró los ojos, velando su vista como sentía entenebrecer su alma.

Esperó su llegada. Una señal de vida, una nota, un motivo.

Envió una misiva para saber su paradero, si estaba a salvo, si acaso la mantenían cautiva.

La misiva fue devuelta con solo un mensaje transmitido por su misma destinataria, quien, según le dijo su lacayo, estaba paseando en el parque.

***

Mary Anne recordaría en el futuro como uno de los momentos más duros de su vida la noche en que se obligó a no levantarse de la cama y a permanecer aferrada a la almohada, derramando su alma en cada lágrima.

Le había dolido de manera indecible cada minuto transcurrido hasta el amanecer, y sintió como si le arrancaran la piel trozo a trozo al imaginar el desasosiego y sufrimiento del conde de Luxe. Aun así, trató de convencerse de que la decisión que había tomado tras la sincera y cruda conversación que había tenido con lady Regina Grayson había sido la correcta.

Estaba intentando probarse a sí misma y a todos que su amor por Maxwell trascendía absolutamente todo, incluso sus propios anhelos.

Sabía que él estaría decepcionado y destrozado por el hecho de haberle dejado plantado, de estar renunciando a una vida a su lado, pero tal y como le había dicho la hermana, en el futuro se lo agradecería. Porque estaba claro que el amor era lo más importante del universo, pero eso no significaba que para estar con la persona amada uno debía olvidar todo, sacrificar a las personas queridas; olvidar la humanidad.

No todo valía en nombre del amor. Tarde había aprendido esa lección.

Por la mañana le costó un esfuerzo descomunal levantarse de la cama, aparentar normalidad delante de su tía y salir a dar el paseo matutino, sabiendo que había una boda preparada para ella, la cual se celebraría una hora antes del almuerzo.

El marqués de Savage le había enviado una misiva con las indicaciones, y su tía estaba como loca dando instrucciones al personal y ordenando a las doncellas que se ocuparan del vestido que usaría para la ceremonia.

Mary no quería saber nada, y aunque tuvo que discutir con lady Campton, se salió con la suya y salió de la casa para dirigirse a la mansión de su padre. Quería verlo antes de la boda, aunque él no pudiera escucharla. Lo necesitaba como apoyo moral. Sería suficiente saber que lo tenía cerca.

Apenas había descendido los primeros escalones cuando la interceptó un sirviente, el cual le extendió un papel que estaba sellado y pulcramente doblado.

De inmediato sintió tensarse más el nudo que tenía atravesado en la boca del estómago. Sabía a quién pertenecía el sello, y con manos y piernas temblorosas, regresó a la casa. Dando la espalda a la servidumbre, desdobló la hoja y leyó con el corazón en un puño.

Querida Mary Anne:

Te escribo esta carta con profunda angustia y
mucha preocupación al no tener noticias tuyas.
Por favor, ven conmigo en cuanto leas estas letras.
No entiendo qué te ha retenido, pero
no permitas que nadie se interponga entre nosotros.
Estaré esperándote. Por favor, Ensueño, no me dejes.

Quien te quiere fervientemente,
Maxwell G.

Mary aferró la carta contra su pecho y tuvo que respirar varias veces para lograr retener el llanto y las náuseas.

Las palabras del conde se repetían en su mente haciendo tambalear su determinación, susurrándole que estaba cometiendo un error. Sin embargo, el relato de la hermana regresaba también, atormentándola y haciéndole imposible olvidarlo todo y salir al encuentro del conde.

Necesitaba pedir consejo, hablar con alguien, pensar en lo que debía hacer, pero no podía recurrir a Maxwell, pues estaba segura de que él no querría atender a razones y ella perdería cualquier rastro de contención solo con verle.

El lacayo estaba esperando su respuesta. Ella no podía decirle al conde lo que sucedía, pues lo tendría en su puerta en menos de lo que cantaba un gallo, por lo que no tuvo más remedio que hacer acopio de fuerzas, pedir pluma y papel a su mayordomo y, con pulso inestable, escribió lo único que podía decir en ese momento.

Un lamento. Un «Lo siento».

Esperaba que él lograra entenderla cuando su enojo mitigase y que algún día pudiera perdonarla, porque si estaba haciendo eso, algo semejante a suicidarse para ella, era por él; por el gran amor que le tenía.

***

El día transcurría con tranquilidad en la majestuosa mansión del duque de Essex. El mayordomo de su padre le informó que aún no despertaba, y ella, triste, subió al piso superior. Antes de ir a visitar al duque, se detuvo en su cuarto, en donde procedió a sentarse en su cama y quedarse mirando el techo de dosel con el llanto pugnando por escapar de su interior.

No fue consciente de que había cedido ante el peso de la angustia y la tristeza hasta que sintió una mano delgada apoyarse en su hombro, y cuando se incorporó y quitó las manos de su rostro, que estaba anegado en lágrimas, y se topó con las facciones ancianas y afables de su querida nana.

—Mi dulce niña, ¿qué te acongoja? —le preguntó la criada con alarma, al tiempo que se sentaba junto a ella y le acariciaba la mejilla con infinita ternura. Un gesto que solo provocó que ella emitiera un sollozo fuerte y agachara la cabeza avergonzada. La anciana chasqueó la lengua y, a la vez que elevaba la barbilla de Mary para instar a sus miradas a encontrarse, le regañó con su tono algo hosco habitual—. Vamos, vamos, no te escondas, no puede ser tan malo. ¿Acaso es por la boda con ese tal *Salvaje*? No le he conocido, pero vuestro padre quedó impresionado con el.

—Nana, su título es Savage —la corrigió soltando una involuntaria risa, y luego suspiró apesadumbrada—. No quiero casarme con él, nana, yo no le amo, y, además, él... Es decir, yo...

—Amas al conde de Luxe —completó nana con una mueca que no supo descifrar.

—Yo... ¿Cómo...? ¿Cómo lo sabes? Yo te conté algunas cosas, te dije lo que me sucedió con un caballero en Navidad y que él me había roto el corazón, pero nunca te dije su nombre.

La mujer de cabello blanco no contestó de inmediato, pero fue evidente que estaba pensativa y algo incómoda, como si se avergonzara de algo.

—Oí lo que le dijiste a tu padre. Sé que es a ese caballero a quien quieres —confesó luego de una pausa, dejando asombrada a Mary.

—De todos modos, eso no importa, nana, no tengo futuro a su lado. En un par de horas será

mi boda, mi tía me está esperando para iniciar el ritual de la novia y no sé qué hacer. Yo no quiero casarme, pero padre no está en condiciones de sacarme de este entuerto. Ese hombre... me tiene amenazada —contestó Mary atribulada, comenzando a sentirse sofocada y desesperada.

—¿Cómo sabes que no tienes futuro a su lado? ¿Crees que él no te ama lo suficiente? —le interrumpió su nana, apretándole las manos para transmitirle calma.

—Al contrario, no tengo dudas de su amor por mí ni del que yo le profeso, pero es que... —explicó, incapaz de hallar las palabras.

La criada chasqueó nuevamente la lengua y espetó:

—Pero ¿qué? Algo les impide estar juntos. ¿Es la boda? Porque eso podría solucionarse, no tienes que casarte con Savage ni con nadie, tu padre lo entenderá y yo lo mantendré aislado para que no sepa que huiste de la boda hasta que estés ya casada con tu conde. Así el impacto será menor.

Boquiabierta, Mary escrutó a su nana, quien siempre había sido defensora de las normas, de la moral y de la corrección.

—Nana... No es solo el casamiento, es que el marqués nos tiene amenazados. Dice que padre tiene una deuda de honor con él por una afrenta del pasado. Al parecer padre lo perjudicó, no sé de qué manera, pero él no es solo un simple noble, es también un hombre peligroso... Incluso dicen que fue hijo de una mujer plebeya, que era el bastardo del antiguo marqués y no el sobrino —explicó ella, interrumpiendose cuando notó que el color desaparecía del rostro de su nana.

—Por Cristo... —estalló la anciana, y tras ponerse en pie con dificultad y nerviosismo, comenzó a dar vueltas por el cuarto, dejándola asombrada y confundida—. Escúchame, niña, tú no debes preocuparte por eso, esa rencilla, es... Tiene que ver con una vieja historia, algo de lo que tu padre no tiene en realidad culpa, esto es un error. Yo lo solucionaré. Tú solo olvídalo y vete, busca a tu caballero e idos lejos. Por tu padre no te preocupes. Lo cuidaré. Él estará bien, el doctor dice que si continúa en reposo se recuperará.

Mary oyó su discurso estupefacta, y más que desorientada.

Estaba entendiendo que la deuda de honor que Hades le había mencionado involucraba a su nana, pero no entendía qué tenía que ver ella con el marqués ni cómo había terminado involucrado su padre.

—Pero nana, no es solo eso. No podría casarme con el conde ni, aunque quisiera. Savage tiene su herencia en sus manos y me ha puesto como condición que sea su esposa a cambio de no arrebatarle todo a Luxe. Nosotros íbamos a huir sin importar que tuviéramos que vivir exiliados y con un pasar modesto, pero ayer vino a verme la hermana del conde y me relató la verdadera situación en la que se encuentra la familia Grayson. Su madre, lady Loretta... Ella está muy enferma y prácticamente su mente se ha perdido, no reconoce a nadie, tiene continuos ataques que la debilitan cada día más; solo el hecho de vivir en la casa en la que nació, se crio y tuvo a

sus hijos es lo que la mantiene viva, y por esta retiene algunos recuerdos. La dama morirá si la sacan de esa casa, y es lo que sucederá si no accedo al chantaje del marqués.

» La conversación con lady Regina me hizo pensar en que desde el principio solo he estado pensando en mí, en salvar a mi padre, en que nada le afecte... Pero nunca me puse en el lugar de Luxe ni tuve en cuenta que para estar conmigo él estaba sacrificando todo. Creí que solo se trataba de dinero y propiedades, no creí que estaba renunciando a la salud de su madre.

» Yo no puedo permitir que lo haga porque sé que los remordimientos no lo dejarán dormir. Si algo le sucede a su madre, él se sentirá culpable y nuestro amor será el responsable de la pérdida de una vida. Pero si me alejo y me entrego a Savage puedo salvar a sus seres queridos, puedo recuperar todo lo que le han arrebatado. Aunque mi amado me odie, viviré sabiendo que lo hice por él. Y ese será mi consuelo.

La anciana oyó su desahogo con la compasión brillando en sus pupilas. Sus ojos anegados se desviaron hacia la carta abierta, arrugada y mojada en varias partes que Mary había dejado caer sobre el colchón cuando entró, y pareció paralizarse unos segundos.

Después meneó la cabeza, y tras abrazarla hasta que el llanto de ella remitió, sin decir nada salió de la habitación dejando la puerta abierta, y a Mary, perpleja, mirando el espacio vacío que había dejado.

Un minuto después, su nana reapareció, se acercó, tomó su mano y depositó una pila de papeles que estaban atados con una cinta.

—¿Qué es esto? ¿Son tuyas? —preguntó Mary confusa, tras hipar y secarse la cara con la mano libre.

—No, mi niña, son tuyas. Las guardé porque en el invierno, cuando llegaron, tú estabas demasiado destrozada y pensé que leerlas no te ayudaría a olvidar y a sanar tu alma, creí que necesitabas seguir adelante. Me equivoqué; ahora lo veo. No las he leído, solo por encima, pero tengo el presentimiento de que en ellas encontrarás la salida para tu dilema.

»Por la herencia de tu amado, no sufras. Tengo algo que a ese hombre le interesa, y quizás pueda llegar a un acuerdo con él. Pero, aunque así no fuera, estoy segura de que después de leer estas cartas, ya no dudarás de tu siguiente paso —aclaró la anciana, sonriendo al ver los ojos abiertos como platos de su niña, quien estaba sentada nuevamente en la cama, conmocionada mirando la pila de cartas—. Sé feliz, mi dulce niña. Tu madre así lo quería, y estaría orgullosa de ti.

La señora Miller se inclinó y besó la coronilla de la cabeza de su señorita, y tras susurrar con cariño una despedida, la dejó sola.

Tenía mucho que hacer.

***

A unas calles de allí, Maxwell se encontraba atrincherado en su despacho, caminando como un león enjaulado, sintiendo la tentación de tomar una o dos botellas de licor y perderse en ellas; buscar consuelo, encontrar paz, olvido. Pero reprimió aquel impulso autodestructivo. Beber no lo llevaría a nada, no solucionaría nada, solo impediría que pensara, analizara, que encontrara una salida a aquella trampa mortal que parecía estar cerrándose sobre él.

No quería parecerse a su padre buscando la solución más fácil; ser pusilánime, cobarde.

Una y otra vez leyó aquella misiva que la dama le había enviado. Y en ninguna oportunidad encontró a la mujer de la que se había enamorado entre esas letras.

Solo había frialdad, aspereza y desinterés en ellas. Parecía que no había valido la pena darle una buena explicación a cambio de su actitud, era como si no le hubiese costado nada abandonarlo, destruir sus ilusiones y su corazón en mil pedazos.

Hablaban de una mujer insensible, cruel y egoísta. No de su ensueño, de su Mary, quien era generosa, buena, noble, dulce, alegre, vivaz, traviesa...

Era amor y luz.

Maxwell se obligó a no a caer en la locura, el dolor y la agonía.

Se negó a creer que todo cuanto había vivido junto a la mujer que era la dueña de su alma fuese una cruel mentira. Y en un arrebato jamás experimentado, se apartó del escritorio, tomó su levita sin importarle que no tuviera colocado el pañuelo y el chaleco y, sin echar una mirada a su reflejo ni tan solo para acomodar su despeinada melena, salió del despacho y, ante la vista estupefacta de su servidumbre, abandonó la casa.

El carruaje seguía esperándolo donde había indicado, y le tomó solo unos minutos llegar hasta la casa de lady Campton.

La verja de la mansión estaba abierta al igual que la puerta principal, pues parecía que había intensa actividad en el interior a juzgar por el ir y venir del personal.

Max aprovechó que nadie reparaba en él para llegar hasta la puerta en donde vio al que debía ser el mayordomo dando órdenes a unos lacayos que estaban bajando varios baúles del piso superior.

—Disculpe, ¿puedo ayudarle? —espetó el mayordomo en cuanto giró y lo encontró parado en medio del vestíbulo.

—Necesito hablar con lady Mary Anne, soy el conde de Luxe —exigió más que pidió, estirándose cuan largo era, cuando el sirviente examinó con sospecha su informal aspecto.

—Lo siento, milord, pero la señorita no se encuentra en la casa. Salió muy temprano. Y de todos modos no podría recibir más visitas, en unas horas es su boda.

Maxwell apretó la mandíbula al oír la mención de la boda, pensando en que sin duda todo seguía su curso y Mary Anne no pensaba cancelar el enlace. Pero si creía que él se lo pondría

fácil estaba equivocada.

Antes pasarían por encima de su cadáver que permitir que la arrancaran de su lado. Si ella no lo quería en su vida y realmente se había arrepentido de irse con él, tendría que decírselo a la cara. Por lo que, armándose de paciencia, intentó sacarle algún dato útil al mayordomo, quizás el maldito de Savage se había presentado en la casa y dicho algo que convenciera a la dama para abandonarlo.

—¿Más visitas, dijo usted? —inquirió, como si realmente no le interesara la respuesta—. Debió recibir muchas para felicitarla por este enlace inesperado.

El criado, atareado, asintió a medias. Sin prestar demasiada atención, contestó:

—No demasiadas, solo la de una dama que estuvo bastante rato conversando con lady Mary. Ah, ahora que lo pienso, usted debe ya saberlo. Su hermana me pareció una joven muy agradable.

» Buenos días, milord. Le dejaré el recado a mi señora de su visita.

—¿Lady Regina, estuvo aquí? —interrogó Luxe, incrédulo, aferrando el brazo del sirviente que estaba girándose para cerrar la puerta.

El mayordomo titubeó estudiando el semblante airado del conde, encogiéndose al caer en cuenta de que había hablado de más. Pero como el noble esperaba su respuesta con expresión mortífera, asintió y luego, pasmado, le escuchó maldecir y después salir como una tromba de la casa en dirección a su coche.

«Lo siento».

Fueron las dos únicas palabras que resaltaban en el impoluto papel blanco. Era su letra: la había visto antes en las cartas que ella enviaba a las esposas de sus amigos y que estos le restregaban por la cara haciéndose los distraídos.

Su mundo entero colapsó, su cielo se derrumbó con implacable fuerza sobre su alma, que, desgarrada, sentía sangrar.

Soltando un alarido, él cayó de rodillas, herido y vencido.

Ella nunca llegó.

Ella nunca vino.

Mary Anne lo abandonó.

CAPÍTULO 37

Cuando Maxwell arribó a la propiedad de Park Lane no se molestó en aguardar a que el lacayo extendiera la escalerilla del carruaje ni prestó atención al sobresalto del mayordomo cuando le vio hacerlo a un lado y recorrer el vestíbulo con prisa hacia donde sabía que encontraría a Regina.

Lo sensato habría sido esperar a que el cúmulo de emociones negativas que estaban colapsado en su interior se calmara, pero no había tiempo para eso. Tenía menos de dos horas para encontrar a la mujer que amaba o la perdería definitivamente, pero antes tenía que saber qué le había dicho su hermana a lady Mary, para lograr entender el alcance del daño hecho por la intromisión de esta.

Su hermana estaba en la sala de música desde la que salía una intensa y sombría melodía, la cual se detuvo de golpe cuando él entró, dejando que la puerta impactara contra la pared de yeso con fuerza.

Regina saltó en el asiento, y, asustada, giró la cabeza. Sus ojos verdes se abrieron cuando le vio detenido bajo el umbral y su piel se tornó pálida, pero como era su costumbre no demostró más emoción que esa. Sus hombros tensos se enderezaron más, y mientras Max la estudiaba furibundo, ella se ocupó de cerrar la tapa del viejo piano. Después, despacio, se puso en pie y, acomodando la falta de su vestido gris, lo enfrentó con la cabeza en alto.

—¿Por qué lo hiciste, Regina? —demandó, cruzando los brazos en su pecho al tiempo que se adentraba en la habitación sin molestarse en cerrar la puerta, algo que no pasó desapercibido para la dama, quien pareció ponerse nerviosa al caer en cuenta de su desastrosa apariencia y el tono furioso que estaba utilizando para dirigirse a ella.

—¿Hacer qué? —respondió dubitativa, empezando a resquebrajarse la armadura que siempre esgrimía, como él solía hacerlo también.

—Sabes a lo que me refiero. Fuiste a ver a lady Mary Anne Russell. ¿Qué le dijiste? —rebatió molesto. Se acercó hasta que Regina no tuvo más remedio que elevar la cabeza para mirarlo al tiempo que sus ojos se abrían más, tal vez asombrada de verlo tan alterado—. ¡Habla! —exigió furioso.

Su hermana tragó saliva y se encogió ante su grito. Su vista se desvió cuando, entre dientes, respondió:

—Solo le dije la verdad: que madre se morirá si perdemos esta casa, que si te quería debía saber que tú algún día se lo reprocharías, que no podrías ser feliz nunca sabiendo que para estar

con ella sacrificaste la vida de tu madre.

Maxwell se horrorizó, y temiendo perder el juicio por completo, retrocedió varios pasos, llevándose las manos a la cabeza. Luego, acercándose a una pared, golpeó la misma varias veces descargando toda la impotencia y la ira acumulada.

Regina soltó un grito de espanto, y al ver que él no llevaba guantes y estaba haciéndose daño, corrió y, entre súplicas y tirones a su brazo, logró que se detuviera y emitiera el último grito y golpe airado a la dañada pared.

—¡Maxwell! Pero ¡¿qué estás haciendo?! Detente, te has hecho daño... ¡Dios mío! —exclamaba ella, consternada.

Max se soltó con brusquedad de su mano y en un solo movimiento la aferró por los antebrazos y pegó su cara la suya para gritarle enloquecido:

—¡No sabes lo que has hecho! ¿¡Cómo pudiste hacer esto a mis espaldas!? ¡Has destruido mi vida, has acabado con lo único que me mantenía cuerdo! Regina, ¿por qué? Te dije que no podía salvar esta maldita casa, que no podía ser el sostén de esta familia, ¡¿no lo entendiste?! Yo amo a esa dama, ella es todo para mí... Sin ella estoy muerto en vida, ¿acaso no lo ves?

Su hermana, horrorizada por la crudeza y demostración de sus sentimientos, se liberó despacio. Confundida, murmuró:

—Tú solo me dijiste que no ibas a casarte con la mujer que sir Roland te quería imponer. Yo creí que estabas actuando motivado por el resentimiento que siempre le has tenido a nuestro padre, sabía que no querías casarte a menos que fuera cuando ya el tiempo te apremiara para darle un heredero al título. Jamás... Yo nunca vi en ti a un hombre que pudiese estar enamorado, dijiste que jamás te casarías con alguien que no estuviera buscando un matrimonio por interés.

» Por eso me parecía demasiado egoísta tu decisión, ya que, si no te interesaba nada más que quien fuese tu esposa, entonces perfectamente podías aceptar el contrato y casarte con la sobrina de sir Roland. Pensaba que te negabas solo por mero orgullo y venganza.

Maxwell bajó los brazos a los costados de su cuerpo, y sintiendo el pulso aún acelerado, se dejó caer en el banco frente al piano. Agarrándose la cabeza con las manos en una pose vencida, refutó:

—Pues estabas equivocada, Regina, y no te culpo por eso. Es cierto que no fui sincero en las razones por las que rechazaba ese matrimonio concertado. Y también que albergo cierto resentimiento hacia nuestro progenitor. Pero nada de eso tiene que ver con mi negativa a casarme con la señorita Miller, créeme: si me negué y lo hice a sabiendas de que estaría sacrificando todo fue porque amo profundamente a lady Mary. Por eso y nada más.

» Pero tú... has arruinado nuestros planes. Fuiste a verla en el momento menos indicado y has sembrado los remordimientos y la duda en su corazón, que es noble y generoso; que no concibe el egoísmo ni la maldad. ¿Cómo supiste que pretendía desposarla a ella? Como bien dices, nunca

te lo dije. Sabía que no lo entenderías.

Regina se removió en su lugar, y tras alzar la vista del suelo, le dejó ver su expresión turbada y afectada. Con tono compungido y roto, confesó:

—Yo espié en tu correspondencia...

Maxwell negó, pesaroso.

—Retuviste esas cartas, ¿no? Por ese motivo el duque de Essex nunca me concedió la última audiencia que le pedí en donde especificaba que quería desposar a su hija.

—Sí, la leí y llegué a la conclusión de que seguías empeñado en vengarte de nuestro padre, de hacerle pagar por lo que te hizo y de que te casarías con una heredera para salvarnos de la ruina, pero eso no impediría que perdiéramos la casa. Yo no podía permitirlo, madre necesita...

—¡Otra vez estabas errada! —la cortó Maxwell, airado. Ella enmudeció, pálida y pesarosa. Él refrenó su ira, y con tono mordaz pero no violento, siguió—. Sir Roland ya no posee los pagarés, fueron comprados por el prometido real de lady Mary, así que de todos modos no tiene sentido que me case con la señorita Miller.

—Entonces... yo... Ella se sacrificará por nosotros... —susurró su hermana impactada cuando en su mente comprendió el entuerto y el alcance de su intromisión. Maxwell cerró los ojos, y de inmediato percibió que ella se arrodillaba a sus pies y, triste, balbuceaba—. Lo siento, hermano, yo... Tienes que creerme, no sabía que la amabas, yo solo quería salvar a nuestra madre. Ella necesita este lugar, sufre tanto en el hospital, es una tortura verla gritando siendo atada a la cama. Yo...

Luxe suspiró, y tras soltar el aire retenido, abrió los párpados y se encontró a su hermana quebrada.

—Regina, debes dejarla ir. El doctor ya te lo ha dicho: Loretta ya no está con nosotros, hace mucho que la perdimos. Lo que queda solo es un caparazón enfermo y débil que necesita atención médica, estando aquí solo tiene falsas mejoras, pero no sanará. Aunque lo deseemos, eso no pasará. Debes aceptarlo y soltarla, seguir con tu vida; ya no tienes que vivir para cuidarla, estar aquí enclaustrada con una mujer que te grita e insulta, que a veces hasta te golpea y ya ni siquiera te reconoce un instante. Ahora debes pensar en ti y en nadie más. Sé que no te interesa el dinero, pero de todos modos no olvides que contarás con mi apoyo y juntos saldremos adelante.

Regina escuchó sus sentidas palabras con expresión demudada. Y solo pudo asentir y ponerse en pie para caminar hacia la ventana, dándole la espalda a su hermano, que la observaba con gesto triste y compasivo.

Por unos segundos estuvieron en silencio. Luego, con los párpados fuertemente cerrados, abrazada a sí misma y con un nudo en la garganta, ella escuchó los pasos apagados de su hermano dirigiéndose a la salida.

—¡Maxwell! —le llamó impulsiva cuando él ya casi traspasaba el umbral. No dijo nada, pero

ella sabía que estaba a la espera de sus palabras, por lo que tragando saliva alzó la voz y dijo—. Espero puedas perdonar el daño que te he hecho... que os he hecho a ella y a ti. No pierdas tiempo y ve a por ella, deseo que puedas ser feliz con tu dama.

—Así lo haré. —Fue lo que dijo en respuesta su hermano, y cuando oyó el traqueteo del carruaje alejándose de la mansión, se dio permiso para soltar todas las lágrimas que había estado reteniendo. Tenía que asumir la verdad: su madre ya no la necesitaba. Estaba sola, o lo estaría si no hacía algo para enmendar sus errores.

***

Solo dos horas antes del mediodía, Maxwell se presentó en la mansión del duque de Essex. El noble no recibía visitas, según le dijo el ufano mayordomo, y su hija tampoco se encontraba en la casa.

Con la paciencia llevada al límite, Luxe estaba a punto de golpear al enclenque sirviente para que le permitiese hablar con el padre de Mary cuando se oyó una voz potente y autoritaria entre el griterío y alboroto que estaba provocando la discusión entre él y la servidumbre.

De inmediato todos se paralizaron. Los lacayos que estaban sujetando a Max lo liberaron despacio como si temieran que al hacerlo arremetiera contra todos, y enmudecidos vieron descender al hombre mayor apoyado en un bastón y asistido por una mujer anciana.

—Robinson, recibiré al caballero en mi despacho. Ahora.

***

Media hora más tarde, Max abandonó la casa sintiendo la esperanza renacer en su interior, y sabiendo que solo podía hacer una cosa para no perder a la mujer que amaba, se subió a su coche ordenando al cochero que se dirigiera a la casa de lady Campton mientras en su mente comenzaba a encumbrar una estrategia.

Apenas los caballos habían recorrido unas calles cuando, extrañado, percibió que el carruaje comenzaba a detenerse. En cuanto estuvieron estacionados y comprobó que estaban parados en una calle cualquiera, contrariado se dispuso a abrir la puerta para reclamar a su criado.

No llegó a hacerlo, ya que en cuanto la puerta se abrió un cuerpo se abalanzó sobre él y sin aviso se encontró luchando con un hombre enmascarado que lo aferró por el cuello. Maxwell forcejeó con todas sus fuerzas, pero un segundo después vio aparecer a un segundo hombre que, sin miramientos, le asestó un golpe en la nuca que lo sumergió en la oscuridad.

—¡Oh, por Dios! ¿Qué le sucedió? —dijo una voz con tono horrorizado colándose entre la negrura que invadía a Maxwell.

—Quisimos reducirlo... Pero el plan no salió como habíamos imaginado —contestó alguien cerca de su oreja.

—¡Pero le han dejado un bulto enorme en la nuca! —protestó con hastío una tercera voz, resoplando cuando quienes lo sostenían lo dejaron caer con brusquedad sobre una superficie blanda.

—Cómo pesa el maldito, no lo habría imaginado, con lo delgado y refinado que es —se quejó entre gruñidos una cuarta persona que parecía haber estado sosteniendo sus piernas.

—Ahora ¿qué haremos? —inquirió la primera voz—. El tiempo se agota, y con él desvanecido no podemos proseguir con el plan.

—Deberíamos despertarle. Pásame la jarra con agua, pececita —pidió el segundo hombre en hablar, y ese fue el momento en que aún mareado, Maxwell decidió que ya podía moverse sin sentir un dolor agudo en sus sienes. Sobresaltando a todos, se incorporó y se quedó mirando a sus secuestradores con expresión asesina.

—¡Ay, qué susto me ha dado, milord! —comentó la castaña con una mano en el corazón, que había estado abanicando un papel en su rostro, retrocediendo sobresaltada.

—Creo que está molesto. Es que solo a ti se te ocurre dejarlo inconsciente —acusó la rubia mujer que lo miraba desde su asiento con expresión entre divertida y culpable.

—No me dejó alternativa, estaba a punto de asestar una trompada a Marcus y así no podríamos retenerle —se justificó Vander, que consternado ante su expresión furibunda bajo la jarra de agua que había estado a punto de verter sobre su cabeza.

—Luxe, qué bien que despiertas. Bienvenido a mi casa, como verás hemos... —inició Lancaster, caminado hacia él para tenderle un pañuelo con el que secar las gotas de sudor que perfilaban su frente.

—¿Qué demonios estáis haciendo? ¿Por qué me habéis traído hasta aquí? ¿Acaso os habéis vuelto locos? —demandó enfurecido Luxe al cuarteto de lunáticos.

—Loco se ha vuelto usted, que piensa largarse al campo cuando en menos de dos semanas obligarán a mi amiga a casarse con un hombre que no quiere. No sabíamos lo que sucedía entre ustedes, pero ahora que estamos al tanto debemos hacer lo posible para que Mary sea feliz. Nadie lo merece más que ella —le acusó lady Abigail Bennet, poniéndose en pie con gesto hosco.

—Así es, milord. Como debe estar adivinado, mi esposo me ha contado lo que sucedió y sucede entre Mary Anne y usted. Yo rápidamente le escribí a mi hermana, y todos coincidimos en que no podíamos dejar que cometan esa equivocación. Le debemos mucho a nuestra amiga. Ella lo ama, sabemos por ellos que usted le corresponde, así que como usted no logró solucionar este atolladero, lo haremos nosotros por usted —intervino lady Clara Bennet mirándolo con determinación.

—Lo siento, amigo —se disculpó Marcus, esbozando una expresión culpable bajo su mirada

acusatoria.

Sin querer demorar más su partida, Max negó con la cabeza y se dirigió a la salida, pero el mellizo se interpuso en su camino.

—No puedes irte, debes quedarte en la ciudad y hacer lo que te diremos. Es la única manera de no perder a la mujer que amas, no dejes que el orgullo o el miedo se interponga en tu felicidad —espetó Colin efusivamente.

Maxwell suspiró, y hastiado les dijo:

—Los únicos que se están interponiendo en mi felicidad sois vosotros. ¡Estáis mal informados! La dama no se casará en dos semanas, sino en menos de una hora, así que apártate, Vander.

Las dos mujeres emitieron exclamaciones de alarma, y de inmediato todos empezaron a hablar a la vez, pero fue lady Abigail quien, angustiada, se acercó a él y le preguntó:

—¿Entonces no estaba pensando abandonar a mi amiga, sino que piensa impedir esa boda?

—Así es, y espero que no sea demasiado tarde. De todos modos, tengo el aval de su padre, aunque me dijo que la tomara y la llevara conmigo porque ya no puede anular la boda, no sin que el agravio le suponga enfrentar a Savage en un duelo.

—¡Entonces es perfecto! Nosotros teníamos planeada la manera de sacarles de la ciudad, solo haga lo que le diremos —le pidió emocionada lady Clara.

—De acuerdo, no hay tiempo que perder, vamos —claudicó Luxe, y el quinteto emprendió la salida.

Estaban a punto de abordar el carruaje cuando vieron aparecer otro coche a gran velocidad, del que emergieron dos damas las cuales se acercaron a ellos con prisas.

—Tías, ¿qué sucede? —las interrogó Marcus cuando ellas llegaron a su altura.

—Buenos días a todos, qué bien que los encontramos reunidos. Hemos venido tan pronto como escuchamos que la señorita Russell contraería matrimonio. No podemos guardar este secreto más tiempo, no si puede ser causante de una terrible injusticia y la infelicidad de personas buenas —dijo con precipitación lady Annet, aferrada al brazo de su hermana, que asentía efusivamente.

—¿De qué están hablando, señoras? —preguntó Max con urgencia, al tiempo que subía al carruaje y Marcus lo secundaba para asistir también a su esposa.

—Ay, milord, usted debe saber que la noche que visitamos ese lugar de perdición, mi hermana y yo fuimos testigos involuntarios de una conversación que claramente se trataba de un chantaje a la señorita Russell. El caballero que la estaba amenazando la advertía de que debía casarse con él o ejecutaría unos pagarés que lo dejarían a usted en la ruina —explicó consternada lady Ninnet.

—Gracias por haber venido hasta aquí, pero ya estoy al tanto de ese hecho —le agradeció

Luxe, aguardando a que Colin y su esposa estuvieran sentados para cerrar la puerta del coche—. Espero que me disculpen, pero debemos partir de inmediato.

—¡Pero milord! ¡Espere! —gritó impotente la anciana delgada cuando él ya daba la orden a su cochero de partir raudamente.

—No es solo eso, lord Luxe, también debe saber que el prometido de lady Mary Anne es también el temible dueño de El Halcón, y que no dejará que usted impida esa boda fácilmente. Si se entera de esto, seguramente los perseguirá y tomará represalias —completó Ninnet, pegando la cara a la ventana para hacerse oír.

Savage era el dueño de El Halcón. No podía ser.

El carruaje se puso en marcha y, aturdido, él solo pudo pensar en que no podían simplemente marcharse, estaba claro que Savage estaría manteniendo vigilada a la joven y advertiría su huida.

Al final había sido un alivio que Mary Anne no acudiera a él la noche anterior, pues no habrían llegado muy lejos. Savage los habría interceptado y en ese momento ella estaría siendo obligada a casarse.

Tenía que pensar rápidamente una alternativa, algo que le hiciera creer al marqués que todo seguía su curso, que la boda se llevaría a cabo y que su futura esposa se presentaría en su casa para casarse con él.

Sería la única manera de lograr obtener el tiempo suficiente para abandonar la ciudad sin que Savage lo supiera hasta que no fuera demasiado tarde.

La desesperación estaba comenzando a hacer mella en él mientras a su alrededor sus amigos discutían en voz alta cuando una idea irrumpió en mente y supo cómo lograrían burlar al amo de los suburbios.

El corazón le saltó en el pecho acelerado cuando dio dos golpes en el techo del carruaje y ordenó a su criado que hiciera un desvío.

Las dos parejas interrumpieron su discusión y lo miraron interrogantes. Max sonrió con satisfacción y, agradecido de contar con su ayuda, dijo:

—Haremos una parada antes. Necesito cobrar un favor.

***

Mary Anne observaba el vestido colgado del perchero, el atuendo que Hades le había enviado: un diseño de exquisita tela verde esmeralda, precioso y delicado, repleto de cuencas, lentejuelas y organza.

Pero para ella simbolizaba la cuerda en el cuello de un condenado a muerte.

Estaba peinada, perfumada y lista, solo tenía que permitir que las doncellas le colocaran el vestido y estaría preparada para asistir a la boda que no era otra cosa que su inminente ejecución.

El cuerpo entero le temblaba, las lágrimas llenaban sus pupilas, y atemorizada y paralizada, Mary solo podía permanecer mirando su vestido de novia.

No quería casarse, no deseaba unirse a ese hombre cruel.

Pero tenía el deber moral de hacerlo, y también una obligación humana. Era un sacrificio por amor el que haría, estaba claro, pero no por ello le resultaba más fácil.

A su mente atribulada venían los fragmentos de las palabras que su amor le había escrito en esas cartas, en donde inauditamente él había derramado su corazón. Le había confesado paso a paso cómo había llegado a quererla, la primera vez que la vio, hasta su entrega mutua en Navidad. Había explicado que nunca la quiso abandonar, le pedía perdón, suplicaba por una oportunidad de hablarle.

Mary había leído esas cartas con alegría, emoción y la melancolía mezclándose en su interior, y aunque llegaban tarde, le habían hecho entender cuán poderoso era el sentimiento que el conde albergaba por ella. Mucho más de lo que había imaginado.

Ciertamente Maxwell la amaba desde antes de que él mismo lo imaginara, y aquello era tan mágico y especial que ella sentía a su corazón sangrar por la injusticia que suponía no poder vivir una vida a su lado.

La hora en la que debía abandonar la casa llegó. Mary se dejó vestir como un autómata y asimismo fingió oír las enhorabuenas del personal y de su tía.

Lady Campton la seguiría en uno de los coches acompañada de su carabina, la señora Green, que por curioso no había mostrado complacencia ante su boda. Pero claro, seguro la mujer mayor había visto más de lo que ella creía en las veces que había hecho de guarda para ella.

Antes de subir al coche, Mary no pudo evitar dar un vistazo a su alrededor, esperando ver en algún rincón al conde espiando, o quizás aparecer y exigirle una explicación, rogarle que se fueran juntos. Pero eso no sucedió, la calle estaba desierta y solo dos hombres vestidos como criados permanecían de pie cerca del callejón de la servidumbre.

Mary los miró mientras entraba en el coche, y antes de meterse en el interior, logró reconocer al mayor de los hombres, quien se quitó el sombrero para saludarla. Era su cochero, y junto a él estaba su lacayo.

Confundida, ella les devolvió el saludo y se adentró en el carruaje.

La puerta se cerró, y al tiempo que ella, asustada, se percataba de la figura que estaba ocupando uno de los asientos, los caballos iniciaron la marcha.

—¿Quién es usted? —preguntó asustada, observando incrédula a la pequeña persona envuelta en una capa negra con sombrero a juego.

—No se asuste, milady, no estoy aquí para hacerle daño —respondió con envidiable calma el desconocido, quien asombrándola se quitó el sombrero dejando ver los rasgos de su cara.

—¿La ha enviado Hades para asegurarse de que cumpla sus deseos? —inquirió Mary con

molestia, abriendo los ojos cuando, sin contestar, la mujer empezó a quitarse la capa y sin mirarla procedió a desnudarse ante su gesto incrédulo—. ¿Qué está haciendo? No me ha contestado, ¿por qué se está desnudando?

La pequeña mujer, vestida con su ropa interior, procedió a colocarse una peluca de bucles castaños que parecían increíblemente reales. La miró con gesto sardónico y un brillo pícaro en sus ojos avellana cuando le informó:

—Mi nombre es Charlotte, y no me ha enviado Hades ni nadie que se llame así. Estoy aquí para cumplir una promesa que mi prima hizo.

Mary dejó caer su mandíbula cómicamente y, cuando el coche se detuvo de improviso y ambas por poco salieron despedidas del asiento, ella se sostuvo de los costados y boquiabierta vio aparecer en la escotilla del carruaje la cara delgada y atractiva de un hombre.

—Vamos, Ensueño, quítate ese vestido o tendré que hacerlo yo mismo... Y créeme, lo estoy deseando.

—¿Maxwell? —balbuceó, pasmada. El caballero se limitó a guiñar un ojo. Cubrió su rostro nuevamente y cerró la escotilla.

Estaba sucediendo: Maxwell había ido a por ella. Cuando creía que ya no había esperanza, después de todo, él llegaba a salvarla como el príncipe de cuento que había soñado, pero uno mucho más auténtico y real: imperfecto pero inmejorable.

***

Cuando las agujas del reloj daban las doce en punto, la flamante prometida del marqués de Savage hizo su entrada majestuosa.

Los invitados se pusieron en pie para mirarla, murmurando sobre su elegante atuendo y el hermoso velo que cubría su cara por completo.

Lord Savage giró para recibir a su futura esposa sintiendo la satisfacción de saberse vencedor.

Obtendría todo lo que había deseado: sus respuestas y una compensación por el daño que lord Essex le había hecho. Todo lo demás podía esperar, incluso la desconocida anciana que había irrumpido en su casa y que sus guardias mantenían encerrada en una de las habitaciones.

La novia se veía mucho mejor de lo que había esperado. Su postura no estaba algo encorvada, sino que caminaba hacia él erguida y viéndose majestuosa en el vestido que había elegido él mismo para ella.

Una punzada de remordimientos cruzó por su mente al advertir que ella parecía estar temblando, y que también se veía bastante más delgada, lo que podría deberse a que hubiera bajado mucho de peso.

Lamentaba dañar a la cándida muchacha, pero si quería obtener justicia y encontrar lo que

buscaba ese era el precio a pagar.

Así que cuando ella llegó a su altura, evitó mirarla a la cara a través de la tela del velo y aferró su mano, notando la fragilidad que antes no había sentido.

Un ramalazo del perfume que ella tenía llegó a sus fosas nasales, y él lo encontró agradable y de alguna manera seductor. Y por primera vez deseó que la noche llegara para consumar esa unión en lugar de sentir aprensión y hastío al imaginar su noche de bodas.

Deseaba a esa mujer que temblaba en su mano, pero se mantenía regia y orgullosa, desafiante. Ella lo intrigaba porque había esperado verla aparecer vencida, sollozante y pesarosa.

La ceremonia transcurrió con normalidad, el clérigo les declaró marido y mujer, y cuando los invitados prorrumpieron en aplausos, él sonrió triunfal, giró hacia su esposa, levantó el velo de encaje, dispuesto a sellar su unión con el beso tradicional, y entonces se paralizó con sus manos aún sosteniendo la tela.

—¿Usted? —demandó, incrédulo y encolerizado.

—Sí, yo. El duende —contestó en tono de mofa la pequeña tunante, y acto seguido echó a correr como alma que llevaba el diablo.

CAPÍTULO FINAL

El carruaje no se detuvo hasta que varias horas después, aún desorientada, ella vio que se adentraba en una posada junto al camino. En cuanto la puerta se abrió, Maxwell se abalanzó hacia dentro y la tomó en brazos al tiempo que ella se lanzaba a abrazarlo sollozando y riendo al mismo tiempo.

Mary comenzó a decir con atropello multitud de palabras incoherentes, demasiado afectada para hilar una frase entendible, y el caballero sonrió y procedió a besarla con apasionante ardor.

—Has venido... Estás aquí. Oh, no puedo creerlo, mi amor, Maxwell, estás aquí —decía maravillada, entre risas, lágrimas y besos—. Lo siento, lo siento tanto... Te amo más que a nada. Lamento haberte lastimado. Yo quería evitarte la ruina, no deseo que sufras por tu familia.

Luxe se alejó lo suficiente para que sus miradas conmovidas se encontraran, y con seriedad dijo:

—Te dije que no permitiría que nos separaran, Mary, no debiste intentar cumplir con ese chantaje ni escuchar a mi hermana. Ella sabe que no la abandonaré, ni a ella ni a mi madre, siempre estaré para ellas también. Casi me matas de dolor, y solo porque no me importa nada más que estar a tu lado es que no lograste que la decepción me nublara el juicio. Nunca más lo hagas, Ensueño, tú y yo nacimos para estar así, juntos, no hay mandato familiar o argumento que pueda con ese hecho.

»Te amo, me amas, no hay más. No lamentaré elegirte, aunque eso signifique vivir sin lujos, porque para mí tú eres lo más valioso. Eres un tesoro, un don, un regalo divino que llegó a iluminar mi existencia cuando más lo necesitaba. Mi inspiración y mi motivación eres tú, Mary Anne, te amo con mi ser al completo. Perderte sería mi ruina, no quedarme sin mi fortuna.

» No necesito nada más que a ti, tus sonrisas en las mañanas, tu voz en los rincones de mi casa y tus brazos en las madrugadas.

Mary asintió arrepentida, y pegando sus frentes, respondió compungida:

—De todos modos, no pensaba vivir al lado de ese hombre, solo me casaría para obtener los pagarés, luego él descubriría que no soy pura, y como todo hombre anularía el matrimonio y así yo podría volver contigo. Confiaba en que me aceptarías, aunque quedara repudiada por todos.

Luxe la escrutó, asombrado, y consternado negó con la cabeza.

—Mujer, si yo te tuviera en mi cama, poco me importaría no haber sido el primero, créeme. Savage no te hubiera devuelto. Tu plan era una auténtica locura, agradezco a Dios que logramos salvarte de esa boda.

Mary se encogió turbada, pero al oír su última frase, lo miró interrogante.

—¿Logramos? ¿Te refieres a esa dama extraña, la señorita Charlotte? Tengo miedo por ella, no te lo dije por temor, pero Savage es más de lo que parece, es peligroso, el...

—Es Hades, el dueño de El Halcón, sí, ya lo sé. No te preocupes por la señorita Charlotte, ella sabe cuidarse y ya debe estar a resguardo. Pero respondiendo a tu pregunta, no me refería precisamente a ella, sino a...

—A nosotros —intervino alguien desde la puerta, y una vez más, Mary chilló de dicha y sorpresa.

—¡Abby! ¡Clara! —dijo emocionada, saliendo del coche para saludar a sus amigas, que la correspondieron felices.

—¿Cómo es que estáis aquí? Creí que tú habías vuelto al campo, y que tú estabas en Escocia...

Sus amigas le explicaron los últimos sucesos mientras los hermanos Bennet se acercaban a Maxwell y palmeaban su espalda para después saludarla a ella, que les agradeció ruborizada.

Más tarde, los seis entraron en la posada y pidieron dos habitaciones para pasar la noche. Ella dormiría con las muchachas y Luxe con los caballeros.

La cena fue compartida entre anécdotas, risas y buenos deseos. Y cuando llegó el momento de subir a sus respectivos cuartos, Maxwell y ella se detuvieron frente a su puerta, conscientes de que sus amigos estaban despidiéndose también entre ellos fingiendo que no oían su conversación.

—¿Y ahora? ¿Qué haremos? —murmuró Mary un poco insegura, pensando en que tendrían que permanecer unos días en la posada para luego encontrar la manera de contraer nupcias—. Mi padre se pondrá muy mal cuando se entere de mi fuga, y no sabemos qué tiempo llevará anular ese contrato y conseguir casarnos.

El conde la trajo hacia sí, depositó un suave beso en sus labios y, desoyendo los silbidos y burlas de sus amigos, le dijo:

—No te preocupes, gatita, todo está solucionado. Tu padre me dio su visto bueno, tengo aquí una carta para ti escrita de su puño y letra. Y no debemos esperar más porque ya estamos camino a nuestra boda.

—¿Es cierto? Pero cómo... —inquirió, pasmada.

—Nos casaremos en Gretna Green. Y estos cuatro serán nuestros testigos —apuntó Maxwell, sonriente.

Mary emitió un grito de absoluta felicidad y se lanzó a abrazar a su amado, quien, radiante, la recibió en sus brazos y giró con ella varias veces mientras sus amigos, testigos de su dicha, aplaudían emocionados.

Por fin el honorable conde de Luxe y la poco agraciada y soñadora lady Mary Anne Russell se unirían para siempre.

El camino hacia allí había sido un desafío arduo y difícil, pero nada comparado al amor que desbordaba sus corazones y que pese a la prueba de fuego se mantendría perpetuamente ardiendo en sus almas, porque su amor trascendería más allá de las letras de cualquier bonita historia de amor, ya que era un sentimiento poderoso, real, puro e incondicional.

Era veraz, auténtico y eterno.

Era un amor de ensueño.

***

Dos días y varias horas más tarde, el grupo de viajeros arribó al condado de Dumfriesshire; el lugar al que se dirigían era el primer pueblo ubicado entre Inglaterra y Escocia.

El carruaje pasó veloz por las calles de Gretna Green mientras Mary y las muchachas que compartían el carruaje con ella observaban embelesadas el magnífico paisaje. Colinas verdes y ondulantes se extendían por doquier, cruzadas por el famoso río Esk.

Cuando llegaron a su destino, los caballeros que viajaban en el coche que antecedía la marcha se apearon y se acercaron para ayudarlas a descender a ellas.

Mary Anne aferró la mano que Maxwell le ofrecía, sintiéndose un poco avergonzada ya que debía verse terrible. Las horas horas de viaje influían para que su aspecto fuese poco atractivo, con el vestido arrugado y el cabello desordenado.

No obstante, el conde solo la miraba con calidez y una expresión animada que nunca había visto en su apuesto rostro. Su ropa también estaba un poco arrugada, pero seguía luciendo impecable como un perfecto lord inglés, y eso era envidiable.

—Hemos llegado, Ensueño. Ven, aquí es donde oficializaremos nuestra unión —anunció entusiasmado, tirando levemente de su mano.

Mary lo siguió, intrigada, y vio a sus amigas y a sus esposos detenidos frente a una edificación un poco ruinosa.

Ella se quedó mirando la fachada de una vieja y pequeña casa. Tenía un gran tejado, pequeñas ventanas y plantas colgando de las paredes. En la puerta colgaba un letrero de madera escrito que decía «Blacksmith».

—¿Aquí nos casaremos? —inquirió, desconfiada y extrañada. Había esperado encontrarse alguna especie de capilla o pequeña iglesia, pero aquel sitio no se parecía en nada a un lugar sagrado, era, de hecho, una herrería tal y como versaba el cartel de la entrada.

—Así es, aquí es donde se llevan a cabo los enlaces —aseguró su futuro esposo, sonriendo divertido al ver su perplejidad.

—No os casará un clérigo, Mary, sino un herrero. El dueño de este lugar es quien tiene la autoridad para hacerlo. Conozco algunas parejas que se casaron aquí —intervino Abigail dándole

una palmada cariñosa en el brazo.

—Creo que es mucho mejor así, no hay un ritual interminable, nada de discursos aburridos y menos de invitados incordiantes. ¿Qué diablos? Nadie quiere estar dentro de un sitio tan frío como una tumba siendo observado por docenas de ojos y repitiendo frases como un autómata. Si yo hubiera podido elegir... —acotó lord Vander, pero al ver el gesto molesto de su esposa y las damas, se calló.

—Bueno, deberíamos entrar. Nos están esperando; sabían que vendríamos —les apremió Marcus impaciente, sobando sus manos enguantadas.

Maxwell estaba tan ansioso como sus amigos y el doble de desesperado. Quería casarse con su dama ya y encerrarse con ella con solo una cama como accesorio entre ellos por semanas, así que asintió efusivo y tiró del brazo que tenía apoyado en el suyo para instar a su novia a que avanzara.

—Un momento, ¡alto ahí, caballeros! —les detuvo alzando la voz lady Clara, ocasionando que él, Mary y los hermanos Bennet frenaran de golpe y por poco se arrollaran unos a otros.

—¿Qué sucede, ratoncita? No hay tiempo que perder; cuanto antes se casen, antes podremos regresar a casa y tú al reposo que deberías estar guardando —demandó Lancaster agobiado, señalando el abultado abdomen de su esposa, que, dicho fuera de paso, estaba enorme. Casi parecía más grande que la misma condesa.

—No tan rápido, señores. ¿No creéis que se os está olvidando algo importante? —interrogó la condesa, mirándolos con los ojos entrecerrados y los brazos cruzados. A su lado, su hermana les escrutaba con un gesto similar.

Max y sus amigos se miraron confundidos. Él palpó el bolsillo de su levita para constatar que la caja con el anillo que pretendía entregarle a Mary estuviese allí, y así era.

Mary Anne se liberó de su agarre, y dando un paso hacia las hermanas, preguntó con curiosidad:

—¿Pasa algo?

—Hombres tenían que ser —se lamentó contrariada lady Vander, y tras negar con la cabeza prosiguió—. Por si no se han dado cuenta, Mary no puede entrar ahí todavía. Antes de empezar con la boda, la novia debe estar preparada... y, por si no se han fijado, ¡no lo está!

Mary bajó la vista hacia su cuerpo y coincidió en que para nada parecía una mujer que iba a casarse.

Se veía desastrosa.

—Muchachas, da igual. De todos modos, esto no es una ceremonia tradicional, ni siquiera hay una iglesia ni un cura —las tranquilizó, intentando no demostrar su turbación.

Maxwell frunció el ceño al oír su tono apagado y resignado, y acomodándose a su lado, tomó su mano para llamar su atención.

—Milady, eso no es cierto. Puede que esta no sea una situación típica, pero tampoco hay demasiada prisa más allá de mi ansiedad por tenerla solo para mí. Savage ya debe saber que nos hemos fugado, pero, aunque se enterara de que vinimos aquí, le llevamos días de ventaja. No llegaría a tiempo de fastidiar nada. Así que podemos esperar unas horas, lo suficiente para que encuentre un vestido bonito. Aquí debe haber algún lugar donde adquirir uno.

Mary lo escuchaba sonrojada, complacida y demasiado enamorada de su sonrisa amable.

Pero se temía que, aunque deseaba verse bonita en el día más importante de su vida, eso no sería posible. Conseguir un atuendo de novia era algo complicado que necesitaba tiempo, más de una costurera trabajando en él, y además... Aunque por algún milagro consiguiera un modelo terminado para usar, no le quedaría bien, pues sus medidas se alejaban mucho de lo estándar. No entraría en él.

—No, milord; agradezco su gesto, pero no será necesario, de todos modos no encontraría algo adecuado para mí. Me conformo con peinarme y quitarme el polvo del viaje. —Negó, añadiendo lo último para que no pensara que no quería verse bien para casarse con él.

—Ay, Mary, no creerás de verdad que te dejaremos casarte con esta pinta, ¿no? —se quejó Clara, apareciendo a su lado con el ceño fruncido.

—Si lo hiciéramos no seríamos dignas de ser llamadas amigas, ya bastante te hemos fallado. Esta vez estaremos a la altura de las circunstancias. Con permiso, milord —agregó Abigail, a la vez que se metía entre ella y Luxe para tomarla del otro brazo y junto a su hermana comenzaba a alejarla de su futuro marido.

—Pero... ¿Dónde me lleváis? —preguntó anonadada, dejándose llevar al tiempo que miraba hacia el conde. Parecía igual de sorprendido que ella, pero la despedía con la mano y con una expresión de cachorro abandonado mientras los demás le decían algo entre risas.

No tuvieron que caminar demasiado, sino que, a unas pocas calles, las hermanas que se habían negado a darle alguna explicación se detuvieron frente a una vitrina primorosa y puerta de brillante madera, y la apremiaron para que entrara.

Intrigada, siguió a sus amigas. Boquiabierta, observó el lugar que evidentemente se trataba de una *boutique* pequeña pero acogedora. Había un juego de sillones elegantes dispuestos en un lateral y enfrente una pared repleta de estantes con diversos tejidos, sombreros, chalinas, y demás.

—¿Qué...? ¿Qué estamos haciendo aquí? —quiso saber desorientada, incrédula ante el hecho de que sus amigas pretendieran encontrar un ajuar con tan poco margen.

—Buscar un vestido de novia para la joven más dulce de toda Inglaterra —terció una voz desde detrás de las cortinas, que estaban ubicadas tras el largo mostrador que albergaba las cintas, los botones y multitud de objetos.

Mary se volvió hacia ella, y por poco cayó sentada sobre el sillón debido a la impresión que le

causó ver a la dueña de esa voz.

—¡Brianna! —exclamó emocionada, yendo al encuentro de los brazos de la duquesa de Fisherton, quien se precipitó hacia ella y se inclinó para rodearla en un apretado abrazo—. ¡Por Dios! ¿Cómo es que estás aquí?

—¡No podía perderme el día más importante de tu vida, querida! —contestó la pelirroja, retrocediendo y aferrando sus manos con afecto.

—Pero estas recién casada, y no...

—La luna de miel puede esperar —la cortó Brianna, sonriendo—. De todos modos, solo será un día, mañana regresamos al castillo, no te preocupes, estamos más cerca que vosotras de Londres.

—Yo... Gracias... —respondió impresionada, paseando la vista por cada una de las integrantes de su grupo.

Mary se emocionó, y de inmediato sintió que las lágrimas acudían a sus ojos. Sus amigas lo advirtieron y, mientras ella rompía en un llanto de felicidad y gratitud, bastante sobrepasada por todo lo vivido esos meses, todas la abrazaron a la vez haciéndole sentir su apoyo y cariño.

—Mary, no hay nada que agradecer. Al contrario: somos nosotras la que debemos agradecerte y también disculparnos contigo. No hemos estado cuando más nos necesitabas. Perdóname, no sabes cuánto lo lamento —dijo Clara llorando cuando ella logró calmarse y rompieron el apretado abrazo.

—No es así, vosotras teníais muchos problemas, no hubo tiempo de... —las disculpó Mary.

—Sí lo es, estábamos tan concentradas en nuestros propios conflictos que te dejamos de lado. Lo siento tanto, amiga... Te he fallado —la interrumpió Brianna, compungida.

—No lo niegues, Mary —atajó Abby, antes de que ella pudiese formular una excusa para ellas—. Cada una de nosotras hemos estado siempre para la otra, tú lo has estado sin duda alguna, pero nosotras no para ti, y lo sentimos; yo lo siento también, debimos darnos cuenta que no estabas bien y que las respuestas que nos dabas o lo que nos contabas no era la verdad, que había algo más. Personalmente nunca me creí eso de que ya no te importaba ni sentías nada por el conde de Luxe, pero tenía la cabeza en otro lado y lo dejé estar.

—¿Podrás perdonarnos, Mary? —inquirió Clara, sorbiendo sus lágrimas.

—¿Y darle una oportunidad a estas amigas desastrosas e ingratas? —agregó Brianna, apretando su mano.

Mary suspiró, y tras limpiar sus mejillas mojadas, asintió.

—Por supuesto. No debéis asumir toda la culpa, sí es cierto que me sentí sola y un poco abandonada, pero no puedo resposabilizaros de eso. Vosotras estabais con vuestros asuntos, pero aún así me preguntasteis muchas veces por los míos y yo siempre di evasivas y oculté la verdad. No fui sincera, no me dejé ayudar, y os alejé inconscientemente. Pero ahora veo que fue un gran

error. Vosotras siempre me brindasteis vuestra confianza y yo no supe responder de la misma manera. De ahora en adelante lo haré, y prometo no volver a encerrarme en mí misma.

»Después de todo... somos una hermandad, ¿no?

Las damas asistieron tan conmovidas como ella y las cuatro unieron sus manos sonriendo.

—Lo somos, claro que sí —afirmó Abby.

—Y lo seremos pase lo que pase —continuó Brianna, aclarando su garganta.

—Por siempre, la Hermandad de las Feas —declaró Clara, con fuerza y solemnidad.

—¡Por siempre! —exclamaron todas.

***

Dos horas después, Maxwell intentaba no entrar en la absoluta desesperación y de paso no arrugar el lustroso traje que Fisherton había insistido en que se pusiera. Sabía Dios de dónde lo había sacado, pero mejor no preguntaba. Cuando lo había visto aparecer se había alegrado, por supuesto, pero también asombrado. Al parecer, sus tres amigos junto a sus esposas habían urdido un plan mucho más concienzudo de lo que él había pensado.

—Miradlo, parece un cachorro abandonado por su madre. —Oyó que decía Lancaster fuera del carruaje en el que habían declarado debía esperar la llegada de la novia. Y los tres se rieron a su costa.

—Se ve como la florero de la fiesta, con la que nadie quiere bailar —acotó Vander con sorna.

—No sé de qué os reís, si terminasteis casados con esas floreros y, además, tuvisteis que rogarles para que os aceptaran —se burló McFire, emitiendo una risotada cuando los mellizos cortaron en seco sus risas.

—La tuya también era una florero —alegó Vander, ofuscado.

—Para vosotros, ingleses, para vosotros... Para mí fue, desde la primera vez en que la vi, una bonita flor; la más exótica y bella de todas —declaró el escocés con voz ronca.

—Da igual, lo bueno es que todo salió bien y hemos escogido mejor. Damas lindas, puras y delicadas, damas que nadie más que nosotros tendrá el privilegio de ver con una tentadora ropa de dormir. ¿Falta mucho para la noche? —comentó Vander impaciente, con tono pícaro.

Max, que estaba oyendo a medias su discusión sin sentido, se enderezó en el asiento, espoleado por un recuerdo que podría ser el arma que usar para vengarse de sus burlas y de paso de todas las trastadas que aquel trío le había hecho a lo largo del tiempo. Sería su añorada venganza.

—Yo no estaría tan seguro de eso, querido Vander —dijo, elevando la voz para que ellos lo escucharan.

Las caras confundidas se asomaron por la ventana y, antes de darles tiempo a decir nada,

completó:

—Porque si mal no recuerdo, cierta noche (no solo yo, sino prácticamente la totalidad de granujas, libertinos y crápulas de Londres) vieron a vuestras esposas con poco más que trapos traslúcidos como atuendo.

—¡¿Qué?! —rugieron los tres con sendos gestos de contrariedad y enojo.

Él abrió la puerta del coche y sacó la cabeza para responder.

—Ah, ¿no lo sabían? Lady Abigail tiene un hermoso cabello largo, y lady Brianna unas atractivas pecas en todo el cuerpo, al parecer... —siguió con sorna, viendo cómo los maridos de las nombradas empalidecían a la vez que Marcus caía en cuenta de qué estaba hablando y cambiaba su cara de molestia por una disimulada jocosidad. Él chasqueó la lengua, y tratando de no dejarse amilanar por la expresión asesina del duque, terminó—. Claro que... no pude mirarlas muy de cerca, ya que vosotras las mantuvisteis fuera de la vista mientras las llevabais al piso superior de El Halcón. Pero no os preocupéis, que no creo que nadie las haya reconocido. Y después de todo eran solteras todavía, ¿no?

Un silencio tenso siguió a sus palabras, y Maxwell contuvo las carcajadas que pugnaban por salir de su interior al ver la estupefacción de sus amigos.

—¿Estás...? ¿Estás insinuando que mi esposa era la mujer rubia que... que me abordó en el club?

—Sí —afirmó sucinto, y luego se metió de nuevo en el coche para poder reírse con libertad.

—¡Por Odín! ¡Ahora entiendo por qué la pelirroja misteriosa se me hacía familiar! ¡Pero si nadie más logra calentarme la sangre así, cómo fui tan necio! —Oyó que se lamentaba el escocés a la vez que Vander prorrumpia en maldiciones.

—Luxe, se acerca tu novia. Es la hora —dijo Marcus golpeando la puerta, y él dejó de reírse para comenzar a temblar de anticipación y nervios.

Iba a casarse con la mujer que amaba. Por fin.

Sacudió las pelusas de su ropa, se acomodó el pañuelo y, tras soltar el aire, se apeó del coche para iniciar la marcha hacia la herrería, esperar en el interior a la novia y así no verla antes de tiempo.

El herrero, llamado Duncan McAlistar, un enorme hombre vestido con ropa de trabajo, los recibió invitándolos a pasar a su taller de herrería.

Sorteando sus herramientas y trabajos, los cuatro caminaron hacia donde les indicó. Cuando se ubicaron, el hombre pegó un grito que provocó que Vander se sobresaltara y el duque se burlara del rubio.

—¡¡Brook, tenemos visitas, mujer!! —aulló con voz potente y gruesa, teñida de un fuerte acento.

Al instante apareció una mujer pequeña y de figura redondeada que les dedicó una venia.

Tenía un hermoso cabello rojo peinado en una larga trenza, y unos ojos verdes amables que se iluminaron al verlos. Al parecer era amante de las bodas, y seguro una romántica empedernida.

El hombre explicó los pormenores del enlace y luego miraron hacia la puerta, pues estaban entrando las esposas de sus amigos una detrás de la otra. Ellas se ubicaron junto a sus parejas y él miró el espacio vacío de la entrada, esperando ver aparecer a su novia. Un sudor frío estaba mojando su frente y el corazón se había acelerado en su pecho.

Entonces ella cruzó el umbral, y sus latidos se detuvieron abruptamente.

Fue consciente de que su mandíbula cayó abierta y de que sus ojos estaban desorbitados, pero no le importó estar esbozando aquella cara de tonto enamorado, porque ciertamente lo estaba, y de la mujer más preciosa que había visto en sus treinta y tres años de vida.

Si antes le gustaba, en ese instante, viéndola así, tan diferente, ella podría hacer de él lo que quisiera, sería su esclavo por siempre.

Mary caminaba hacia él con los bucles negros recogidos en lo alto de su cabeza, en donde destacaba una fina tiara de diamantes dejando despejado su redondeado rostro, sus mejillas rojas, sus enormes ojos color café sonriéndole, sus encantadores hoyuelos enmarcando los deseables labios resaltados por un brillo rosado, y su cuerpo... Su perfecto cuerpo embutido en una increíble creación de organza y tafeta plateada.

El vestido era de corte imperial, dejando a la vista sus senos altos, y ajustaba su pequeña cintura y las caderas generosas que le hicieron la boca agua.

Estaba absolutamente hermosa. Una aparición demasiado bella para ser real... y era suya.

—Luxe, cierra la boca o te entrará esa mosca —dijo Vander risueño, haciéndole salir de su trance y recomponerse sin despegar los ojos de los de la dama que estaba ya a su lado, mirándole sonrojada y expectante.

—Mary Anne, está... Es usted la novia más bella que he visto en mi vida —balbuceó, tomando sus manos. Recordaba que no estaban solos, pero era incapaz de no mirarla con ardor.

—Gracias, milord, opino lo mismo de usted —refutó ella entrecortadamente, como si estuviera tan nerviosa como él, estudiando su elegante traje de tres piezas color gris plata. Él sonrió y quiso tranquilizarla, pero ella gimió avergonzada y siguió—. No quise decir que sea usted una novia hermosa, no, ni siquiera queriendo podría parecer una... No porque no puede ser hermoso, no, claro que no, pero sí es usted muy apuesto; el más apuesto, de hecho. No es que sus amigos no lo sean, u otros caballeros, sabe Dios que a veces me quedo sorprendida por la apostura y la complexión de lord Fisherton, pero no... Ay, no, no crea que deseo al duque ni nada de eso, pero él no puede pasar desapercibido, y bueno... Lord Vander es conocido por sus rasgos de ángel, casi no se cree la perfección de su cara, y su hermano lord Lancaster no se queda atrás, con sus rasgos morenos, su sonrisa indolente y su... Ay, me he ido de tema, de todos modos nadie tiene sus ojos, su porte, su mirada... Milord, es usted más hermoso que cualquiera...

Maxell la escuchaba cada vez más divertido, viendo cómo enrojecía y hablaba más rápido. De manera inesperada, emitió una fuerte carcajada, la cual sorprendió a la dama que se interrumpió anonadada.

—Mi amor... —le dijo, tomando sus mejillas y acercando sus rostros para susurrarle con dulzura—. No estés nerviosa, lo que importa es que por fin nos uniremos, que seremos uno y que nada volverá a separarnos. Nos amaremos hasta el último suspiro, tú y yo, Ensueño: mi sueño y yo el tuyo. Hoy comenzaremos una nueva historia, dejaremos el pasado y recuperaremos el tiempo perdido.

» Cada noche te haré el amor y cada mañana daré gracias a Dios por haberte puesto en mi camino. Tú eres mi todo, mi sueño prohibido que hoy se hace realidad.

—Ese plan me gusta, milord. Es mucho más de lo que esta fea ensoñadora se atrevió jamás a desear —susurró Mary, conmovida.

—Ensoñadora sí. Fea... nunca —sentenció Maxwell tras depositar un beso en sus manos.

—Antes de comenzar debo saber algo —interrumpió el señor Mclister haciéndolos mirar hacia él—. Señorita, ¿se encuentra aquí por su propia voluntad? ¿Este enlace cuenta con su total consentimiento? —preguntó el herrero clavando sus ojos grises en ella con seriedad.

Mary asintió rozagante, y así, con el grupo de amigos como testigos de su unión, pusieron sus manos entrelazadas sobre un yunque de metal e intercambiaron sus votos prometiéndose amor, fidelidad y felicidad eternos.

El conde le puso un anillo de oro puro que tenía un zafiro incrustado en su dedo anular. Luego la tomó por la cintura para terminar de sellar la ceremonia con un atrevido beso que los dejó sin aliento y deseosos de más.

A su alrededor los vítores para los recién casados resonaron, y después, sus amigos se acercaron para darles sus enhorabuenas y salutaciones.

Una vez obtuvieron su acta de matrimonio, el conde, dichoso, tomó a su flamante esposa en brazos y, sin importar los silbidos y bromas de los hombres, besó los labios de Mary con voracidad y pasión.

Hasta que entre la ruidosa algarabía se oyó un quejido.

—Lamento interrumpir este momento especial, pero creo que cierta persona quiere salir a saludar —dijo agitada la condesa.

—¡Ratoncita! ¿qué sucede? —exclamó Lancaster, preocupado por la palidez de su esposa.

—Creo que estoy de parto.

—¿Ahora? Pero... Pero si faltan semanas para que salgas de cuentas —espetó el conde, perdiendo todo rastro de color.

—He roto aguas, Marcus, el bebé va a nacer —anunció exasperada, señalando el charco que mojaba sus pies.

—¡Un médico! —vociferó histérico el conde, apretando la mano de su esposa que sostenía su vientre, y acto seguido cayó cuan largo era en el suelo de la herrería.

—Qué blandengue —se mofó el duque, callando cuando su esposa le propinó un codazo.

Las tres mujeres rodearon a la parturienta, dando órdenes a diestro y siniestro mientras ayudaban a la condesa a salir de la herrería detrás de la esposa del herrero, pues concluyeron que la casa del matrimonio era la mejor opción para que tuviera lugar el improvisado alumbramiento.

—¿No puede el bebé esperar un par de horas? Al menos hasta que pisemos Inglaterra —se quejó Colin con las manos en las caderas.

—No debiste decir eso, amigo... La que te caerá. —Negó Maxwell con sorna, pasando por su lado para agacharse y tratar de despertar al inconsciente futuro padre.

—Acéptalo, inglés. Tu sobrino será escocés. Creo que ya quiero a ese mocoso —declaró McFire, alegre. Tras levantar a Marcus con un brazo, lo cargó en su hombro y los tres siguieron a las mujeres.

Vander refunfuñando, Fisherton riendo fuerte, y Luxe...

Él solo deseando que las horas pasaran rápido.

Quizás tuviera suerte y él y su esposa pudieran encargar su primer vástago esa misma noche.

EPÍLOGO

Tiempo después…

El domingo era el día en que Mary Anne acudía a la iglesia acompañada de su marido y de su padre, más por insistencia de su progenitor, en el caso del conde de Luxe, que por iniciativa propia.

Pero al regresar ese día, el almuerzo tranquilo del que solían disfrutar se vio interrumpido por la llegada inesperada de un mensajero.

El comedor de la casa ubicada en la ciudad —en donde ella y Maxwell se habían instalado después de la boda—, y en el que se hallaban comiendo acompañados del duque de Essex y de su querida nana se sumergió en la expectación al oír el anuncio del mayordomo.

—¿Quién lo dejó? —preguntó el conde al mayordomo, depositando la servilleta en la mesa con un ademán elegante. Mientras el criado se acercaba bandeja en mano.

—Lo dejó un muchacho de la calle, milord. No pude preguntarle nada más porque salió corriendo en cuanto me lo entregó. Pero no está dirigido a usted, milord, sino a la condesa.

De inmediato, Mary y Maxwell se miraron extrañados. Ella estaba sentada a su lado, a pesar del que protocolo indicaba que debía ocupar el extremo opuesto de la mesa, terminó de tragar el trozo de comida que por poco se le había atorado, y tras depositar los cubiertos en el plato aceptó el sobre blanco que llevaba lacrado, pero no el sello correspondiente.

—¿Quién lo envía? —preguntó desconfiado su esposo, mientras ella procedía a abrir y desplegar el papel escrito con una caligrafía pulcra y elegante.

—No tiene remitente, pero parece… —calló Mary, estupefacta por lo que sus ojos estaban leyendo. En cuanto acabó, elevó la mirada hacia su marido que la observaba con el ceño fruncido de preocupación. Sintiéndose incapaz de articular palabra, le pasó el mensaje para que él mismo lo leyera.

Él lo aceptó y poniéndose en pie, se alejó hacia la ventana que daba al exterior y se sumergió en la lectura.

—¿Qué está sucediendo, hija? ¿Son malas noticias? — inquirió su padre, también alarmado.

Mary apartó la vista de su esposo y tranquilizó a Samuel, ya que no quería que por ningún motivo se alterara. Su salud seguía siendo precaria, por eso su nana y ella le insistieron para que no pensara nada malo.

En realidad, no eran malas noticias, sino todo lo contrario. Esto se evidenció en la

expresión aturdida, aunque jubilosa de Maxwell al regresar junto a ellos. Tomó el sobre y dejó caer sobre la mesa un conjunto de papeles rasgados.

—¿Qué es eso, Luxe? —preguntó curioso Samuel.

Mary sonrió con auténtica alegría, y sin importar lo que las buenas costumbres exigían, se levantó y lanzó a los brazos de su marido, que la recibió con alegría y ambos se envolvieron en un abrazo desbordante de emoción.

—Eso que ven lo envía el amo de los bajos fondos —explicó el conde, encarando a su suegro y a la anciana que miraban del montón de papeles a ellos sin comprender nada.

—Tome, léalo usted mismo, padre, y entenderá todo —propuso ella y depósito la carta en las manos de Samuel, que procedió a leer en voz alta.

Estimada lady Luxe:

Supongo que no esperaba recibir noticias de este servidor, pero amén de tener que importunarla, debo hacerle llegar algo que ya no me pertenece. Junto a esta carta le hago entrega de los pagarés que adquirí de mano de sir Roland. Como verá, están rotos, como anulada la deuda que con ellos se tenía. He recibido una compensación por esas deudas, y a cambio cumplo con terminar con estas y devolverles tanto las propiedades confiscadas como el dinero que las acompañaba.
No puedo darle mayores detalles, solo considere nuestros negocios terminados de manera definitiva, y reciba mis deseos de una vida plena y feliz para usted.
No obstante, no crea que olvidaré la promesa que nunca cumplió, de algún modo, usted sigue en deuda conmigo, dulzura. Pero digamos que he firmado una tregua, ya que como debe sospechar no me he quedado con las manos vacías.
Considere esto una ofrenda de paz.

Hades.

Eso era todo. Samuel felicitó a ambos con patente alivio, pues a pesar de no haberle dado detalles, era sabido que el marqués de Savage tenía una enemistad arraigada con él, pero al parecer habían logrado subsanar con ayuda de su nana, que en ese momento lloraba de emoción abrazando a Mary.

Ella por su parte, se sentía más que alegre, pero no por ser rica de nuevo y haber recuperado su estatus o porque por fin podrían dejar atrás los días en que vivían acotados y con personal reducido, sin poder darse ningún lujo, y siendo esto una fuente constante de intranquilidad en su esposo; sino porque podrían recuperar la amada propiedad de su suegra, y

tanto ella como su cuñada Regina, que se había negado a mudarse con ellos a Londres y se había instalado con su madre en el hospital, podrían regresar a la mansión y vivir con la comodidad y el confort que necesitaban.

—Estoy tan aliviado por ustedes, hija. Esto es una verdadera bendición —Le dijo su padre cuando ya se despedían en la puerta—. Sé que nada te falta y que tu esposo es un buen hombre, pero me alivia inmensamente que ya no estén tan apretados, y que vayan a recuperar su lugar en la sociedad. Es lo que merecen, aunque tu marido sea tan necio a veces —terminó Samuel sin inmutarse al oír el gruñido de Maxwell que se había adelantado para llevar del brazo a su nana.

Mary rio apretando la mano de su padre con cariño, y el duque le devolvió el apretón.

—Sabe que no es necedad, padre: es orgullo y dignidad. Usted tampoco habría aceptado el dinero de su suegro si hubiera estado en el lugar del conde —contestó ella con tono jocoso.

Samuel asintió, y antes de soltarse para abordar el carruaje la tomó del rostro y con ternura dijo:

—Lo sé, me costó admitirlo, pero hiciste la mejor elección al casarte con el conde. Sé que nadie podría cuidarte mejor, y por ello le estaré siempre agradecido. Veo cuán dichosa eres cariño, y fui testigo de la tristeza que te invadió cuando estabas por casarte con el marqués.

Ella se acercó y besó al anciano en la mejilla con afecto.

—Así es padre, soy la mujer más feliz, y créeme ni yo ni mi esposo guardamos rencor alguno. Has sido un gran padre, y la agradecida soy yo. No necesito nada más, con mi esposo tengo todo cuanto había anhelado. Antes de recibir esos pagarés, incluso, no podía desear nada más.

Después de todo, la vida por fin les sonreía. Ya que además de ser felices estando juntos, ahora su esposo podría dormir sin preocupaciones, y con ese dinero recuperado, ser de utilidad a mucha gente, como los pacientes del hospital que estaban desamparados.

Y, ¿por qué no? Darle rienda suelta a un proyecto que hacía poco había surgido en su grupo de amigas. Era una idea ambiciosa que podría cambiar la vida de mucha gente. Estaba segura de que en cuanto se lo dijera a las muchachas, ellas —que nunca dejaban de encontrar tiempo para reunirse a pesar de tener cada una un matrimonio e hijos de los que ocuparse— aceptarían encantadas. La Hermandad nunca se rompería, y sus aventuras juntas estaban lejos de terminar. No veía la hora de verlas y emprender una nueva.

Esa noche, Mary meditaba sobre eso, mientras veía a su apuesto esposo descansar. Se recostó en su pecho, y tras suspirar de dicha, cerró también los ojos.

Ciertamente podía afirmar que los sueños se cumplían, y que cuando alguien estaba dispuesto a luchar por ellos, a no rendirse y a esperar el tiempo necesario, a pesar de los grandes escollos y de las dificultades, estos se volvían realidad.

Mary daba fe de ello, era fiel testigo de que, por un sueño de amor, ningún sacrificio era demasiado, y al final siempre se obtenía una recompensa.

—Vale la pena soñar, cariño, pero, sobre todo, vale la pena luchar por ese sueño hasta el final. Un día aprenderás esa valiosa lección por ti mismo —susurró cuando ya el sueño le hacía perder la conciencia, mientras el brazo de Maxwell los rodeaba protectoramente, y ella ya dormida esbozaba una sonrisa plena, con la mano descansando sobre su vientre redondeado.

AGRADECIMIENTOS

Completar esta serie, es mucho más que poner un punto final. Significa decir adiós a una parte significativa de mi alma. Es fácil decir hasta luego, pero muy difícil decir adiós.

Gracias a cada persona que fue parte esencial de este proyecto. Tanto a mis queridos lectores que hicieron suya esta serie desde el momento cero; como a la editorial y a su gran editora que me llevaron a traspasar fronteras, a correctoras, portadistas y equipo de trabajo que son una pieza clave del engranaje de este sueño.

No puedo dejar de nombrar a mis colaboradoras que son además amigas entrañables: Blanca, Guadalupe, Jess, Milly, Patricia, Victoria, Yanin, Gretha y Jesica. Sin ustedes este camino no seria igual.

Y por supuesto si a alguien debo agradecerle es a mi familia, a mi esposo amado y a mis pequeños ángeles, que siempre son un apoyo incondicional, mis compañeros fieles y mis caballeros de corazón.

Por último y no menos importante, mi agradecimiento total es para la fuente de mi inspiración, la persona que trasformó mi vida y me hizo ser quien soy, le debo mucho más que un talento o don. Le debo mi vida. Gracias Jesús.

Esta nota llega a su fin, pero no mis letras, esas prometo, seguirán naciendo mientras mis ojos vean el día.

Con sincero afecto:

Eva.

SOBRE LA AUTORA…

De Córdoba, Argentina. Vive con su esposo y sus dos pequeños hijos. Estudió relaciones públicas, ceremonial y protocolo.

Amante del romance histórico y la lectura. Su pasión es la escritura desde que, a los catorce años, leyó un libro que marcó su vida. El diario de Ana Frank. Comprendió entonces que la lectura, sobre todo, la escritura, sería el refugio y la constante en su diario vivir.

Dios es la fuente de su inspiración y su sostén. Su motivación, su familia, y su vocación poner en letras las voces de su alma.

Finalista del premio Planeta por Una fea encantadora, y con varias novelas en el mercado. En sus libros se combina el humor, el romance, el misterio y personajes entrañables que, sin duda, enamoran.

[1] Chica guapa en irlandés
[2] Fuego en gaélico
[3] Disculpe, señor, no entiendo